OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

IV

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA SERIES

CUARTA SERIE

LOS DOS CAMINOS

QUINTA SERIE

RELOJ DE SOL

PÁGINAS ADICIONALES

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

REIMPRESIÓN • 1995

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

IV

OBRAS COMPLETAS DE

ALFONSO REYES

IV

ALFONSO REYES

Simpatías y diferencias

PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA SERIES

Los dos caminos

CUARTA SERIE

Reloj de sol

QUINTA SERIE

Páginas adicionales

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Primera edición, 1956
Segunda reimpresión, 1995

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (general)
ISBN 968-16-0530-6 (tomo IV)

Impreso en México

CONTENIDO DE ESTE TOMO

Este tomo IV de mis *Obras Completas* recoge las cinco series de *Simpatías y diferencias.* Las primeras ediciones de estas cinco series —Madrid, cinco tomos—, así como la segunda edición mexicana en dos tomos, se describen a continuación. En esta segunda edición mexicana se hicieron adiciones y supresiones. Las adiciones se relegan ahora a las "Páginas adicionales", y las supresiones se mantienen, por tratarse de páginas que han sido ya aprovechadas después en libros posteriores. Se añaden apéndices.

El volumen contiene, en general, páginas publicadas entre 1915 y 1935 y escritas por esas mismas fechas. Excepciones: *1)* el artículo "Un porfiriano: el Maestro Sánchez Mármol", elaborado en Madrid hacia 1916, pero con notas recogidas en México desde 1912; *2)* "*El Periquillo Sarniento* y la crítica mexicana", publicado en 1916, pero que comenzó a escribirse desde 1914 y que contiene asimismo notas muy anteriores, las cuales datan de los días en que Urbina, Henríquez Ureña y Rangel organizaban la *Antología del Centenario,* 1910; y *3)* el artículo del Apéndice nº I, "Inglaterra y la conciencia insular", escrito y publicado en 1914, etapa de mi primera residencia en París.

I

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

Primera serie

PÁGINAS DEL JUEVES

Noticia

A) EDICIONES

1. Alfonso Reyes // Simpatías y // Diferencias // Primera Serie // Madrid // 1921.—8º, 192 págs. e índice. Colofón: Suc. de E. Teodoro, 31 de enero de 1921.

2. Alfonso Reyes // Simpatías y // Diferencias // Tomo I // Edición y prólogo // de // Antonio Castro Leal // *(Adorno)* // Editorial Porrúa S. A. // Av. República Argentina nº 15 // México, 1945.—8º, XII + 344 págs. Colofón: 29 de diciembre de 1945. La primera serie va de la pág. 3 a la 107.

B) OBSERVACIONES

En esta tercera edición se suprime casi totalmente, según se explica en el Apéndice, el artículo "Las navegaciones de Ulises", escrito probablemente en 1919 y cuyo principal contenido pasó al "Prólogo a Bérard" *(Junta de sombras)*.

Todos estos artículos habían aparecido previamente en *El Sol* de Madrid, de diciembre de 1918 a fines de 1919.

DEDICATORIA

Dedico esta primera serie de Simpatías y diferencias *a los tipógrafos y correctores de* El Sol, *de Madrid, que tantas veces, y con esa serenidad que es la más alta condición de su oficio, tuvieron que tolerar —al componer estos artículos— mi impaciencia o mi tardanza, mis fidelidades a la regla, o mis personales manías ortográficas.*

A. R.

VISIONES DEL JAPÓN

LO PRIMERO que sorprende a Émile Hovelaque al llegar a tierras del Japón es la absoluta armonía que cree percibir entre la vida del hombre y el cuadro de la naturaleza donde aquélla felizmente se desarrolla. No dijera otra cosa Taine —entre mil nombres que veo ya acudir al recuerdo del lector— para hablar de Grecia. El mejor elogio que sabemos hacer de un pueblo consiste en decir que su vida es hija legítima de su suelo. Estas "armonías naturales" nos seducen como concepto; y las atribuimos, como timbre de orgullo, a todos los pueblos que amamos.

Después, Hovelaque se sintió atraído por ese fenómeno complejo, por esa compenetración o remolino de la corriente oriental y la occidental de que es el Japón ejemplo patético. Y confesándose —con Lafcadio Hearn (y con Sócrates)— que quien reconoce ignorar la vida japonesa es el que ha empezado a entenderla, se propone así evocar sus recuerdos: "Me parece ver todavía —exclama— aquellas japonesitas risueñas, de color de rosa, que venían, en fila interminable, a vaciar en el gigantesco paquebot sus pequeñas cestas de carbón, convirtiendo un trabajo, que es en todas partes feo e ingrato, en un juego delicioso y fascinador." *

Con todo, aquella tierra, que parece hecha para entretenimiento de los ojos, es la tierra más insegura. Aquel suelo, que parece tan hospitalario, puede —imagen de la desconfianza— faltarnos de un momento a otro bajo los pies. Ya se estremece toda una isla, como la ballena dormida sobre cuyo lomo abordaron Simbad y los demás náufragos; ya el mar se levanta para devorar otra isla, y borra, de un golpe, toda una zona de tierra edificada o sembrada. Así, sobre la inseguridad misma, un pueblo ágil y elástico funda su vida en la aterradora fuerza del equilibrio. Tres cañas, unos metros de papel de seda y un lirio hacen una casa japonesa.

* É. Hovelaque: "La psicología de los beligerantes: El Japón", *Bulletin de la Société Autour du Monde*, enero-mayo de 1918.

Nada de acumular piedra sobre piedra, a la manera torpe y ciclópea de los pesadísimos europeos. Los bienes terrestres gravitan sobre el alma y nos prostituyen. ¿Poseer? Sí, poseer una rosa, poseer el rayo de una estrella o la fosforescencia fugitiva de una ola a la media noche. Pero no más: no casas que arruina el terremoto, ni oro que se trueque por fango. Por eso Rémy de Gourmont —hace muchos años— veía con horror la probabilidad de una guerra europea contra el Japón. Ellos pueden arruinar al europeo, porque el europeo posee riquezas materiales acumuladas. Pero ¿quién puede devastar la ciudad aérea, aristofánica, de los pájaros? El huracán que rompe la encina sólo mece al junco. Ríe el Japón con vida luminosa y frágil, que de tiempo en tiempo aniquilan las catástrofes naturales; y así se sucede todo como entre pesadilla y buen sueño; pero sueño todo, y todo misterio. El hilo de continuidad que ata, en un solo proceso de evolución, esta vida tenue, pero intensa, es, en cambio, sólido y consistente; como si la prueba de las sacudidas continuas lo hubieran robustecido más día por día.

El Japón —explica Hovelaque— es un pueblo "en escala humana", ajeno a los terrores monstruosos que solemos considerar propios del Asia. Todos disfrutan igualmente de aquella civilización sobria y sucinta: la única verdadera, que es la civilización del sentimiento. La casa del Emperador se parece a la del labriego. Admirar los primeros brotes del cerezo es asunto que provoca casi una peregrinación; y el hombre que tira del carro se detiene, de pronto, para hacer notar a su señor la belleza del paisaje. "¿Cómo explicarse —se preguntaba cierta noche un japonés en París— que sea yo el único que ha salido a admirar el centelleo del río bajo la luna nueva?" Cuando las primeras nevadas, las mujeres no saben dónde arrojar las heces del té. Porque ¿quién se atrevería a manchar las primeras nieves? Dichoso el pueblo para quien el amor de la patria se confunde con el más alto ideal estético.

Y también el ideal religioso: porque el "shintoísmo" enseña el culto de los muertos y vivifica con un dulce animismo todo lo que miran los ojos. El budismo enseña el desinterés, el despego de lo individual. El confucianismo

hace racional y prudente la conducta. Y las tres creencias contribuyen a soldar el presente con el ayer y con el mañana, a disolver el dolor propio en el espectáculo de la vida infinita, y a devolver al acto humano esa sencillez admirable que le permite saltar de la vida a la muerte, y —si le place— de la muerte a la vida, con una seguridad de volatinero metafísico. Dos mil años hay concentrados —dos mil años de sabiduría, de bella experiencia— en esa sonrisa japonesa cuya miel no saben los europeos a qué sabe.*

El régimen feudal se ha perpetuado en el Japón hasta 1868. Este régimen significa, por una parte, el apego a ciertas normas de la vida política; por otra parte, engendra una moral, honor del guerrero, código de caballería andante, en que la lealtad y el valor son los dos principios capitales. Hovelaque prefiere, a entrar en definiciones abstractas sobre la moral de los caballeros, contar algunas historias ejemplares. Asano, gran señor, algo rústico e ignorante de las costumbres de la corte, habiendo sido injuriado por un chambelán, le apuñaló en el rostro. La ley prohibía la portación de armas en el palacio imperial, y Asano fue condenado al *harakiri,* a abrirse con sus propias manos el vientre. Los cuarenta y siete caballeros al servicio de Asano fueron desterrados, como lo mandaba la ley. El chambelán, restablecido de sus heridas, temía la venganza. Pero los cuarenta y siete caballeros pronto parecieron olvidar la afrenta de su señor, y se entregaron al vicio: se les encontraba ebrios por las calles, y un *samurai* le escupió un día el rostro a uno de ellos, diciéndole: "Eres un miserable que no ha sabido vengar a su señor." Pero una noche de enero de 1702, los cuarenta y siete caballeros, que sólo habían fingido olvidar para mejor asegurar su venganza, cayeron sobre la casa del chambelán, a quien sorprendieron solo; y prosternándose hasta el suelo, le rogaron que se entregara a las dulzuras del *harakiri.* El chambelán comprendió lo que aquello significaba, y prefirió, en efecto, darse la muerte con sus manos. Entonces los cuarenta y siete caballeros, vestidos de fiesta, se acercaron a la tumba de su señor: "Señor, habiendo cumplido sus deberes para con tu memoria, tus

* Inazo Nitobé: *Bushido: The Soul of Japan.* Tokio, 1904.

servidores acuden otra vez a tu lado." Y los cuarenta y siete hicieron el *harakiri* en aquel punto. Poco después, el *samurai* que los había afrentado creyéndolos incapaces de la venganza, habiendo reconocido su error, se dio muerte en el propio sitio. Yacen todas las tumbas juntas, algo aparte la del *samurai.* El pueblo las adorna siempre con flores, glorificando el suicidio de los valientes. ¿El suicidio? Sí: hasta el alacrán, cuando se encuentra preso entre llamas, sabe suicidarse. Pero los más de los hombres tienen por superioridad zoológica el adaptarse a todos los medios, y ser salamandras del fuego y peces del agua. En el mismo sitio donde yacen los cuarenta y siete leales, el oficial Ohara Takeyoshi se suicidó el año de 1891, para protestar contra las intrusiones rusas en Manchuria. Hay quienes se suicidan para huir de la vida, y hay quienes lo hacen con ánimo de mejorar la vida. A la muerte del Emperador, todos recuerdan el suicidio del general Nogui y su mujer, que se consideraban indignos de sobrevivirle. (Aquí me interrumpe el impaciente lector: "¿Y es ésta la vida armoniosa, brote risueño de la primavera de la tierra?" ¡Ay! Todo se ha de entender con delicadeza y con finura. Pese a las matemáticas, la línea vertical de Tokio es distinta de la línea vertical de Madrid. Pasemos.) Cuando el entonces zarevich Nicolás II fue herido en un atentado durante su estancia en el Japón, el Emperador japonés publicó el siguiente manifiesto —que en nada recuerda nuestros bandos de Policía—: "El Hijo del Cielo padece una augusta tristeza." No hizo falta más: de todas partes llegaba al Emperador el pésame de su pueblo. Yuko, la preciosa hija de un *samurai,* en la recia flor de los veintiséis años, se dirigió a la Puerta de la Expiación, se anudó con el cinturón la falda a los tobillos para no perder la decencia entre las convulsiones de la muerte, y se degolló. "Yuko, hija de *samurai,* ha muerto para lavar el crimen —decía su mensaje—, y ruega al Emperador que cese su luto." A los dos días, el Emperador hizo proclamar en todos los templos que su duelo había terminado, redimido por la preciosa sangre de Yuko.

En 1854, el pueblo de los abanicos y los biombos, las flores y las mariposas, adivina un nuevo sentido de la vida

en el trueno del cañón europeo. (No está por demás recordar que, para el criterio oriental genuino, la pólvora no se debe emplear en armas de fuego, sino en fuegos artificiales.) En 1868, y como por decisión momentánea, el Japón abandona el régimen feudal. Prescinde, en un instante, del opio, para imitar a las razas del alcohol. En toda su historia moderna cosecha los frutos de su disciplina tradicional. La adivinación política con que desde entonces parece proceder —desde el Hijo del Cielo hasta el último de sus súbditos—, la facilidad con que desde entonces remodela aquel pueblo su propia vida, es uno de los ejemplos más tónicos y más admirables de la historia. Nunca se vio tal.

¿El europeo sólo confía en brutalidades materiales? Pues el Japón le prueba su fuerza con la guerra china de 1894. En 1904, la guerra ruso-japonesa —fábula del elefante y la libélula— asombra al europeo. Más tarde, el Japón aplaza sus diferencias con los Estados Unidos, y entra en la guerra como potencia de primer orden. La liquidación de esta nueva fase no la hemos visto todavía.

¿Seguiremos a nuestro autor en sus discusiones sobre el más y el menos de la actualidad japonesa? No: mejor es saltar sobre tres siglos a la España del XVII, donde un poeta —que es todo él un museo vivo de gustos y emociones— habla del Japón a su manera. Dice, pues, Lope de Vega, en las primeras páginas de su *Triunfo de la fe:*

> Entre las selvas de islas a quien el mar permite sacar las frentes, yace el Japón, ya tan conocido de nosotros como ignorado antiguamente, o por la noticia de sus embajadores en Roma, o por los que al Rey Católico vinieron tan deseosos de la fe, por orden de los padres de San Francisco, el año de 1615, o, lo que es más cierto, por la que nos han dado con sus cartas los padres de la Compañía, buenos testigos del fruto de su predicación y cuidado. Diole la Naturaleza un sitio tan apartado de todo el resto de la tierra, que no se sabe cuál es más remoto de nuestro trato: el sitio o las costumbres. Incluye el nombre de Japón muchas islas, a quien divide el mar con tan pequeños brazos del Continente, que parecen el ramo de las venas del cuerpo humano que pinta la Anatomía. Toda esta tierra es por la mayor parte montuosa, fría. y más que fecunda, estéril. Su gente es blanca; su ingenio y memoria. admirable. No cubren la cabeza; sus riquezas son metales:

sus fábricas, maderas; sus armas, arcabuces, flechas, dagas y espadas. Mudan el traje conforme a las edades: afrenta nuestra, que ni aun lo consentimos al tiempo, enmendando la vejez con artificio. Escriben bien en prosa y verso, y en todas las demás acciones desprecian los forasteros, como naciones a la suya tan ínfimas. Esta descripción basta para la inteligencia de nuestro propósito...

1918.

EL MUSEO PRIVADO DE UN ESCRITOR

En cierta ocasión, por ese cúmulo de circunstancias humildes que a veces producen efectos inesperados, Mr. Dobson tuvo que suspender todos los trabajos de gran aliento en que por entonces se ocupaba, y quiso "honestar sus ocios" dedicándose a alguna tarea provisional.*

Olvidado entre sus papeles, se encontró un antiguo cuaderno de apuntes y recortes, donde día tras día había ido recogiendo pequeñas erudiciones amenas, felices ocurrencias, pasajes que le habían llamado la atención por cualquier concepto en la lectura del diario, la revista o el libro, y a veces consejos u observaciones de maestros literarios que influyeron sobre su conducta de escritor, o cuya plena significación le vino a revelar un día la experiencia.

Y de ese cuaderno, retocado ligeramente, un tanto clasificada la abundante y varia materia, salió este libro, que ha alcanzado ya una segunda edición, y que está llamado a vivir —con vida limitada, pero segura— en el mundo de los aficionados a leer.

Y aquí no llamo aficionados a leer a todos los que pasean perezosamente la mirada por las hojas diarias, buscando el amargo tónico de los rencores políticos; ni siquiera a los que, por oficio, escarban hasta los rincones de los libros y transforman en frío objeto de consulta un volumen de palpitantes versos. No; unos y otros van a la lectura, o por profesión o por utilidad, o por manía o por aburrimiento. Pero hay otros —de éstos los míos— que van a los libros por amor, como a un cultivo benéfico y diario del espíritu, donde se curan de los enojos y las importunidades cotidianas. Gustan de traer el libro en la mano, lo leen a ratos, lo acarician un poco, y lo tienen por verdadero amigo. Para éstos ha publicado Mr. Dobson su libro.

En esta página nos da, traducido, un epigrama latino, y

* A. Dobson: *A Bookman's Budget.* Oxford University Press, 1917, 8° xviii + 200 páginas.

a la otra comenta una frase de Napoleón. Cuándo discute los términos de la famosa sentencia de Buffon sobre el estilo, y cuándo —sobrio miniaturista— nos hace ver una antigua taberna en Londres, citada por Charles Lamb y frecuentada acaso por Thackeray. De pronto, si viene al caso, y a veces aunque no venga al caso, reproduce una vieja estampa, porque le agrada o porque la posee simplemente: allí está Talleyrand dormido junto a una chimenea, y un libro a sus pies. Más allá —preciosas siluetas de Hugh Thomson—, Richardson, el obeso autor de la *Pamela,* aparece leyendo, rodeado de sus "musas y gracias": unas señoras flacas, con manos extáticas y delgadas. Luego, Hogarth, con un bonete casi en la nuca, pintando el retrato de Fielding. Y, en fin, un grabado setecentista de M. Le Mire, dibujo de Gravelot, que representa un pasaje de *La Galerie du Palais,* de Corneille, en el momento en que Dorimant, terco enamorado, se vuelve al librero y le dice, señalándole el grupo cercano de mujeres: *Ce visage vaut mieux que toutes vos chansons.*

En *Los peligros de la ironía* encontramos la graciosa anécdota del ladrón sorprendido. El defensor, no hallando mejores razones, alega que su cliente era aficionado a dar paseítos nocturnos por las azoteas de la vecindad, y que a veces le sucedía meterse por otra azotea en vez de la suya. El juez, Lord Bowen, no pudo menos de sentirse irónico ante tan ingenuos alegatos, y dirigiéndose a los señores del jurado, para resumir el proceso, exclamó:

—Y ahora, señores, si creéis realmente que el reo no pretendía más que salir a sus habituales ejercicios nocturnos por los techos de la vecindad; si aceptáis que sólo se quitó las botas antes de bajar a la casa de su vecino con el laudable propósito de no molestarlo al ruido de sus pasos; si consideráis que el hecho de embolsarse algunas piezas de la cuchillería de plata no era más que un acto de inocente curiosidad de *connaisseur,* entonces, señores del jurado, y sólo entonces, dejaréis al reo en libertad.

Con gran sorpresa del juez, el jurado puso inmediatamente al reo en libertad.

Ni he acabado aún de leer el libro, ni tengo espacio para contarle más al lector. Pero ya se ve lo que es el libro: he-

cho con las astillas del taller de un escritor, y algunos papeles y cuadros de su pequeño museo privado, da idea de un nuevo género literario, el más cercano al trato mismo del autor, o más bien a los mejores aspectos de su trato. (Nuevo género —o muy antiguo. Porque ¿no es Dobson un erudito a lo siglo XVIII?) Abrimos el libro, y nos parece que entramos en la sociedad de Mr. Dobson, en la atmósfera particular de su estudio, de su biblioteca, de sus hábitos y preferencias mentales. Y nos sorprendemos formulando mentalmente la frase ritual, pero aquí con verdadera intención: "Mucho gusto en haberlo conocido a usted, Mr. Dobson."

"Azorín": ¿No sabe usted quién podría escribir en España un primoroso libro de este género, con sólo reunir y ordenar sus notas, sus libros de recortes y tal cual ensayito breve? Al que pueda hacerlo, "Azorín", vale la pena de pedirle que lo haga, y que lo haga cuanto antes: las víctimas del estío madrileño solemos esperar para octubre la llegada de los nuevos libros y los viejos amigos.

1918.

DESDE LA VENTANA DEL LABORATORIO

AL MARGEN DE LA GUERRA

SABIDO es que, por mil partes, la ciencia penetra las actividades de la guerra, y que es ya el laboratorio un complemento necesario del Estado Mayor. En la historia, esta guerra ha de aparecer como la guerra científica. Las memorias de los hombres de ciencia serán tan indispensables para comprenderla como los informes del comandante. El libro del coronel G. C. Nasmith, *On the Fringe of the Great Fight*, es un clarísimo ejemplo de cómo han de contribuir los relatos del químico, del médico, del matemático, a establecer el verdadero carácter de la guerra. El solo hecho de mantener sanos y bien provistos —y bajo condiciones del todo anormales— a grupos numerosos de hombres, es ya un acertijo de la economía y de la higiene. Formar y proveer los ejércitos es tarea para fatigar a las nueve musas reunidas.

El coronel Nasmith, del servicio médico militar de Toronto, vino a Inglaterra con la primera expedición canadiense —la mayor que hasta entonces había cruzado el Atlántico—, en calidad de consejero sanitario y perito en la purificación del agua. ¿Hay misión más noble? Rectificar la sed del soldado, que es a veces una sed trágica, frenética: dar de beber al sediento agua destilada . . . El aspecto técnico de las memorias de Nasmith nos compete aquí menos que su aspecto puramente humano.

Al entrar los suyos en campaña, Nasmith quedó encargado del Laboratorio Ambulante del Canadá, y durante dieciocho meses tuvo que trabajar a pocos metros de la zona de ataque. Una noche, por un descuido, se metió en las alambradas que resguardaban la trinchera enemiga, de donde pudo escapar gracias a la densidad de la niebla. Andaba cerca de Saint-Julien cuando el primer ataque de gases asfixiantes; y presenció, desde una trinchera abandonada, la segunda batalla de Ypres. Recorría las carreteras militares,

deteniendo al paso a los aguadores para examinar el estado del agua; analizó, y aun sufrió un poco, la influencia del gas asfixiante; inventó máscaras protectoras y, en fin, organizó de tal modo los servicios sanitarios del ejército, que mereció del rey de Inglaterra la Cruz de la Orden de San Miguel y San Jorge.

Su relato está escrito con un sólido buen humor, que ni las mayores desgracias logran quebrantar; en lo más íntimo de su alma resuena aquella tonada de su tierra, acompasándolo todo a su ritmo alegre:

Pack up your troubles in your own kit bag,
and smile, smile, smile!

Sonreír a todo: ésa es su ley. Pero, por fortuna, su sonrisa es compatible con la ternura para el emigrado, con la ira del combatiente, con los afanes del administrador militar, y aun con las pacíficas emociones del simple espectador. Aprecia la calidad del paisaje, el color de una florecita desconocida, los muebles viejos de un hotel de Flandes, las excelencias de la cocina popular, la mágica iluminación de un combate nocturno, la charla de sobremesa, la perseverancia del labriego francés, la dulzura de los campos de Francia.

Un orgullo, muy puesto en su lugar, de canadiense; un sentimiento de la dignidad personal que tiene algo del arresto del boxeador; una franqueza que no se para en descubrir los errores de algún servicio británico, el desorden de tal o cual acción, la incomodidad de esta otra exigencia gubernamental o las ásperas censuras de un jefe a la conducta política de los Estados Unidos; un amor al trabajo que trasciende hasta en sus palabras, y una buena salud moral para disimular contratiempos y afrontar dolores . . . Todo lo cual —no sé por qué— nos inspira una confianza, todavía mayor que sus títulos oficiales, en sus métodos de purificación de las aguas. Tal es la persona del coronel Nasmith, reflejada en su libro.

Somos demasiado solemnes: nos sorprende un libro de memorias como éste, donde un respetable funcionario cuenta con toda llaneza su riña en una taberna, y sus disputas continuas con la policía porque a su "auto" le faltaba no sé

qué número o contraseña. El hombre que escribe así lo es demasiado para dar importancia a las necedades oficiales. Está convencido de que desempeña una misión útil. Y si de paso hay que repartir algunos puñetazos, ¿por qué no? Si la rutina burocrática estorba, un puntapié bien administrado puede devolver a la situación toda la facilidad natural que hace falta para ir de prisa. Un nuevo concepto de la vida, un nuevo matiz de civilización se nos traslucen por entre las páginas del relato.

El coronel Nasmith nos cuenta el viaje de la expedición por el mar, la molestia infinita de las enfermeras a bordo, que eran cien y ocupaban sitio como mil, que llenaban invariablemente la sala de conciertos, no dando lugar a los oficiales y jefes, y que se amparaban a la vez de su grado militar y su privilegio de mujeres para salirse con la suya.

Después, en las yesosas llanuras de Salisbury —donde Chesterton puede recoger un terrón del suelo para dar el color blanco en sus paisajes al pastel—, las lluvias continuas, implacables. Hasta que los muebles, los objetos todos, la ropa, chorrean humedad, y los cascos de los caballos se reblandecen. Todos los días la ambulancia de policía trae de los pueblos vecinos una docena de desertores; desertores cuyo fin no es escapar del ejército, sino pasarse en terreno seco unas cuantas horas, enjugarse un poco mientras se les aprehende y conduce otra vez al pantano de Salisbury.

Más tarde, en Francia, por los caminos nocturnos, al fuego de los cohetes enemigos, o desde la ventana del laboratorio, la visión de una vida extraña, confusa, que convierte en lugares exóticos los parajes más conocidos. El cielo, sereno; la tierra, devastada aquí y sembrada allá, no comparten el sobresalto de los hombres. Y, como en Emerson, parece que el hombre ha venido a perturbar el optimismo de la naturaleza.

Los mil incidentes del servicio los describe Nasmith con un encanto singular. En el fondo, todo le hace reír un poco; todo, menos los fundamentales dogmas del bien. Así, como a risa, nos habla de sus conferencias sobre el carro de artillería, para convencer a los relapsos de las ventajas de la vacuna contra el tifo; nos habla de la persecución de las ra-

tas, las sospechas de epidemia que provoca el hallazgo de una rata muerta, y los trámites y comunicaciones a que da lugar el envío del miserable despojo de uno a otro puesto sanitario. La escena sorprendida desde la ventana, la figura de los hombres que le rodean, adquieren —en esta existencia algo febril— el valor de alucinaciones; se fijan profundamente en su recuerdo, y en adelante van a perseguirle, como el zumbido pertinaz de una avispa. El himno aquel que un día entonaron los soldados, las condecoraciones que distribuía el general Haig, el concierto indio, el pequeño cementerio de los canadienses, el soldado ebrio, el asistente que sirvió una noche los rabos de los espárragos a la mesa del coronel; un día de mucho sol; y después, aquel deleitoso baño de esponja . . . (¡Estas intolerables casas viejas, sin baño!)

Y de pronto, ya en los campamentos de Francia, en las aldeas arruinadas, o por las calles de París, el eco de una canción, el olor de la primavera, traen una onda de melancolía, un recuerdo de la patria lejana; y el soldado del Canadá evoca sus playas, donde sueña que le saludan temblando, entre los simbólicos ramajes del arce, los corimbos de flores.

¿1919?

DE SHAKESPEARE, CONSIDERADO COMO FANTASMA

Un día dieron los hombres en dudar de la personalidad de Shakespeare; en dudar de que ese Shakespeare de quien nos hablan las biografías fuera realmente el autor del teatro que corría bajo su nombre, sin la menor objeción, desde hacía más de tres siglos.

Hará unos setenta años, J. C. Hart, cónsul americano en Santa Cruz, propuso las primeras dudas. A éste siguieron otros. A través de cabalísticos razonamientos, la crítica de los Estados Unidos trataba de convencerse de que Shakespeare era Bacon, el propio Bacon de los *Ensayos*. ¿Y no hubo quien declarara que Shakespeare era un autor francés, un tal Jacques Pierre, que había alterado *levemente* su nombre para darle sonido inglés? (Esta explicación, lector, nos recuerda las etimologías de Goropio.)

Karl Bleibtreu, en 1907, y C. Demblon, en 1913, se empeñaban en identificar a Shakespeare con Francis Manners, sexto conde de Rutland.

El ambiente se fue llenando de niebla. Un hombre de buen sentido, Mark Twain, trataba en vano de poner fin a la ociosa controversia mediante esta fórmula de transacción: "Declaremos que la obra de Shakespeare no es de Shakespeare, sino de un contemporáneo suyo que se llamaba como él."

Al fin el tumulto se va aquietando. Y contribuye no poco la autorizadísima obra de sir Sidney Lee sobre la *Vida de Guillermo Shakespeare*, publicada por vez primera en 1898.

Pero he aquí que recientemente aparece un libro de Abel Lefranc, profesor del Colegio de Francia, que propone una nueva metamorfosis: *Sous le masque de William Shakespeare: William Stanley, VIe Comte de Derby*. La obra consta de dos volúmenes, y el que prefiera enterarse de lo sustan-

cial puede leer el folleto de Jacques Boulenger, *L' Affaire Shakespeare*, París, Champion, 1919.

De Shakespeare, ingenio universal si los hay —dice la nueva teoría—, tenemos una biografía extrañísima, por cuanto es la biografía de una persona privada, oscura, de quien nadie habla en su tiempo. Lord Derby, en cambio, parece corresponder a los contornos "metafísicamente necesarios" del autor de la obra shakespiriana, por tales y cuales coincidencias que de otro modo no se explican (inútil empedrar de pormenores este simple "aviso a los aficionados"), y porque su posición social, su vida, sus viajes, su cultura, su temperamento de Otelo celosísimo, las noticias que tenemos de que se ocupaba "en escribir comedias para el vulgo", todo, en fin, hace probable la hipótesis.

Sir Sidney Lee, apóstol de la teoría clásica, contesta a Lefranc desde las páginas de *The Quarterly Review* (julio de 1919) y, aparte de la fuerza que puedan tener sus argumentos eruditos e históricos, logra realmente "salvar" la cuestión, elevarla a un plano de mera discusión estética, cuando dice, más o menos:

> Ignoramos las leyes que rigen el genio estético. Lefranc trata de demostrar que la persona y antecedentes de Shakespeare no *se parecen* a su obra; que su ambiente no se refleja en sus dramas (y por cierto sólo examina una parte reducidísima), etc. No es así como la cuestión debe proponerse. Debiéramos más bien preguntarnos si la obra shakespiriana revela o no a un escritor genial, capaz de lanzar su imaginación, en cuanto toma la pluma, precisamente hacia un mundo distinto del que habitualmente le rodea.

Bergson, en efecto, estudia la producción dramática como caso típico de la producción estética, y concluye: la conducta humana es el resultado de una elección perpetua; la vida parece un camino lleno de encrucijadas o tentaciones a cada paso; el artista dramático, al crear sus caracteres, realiza, en un mundo ideal, mil posibilidades de su propio ser que no ha realizado en la vida práctica. Y en este sentido, el arte resulta algo como un *desquite* de la vida.

Albert Thibaudet, en *La Nouvelle Revue Française* (agosto), hace un excelente examen de la cuestión. La tesis de

Lefranc se reduce para él a dos asertos: 1º Es imposible que Shakespeare sea el autor de su teatro. 2º El autor es William Stanley, conde de Derby. El primer aserto es inaceptable: Lefranc considera como defectos de la persona de Shakespeare lo que, en rigor, son defectos de nuestro conocimiento sobre dicha persona. El segundo aserto, mantenido con un tono verboso y algo jactancioso que hace desagradable la lectura de Lefranc y le quita ponderación crítica, podrá mañana resultar verdadero: es un bello sueño; en vez de la obra shakespiriana, que surge de la pluma de un ser algo misterioso e invisible, nos daría un "autor responsable", plenamente conocido, y cuyo carácter parece estar en armonía constante con la obra. Pero, hasta ahora, los argumentos de Lefranc tienen más interés como aportación indirecta a la teoría clásica —por las novedades que nos hacen conocer sobre Shakespeare—, que no como demostración de que Lord Derby sea el hombre buscado. Y Thibaudet adopta esta posición discretísima: Lefranc (como antes Demblon) quiere probar que el autor del teatro shakespiriano es un gran señor, y lo que por ahora prueba es que Shakespeare, el clásico Shakespeare, tuvo relaciones con ese gran señor. ¿Lefranc pretende que el gran señor escribía lo sustancial de la obra y que Shakespeare —un practicón— la teatralizaba y la adaptaba al movimiento escénico? Eso no puede aceptarlo el que haya leído un solo drama de Shakespeare y apreciado su íntima contextura. Mucho más fácil es aceptar que Shakespeare atendiera tal o cual consejo o indicación de Lord Derby, como atendía sin duda los consejos, indicaciones y noticias que le daban los demás personajes a cuya casa solía ir a representar con sus actores.

Finamente, Benedetto Croce (*La Crítica,* mayo-julio), desde una nota, y como de paso, le da un puntapié a Lefranc, y —olvidándose provisionalmente, y para los efectos de la polémica, de que es Lefranc autor de sabios estudios sobre Rabelais, Margarita de Navarra y Marot, y de que su trabajo sobre las *Navegaciones de Pantagruel* ocupa un alto puesto en la crítica— le llama, con esa acritud, con esa acidez que le es tan característica, "un profesor A. Lefranc . . ."

Y es que Croce vuelve a la erudición —que ocupó su

juventud estudiosa— como con náuseas. Es que tiembla siempre por la semilla de espíritu puro que hay que ir a buscar entre los terrones brutos de los datos innecesarios o simplemente curiosos. Es que mantiene, en una admirable página con que se abre el cuaderno de la revista a que vengo aludiendo, la diferencia entre la persona "práctica" y la persona "poética". Es que recuerda, con saludable insistencia, que una cosa es la biografía y otra la obra artística (¡ay, en nuestra crítica cervantina, qué falta nos haría una prédica semejante!), aun cuando aquélla sea un auxiliar para la interpretación de ésta, que es, al cabo, la que más importa.

> La poesía —escribe— debe ser, sí, interpretada históricamente; pero con ayuda de aquella historia que le es intrínseca y propia, y no de aquella historia, del todo extraña, que no tiene más relación con la poesía que la que pueda tener el hombre con lo que desdeña, aleja o rechaza, porque le estorba o no le sirve, o porque ya lo ha aprovechado en su obra hasta donde le hacía falta.

Volvamos, volvamos a la hipótesis del humorista: la obra de Shakespeare no es de Shakespeare, sino de otro señor que era su contemporáneo y su homónimo.*

1919.

* Hoy no podríamos pasar por alto la obra de Abel Lefranc, *A la découverte de Shakespeare*, París, Albin Michel, 2 vols., 1945-1950.

DE VIRGILIO, CONSIDERADO COMO FANTASMA

COMPARETTI, Leland, Naudé, Genthe, y recientemente Rodocanachi, han estudiado la representación —fantástica, divertidísima— que la Edad Media tuvo de Virgilio. De la literatura latina acaso es Virgilio el que mejor sobrevive durante esa época. Cantor de la grandeza de Roma, su nombre se asocia al de Roma (que era también para los medievales un motivo de representación legendaria). La Iglesia, además, acepta a Virgilio y declara que, aunque gentil, en cierta égloga profetizó el advenimiento de Cristo. (Más tarde, se dijo que la alusión se refería al nacimiento de Marcelo, hijo adoptivo de Augusto.)* Secundiano, Marcelino y Veriano, tres enemigos de la nueva creencia —aseguraban los escritores eclesiásticos—, al oír los versos de Virgilio se convirtieron, y al fin, acabaron en mártires cristianos. Virgilio pasaba así a la categoría de profeta. En el *Misterio de las vírgenes locas* se le invoca como "testigo de Cristo". Todavía el poeta de las *Voces interiores* se complace en recordar esta interpretación de la cuarta égloga, y —lo que es peor— hace como que la toma en serio.

Un cronista del siglo XIV convierte a Virgilio en catequista de romanos y egipcios, que les revela la pasión de Cristo y hasta alguna vez les recita el *Credo*. Pagano por educación, suele juguetear con los genios y otros diablos menores. Pero en sus últimos días se arrepiente, se bautiza, hace con sus propias manos un sillón de madera donde graba los pasos del Nuevo Testamento, y se sienta allí a esperar la muerte. Más tarde, San Pablo viene a Roma y busca los restos de Virgilio. Da con ellos (y esta odisea es motivo de otro poema medieval); pero al tocar el cadáver, se le deshace en polvo. Y San Pablo llora amargamente.

Del mismo siglo es otra leyenda, según la cual Nerón

* Según J. Carcopino, *Virgile et le mystère de la IV[e] Églogue*, es un canto de nacimiento en honor de Saloninus, hijo de Polión, año 40 a. c., por octubre a noviembre.—1930.

mandó construir un templo de oro a sus dioses, y preguntó a Virgilio, que era un gran "sabidor", cuánto duraría aquel templo. Virgilio le dio por término el alumbramiento de una virgen. Y, en efecto, al nacimiento de Cristo el templo se vino abajo. Y aquí una disputa entre Nerón y Virgilio, en que éste le hace conocer el Antiguo y el Nuevo Testamento. El que triunfe en la disputa tendrá derecho a cortar la cabeza al vencido. Por lo cual la disputa se alarga tanto, que el autor se olvida de las condiciones del desafío, y nos quedamos sin saber quién degüella a quién.

Otro nos dice que un tal Zabulón, griego o babilonio, había leído en las estrellas, hacía mil doscientos años, el advenimiento de Cristo. Virgilio, siempre estudioso, en cuanto lo oyó contar se puso en camino, para aprender la profecía en los libros de Zabulón. El viaje por mar era peligroso. Pero Virgilio llevaba un talismán: una sortija con un rubí, y dentro del rubí un genio en forma de mosca. Y nótese esta manera de justificar la magia de los gentiles, como un conjunto de prácticas necesarias "antes" del Cristianismo, como un método necesario para llegar al Cristianismo. Virgilio logró apoderarse del libro del mago, en el momento mismo en que la predicción se realizaba, y de pronto se vio rodeado de inmensas riquezas que, al parecer, le estaban haciendo buena falta.

Este Virgilio profeta —según el testimonio de Rafael y del Vasari, que alguna vez lo han pintado entre los otros profetas— dura hasta el siglo XVI. Y Rodocanachi cuenta que se hizo hábito el abrir al azar los libros de Virgilio y buscar un oráculo en el primer pasaje que se viniera a los ojos, como se ha hecho con la Biblia.

Pero también hubo un Virgilio filósofo, y esto mediante el abuso de la interpretación alegórica, "que ha adormecido durante siglos al espíritu humano". Sea la *Eneida.* Eneas —decían los intérpretes, torciendo un poco cierta recóndita connotación etimológica— es el alma humana; el naufragio, el nacimiento; Éolo, el dios perverso; Dido, la tentación. El obispo Fulgencio escribió en este sentido páginas aburridísimas a propósito de la *Eneida;* y, por fortuna, renunció a hacerlo respecto a las *Bucólicas* y las *Geórgicas,* en vista de

que la profundidad del sentido oculto superaba sus conocimientos. (Algo parecido a lo que ha pasado aquí con Cervantes y los buscadores de "trazas".)

¿De dónde había sacado Virgilio tanta ciencia? De las Universidades, claro está. En Toledo había estudiado mucho —la gran escuela de magia de aquel tiempo—. Hay quien hace árabe y cordobés a Virgilio. Los sabios de Toledo lo invitan a que vaya a enseñarles. Él se niega, y los doctores toledanos van a buscarlo a Córdoba para discutir con él mil y mil sutilezas. A veces, en otro poema medieval, Virgilio es un maestro de escuela.

Pero para Enenkel la ciencia de Virgilio tenía un origen más divertido: un día, cavando el campo, Virgilio desenterró una botella; en la botella había doce genios encerrados. (Supongo al lector enterado de las ventajas de encerrar a los diablos en recipientes de cristal: así en el segundo *Fausto;* así también, en *El Diablo Cojuelo.* Benito IX tenía encerrados siete espíritus en un tintero de cristal: ¡qué hallazgo para un escritor!) Los genios ofrecieron a Virgilio la ciencia de las maravillas, a cambio de la libertad. Virgilio contestó, como los judíos Raquel y Vidas en el *Poema de Mío Cid:* "Non se faze assí el mercado, sinon primero prendiendo e después dando." Y cuando le hubieron comunicado su ciencia, los dejó salir de la botella.

Otros pretenden que Virgilio se hizo a la mar, en compañía de sus amigos, hacia la Montaña Sagrada, donde se encontró con un espíritu encerrado en una botella, el cual le hizo conocer el sitio en que estaba escondido el Libro de la Magia. Da con él Virgilio, y he aquí que al instante aparecen ocho mil diablos. Virgilio los doma y los obliga a pavimentar una carretera: es la Vía Apia.

En otra leyenda, donde la crítica descubre una contaminación de las *Mil y una noches,* Virgilio sólo deja salir un genio de la botella. El genio crece tanto, que amenaza llenar el mundo. Virgilio le reta entonces a entrar otra vez en la botella. El genio, para demostrar su poder, se empequeñece de nuevo y entra en la botella. Virgilio entonces cierra la botella con el sello de Salomón.

Filósofo y moralista para Dante, astrólogo para Boccac-

cio, Virgilio es para algún novelador un especie de gitano que dice la buenaventura al emperador Augusto, a cambio de un mendrugo.

Pero la verdadera tradición popular hace de él un brujo, y parece tener sus orígenes en Nápoles, en torno a la tumba del poeta, que se hizo lugar de peregrinación. Cuando la tumba desapareció, la fantasía construyó —en el aire— otra mejor. Ya se decía que estaba en una isla solitaria, en mitad de un lago, cuyas aguas se estremecían cuando algún intruso se aproximaba. Ya que en una montaña descubierta por un coleccionista inglés que sabía muy bien el *Trivium* y el *Quadrivium*, y que estaba empeñado en poseer los huesos de Virgilio. Verdad es que el duque de Nápoles transportó a otro lugar secreto los huesos de Virgilio, durante la noche, para impedir que se los llevara el osado inglés. ¡Y él que esperaba, con sólo poseer aquellos huesos, aprender la ciencia universal en cuarenta días! Pero los huesos de Virgilio protegían a Nápoles, como a Atenas los del antiguo Edipo.

En cierto cuento de Poe, el diablo transforma una proposición fundamental de Platón, invirtiendo una *lambda* griega y transformándola en una *gamma*. El diablo, transformando a *Virginio* en *Virgilio*, hizo que los hombres sacaran un nuevo argumento en pro de los beneficios sobrenaturales que Virgilio proporcionaba a Nápoles, de cierto pasaje en que Séneca habla de un terremoto que destruyó el Sur de Italia y sólo a Nápoles respetó, *en tiempos de Régulo y de Virginio.* También intervino Virgilio de cierto modo para sofrenar la cólera del Vesubio, y abrió túneles y carreteras, destruyó las plagas de moscas fabricando una enorme mosca de bronce, y acabó con otra plaga de serpientes y otra de sanguijuelas; construyó un mercado donde no se corrompía la carne y, finalmente, metió a Nápoles dentro de una botella para sustraerla a sus enemigos . . . Pero, explica gravemente uno de los conquistadores, Nápoles cayó en poder del enemigo porque la botella estaba algo rota.

El jardín de Virgilio, rodeado de un "muro de aire" que impedía la lluvia, estaba lleno de plantas medicinales. Había una que volvía la vista a las mujeres ciegas, siempre que fueran vírgenes.

La fama de Virgilio voló. En Roma Virgilio era el constructor de todos los antiguos monumentos. Entre ellos, de cierto espejo del Capitolio, en el cual se veían aparecer todos los peligros que amenazaban a Roma, y aun las desgracias privadas de los maridos. Una estatua de bronce que flotaba en el aire, sobre la ciudad —obra también de Virgilio—, daba a cuantas la veían pensamientos honestos. Dos veces las mujeres de la ciudad, conjuradas durante la ausencia del poeta, y de acuerdo con la esposa de éste —que también era bruja—, destruyeron la enojosa estatua. La primera vez, el sabio Virgilio la reconstruyó. La segunda vez, prefirió inventar otros medios para guardar el honor de las mujeres. Las mujeres se vengaron: Febilla, hija de Julio César, hizo a Virgilio proposiciones amorosas. Éste se resistía: estaba muy ocupado en sus brujerías. Pero, a tanta instancia, le pareció poco discreto negarse. Febilla le hizo saber que su padre la tenía encerrada en una torre, y que para llegar hasta ella era menester izarlo en una cesta. Brujo y todo, Virgilio confió en la palabra de la mujer y entró en la cesta. Lo izaron, en efecto, y lo dejaron colgado a medio camino, donde todo el pueblo pudo verlo a la mañana siguiente. Cosas que acontecen a los más sabios. El castigo de Virgilio, convertido ya en moraleja, fue esculpido en la catedral de Ruán y en una iglesia de Caén. Pero los cuentistas inventaron mil formas para salvar a Virgilio del oprobio y castigar a la princesa Febilla. Por ejemplo: en vez de Virgilio, apareció en el cesto un ser extraño que se deshizo en niebla espesísima; se apagaron todas las luces de la ciudad, y Virgilio anunció que sólo se podrían encender al contacto del cuerpo desnudo de la princesa. Después de tres días y tres noches de vacilaciones, Febilla apareció desnuda en la plaza pública, y murió de vergüenza al encenderse las luces.

Otros amores tenía Virgilio: noche a noche, transportaba desde Babilonia a la hija del Soldán, y al amanecer la volvía a su casa. El Soldán exigió a su hija que le trajera frutas del jardín adonde el mago la transportaba. Ella le llevó unas nueces. El Soldán comprendió entonces que el mago venía de Europa. Puso una guardia, y al otro día logró co-

ger a los dos enamorados. Dispuso quemarlos en una hoguera. Pero de pronto el mago hizo creer a todos que el río se había desbordado. Todos nadaban, a brazo partido, sobre la arena. En la general confusión, el mago y la princesa escapan. El mago construye, como refugio de sus amores, la ciudad de Nápoles. La ciudad es tan hermosa, que el Emperador de Alemania levanta un ejército para conquistarla. Virgilio la salva con la ayuda de un valiente español, y en recompensa le regala la hija del Soldán, de quien ya empezaba a cansarse.

Rodocanachi advierte que, al alejarse de sus orígenes, la leyenda va perdiendo todo carácter particular, y lo mismo podría aplicarse a Virgilio que a cualquiera. Así, en España, Virgilio es aprisionado por haber faltado a cierta dama llamada Isabel. Lo olvidan en la prisión siete años. Un día, a la hora de comer, el Rey se acuerda de él, le hace dar vestidos de Corte, lo trae a su mesa; una dama se enamora de él y con él se casa.

La muerte de Virgilio se cuenta de mil maneras diferentes; pero casi todos los cuentistas convienen en que intentó, como Fausto, rejuvenecerse y, debido a algún error de última hora, la operación mágica fracasó. Hay quien le hace morir durante una tempestad en el mar.

Los especialistas han acertado a recoger todavía, de labios del pueblo, algunos vestigios de la leyenda medieval virgiliana.

(¡Dulce y melancólico Virgilio, poeta de éxtasis y lágrimas: lo que han hecho de ti los hombres!)

¿1919?

EN LOS PARAÍSOS DE LA GUINEA ESPAÑOLA

EL LIBRO del señor Bravo Carbonel, ex secretario general de la Cámara Oficial Agrícola de Fernando Póo,* es un libro lleno de atractivo para el público en general, pero que los gobernantes de España, particularmente, no pueden dispensarse de conocer. Tiene España unos dominios de que nadie se acuerda. Allá quedan, bajo el amparo sobrenatural de la Providencia.

El autor penetra, con conocimiento y abundante documentación, en el estudio de aquellas regiones españolas de África, cuya posesión —como dice Ramón y Cajal— sólo la ciencia hace deseable y soportable.

Tras una sucinta descripción geográfica de los territorios españoles del Golfo de Guinea, el autor expone algunos antecedentes históricos: los descubrimientos portugueses del siglo XV; la cesión hecha a España en 1778; las vicisitudes de la expedición del Brigadier Conde de Aralejos, destinada a establecerse en las nuevas tierras, pero ignorante del país, mal organizada y sin elementos de defensa sanitaria.

Muerto el jefe, se hizo cargo del mando el Teniente Coronel de artillería Primo de Rivera, y los supervivientes, acaudillados por el sargento Martín, se declararon en rebeldía. Y el Gobierno abandonó de hecho las posesiones, y tras una precaria ocupación inglesa, no volvió a ejercer acto de dominio hasta el año 1843 —expedición al mando de Lerena.

De aquí el buen gobierno del inglés Beecroft, en cuya conmemoración la colonia hizo erigir un obelisco. Después vino un gobernante holandés, Lynslager, y luego el Gobierno se ha renovado 79 veces en sólo setenta y cuatro años.

Lamenta, finalmente, el autor, que España haya desperdiciado los territorios entre el Cabo Formosa y el río Gabón, que pudo, en determinado momento, apropiarse por simple toma de posesión; y recuerda el fracaso del proyecto de

* J. Bravo Carbonel, *Fernando Póo y el Muni, sus misterios y riquezas, su colonización.* Madrid, 1917; 4º 400 páginas.

Costa para la anexión de Camarones. La zona actual que domina España es algo menor que Madrid, Barcelona y Valencia juntas.

Con el examen de la gea, la fauna y la flora, entramos en la región de los misterios: manantiales de aguas carbónicas como el de Mioko, que se ven burbujear, sin que nadie intente explotarlos; las hormigas bravas, que cuando sienten hambre salen en miriadas a combatir a los insectos, las aves, las fieras y los hombres.

> Es tal su número y voracidad, que nosotros, queriendo descarnar, para conservarlo, el esqueleto de un pequeño elefante —cazado en el Continente y transportado vivo a Fernando Póo, donde murió luego—, inquirimos dónde había alguno de esos hormigueros, dejamos el cadáver del elefante en su proximidad una tarde, y a la mañana siguiente encontramos el esqueleto totalmente mondado.

Así devoran también a los hombres vivos, como en la leyenda indostánica de la muerte de Valmiki, que los lectores modernos recuerdan a través de Leconte de Lisle. El viajero que apenas pisa un cordón de estas hormigas ve su pierna al instante invadida por el temible ejército, y tiene que sumergirse en el agua cuanto antes. Cuando caen sobre un poblado, los indios abandonan sus casas y alzan humaredas con leña húmeda, de manera que el viento las arrastre hacia la región invadida.

Entre la abundantísima flora, las plantas textiles podrían servir para muchas aplicaciones, y sobran los árboles industriales y maderables.

En el territorio de Guinea, el día y la noche son iguales, y los hermosos crepúsculos son casi instantáneos. Hay una estación seca y otra lluviosa; la primera, en Fernando Póo, de noviembre a marzo, y la segunda, de abril a octubre. Pero en el Continente, con estar tan cerca, las estaciones son invertidas. En los períodos de transición aumenta la malignidad de las enfermedades climáticas, como el paludismo. Las tempestades son grandiosas y cargadas de electricidad. De día, según la estación, suele haber nublados, y el relente nocturno humedece la ropa. No hay nieve ni granizo. El

calor de la época seca es excesivo: media hora de sol bastaría para desollar al viajero.

La población es muy mezclada. La aristocracia la forman los fernandinos, muy aseados, algo alambicados en su anhelo de parecer corteses, vestidos a la europea, pero con un gusto pintoresco, que casi no se preocupan más que de sus materialidades inmediatas: la mesa, la cama y el adorno. "Pero lo que asombra es que pasan de la holgura a la escasez, sin que en su alma existan sufrimientos por la posición perdida, sin que para su honor signifique un desdoro." Hay sus excepciones: el autor recuerda los nombres de fernandinos eminentes, que honraron a las Universidades europeas y fueron después trabajadores notados y hombres de provecho. La raza es, en general, bondadosa y hospitalaria.

Priva entre ellos el protestantismo, pero —salvo excepciones— no consideran como un deber la fidelidad de la esposa, que es materia de trato mercantil con el marido. Cosa notable: hablan en inglés, más o menos bastardeado, y aun los pocos que entienden algo de español lo disimulan por marrullería. Como se ve, por la religión y la lengua, no es España verdadera dueña de aquellas tierras. Los naturales alegan que el Gobierno no quiere enseñarles el español. "Es cierto: sólo hay dos escuelas públicas de niños, una para cada sexo, en toda la isla; y aunque en algunas épocas se establecen clases de adultos, es muy poco una escuela para tanta gente." En cada una hay sólo un profesor, que con frecuencia se halla incapaz de resistir al clima. ¡Triste cuadro! Los misioneros católicos no logran competir con los protestantes de lengua inglesa.

Los *bubis* forman la raza inferior. Viven en chozas agrupadas, se alimentan con la caza o lo poco que sus mujeres cultivan; crían animales domésticos, guisan con aceite de palma y se embriagan con el *topé* de la palma fermentada. Hablan en su lengua africana, ignoran el español, apenas saben contar, se comunican a distancia con un silbato de madera: un verdadero lenguaje de señales, un lenguaje como el de los pájaros. Creen en un dios bueno, al que festejan por amor, y en un dios malo, al que festejan por temor. Son desconfiados y tímidos, haraganes y viciosos; en su trato con

los europeos (¡hacen bien los infelices!) sólo procuran sacar ventaja: un reyezuelo le ofrecía al autor regalarle unas gallinas, y le pedía después *pólvora para matarlas:* ¡como si las gallinas fueran águilas! Dejan morir *nietzscheanamente* a los viejos y a los enfermos. Andan casi desnudos y usan unas joyas a su manera, no más bestiales que algunas nuestras. Se "adornan" la cara con cicatrices, costumbre que data, al parecer, del siglo XVIII, y tenía por fin distinguir las tribus, cuando la trata de negros. En sus fiestas o *baleles,* danzan al son de un tambor hasta que no los rinde el cansancio. Tienen unos curanderos muy diestros. Su constitución política es una especie de patriarcado. Su rey nominal es un tal Malabo, ladino y borracho. Tiene un rival, Bioco, que le aventaja en todo: "El Gobierno debía pensar en robustecer la autoridad de éste, con merma de la del borracho Malabo." El autor, tras de examinar a fondo esta vida lamentable, concluye que España lleva un siglo y medio de estéril soberanía.

De la curiosa descripción que hace Bravo sobre las demás razas aborígenes, sacamos la siguiente carta de un indígena africano, que por cierto sonará a cosa familiar para los que conozcan a los indios americanos. Hay en ella, amén de un buen sentido encantador, unas construcciones guineínas —que no vizcaínas—, unos diminutivos de cortesía y un superlativo por reiteración que valen oro. Hela aquí:

> Sr. D. Juan de Bravo.
>
> Mi muy respetable señor: Tengo el gusto de suplicarle a V. de que, señor mío, dispénseme por estas pocas palabritas que le boy a indicarle a V. por parte de mi primo Imale, de que, señor, le pido a usted el perdón para que saques mi primo en el cárcel; porque, señor, ya sabes V. muy bien que en el cárcel no conviene de estar uno allí mucho tiempo. Y si te arobado algunas cositas, entonces tómale y castígale usted mismo en su casa; pero en el cuartel no conviene de estarle allí. Pues señor, fabor y fabor sácale del cárcel, porque nuestra hermana está llorando casi todos los días. Ni más por hoy. Queda de V. affmo., *Juan Maliva.*

Nos falta aquí espacio para exponer —aun en una apretadísima síntesis— las costumbres indígenas a que consagra el autor más de cincuenta páginas. La descripción de la ca-

cería ritual de los *pamúes* es un documento lleno de interés; allí vemos aparecer la figura del gran cazador español Bengoa, respetado como un sacerdote por los indígenas, único y verdadero prestigio español entre aquellos bárbaros.

> El suelo de Guinea es riquísimo y feraz. En él todo es fecundación, todo es florecimiento, todo es vida. Sus entrañas están en constante gestación, que cuaja en corpulentos árboles, en frondosos arbustos, en caña brava, que se reproduce a pesar del hombre, formando malezas intrincadas; en flores de vivísimos colores, de intensos y fragantes perfumes.

Tal es el himno con que el autor abre el capítulo consagrado a la agricultura. Y habla después del cacao de Fernando Póo, cuya producción ha subido de uno a más de cinco millones en doce años (1901-1913); del aceite de palma y la almendra de palma, que en 1909 llegaron a exportarse, respectivamente, en más de 190,000 kilogramos y más de 420,000; del caucho, maderas y plátanos, naranjas y limoneros, piñas, guayabas, guanábanas, ahuacates, anones, papayas, mangos, chirimoyas, marañones, cocos, yucas, baobab, ñames y malangas, hortalizas varias y patatas.

En torno a la insalubridad del país se ha exagerado hasta crear una verdadera leyenda. La situación climática desarrolla ciertamente la enfermedad del sueño, la *nagana* de los ganados, la disentería amibiana y las más crueles formas del paludismo. El maestro Cajal dice que allí la vida se devora a sí misma. Para el europeo el clima es duro. Pero he aquí en qué consiste la verdadera enfermedad:

> No hay, que nosotros sepamos, que nosotros percibamos por sus obras, el más rudimentario plan ni la más débil organización sanitaria que se ocupe de hacer obra de profilaxia. Cual si el Estado español hubiera aparecido ayer a la vida de colonización, sólo atiende al mantenimiento de unos hospitales para albergar enfermos, y sostiene una planilla de médicos de sala para curarlos... Los hospitales están mal instalados, en general. No tienen gabinetes micrográficos, no tienen sala de operaciones adecuada...

Compare el lector con esto lo que todos conocemos sobre la campaña contra la mosca *tsé-tsé* en la Guinea portuguesa. En esta materia son clásicos los trabajos del Dr. Pittaluga,

y a ellos acude frecuentemente el autor. Da cuenta de la pereza y agotamiento paulatinos que se apoderan del europeo en Guinea; prescribe los consejos higiénicos más indispensables y, aunque confiesa que no hay verdadera aclimatación posible para el blanco, en el sentido más profundo y completo, mantiene que siempre se puede luchar con éxito.

Asegura el señor Bravo Carbonel que el estado político-social de aquellos territorios es lamentable; que la colonia europea carece de espíritu de asociación; viven allí unos blancos, lejos de sus mujeres, cuya única diversión, en las monótonas reuniones de hombres solos, es el juego, cuando no el alcohol. Ni hoteles, ni cafés, casinos, ni teatros; vida animal y solitaria. Divididos los indígenas de los blancos, y éstos —o funcionarios del Estado o comerciantes—, deseosos de pasar el mal trance y volverse cuanto antes a su residencia europea. A ninguno le basta —se lamenta el autor— la satisfacción de cuidar y resolver cuestiones de índole pública. Y en buena ley, no sé hasta qué punto se puede exigir de los hombres el temple apostólico que haría falta para pagarse de satisfacciones tan abstractas. De tanto mal no puede culparse a los individuos. Mientras el Estado no haga de aquellas tierras un lugar saneado y habitable, a nadie se le puede exigir que se traslade allá con mujer e hijos y ánimo de establecerse definitivamente, comenzando una verdadera vida social. Los gobernantes viven lejos de los indígenas, y éstos ya hemos visto hasta qué punto están distantes de España.

La riqueza potencial de la Guinea es muy superior a su riqueza actual; los proyectos oficiales no siempre pasan de serlo; la iniciativa privada no aparece por ninguna parte. En la Guinea pudieran crearse industrias para la destilación de alcoholes, fabricación de pasta de papel, cales y ladrillos de construcción, harinas de plátano, cristal, aceite de ballena, conservas de frutos, industrias eléctricas, hielo, fábricas de aserrar y ebanisterías, talleres mecánicos, pesquerías e industrias pecuarias, para todo lo cual hay elementos y hasta embriones en las costumbres de los naturales.

Y el autor acaba su libro dando a conocer las leyes que interesan al industrial, los preceptos y noticias que debe te-

ner presentes el emigrante, y una extensa bibliografía, que comprende lo que podemos llamar la Biblioteca de la Guinea Española.

La obra es, pues, un llamamiento a los individuos; pero, sobre todo, al Estado. He aquí —parece decirnos— un gran horno químico donde se pudieran fabricar metales preciosos, pero abandonado a todas las calamidades explosivas de la locura natural. Una poca de razón —de razón *blanca*—, y todo aquello puede arreglarse. Triste es la vida de los negros de Guinea; más triste es acaso la de los blancos. Sólo tú, sagrado cazador de elefantes; sólo tú, Bengoa, mantienes la fuerza de España. Sólo una vez recuerdan los salvajes pamúes el nombre de España, y es para vitorear a Bengoa.

¿1919?

UN ALMANAQUE HISTÓRICO

TENÍA unas setenta y dos páginas en octavo, y se vendía a treinta céntimos en las oficinas del *Petit Moniteur*, el *Almanaque de los sitiados para el año de guerra de 1871*. La dedicatoria, firmada en la Navidad del 70, entre orgullosa y zumbona, dice así:

> Al señor conde de Bismarck.
>
> Permítanos el señor canciller que le dediquemos este Almanaque popular. Es lo menos que los parisienses podemos hacer por él. Sin su intervención, nuestra capital ¿no sería aún esa corrompida Babilonia que tanto desdén le inspirara? ¿No es a él a quien debemos el renacimiento de esas tres virtudes que ya comenzaban a escasear entre nosotros: la paciencia, la disciplina, el patriotismo? ¿No ha bastado, en efecto, con una palabra escapada a su desdén (la palabra *populacho*) para volver al orden a los agitadores, con cuyas turbulencias contaba? Tales beneficios merecen nuestra gratitud, y sólo sentimos que ésta no corresponda a la magnitud del servicio recibido.

Aparte del santoral e indicaciones sobre el movimiento de la luna, eclipses, estaciones del año, correspondencias de la era cristiana con otros cómputos y demás retórica astronómica, el almanaque contiene una exposición gráfica sobre los uniformes del ejército prusiano, porque, dice el texto, "todo es poco para conocer al enemigo". Contiene algunos dibujos de la guerra, y unos diseños de los uniformes franceses en 1870, con toda la irregularidad que mostraban durante los primeros días de septiembre.

Mayor interés tienen los decretos del Gobierno de la Defensa Nacional sobre las comunicaciones postales por medio de globos y palomas viajeras.

El habitante de París que quería comunicarse con alguna persona fuera del recinto fortificado tenía derecho a escribir un máximum de 40 palabras —a cincuenta céntimos palabra—, e incluía en su carta una tarjeta especial para la respuesta, que se vendía a cinco céntimos en la Administra-

ción de Correos. Esta tarjeta permitía contestar secamente *sí* o *no* a cuatro preguntas; y era reproducida por la Oficina de Correos de provincia en una fotografía microscópica, la cual, mediante un franco, era a su vez enviada a París, valiéndose del procedimiento que más adelante se verá. Recibidas las microfotografías en París, los mismos empleados de Correos las transcribían y distribuían a domicilio. También se podían remitir giros postales de la provincia a París, hasta por valor de trescientos francos.

Veamos ahora lo que acontecía con las comunicaciones telegráficas. Al principio, todos los despachos telegráficos de provincias se concentraban en Tours, donde eran fotografiados por primera vez, ordenándolos como para formar las columnas de un periódico. Después se hacía una reproducción microscópica de esta fotografía, y aquel diminuto periódico telegráfico era enviado a París, en alas de las palomas viajeras. Allí, descifrado en la Administración Central, con ayuda de una lente de gran aumento, los mensajes eran transmitidos por el telégrafo interior en la forma ordinaria.

El 8 de noviembre de 1870, M. Steenackers, director general de las líneas telegráficas de Tours, empleó por primera vez el procedimiento, y el periódico telegráfico fue recibido en París el día 14 del mismo mes; tenía una superficie de 12 centímetros cuadrados, y cerca de 250 mensajes de todas las regiones de Francia y aun del extranjero. Y como las familias que habitaban en una misma ciudad se reunieron para redactar telegramas colectivos, aquellos 250 mensajes contenían noticias de más de mil familias.

Después el sistema se perfeccionó. En provincias había una flota de aerostación muy suficiente. Y el servicio contaba con una buena cantidad de palomas, capaces de volver hasta su palomar parisiense, a pesar del mal tiempo, desde una distancia de 50 kilómetros.

Se instalaron centros en cuatro o cinco grandes ciudades, y se intentó comunicarse con París diariamente. M. Steenackers observaba desde por la mañana el curso de las corrientes atmosféricas, a fin de averiguar por dónde soplaba el viento que iba hacia París. Pongamos que fuera por Amiens: inmediatamente hacía telegrafiar a Amiens todas sus infor-

maciones oficiales y privadas. En Amiens hacían la reducción fotográfica y la enviaban en el mismo globo donde iban las palomas. El globo no vendría a parar necesariamente sobre el "Carroussel", pero sí pasaría por una zona de veinticinco leguas entre Meaux y Mantes. Ahora bien: dentro de esta región, dondequiera que se suelte a las palomas, llegarán a su término. Y entretanto, el globo continúa su viaje hacia la estación más próxima. ¿Que al otro día cambia el viento? Pues entonces el globo saldría de Gien, por ejemplo, e iría a parar a Beauvais o a Montdidier, tras de haber soltado a las palomas en los alrededores de París. Para mayor precaución, las noticias más importantes se repetían varias veces.

Claro es que quedaban aún los riesgos de la caza de globos; pero, en general, la bala de un fusil que alcanzara horizontalmente 800 metros no alcanzaría hacia arriba más allá de 400 o 500. Y cualquier discípulo de los aeronautas Godard, Yon o Dartois sabía ponerse en tres minutos a 1,000 metros de altura.*

En una estampa del Almanaque vemos la "villa" de M. Ed. Cassiers, amaestrador de palomas mensajeras y presidente de la Sociedad de la Esperanza. Sobre su techo, en el fondo, se ciernen las palomas. Hay algunas jaulas colgadas al muro. En primer término, un corral donde adivinamos todos los rumores de la *basse-cour* del *Chantecler*. (Ya murió Rostand: ya es permitido citarlo.) También hay dos figuras de hombres: uno, no sabemos quién será; el otro, el que está representado en el instante de lanzar al aire una paloma, es —no cabe duda— el presidente de la Sociedad de la Esperanza.

Otra estampa nos da una vaga idea del kiosco-observatorio desde donde espiaban, en París, la llegada de las viajeras. Otra nos muestra un despacho de Blois atado a la cola de la mensajera, y los sellos de la Sociedad de la Esperanza en las plumas guías de las alas. Otra, finalmente, nos presenta a las dos palomas "Gambetta" y "Kéretry", que habían

* Para más detalles, puede leerse *Le Gaulois* del 18 de diciembre de 1870, de donde proceden algunas de las anteriores noticias.

recibido su nombre, como lo supondrá el lector, de su mayor hazaña y su más famosa mensajería.

Por otro lado del almanaque andan disimuladas unas siete escenas teatrales, que son una sátira del poco celo con que la Guardia Nacional obedecía la consigna. Bien es verdad que, como nos informa una nota al pie, los personajes de esta sátira formaban parte del batallón 299, un batallón cómico que había desaparecido ya, llevándose sus malas mañas consigo.

Gran parte del almanaque está dedicada, naturalmente, a las preocupaciones de la comida. París, dice el almanaque, si antes fue un gran devorador europeo, hace tres meses que se ha dispuesto a nutrirse de su propia substancia, como esos osos que se pasan todo el invierno lamiéndose las patas, encerrados en sus cavernas. Dígase lo que se quiera de los agitadores parisienses, París es el primer ejemplo de una ciudad de dos millones de bocas que haya aceptado la reducción de sus víveres a la mitad y aun menos, sin amenazas ni intervención de la policía.

Los periódicos aparecen llenos de recetas de cocina fantásticas: guisos de perro y rata en salsa. Algo había de exageración ingeniosa, algo semejante a lo que ocurría con nuestros novelistas del siglo de oro que, puestos a retratar las vicisitudes de la vida hambrienta, reducían al mínimo las probabilidades de encontrar el sustento, para hacer subir al punto máximo las habilidades del pícaro. Otros dan recetas para aderezar la carne de caballo. Pase por el caballo, que no es vianda tan insólita, y que desde entonces entró realmente en el consumo general. Y el asno y la mula eran ya bocados exquisitos.

Lector: ¿recuerdas la *Gerona* de Pérez Galdós, donde las ratas hambrientas atacan a los habitantes de la ciudad sitiada; donde hay motines populares para dar alcance a un gato flaco que huye a todo correr; donde dos personas respetables casi se matan por arrebatarse un Niño Jesús de golosina hecho por manos monjiles, que al cabo pasa a la propiedad de aquella gigantesca rata —espanto de los sótanos— a la que los chicos habían puesto el nombre de "Napoleón"? ¿Recuerdas al golfillo aquel que recorría las calles con su

hermanito muerto a la espalda, diciendo que no quería despertar desde hacía dos días? . . .

Pero no: nuestro almanaque no nos da visiones tan lúgubres. Algo de buen humor militar sazona la pobreza de la comida. Ese buen humor del soldado de Francia, "agudo como un arma echadiza", según D'Annunzio.

Sigamos leyendo: el día 9 de diciembre —día de Santa Valeria, como todo el mundo sabe—, una Valeria de París recibió, y lo agradeció mucho, un racimo de rozagantes zanahorias, bien que coronadas por una camelia ritual. Otra Valeria, todavía más positiva, aceptó el obsequio de un solomillo, colina fortificada del apetito, que lucía también, a guisa de banderola, la inevitable flor. Obsequiar una taza de Sèvres llena de mantequilla fresca era lo mejor de la moda; porque la taza no era barata, pero la mantequilla menos.

Con todo, un miliciano de la Guardia Nacional, retenido en Montrouge por las exigencias del servicio, podía todavía en el mes de octubre encontrar un buen caldo, carne cocida con patatas, café y medio sextario de vino de la tierra (más o menos gris); y el todo por veintiocho *sous*, y con la seguridad de que se dejaba digerir sin accidentes.

En cuanto el Gobierno estableció el sistema de raciones, puede decirse que los parisienses vivían entregados al régimen de la lotería:

—¿Le tocó a usted ayer?

—No: mi día es hoy.

—¿Y le han dado a usted . . . ?

—¡Un formidable tocino!

—¡Qué suerte, amiga mía! Ayer nos dieron a todos bacalao. Ya ve usted; la vez pasada, a usted queso, y a mí, carnero en conserva mal conservado.

Pero las mujeres son muy sensibles a los precios baratos y a los pesos exactos; y en el fondo estaban contentas.

Sólo que las raciones pequeñas tienen el inconveniente de estimular el apetito de un modo atroz, y así la gente sólo pensaba en comer; y en lugar de "¿Cómo te va?" se saludaban con un "¿Qué tal has comido?" Y aquí de las confidencias culinarias. Los buenos amigos se comunican sus secretos: dónde queda todavía manteca fresca de vaca, a quince

francos la media libra; dónde huevos, a uno cincuenta la pieza, o gallinas a veintiséis francos, o dónde han matado res a hurtadillas.

Los escaparates de Chevet y Potel habían renunciado a la coquetería culinaria: todo era cajas de lata, redondas, oblongas, cuadradas, que no decían nada al corazón. La más barata costaba seis francos, y era del tamaño de la tabaquera de Robert Macaire. El rótulo, puesto a la moda, decía: *buey de muralla,* así como había también *guantes de muralla* y *franelas de bastión.*

Las recetas del almanaque permiten apreciar que la avena era todavía un alimento exótico para el parisiense, y había que incitarlo a probarla con el ejemplo de la cocina escocesa y la autoridad de algunos sabios.

Hay otras recetas curiosas, pero las más curiosas sin duda son las que pudiéramos llamar sustitutivas y negativas. Por ejemplo: "crema de chocolate sin crema ni huevo, y casi sin chocolate", "guiso de *gato por liebre*", y "guiso de *liebre sin liebre*".

Junto a éstas, aparecen otras recetas de utilidad general, para preservarse contra el frío con papel de periódico aplicado al cuerpo, según el ejemplo de los insurrectos polacos de 1831 y 1863. Para preservarse de la disentería que provoca la comida de guerra. Para hacer las telas impermeables con acetato de aluminio. Para hacerle la cama al caballo, con aserrín y rizos de madera, donde no hay paja. Para dormir bien en el campamento, y otras cosas tónicas por el estilo.

Finalmente, una extracto del *París sitiado,* de Lorédan Larchey —revista de tipos engendrados, o más bien desarrollados, por el estado de guerra—, nos da a conocer los precursores de los tipos actuales. El que hoy se ha puesto "por encima de la contienda" se llamaba entonces "hombre superior"; el *jusqu'au boutiste* era el "feroz". Había humanitarios de varios tipos. Había otro "que lo había hecho todo", que había visto al primer prusiano, que había hecho el primer disparo de *chassepot,* etc. Otro admiraba al enemigo. Otro estaba disgustado de todo, y creía que Francia tenía la culpa, pero que Alemania no tenía disculpa. Otro, el diplomá-

tico, nos ha recordado a cierto ministro neutral que —siempre en el filo de la balanza—, hablando con unos periodistas franceses, no hace mucho tiempo, les decía:

—No, no llegarán a París. Pero, en cambio, ustedes tampoco podrán evitar que lleguen.

En esta galería de razonadores ociosos, el último era el primero. "El que razona menos de todos", le llama Larchey.

—Es el que más quiero —nos dice—. Éste nunca ha dicho que los franceses llegarían a Berlín, pero tampoco ha insinuado que los prusianos entrarán en París. Las noticias del triunfo le inspiran tanta alegría como reserva; las de los reveses le afligen sin enloquecerle. Y sólo una que otra vez suele reflexionar así: "Estamos ya tan abajo, que no podremos menos de levantarnos."

Hemos agotado el almanaque. ¿Verdaderamente? No lo sé: la uva más prensada guarda todavía un vino invisible. Al menos, podemos concluir —entre otras cosas— que los hombres del 1870 eran los primitivos del 1914. Salimos ahora de la gran guerra. La otra es pequeña junto a ésta, y, cuando la recordamos, nos causa el efecto de un campo de batalla contemplado por el revés del anteojo.

¿1919?

LA PARADOJA DE LAS LEYES SUNTUARIAS

LAS LEYES restrictivas del lujo producen en Francia una multitud de comentarios jocosos. Los más conformes las encuentran inmejorables; los más inconformes dicen que el Gobierno pretende matar la gallina de los huevos de oro. Ni tanto ni tan poco, porque, por una parte, en todo proceso hay pausas, donde una anormalidad provisional sirve para regularizar mejor la vida futura; pero, por otra, tampoco se puede estar completamente seguro de la dirección que habrá de tomar la corriente interrumpida en su curso.

En torno a los comentarios, acuden las recordaciones históricas. G. de P., en *Le Journal*, de París, recuerda algunos reglamentos suntuarios de la antigüedad. En primer lugar, el de Seleuco, que prohibía a las damas pasear con más de una criada —a menos de estar ebrias—, salir de noche a las afueras —salvo para buscar amante— y cubrirse de oros y bordados, a no ser para ir a un lugar infame. Así pues, este reglamento tenía por objeto evitar el vicio, a menos que se tuviera el deliberado propósito de incurrir en el vicio: un modelo de reglamentos.

Licurgo, que era sutil, prohibía usar en la construcción de las casas más instrumentos que la sierra y el hacha. Porque —razonaba mediante un sorites que nos explica el sabio Amyot— lechos de oro y mesas de plata no pueden entrar en casa mal construída; sin muebles de lujo, tampoco entrarán en la casa la vianda ilegítima ni la mesa injusta; y sin esto, tampoco se darán los amores disolutos, las muertes, las orgías. Razonamiento conforme a la retórica: Licurgo se pagaba de buenas palabras.

En Roma —donde ya había quien se matara al averiguar que se había comido veintiséis millones de su patrimonio, y apenas le quedaban unos miserables diez millones— dictaron una vez ciertas medidas restrictivas del gasto en la alimentación, pero el resultado sólo se notó en la sustitución de

las gallinas gordas del buen tiempo por unos ejemplares anémicos, lamentables.

Cuando Luis XIII prohibió los abusos de la platería, el mercado comenzó a proveerse en Italia, y se arruinó la industria francesa. Y cuando Luis XIV impuso ciertas restricciones al lujo de las damas —sobre número de camareras, bordadoras, lacayos—, aunque los togados del Parlamento lloraron de gratitud sólo al escuchar la lectura de la nueva ley, sus mujeres se conformaron con no cumplirla.

Y el cronista concluye: sólo el lujo aumenta la producción, y sólo ésta enriquece. Según datos de la Feria de Leipzig, cincuenta kilogramos de mineral bruto no valen dos reales; en metal forjado, cuestan 12.50; en cuchillería, 2,500 pesetas; en adminículos de relojería, 750,000, y en alhajas de acero, por ejemplo, cinco millones. Y sobre todo, lo que decía Voltaire, el más grande periodista de Francia: que el lujo puede arruinar a una pequeña nación, pero enriquece a las grandes; y que también acusaron de atentado contra la obra del Creador al primero que se cortó las uñas. Y peor que peor cuando se inventaron los calzones, lo cual, según la *General Estoria* de Alfonso el Sabio, fue una ocurrencia de la reina Semíramis. (No me deje usted mentir, amigo Solalinde.)

Finalmente, en España todos saben algo de las prescripciones sobre las "tapadas" de otro tiempo, y del duelo entre la valona y la gorguera, de que queda rastro en la Comedia española.

Antes de la guerra —si aún hay quien se acuerde de aquellos tiempos— también aparecieron una leyes restrictivas del lujo, no fundadas como ahora en el apremio económico, sino en el imperativo moral: los sombreros adornados con plumas no podían entrar en los Estados Unidos. Los sentimientos humanitarios se habían exacerbado y eran ya más bien animalitarios.

En México hay una Guadalajara que se parece a la Andalucía de España. Es tierra de hombres a caballo, de charros. El sombrero charro tiene una falda redonda de mucho vuelo; a más ancha falda, mayor lujo, y barruntos de mayor guapeza. Como los sombreros charros del pueblo eran un

estorbo para la circulación por las calles, un gobernador dictó un impuesto por centímetros de diámetro, a partir de un límite prudente. Desde ese día las faldas de los sombreros aumentaron, como una viciosa floración de hongos gigantes, por lo mismo que lo más lujoso era pagar el mayor impuesto. Así son los pueblos. No saben los gobernantes qué hacer con ellos.

¿1919?

EL ÍNDICE DE UN LIBRO

En los "Nuevos ejercicios espirituales" consta, a tantas fojas, que —antes de leerlos— los libros se deben abrir por el índice, dando suelta a la imaginación.

I. Los dos capítulos esenciales

El último volumen de la *Historia de la literatura inglesa,* que publican los profesores de Cambridge, está ya, como último de la serie, invadido por el sentimiento de lo actual.

No hay dos capítulos como el primero y el último: no hay, en toda operación del conocimiento, dos cosas que nos interesen tanto como el planteo y la solución de los problemas. Entre aquel arranque y esta meta corre la etapa de los procedimientos resolutorios, región sorda y neutra que sólo preocupa a los técnicos. Pero hasta de un libro en tres tomos sobre "los orígenes y oficios de la partícula *bis*" le atraen al lector no especialista las primeras y las últimas páginas; y si no siempre sucede así, la culpa no es de los lectores, sino de los escritores, quienes han dado en olvidar las más elementales cortesías del estilo.

En un tratado de historia, estas razones generales de preferencia tienen una significación especial: el primer capítulo es, todo él, poesía y fantasía, Nilo original, cuyos manantiales se pierden en el cielo. El último capítulo es todo realidad, y realidad cotidiana, si por cotidiano entendemos aquí lo que ha sucedido a nuestros ojos, aquello cuyos datos conocemos y recordamos como partes de nuestra vida y sin el menor esfuerzo de la memoria.

Y tal es también la alegoría del proceso histórico: empieza por ser latido poético, y entonces se llama Epopeya; pasa por una trabajosa elaboración de la memoria, y entonces se le llama Crónica, y aparece repleto de nombres y numeritos ("esos antipáticos numeritos", como dice "Azorín"); final-

mente, acaba por ser vida propia: objeto contemporáneo, a la vez que útil familiar. "Toda historia —ha escrito por eso Benedetto Croce—, toda verdadera historia es historia contemporánea."

II. Ensanche de fronteras

El volumen que provoca estas reflexiones, último de los catorce de que consta la obra, es particularmente atractivo por la generosidad con que en él se ha dado cabida a esas actividades nuevas de nuestro tiempo. Sólo con examinar su índice, advertimos que el concepto tradicional de la historia literaria se ensancha por instantes; el preceptista de mañana prescindirá de enumerar uno a uno los géneros retóricos.

En todos los campos de la historia puede notarse este paulatino ensanche de fronteras. La idea más vulgar y primitiva de la historia es, por ejemplo, la historia militar; la historia como recuento de triunfos y derrotas, en la que se da a estos sucesos una trascendencia mucho mayor de la que poseen. Entender la historia de esta manera es contestar como la cocinera del cuento: "¿Qué es el fuego? —El fuego es una cosa que sirve para guisar las judías." Y es que hay muchas clases de victorias y de derrotas; y, desde luego, hay la derrota que hace triunfar: Cristo —no cabe la menor discusión— fue derrotado militarmente; se entregó sin combatir, que es el colmo de la derrota. Asimismo, hay la victoria que hace perder o, para usar el lenguaje de Herodoto, la "victoria cadmea". (Cierto día, cuenta el abuelo de la historia, cartagineses y focenses combatieron en el mar de Cerdeña. Los focenses salieron a la lid con sesenta naves; la victoria fue suya; pero perdieron en el encuentro cuarenta embarcaciones, y las otras veinte quedaron inútiles, de suerte que huyeron a todo correr con sus familias, para celebrar sus laureles en otra parte.)

Después de la historia militar, ensanchando siempre nociones, damos con la historia política. Ésta teje su trama de relaciones entre gobernantes y gobernados; reduce, pues, su escenario a los estrechos recintos oficiales, y en ella no caben más hechos que los que pasan a ser ley o suceden a la ma-

nera de las leyes. Es ésta la historia de los estados colectivos, y de los estados colectivos agudos. Sólo en los momentos de enfermedad, de crisis, los pueblos tienen que ver con sus gobiernos, y el verdadero ideal de los hombres es no tener cuentas con la ley: mal signo cuando llama la justicia a la puerta de nuestra casa. Aquí, como en Góngora,

> Cuiden otros del gobierno,
> del mundo y sus monarquías,
> mientras gobiernen mis días
> mantequillas y pan tierno...

Cierto que, en cuanto los pueblos han descubierto la divergencia entre gobernantes y gobernados, asaltan a los gobiernos día tras día. Y en este duelo de la democracia, las crisis han venido a ser frecuentísimas, y la historia política ha podido, sin mudar sus procedimientos, abarcar una zona cada vez más amplia. También es verdad que las actividades políticas han requerido cada vez con mayor frecuencia las energías del ciudadano, y que ya la abstención política no nos parece, como al estoico, una de las joyas de la filosofía perfecta. Todo lo cual quiere decir que, para la era democrática, los procedimientos de la historia política resultan más apropiados que para las otras.

Después aparece la llamada historia de la civilización, que procura abarcarlo todo. Por eso se fatiga a veces y, ya casi a punto de morir, se pone abstracta, como agónica, y se llama sociología. Pero si se empeña en apretar todo lo que abarca, entonces se fracciona, como la divinidad indostánica, en mil diminutas imágenes de sí misma. Y entonces tenemos la historia militar junto a la industrial, y la literaria junto a la política, y al lado de éstas la historia de las relaciones privadas. Y todas se esfuerzan por saberlo todo entre todas.

III. Las Musas menores

Y véanse ahora algunas de las materias que trata nuestro volumen XIV de *Historia de la literatura inglesa;* y compárese este cuadro, no ya con tal o cual noción anticuada de la preceptiva (¡pensar que todavía hay libros que comienzan

dividiendo la literatura en "verso" y "prosa"!), sino con el cuadro ideal que todos hemos concebido más o menos confusamente: "Filosófos. Historiadores. Biógrafos. Oradores políticos. Prosa crítica y miscelánea. El periodismo. Revistas universitarias. La caricatura. La literatura de los deportes. Los viajes. Las ciencias. La educación. La última evolución lingüística." Y tras este imperialismo de concepto, el imperialismo de hecho: "Literatura angloirlandesa, angloindia, canadiense, australiana, neozelandeza y sudafricana."

En efecto, si comparamos este índice con el de los secos manuales, algo se ha ganado; parece que el viento de la calle se hubiera colado, de contrabando, hasta el gabinete de los estudios. Pero, lector, si eres exigente, como conviene serlo en estas cuestiones, es posible que todavía no quedes contento. Es posible que lamentes conmigo el olvido en que todos hemos dejado hasta hoy, junto a las nueve Musas mayores, a las nueve Musas menores: nueve Cenicientas que rondan, implorantes, las afueras del templo. Los griegos, a pesar de Pitágoras, se olvidaron siempre de la verdadera décima Musa: la del silencio, que es el más puro de todos los ritmos musicales. Los modernos nos hemos olvidado siempre de estas modestas Musas que atienden nuestra vida diaria: la del café, la del tabaco, la del ajedrez, y la Musa de la conversación.

Y aplicando: ¿dónde están, en los índices de nuestros libros históricos, los capítulos del folklore, de los cuentos, dichos, adivinanzas, refranes y juegos de muchachos? Los humanistas sevillanos del siglo XVI, que tenían un ojo en los libros y otro en lo que pasa por la calle, nos lo preguntarían con reproche. ¡Qué pensarían de nosotros el amable Rodrigo Caro y el amable Juan de Mal Lara! ¿Dónde están, dónde, los capítulos dedicados a la conversación? Díganme los profesores de Cambridge si pretenden dar clara idea del arte del doctor Johnson, del arte de Oscar Wilde, sin exponer crítica y científicamente sus conversaciones. Se me dirá que el viento se lleva las palabras, y que de lo hablado no queda rastro; pero ya sabemos que siempre quedan rastros, hasta de lo que se dice en secreto; y, además, no sería ésta

la primera vez que la historia procediese por reconstrucciones hipotéticas; si a afinar vamos, todo documento es relativo, y ni siquiera leyendo un libro sabemos lo que ha pensado su autor: eso, por evidente, se calla. Como que hay libros cuyo único objeto ha sido ocultar lo que el autor piensa. Y si escribir, como quiere Goethe, no es más que un abuso de la palabra, la conversación viene a ser la primera forma de la literatura.

Mitad ética y mitad estética, la conversación debiera estudiarse en los libros de moral y en los libros de literatura. Así lograríamos, al menos, que los pocos buenos conversadores que nos quedan aprendieran a dejar hablar al interlocutor y a no repetir de cuando en cuando —con imperdonable *batología*— las mismas interjecciones y hasta los mismos temas, los mismos "discos". Por otra parte, esto recordaría a los críticos su más elemental incumbencia, que lo es el comenzar por representar al hombre en su manera de ser y de hablar; y los poetas se irían acostumbrando a no indignarse ante la sospecha de que sus críticos hayan pretendido ridiculizarlos, por sólo haber declarado que los poetas tienen, como todo hijo de vecino, una manera de ser y de hablar.

¿1919?

EN TORNO AL IMPERIALISMO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

FATALIDAD de las lenguas en decadencia —y no trato de la decadencia lingüística, sino política y social— que ni por equivocación acierten los extranjeros a citar una de sus palabras con exactitud. A veces las inexactitudes, por frecuentes, hacen ley, y el que incurre en ellas se figura estar hablando con propiedad, como el que cantaba un aria de Puccini, pero cambiándole la letra —y la música. Verdad que algunas palabras, muy genuinas, han pasado con todas sus letras y sentido a las lenguas extranjeras —como "pronunciamiento" (por sublevación militar), y otras así—, pero son pocas.

Claro es que tampoco falta, en la buena época de las lenguas, quien las ignore y las equivoque. Y también hay que distinguir errores y errores. En la buena época de la lengua española, por ejemplo, el novelista italiano Matteo Bandello pone en labios de una cortesana española, Isabel de Luna, estas palabras:

—Pesa a Dios, ¿qué quiere este borrachio vigliaco?

Donde algo hay de ignorancia, pero también mucho de pintoresca malicia y popularismo, como cuando un escritor español habla de los "Monsiures" de Francia.

Y ahora recuerdo que la actriz siciliana Mimí Aguglia, dedicándole un retrato suyo a un novelista de mi tierra, escribía: "A D. Carlos González Peña, autor de *La Cichiglia*" *(La Chiquilla)*.

Hasta hace algún tiempo —la historia, présbita incurable, dirá mañana: "hasta antes de la guerra"— no había libro extranjero, salvo los de hispanismo profesional, donde no encontráramos *infaliblemente equivocada* la cita en español. Y esto cuando la equivocación no iba más allá de la lengua. Porque ¡oh, cuánto "General Restinga": oh, cuánto "General Torreón", hemos tenido que padecer, españoles y americanos, al leer la Prensa de París! (Al que ignore quié-

nes son el general Restinga y el general Torreón, debo decirle que son los incitadores de los recientes "tumultos" que ocasionaron —merced a un traspiés telegráfico— la muerte de Mr. Tumulty en Washington: disparates, en suma.)

Pero he aquí que, de algún tiempo a esta parte, se habla del renacimiento de la lengua española, y, en efecto, los países extranjeros, especialmente Inglaterra y los Estados Unidos, parecen decididos a aprender español. La pesadilla de Rubén Darío se trueca de un modo inesperado, porque he aquí que la montaña viene a nosotros:

¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

Así se decía el poeta, casi llevándose las manos a la cabeza, al pensar en el porvenir de nuestra América. Pero ahora parece que no hará falta: ellos se encargan de allanarlo: son ellos quienes aprenderán español.

Y, paradójicamente, el orbe hispano, que apenas ha intervenido en la guerra, saldría triunfante de la guerra. ¿Y por qué no? La naturaleza tiene desquites y compensaciones inexplicables, y el personaje de Mateo Alemán se consolaba de no llevar sombrero con una varita que llevaba en la mano. No hace ocho días, Julio Camba —para seguir con mis clásicos—, refiriéndose a la vida nocturna de Madrid, y a los *cabarets* de reciente importación, hacía notar que el que se pelearan por ahí fuera había traído como consecuencia el que aquí ya nadie se peleara. Así es el mundo.

Entretanto, es indiscutible que el estudio del español ha venido a ser, para los Estados Unidos, una preocupación nacional. Apenas se puede dar abasto a la demanda de profesores. A pocas letras que posea un hispano-parlante de Nueva York, y con sólo que sepa presentarse correctamente, le dan, en cualquier forma, el espaldarazo académico, y lo arman profesor de español. Y en esto se ocupan, desde el estudiante en vacaciones, hasta el ex ministro del general Huerta. Las Universidades crean nuevas cátedras. Constantemente llegan a España peticiones de profesores y auxiliares, y la Junta para Ampliación de Estudios ha tenido que abrir unos cursos de preparaciones especiales.

Hará unos tres años, Usher, el autor del *Pangermanismo*,

publicó una obra —*Panamericanismo*— que parece haber dado la voz de alarma, o haber coincidido con una verdadera alarma nacional en los Estados Unidos, por lo que respecta a sus relaciones con la América Española.

—Hemos fracasado —dice Usher—. Ante los futuros conflictos con Europa, los pueblos hispanoamericanos se pondrán de parte de Europa. El artículo europeo domina en sus mercados al nuestro; las modalidades de la vida europea determinan las de aquella vida; y, en lo espiritual, no hay uno solo entre aquellos pueblos que no se crea más apto que nosotros y mejor dotado naturalmente, aunque sometido a las desgracias de la desorganización política.

En la revista trimestral de la Universidad de Columbia aparecían frecuentes artículos sobre las "oportunidades para el comercio de los Estados Unidos en Sudamérica" y el "intercambio literario con Sudamérica". El profesor de Historia W. R. Shepherd decía: no hemos llegado al "hombre de la calle", no hemos conquistado una verdadera y general simpatía en uno solo de los países de Hispanoamérica, aun cuando la hayamos podido ganar en tal o cual grupo selecto. Hay que ir, pues, a la montaña; hay que aprender español.

F. B. Luquiens, profesor de español en la Escuela Científica de Sheffield —adscrita a la Universidad de Yale— publica un libro sobre la enseñanza del castellano como necesidad nacional: *The National Need of Spanish*, New Haven, 1915. Pero —advierte el autor— ha de ser el castellano de América, y no el de España. ¿Cree Luquiens que las diversidades dialectales entre los varios pueblos de América pueden reducirse a la unidad? ¿Cree, como Rémy de Gourmont, en el prólogo a cierto libro de Leopoldo Díaz, que existe una lengua neo-española en América? ¿O piensa, acaso, que el castellano central no basta para ponerse en contacto con todos los pueblos hispanoamericanos?

El distinguido romanista Fitz-Gerald, como para dar un estimulante, escribía en las revistas universitarias sobre las sorprendentes dotes lingüísticas de los estudiantes hispanoamericanos, comparándolo con el descuido de las enseñanzas correspondientes en los Estados Unidos. Y el interés por la vida y literatura de nuestros pueblos se reflejaba en todas

partes: J. R. Brown escribía, en el *Evening Post,* sobre México en la literatura. Ha sido siempre más fácil —concluía— fotografiar a México que pintarlo. Este estudio, que se limita a la literatura inglesa contemporánea, contiene curiosas informaciones. Miss A. S. Blackwell, que traduce con elegancia los versos castellanos, publicaba, en el *Republican* de Springfield (Mass.), largas notas sobre los poetas mexicanos, advirtiendo que el carácter de aquella poesía es típicamente melancólico. (Pierde el tiempo en dos o tres poetas de segundo orden, e incurre, en cambio, en imperdonables omisiones: Nervo y González Martínez.) En la revista *The Bookman,* Goldberg escribía sobre "lo que leen los sudamericanos" *(What South Americans Read).* Su estudio se limita a los países del A B C. Kilmer, comentándolo, en el *New York Times,* declaraba que los hispanoamericanos producen una literatura que llama ya la atención de Europa, y que es desconocida en los Estados Unidos.

Ya en 1911, a la aparición de cierto libro hispanoamericano, el autorizado Charles Leonard Moore escribía, en *The Dial,* de Chicago:

> Del espacio que los periódicos franceses e italianos dedican a las cosas de América, unas nueve décimas partes corresponden a Hispanoamérica, y los Estados Unidos sólo aparecen en segundo lugar, y eso, después de alguna republiquilla del sur, cuya existencia solemos ignorar por acá. Buena lección es ésta, y que debiera enseñarnos a reconocer a nuestros vecinos, que ya todo el mundo reconoce.

Si todo esto se hacía y se hace en los Estados Unidos, en cuanto a la difusión popular del español, el hispanismo, la erudición académica en cosas españolas, va en progresión creciente, aunque —con las excepciones de estilo— deja ver hasta hoy mucha timidez crítica; y, manteniéndose dentro del conocimiento mecánico de fechas y nombres, cree, por ejemplo, agotar los problemas espirituales cuando saca un cómputo del número de veces que tal poeta usa tal metro, o cuando levanta una lista bibliográfica muy minuciosa y muy correcta. Pecados son éstos del exceso de reservas mentales, y por eso nos son simpáticos. También son ellos reflejo de la decadencia de los grandes métodos alemanes: el

gran hispanismo alemán fue sin duda el de los maestros románticos y sus herederos inmediatos; no el de los catalogadores de otros días más tristes.

Acaso los nombres principales del hispanismo extranjero haya que buscarlos en otra parte; pero, como conjunto, ningún otro país extraño cuenta, hoy por hoy, con un cuadro nutrido de hispanistas de primer orden, como los Estados Unidos. El movimiento de los estudios hispánicos, en ninguna parte puede seguirse mejor que en la revista *Hispania*, de California (Stanford University), tan bien distribuída y tan legible. La dirige un californiano: Aurelio Macedonio Espinosa, ventajosamente conocido por sus estudios folklóricos sobre el español de Nuevo México. Con él están J. D. Fitz-Gerald y J. D. M. Ford. El primero ha publicado trabajos fundamentales sobre Gonzalo de Berceo, y ediciones críticas de mucho valor. Y las lecturas españolas del profesor Ford *(Old Spanish Readings)* son ya un libro clásico del estudiante.

Mas toda obra humana padece porque lo es. El mismo profesor Fitz-Gerald —de quien tanto bien pudiéramos decir con justicia—, cuando escribe sobre la importancia del español para el ciudadano de los Estados Unidos (*Importance of Spanish to the American Citizen*, B. H. Sanborn and Co.), procede con notable descuido en cuanto toca las cosas contemporáneas. Lástima da, después de las fáciles síntesis históricas de las primeras páginas, hojear las últimas del opúsculo. Y, en este género de trabajos de difusión popular, no basta hablar con medias palabras, como cuando se habla con profesionales: hay que ser mucho más explícito y claro. Una omisión de un erudito la subsanan otros eruditos; pero un olvido del pastor no siempre pueden salvarlo los ganados. Grande es la responsabilidad del sabio cuando habla con el pueblo. ¿Cómo ha podido omitirse, en la lírica contemporánea, el nombre de Rubén Darío? ¿Cómo, en las líneas dedicadas a América, sólo aparecen los nombres de Bolívar, O'Higgins, San Martín y Sarmiento, que en manera alguna bastan para dar idea de la literatura americana? ¿Cómo, junto a Pío Baroja, Valle Inclán y "Azorín", se cita, entre los novelistas de primera fila, al hijo de D. Juan Vale-

ra, muy señor mío? Y, por lo mismo que sólo consta el folleto de 17 páginas, bien pudo quitarse algún nombre, entre varios que están demás, para dejar sitio al de Rodó.

Estos reparos, y lo inexplicable que tales flaqueos me parecen en hombre que consagra al estudio de nuestra lengua la "parte inmortal de sí mismo", me llevan a confesar que, a veces, aun en los que mejor nos comprenden, advierto un elemento irreducible de incomprensión: ya son las colecciones de textos para la enseñanza del español, que, en tocando a lo moderno, acusan cierto desconocimiento de los valores; ya es el biógrafo, que retrocede ante el carácter de la vida de su héroe, y nada concluye; o el crítico, que arroja los datos como piedras para eludir el problema por examinar. Ya es el editor de comedias —en general, muy discreto y laborioso—, que se desconcierta, de pronto, ante la frase: "voy a *tortearle* la cara", y examina mil documentos, y, al cabo, resuelve, entre vacilaciones, que tal vez signifique "*escupir* la cara", como en las novatadas de los estudiantes del *Buscón.* ¿Por qué, pues, no le ocurrió a nuestro erudito pedir la solución del enigma a cualquiera español de los que andan hoy por el mundo? Porque cualquiera le hubiera explicado lo que significa "dar una torta", y aun —para mayor regalo— podría haberle dado "autoridades":

> Si me pides cariño, lo tienes;
> si me pides la Gloria, no importa;
> si me pides un par de pesetas,
> te doy una torta.
> —¿Qué dices?
> —Te doy una torta.

Pues no le ocurrió preguntarlo —yo os diré el secreto— porque en el fondo, muy en el fondo, acaso sin darse cuenta él mismo, nuestro erudito *considera el español como lengua muerta,* y como tal lo trata y lo estudia. No se le ocurre pensar, no, en el documento que anda en dos pies. En llegando a lo presente, todo su interés se disipa. Muy dueño, si entre las mil interpretaciones del "no te mueras sin ir a España", escoge la que sólo mira al pasado y a las muy venerables ruinas. Pero mientras sólo esto sea el hispanismo, muy escaso es y muy poco nos aprovecha.

Por lo demás, de esto nadie tiene la culpa; grande es el pasado de nuestra lengua: no lo iguala, ni con mucho, el presente. Por eso hemos de tener paciencia todavía, conformándonos con que el hispanismo se reduzca a cosa de escuelas e institutos. Después de todo, lo que más importa a los pueblos príncipes no es la actual literatura de nuestra lengua, sino otra cosa. Pero hay que desear, con Papini, que instalen tranvías eléctricos en todas las Venecias del mundo, para no tener que soportar eternamente a esas viejas y abominables turistas con su Ruskin bajo el brazo. Discreto lector: tú me entiendes.

¿1919?

EL CONCEPTO DE LA ASIGNATURA

COMENTARIOS HETERODOXOS

¿DÓNDE comienza lo histórico? He aquí un problema que pudiera ser una de las "aporías" de Zenón. (Prefiero esta forma, aunque Picatoste —*El tecnicismo matemático en el Diccionario de la Academia*, Madrid, Segundo Martínez, 1873— propone "aporeo". La Academia no ha tenido tiempo de resolver esta cuestión.)

Myres —y no sólo él— en su popular libro sobre *El amanecer de la historia,* entiende la historia como un drama. Mientras el hombre come lo que le da el suelo natal, no hay aún historia. Un día sobreviene el desequilibrio, empieza el conflicto, empieza el drama: hay que emigrar. He aquí que comienza la historia. Hasta entonces el hombre ha sido como un hijo de familia que ignora las luchas de la existencia. Entonces comienza la aventura. El jefe encabeza la marcha, y le siguen sus mujeres con los chicos al dorso. ¿Que al fin encuentra un sitio de caza o pesca suficiente? ¿Que hace un alto? Entonces la mujer deja caer un momento al chico, y con este acto, al parecer tan indiferente, ha fundado el hogar. ¿Que un día hay que formar los carros emigratorios en círculo para defender a la tribu de los asaltos del enemigo o las fieras? Pues ya está fundada la ciudad, y el círculo de carros se desarrollará hasta transformarse en muralla de China, y después —hecho muro abstracto— en ley jurisdiccional, y hasta en credo político nacionalista.

Así entra la humanidad en la historia, con pie siniestro. Poco a poco, todos los reinos naturales están condenados a entrar en la historia, que es la dolorosa dignidad de la vida.

Antes, cuando los animales eran máquinas, no tenían historia (no tenían alma: de aquí los conflictos cuando San Mael bautiza a los pingüinos). Hoy puede asegurarse que

la historia domina casi todo el reino animal. Los animales están ya protegidos por fueros políticos, y el vegetarianismo tiene tanto de teoría higiénica como de teoría jurídica. Hace algunos lustros nadie se explicaría una ley como la ley Grammont, según la cual los comisarios de policía en Francia tienen que intervenir en caso de herida de un caballo, como si se tratara de un prójimo. La historia de Roma es un gran duelo entre las clases sociales. Hoy por hoy, las reivindicaciones del socialismo arrastran consigo las reivindicaciones de las bestias de tiro y carga: no puede dudarse de que exista ya un duelo abierto —como el de Roma— entre el caballo del coche y el *sportsman* que lo conduce.

Ni siquiera les falta a los animales el contrapeso obligado de la capacidad jurídica, que es la capacidad delictuosa. Cierto que en este punto —como en todos— no pueden igualar a los hombres; pero no es poco que los canarios, las gatas y aun las gallinas y palomas devoren a su generación. Fabre ha descubierto verdaderos salteadores de caminos en la sociedad sacerdotal de los escarabajos: hay unos, en efecto, que esperan a que los laboriosos modelen la famosa imagen del mundo (¡y tanto!), y después los atacan y les roban el tesoro en cualquier recodo del camino.

En creciente progresión, Chesterton teme que llegue un tiempo en que se conceda categoría histórica, o jurídica, que para el caso vale lo mismo, al reino vegetal y también al reino mineral. Entonces nadie se atrevería con el bíblico plato de lentejas, por consideración a la planta que las produce, ni a sentarse en un banco de la Castellana, por respeto a la cantera que dio la piedra.

Y la verdad es que ya se escribe la historia —no paleobotánica, sino individual— de las plantas. Recuerde el lector *La inteligencia de las flores,* de Maeterlinck, que es una colección de biografías vegetales. Allí, entre otras, se habla de una raíz que encuentra a su paso una suela, y ¿qué hace? Se bifurca en radicelas menudas, cada una de las cuales entra por un punto de la costura como una hebra de hilo; y —una vez salvado el obstáculo— vuelve la raíz a reintegrarse, y sigue su avance.

La planta hace movimientos, tanteos de conciencia, planes y cálculos, rectificaciones y ensayos nuevos en que se descubre ya el conflicto dramático de la historia. Un culto poeta de Santo Domingo, tan digno de memoria como desdichado en su muerte trágica, Gastón F. Deligne, describía así, hace unos veinte años, el asalto de la vegetación sobre un albergue abandonado, en términos que no sólo son alegorías de poeta, sino observaciones de naturalista:

¡Qué embrollado conjunto
de hojas, antenas, vástagos, sarmientos!
....

Cuál por la tabla escueta
tal sube que parece que resbala;
cuál se columpia, inquieta,
de algún clavo saliente haciendo escala.

Cuál la mansión en torno cincunvala,
vuelta enroscado caracol, y asciende
con estrechura tal y tan precisa,
que es cuestión insoluble e indecisa
si ahogarla o si medirla es lo que emprende.

Cuál, errando el camino,
con impaciente afán la puerta allana;
y luego, adentro, recobrando el tino,
sus músculos asoma a la ventana.

Se puede dar cuenta de un combate vegetal como de un combate del Piave. Y respecto a las costumbres familiares de las plantas, como el casarse de la vid con el olmo, ya nos instruyó la geórgica latina. Se habla también (y da lo mismo si es patraña) de árboles asesinos, carnívoros, que arrollan en sus largos brazos al jinete o a la res que pasa dentro de su campo de acción. Un día descubriremos que la selva de las metamorfosis no es un sueño de Ovidio: todos conocen los pudores de la sensitiva; todos saben que la flor es sensible a la luz, lo cual se nota más en los casos de exacerbación, en las plantas que han crecido en la obscuridad o la penumbra. Entonces la planta se esfuerza, gira para aprovechar el máximum de luz, y abre —verdaderas pupilas— esos órganos diminutos que los naturalistas llaman *ocelli,* ojillos, y que corresponden al cristalino del ojo animal.

Y si la planta ve, posible es que tenga sus opiniones formadas sobre el mundo. La función de la vista —¡oh Berkeley!— por algo fue siempre un símbolo para estudiar la teoría del conocimiento. Y también es posible que lleguemos a concebir categorías de dignidad en las plantas. (En los animales ya se distinguen: Unamuno siente repulsión hacia la hormiga, "ese bicho prusiano". La fábula nos ha hecho maliciosos a este respecto, atribuyendo, por ejemplo, holgazanería a la cigarra y laboriosidad a la hormiga. Grave injusticia, por otra parte: La Fontaine fue cruel y, además, confundió la cigarra con el saltamontes, lo que no le hubiera acontecido a haber sido griego, por la cigarra, o a haber sido español, por el saltamontes. Prefiero este otro contraste que acabo de leer no sé dónde: "*La cigarra a la hormiga:* ¡Si fueras intelectual! *La hormiga a la cigarra:* ¡Si fueras técnica!)"

O también pudiera suceder que concluyéramos por el igualitarismo más completo, y pusiéramos a un nivel la rosa de Alejandría y el cardo borriquero. ¡Qué culpa tiene éste de que se lo coman los asnos! Él tiene su dignidad natural, y produce unas estrellas de oro seco, perennes y perfectas, envidia para el mejor joyero español de la buena época.

En cuanto al reino mineral, claro está que Huxley puede trazar la historia de un pedazo de yeso, pero por metáfora científica; o Stevenson (y no Stephenson, como escribe Baroja, porque éste es el inventor de la locomotora) puede trazar la historia de un diamante en sus *Nuevas noches árabes,* pero por metáfora novelesca.

Y lo que esperamos no es eso, sino la verdadera historia personal de la piedra. No está tan lejos ese día. Allá se encaminan los estudios geológicos, y ya Juan Dantín Cereceda usa expresiones y métodos de biógrafo cuando trata sobre la evolución morfológica de la bahía de Santander, y concluye: "La costa cantábrica está en su madurez, y es toda ella, hasta Peñas, de un perfil rectilíneo. En contraste, la costa de Galicia, en un proceso continuo de hundimiento, se rejuvenece y desgarra en plena eficacia de su actividad." Es la

eterna historia, el contraste eterno entre el que "ya llegó" y el que todavía no ha llegado.

Para terminar. Leo en la revista londinense *Knowledge* un artículo del profesor Layard, que da categoría histórica a un loro.

Hacer historia del caballo del héroe u obligar a los historiadores a recoger el nombre y señales de un caballo porque nos haya dado la gana, por ejemplo, de nombrarlo cónsul o cosa así, no es hacer la historia de un animal. Las líneas que dedica Bernal Díaz del Castillo a describir los caballos que pasaron a la conquista de México serían entonces un hermoso antecedente clásico. Y las genealogías de los caballos y de los perros de raza pura serían un término más aproximado aún al tipo de la historia animal. Pero no: la historia del animal no ha de proceder del esfuerzo extraño del hombre, sino del esfuerzo propio del animal para penetrar en la historia; ese esfuerzo que adivinamos en los ojos del perro cuando nos contempla fijamente, como queriendo hablar. Y tal es el caso del loro africano del profesor Layard.

Consideren los lectores si el loro merece o no merece la biografía que se le dedica. Como muchos ejemplares de su especie, nuestro loro gustaba de que le rascaran la cabeza. El hábito degeneró en vicio, es decir, que el loro se hizo "especialista" de sus costumbres. Y como el dueño y los amigos del dueño no le espulgaran el cogote al famoso loro cada vez que a éste se le antojaba, el animal inventó el medio de satisfacer su necesidad irritada: con las briznas y granos de su comida, cuidadosamente seleccionados, se fabricó el loro unos rascadores. Los cogía después con una garra, y colgándose con la otra en la postura más lírica del cirquero, lograba rascarse a su sabor, arriba y abajo.

¡Oh gran loro escéptico y voluptuoso, fundador de una nueva civilización entre loros! ¡Oh loro digno de figurar en la próxima edición de *Who's who!* Éste sí que se rasca solo.

1919.

LA MUSA DE LA GEOGRAFÍA

PASO a veces junto a las ventanas de una escuela, y me llega el sonsonete infantil, la *odiosa cantio* de que San Agustín se quejaba. Los chicos estudian geografía, y repiten por centésima vez la diferencia que hay entre un cabezo y un altozano.

Estas torturas mecánicas ¿corresponden a una verdadera representación mental? Los educadores quieren hoy enseñar jugando: lo que no se aprende con alegría, no se aprende. Una madre enseñó a su hijo las cuentas derivando todas las operaciones de la aritmética del juego de pares y nones. La geografía, particularmente, puede comenzar por un juego, un rompecabezas infantil: no son otra cosa unos ejercicios geográficos de la casa Seix y Barrals que tengo a la vista.

Más tarde, los viajes escolares pueden sustituir muchas definiciones enojosas y absurdas, y toda aquella algarabía de que la isla es una península sin rabo, y la península una isla cogida por el rabo. San Sebastián, por ejemplo, es una preciosa miniatura geográfica. Un planorrelieve de la Concha, por lo menos, evitaría a nuestros hijos muchos inútiles dolores: allí el golfo, la isla, la península y hasta el caso de la isla soldada a tierra por ulteriores acarreos de arena: que tal es la historia, casi la fábula, del Urgull y del Urumea.

Pero lo que importa, sobre todo, es relacionar cuanto antes estas nociones físicas con las realidades humanas que, hasta cierto punto, se condicionan por ellas. Como tampoco es posible dar a un niño toda la complejidad del fenómeno, se puede reducir este estudio a sus fundamentos, prescindiendo de lo demás. La *Geografía humana* de A. J. Herbertson y F. D. Herbertson, texto en algunas Universidades sajonas, de que poseemos una traducción española de Palau Vera, considera la tierra dividida en unas cuantas regiones características: los bosques de la zona templada y la tropical, las llanuras cultivadas, los desiertos tórridos y helados. La labor del

hombre —la labor manual, inmediata al suelo— se clasifica en unos cuantos tipos, ascendiendo desde la caza y la pesca hasta el pastoreo, la agricultura y la industria. La relación entre el ambiente y la vida —con algo de voluntad sutil— se puede ir tramando con los elementos del paisaje y los productos de la mano del hombre, y percibirla en las artes del pueblo como en las tendencias de los gobiernos. Con los pocos datos físicos y los pocos datos humanos así escogidos, se hacen todas las conjugaciones posibles: pero sin exagerar ni querer deducir, por ejemplo, las innovaciones rítmicas de Rubén Darío de los terremotos de Centroamérica. Para huir este exceso, el mejor criterio —así lo hace el libro de los Herbertson— es atenerse a las formas bajas de la vida. La humanidad superior está como algo desasida de la tierra que pisa, y el dato geográfico le es lejano.

Así conviene recordarlo con insistencia a los que estudian manuales como éste, porque precisamente abundan en las escuelas los hijos de esa sociedad, cosmopolita y urbana, en que se refractan las humildes leyes rurales; y ésos no ven siempre una relación necesaria entre su vida personal y las espigas del campo.

Poco a poco, las nociones se ensancharían. Los orígenes de la historia se relacionarían con ciertas ideas mercantiles. Se explicarían y describirían las emigraciones de los pueblos, y el estudio de los viajes de animales y pájaros ampliaría cada vez más los conceptos. (Nuestros editores deberían procurarnos una traducción de la obra de J. L. Myres, *The Dawn of History*, y del *Text-book of Commercial Geography* de C. C. Adams; y para peregrinaciones y emigraciones, los Manuales de Cambridge.)

Semejante estudio, hecho a tiempo, hasta puede despertar una vocación, mezcla de poética y práctica. Y la práctica y la poética son las dos alas de la vida. Y ni siquiera se contrarían tanto entre sí como lo pretenden los malos comerciantes y los malos poetas. Paul Claudel, gran poeta de Francia, es un cónsul que está al tanto de los valores, y estudia el comercio de los puertos en informes sólo menos admirables que sus cantatas. Un amable huésped de Madrid, Marius André, en su reciente obra *Guide psychologique du*

Français à l'Étranger, dedica algunas páginas elocuentes a explicar cómo el comercio también admite la finura del trato y la nobleza del pensamiento. Lo saben muy bien los orientales, que discuten entre las tazas de té, toda una tarde, una sola operación de compraventa, tan voluptuosamente como se devana un poema. *El hombre que mató*, de Claude Farrère, que sin ser una novela sublime es muy agradable, tiene un capítulo muy bien trazado sobre el arte de la compraventa en Oriente: un diálogo entre un anticuario de Constantinopla y una vieja armenia que sabía más que una sirena.

Y lo bueno es que el arte de la compraventa lo disfruta mejor el que no dispone de riqueza excesiva. El que la posee en abundancia, ése manda comprar sus corbatas a sus lacayos, en vez de escogerlas una a una, y todas en su ocasión y tiempo, como lo hacía 'Fradique Mendes'. Algo de pobreza viene bien —como algo de amargo a la bebida— a los placeres del cambio: cierto sabor de peligro nos obliga a pensar más en lo que compramos, a individuar más distintamente el objeto de la adquisición.

El niño a quien hiciéramos viajar a través de todos esos climas mentales, yo creo firmemente que aprendería de paso —no sé a qué hora ni cómo— lo del altozano y el cabezo. Y si acaso no lo llega a aprender, ¡qué más da! En cambio, sus ojos se habrán abierto al espectáculo de los afanes del mundo. Buscará en las rocas y en los troncos el latido de las apetencias humanas, y percibirá los esfuerzos de la inteligencia hasta en la piedra que arroja la honda o en las plumas que gobiernan la trayectoria de la flecha. Las transformaciones de los usos le darán idea de la elasticidad de la vida: el Herbertson cuenta de unas tribus indias que hacen puntas para sus dardos con el vidrio de las botellas de *whiskey* introducidas por el contrabando de los blancos, y cuenta del bosquimán que acarrea el agua en cáscaras de huevos de avestruz atadas con yerbas. (Después de esto, no se puede ser intolerante.) Además, será agradecido con la tierra y con sus provechos: el Herbertson habla del coco de las islas, cuya pulpa es alimenticia, cuya leche se bebe todavía dulce o ya fermentada; con la corteza de sus frutos se hacen

vasijas; con su fibra, esteras; con su hoja se techan las cabañas y se hacen cestos; el tronco sirve para armazones de chozas y de botes, y de los nervios centrales se sacan los mejores remos. Hasta sus piadosas raíces ayudan a afianzar el suelo de las islas donde ha nacido.

Finalmente, este libro de Herbertson, cuyos atractivos vengo ponderando, tiene la ventaja de reducir a dos hojas la exposición del prejuicio de las razas. No creo, francamente, que enseñe a distinguir el cabezo del altozano. Pero eso lo enseña muy bien Pedancio.

¿1919?

LA POESÍA DEL ARCHIVO *

CUANDO el incendio de las Salesas, el viento arrojó las cenizas hasta los extremos del barrio de Salamanca; hubo quien recogiera en la calle de Torrijos un fragmento de papel a medio quemar. Así han quedado dispersos por mil partes los documentos del antiguo Imperio español, como verdaderas cenizas. Poco a poco, los papeles de Indias, procedentes sobre todo de Simancas, Cádiz, ministerio de Ultramar, etc., han sido concentrados en el Archivo General de Indias, de Sevilla, donde representan un fondo de 35,000 legajos. Otros, de procedencia ultramarina, han vuelto a España por caminos particulares, y así se explican casos como el de cierta colección mexicana —no bastante conocida—, que existe en la Biblioteca Provincial de Toledo, y que trajo consigo de la Nueva España el arzobispo Lorenzana. Todavía los comisionados de los Gobiernos americanos —como Paso y Troncoso, el P. Cuevas y otros— tienen que alargar sus buscas hasta fuera de España, después de registrar los archivos y bibliotecas de la Península.

Las peripecias, viajes, desapariciones y reapariciones de un documento son, a veces, un verdadero cuento árabe. Los eruditos curiosos leen los viejos manuscritos más allá de las letras; y en los bordes carcomidos por la humedad, y en esas manchas, que van del tono café de las hojas secas al tono morado de las lombardas —verdaderos hongos del papel—, adivinan tal vez una historia de reclusión en los sótanos del convento, cuando cayeron sobre la aldea, durante el año de tantos, estos o los otros salvadores de la patria, poco afectos a las antiguallas. Y ¡qué historia la de aquel cartapacio, que lleva en la lujosa pasta las armas de algún gran Mecenas de

* R. P. R. Pastells (S. J.), *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay. . . , según los documentos originales del Archivo General de Indias*, III; Madrid, Suárez, 1918.

Colección de documentos relativos a las islas Filipinas, existentes en el Archivo de Indias de Sevilla. Publicada por la Compañía General de Tabacos de Filipinas, I; Barcelona, 1918.

los libros, y acaso en las guardas, el sello rojo de Pascual de Gayangos, familiar a los aficionados, y tal o cual trazo de lápiz por el texto!

En las obras de Anatole France —*Le crime de Sylvestre Bonnard* y *La révolte des anges*— hay cuadros de ambiente de biblioteca, que dan clara idea de las fantasías a que puede entregarse el coleccionador de papeles, y aun de las locuras consiguientes a su afición. Porque, como *Las piedras hambrientas*, de Tagore, los libros de las bibliotecas "digieren" paulatinamente el alma del bibliotecario. Y el que se queda dormido en una biblioteca ve aparecer al Padre del Alfabeto, tiene pesadillas de treinta siglos, y padece por todas partes los alfilerazos del demonio Elzevir.

El interés de una colección de documentos es tal, que debemos agradecer al editor —si no es un artista de la palabra— que hable lo menos posible por su cuenta, que use de todos los rigores filológicos, para darnos, en toda su desnudez, los textos publicados, de manera que —hasta donde sea razonable— se expliquen solos. ¿Qué nos importa lo que diga el charlatán del joyero, cuando pudiera dejar en nuestras manos —sin articular una sílaba— el escriño de los diamantes? Los tomos que provocan estas divagaciones no puede decirse que sólo contengan diamantes, ¡ay! Ésta es la tragedia del erudito; no tiene derecho a elegir; desconfía de sus preferencias personales, que bien pudieran coincidir con las preferencias de sus amigos, y aun de todos sus contemporáneos, pero que él no sabe si coincidirán con las de los hombres de mañana. Y así, en la duda, una vez puesto a explorar un fondo, prefiere atenerse al criterio de la totalidad, recogerlo todo y publicarlo todo. Esto es lo científico, no lo artístico: el estilo es economía. Pero agradezcamos su probidad y su labor al hombre de ciencia, que descubre y pone a flor de suelo la cantera para los constructores ideológicos de mañana.

La obra de los misioneros en América —que comenzaba, como decía alguno de ellos, por aprender "la teología que Santo Tomás no conoció", a saber las lenguas indígenas; que acababa no pocas veces en el martirio, abandonados los pobres apóstoles en el seno de las tribus bárbaras, adonde

sólo de modo intermitente llegaba el poder de España; que fue siempre tan benéfica para los naturales de América, como verdadero baluarte contra la brutalidad del encomendero y del soldadón—; la obra de los misioneros en América no es hoy discutida por nadie. Entre ellos, los jesuítas representan un capítulo, que no siempre encontramos incorporado en las historias de conjunto sobre la materia.

En la Nueva España, por ejemplo, producen los jesuítas un apogeo de los estudios humanísticos hacia el siglo XVIII, caracterizado en los nombres de Abad, Alegre y el guatemalteco Landívar. En el Sur de América, en la antigua provincia del Paraguay, se forma un verdadero imperio jesuítico, como dice Leopoldo Lugones, que abarca las zonas actuales de la Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil. A éste se refieren los documentos que viene publicando el P. Pastells; y el tercer tomo contiene cerca de ochocientos, divididos en dos períodos, cada uno precedido de un sumario de asuntos, y que abarcan desde 1º de enero de 1669 hasta el 4 de abril de 1683. Todos estos documentos proceden del Archivo General de Indias.

Respecto a la colección de documentos filipinos —también procedentes del famoso archivo sevillano, y que contiene, en este primer tomo, cuarenta y cinco números, desde el 3 de mayo de 1493 (la célebre Bula de Alejandro VI) hasta el 11 de noviembre de 1518—, sólo deseo llamar aquí la atención sobre el hecho de que una Compañía de Tabacos tenga la hermosa extravagancia de emplear algún dinero en este género de tareas eruditas.

> La Compañía General de Tabacos de Filipinas —dice el prólogo—, a la vez que ha dedicado su atención a los negocios mercantiles, base de su fundación, no ha dejado de conceptuarlos compatibles con otras manifestaciones que, si bien no afectan directamente a la esencia de aquéllos, pueden considerarse como una extensión de su actividad, permitiéndose abrigar la creencia de que, con tal conducta, ha contribuído no poco al arraigo moral que la Sociedad goza entre los naturales de las islas en que radica el número principal de su comercio, y entre cuantos con ella se relacionan.

¿Una sociedad mercantil que admite sus obligaciones so-

ciales para con la cultura y para con la historia del pueblo? No es la primera vez que manifiesta su interés por las cosas del espíritu: su colección de libros filipinos es harto conocida y estimada por los especialistas.

La tarea que ahora emprende, por iniciativa del Conde de Churruca, merece el aplauso de todos los hombres que manejan pluma. Nos traslada a otro ambiente, y quizás a otra época: cuando el comercio, emprendido con un generoso espíritu de aventura y de trato humano —algo a la manera de Ulises—, era casi una de las fases de la poesía.

Sueñe el lector conmigo: unas islas en el Pacífico, unos documentos en un palacio de Sevilla, unos traficantes de tabaco —cosa fantástica de por sí—, que bien podemos situar, imaginariamente, en alguna vetusta casa, perfumada del aroma exótico, con mapas arcaicos y cartas de marear colgados en las paredes; algo, en suma, intermedio entre la Agencia Cook y la *Casa del Mar del Sur,* de Charles Lamb . . . ¿No es verdad, lector, que ya no recordamos bien si aquel amigo de nuestra infancia —Simbad— era un mercader o un poeta?

¿1919?

SOBRE MONTALVO *

COMIENZA aquí una nueva biblioteca americana. Contiene el presente volumen: "Los héroes de la Emancipación americana", "Bolívar y Napoleón", "Bolívar y Washington", "Viajes; Poesía de los moros; Córdoba, la gran mezquita", "México", "Capítulo que se le olvidó a Cervantes". Inéditos: "De la risa" y "Diario íntimo (París, 1870)."

Hace poco tiempo, un par de años, en la colección "Cervantes", se publicó la *Geometría Moral*, de Montalvo; suponemos que por indicación del poeta mexicano Luis G. Urbina. Con todo, la nueva literatura de España, resueltamente apartada de las tradiciones de la prosa abundante, no parece haber sentido ninguna curiosidad hacia Montalvo. Además, la joven España comienza a conocer a la joven América, pero no a la América del pasado, y así, la revista bonaerense *Nosotros* ha puesto en un verdadero aprieto a los escritores peninsulares al preguntarles cuál de los "maestros" de América es el que prefieren. La campaña editorial de Blanco-Fombona ha contribuído, sin duda, a aclarar un poco esa niebla; hoy hablan de Sarmiento quienes lo ignoraban hace cinco años. Pero la abundancia misma de libros americanos ha desconcertado un poco a este público, que no peca de muy aficionado a leer ni muy afecto a poner la conciencia a prueba de nuevos conocimientos.

Montalvo, "el sagitario liberal del Ecuador" —como se le ha llamado—, escribía hace más de medio siglo. En su mentalidad se notan, sin duda, los defectos del liberalismo pueril de la época; pero tan agigantados al toque de su magno poder artístico, que ya no parecen errores, sino creaciones fantásticas con derecho a una vida superior, en el puro mundo de la estética. En su estilo hay los consabidos defectos de la oratoria grandilocuente; pero si en la mayoría de los escritores solemos notar, a título de excepción, los aciertos

* *Sus mejores prosas* (seguidas de algunos inéditos). Madrid, Editorial Hispánica, 1919, 8°, 192 páginas. (Biblioteca de Escritores de la Raza.)

verbales que nos parecen definitivos, en Montalvo nos encontramos con que hay que marcar, a título de excepción —una vez cada cinco o seis páginas— los momentos de descuido verbal. Es que Montalvo, como decía Rodó, ponía en el arte literario el celoso amor y los cuidados de un culto religioso. Es que Montalvo poseía el admirable don de no dormirse sobre ninguna palabra. En sus páginas están vivas, palpitan y centellean, todas las letras. Su oído era finísimo. Leerlo en voz alta es dar una fiesta a los sentimientos naturales del ritmo. América —con Montalvo y con José Martí— "descubrió" a Gracián antes que España.

La música de timbrazos de Gracián y los redobles y el tamborileo de Quevedo parecen sonar en la prosa de Montalvo. Algunos pasajes, sin exageración ninguna, pueden soportar la comparación con los de los maestros clásicos.

Rodó ha dicho que en la personalidad de Montalvo se reúnen "el don de uno de los artífices más altos que hayan trabajado en el mundo la lengua de Quevedo, y la fe de uno de los caracteres más constantes que hayan profesado en América el amor de la libertad". Menéndez y Pelayo habla de él con unas reservas que son de por sí harto elocuentes; refiriéndose a otros prosistas ecuatorianos, dice que a esos nombres "hay que añadir *ya,* con las necesarias reservas de ortodoxia y de gusto, el del sofista agudo e ingeniosísimo, y brillante y castizo, *aunque* abigarrado y algo pedantesco prosista Juan Montalvo". (Las itálicas son mías.)

Rodó, para quien Montalvo es, sin duda, un antecedente necesario, lo considera como un fruto de la armonía entre la inspiración y el arte, entre el don y el saber. Sarmiento —dice— era genial, pero no muy culto, y de gusto semibárbaro. Bello era, al contrario, un maestro de maestros de la cultura; pero le faltaba aliento creador. Quien haya leído el ensayo de Rodó que vengo citando, sabe ya lo que Rodó debía a Montalvo. Pero Montalvo, aunque escritor de "gran conciencia del estilo", lleno de gran saber erudito en su arte de hacer la prosa —saber que, desbordándose, lo llevó a veces a jugueteos y restauraciones como *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes*—, hacía con los sentidos y para los sentidos lo que Rodó hace con la razón, la ecuanimidad y

el sentimiento poético. Montalvo es gigantesco, y Rodó es perfecto.

¡Qué antología de la prosa americana nos podían dar los editores! ¡Bello, Sarmiento, Montalvo, Rodó, Martí, Ignacio Ramírez, Justo Sierra, Hostos, Díaz Rodríguez, Urueta y tantos que dejo de citar!

1919.

PRUSIA Y DINAMARCA

I. Un nuevo problema de la paz

Después de la "paz de la guerra", las guerras de la paz. La paz trae problemas complejísimos, a veces llenos de novedad y a veces cargados de historia. Conviene recordar a tiempo los antecedentes de estos problemas con historia. Ahora se habla de que Dinamarca ha pedido a Alemania que permita a los habitantes del Schleswig-Holstein decidir por plebiscito a qué nación desean pertenecer. Si tal petición prospera, o si no la dejan atrás los acontecimientos, más precipitados que nunca, ya tenemos aquí un nuevo problema de la paz.

La anexión de los ducados a la Corona danesa data de 1460. Ciertamente, desde el origen ha habido una serie de dificultades creadas por la naturaleza misma de esta anexión. Holstein formó parte en otro tiempo del Santo Imperio romano, pero no así Schleswig. Alemania se empeñará en conservar Holstein, que, por momentos, ha de aparecer en la historia como una zona irredenta de Alemania. Pero Holstein está unido a Schleswig de cierta manera indisoluble. Imagine, pues, el lector uno de esos monstruos humanos, de esos hombres dobles unidos por la espalda, de que nos habla el *Banquete*, de Platón; cada uno mira en sentido contrario; con todo, no pueden separarse. No pueden andar, no pueden vivir sin tropiezo. Tal el caso de los ducados de la discordia. En torno a ellos, el coro de las potencias teje y desteje la maraña diplomática, neutralizando algunas veces y otras complicando singularmente el resultado de las disputas armadas entre Dinamarca y Prusia.

Recuérdese que, por la época a que vamos a referirnos, Alemania, bajo el nombre de Confederación Germánica, y bajo la supremacía de Austria, se dividía en varios principados y Estados, y se gobernaba por una Dieta representativa de los distintos soberanos. Masa flotante y sin cohesión.

que en vano intenta amalgamar, en 1848, un Parlamento nacional reunido en Francfort.

Conviene advertir, asimismo, que el ideal de la unidad era el ideal de los liberales; el separatismo, la división representaban entonces el sentido retrógrado. En 1854, y bajo la instigación de Prusia, crean los diversos Estados una Unión Aduanera, o *Zollverein,* que vino a destruir muchos obstáculos entre todos aquellos intereses diseminados. Pero de esta Unión fue excluída Austria; la cual, a su turno, procura, a veces, valerse de la Dieta para hacer presión sobre Prusia: la lucha entre las dos hermanas enemigas por la supremacía del orbe germánico había comenzado. En 1861, el príncipe regente de Prusia, Guillermo, que de hecho gobierna de tiempo atrás, reina ya por derecho. En 1862, Bismarck es ministro de Estado. Entonces se precipitan singularmente los acontecimientos. Bismarck lanza su primer ataque sobre Dinamarca. Pero no nos anticipemos.

II. La primera intervención de Prusia

Por 1846, Cristián VIII de Dinamarca creía haber asegurado sus derechos sobre Schleswig. Pero los Estados de Holstein solicitaban, sin ser oídos, el apoyo de la Dieta germánica. En 1848, bajo el nuevo rey de Dinamarca Federico VII, Holstein se alza en armas. El duque de Augustemburgo, que alegaba sobre aquellas tierras ciertos derechos personales, declara la guerra a Dinamarca, respondiendo a un movimiento del pueblo alemán. Federico Guillermo de Prusia, acaso sin gran entusiasmo, lo auxilia con sus tropas. Y la Dieta trata de establecer un Gobierno germánico en Schleswig. Pero prontamente intervienen los demás Poderes: Rusia, Francia, Inglaterra, Suecia, y hasta Austria, que está por la prudencia. Hubo de firmarse un armisticio.

Pero eran los tiempos en que Alemania hacía revoluciones. En Francfort había un Parlamento revolucionario que pretendía gobernar la Confederación Germánica en nombre del pueblo, sobre la voluntad de los príncipes y de la Dieta. El Parlamento consideró aquel armisticio como una vergüenza nacional; se negó a aceptarlo, y quiso forzar la mano al

rey de Prusia. Éste, desoyendo al Parlamento, firma la Convención de Malmoe (26 de agosto de 1848), donde, de hecho, cede a Dinamarca todos los puntos discutidos. Trata aún de oponerse al Parlamento, y descubre que no tiene fuerza militar para hacerse obedecer por los príncipes germánicos. El pueblo, entonces, despechado, se vuelve contra sus revolucionarios, y las mismas tropas prusianas tienen que defender al Parlamento contra la furia del pueblo.

El hecho tiene singular importancia en la historia de la moderna Alemania. La Alemania revolucionaria de 1848 intentó resolver, mediante el liberalismo, el problema de la unidad nacional; su órgano era el Parlamento de Francfort; este Parlamento, que discutía largamente cuestiones constitucionales abstractas, mientras los príncipes alemanes "hacían el muerto", como dice Bainville, descubrió su incapacidad práctica con motivo de la cuestión de Dinamarca. Y éste fue punto decisivo para la conciencia política de Alemania: aquí renunció a obtener su unidad por el camino del liberalismo. Sacrificando estos nacientes impulsos, pide entonces la unificación nacional al poder del militarismo. Y así repercutió sobre los destinos de Alemania la cuestión, en apariencia adjetiva, de Dinamarca. En esta primera intervención fracasó, pues, el liberalismo alemán.

III. La segunda intervención

En octubre del mismo año de 1848, las potencias, reunidas en Londres, formularon las bases de un arreglo que comenzó bien y acabó mal. Holstein, como miembro de la Confederación Germánica, recibiría una constitución aparte de Schleswig. A última hora, Dinamarca declara que ambos ducados deben quedar indisolublemente ligados a la corona danesa. Y esto provoca una nueva guerra entre Prusia y Dinamarca, que fue una repetición de la anterior y acabó en una tregua recelosa.

Prusia, que en verdad deseaba la paz y tenía cuentas que arreglar dentro de Alemania, propuso un armisticio en 17 de abril de 1850. El pueblo alemán consideró con indignación esta nueva tregua. El zar de Rusia Nicolás I, erigido

en supremo representante del sentido conservador, veía, por su parte, con impaciencia la actitud de la "jacobina" Prusia y el apoyo que prestaba a los "rebeldes" de Holstein. Los derechos de Dinamarca le parecían indiscutibles, y aun se manifestaba dispuesto a establecerlos por su propia mano. Austria aconsejaba a Prusia que evitara una guerra "fratricida". Sólo Napoleón III, que vio aquí una oportunidad de debilitar la Santa Alianza, ofreció su ayuda a Prusia, a cambio de ciertas ventajas en el Rin. A esto, Federico Guillermo de Prusia, que iba camino de la locura, descubrió, horrorizado, la complejidad del laberinto en que se había metido, y prefirió firmar la paz con Dinamarca en 2 de junio de 1850.

Por segunda vez, resultado de su segunda intervención, Prusia reconocía los derechos de Dinamarca. Consecuencias: Prusia, humillada, y Austria, robustecida en su política internacional con el apoyo de Rusia. Bismarck decía que nunca se vio Prusia más abatida que en estos años. Tal era, en conjunto, el resultado de sus diferencias con Dinamarca. Prusia se encontró aislada ante la Conferencia de Londres que declaró la indisolubilidad de la monarquía danesa.

IV. La tercera intervención

Cuando el príncipe Guillermo de Prusia recibe el poder de manos de su hermano Federico Guillermo, comienza una nueva política; a la indecisión sigue la eficacia; y si, de paso, conviene valerse de los liberales, Guillermo, aconsejado por Bismarck, no vacilará. Todas las cuestiones pendientes resucitan, y, entre ellas, la del Schleswig-Holstein. Entretanto, los estremecimientos de la unidad italiana han conmovido a Europa, y, en 1863, las sublevaciones de Polonia. Napoleón III, arrastrado por su fatal destino, veía derrumbarse en México sus ambiciones culpables. Prusia abordaba el problema de los ducados en nuevas condiciones de poder.

Dinamarca, bajo la presión de las potencias, consentía ya en conceder cierta manera de *home-rule* a los ducados, pero lo cierto es que entre todos habían llegado a un compromiso que nada resolvía. En 1854 se dictó una nueva Constitución danesa, que abarcaba también la zona discutida; al

año siguiente, los nacionalistas daneses lograron todavía unas nuevas bases que constreñían más a los ducados. El de Holstein apeló a la Dieta; ésta, tres años más tarde, declaraba que Holstein no estaba obligado a las bases constitucionales de 1855, y pedía a Federico VII, rey de Dinamarca, que explicara claramente sus intenciones. El Rey pudo tranquilizar provisionalmente a la Dieta. Siguió en pie el problema.

Pero en 1860, la discusión de un presupuesto que afectaba también a los ducados, y que se imponía sin tomar en cuenta la voluntad de los Estados germánicos, recrudeció la cuestión. La Confederación Germánica se arma. Dinamarca, por consejo de Inglaterra, afecta ignorarlo, y entabla negociaciones separadamente con Austria y Prusia. Las negociaciones no prosperan. En 1862 interviene Lord John Russell, proponiendo la independencia de los ducados, bajo la corona danesa, con un presupuesto decenal de gastos comunes y un Consejo Supremo de Estado, compuesto, proporcionalmente, por alemanes y daneses. Enredo y mayor laberinto. Dinamarca considera entonces el panorama político de Europa, que era un embrollo, y se atreve a rechazar las proposiciones, requiriendo ahora la soberanía absoluta sobre Schleswig y definiendo la situación *sui generis* del Holstein dentro de su sistema (1863).

Entre Dinamarca y Alemania van y vienen las negociaciones; Inglaterra ofrece mediar; Bismarck deja pasar algún tiempo: aún no ha llegado la hora de la guerra. Con esto Dinamarca gana confianza. Y a la muerte de Federico VII, Cristián IX hereda un conflicto a punto de estallar.

En la Navidad de 1863, tropas de Saxe y de Hannover ocuparon Holstein. En febrero de 1864, los prusianos y austríacos, aliados, invadieron toda la región. Si los daneses hubieran abandonado a Schleswig sin combatir, Europa unida hubiera obligado a sus rivales a devolverlo. Pero Bismarck se había propuesto ya la conquista, y necesitaba la guerra. Hizo decir en Copenhague que Inglaterra estaba dispuesta a luchar al lado de Dinamarca. Dinamarca, engañada, aceptó la guerra. Nunca se dudó del resultado. Tras el triunfo de los germánicos, una vez apaciguadas las inquietudes de las demás potencias (campaña que fue más ardua que la de

las armas), el rey Cristián IX de Dinamarca renunció sus derechos —que como tales le fueron reconocidos— en favor del emperador de Austria y del rey de Prusia. (Viena, 30 de octubre de 1864.)

Ya están los ducados en la discordia en manos de las ambiciosas hermanas. Era la hora del reparto. Austria habría cedido su parte a cambio de otras concesiones y garantías; pero Bismarck no quiere abandonarle un palmo de tierra. Y aquí de las proposiciones medias, que a nadie contentan; aquí de los recursos de leguleyo para hacer intervenir en el debate a pretendientes ya derrotados, como el Augustemburgo. Austria amenaza con unirse a los demás Estados germánicos para enfrentarse a Prusia: un fantasma de Dieta se alza ante un *Zollverein* cada vez más real. En Gastein (1865) parece que se llega a un acuerdo: Schleswig será de Prusia, y Holstein, de Austria. Pero es sólo una engañosa pausa, que da tiempo a Bismarck para asegurar la neutralidad de Napoleón. Además, Austria y Prusia han comenzado también a disputarse la amistad de Italia. Cada vez que Prusia la procura, Austria amenaza con apoyar los derechos del Augustemburgo sobre los ducados. Al fin Prusia ocupa Holstein, y estalla la guerra austroprusiana en junio de 1866. El 2 de julio, Prusia destrozaba el poder de Austria, y la zona discutida queda en manos de Prusia, que pronto será la cabeza del Imperio Alemán.

De esta vez, la estrella de Prusia se levanta. Una mente educada en los consejos de la sabiduría griega habría temblado al contemplar esa sucesión ininterrumpida de éxitos. Nunca se aconsejará bastante a los dichosos que no abusen de su buena fortuna.

V. Finalmente

La historia posterior de Dinamarca ofrece ya pocas novedades internacionales; casi toda ella se reduce a la lucha entre el Gobierno y la mayoría de oposición. Durante la Guerra, el sentimiento dinamarqués, levemente orientado hacia Alemania por un Gobierno de extracción socialista, empujado hacia los Aliados por la corriente popular y las intensas

relaciones mercantiles inglesas, así como por el recuerdo de la zona irredenta, prefiere la neutralidad, una neutralidad donde parece purgarse el escepticismo que inspiran las viejas veleidades de las potencias. Brandes había contestado al llamamiento de Clemenceau: "Hace cincuenta años Dinamarca os pidió ayuda contra los poderes germánicos, y contestasteis con la neutralidad." Por lo demás, Dinamarca no podía esperar la reconquista de sus 200,000 irredentos mediante una acción militar, sino más bien como resultado de las rectificaciones internacionales que la guerra había de provocar. (*V.* un artículo de L. Lange en *The Atlantic Monthly*, enero de 1918.) A la reclamación que ocasiona estos comentarios ha precedido un largo cálculo de probabilidades políticas.

Trátase, pues, de una cuestión íntimamente relacionada con el crecimiento y poder de Prusia. Data este poder —para no retroceder demasiado— de tres victorias sucesivas:

Primera. En 1864, Prusia, con la ayuda de Austria, arranca a Dinamarca una parte de su antiguo territorio, y reanuda su tradición militar, rota por Bonaparte en Jena (1806). Parte de las provincias anexadas habla alemán; el resto es francamente danés. La magna obra de la filología germánica —los *Gründriss*, de Paul— se conforma con declarar en esta materia que el alemán progresa sobre el danés desde los tiempos de Carlomagno, pero omite, con inexplicable negligencia, el mapa de las lenguas escandinavas, al lado de los mapas de las otras lenguas germánicas.

Segunda. En 1866, Prusia establece su supremacía sobre Austria, mediante una corta y victoriosa campaña, que culmina en Sadowa (2 de julio).

Y tercera. Prusia logra la unificación del Imperio Alemán en la guerra contra Francia (1870-71), de donde resulta la anexión de Alsacia-Lorena y sus dos millones de población.

Estas etapas tienen entre sí una íntima conexión. Schleswig-Holstein y la base marítima de Kiel contribuyen a lo de Alsacia-Lorena; y lo de Alsacia-Lorena viene envuelto entre las razones de la guerra de 1914.

¿1919?

APÉNDICE

LAS NAVEGACIONES DE ULISES

Este artículo, que figuraba en la primera edición de *Simpatías y diferencias* (1ª serie), Madrid, 1921, se ha suprimido aquí por haber sido trasladado al final del ensayo "Prólogo a Bérard" que figura en el libro *Junta de Sombras,* 1949. Comenzaba con los siguientes párrafos (no aprovechados en la transcripción ulterior):

EL PROFESOR Victor Bérard —de la Escuela de Altos Estudios de París, y conocido en el mundo científico, entre otras, por su célebre obra *Los fenicios y la Odisea*— ha dado recientemente, en el Instituto Francés de Madrid, una serie de conferencias sobre cuestiones homéricas, a las que aporta, además de sus conocimientos en la materia y sus excelentes traducciones de Homero, el resultado de sus experiencias de viajero del Mediterráneo, y una hermosa colección de fotografías.

Comenzó el profesor Bérard por manifestar su complacencia de dirigirse a un público español; el conocimiento de las cosas de España, asegura, no ha sido vano para el estudio de las cuestiones homéricas, como se verá más adelante. La filología española de los últimos tiempos, reformando el conocimiento de la epopeya castellana, ha ejercido grande influencia sobre los métodos de estudio de la epopeya homérica (aquí recuerda particularmente las precisiones geográficas que don Ramón Menéndez Pidal ha traído al estudio del *Poema del Cid*). Finalmente, en algunas de sus conferencias —la dedicada a "la española Calipso"—, el profesor Bérard tiene ocasión de manifestar su agradecimiento a los buenos auxilios con que el general Alfau favoreció sus exploraciones en Marruecos.

He aquí los principales conceptos de estas conferencias...

1919.

II

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

Segunda Serie

I. CRÍTICA. II. HISTORIA MENOR

Noticia

A) EDICIONES

1. Alfonso Reyes // Simpatías y // Diferencias // Segunda serie // *(Monograma "A. R.")*. Madrid, 1921.—8º, 196 págs. e índice. Colofón: Suc. de E. Teodoro, 31 de marzo de 1921.

2. La misma que para la serie anterior, págs. 111 a 247 del mismo primer volumen.

B) OBSERVACIONES

En esta tercera edición se suprimen, como en la segunda edición, los artículos "El humanismo y el descubrimiento de América" y "Los primeros descubridores de América (antes de Colón)", ambos escritos por 1919, que fueron íntegramente aprovechados más tarde en "El presagio de América" *(Última Tule)*.

Los artículos contenidos en la sección "Crítica" aparecieron primeramente en el semanario *España*, Madrid; y los contenidos en la sección "Historia menor", en *El Sol*, Madrid.

I. CRÍTICA

LA NOVELA BODEGÓN *

EL TÍTULO de esta novela corresponde a lo que, en español, podría ser, por ejemplo, una novela que se llamara *El duro sevillano* y tratara de un mal sujeto de buena presencia. Cuando Apollinaire era un niño, corría por Europa una moneda suiza en cuyo escudo aparecía una mujer sentada: era una moneda falsa; había que conocerla para no recibirla, como hoy es fuerza distinguir el 5 del duro legítimo, del 5 del duro sevillano.

Ya ha comprendido el lector que la protagonista de esta novela, Elvira, la *femme assise,* es una pájara de cuenta. Su abuela, Pamela Monsenergues, recogida en el bulevar por un profeta americano que reclutaba corderas para la colonia de mormones de Deseret, se dejó embarcar rumbo a América, adonde llegó un buen día vestida con traje de marinero, las manos en los bolsillos y dispuesta a escoger marido con toda parsimonia. Los grandes señores de la colonia destacaron hacia ella, para catequizarla, los ejércitos de sus esposas —quién catorce, quién veinticinco—; y ella se dejó ganar al fin por las esposas de cierto inglés escéptico, de barba en collar, rostro pálido y desteñidos cabellos, quien nunca llegó a poseerla, y de quien huyó al cabo —acosada por la nostalgia de su París, su bulevar, su Romainville y su Porte Maillot— para entregarse a otros amores más conformes con sus nociones francesas del pecado. Elvira, la nieta, tras de pasar por las manos de un médico que abusa de la intimidad profesional (él de treinta y seis años, ella de quince), pasa por las de un gran duque Petrovich, poseedor de los caballos más bellos de toda Rusia; oscila después entre Nicolás Varinoff —pintor ruso— y Pablo Canouris —pintor de azules manos, medio albanés y medio malagueño—; y, finalmente, llevando al extremo heroico la reacción iniciada por su abuela contra la poligamia, se decide por la polian-

* Guillaume Apollinaire, *La Femme Asisse,* París. "La Nouvelle Revue Française", 1920, 8º, 268 páginas.

dria y se instala simétricamente entre seis amantes: Varinoff, un clown piamontés, un estudiante de medicina, un mutilado bimanco, un aviador de Ruritania y un artillero. Para conservar su independencia, vive de su arte: era pintora. (El autor, al contemplarla sentada frente al caballete, ha tenido la revelación de que su Elvira es la *femme assise,* la falsa moneda helvética que "no pasa".) Y en el fondo, su verdadera afición han sido siempre las mujeres.

Este rápido resumen pudiera inducir a error. El lector se figurará que todas estas peripecias de amor (o lo que fuere) se desarrollan, entre sobresaltos sentimentales, a través de las 268 páginas del libro; y se pasmará si le digo que apenas ocupan tales peripecias mayor espacio del que yo mismo acabo de concederles en esta reseña.

—¿Y el resto del libro?

Aquí está el misterio: voy a explicarme. Entre las mil maneras de tratar un tema novelesco, hay dos maneras extremas y contrarias: una es la novela que —metafóricamente, claro está— dura tanto como la acción que narra, nace con el héroe, acompaña pacientemente el despertar de su conciencia infantil, plañe sus primeras pasiones y canta sus primeros triunfos, madura cuando el héroe se establece en la sociedad —en ese mediodía de la vida sobre cuya cima han de ir agolpándose las nubes de la catástrofe—, decae lentamente con él, y con él muere. En estas novelas el autor es fiel y constante espectador de la vida de su héroe, ante el cual se limita, como el coro de la tragedia griega, a observar y a exclamar. Estas novelas, como es natural, tienden a alargarse desmedidamente (no lo digo por Marcel Proust: de éste he de tratar en otra ocasión); y, en los peores ejemplos del género —la eterna novela inglesa en dos tomos, la novela "respetable", a que las institutrices de hace medio siglo eran tan aficionadas—, merece las burlas que le dispara Oscar Wilde en su conocida comedia *La importancia de ser Severo.* (Creo que ésta es la mejor traducción del título: *The Importance of being Earnest.*) En este modo de novelar creyó ver un día Thibaudet la técnica más propia de la novela y, analizando la obra de George Elliot, se dijo más o menos:

—Estas novelas nos dan la sensación del tiempo que crece, de la *durée réelle* bergsoniana.

A una parte, pues, tenemos las novelas de la *durée réelle*. Y en el polo opuesto, necesariamente, las novelas que reducen el proceso de una vida a dos o tres instantes simbólicos, en torno a los cuales se procura cargar una atmósfera concentrada (las "veinte atmósferas" que Gautier sentía en las *Meninas* de Velázquez), que produzca de por sí, como en un golpe simultáneo, la comprensión de todos los estados sucesivos no descritos en la obra.

Supongamos ahora que, en esta novela de los instantes simbólicos, el autor se desinterese de la psicología de su personaje, la dé por sabida, la reduzca a un dibujo simple y obvio; supongamos que se despreocupe del conflicto dinámico de las pasiones, y que escoja esos instantes simbólicos de la vida de su héroe, no como escoge la microquímica una partícula de un cuerpo —para desentrañar las substancias y las fuerzas que han concurrido a producirlo—, sino como escoge el dibujante el contorno de un objeto —para hacer descansar sobre él la maraña de líneas de todos los objetos ambientes. Entonces estaremos ya a mil leguas de la novela psicológica (que, en un extremo, vivía con el héroe, entrando en el crecimiento de su alma; y, en el extremo opuesto, se contentaba con tomarle el pulso al héroe de cuando en cuando: en los instantes de crisis); entonces habremos llegado a un género novelesco en que el héroe, más que una realidad psicológica, posee un valor decorativo, pictórico: como un objeto cualquiera, que vale por su propia forma y color, y también como punto de reposo para todo un ambiente de colores y líneas. Entonces habremos llegado, en suma, a la "novela-bodegón".

Y eso es precisamente la actual novela de Apollinaire; una novela concebida como concibe el pintor una naturaleza muerta. Y tratándose de Apollinaire, ya se comprende que su técnica es la de los pintores cubistas. En su tela hay dos figuras centrales, dibujadas con precisión, en dos ambientes de época que compiten y se responden como una estrofa y una antistrofa: Pamela y Elvira, la abuela y la nieta. En torno a ellas, y en distintos planos conjugados, aparecen y

desaparecen caras de hombres y de mujeres, vense fugas de caballos por las avenidas de la antigua Petersburgo, y procesiones rituales en la colonia mormónica plantada en los desiertos de Norteamérica; profetas barbudos y *poilus* afeitados (valga el chiste); noches de Carnaval de París, y noches de representación en la honesta Deseret, bruscamente cortadas por un especie de rapto de las Sabinas; héroes (sin ademanes teatrales) y espías (sin actos de espionaje); anécdotas de vida literaria, disertaciones sobre cosas diversas, curiosidades, noticias peregrinas —todo combinado en un kalidoscopio sin fin.

Apollinaire se vale de un sistema muy fácil para enjertar, en el cuadro central, sus cuadros digresivos: ya a través de la charla de un personaje, y escondiendo un relato dentro de otro (como en las colecciones de cuentos árabes); ya por una transición brusca, no explicada ni justificada (a reserva de apoderarse, páginas más allá, para reanudar el hilo cortado, del menor pretexto, sin alarde alguno de habilidad técnica, sino brutalmente y "porque sí"); ya por una degradación de tonos que recuerda esos abanicos de matices, esas olas evanescentes de color mediante las cuales el pintor cubista va, desde una mejilla, hasta un frasco de vidrio en que se refleja (o irrumpe) un coche que pasa por la calle.

Nosotros, enamorados impenitentes de la "forma" —de la Forma, en toda la rotundez greco-latina, en toda la rotundez de coliseo romano que el concepto implica—; tras de haber pasado por las dislocaciones de espejos quebrados del cubismo, quisiéramos volver, como a estas horas lo hacen los cubistas de París, a la síntesis, al dibujo de conjunto, al "arabesco", de que se hablaba con tanto desdén antes de la Guerra, aunque aprovechando, claro está, las enseñanzas de taller del cubismo. Quisiéramos, pues, que este "enjerto" de temas y espacios diferentes con que la novela de Apollinaire está tramada se hiciera con cierto sentimiento de necesidad y de coherencia, con cierto sentimiento rítmico que tampoco ha de ser por fuerza la simetría elemental del "cuento de cuentos" al tipo árabe; con cierta sensación del momento en que el cuadro central se hincha de por sí y produce —como célula que se parte— el cuadro accesorio. Una ley superior

ha de presidir a esta conjugación caótica de episodios y disertaciones, y no creemos que Apollinaire la haya descubierto, bien que la presienta por instantes. En este sentido, sin desearlo, Apollinaire ha hecho una novela cubista de "primitivo".

Sin desearlo digo: Apollinaire no se jacta, en efecto, de primitivismo, que sería el peor amaneramiento. Podrá Apollinaire ser brutal —lo es muchas veces— pero no afectado. Es siempre sencillo, y algo cínico, tanto en la manera como en el asunto. Por la manera o estilo, ni alardea de francesismo (en él fuera falso, y esto sólo lo descubriría por extranjero, como a Teofrasto la vieja de Atenas le conoció que no era ateniense en sus excesivos alardes de ateneísmo), ni tampoco deja ver con vulgaridad su extracción exótica, aunque el exacerbado Charles Maurras no podrá menos de dar contra él en su incansable "caza al meteco". Su lengua es más bien neutra, coloquial sin exceso. Y en cuanto al asunto, aquí y allá se trasluce el catalogador curioso del "Infierno" de la Nacional de París, el colaborador travieso de *Le Coffret du Bibliophile*, y otras colecciones que son a Francia lo que —guardando proporciones— es a España la "Biblioteca de López Barbadillo y de sus amigos."

Una rápida enunciación de los principales temas que cruzan la urdimbre de la obra dará idea de la amenidad de este libro:

Los Carnavales de París en 1914; el Carnaval en la obra de Gavarni; el cancán en las *Memorias de la señorita Fifine, ex planchadora;* Casanova y la furlana; Bullier y los trajes fantásticos de M. y Mme. Delaunay (huéspedes de Madrid durante la Guerra, que, por cierto, aquí se visten con el traje de todo el mundo, como deseosos de no ser notados); las tertulias de Montmartre y las de Montparnasse que les han sucedido; la industria de la muñeca-retrato, surgida durante la Guerra en Montparnasse; una charla de pintores, donde desfilan los nombres de Picasso y Juan Gris entre otros (falta el de Diego Rivera), pues ya se habrá notado que Apollinaire gusta de incrustar figuras reales entre sus figuras imaginarias, como el cubista pega en sus telas, para dar la

impresión de un muro, un trozo de papel tapiz (y seguramente sus figuras imaginarias parten de biografías reales); un retrato de mujer, Maud, que hablaba una lengua híbrida de inglés, francés y alemán, con dejos dialectales y profundos arrastres de *argot,* a quien un filólogo hubiera amado, y un gramático hubiera odiado a pesar de su singular belleza; noticias sobre los mormones de América por los años de 50, en un cuadro brillante, caricaturesco, lleno de vívidas impresiones visuales, por el que sopla el "unanimismo" de Jules Romains, y que recuerda por cierto su reciente cuento cinematográfico *Donogoo-Tonka,* en aquel gusto de la geografía aventurera y del exotismo cómico (en medio de este cuadro luce la admirable figura de Pamela, casi más seductora que la de Elvira); sucesos, supersticiones y coplas de la guerra; impresiones de soldados que regresan del frente y ven las cosas de la retaguardia como entre los velos del sueño; profecías antiguas y nuevas sobre la guerra y sus resultados; recuerdos personales de la trinchera; anécdotas abejas (con epigrama) o anécdotas libélulas (flotantes, líricas, sin punta) en que siempre fue doctor Apollinaire; una visión apocalíptica, pero en forma tosca y breve, de los Nueve de la Fama, sobre los campos combatidos de Francia; una constante referencia, acre y cruda, a cosas de mujeres, aun a la hora de morir en las trincheras. Y, perdido entre los otros, el cuento que destaco, para acabar, sobre un artista que visitó un día su pueblo en ruinas, después de la batalla. Contemplado desde una colina, el pueblo era un gran desastre que hacía llorar. El artista se puso a dibujar lo que fue su casa, la puerta de su casa, los alrededores, el barrio, lleno ya de demoliciones, de barracas, de vías de comunicación improvisadas, que ahora habían cobrado la importancia pasajera de una nueva vida. Y, ¡oh estupor!, cuando contempló su dibujo ya acabado, se dio cuenta de que había trazado un cuadro risueño, lleno de promesas, profético, revelador de la esperanza que brota entre las ruinas.

He visto este dibujo maravilloso —escribe Apollinaire— y quisiera que todos tuvieran en Francia la clara visión del

porvenir que tuvo este artista, ante las ruinas de su pueblo natal; quisiera que en todas las almas se produjera el milagro de la doble vista.

Así escribe Apollinaire, héroe de la tierra de Francia.

1920.

LA PARODIA TRÁGICA *

TIENE don Ramón del Valle-Inclán, a disposición de la crítica, un caudal de fuertes ideas. Antes de escribir sobre sus libros, conviene someterlo a un interrogatorio, como se hace con un acusado antes de sentenciarlo. Los sistemas penales clásicos quieren que nunca se juzgue sin oír, porque dan por supuesto que todo hombre es responsable de todas sus acciones, que todo hombre es plenamente consciente. No sé por qué los procedimientos clásicos de la crítica literaria prescinden de esta regla justísima, que Sócrates hubiera aprobado. La entrevista —la *interview*— debiera preceder al juicio. Nuestro Amado Nervo, extremando graciosamente el sistema, lo aplica alguna vez a los poetas muertos, y —mediante conjuros, de que sólo él conocía el secreto— logra una audiencia de Sor Juana Inés de la Cruz: por ventura la página que con más agrado se lee en su libro sobre la poetisa mexicana. Tratándose de poetas vivos, la regla sólo fallará en los mismos casos en que falla para el derecho penal: cuando tropezamos con un inconsciente, con un irresponsable. En los demás casos, la mayor o menor eficacia de la entrevista depende del interrogatorio. (Yo creo que, a veces, "El Caballero Audaz" ha reunido materiales útiles al investigador.) Valle-Inclán —plenamente responsable— debe ser oído antes de juzgado.

Autor plenamente responsable. Recordamos las palabras de Baudelaire a propósito de Edgar Allan Poe:

> Se asegura que la Poética es cosa que se construye y modela según los poemas; pero este autor pretende, al revés, que sus poemas han sido hechos de acuerdo con su Poética. He aquí su axioma favorito: en un poema como en una novela, en un soneto o en un cuento, todo debe concurrir al desenlace; y un buen autor debe siempre escribir la primer línea en vista de la última línea.

* *Divinas palabras*, tragicomedia por don Ramón del Valle-Inclán; Madrid, 1920; 8º, 286 páginas. (*Opera Omnia*, XVII.)

En los días de Baudelaire, esta pretensión resultaba algo cínica, porque contrariaba las teorías del delirio sagrado. ¿Cómo? El poeta, cosa leve y alada, ¿ha de proceder como el geómetra? Hoy somos capaces, ya sin escándalo de nadie, de prohibir la entrada de los jardines poéticos a los que no sepan geometría. Valle-Inclán pretende que sus libros comienzan por un plan general, por una idea platónica, por un arquetipo. Por ahí comienzan —y acaban. Lo que a él le importa en sus creaciones es el conjunto y el ritmo general. Que mataron al novio, que la chica se metió monja, son cosas accesorias; lo principal es la norma. No escribe en vista de los episodios, sino que los deja fluir, por ley de necesidad, desde lo alto de una concepción de conjunto.

—Yo —nos dice un día con inspiración— no soy escritor. Yo soy militar. Es decir, que, por una parte, contemplo las cosas panorámicamente, "a ojo de águila", como contempla el guerrero su campo de combate; y por otra, acometo siempre las obras por rapto de audacia, a lo militar. Lo primero explica los asuntos; lo segundo, los procedimientos.

Los procedimientos audaces. La evolución de los géneros en la obra de Valle-Inclán vendría a ser la evolución de los riesgos que ha corrido: *1º)* Las *Sonatas:* obra de estilista, de prosa musical, en tiempos en que la prosa renqueaba y andaba a trompicones por esos libros mazorrales de hace años; *2º)* La novela dialogada, donde el estilista vuelve contra sí propio sus armas, rompe voluntariamente la unidad y la fluidez del estilo y adopta un ritmo encabritado y cortado; *3º)* La tragedia en verso, cosa mandada retirar o desacreditada por intentos erróneos, de la que sale con honor; *4º)* La divagación teológica, que había desaparecido de nuestras letras (y no me salga algún predicador recordándome que él no ha dejado de echar sermones); y *5º)* La farsa trágica, género ambiguo y peligroso de que he de hablar más adelante.

La visión panorámica. No sólo hay que concebir los asuntos panorámicamente; también las figuras, los personajes. Para que un héroe aparezca panorámicamente a los ojos del poeta es necesario que "tenga un pasado", como las mujeres casquivanas; es necesario que tenga historia. Sólo las figu-

ras cargadas de pasado están ricas de porvenir. Valle-Inclán preferirá siempre, a las figuras "improvisadas", a las "arribistas", aquellas en que la experiencia literaria se ha ejercitado ya reiteradamente, bien a través del poeta culto, o bien en la mente vaga del pueblo, de modo que están ya como modeladas al alma humana, encauzadas en la corriente de nuestro espíritu, y huelen a refrán o a sentencia de oro: Don Juan, Don Quijote, Don Rodrigo, un rey, el demonio, la muerte, una moza de cántaro, un ciego limosnero, un perro sabio. Pero hay más aún: cualquier figura modesta, en cuanto él la alude o describe, cobra, por virtud de su estética panorámica, un poder de reminiscencia; sea un hombre que aparece de pronto en una carretera, sea un chico que asoma la cabeza sobre una tapia, sea una vieja que sale a la puerta a colgar la jaula del canario. Una noción de lo "previvido" —tímida al principio y paulatinamente invasora— se apodera de nuestra mente: eso lo hemos visto en cien cuadros; lo hemos aprendido en cien poemas, y por eso mismo tiene ganado un sitio de honor en la galería de nuestras emociones profundas; tiene ya abierto, por los subterráneos de nuestra conciencia, un sendero propio, resonante de recuerdos y asociaciones. ¿Es que Valle-Inclán se conforma con aludir al pasado, o con remedar el pasado, como ese exangüe novelista que no tiene nada de león? No, por cierto. Valle-Inclán evoca el pasado artístico de cada una de sus figuras, porque las sitúa en la corriente de pensamiento que las ha producido. De allí parte, y les crea un nuevo porvenir. Sea un ejemplo, como él mismo nos lo ha explicado:

Don Juan del paisaje. En lo más íntimo de la sensibilidad española brota la figura de Don Juan. El arte, en sucesivos tratamientos, ha dado al héroe galante cierto tinte de ciudadanía general en los reinos del alma humana. Don Juan es una figura panorámica. Se le puede ver desde arriba: tiene un pasado, está henchido de porvenir. Hasta hoy, Don Juan es un hombre que reacciona ante dos motivos de acción: el amor y la muerte, tan fuerte el uno como el otro. Y el poeta adopta a Don Juan, y le ocurre ahora que reaccione, que dé de sí, ante un motivo de contemplación: ante la naturaleza, ante el paisaje y —lo que es la respiración periódica

del paisaje— ante las estaciones del año. Y de aquí nacen las *Sonatas*. El Marqués de Bradomín incorpora así uno de los temas de mayor arraigo nacional (universal), le comunica un nuevo matiz, y lo hace prosperar a través de una preocupación tan antigua como el mundo: la lírica de la primavera, el verano, el otoño y el invierno, y la ética de las edades del hombre.

La parodia tragicómica. Y un día, a Valle-Inclán se le ocurre aplicar su estética con equívoco; desviarla ligeramente de las líneas de la nobleza a las líneas de la caricatura; hacer, ya no un injerto vital dentro de las tradiciones de un tema o de un personaje, sino una mímica de la vida desde las apariencias de un muñeco ridículo. Tal es, en rigor, el género cómico que cuadra con su género heroico. Pongamos que el Marqués de Bradomín, en vez de responder como hombre apasionado a las solicitaciones de la vida, respondiera como un farsante. Pongamos que el gallardo marqués, ante cada lance de su historia, abriera los libros y se dijera: "Veamos lo que hizo en caso semejante Don Juan; veamos lo que hizo el caballero de Casanova, para imitarlos aquí mecánicamente." Pongamos que el nuevo Don Juan, en vez de dejarse conducir por la mente que lo gobierna desde arriba, pretendiera, por su propia cuenta, gobernarse de un modo inmediato conforme a la aplicación brutal y violenta de los antecedentes literarios en que ha sido engendrado. Tendríamos entonces un fantoche de arte, un pelele goyesco, lleno de buena literatura; un farsante ilustre, como Don Quijote cuando se conforma —sin dejar hablar a su corazón de hombre bueno— con abrir los libros de caballería, para averiguar lo que debe hacer en tal o cual trance o lugar retórico de su vida. La obra pasa entonces a ser una parodia, un "canto paralelo", un canto acompasado a otro canto, pero un canto chusco donde el otro era un canto heroico; como cuando en la Comedia española el criado gracioso galantea a la criada con chistes zafios, mientras en otro rincón del escenario el caballero requiebra a su ingrata entre gorgoritos de ruiseñor.

Pero siento que la palabra "parodia" se presta a malas inteligencias, y más cuando junto a ella se deja caer el nom-

bre de Don Quijote. En su libro sobre *El "Quijote" durante tres siglos,* aclara don Francisco A. de Icaza:

> En el *Quijote* no hay, en rigor, parodia; no es el héroe puesto en ridículo; no es el propio Rolando o Amadís de Gaula pasando aventuras ridículas con princesas ridículas también. No es el Orlando de la farsa de las estrofas incompletas del Orlandino. La creación original consiste en poner de bulto lo ficticio del género literario, imaginando lo que sería un hombre de carne y hueso metido en tales andanzas.

En efecto, la diferencia salta a la vista si se compara la obra de Cervantes con la obra del Pulcio o del Folengo. Para evitar confusiones, dejo en su sitio la justa interpretación del *Quijote,* y continúo. "Parodia" se ha llamado siempre a la ridiculización directa de una obra o de una figura; es verdad. Respecto a Don Juan —para seguir el símil—, parodia es aquel *Tenorio modernista,* de perecedera —aunque no ingrata— memoria. Pero yo llamo aquí parodia —provisionalmente— a algo distinto. Por ejemplo, a una obra en que apareciera un sujeto empeñado en seguir por puntos los pasos de Don Juan, y que matara a un rival en plena plaza de la Cibeles, y luego, en lugar de huir, se dedicara a ponderar su hazaña en unas décimas retorcidas. El caso tendría mucho de cómico, pero también mucho de trágico. A esto llamo aquí parodia. Habría aquí un choque manifiesto (un equívoco, un error de ajuste) entre el farsante que se sitúa artificialmente ante la vida, y la vida que envuelve al farsante, llena —como siempre— de seriedad y dolor. Alguna página aislada del *Quijote* bien puede servirnos de ejemplo. No hay miedo en usarla para este fin; la interpretación de un trance aislado no emponzoña la interpretación total de la obra. Hay un pasaje —cuando Don Quijote liberta a los galeotes— en que advertimos claramente un error de ajuste entre el héroe de libro de caballería y el ambiente de novela picaresca: dos géneros tradicionales chocan, y el más pernicioso corroe al más inocente de los dos. Dos Quijote responde aquí a la vida, no como un hombre sensato, sino como un farsante (como un loco, lector impaciente: ya lo sabemos; pero aunque la causa sea locura, el efecto es farsa). El acto de Don Quijote es cómico . . . , pero tristes las consecuencias;

y los desagradecidos ladrones acaban por apedrear al noble caballero. Esta escena de *Don Quijote* sirve bien para definir la farsa tragicómica de Valle-Inclán.

El "esperpento" y la parodia. Hay veces —dice nuestro autor— en que la seriedad de la vida, en que la fatalidad, es superior al sujeto que la padece. Cuando el sujeto es un fantoche ridículo, el choque manifiesto entre su inferioridad y la nobleza del dolor que pesa sobre él produce un género literario grotesco, al que Valle-Inclán ha bautizado con un nombre harto expresivo: el "esperpento".

Su última tragicomedia —*Divinas palabras*— está gobernada, hasta cierto punto, por la estética del "esperpento". Por eso es tragicomedia. Y el "esperpento" resulta del choque entre la realidad del dolor y la actitud de parodia de los personajes que lo padecen. El dolor es una gran verdad, pero los héroes son unos farsantes.

Sin embargo, es menester entenderlo con delicadeza. Los farsantes de Valle-Inclán lo son sólo por un vago aroma de farsa. Todos, ante los sucesos que les afectan, no obran de un modo natural; pero tampoco de un modo groseramente artificial. El chalán, el ladrón de feria que roba con el perro sabio y con el canario que dice la suerte, la mujer que se muere de hambre, la que llora su muerte, la adúltera y el sacristán, todos obran de acuerdo con las tradiciones literarias del "tema" (tema culto o tema popular) que representan. He dicho antes que, a veces, los temas de este escritor huelen a refrán, y puede verse una exageración de este arte en *La visita de los chistes*, de Quevedo, donde Pero Grullo alterna con Agrajes y Mari-Zápalos. Pero las figuras de Valle-Inclán no son abstracciones, y, además, recuerdan los lugares retóricos del tema a que corresponden con tal levedad y finura, que sólo se percatan de la reminiscencia los que llegan al libro de Valle-Inclán con veinte siglos de literatura en el alma, como 'Fradique Mendes'. Así, cuando Mari-Gaila sabe que su cuñada ha muerto, no llora sencillamente, no exclama, sino que "hace un planto", con todo el ritual de la plañidera; y las mujeres del pueblo (hay que decir "las mujeres del coro") observan: "¡No hay otra para un planto!" Igualmente, cuando el sacristán ve venir a su mujer,

desnuda y acosada por el pueblo que la acaba de sorprender en delito, ¿qué hace? ¿La mata? ¿Se mata? ¿Enloquece? No; como buen sermoneador que le toca ser, recuerda sus latines, va y busca un misal: "¡Quien sea libre de culpa, tire la primera piedra!", dice. Pero como vuelan las piedras junto a sus orejas, lo repite en latín. Al oír las palabras latinas, el pueblo, que no entiende latín, obra también conforme a la farsa ritual: enmudece y se aquieta, sobrecogido de un vago espanto; y entonces, "conducida de la mano del marido, la mujer adúltera (armoniosa y desnuda, pisando descalza sobre las piedras sepulcrales) se acoge al asilo de la iglesia, circundada del áureo y religioso prestigio que, en aquel mundo milagrero, de almas rudas, intuye el latín ignoto de las *Divinas palabras*".

Esta precipitación de farsas y parodias acaba, así, con una emoción sagrada y misteriosa. Todos aquellos seres grotescos, que parecían estarse burlando de sí mismos, vivían, pues, entre las manos de un Dios terrible, ¡y no lo habíamos sospechado!

La obra —preciosa y cruel— gira en torno al carretón de un idiota hidrocéfalo, que sirve de pretexto a su madre para provocar la caridad pública y que, a la muerte de la madre, la hermana y la cuñada se disputan, porque es una verdadera renta. En las carreteras, a la puerta de las iglesias, las almas caritativas dejan sus limosnas en cuanto ven al abominable baldado. Un día, mientras Mari-Gaila, la sacristana adúltera, se distrae con un mal hombre, le matan al monstruo a fuerza de divertirse en darle vino. Véase, representada en la vida y muerte de la horrible criatura, toda la fuerza tragicómica de la obra. ¡Hasta los cerdos —como verdaderos engendros infernales— vienen a deshacerle la cara al monstruo muerto . . . ! Y allá, por las nubes, por la obscuridad de la noche, en los caminos, sobre los peñascos, la risa pánica de un trasgo cabrío que acosa a la pecadora Mari-Gaila: ¡a la pecadora tan hermosa a pesar suyo, a pesar de todos y de todo!

("*Séptimo-Miau:* ¿Sabes quien soy?"
"*Mari-Gaila:* ¡Eres mi negro!")

1920.

EL CINE LITERARIO *

Con *La fin del mundo,* que Blaise Cendrars publicó, hace tiempo, en el *Mercure de France,* el cuento de Jules Romains, *Donogoo-Tonka* viene a ser la más seria contribución de la literatura francesa a la cinematografía. Cendrars es más rápido que Romains, y aprovecha con sentido humorístico la idea de volver de pronto el *film* del revés, de suerte que todo acaba por el principio, en una especie de capicúa cosmogónico. Jules Romains es más tardo, se divierte más en el camino, y se complace más en las alucinaciones de la forma y del movimiento. "Vale más —dice en un breve prefacio que pudo llamarse *Instrucciones al operador*—, vale más, en caso de duda, pecar por exceso de lentitud y por un cuidado meticuloso para desentrañar todas las intenciones y todos los matices." No se crea, por eso, que la concepción del cinematógrafo en Jules Romains peca de *italianismo:* mas tampoco peca de *yanquismo.*

Vamos por partes.**

El *cine* italiano —tan cursi y tan sentimental— es lento, porque posee "virtud dormitiva", no por preñez de intenciones y de matices; es lento, además, porque padece "delectación morosa" ante la curva del brazo de la Bertini (pongo por caso), y prefiere que ese brazo se mueva con una lentitud diez o veinte veces mayor que la ordinaria, para deleitarse con él más tiempo. "Fósforo", nuestro llorado amigo "Fósforo", la primera autoridad en estética del cine que ha habido en España, una noche que veíamos juntos un *film* italiano de lo más representativo, nos sometió a esta experiencia:

—Cierre usted los ojos —nos dijo— y cuente hasta ciento. Ábralos usted después, y dígame el resultado.

* Jules Romains, *Donogoo-Tonka, ou les miracles de la science.* París, "La Nouvelle Revue Française", 1920, 8°, 170 páginas.

** Recuérdese la fecha en que las siguientes líneas fueron escritas.—1950.

Y, en efecto, al abrirlos, pudimos continuar la "lectura" del *film,* sin advertir para nada la interrupción. El cine italiano está lleno de compases muertos. Esto, aparte del mal gusto fundamental, que hacía repetir a "Fósforo" la palabra de Marinetti: "¡Matemos el claro de luna!", y que a nosotros nos recordaba cierta frase de Élie Faure ante las manifestaciones del arte dulzón: *On en a soupé de l'artistique . . . !*

Frente a esta concepción del cine, la concepción yanqui representa el gusto por la aventura folletinesca, por el exceso de movimientos y de episodios; y se encuentra, así, más cerca de los orígenes, más cerca de la etimología del cine. Tiene el género sus inconvenientes y sus ventajas. A veces, produce maravillas (¡esa inolvidable *Moneda rota,* pieza clásica de la cinematografía bufa!); pero muchas veces produce obras anodinas y pueriles; por eso le perdonamos a "Xenius" que abandone el salón en cuanto se anuncia un *film* americano. No, "Xenius"; usted no ha visto *La moneda rota;* usted no ha visto *El cofrecito negro,* de felice memoria. De lo contrario, le pasaría a usted lo que a nosotros: que en cuanto se anuncia un *film* americano, mandamos apartar una butaca, por teléfono, para no perder sitio, con la esperanza de que el milagro se renueve.

Pero, ¡ay!, el milagro no se renueva. El cine de la aventura folletinesca sigue viviendo monótonamente de los mismos recursos. ¡Ya estamos hastiados de ver que la partida de los "malos" ate al héroe en una caverna que hay junto al mar, poniéndole entre los pies una bomba de dinamita, la cual estallará cuando el reloj dé las doce en punto! Ya todo lo prevemos; ya todo lo sabemos. Sólo la imaginación de Edgar Allan Poe o de Robert Louis Stevenson podría salvar el género de aventuras y episodios. Sin embargo, el género vivirá eternamente, y acabará por formar —lo forma ya— el bajo fondo, el cimiento de la cinematografía barata: la pobre gente siempre está dispuesta a dejarse embaucar.

Durante la Guerra, no hemos tenido —prácticamente— más cinematografía que la italiana, por una parte, y la norteamericana, por la otra. Hacía falta una renovación. El cuento de Jules Romains propone los métodos para enriquecer de nuevo el cine. Hay en él aventura, pero no es ya la

aventura espeluznante de asesinos y ladrones, sino la aventura mercantil y la aventura geográfica. Es decir, no ya la aventura de la exclamación, sino la aventura de la explicación y la narración. El gusto por las hazañas musculares cede el puesto al gusto por las hazañas de la mente audaz. Bien se ve que hemos pasado de los Estados Unidos a Francia. Esto, en cuanto al tema; y, en cuanto al procedimiento, saturación de intenciones, preñez de matices. Lentitud, sí; mucha lentitud, como en el cine italiano; pero mucha "vitalización", mucha carga de emociones, como en el yanqui. La lentitud ha dejado de ser monótona, y es aquí obsesionante, magnética (merced al poder de acercamiento del objeto, y al poder de análisis del movimiento que hay en el cine). Y como una preparación inteligente del asunto y los caracteres han creado un ambiente pletórico de motivos, cada pequeño rasgo, cada bostezo, guiño o sonrisa, cada pestañeo leve, provocan un efecto de expresión desmedido. Y, por desmedido, cómico. El cine de Jules Romains tiene que ser cómico por esencia.

Se trata de un pobre diablo que está a punto de suicidarse.

—No hagas tal —le dice un amigo—. Vé de mi parte a ver a Fulano, médico de suicidas.

El médico de suicidas le ordena: "Vaya usted mañana por la mañana a tal parte. Trepe usted en el primer coche ocupado que vea pasar, pida mil excusas al ocupante, y ofrézcale servirle en todo lo que quiera como un esclavo."

Así se hace. La víctima de este singular atraco resulta ser un sabio geógrafo, que no puede entrar al Instituto —su mayor ambición—, por cierto errorcillo que se le deslizó en el tomo tantos de su obra magna de Geografía Universal. El caso es que nuestro geógrafo —muy francés— ignoraba la geografía de América, y sacó, quién sabe de dónde, un pueblo que no existe —Donogoo-Tonka—, situado, según él, entre los desiertos de la América meridional.

El ex-suicida, estimulado ya de nuevo a la vida por la extraña aventura en que se encuentra metido, reflexiona: "La elección del Instituto es de aquí a seis meses. En seis meses bien puede crearse un pueblo que no existe."

Manos a la obra: entrevistas con banqueros trampistas. Grandes apretones de manos. Guiños de inteligencia. Cartas circulares. Papel sellado. Anuncios. Agentes. Propaganda extranjera. Discursos y conferencias. Obreros embaucados. Barcos que se dan a la mar llevando aventureros de todo el mundo para trabajar en la supuesta colonia —que aún no existe— y, en verdad, destinados a fundarla desde sus cimientos. Dudas, agitaciones. Valores de la Bolsa. Viajeros de todo el mundo. Un vagón cargado de hombres que fuman grandes cigarros y que atraviesa las llanuras de México. Desembarque de la partida de ingleses. Desembarque de otras partidas . . . Al fin, los ingleses, cansados de errar por el desierto, plantan una estaca con un letrero, que dice: "Donogoo-Tonka." Es el mejor medio para no tener que seguir buscando la colonia-fantasma. Llegada de colonos. Lenta transformación del pueblo. Descubrimiento del oro en el río próximo. Súbita alza de precios. Gran transformación del pueblo. Riqueza. Industria. Triunfo del sabio geógrafo. Banquete, y apoteosis final.

En suma: la historia de un error trocado en verdad —filosofía pragmática pura—, mediante la obra misteriosa y humilde de un pobre diablo, un médico charlatán, un geógrafo pedante y un banquero ladrón.

Así, pues, teníamos, en Italia, un arte de clisés fotográficos, de estudios fotográficos en movimiento, a base de historia sentimental; teníamos, en los Estados Unidos, un arte esquemático de la fuerza motriz, a base de historias pueriles, guiñolescas, de policías y ladrones. *Donogoo-Tonka* es ya producto de un arte malicioso y metódico, de concentración de recursos y expresiones, a base de buen humorismo literario.

Como toques de procedimiento personal, señalamos en el cuento cinematográfico de Jules Romains: *1º)* el "unanimismo", la simultaneidad de representaciones (el cuadro de proyección aparece dividido en cuatro, y cada cuarto figura una escena distinta y una acción paralela a las otras tres), procedimiento que en la literatura se realiza con menos felicidad que en el cine, y *2º)* el subjetivismo, la deformación plástica de los objetos bajo la fuerza de un estado de ánimo,

de que es ejemplo la escena en que aparece la antesala del médico charlatán:

> El absurdo sudado por los cerebros de los enfermos se hace palpable. Los cuerpos emanan un vaporcillo sutil que, poco a poco, carga el aire. En mitad de la sala, una mujer, que está sentada en un taburete, y que está vestida como las jugadoras de antaño en Monte Carlo, hace oficio de fumarola. Los objetos mismos se deforman; tuércense los pies de un velador, y el tablero se comba. Los muros retroceden: parece que van a girar . . . , etc.

Un reparo final: el letrero es enemigo del cine, y Jules Romains no ha sido capaz de emanciparse completa —ni relativamente siquiera— de los letreros. A veces diserta largamente. Eso no está bien, Jules Romains. Hay que esforzarse por reducir a especie mímica todo lo que no es de esencia literal. Por ejemplo: no hay medio de que un hombre, gesticulando y manoteando, nos haga entender cómo se llama.* Aquí del letrero. (Pero sólo *aquí,* en lo posible.) Por lo demás, los letreros están en buena prosa francesa, y no creo que, llevados a la proyección, el público los lea sin agrado. Pero el autor de *Donogoo-Tonka,* cuya obra literaria padece, a veces, por la afición al *tour-de-force* (véase: *Les Puissances de Paris,* tema para un artículo, no para un libro), tiene la obligación de apurar más en la técnica de todos los géneros que toca. Jules Romains pertenece a ese tipo humano del que tenemos derecho a exigir mucho. De él —como de Mrs. Campbell dice Bernard Shaw— podemos asegurar que todo lo sabe, que para todo se da maña y que, sin haberlo practicado nunca, es capaz, en cuanto se lo propone, de enhebrar con los dedos de los pies una aguja.

1920.

* Era época del cine mudo.—1950.

UNA NOVELISTA DE NUEVE AÑOS

CUANDO Daisy Ashford tenía nueve años escribió una novela. Hoy Daisy Ashford es ya una mujer; hasta entiendo que se ha casado recientemente. Un día —el año pasado— registrando rincones, dio con la famosa novela.

Y la novela se ha publicado, conservando la pintoresca ortografía infantil. El volumen recuerda, por el aspecto, el cuadernillo de a dos peniques en que la obra fue compuesta originariamente. Hay un lindo retrato de la autora, a la edad de nueve años, una fotografía de la primera página del manuscrito, y un prólogo humorístico de Sir James M. Barrie, el dramaturgo. La obra fue escrita con lápiz y, a juzgar por las desigualdades de tinte que en la fotografía se aprecian, la autora tenía la incalificable costumbre de mojar el lápiz en la boca de cuando en cuando.

"La actual poseedora del manuscrito —dice Barrie— garantiza que *Los jóvenes visitantes* (en inglés, y en la ortografía de la niña, *The Young Visiters*) es un esfuerzo novelístico llevado a cabo, sin auxilio de nadie, por una escritora de nueve años."

Y a continuación se corrige:

> Esto de "esfuerzo", sin embargo, resulta una palabra impropia en el caso, como todo el mundo puede ver, con sólo observar el triunfal semblante de la niña, según aparece en el frontispicio de esta obra sublime. No es éste el retrato de un escritor que consume el aceite hasta el filo de la media noche (y, de hecho, hay pruebas documentales de que, a nuestra autora, la metían en cama todos los días a eso de las seis). Al contrario: esta fisonomía revela un fácil poder, una complacencia tan evidente, que el lector severo no dudaría en calificarla de presuntuosa... No, la autora que tal cara tiene no ha necesitado esforzarse para labrar una obra maestra. Y por ventura el retrato nos da la cara que se admiraba en la autora al acabar algún capítulo de su libro. Porque yo me figuro que, a la hora de trabajar, la expresión sería más solemne.

El retrato, en efecto, nos muestra una preciosa criatura,

carirredonda y chatilla, risueña, llena de amable vulgaridad; partido el cabello rubio —de un rubio clarísimo— por en medio, y abombado en caireles hacia las orejas y la nuca; una niña con una blusita marinera de cuello vuelto; el lazo de la corbata, como quiera; y las manos cogidas sobre el regazo, en un reposo de suficiencia juiciosa.

La opinión se muestra recelosa. Y como *daisy* se llama en inglés la margarita, alguien ha dicho que el público de lengua inglesa —acudiendo al oráculo de los enamorados— está deshojando la margarita, la *daisy* (Daisy lo escribió: Daisy no lo escribió) para averiguar la verdad.

Que Daisy lo haya escrito a los nueve años no es enteramente imposible. El asunto no es precisamente sublime. El desarrollo —eso sí— perfecto. Pero ¿por qué no hemos de conceder alguna vez la perfección inmediata, inconsciente? (¡Y que esto no sirva de aliento a tantos jóvenes perezosos!) Daisy Ashford, a partir de su éxito, se ha dedicado a dar conferencias, como para demostrar que es digna de haber escrito una novela en su infancia. Carezco de datos, pero no creo que haya logrado demostrar que tiene hoy más genio que a los nueve años.

En fin, embarcados en sospechas, cabe suponerlo todo: si Daisy lo escribió; si será una humorada de Barrie —el cual, en su teatro, suele ser tan bromista—; si Daisy lo escribió a los nueve y lo arregló a los treinta (el *Nuevo Paris*, de Goethe, concebido en la dichosa infancia, fue escrito en la gloriosa vejez). Por último, bien pudo escribir la novela Daisy, sea a los nueve o a los treinta, y Barrie, después, perfeccionarla.

El asunto de la novela: Mr. Salteena, hombre amable y algo entrado en años, está empeñado en ser caballero y figurar en la corte. Con ayuda de su amigo Mr. Clark se relaciona con el Conde de Clincham,* y éste acaba por colocarlo en el Real servicio. Entretanto, Ethel Montague ("Monticue", en la ortografía de la niña), una jovencita por quien Mr. Salteena tenía singular inclinación, se casa con Mr. Clark, el de las esbeltas piernas. Mr. Salteena, aunque al fin halla otra esposa, de la que tiene muchos hijos, nunca se

* *Clinch them:* "agárralos".

consuela: de tarde en tarde recordaba a Ethel, y el pobre se ponía entonces muy aburrido.

Hay en el libro una deliciosa mezcla de malicia e ignorancia (quizá afectada), que es acaso la mayor razón para desconfiar... Véase, por ejemplo, la primera frase:

> Mr. Salteena era un hombre maduro, de unos cuarenta y dos años, y le gustaba mucho convidar a la gente a que viviera en su casa. Actualmente tenía consigo a una muchachita de diez y siete años llamada Ethel Monticue.

Junto a esto, hay pasajes de una llaneza en que no quisiéramos sorprender astucias de "arte negativo". Cuando Mr. Salteena y Miss Montague deciden aceptar la invitación de Mr. Clark, Mr. Salteena —dice la autora— se abstuvo de tomar por la mañana su huevo acostumbrado, por si acaso se ponía malo en el viaje; y Miss Montague exclamó:

> Y yo voy a ponerme mi colorete: estoy muy pálida, debido al mal servicio de desagües que tiene esta casa.

Barrie observa que en esta novela se da por primera vez toda su importancia, su puesto de honor en la galería de los sucesos humanos, al hecho de tomar el desayuno en la cama. En casa de Mr. Clark, en efecto, Mr. Salteena ve con agradable sorpresa que el criado trae hasta su lecho la taza de té. No bien se ausenta el criado, Mr. Salteena, muy contento, salta del lecho, llama a la puerta de Miss Montague y le dice: "Oye, Ethel. ¿Sabes? ¡He tomado el té en la cama!" "¡Yo también!", le contesta ella entusiasmada.

El traje de corte que Mr. Salteena se improvisa, doblándose los pantalones hasta la rodilla, es otro toque de gusto verdaderamente infantil: recuerda los juegos de los niños.

La presentación del Príncipe de Gales en un sarao de la Corte, presidido por él durante una indisposición de la Reina Victoria, parece que es la más humana y exacta que se ha hecho. El entonces príncipe Eduardo lleva una coronita "costosa aunque pequeña", y, en cuanto puede, escapa del salón, acompañado de algunos amigos, para dedicarse a los "refrescos".

Pero precisamente la crítica suspicaz advierte que éste es uno de los pasajes que más recuerdan la manera entre can-

dorosa y paradójica de Barrie. Véase una muestra de su estilo: Barrie escribió una vez una "tragedia": una madre que mata a un hombre en defensa de su hija. ¡Tremendo asunto! Figuraos: la pobre niña tenía catarro, y viajaba, acompañada de su madre, en un coche del ferrocarril. Un mal hombre se empeña en abrir una ventanilla. La madre le exige que la cierre. El mal hombre se niega. Entonces, la madre ¿qué hace? ¡Arroja por la ventanilla al mal hombre! Más tarde, ante sus jueces, la madre contesta a todas las preguntas: "Pero ¿no ven ustedes, señores, que ese hombre no quería cerrar la ventanilla?" La razón es obvia: había que echarlo de cabeza. La madre es absuelta; el público llora de emoción. El Barrie de estas humoradas no está lejos de Daisy Ashford: por eso, tal vez, se han encontrado. Mayor semejanza hay todavía entre la Corte de *The Young Visiters* y la Corte soñada por una muchacha del pueblo en una obra de Barrie: *Un beso para la Cenicienta.*

Continuemos. En el capítulo quinto, Mr. Salteena se encuentra con un caballero elegantísimo, que pasea por un vestíbulo del Crystal Palace. "¿Es usted por casualidad el Conde de Clincham, a quien busco?", pregunta. "No precisamente; soy el camarero del Hotel. Soy medio italiano. Me llamo Eduardo Procurio." Ahora bien, este apellido, "Procurio", tiene, para el lector inglés, un sentido picaresco que, en traducción española, habría que dar mediante un apellido forjado *ad hoc,* y de aire vagamente italiano, como "Correvediglio" o "Alcahuezzio". ¿Es posible que Miss Daisy Ashford haya escrito esto a los nueve años? Ahondemos más: Procurio es un hombre que parece proceder de la misma fábrica de los nombres italianos de Shakespeare: Basanio, Salanio, Salerio, Benvolio, Mercucio, Brabancio, Borachio, Turio, Curio . . . * ¡Demasiada erudición, demasiada sutileza para tan poca edad!

Un examen atento hace descubrir, aquí y allá, alguna otra expresión que puede denunciar el rastro de una pluma avezada a las reminiscencias. Por ahí se habla, como si dijéramos, de alguien que "se aleja del mundanal ruido": *far*

* Otra sospecha: "Romeo" —el "Romeo" de Shakespeare— también se apellida "Montague".

from the madding crowd. Esta frase, como se sabe, sirve de título a una novela de Thomas Hardy, pero aparece por primera vez en la famosa elegía de Thomas Gray, poeta del siglo XVIII: *Far from the madding crowd's ignoble strife.* Sin embargo, la frase bien pudo recogerla una niña en el lenguaje familiar. No faltará, en España, niña que haya oído hablar de "alejarse del mundanal ruido", aunque ignore que hubo poetas en el mundo y que uno era Fray Luis de León.

La autora, al pensar en publicar su novela, temía que resultara demasiado "victoriana" para los tiempos "geórgicos" que corren. No hay tal.

La novela ha tenido un éxito franco; Daisy Ashford puede mirar a la cara a Blasco Ibáñez. El libro se publicó por primera vez en Londres, el 22 de mayo de 1919, y ha alcanzado ya diecisiete ediciones: unos ciento veinte mil ejemplares, que yo sepa. Actualmente, trasladada al teatro, la obra se está representando con éxito en el Court Theatre de Londres. Para ser cosa de los nueve años, no está mal.

1920.

SOBRE LA NUEVA "FEDRA"

> *...Tout a changé de face,*
> *Depuis que sur ces bords les Dieux ont envoyé*
> *La fille de Minos et de Pasiphaé.*

EL DÍA 25 de marzo de 1918 fue presentada en el Ateneo la *Fedra*, de D. Miguel de Unamuno, adaptación moderna del *Hipólito*, de Eurípides, que ya había inspirado también a Séneca, a Racine, a D'Annunzio.

El *Hipólito* que conservamos, en que el Ama descubre a Hipólito el amor de Fedra contra la voluntad expresa de ésta, es una refundición que el mismo Eurípides hizo de su primitiva tragedia. Ésta, en su primera forma, contenía una escena en que Fedra confesaba su amor a Hipólito. El *Hipólito* alarmó a la sociedad ateniense de su tiempo (428 a. C.), pero no hay que atribuir la alarma a lo escabroso de la tragedia desde el punto de vista contemporáneo, sino a razones muy distintas que no es del caso exponer y que hoy nos resultarían casi anodinas. Mejor es suponer que Eurípides quiso dar a Fedra un carácter menos brutal y más complejo, presentando en ella una verdadera lucha entre la pasión y la castidad. Descubierta Fedra a pesar suyo, en lo que más hubiera querido ocultar, se suicida, dejando escrita una falsa acusación contra Hipólito, que es como una forma de venganza para su pudor enfermo y lastimado. Esta delación, ya se sabe, es la vieja historia bíblica de José, que también se encuentra en algunas narraciones egipcias, donde los héroes son dos hermanos. En todo caso, los imitadores de Eurípides han preferido siempre seguir la primera forma de la tragedia, y obligar a Fedra a arrostrar toda la vergüenza y la furia de su confesión. Por lo demás, los críticos de todo tiempo han considerado esta tragedia de Eurípides como uno de los asuntos más "modernos" del teatro griego, y aun se ha dicho que tal asunto es ya cristiano por el espíritu. Unamuno caminaba, pues, por terreno bien explorado.

La obra de Unamuno es, como quiera que se la juzgue, un buen ejemplo, y yo la admiro y aplaudo, y por eso me ocupo en oponerle algunos reparos. Lo que él ha intentado con este asunto acaso se debiera intentar con otros asuntos antiguos. No hicieron otra cosa los creadores del teatro clásico francés. Pero España fue siempre reacia al beso de Grecia. Los ensayos de los humanistas del siglo XVI para trasplantar a la Península la tragedia antigua fracasaron; y a poco se impuso Lope de Vega, y el teatro español declinó por la línea del menor esfuerzo: la corriente popular.

Para enteder los juicios de la prensa sobre la *Fedra* de Unamuno, hay que tener presente que éste cometió un error previo: hizo leer, antes de la representación, unas explicaciones preliminares en las cuales declara que va a presentar al auditorio una tragedia desnuda, sin espectáculo de escenarios, trajes ni tocados, y hasta sin episodios: los personajes no harán más que estar dedicados a su conflicto.

Estas explicaciones sólo sirvieron para dar por dónde morder a los críticos de la prensa que, abandonados a sus fuerzas, acaso no hubieran sabido formular con tanta precisión sus censuras contra la "tragedia desnuda".

Quién, jugando del vocablo, le dijo que su tragedia, más que desnuda, estaba en los huesos; quién declaró que le gustaba, más que la tragedia, el trozo de crítica que la había precedido. Aquél afirmó que, en el fondo, Unamuno está más cerca de Echegaray que de los clásicos griegos. Muchos salieron del paso glosando, y aun reproduciendo simplemente, las cuartillas previas. Por donde se verá que, en España, no tiene objeto imitar el procedimiento "prefatorio" de Bernard Shaw.

Entre los juicios de la prensa merecen consideración especial el de "Critilo" (Díez-Canedo), en el semanario *España*, y el de "Andrenio" (Gómez de Baquero), en *La Época*. El juicio del primero es francamente elogioso. "Critilo" encuentra en la *Fedra* todas las fuerzas de la tragedia clásica. Había corrido cierta opinión según la cual, a pesar de la voluntad expresa del autor, "tampoco esta *Fedra* se halla

exenta de perifollos ociosos, como la intervención de una doncellita y de un amigo del moderno Teseo". "Critilo" opina que estos personajes —y es la verdad— son necesarios al desarrollo del conflicto dramático y, a veces, hacen el papel del antiguo coro, como cuando la doncella advierte que, de tiempo a esta parte, su ama Fedra es otra, y grita: "¡En esta casa ya no se puede vivir!" "Por momentos —añade "Critilo"— nos parecía estar oyendo por primera vez el diálogo dramático de nuestros días."

A "Andrenio" le parece que la tragedia de Eurípides es superior a todas sus imitaciones, y que el mismo público que aplaudió la de Unamuno hubiera gustado más de la de Eurípides. Que, al modernizar ésta, perdidas de hecho las grandes nociones de la Fatalidad antigua —pues sólo un sentido retórico se puede conceder a las continuas invocaciones a la Fatalidad en los personajes de Unamuno—, se corre el riesgo de rebajarla a un vulgar episodio de alcoba. Que, en efecto, al modernizar la tragedia, Unamuno ha hecho de ella una triste historia patológica sin grandeza, puesto que la pasión de Fedra y su audacia para confesarla se deja entender que proceden de una herencia de lascivia morbosa. Que, ya que a modernizar se iba, mejor que el escenario burgués, donde todos estos ardores tienen que aparecer refrenados, hubiera convenido un ambiente rural, algo primitivo. Y que el verdadero arte de la situación debió haber estado en las medias palabras, en la contención de las pasiones, como en *La Malquerida*, de Benavente. "Andrenio" advierte, por último, que el Marcelo está dibujado con poca fortuna, y que Pedro muchas veces roza el ridículo.

La idea de introducir a Marcelo no es mala en sí. Él representa un papel importante en la dinámica de la duda. Pero el autor lo ha trazado con torpeza, poniendo en su boca frases de rutina convencional. ("Yo soy médico del cuerpo y no del alma", etc.) Para colmo, siendo amigo íntimo de Pedro, abandona la casa en los instantes en que Fedra está a punto de morir: "Voy a visitar a otros enfermos, porque me parece que ya aquí hago poca falta."

Sobre la tesis de la tragedia desnuda, inútil discutir: es

tan buena como la contraria. Conviene que en los teatros haya de todo; pero toda verdadera tragedia tiene que ser desnuda.

La modernización de Unamuno se vale de dos tesis medicinales: *1ª)* A Hipólito, que nació raquítico, lo han hecho cazador por higiene. Ahora es todo un hombre, y su padre Pedro tiene esperanza de que le dé nietos, ya que él no puede tener hijos en Fedra. Y Pedro tiene buen cuidado de decírselo a Fedra. Ya se adivina el efecto de semejante juego. *2ª)* Fedra padece herencias morbosas; el Ama nos lo deja entender. Si Unamuno hubiera querido mostrarnos a Fedra en los demás actos de su vida, escenificándola un poco, pudiera haberse ahorrado la teoría de la herencia; nos hubiera bastado saber que "Fedra era así".

Pero esta interpretación de Fedra no es nueva. Gilbert Murray, el gran popularizador de Eurípides, tradujo el *Hipólito,* y lo presentó en el *Lyric,* de Londres, en junio de 1904. Y Walkley, el crítico del *Times,* explicaba: "La pasión de Fedra es una enfermedad, y la virginidad de Hipólito, una condición morbosa de su sangre. ¿No nos ha explicado ya M. Pierre Janet en la Salpêtrière que el amor es una neurosis? Fedra es una neurópata, una *detraquée;* la falsa acusación que deja escrita antes de suicidarse es una salida de histero-epiléptica."

En Unamuno, Fedra declara su amor a Hipólito; después, rechazada por él, lo acusa ante su esposo, el padre de Hipólito, atribuyéndole el haberla solicitado; y, como no resiste ya la vida sin Hipólito (que ha decidido ausentarse de la casa paterna), ni soporta sus remordimientos, se suicida y deja escrita su confesión. A todo esto, nos hemos alejado del divino horror de la tragedia ateniense.

Reputamos como un error la continua invocación a la Fatalidad puesta en boca de los personajes de la *Fedra.* Las últimas palabras de la tragedia las pronuncia el Ama, y vuelven sobre la muletilla: "Decía bien Fedra: era su Sino." Esto es como dejarle a la obra los andamios —procedimiento contrario al que, precisamente, suele recomendar Unamuno—, o querer que, a fuerza de decir: "¡Que viene

la Fatalidad!", creamos sentir que la Fatalidad se acerca efectivamente. El público es quien debió, por su cuenta, pronunciar la palabra Fatalidad; los personajes no se la debieron dictar al público desde el escenario.*

¿1918?

* ¡Lástima que no se me ocurriera la comparación con *El castigo sin venganza,* de Lope de Vega precisamente!—1950.

BRADOMÍN Y AVIRANETA

Los recursos de la astucia, la nueva novela de Pío Baroja, continúa la serie de las *Memorias de un hombre de acción.* Su personaje central es el histórico Eugenio de Aviraneta e Ibargoyen, cuyo diario ha publicado en México el hijo del insigne investigador García Icazbalceta. Trátase de aquel Aviraneta que fue secretario de Barradas, el que quiso reconquistar la Nueva España. También se le ve pasar por las páginas de Pérez Galdós. En su diario nos aparece como uno de tantos seres a quienes la vida va imponiendo, poco a poco e insensiblemente, la misión política. Comienza por ser un buen hombre, y cada vez nos va resultando más sospechoso. Con acierto lo interpreta Baroja; con verdad lo pinta: la acción de Aviraneta más parece una inquietud que una acción; es desinteresada como un deporte, y es aburrida como el ocio. Aventurero frío, acaso importa asomarse a su alma para entender la de los otros aventureros, sus abuelos.

Estas memorias de un hombre de acción evocan, por contraste, el recuerdo de otras memorias: las memorias de cierto Marqués de Bradomín, afín de Casanova, a quien ha dado Valle-Inclán una existencia luminosa. Bradomín y Aviraneta bien pudieran ser los personajes de un diálogo crítico donde se discutieran los rancios motivos del fondo y la forma en la novela; de si el estilo ennoblece al asunto, o viceversa; de si puede darse buen fondo sin buena forma; de si ambos elementos son separables o se mantienen como un solo ser verdadero. Cada cual alegaría sus excelencias propias: uno su malicia patética, otro su llaneza narrativa; aquél su verdad más bien estética, éste su verdad más bien histórica. Y acaso concluyeran ambos —desechando el criterio ético de lo bueno y lo malo, que no siempre sirve para resolver conflictos del gusto— que ambos tienen su derecho a vivir: aquél como la nota aguda, y éste como la nota grave; o, en

los términos de la ciencia antigua, aquél como temperamento húmedo, y éste como temperamento seco.

Suelen decir que las novelas de Baroja atraen y repelen a un tiempo, como atraen y repelen los sucesos reales e interesantes contados con descuido: en suma, que las novelas de Baroja serían el reverso de la fórmula con que definía Cervantes el tipo de las fábulas pastoriles, al llamarlas *cosas soñadas y bien escritas*. La invención de Baroja, en efecto —aunque menos intensa que en Galdós, y voluntariamente sujeta, por momentos, al cauce de la narración histórica local—, se ostenta como un hecho humano, indiscutible: uno de esos hechos humanos que el buen sentido y el sano entendimiento normal descubren por las encrucijadas de la vida. Pero el estilo, en Baroja, es disimulado, es neutro. (No paremos en errorcillos gramaticales.) Y quien lo juzga pobre por no vestir arreos retóricos, olvida que es un estilo creado por el asunto mismo; que hablar en otro tono de la humanidad de que habla Baroja, sería concebir el arte como un atavío externo y postizo, como una *fermosa cobertura,* que diría el Marqués de Santillana. Y no: es fuerza acabar con esa *fermosa cobertura.* La lengua ha de crearla el asunto. Sólo una cosa hay superior a los dioses, y es la necesidad: el perfil que afecte la piedra ha de obedecer a las leyes del equilibrio. Por eso la mejor regla de escribir bien es la que aconseja depurar nuestros pensamientos y sublimar nuestras posibilidades mentales.

Todavía le pediríamos a Baroja que se ciñera más: que apretara más en la sobriedad, sobre todo cuando toca ideas. Sus narraciones fluyen siempre con una diafanidad envidiable: grande arte hay debajo de tanta transparencia; no se precie el mismo Baroja de escribir sin arte, que sería una puerilidad más. Ya sospechamos los secretos del novelista que acierta a trazar, en dos rasgos, la vida y muerte de Torralba, y que sabe hacer sentir el ambiente de odio que la vida provinciana respira. Sólo que, según el consejo de Unamuno, este albañil, tras de hacer la casa, quita el andamio. ¿Qué necesidad hay de que te enteres, lector, de cómo y por dónde trepó al hacerla?

En cambio, en el manejo de las ideas tiene Baroja menos

seguridad.* Léase, como ejemplo, un diálogo entre el constructor de ataúdes y el sepulturero, tema de que hubiera salido airoso en un cuento —por no sé qué misterio de la psicología de este escritor—, pero que no nos convence en la novela. Sus ideas, que brillan cuando las expone en una línea, vacilan en la segunda y se han apagado a la tercera. Más sobriedad en ese punto, y viva siglos Aviraneta. Más cosas caben en el mundo de las que sueña nuestra filosofía: yo veo que Bradomín y Aviraneta se dan la mano —pese a todas esas pobres gentes atónitas.

¿1920?

* Años más tarde, Baroja pretende escribir libros de ideas. Y... lector amigo: ¿teníamos o no teníamos razón al pedirle que pasara de prisa sobre las ideas?

II. HISTORIA MENOR

LA PASIÓN DE SERVIA

I

La *Home University Library* cuenta, entre sus ciento y tantas obras, algunas valiosísimas; todas cumplen su propósito de informar al lector sobre las cuestiones que más interesan a la sociedad de nuestro tiempo, y todas realizan el más alto fin de los libros: el ser, para los hombres, una grata y fiel compañía.

Los directores de la colección son profesores eminentes, humanistas de reconocida autoridad. Entre ellos sobresale el nombre de Gilbert Murray, sagaz helenista que reforma la interpretación de la épica griega, es capaz de traducir en bellos ritmos ingleses los coros de las tragedias atenienses, y pone al alcance del pueblo los problemas, históricos y actuales, de la obra de Eurípides.

El último tomo publicado en esta colección es un libro sobre Servia, obra de Miss L. F. Waring, del Trinity College, de Dublín, y lleva un prólogo del ministro de Servia en Londres, Jovan M. Jovanovich.

La crítica, que lo ha recibido con aplauso, lo señala como un producto de esta tendencia, propia de las últimas guerras, a buscar las causas históricas de todo conflicto, sin conformarse con recibirlo y aceptarlo a título de mero hecho bruto.

Antes de examinar esta obra, conviene recordar las circunstancias en que Servia se adelantó hasta el primer plano de la historia contemporánea.

1. Un recuerdo de la guerra balkánica *

Los Balkanes eran, popularmente hablando, una tierra ignota. De pronto, un fracaso de la diplomacia reveló, a los

* Se refunden y aprovechan aquí pasajes del artículo "Bismarck y la guerra patética", fechado en 24 de noviembre de 1912 y publicado en la *Revista de Revistas*, México, 1º de diciembre del propio año. Ver *Obras Completas*, I, apéndice bibliográfico nº 13.

ojos de los europeos, la existencia de aquel laberinto de voluntades, de aquel hormiguero de pueblos con legítimos intereses humanos, que hasta entonces sólo le habían parecido pintorescos.

Y la guerra balkánica, en que los pequeños pueblos, embravecidos, sacudían de pronto la tutela de las potencias, era, por otro concepto, un éxito patético. Al parecer, en la imaginación europea, y desde los tiempos en que Hunyady Janos la sofrena sobre el Danubio, Turquía había representado una amenaza: la amenaza de la invasión exótica; la invasión exótica, con su Corán y su harén, sus turbantes, su media luna, sus cigarrillos aromáticos, su "falda-pantalón". Grecia, no hay para qué recordar lo que había representado: "sonrisa de la Historia" le han llamado los libros. Servia tenía cierta celebridad en rojo y en negro, que le habían dado sus desastres de poco antes. Los búlgaros se destacaban a plena luz con la sorpresa de su organización militar. ¿Y Montenegro? Estas moléculas de la geografía (¡oh Andorra, oh San Marino!) poseen siempre el atractivo de su paradójica pequeñez. La ciencia antigua llamaba juegos de la naturaleza a ciertos monstruecillos graciosos: Montenegro, país de miniatura, era un lujo o juego de la geografía política. Finalmente, los nombres de los mares vecinos (el Egeo, lleno de rumores ilustres; el Mediterráneo, cuna de Europa) contribuían a dar a la guerra un raro prestigio.

La Sublime Puerta había vivido aplazando sus promesas, y Europa aconsejaba prudencia abstracta y esperanza platónica. Ya en 1877, el conde Schuwalow escribía a Bismarck con escepticismo: "El Gran Visir ha dicho a Descazes y a Derby que el Sultán promete cumplir espontáneamente todas las reformas solicitadas por la Conferencia. Europa va a pedirnos que concedamos tiempo a Turquía."

Como esta situación persistiera durante otros treinta y cinco años, los pueblos balkánicos se aliaron. Montenegro inició la guerra, lanzándose íntegro al ataque, a manera de proyectil.

De todos los pueblos de Europa, fueron los balkánicos los primeros en emprender una guerra verdaderamente nacional. De tiempo atrás, las potencias venían sorteando el

escollo, distrayéndose en pequeñas guerras coloniales, "profesionales", en que se arriesgaba muy poco. O mucho, si os empeñáis, pero nunca la nacionalidad misma. Y la guerra de los países balkánicos era de vida o muerte, era guerra desesperada. Cuando los turcos y los servios arrimaban los fusiles para combatir cuerpo a cuerpo y a navaja, resucitaban el decoro antiguo de la guerra: no tenía aquella lucha una ingeniosidad de ajedrez, sino una majestad sagrada de Furia.

Entre Turquía y los Estados balkánicos flotaba una masa turbia e informe de poblaciones mezcladas: Macedonia, Albania, las tribus Malissori, que se refugiaban en Montenegro, y con las cuales la Sublime Puerta tenía que tratar como de potencia a potencia. Decía Loiseau que, en aquellos países, asuntos que suelen estar confiados a los jueces de paz provocaban el cambio de apercibimientos diplomáticos. Y todo eso era estopa al fuego. Y la chispa fue tan trascendental, que, tras breve pausa, hizo estallar todos los polvorines de Europa.

Desde el punto de vista balkánico, la guerra era un deber humano; desde el punto de vista turco, era el despertar de un sueño que apenas comenzaba a ponerse halagador. La Joven Turquía había triunfado, y después del triunfo se echó a soñar. Y creyó llegada la hora de hermanar a las naciones balkánicas en una confraternidad más o menos impuesta. Los turcos andaban, como se ha dicho, "en busca de un alma nacional". Pero el triunfo de la Joven Turquía dio a los balkánicos una coyuntura por donde limar la antigua cadena. Y los soñadores turcos tuvieron que reducir su ideal al panotomanismo y, finalmente, a un estrecho y moderado turquismo. El anhelo de un alma nacional tuvo entonces, por un momento, una conmovedora expresión: se hizo literario. Los escritores comenzaron a purgar la lengua de arabismos. Y, por un sarcasmo de la historia, la busca del alma nacional se resolvía, falta de ambiente, en purismo lingüístico.

Para los balkánicos, el problema era, ante todo, de soberanía nacional, de protección para los hermanos perseguidos, de patria, de raza y de frontera. Después del Tratado de Berlín, en redor del cual gira el problema jurídico de la guerra balkánica, Europa sólo se había preocupado de que

se cumplieran las estipulaciones sobre fronteras. Y dicen que la comisión nombrada al efecto desempeñó su encargo lo más mal que pudo: dividió pueblos, dividió posesiones, dividió casas por mitad. Había, en la frontera de Montenegro, regiones en que una fortaleza turca se interponía entre dos solares de un mismo dueño. Porque levantar fortalezas era también una manía, o una necesidad, turca. En toda línea divisoria alzaban un muro y lo coronaban de guardias. Malo si la guardia era manilarga y tenía fácil la agresión.

Pero, aparte de todo eso, la guerra tenía causas más generales, y el Tratado de Berlín sólo era un pretexto racional que daba salida a las oscuras fuerzas políticas.

2. La fatalidad balkánica y la era histórica *

Y, en efecto, la geografía es el primer factor de la política. El simbolismo geográfico es una de las mayores fuerzas de la historia. En la literatura, él nos ha dado epopeyas y narraciones, Odiseas y libros de Simbad. A la imaginación geográfica debemos los descubrimientos de África, de América, y los crueles dramas polares. Los países de Marco Polo siguen dando nombre a los sueños de la humanidad. Y cuando se habla de "Tierra Prometida" y de "Paraíso Terrenal", se experimenta toda la atracción de la idea geográfica, y se evoca todo el arrastre de tropeles humanos suscitados por ella.

Si tanto vale la fantasía geográfica, no vale menos la realidad geográfica. Las luchas por la frontera natural son tradicionales. Pueblos divididos por un río son —lo dice la etimología— rivales. "El Egipto es un don del Nilo", se viene repitiendo desde los tiempos de Herodoto. Y el caso de las islas es elocuente: abierta por todas partes a la invitación de las sirenas, la isla parece, unas veces, imagen del riesgo, y otras, del egoísmo. Así, es su destino geográfico lo que permite a Inglaterra disfrutar —primera en la historia moderna— las ventajas de una autonomía congruente y sólida.

* Véase la nota anterior sobre el artículo "Bismarck y la guerra patética", también aprovechado aquí parcialmente; y véase, además, en el apéndice del presente tomo, la nota sobre "Inglaterra y la conciencia insular", que se aprovechó asimismo para esta página.

Cuando al comenzar el siglo pasado, Europa se debate entre oscuras reacciones, bajo el aliento —no extinguido aún— de Metternich, el ministro inglés puede sonreír "insularmente". Los enemigos de Inglaterra la acusan de tener demasiada "conciencia insular". Recoge el cargo el ecuánime Phillips, y lo explica y lo desvanece Egerton en una obra reciente *(British Foreing-Policy in Europe)*. Y todo ello es discusión, lucha o doctrina que arranca del hecho geográfico y sólo puede explicarse por él.

Y considérese la situación de los países balkánicos, tránsito para el Asia Menor, centro de tres continentes: los países balkánicos, oprimidos en la cabeza por la masa de Europo y sus ambiciones y sus empresas, e inseguros sobre los pies que se hunden en Turquía, necesitan combatir, combatir como condición natural de vida.

Así lo consideraba Bismarck, en su último discurso, cuando anunciaba para aquella región una guerra cada veinticinco años. Ese ritmo largo es como la pulsación o el resuello de los pueblos balkánicos: su "era histórica".

Porque no es verdad que la era histórica sea una división arbitraria, de mero carácter pedagógico. Un viejo proverbio filosófico asegura la continuidad de la naturaleza; pero hay que entenderlo con finura: la vida se desarrolla a golpes de ritmo, y toda ella es tránsitos y categorías. Hay instantes definidos, exactos —aunque nuestra sensibilidad no pueda fijarlos—, en que la brújula humana, pasando de una zona a otra, tiembla con signos de mareo. En el alma de Juliano el Apóstata, por ejemplo, las vacilaciones y recaídas acusan un choque de los destinos. El mundo, como él, se revuelve entonces, atraído por dos polos a un tiempo.

En rigor, no sabemos si la naturaleza es continua; sólo sabemos que es compleja. Y en la complejidad histórica hay lo esencial y lo secundario. Donde se desvía la arteria mayor, aun cuando las redecillas menores se prolonguen en línea recta, acaba una etapa. Cierto que simplificar así las cosas tanto es una manera de entenderlas como una manera de ignorarlas; pero de tales ignorancias está urdida la historia, hija, más que ningún otro arte, del arte por excelencia: el de olvidar.

Así, pues, no sin cierta "superstición del método", nos parece que la gran deflagración balkánica abre una etapa histórica. Al fuego intermitente de los combates, se nos revela entonces un pueblo que ama la libertad con locura: es el pueblo servio.

De todo esto ha pasado apenas un lustro. Después, todo o casi todo cambia. Las masas se agrupan diversamente. Unas tintas se desvanecen y otras se acentúan. En mitad del cuadro, la misma figura dolorosa tuerce los brazos.

II

El libro de Miss L. F. Waring sobre Servia nos proporciona una información de conjunto sobre uno de los principales antecedentes de la guerra. La historia de los Balkanes es, por mucho tiempo, una *consecuencia*, más o menos inmediata, de la diplomacia europea. Cuando los países balkánicos, cansados de esta situación, se deciden a obrar sin permiso de las potencias tutelares, el sentido de la política se invierte, y la actitud de los Balkanes pasa, en cierto grado, a ser *causa* de los acontecimientos de Europa.

La historia de Servia puede dividirse en tres períodos: *1º)* el de nacimiento y desarrollo, cortado en su apogeo por el "empuje occidental" de Turquía, período que va del siglo VI al siglo XIV; *2º)* el de servidumbre y reconquista, en que los países balkánicos aprenden a desconfiar de los auxilios de Europa, y también a valerse de ellos, período que va del siglo XV a principios del XIX; *3º)* finalmente, aquel en que Servia, según la expresión de Miss Waring, comienza a ser un "peón", una unidad de la diplomacia europea. A éste podemos llamarle el período europeo.

Con la guerra balkánica, o acaso un poco antes, con la revolución de la Joven Turquía, en 1908, se abre un cuarto y último período: el período de la guerra contemporánea.

1. Nacimiento y desarrollo

Los subeslavos, pueblo de pastores y agricultores, logran el permiso de Constantinopla para establecerse entre el Da-

nubio y el Adriático. Poco a poco, entre la hostilidad de los vecinos y la debilidad del caduco Imperio de Bizancio, se engrandecen. Educados para la guerra, enriquecidos por el laboreo de sus minas, parece que, bajo el reinado del gran Dushan, van a incorporarse a la civilización de Occidente. Servia y Turquía compiten entonces por apoderarse de Constantinopla.

Y entonces, en pleno apogeo, Servia se derrumba bajo el peso de una triple fatalidad:

Primero, la fatalidad de la guerra impuesta. Una leyenda tardía, la leyenda del rey Marko (rey mesiánico que ha de volver un día para redimir a su pueblo, como el Artús de Inglaterra y el Sebastián de Portugal), puede tomarse como un símbolo de la transformación del pueblo labrador en pueblo guerrero. La madre de Marko, cansada de lavar la sangre de los vestidos de su hijo, le pide que abandone las armas y se gane el sustento con el arado. Entonces Marko se va a labrar, no los campos, sino los caminos por donde los mercaderes turcos acarrean sus mercancías. Como éstos lo atacan, Marko les da muerte con el arado, les quita todo su oro, y lo presenta a su madre diciendo: "He aquí lo que ha dado hoy la cosecha."

Es la segunda la fatalidad geográfica: por una parte, Servia se encuentra en la zona codiciada por el comercio de Oriente; por las tierras que Marko pretende labrar, van y vienen los mercaderes. Por otra parte, Servia es la zona de choque del Oriente y el Occidente. Cuando Hunyady Janos detiene a los turcos, destroza bajo sus pies los campos de Servia. Cuando el turco empuja hacia el Occidente, estrella a Servia contra las murallas de Europa. ¿Por qué las murallas de Europa no se abren para Servia? Aquí la tercera fatalidad.

Es ésta la fatalidad religiosa: Quiere el azar que los servios hayan sido cristianizados, en el siglo IX, por misioneros de Salónica, bajo el llamado rito ortodoxo. Pueblo amante de sus reliquias, Servia desarrolla una intensa actividad religiosa que se manifiesta en la arquitectura. Tiene reyes monásticos, y llega a erigir su iglesia nacional en Patriarcado. Si por el Oriente la acecha Turquía, por el Occidente la cató-

lica Hungría la considera con recelo, procura su ruina y la deja perecer bajo el turco. Cuando el mundo cristiano reconoce su error, es tarde para salvar a los servios.

He aquí una anécdota significativa: Jorge Brancovich pregunta a Hunyady Janos: "¿Qué harías con los servios si ellos te entregasen prisioneros a los turcos?" Respuesta: "Os enviaría a implorar el perdón del Papa de Roma." Pregunta entonces al Sultán de Turquía: "¿Qué harías con los servios si ellos te entregasen prisioneros a los húngaros?" Respuesta: "Por cada mezquita haría construir una iglesia. El que no quisiere postrarse en aquélla, quedará libre de venir a santiguarse en ésta." Y Servia, seducida por la tolerancia religiosa del turco, ahuyentada por el católico, se va entregando. En un siglo pierde toda su soberanía.

2. Servidumbre y reconquista

Europa se ha salvado de la invasión turca gracias, en mucha parte, a los servios. Éstos han sido la carne que se da al cancerbero para saciarlo. El humanismo de Constantinopla, que los servios pudieron haber heredado, pasa ahora, como sobre la cabeza de los eslavos, a difundirse por el Occidente. Allí, del siglo XV en adelante, el Renacimiento y la riqueza de los pueblos. Mientras tanto, en la humillada Servia, el dolor.

Tres fatalidades dominan este período de la historia Servia:

La primera es la esclavitud. El pueblo se empobrece bajo los impuestos, sufre violaciones, despojos y carnicerías, se embrutece paulatinamente en los más serviles trabajos. Unos se refugian en las naciones vecinas; en Austria, sobre todo. Otros se ponen fuera de la ley, se arman, se echan a los caminos. Entre éstos se reclutarán más tarde los jefes de la reconquista.

La Iglesia, que, salvo un siglo de desorganización general, se mantiene incólume, sirve de sustentáculo a los sentimientos nacionales. En el siglo XVIII, la Iglesia sucumbe también.

La segunda fatalidad es la dependencia de la política

europea: según que el peligro turco aumente o disminuya, Austria favorece o abandona a los servios, de quienes quiere usar como de un baluarte. En el siglo XVIII, Rusia es ya potencia de primer orden; y, según que se lo permitan o no sus guerras europeas, Rusia favorece o abandona a los servios, con quienes le unen raíces étnicas. Por un instante, Rusia y Austria se ponen de acuerdo para protegerlos. Pero las guerras napoleónicas suscitan en la vieja Europa, por reacción, el horror de todo lo que sea "derecho de los pueblos", y Servia es abandonada otra vez. Así, entre alternativas de guerra y tratados efímeros, Servia comienza a redimirse, capitaneada por sus hombres de la montaña.

La tercera fatalidad es la rusticidad de sus jefes. Escogidos entre el grupo de los desesperados, labriegos sin letras u hombres de armas sin la menor idea de gobierno, riñen entre sí por causas insignificantes, se abandonan unos a otros en circunstancias comprometidas, y difícilmente se pliegan a la voluntad del caudillo superior. Éste los gobierna por el despotismo o por la astucia. Sólo su genio militar permite a Kara George mantener nueve años la guerra de independencia. Sólo su sagacidad admirable permite a Milosch Obrenovich alcanzar, con ayuda de Rusia, el reconocimiento de cierta autonomía para Servia. Como todos son valerosos, la empresa va saliendo adelante.

A los sucesores de éstos toca resolver el problema interno de la democracia. Entretanto, todas las potencias se han acercado al teatro balkánico.

3. El período europeo

Servia había podido escoger entre la protección interesada de Austria y la protección interesada de Rusia. Pero Servia había aprendido ya a desconfiar. Además, tiene ya a su alcance otras influencias: Francia e Inglaterra comienzan a preocuparse por la suerte de Servia. Turquía amenaza desmembrarse, y se quiere evitar que el desmembramiento, aprovechando a cualquiera de los vecinos, comprometa el equilibrio europeo. Servia puede ser una manzana de la discordia. Los tratados que las potencias celebran, tienden a

aplazar constantemente el conflicto. De aquí la impaciencia de los balkánicos, y las guerras de independencia en toda la península.

Pero Metternich había dicho que Servia sería de Turquía o de Austria, y —a medida que la marea de la invasión turca desciende— asciende, puede decirse, la marea de la invasión austríaca. Este "empuje oriental", inverso al "empuje occidental", se robustece a medida que aumenta el poder de Prusia y que la política germánica pasa del Gobierno de Viena al de Berlín. Cuando, a través de mil incidentes, se llega al Tratado de Berlín, Bismarck se ofrece a arreglar la cuestión, a título de "persona desinteresada". Rusia, incapaz de proteger a Servia, cede la empresa a Austria-Hungría. Ésta comienza a intervenir en Bosnia-Herzegovina. El Tratado de Berlín es uno de los prolegómenos de la guerra actual.

Cuando, en 1908, la revolución turca da lugar a que Austria afirme su dominio sobre Bosnia-Herzegovina, Rusia y su aliada Francia tienen que sufrirlo, como se sufre una derrota. Después, vino la guerra balkánica, especie de grito de impaciencia. Después, a fines de junio de 1914, la tragedia de Sarajevo. Lo demás ya se sabe.

Las luchas de Servia durante los últimos años son las luchas de un pueblo que busca su salida al mar, como una respiración. Servia y Suiza son, al comenzar la guerra, los únicos Estados de Europa que carecen de costas.

En este período de su historia, Servia sufre tres fatalidades superpuestas: primera, la rivalidad de las potencias, en sus infinitas combinaciones para mantener la más que incierta norma del "equilibrio". Segunda, la rivalidad de los distintos pueblos balkánicos entre sí; sólo un momento se unen contra Turquía y hasta contra Europa; pronto se dividen otra vez, para recaer en los eternos engaños de la diplomacia. Tercera, la rivalidad interna de las dos dinastías, que hace de Servia el teatro de sangrientas venganzas y facilita los planes de sus enemigos.

4. Carácter de la historia servia

Romanticismo y discontinuidad; estas dos palabras lo dicen todo.

Romanticismo. Cuando las legiones de Napoleón vuelven de la conquista de Dalmacia, se produce en la literatura europea una moda balkánica, hecha de falsas importaciones, que los nombres de Nodier y Mérimée ayudan a popularizar. De aquí, unas novelas y unos dramas llenos de misteriosas torres y de vampiros. Esta falsificación literaria no es más que la exageración de un carácter verdadero.

En efecto, Servia es romántica. De sus reyes monjes, sus iglesias, su amor a las reliquias, ya hemos hablado. Sus leyendas florecen en la época de sus desastres, y su día de fiesta nacional se confunde con su día de luto nacional. La memoria de sus desgracias queda consagrada de tal suerte en la mente del pueblo, que hasta el sepulcro del turco Amurat, el vencedor de Servia, es lugar sagrado para el servio. En los días de la esclavitud, el pueblo gime y canta en la guzla, creando una verdadera epopeya lamentosa. Ante las amenazas de la venganza turca, más de una vez el Consejo servio decide, solemnemente y jurando por su Dios, matar a sus mujeres y niños para ahorrarles la infamia, e internarse a morir peleando en sus montañas. Finalmente, nada más romántico que sus *haiduks*, sus bandidos generosos, que viven "airados", como Roque Guinart y como el Cid: en el destierro, porque la justicia les ha faltado; protectores del pobre, mantenedores de la virtud caballeresca, soldados de la independencia, fundadores de monarquías.

Discontinuidad. De tiempo en tiempo aparece en la historia de Servia un caudillo que rehace, él solo, la nación; la educa, la engrandece y trata de concentrar en algunos años la lenta obra de la civilización. Pero a la muerte del gobernante, todo el edificio se derrumba. El siglo XIV y el XIX presenciaron los dos apogeos mayores; el XV y el XX, los dos mayores derrumbamientos.

De tiempo en tiempo, las potencias vecinas, interesadas en socorrer a Servia, la engañan y la abandonan. Rusia está mil veces en el trance del nadador que, presto a salvar a un

náufrago, tuviera que volverse a tierra de cuando en cuando para evitar que le lleven la ropa. Hungría, primero, y Austria, después, están varias veces a punto de proteger a los servios; de pronto, los servios les resultan inútiles o estorbosos. Todos los historiadores reconocen que tampoco las actuales aliadas de Servia fueron excepción de esta ley. Cuantas veces se ha visto Servia levantada, otras tantas —con sobresalto— se le ha dejado caer desde la altura. Tanto sufrimiento y tanto valor no es posible recordarlos con indiferencia.

¿1919?

LA HISTORIA DE RUSIA

DÍAS pasados, en la Residencia de Estudiantes, el profesor Victor Bérard, huésped durante corto tiempo de España, hizo una exposición sintética de la historia de Rusia. No la han olvidado los que la oyeron; pero la distribución armoniosa de sus conceptos —acaso algo artificial, como no podía menos de ser en un resumen tan condensado— podrá hacer que el extracto que a continuación publicamos interese a los que no la oyeron.

Salvo algunas referencias anteriores a la Era cristiana —explicaba M. Bérard—, puede decirse que el pueblo ruso aparece en la historia hacia el siglo IX, época del emperador Carlomagno. Correspondiendo a las tres principales zonas de la Rusia europea, se destacan tres grupos étnicos principales: la Rusia Blanca, la Pequeña Rusia y la Gran Rusia, que se han turnado en el predominio político, pero que siempre se distinguieron por su resistencia a salir del estado anárquico, como no fuera bajo la influencia de poderes extraños.

En cinco etapas puede dividirse la historia rusa:

1ª) Primera civilización rusa; en la Rusia Blanca, al Occidente, con capital en la antigua Novgorod, bajo la influencia de las invasiones normandas (Ruderic). Gobierno feudal y guerrero. Rusia hereda el sable del normando. Contagiado de los navegantes normandos, el pueblo ruso desciende por la parte navegable de los pantanos, y donde los hombres no pueden navegar, se echan a las espaldas la barca, que no es más que un simple tronco hueco. Así bajan por el Dniéper hacia el sur. ¿Qué buscan al sur?

2ª) Van hacia Bizancio; Bizancio, que hoy —por comparación con los tiempos clásicos— sugiere ideas de decadencia, pero que es, durante la Edad Media, el foco más intenso de atracción para los europeos. Ahora bien; el Dniéper

no es enteramente navegable; al llegar a los rápidos que forma junto a Kiev, hay que dejar que las barcas desciendan solas e ir a buscarlas más abajo. Y así el campamento de Kiev (ahora es el turno de la Pequeña Rusia) viene a ser la capital de una segunda civilización, que resulta influída por Bizancio y sus misioneros cristianos. Entonces adopta Rusia la nueva religión, y también las nociones jurídicas del Mediterráneo, y se organiza —abandonando las costumbres feudales— en Estado gobernado por leyes. Y Rusia hereda de Bizancio la cruz y la esfera: la idea cristiana y la idea imperial.

3ª) Pero hacia el siglo XII, la invasión mongólica lo deshace todo. Los rusos, como en un último reducto, se agrupan en torno a Moscú, capital de la tercera civilización. Es el turno de la Gran Rusia. Moscú rinde vasallaje a los príncipes mongoles de Kiev. Y de los mongoles —algo indiferentes en materia religiosa— hereda la idea de gobernar al pueblo como se esquilman los ganados; el látigo, el *knut*, y la bolsa de los impuestos. Los tres siglos de monarquía moscovita ven crecer el poder de Rusia hasta los glaciares del Norte, por una parte, y por otra, hasta Kamchatka, en busca del mar.

4ª) Por unos cincuenta años, sin embargo, Rusia parece desaparecer, invadida por los pueblos vecinos. Pero se salva. Capital en Petersburgo, otra vez en la Rusia Blanca. Dinastía de Romanof (XVII). Al advenimiento de Pedro el Grande, el mundo posee ya una nueva noción del gobierno: la burocracia. Y Rusia adopta la burocracia a la francesa. El soberano, en adelante, queda obligado por las manifestaciones *escritas* de su voluntad. Es el gobierno de los escribas. Rusia se europeíza, y aparece bajo la forma que entonces venía a ser la más revolucionaria y más nueva. Rusia hereda la "pluma administrativa de Francia". Voltaire exclama: *C'est du Nord aujourd'hui, que nous vient la lumière.* Las conquistas de Catalina, con indiferencia de la justicia, son fruto de la nueva administración. Pero sobreviene, a principios del siglo XIX, Alejandro I, que quiere dar a su Estado una apariencia solemne y tradicional, teocrática y mística. Rusia, que había podido contemplar con im-

parcialidad la lucha entre la Francia revolucionaria y la Europa conservadora, toma entonces partido. Y aquí la Santa Alianza, y aquí las primeras influencias del militarismo a la prusiana, y aquí la noción de la unidad religiosa del Estado, bajo un dogma ortodoxo. Y de aquí la lucha entre el Gobierno ruso y la inmensa porción no ortodoxa (en que hay todas las creencias europeas y no europeas) de aquel pueblo enorme y heterogéneo. Esta pugna puede considerarse como un compendio de todas las causas que han producido la catástrofe actual.

5ª) Pero una nueva idea de gobierno había ido abriéndose paso en la casa de los zares. De 1905 a 1917, el zar Nicolás va cediendo ante las necesidades, que el rey de Inglaterra le explicaba en 1908, de adoptar un régimen parlamentario moderno. El despotismo es incompatible con las comunicaciones modernas. El régimen parlamentario, el régimen de opinión es producto del ferrocarril y el telégrafo. Y sucede precisamente que la alianza de Francia con Rusia, tan censurada por algunos, llevó a Rusia elementos de civilización moderna que se manifestaron en el laboreo intenso de las minas, en puertos y ferrocarriles nuevos, y las consecuencias de todo ello. Cuando Nicolás da a su capital el nombre de Petrogrado, parece que quiere inaugurar una nueva era. Frente a este zarismo "evolutivo", la Zarina representaba la idea tradicional.

Finalmente, M. Bérard sacaba la moraleja intencionada de la historia: es la tercera vez, decía, que Europa presencia un drama semejante. *1º)* En el siglo XVI se intenta la reforma religiosa; en el Occidente, en el mundo de tradición grecolatina, el intento pára en el calvinismo y la lucha por la libertad de discusión y razonamiento. En el Oriente, la reforma se inclina hacia el logro de la mayor fraternidad y la mayor equidad. Por entonces aparece el luteranismo, autoritario y aun monárquico, contrario a la libre discusión; y la reforma religiosa fracasa. *2º)* Durante el siglo XIX, se intenta una reforma política fundada en los principios de la nacionalidad y la democracia. Y Bismarck logra fundar, forzándolos, un Imperio. *3º)* Ahora se intenta una reforma moral y social, que en el Occidente (Proudhon) es jurídica

e intelectual, y en el Oriente (Tolstoi) es sentimental y apostólica. Como elemento de complicación, se interpone Karl Marx. Lo cual no quiere decir —concluye el conferenciante— que la reforma moral habrá de fracasar, porque la ley moral es como la ley de pesantez en el campo de las cosas humanas.

¿1919?

EN TORNO A LA EPOPEYA DE JERUSALÉN

I. Los derechos de España

Los que gustan de recordar las cosas pasadas —de un pasado completamente muerto— pueden leer la obra de Antonio Vázquez y López-Amor, *Examen histórico-legal del Derecho de Patronato de la Corona de España sobre los Lugares Píos de Tierra Santa* (1882). Como se infiere del título, la obra es polémica y está escrita en defensa de la tesis española. Lo cual no anula su carácter histórico.

Los derechos de España al patronato de los Santos Lugares comienzan a fines del siglo XIV. Siglo y medio después del último intento de los cruzados, los franciscanos logran establecer el culto en Jerusalén. Cuando necesitan apoyo contra los Soldanes de Babilonia, acuden a los príncipes de la Cristiandad.

Los primeros en responder son los reyes de Nápoles (casa de Anjou) don Roberto el Sabio y doña Sancha de Mallorca, herederos del título, meramente honorífico, de "Reyes de Jerusalén". Así se establece un patronato de hecho, que la Santa Sede no tarda en ratificar mediante una bula. Pero pronto se impone sobre la casa de Anjou la casa de Aragón. El reino de Sicilia ha pasado por completo a ésta bajo don Alfonso V. Finalmente, la conquista de Nápoles por el Gran Capitán concentra en las manos de los Reyes Católicos el patronato de Tierra Santa.

Como se trata de un privilegio excepcional, el derecho de patronato aparece un poco turbio por toda la historia. Además, los patronos suelen distraerse en la solución de conflictos más inmediatos, y muchas veces los franciscanos quedan abandonados a sus fuerzas, en un campamento de enemigos. Entonces vuelven a pedir el auxilio de cualquier monarca cristiano que pueda protegerlos.

El emperador Carlos, cuyas relaciones con los sultanes turcos —sucesores de los soldanes— son nulas o completa-

mente guerreras, no siempre halla medio de favorecer a los religiosos. Pero Francisco I de Francia, cuyas relaciones con el turco son más pacíficas, toma a su cargo el proteger a los religiosos, mediante sus agentes directos en Turquía.

Poco a poco se intenta el establecimiento de consulados franceses en Jerusalén, y se logra que sean admitidos los embajadores especiales. Poco a poco llegan a Tierra Santa misiones de capuchinos franceses, a competir con los primitivos franciscanos en celo, en piedad y en algo más. Y así nace una pugna entre el "patronato" de España y el "protectorado" de Francia, que se desarrolla siempre en beneficio de éste. Y aquí el historiador español hace notar que, durante esta paulatina derrota diplomática, a España le toca regularmente costear los rescates de lugares píos, las reconstrucciones, todos los gastos de la Custodia, y hasta los lujos de los embajadores franceses.

Cuando Roma, con Gregorio XV, interviene en la competencia, alegando su jerarquía eclesiástica, resulta una complicación singular: se crea un tribunal llamado Congregación de Propaganda, que se inclina por Francia. Los generales de los franciscanos no siempre se pliegan a las órdenes de la Propaganda, y tratan de ampararse bajo el monarca español. Pero los franciscanos de Jerusalén, a quienes interesa, más que salvarse a sí mismos, salvar su obra, acaban por transigir con Francia, para merecer el apoyo del gran Luis XIV, y procurar, a su vez, emplearlo contra la Congregación de Propaganda.

La familia conventual está dividida: los "visitadores" representan el punto de vista español, y sólo quieren la conservación de los Santos Lugares. Los otros, los "misioneros", están por la "misión activa".

> La Santa Sede —dice Vázquez y López-Amor— se veía comprometida e indecisa ante tan encontradas aspiraciones: Francia, con el Protectorado; España, con el Patronato; la Propaganda, con las reformas en favor de los misioneros, y los Observantes, en son de protesta y resistencia.

Finalmente, en la misma España, en Toledo, año de 1658, se llega a un pacto entre los derechos tradicionales de la Custodia española y las nuevas pretensiones de la Congrega-

ción de Propaganda. La familia italiana se reserva el puesto de superior o guardián; la francesa, el de vicario o jefe monástico; la española, el de procurador o jefe económico.

El 17 de diciembre de 1772, Carlos III firma una real cédula que puede considerarse como un verdadero resumen histórico de los derechos de España. Considera en ella la continuidad con que éstos se habían venido ejercitando, y declara irregulares todos los acuerdos de carácter temporal, relativos a los conventos de Jerusalén, que no hayan pasado por la aprobación del Patrono. Y dicta, para en adelante, varias reglas encaminadas a captar la administración del Patronato, estableciendo que los fondos de la Obra Pía pasen directamente del Patrono de España al Procurador de Jerusalén.

Aunque entre vacilaciones y disimulos, la Santa Sede y la Congregación acabaron por plegarse a la voluntad del Patrono, más que por reconocer sus derechos, por urgencias de carácter económico. Entonces se procedió a la separación de las cajas de la familia española y la italiana (que así se llamó a la no española).

La disolución de las órdenes monásticas, la exclaustración de los regulares y la guerra civil cambian por completo el estado de cosas. Aprovechándose de esto, la Congregación logra, en 1847, la unificación completa de las familias, bajo la única potestad de Roma. Las misiones quedan sometidas al Papa, representado por el Patriarca de Jerusalén. Desde entonces la Congregación es dueña de la Custodia, los auxilios del Patrono español no son ya tan indispensables, y el Procurador de España pasa a la categoría de simple cajero. En vano el embajador Martínez de la Rosa protesta ante Roma.

II. El pasado y el presente

En la geografía espiritual del mundo, ¿qué hay como Jerusalén? Allí se produce un vuelco de la historia, y desde entonces nuestra civilización queda como imantada hacia los Santos Lugares.

En las rotaciones del tiempo, las causas religiosas se suceden y se yuxtaponen a las causas mundanas. El "sí" se

convierte en "no" muchas veces. Otras, lo que parecía imprescindible se vuelve accesorio y ornamental. La conquista de Jerusalén no tiene el sentido que pretendieron los que por primera vez soñaron con ella. Y los hombres de consejo nos aseguran que más vale así.

Troya fue también para el mundo antiguo un vuelco semejante. La *Ilíada* es el eco de una gran convulsión histórica. Y las manifestaciones de ésta tuvieron que ser muy complicadas y muy varias.

Por ejemplo: ¿qué diría el lector si encontrara un día un estudio sobre la *Ilíada* en una revista de Economía Política? No le asombraría probablemente. Los filólogos han acabado por descubrir en la *Ilíada* un valor, hasta hace poco insospechado, de "poema económico". Troya, gran centro comercial del Oriente, aposento de regalados sátrapas, atrae los ojos de los belicosos occidentales. Y un gran asalto de la piratería europea acaba por abrir a los griegos arcaicos la puerta de las "Mil y una noches".

Una gran cruzada puede resolverse asimismo en combinaciones económicas sobre los mercados del Mediterráneo. Todo está en el sentido de la historia que, a veces, asciende de los hechos brutos a las leyendas heroicas, y otras prefiere descender de las leyendas más espirituales a las materialidades más modestas.

El título de "Rey de Jerusalén" ya es sólo la sombra de una sombra. Si, partiendo de los Santos Lugares, se trazan radios sobre una carta geográfica hacia todas las costas del Mediterráneo, se encuentra, al extremo del radio más largo, en el término más distante, una tierra que se llama España. Allí vive el Rey de Jerusalén.

¿1919?

LOS VIAJES DE JUAN DE LA COSA, DESCUBRIDOR DE VENEZUELA *

DON SEGUNDO DE ISPIZUA viene publicando de tiempo atrás una obra voluminosa sobre *Los vascos en América.* Muchas veces se ha visto en el caso de contar nuevamente la historia de América para ir subrayando de pasada los nombres vascos que se encuentra. Éste parece haber sido el método inicial de la obra. Más tarde, el autor comienza a negar puntos generalmente aceptados; resucita antiguas discusiones, y, ya en este cuarto volumen —dedicado al descubrimiento de Venezuela—, se ve en la necesidad de declarar:

> El contenido de este libro se aparta en muchos puntos de cuanto se ha escrito hasta aquí con respecto a la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo continental...

Cierto calor de polémica, cierto soplo de regionalismo matizan el tono de la obra. Abundante en documentación, laboriosa, extensa, la obra ganaría con que se hubiera dado tiempo para que se depositaran los datos allá en el fondo de los apéndices, dejando en primer término el agua clara de las conclusiones. Se echa de menos una distribución mayor en los materiales y los asuntos. La reproducción de cartas antiguas aumenta considerablemente el atractivo y la utilidad del volumen.

Todo él resulta escrito en torno a la figura de Juan de la Cosa, el navegante y cartógrafo vizcaíno, cuyas glorias no escatima el autor. No es de este lugar el discutir minucias. Con método estrictamente constructivo, aceptamos los puntos de vista del historiador, y procuramos darnos cuenta de la perspectiva que ellos nos descubren.

Las expediciones de Colón a las Antillas no entran por ahora en el debate. Los primeros viajes a Tierra Firme y la atribución y liquidación de los descubrimientos parciales de la costa continental han sido desde hace siglos materia de

* Algunos fragmentos se aprovecharon más tarde en "El presagio de América" (*Última Tule*).

controversias y pleitos. Nuestro autor admite que el primero de estos viajes a Tierra Firme es el realizado por Colón en 1498 a las costas de Paria, por Venezuela, que Colón llama "ínsula".

—Pero, ¿y la expedición de 1497, de la que formaba parte Américo Vespucio, y que es anterior a todas las que llegaron a Tierra Firme?

—No existió nunca —nos contesta Ispizua—. Forjóla Vespucio, con un estilo lleno de maliciosísimas vaguedades.

A Colón se comienza por declararlo sabio a carta cabal; todos sus compañeros querían robarle sus secretos. Ésta es la "posición", quizá muy filial, de D. Diego de Colón. Después, los abogados de los otros descubridores reclaman, cada uno para sí, parte del tesoro. Si fuéramos a creer a todos a un tiempo, Colón no supo nada de nada, todo lo hizo de casualidad y todo se lo aconsejaban sus compañeros.

No incurre Ispizua en una exageración tan grosera: se contenta con sugerir, muy discretamente, que Juan de la Cosa pudo influir en alguno de los acuerdos del Almirante. Para entenderlo, basta recordar las relaciones entre ambos.

Ante todo, no falta (todo es fatalidad en esta complicadísima historia) quien divida en dos a Juan de la Cosa, el Vizcaíno, dejando a la derecha a un Juan de la Cosa propiamente tal, y a la izquierda a un Juan Vizcaíno. Pero nuestro autor considera esto tan absurdo como vender el gato y cobrar aparte la cola, y así, fundado en buenas razones, opta por la resultante única.

El vizcaíno Juan de la Cosa hace su primer viaje con Colón, el año de 1492. Del vizcaíno era la *Santa María* en que viajaba Colón, y que más tarde vino a perderse en las costas de Santo Domingo. Su segundo viaje lo hizo el vizcaíno al año siguiente, al lado del mismo Colón. Y cuentan que éste iba haciendo cálculos y planos, y que "caminaba las derrotas con Cosa". No es, pues, tan absurdo suponer que el vizcaíno pudo influir alguna vez sobre el Almirante. Tampoco lo es, antes muy probable, que Juan de la Cosa haya aprendido algo de Colón. Éste solía reñir a sus criados Salcedo y Arroyal, porque comunicaban al vizcaíno los

mapas secretos. Para esta época, a Juan de la Cosa le llamaban en los documentos "maestro de hacer cartas".

Hizo su tercer viaje en 1499, ya como piloto del capitán Alonso de Ojeda. Con ellos viajaba Vespucio —dice nuestro autor—, o bien en calidad de simple curioso o de mercader. Este viaje va desde un punto situado al sur de la equinoccial hasta Paria (Venezuela), y desde Paria —donde ya antes había tocado Colón— hasta más allá del Cabo de Vela, en Colombia. A Juan de la Cosa, como piloto, corresponde la responsabilidad y la gloria del viaje, del cual levanta un mapa, publicado en 1500, que es el primero del Nuevo Mundo. Pedro Mártir de Angleria consideraba los mapas de Juan de la Cosa como los más recomendables. En este primer mapa del Nuevo Mundo figura por primera vez Venezuela, y se establece el carácter insular de Cuba, que sólo ocho años más tarde se había de reconocer oficialmente; pero la verdad es que desde algunos años antes sonaba el ruido de que Cuba era isla.

En 1501, bajo el mando del capitán Bastidas, hace el piloto Juan de la Cosa su cuarto viaje; recorre el litoral colombiano, desde el cabo Vela al sudoeste y, pasando por la actual Panamá, llega hasta Nombre de Dios. También de esta vez sacó Juan de la Cosa una carta en que representa la costa colombiana y panameña que había recorrido.

Parece que hizo otros dos viajes a alguna otra parte del mundo. Un séptimo viaje, acaso entre 1505 y 1506, lo lleva desde Honduras hasta los Estados Unidos. Como se admite que en esta travesía lo acompañaba Vespucio, algunos se esfuerzan por darle la fecha de 1497, para sacar verídico el viaje primero que nos cuenta Vespucio. Pero nuestro autor se niega a aceptarlo.

Juan de la Cosa murió unos cuatro años después, en otro viaje que hizo al Nuevo Mundo. Parece que tenía la costumbre de representar por medio de gráficos todos sus paseos por la tierra; en cambio, se olvidó de contarlos. De modo que, aun para atribuir al vizcaíno los viajes que pasan por de Vespucio, hay que acudir a las narraciones de éste. Nadie sabe para quién trabaja.

1919.

PANORAMA DE AMÉRICA

He aquí un reciente opúsculo de F. A. Kirkpatrick (*South America and the War*, 1918, 4º, 80 páginas), cuyos conceptos principales procuraremos resumir a continuación, porque ello nos permite apreciar, panorámicamente, el sistema de equilibrio o desequilibrio político de Hispanoamérica: oportuno examen ahora que, según todos los indicios, la historia va a mudarse de casa o, al menos, a ocupar otra más.

F. A. Kirkpatrick se propuso, en una serie de conferencias del King's College, de Londres, prestar un servicio de guerra, llamando la atención del público sobre el esfuerzo de Alemania para procurarse bases económicas en la América española durante el conflicto, y prepararse allí, para el día de la paz, una zona de expansión mercantil. Pero como tenía que dirigirse a un público no suficientemente informado, y como es, además, por estudios y simpatías anteriores, un verdadero "hispanoamericanista", su libro resulta una pequeña monografía, cuyas descripciones geográficas de conjunto, noticias históricas y consideraciones políticas adquieren un valor permanente, aparte de la actualidad que puedan tener. Es útil como primera información sobre América, pero lo es particularmente como prólogo al estudio del cuadro dinámico de las fuerzas interamericanas.

En cortas páginas anuncia muchos problemas que hemos de ir viendo estallar o resolverse uno tras otro.

I

Cubren las veinte Repúblicas hispanoamericanas un área doble de la de Europa y triple de la que ocupan, al norte, los Estados Unidos. Poseen una población de cerca de ochenta millones. Hay, desde el Bravo hasta Patagonia, todos los climas, todas las plantas, todos los pájaros. Merced a la diferencias de altitud, una misma tierra ecuatorial contiene, dentro de un contorno de pocas leguas, los productos de todas las zo-

nas. "Costa Rica" y "El Dorado" —observa Kirkpatrick— son nombres simbólicos de la riqueza del suelo. Nuestros abuelos, para ponderar el valor de una cosa, solían decir: "vale un Perú". El fingido indiano de *La verdad sospechosa,* cuando quiere darse por rico, dice solamente "que al dorado Potosí le quita la presunción". Los conquistadores, en su asombro, creyeron positivamente que todo lo que relumbra es oro. Anáhuac, en las primitivas crónicas, aparece como una Micenas empedrada de oro, entre los espejos de sus lagos. Moctezuma —"el gran Moctezuma de la silla de oro", en quien el poeta cree hallar la verdadera poesía de América— es un fabuloso Midas que trueca en oro lo que toca; y un día se despoja de sus vestiduras ante Hernán Cortés y sus tenientes, para hacerles ver que no es de oro. La fábula del oro americano hacía echarse al mar a los piratas, en acecho de los galeones de Indias; llegaba a Sevilla, donde reclutaba aventureros entre la flotante población picaresca; y entraba, por los puertos secos, a la pobre Castilla, abriéndole como una herida en las entrañas.

Es el mapa de América una caprichosa superposición de triángulos, por el vértice en Panamá, y por la base algo más abajo del Ecuador. La geografía, como la historia, parecen dividir las veinte Repúblicas en dos grupos de diez y diez. Comienza el primer grupo, todavía en la América del Norte, por la gran hoz de México, que unos comparan humorísticamente a un cuerno de la abundancia, con la boca sobre los Estados Unidos, y otros, melancólicamente, comparamos a un gran signo de interrogación abierto entre los dos océanos, y que es, en todo caso, cabeza de yunque de la raza. Como dos cuernos, las penínsulas de la Florida al norte y de Yucatán al sur se adelantan hacia el oriente, determinando el Golfo de México, y allí parece continuar el sistema un mundo insular, donde encontramos otras tres repúblicas: la isla de Cuba y la antigua Española, dividida entre Santo Domingo y la república negra de Haití. Pero en el Continente, este primer grupo no acaba en las fronteras meridionales de México, sino que escurre en una cadenilla ístmica —la América Central—, donde se escalonan seis repúblicas: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y la reciente

de Panamá. Y ya tenemos aquí las diez Repúblicas del primer grupo americano.

(Debo recordar al aficionado que, al Noroeste de México cuelga, como un largo arete asiático, la península de la Baja California, la cual ofrece poderosas bases sobre el Pacífico —tal la bahía de la Magdalena—, y que varias veces ha tentado ya al "Coloso del Norte", como se dice en México. Estos días, la prensa ha publicado la noticia de cierto proyecto sometido al Senado de Washington, sobre la adquisición de la Baja California. Porfirio Díaz había concedido permiso a la escuadra yanqui para fondear en la Magdalena, permiso que se ha renovado varias veces. Medio siglo de historia yanquimexicana está concentrado en el problema de la antigua *Calida fornax,* de Cortés.)

Las otras diez repúblicas forman la América del Sur: Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay y la Argentina.

La gran vértebra de montañas —la Sierra Madre— que da unidad al primer grupo, determinando alturas y llanos, cimas heladas y mesetas tan admirables como el valle donde está la ciudad de México, continúa aquí en la Cordillera Andina; que, acercándose a la costa pacífica, resalta entre los bosques del Amazonas y las llanuras de la pampa. Por el sur, América penetra en regiones templadas, adonde no alcanza ningún otro continente meridional, y mucho de lo mejor de América comienza donde acaba el África. Los grandes ríos —el Orinoco, el Amazonas, el Plata— dan una fisonomía especial al conjunto que puede estudiarse en las anchuras del privilegiado Brasil. Aquélla es, por excelencia, la tierra habitable para el hombre, comprendida entre los dos trópicos, aireada por corrientes propicias. El contraste entre la costa atlántica sudamericana y la correspondiente de África es notable. Ofrece aquélla un espectáculo familiar de actividad europea. El obrero se pasa el día en los grandes puertos, y vuelve por la noche a su casa, en las colinas de los alrededores. Hacia la otra vertiente, en Lima, por ejemplo, se puede pasar el verano con un traje de "medio tiempo", y bajando una cuantas millas a la costa, se encuentra uno con un mar frío. La alta llanura de Bolivia se

estrecha, al norte, recorre el Perú y remata en el Ecuador, en la vasta avenida de volcanes que describe Rodó:

> Donde las dos hileras de los Andes del Ecuador se aproximan, convergiendo al nudo de Pasto, reúnen como una junta de volcanes, sin igual en el mundo por lo aglomerados y lo ingentes. Allí, rivalizando en altura y majestad, el Chimborazo, el Cotopaxi, el Tunguragua, el Antisana... Y la plutónica asamblea se extiende a la redonda por la vasta meseta que le sirve de foro; pero no sin que, de trecho en trecho, aquella tierra inflamada, como anhelosa de dar tregua a tanta grandeza y tanta austeridad, se abra en un fresco y delicioso valle, donde vuelca de un golpe todas las gracias que ha escatimado en las alturas, y se aduerme a la sombra de una vegetación que colora, con la luz de los trópicos, sus jardines de magia.

En cuanto a la distribución política —exceptuada la república del Brasil, de origen portugués y de lenta evolución monárquica, que da a su historia cierta plácida continuidad—, Kirkpatrick clasifica las repúblicas españolas por zonas: la tropical y la templada. Agrupa de un lado a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; de otro, a Chile, la Argentina y el Uruguay; éstas más europeas, aquéllas más mezcladas de raza. Y, por pertenecer al mismo sistema del Plata, acerca a éstas la república del Paraguay, encerrada, como la de Bolivia, en el interior del Continente. (El lector debe recordar que la cuestión de las costas para Bolivia está implícita en el actual problema chileno-peruano de Tacna-Arica.) Colombia y Venezuela poseen costas sobre el Caribe, este "Mediterráneo del Nuevo Mundo", y completan así el vasto sistema circular de las Antillas, México y Centroamérica; sistema en el cual se deja sentir la influencia directa de los Estados Unidos, y en que, aquí y allá, Inglaterra, Francia y Holanda conservan también pequeñas colonias: unas entre las Antillas, otras —más a descubierto del Atlántico— en las Guayanas. De modo que Colombia y Venezuela, y ésta sobre todo, ocupan una situación particularmente compleja dentro de Sudamérica, con las costas vueltas hacia los Estados Unidos y algunas fronteras en contacto con tierras no hispanas. Esta situación, haciendo de Venezuela un ser aparte, la mantuvo excepcionalmente separada del virrey de

Lima, y sujeta, por la Audiencia de Santo Domingo, al virrey de México, a Norteamérica; hasta que, tras un período de dependencia del virreinato de Santa Fe de Bogotá, fue erigida en Capitanía General. En cuanto a Colombia, con sus principales centros al Norte y la mayoría de sus costas al Pacífico, sabido es que perdió en 1903 la provincia ístmica de Panamá. "De modo —dice Kirkpatrick— que ahora tiene, prácticamente hablando, a los Estados Unidos por vecinos."

La fábrica actual de nuestra América se levantó en medio siglo —de 1492 a 1542, más o menos—, y conviene recordar como sus obreros principales a Colón, Núñez de Balboa, Cortés, Magallanes y Pizarro.

Las necesidades mismas de la conquista fueron creando las divisiones políticas que, en sus grandes rasgos, aún se conservan. Los antiguos Virreinatos o Capitanías Generales sin duda se determinaron —aunque empíricamente— bajo el imperio de grandes necesidades naturales, porque ellos constituyen las naciones de hoy, y todo plan de fusión entre varias de ellas ha resultado vano.

Las Indias se mantuvieron bajo la dependencia de España hasta comienzos del siglo XIX, y se gobernaban por un sistema de Virreinatos, Capitanías, Corregimientos, Audiencias y Consejos, genuinamente castizo, hasta la reforma de 1780-84, que introdujo un sistema afrancesado de Intendencias y Subdelegaciones. Cuando las nuevas sociedades se hubieron creado, cuando ya los levantamientos no tenían carácter de ambiciosa deslealtad de este marqués o de aquel virrey, sino que eran un hervor natural del suelo, sobrevino la independencia de las antiguas colonias, a la vez que España se debatía en las tremendas crisis de la guerra napoleónica y los posteriores conflictos. Buenos Aires se emancipa y auxilia a Chile. Bolívar liberta a las naciones. Por un instante, toda Sudamérica hizo causa común, y la batalla de Ayacucho selló definitivamente la independencia de los pueblos. En México, que sigue, durante toda esta época, una senda aparte, la independencia iniciada por 1810 y consumada en 1821 da pronto lugar al sueño monárquico de Iturbide. Pero, derrocado éste en 1823, la República entra en su atormentada ca-

rrera. Centroamérica, mecánicamente emancipada con México, se fracciona después en cinco Repúblicas.

La historia del Brasil corre por otro cauce. Cuando la invasión francesa en Portugal (1807-8), la familia real emigra al Brasil, y establece transitoriamente su capital en Río-janeiro. En 1821 vuelve a Lisboa el rey Juan VI, dejando a su hijo don Pedro como regente del Brasil, quien poco después —mantenido por la opinión del pueblo— gobierna ya a los brasileños en nombre propio. Mientras la América española se arroja, de riesgo en riesgo, a todas las experiencias del caudillaje, la América portuguesa, en un progreso más lento y más seguro, se conserva monárquica hasta el año 1889.

Entre el torbellino político de las repúblicas americanas, Chile parece salvarse, tras un corto período de agitaciones, merced al establecimiento de una oligarquía de terratenientes. Sus tres revoluciones son etapas bien definidas hacia un estado constitucional. La Argentina, tras la tiranía de Rosas, comienza desde 1852 su proceso hacia el equilibrio, que al fin logra con la Constitución Federal de 1880. En las repúblicas tropicales, la mezcla de razas dificulta particularmente el problema, y las tierras del Caribe sólo parecen lograr la estabilidad bajo una mano despótica. Lebon, en su sociología barata, había fraguado la teoría de que las razas mestizas nunca pueden vivir en paz (?), y se desesperaba al considerar los treinta y tantos años de *pax augusta* que logró México bajo Porfirio Díaz. Cuando en 1910 se abrió para México una era de revoluciones sociales —etapa a la que todavía no han llegado otras repúblicas del sur, que sólo al parecer están más adelantadas—, el doctor Lebon respiró.

En general, puede decirse que, para todos aquellos pueblos, comenzó, hacia 1870, una nueva era de prosperidad material y de tranquilidad relativa. México —que había sufrido con la invasión yanqui, primero, y con la fracasada invasión napoleónica, después, las pruebas más heroicas a que ningún país hispanoamericano se ha visto sometido— las había superado ya. Es la época de la gran inmigración y el gran desarrollo económico, hechos salientes en la historia de América durante estos últimos años: la ganadería argentina, el nitrato y cobre de Chile, el café y el caucho del Brasil, la

plata y el petróleo de México, los grandes sistemas de ferrocarriles... Los informes de los cónsules europeos durante este último período resultan casi novelescos. Este desarrollo económico coincide con el nacimiento del gran sistema industrial de Alemania. Al mismo tiempo, los Estados Unidos han salido ya al primer plano de las grandes potencias. Esta nación, que al principio exportaba principalmente las materias primas de su suelo, se ha transformado en manufacturera: cambio que ha influído en sus relaciones con las repúblicas del sur. En cuanto a las relaciones de Europa con dichas repúblicas, son ya respetuosas y pacíficas. La influencia de Francia se deja sentir, con mayor o menor intensidad, en la nueva cultura de Hispanoamérica.

Y entonces sobreviene la Guerra.

II

La Guerra Europea, exacerbando las rivalidades entre las grandes potencias, vino a obrar sobre la América española como reactivo, permitiendo apreciar con una claridad casi cínica las disensiones internas de las veinte repúblicas y sus problemas latentes. Alemania, por una parte, y los aliados por otra (sobre todo los Estados Unidos) procuran de una vez atraer aquellas posibilidades dispersas de energía al inmediato servicio de la gran causa; y así, hacen que los desequilibrios secretos se declaren y que las íntimas simpatías se descubran. En este sentido, el examen que hace Kirkpatrick del cuadro de las fuerzas políticas en Hispanoamérica, aparte de que haya podido prestar, en su hora, un servicio de guerra, conforme al propósito del autor, posee también un valor desinteresado y científico.

Los puntos de frontera forman el primer capítulo de rivalidades. Cuando las colonias se emanciparon de la metrópoli europea —fracasados los planes de federación hispanoamericana que soñara Bolívar y que son todavía, por lo menos, el gran ideal de los pueblos americanos— aparece la dificultad de precisar las líneas de frontera. Trazadas algunas veces sobre zonas no conocidas, las fronteras son a través del siglo un motivo de continuas disputas que, salvo

en el caso de Argentina y Chile, carecen de verdadera importancia mundial. Poco a poco, particularmente en los últimos años del siglo XIX, estas disputas quedan resueltas o semirresueltas de un modo pacífico. El caso de Venezuela y la Guayana inglesa, que afectaba una región aurífera, puede considerarse como típico.

Entre la Argentina y el Brasil, el Uruguay fue por mucho tiempo la manzana de la discordia. Durante el siglo XVIII tal discordia se manifiesta en una maraña de controversias y compromisos. La independencia deja manos libres a los dos Estados, que recomienzan entonces la disputa tradicional. El Uruguay pertenece geográficamente al sistema brasileño, pero históricamente depende de la conquista española. La Argentina y el Brasil guerrean de 1825 a 1828. Interviene como mediadora Inglaterra, y al fin se reconoce la soberanía del Uruguay. Más tarde, las ambiciones imperialistas de Rosas, el célebre dictador argentino, fracasaron con su fracaso, en el cual tuvo alguna parte el Brasil.

La cuestión entre Chile y el Perú es de actualidad y harto conocida del público. Ella envuelve el problema de las costas para Bolivia. La guerra de fronteras entre Chile, por una parte, y el Perú y Bolivia, por otra (1879-1883), acaba con la ocupación chilena de la Bolivia occidental y de dos provincias meridionales del Perú: Tacna y Arica. Según el tratado de Ancón, que puso término a la guerra, estas dos provincias quedarían por diez años bajo el dominio chileno: "Expirado este plazo, un plebiscito decidirá, en votación popular, si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente bajo el dominio y soberanía de Chile, o si continúa siendo parte del territorio peruano." El plebiscito pudo llevarse a cabo desde el 28 de marzo de 1894: de ahí el actual conflicto. Las relaciones diplomáticas entre ambas repúblicas no habían sido reanudadas. Mucho se ha dicho que entre ambas no existía una verdadera rivalidad: los lectores del autorizado González Prada saben a qué atenerse.

Capítulo aparte merecen las disputas entre las dos razas dominantes de América: tal la cuestión de Panamá, a que las recientes declaraciones de Wilson sobre la necesidad de indemnizar a Colombia han puesto al día, provocando también

la publicación de una nota del ministro de Panamá en la prensa madrileña. En 1903, Colombia niega ciertas concesiones a los Estados Unidos. Éstos apoyan un movimiento separatista de la provincia de Panamá, y, obtenida la separación, logran la cesión del canal. Después afianzan su influencia sobre Nicaragua, y obtienen de ella los derechos exclusivos para todo canal que se proyecte a través de su territorio. Este problema de la puerta entre ambos océanos es uno de los problemas vitales de América, y reviste, a través de la historia, los más variados aspectos. El istmo de Tehuantepec, en México —posible rival de Panamá hasta cierto punto—, cuenta entre las razones que acabaron por hacer ingrato a Washington el gobierno de Porfirio Díaz.

En torno a la larga pugna entre México y los Estados Unidos se han escrito innumerables libros y se han forjado, interpretado y reinterpretado multitud de teorías. Pero, dice Kirkpatrick, estos fenómenos de conquista son hechos enteramente prácticos, y bien puede uno desentenderse de las doctrinas que los acompañan.

De 1820 a 1824 quedó plenamente afianzada la independencia de las naciones hispanoamericanas. Ahora bien, para entonces los Estados Unidos dominaban en el Golfo de México, por la adquisición de la Luisiana y la Florida. Ya en 1826 se interponen para estorbar los proyectos de México y de Colombia, encaminados a la independencia de Cuba, resto del imperio hispano en América.

En Tejas, un Estado septentrional de México, dividido de las demás provincias mexicanas por un desierto y poblado por mexicanos de nombre y anglosajones de raza, sobreviene por 1836 una rebelión separatista. La rebelión tiene éxito, apenas contrarrestada primero por los desacertados esfuerzos de Santa Anna, y favorecida después por sus complacencias afrentosas. En 1845, Tejas se adhiere a la Federación del Norte. Finalmente, entre 1846-48, México, en guerra contra la invasión yanqui, pierde la mitad septentrional de su territorio, por una conquista que se resolvió en una compra.

La guerra hispanoamericana de 1898 ha sido una guerra históricamente fecunda. Trajo la independencia de Cuba; y a cambio de ella, dio a España una visión clara y profunda

de su política presente, una severa valoración de su pasado, un admirable estímulo de renovación para el porvenir, que los americanos consideran con respetuoso entusiasmo. Por otra parte, trajo también la anexión yanqui de Puerto Rico y las Filipinas. Cinco años más tarde, los Estados Unidos rechazan y sustituyen toda influencia europea en la república de Santo Domingo.

Así se ha establecido sobre el "Mediterráneo de América" la influencia dominante de los Estados Unidos, considerada con ánimo diverso por los países interesados, "aceptada por los aliados y celosamente atacada por Alemania".

En esta primera zona de América, Alemania contaba con algunos focos de influencia. En Guatemala había asido lo principal del comercio; algo había logrado en las Antillas (en Haití sobre todo), y quizá en otras partes. El bloqueo inglés, la Lista Negra y la participación de los Estados Unidos en la Guerra vinieron a detener esta influencia. Cuba, Panamá, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Haití, se declararon por los Aliados. También durante la Guerra los Estados Unidos obtuvieron la ratificación de la venta de las Antillas danesas, concertada desde 1912 y obstruída por Alemania.

Alemania había organizado detenidamente su campaña económica en América. Aparte de otros centros que, durante la Guerra y en un momento determinado, hayan podido concentrar su actividad hacia América, podemos citar cuatro principales, exclusivamente consagrados al problema de América: el Instituto Germano Sudamericano, de Aquisgrán, que publicaba una revista técnica de materias americanas, dedicada a los alemanes, y un periódico en español, *El Mensajero de Ultramar*, con una edición portuguesa, *O Trasatlántico;* la Liga Económica Alemana de Centro y Sudamérica, con residencia en Berlín, que contaba con poderosos auxilios; la Liga Iberoamericana de Hamburgo, que publicaba un semanario ilustrado, *El Heraldo de Hamburgo,* y se proponía crear un centro iberoamericano, y la Liga Germánica de Sudamérica, que se creó recientemente con el fin de concentrar a los alemanes de la América del Sur. Por el momento, la labor de estas Ligas tuvo que reducirse a obte-

ner víveres de América. Antes de su intervención en la Guerra, los Estados Unidos eran, naturalmente, el camino natural de estos abastecimientos. En cuanto a la campaña de prensa en Hispanoamérica, los datos de Kirkpatrick nos convencen de que se limitó a algunos puntos extremos de Sudamérica, dejando libre el Golfo de México.

Esta observación requiere algunas explicaciones, porque sobre la probable influencia alemana en México se ha fantaseado no poco: se ha hablado de planes alemanes de alianza entre el Japón y México contra los Estados Unidos, y a veces se ha dado singular importancia a la ruda coquetería de un gobierno que simplemente procuraba sacar el mejor partido de la situación para su propio sostenimiento. Dentro del "Mediterráneo americano", es México el país más robusto de Hispanoamérica, y el que, en consecuencia, puede dar más señales de personalidad propia, aun en medio del desbarajuste general; y eso es todo.

En el libro de Mr. J. W. Gerard —último embajador yanqui en Berlín— *Frente a frente del kaiserismo* (Hodder & Stoughton, 1918), encontramos sobre este particular algunas notas rápidas; notas de diario, que no son más que un comadreo diplomático. El libro ha merecido cierto éxito grueso de oportunidad, y contiene materiales que el historiador aprovechará, pero no ciertamente sobre el punto que aquí exponemos. Si es verdad, como escribe Gerard en abril de 1916, que cincuenta millones de alemanes lloraban todas las noches al ver que México no se levantaba contra los Estados Unidos, habría que convenir en que Alemania cuenta con no menor cifra de ignorantes. Lo único que debemos conservar como hecho absoluto es esto: México constituía, para los Estados Unidos, y desde antes de la Guerra, el más serio problema interamericano; luego era el que más les embarazaba, ante la posibilidad de intervenir en el conflicto europeo. Que Alemania haya soñado con algunos aprovechamientos parciales de semejante situación, también cabe en lo natural.* Pero respecto a la conducta misma de México, ahora, a la

* Sólo en este sentido pueden aceptarse algunos incidentes relatados por Mrs. Alec Tweedie en su libro *México: from Diaz to the Kaiser*, título dictado sin duda por la actualidad, pero no por el rigor histórico.

luz de la posguerra, puede apreciarse hasta qué punto estaba empeñado (aparte de los necesarios egoísmos de un gobierno algo inseguro que iba aprovechando los vientos para no naufragar entre la tormenta) en la solución de sus propias cuestiones sociales. Precisamente las nuevas cuestiones sociales, de orden semejante a las que han aparecido en México, van a ocupar ahora la atención del mundo, y ahora todos las consideramos ya como los verdaderos y definitivos problemas a que la Guerra Europea tenía que conducirnos. Las observaciones episódicas de Gerard sólo ponen de manifiesto el hecho de que México era un embarazo para los Estados Unidos. Ejemplo de la pág. 85: "La declaración publicada en los periódicos americanos de que nuestra Guardia Nacional no puede ser movilizada hacia México por falta de coches-camas ha dado ocasión a muchas burlas, porque aquí suelen ir al frente hasta en carretas." Y el capítulo que se llama "Intrigas alemanas en México" (notas del diario que van de agosto de 1916 a enero de 1917) trata de todo menos de lo que ofrece. Sólo en la pág. 91 recogemos la noticia de que, en 1915 (!), Alemania propuso a Inglaterra una intervención conjunta en México. Pongamos que haya querido decir el autor "hace unos dos años" (1914), en lugar de "el año pasado" (1915): en todo caso, se trataba entonces de una intriga "contra" México, más bien que de una intriga "en" México.

Como parte de la campaña alemana, Kirkpatrick recuerda que, según cierta correspondencia publicada por las autoridades de Washington, el ministro alemán en Buenos Aires habría logrado que el Gobierno argentino solicitara de Chile y Bolivia cierta aproximación para crear una liga antiyanqui. También recuerda el intento del presidente Irigoyen para una conferencia entre los neutrales de América. De este intento debemos decir que llegó "al día siguiente"; en efecto, "un día antes", allá por el 8 de diciembre de 1914, reunidos los representantes de América en el edificio de la Unión Panamericana de Washington, conocieron una Memoria de Mr. Lansing, el secretario de Estado, en que explicaba éste el nuevo concepto de la neutralidad, impuesto por la guerra actual, y la necesidad de abandonar el antiguo régimen jurí-

dico de los neutros, que los condena al simple abstencionismo o pasividad.

Mucho más claro es el caso de las florecientes poblaciones germanoparlantes del sur del Brasil, y allí fue también muy clara y enérgica la decisión del gobierno brasileño, que hasta el régimen de listas negras hizo innecesario. Los emperadores brasileños habían atraído una gran inmigración alemana de 1825 a 1860. Parece que el último censo daba una población de 400,000 colonos alemanes, que vivían en ciudades germanizadas, con iglesias, escuela y prensa propias. La creación de este núcleo era anterior al moderno Imperio Alemán; pero tanto mejor para Alemania, si se lo encontraba ya hecho en su camino. Hasta se pensó en formar una pequeña república, al arrimo de las turbulencias creadas por las luchas de emancipación; pero no se pudo contar con un juego conveniente de los intereses internacionales. Cuando el Uruguay se decidió a captar los barcos alemanes surtos en sus costas y a abandonar la neutralidad, pudo temer una invasión germánica del Sur del Brasil, y solicitó la ayuda eventual de la Argentina para impedirla.

Por otra parte, los emigrados de la revolución alemana de 1848 se habían refugiado en el sur de Chile. Alemania pudo proyectar una base marítima en aquella costa del Pacífico, y en ese sentido pretendía mediar la Liga chileno-germana que se formó en 1916.

Kirkpatrick advierte en Inglaterra como en Francia, en Holanda como en el Japón y los Estados Unidos, cierto movimiento hacia Hispanoamérica, más desinteresado que el simple deseo de aprovechar para la Guerra la situación y recursos de aquellos pueblos, aunque, por fortuna, de acuerdo también con los legítimos intereses de todos. Se trata, dice, del "reconocimiento de la América latina", en que la misma Francia ha sido tardía. Hispanoamérica, continúa, es el país de mañana; es decir, que es joven, por su turbulencia y por el aspecto desconcertante que en ocasiones ofrece a la rutinaria mente europea; joven, por su ingenua imitación de París y por sus hábitos de ostentoso derroche; joven, por un amor propio nacional, que es rasgo típico en el hispanoamericano; "porque el español —añade— tiene todavía una in-

diferencia más altiva que la del inglés respecto a la opinión extranjera sobre su patria".

¿Cuál puede haber sido el efecto de la guerra sobre estos pueblos jóvenes, acostumbrados a depender económicamente del régimen europeo y a recibir hechas las soluciones de muchos problemas de la vida? El enfrentarlos más severamente consigo mismos, con su naturaleza y recursos, dignificando su sentimiento nacional al rectificarlo, y produciendo a la vez una consolidación interna y un resurgimiento del ideal del americanismo, representado simbólicamente en el Cristo de los Andes. Con entusiasmo advierte Kirkpatrick que los americanos solemos hablar de "nuestra América". ¿Qué europeo —se pregunta— podría hablar así de "nuestra Europa"? ... *Et pour cause.* Y sueña con que la Hispanoamérica de mañana cumpla la profecía de Canning, devolviendo su equilibrio al Antiguo Mundo.

Hasta aquí el americanismo. Pero ¿y el panamericanismo? El problema de las relaciones entre las dos razas de América gira en torno a la doctrina Monroe. Si ésta basta para defender a América de las agresiones de Europa, no así de las mismas agresiones de América. "No ha sido poderosa —escribe Kirkpatrick— para proteger al Perú de Chile, o para proteger a México y a Colombia de los Estados Unidos." Y entonces se propone, como un correctivo a estos males, un panamericanismo más eficaz, un régimen parlamentario interamericano fundado en el ánimo de fraternización. Pero ¿puede el panamericanismo tener un pleno sentido político, o sólo un sentido modesto, más o menos ligado a la realidad geográfica?

El economista Pepper advierte que la masa de la población sudamericana ha vivido hasta hoy más bien del régimen atlántico y europeo que no del norteamericano.

Y Kirkpatrick, además, advierte que los mapas de la Unión Panamericana dejan en blanco el Canadá, siendo así que un neoyorkino es menos extranjero en Toronto o en Halifax que en Buenos Aires o Ríojaneiro. Luego algo hay de artificial en el panamericanismo, como, por lo demás, en todas las combinaciones políticas, y así, es natural que unos fíen y otros no fíen en el panamericanismo. Entre es-

tos últimos debe recordarse, en primer término, al escritor yanqui Usher. Finalmente, las semejanzas que entre una y otra porción de América pueden descubrirse se reducen a ser "tierras nuevas", recientemente arrancadas de una metrópoli transatlántica, y más o menos republicanas y democráticas. La suerte del panamericanismo depende, pues, de que los beneficios prácticos que propone sean o no suficientemente poderosos para romper las barreras de raza, lengua, religión o sentimiento filosófico de la vida, derecho, costumbres y tradiciones.

Y la obra acaba recordando el papel que puede tocar a España en este "reconocimiento de América", y con ese ánimo de optimismo internacional característico de los días en que se vio venir el fin de la guerra.

¿1918?

III

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

Tercera Serie

I. SIMPATÍAS. II. EL CINE

Noticia

A) EDICIONES

1. Alfonso Reyes // Simpatías y // Diferencias // Tercera serie // *Monograma A. R.* // Madrid, 1922.—8º 200 págs. e índice. Colofón: Suc. de E. Teodoro, 27 de marzo de 1922.

2. La misma que para las dos series anteriores, págs. 249 a 342 del mismo primer volumen.

B) OBSERVACIONES

a) Primera sección: "Simpatías".

En esta tercera edición, como ya se hizo en la segunda, se suprime el artículo "La serenidad de Amado Nervo" (1914), antes publicado en la *Revista de América*, París, 1914, págs. 193 a 202, bajo el título: "Un libro de Amado Nervo: *Serenidad*", y luego como prólogo al tomo XI de las *Obras Completas* de Amado Nervo, Madrid, Biblioteca Nueva, 1920, págs. 9 a 18. Se suprime igualmente el artículo "El camino de Amado Nervo" (1919), que apareció como prólogo al vol. de Nervo, *El diamante de la inquietud*, Madrid, Biblioteca Nueva [1919], y poco después, como prólogo al vol. XIV de las ya mencionadas *Obras Completas* de A. Nervo, 1920, págs. 9 a 28. Estos dos artículos fueron posteriormente incorporados en el tomito: *Tránsito de Amado Nervo* (Santiago, Ercilla, 1937), donde encuentran su verdadero sitio y donde aparecerán en su oportunidad.

b) Segunda sección: "El Cine".

Casi todas estas notas llevan sus fechas y son anteriores a los artículos de la primera sección. Las primeras aparecieron en *España;* las últimas, en *El Imparcial* de Madrid, sin contar con reproducciones ulteriores.

I. SIMPATÍAS



EL "PERIQUILLO SARNIENTO" Y LA CRÍTICA MEXICANA *

En los albores del siglo XIX, los graves maestros de los Seminarios, ostentando las borlas y los arreos de su ministerio, empuñan el cetro de la literatura oficial. Mientras tanto, la literatura libre se asila en los tenderetes y escondrijos de los libreros: la representan los zumbones redactores del *Diario de México,* los epigramatarios, los críticos desabridillos y alegres. Más tarde, acrecido el tumulto de la revolución, rotos los frenos de la tribuna pública, surgen aquí y allá los periodistas valientes, los portavoces del pensamiento nuevo, luchadores que usan de su pluma como de algo vivo y cotidiano. En este mundo de escaso valor artístico, pero de mucha *letradura,* de mucho ambiente y vitalidad, descuella por el vasto esfuerzo de su obra, por su prestigio moral, y aun por su buena suerte de haber novelado el primero en nuestro país —hasta el punto, al menos, en que fue Cervantes el primero en novelar en lengua española—, José Joaquín Fernández de Lizardi, el constante y honrado "Pensador Mexicano" de las polémicas tenaces y de las ironías sencillas. Como quiera que se lo considere, es un centro. El tomo de la *Antología del Centenario* ** en que figura, parece que se le ha dedicado. En las Conferencias del Centenario† tuvo un lugar de honor.

Carlos González Peña ha dicho con razón que trajo una nota de realismo al mundo artificial y opaco de las poesías pastoriles, animado por una tendencia más moralizadora que estética. Pero trata de demostrar que la novela de Lizardi no deriva de la Picaresca Española, asegurando que los novelistas del siglo de oro "no pretendían filosofar, ni moralizar, ni enseñar". Creemos, por el contrario, que la Novela

* Este artículo se publicó por primera vez en la *Revue Hispanique,* de París (1916, tomo XXXVIII, págs. 232-242).—1922.

** *Antología del Centenario,* bajo la dirección de Justo Sierra, por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, México, 1910, 2 vols.

† Del Ateneo de la Juventud, México, año de 1910.

Picaresca es responsable de nuestro *Periquillo Sarniento;* que de aquellos *Guzmanes* vienen estos *Periquillos*. Sin la Novela Picaresca, ¿qué habría escrito nuestro *Pensador?* La influencia que sobre él ejerció aquélla se descubre hasta en los títulos de sus libros: *La Quijotita y su prima, Don Catrín de la Fachenda*... Y, por otra parte, en el autor del *Lazarillo*, en Espinel y en Cervantes (para no citar sino los nombres a que acude el mismo González Peña) fácil es rastrear las tendencias morales. En el *Lazarillo*, las momentáneas apreciaciones sobre la educación moral del personaje son rapidísimas, pero definitivas: algunas nos asombran aún como profundas intuiciones. En el *Escudero Marcos de Obregón* cada aventura tiene moraleja, y con razón pudiera decirse que es todavía, en cuanto al procedimiento, un libro derivado de la fábula antigua, como el *Conde Lucanor*. En Cervantes, la moralidad o está directamente formulada en algunas *Novelas Ejemplares*, o se halla esparcida como el sol y el aire en las llanuras del *Quijote*, al punto que muchos no ven en este libro sino un símbolo moral. ¡Como si fuera posible desarrollar símbolos que caben en una parábola brevísima a través de las mil y una aventuras de aquella selva de invención! Que si vamos al *Guzmán de Alfarache* —verdadero paradigma del *Periquillo*, como siempre lo ha proclamado la crítica—, descubriremos el aire familiar en lo de sacrificar el episodio al sermón. Salvo que el *Periquillo* deriva de la Novela Española como deriva una copia mediocre de un buen modelo. Salvo que para el novelista español el arte es lo primero (consciente o inconscientemente), en tanto que Lizardi, por tal de sermonear a su antojo, desdeña el arte si le estorba. Porque está, como él mismo dice respondiendo a uno de sus críticos, persuadido de que los lectores para quienes escribe "necesitan que se les den las moralidades mascadas y aun remolidas, para que les tomen el sabor y las puedan pasar; si no, saltan sobre ellas con más ligereza que un venado sobre las yerbas del campo". Sólo que él llamaba "dar las moralidades mascadas y remolidas" a diluirlas enfadosamente en discursos donde se anegan las salteadas anécdotas novelescas. Lesage o Moratín —que quizá gustaban demasiado de este género de cirugía— habrían

propuesto amputar al *Periquillo* de los sermones, como lo propusieron para el *Guzmán de Alfarache*.

Si Lizardi, como los dialoguistas de la Ética, sólo hubiera dado a sus peroraciones el mínimo de escenario novelesco (un plátano junto a un río), no nos habría engañado por lo menos. Pero, supuestas sus dotes de costumbrista, se explica que haya incurrido en la novela.

Lizardi ha venido a ser, con el tiempo, un símbolo histórico: ahí están, todavía, los "léperos" que pintó su pluma; ahí está el Café de Manrique, donde el Periquillo pasó una noche. La ciudad de México —dice Urbina— está reproducida en la obra de Lizardi con una fidelidad de grabado antiguo. El *romance del Periquillo*, como decían entonces, es amado sin ser leído —mucho menos gustado. Pero la gente vulgar, siempre complicada, cree que gusta de él. La popularidad de Lizardi (como novelista, se entiende) es la popularidad de un nombre o, mejor dicho, de un seudónimo. *El Pensador Mexicano* se llamó su periódico; "El Pensador Mexicano" acostumbraba él firmarse; mas la gente vulgar piensa que la posteridad le atribuyó el mote de "Pensador" porque lo era, e ignora que el seudónimo deriva de *El Pensador*, del español Clavijo (1762 en adelante).

El *Periquillo Sarniento* ha tenido estrella. Ha sido, desde la cuna, un libro simbólico, nacional. El día 11 de enero de 1825 publica Lizardi un "aviso" en *El Sol*, invitando a sus amigos a que contribuyan para una nueva edición del *Periquillo*. Por él sabemos que, cuando el Virrey Apodaca prohibió que saliera a luz el cuarto tomo de la obra —porque contenía un ataque a la esclavitud—, los tres tomos anteriores, que se vendían a doce pesos, subieron a veinticinco, treinta, cincuenta y aun sesenta pesos en el mercado.* La obra llevaba en sí, desde ese momento, algo de martirio por la libertad; sufría por los ideales del pueblo: era una obra nacional.

Mas la crítica, que, al andar del tiempo, pudo disimular en el patriota las deficiencias del literato, no siempre le fue benévola entre los contemporáneos.

* Publicóse por primera vez la obra en 1816. Tanto ésta como la segunda edición, sin fecha, constan sólo de los tres primeros volúmenes. La tercera edición, 1830-31, aparece ya completa.

Podemos creer que el primero que conoció el *Periquillo* es José Mariano Beristáin de Souza, puesto que lo ojeó antes de publicado. En Beristáin no hay que confiar mucho: como erudito, se equivoca; como hombre público, flaquea. Bustamante, en el *Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana,* carta VI, ha dicho de él: "El canónigo D. José Mariano Beristáin, aquel Beristáin que pasará a la más remota generación americana por el mayor adulador abyecto que ha nacido en la Puebla de los Ángeles, así como ha pasado Picio por el más feo en México y Esopo en Atenas." Éste, pues, dice, refiriéndose a Lizardi, en su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional o Catálogo y Noticia de los Literatos que, o nacidos o educados o florecientes en la América Septentrional Española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa:*

> Ingenio original, que si hubiera añadido a su aplicación más conocimiento del mundo y de los hombres, y mejor elección de libros, podría merecer, si no el nombre de "Quevedo americano", a lo menos el de "Torres Villarroel mexicano". Ha escrito varios discursos morales, satíricos, misceláneos, con los títulos de *Pensador Mexicano* y de *Alacena de Frioleras;* y tiene entre los dedos la *Vida de Periquito Sarniento,** que, según lo que he visto de ella, tiene semejanza con la del *Guzmán de Alfarache.*

La comparación final se impone casi; todos la han hecho. La que sí es inexplicable es la que nuestros críticos han venido estableciendo entre el *Periquillo* y el *Quijote,* sólo porque en ambos hay algunas escenas libres. Por lo demás, el esfuerzo de Beristáin para no conceder mucho a Lizardi es notorio.

El 18 de diciembre de 1818 publica el *Noticioso General* un "remitido" firmado por 'El Tocayo de Clarita' (ya es sabido que era moda literaria el usar seudónimos; el que con éste firma no ha sido identificado aún). Trátase de un breve cuento crítico cuyo asunto, por infantil, merece callarse. De paso se cita el *Periquillo:*

> Tiene manojos o racimos de sentencias, autoridades y refranes para toda clase de personas; pero principalmente a las

* Léase *Periquillo Sarniento.* Es característico en Beristáin trastrocar los nombres.

del pueblo bajo les habla al alma y las va a buscar por todos los andurriales, cárceles, presidios, hospitales, pulquerías, lupanares, velorios, tabernas, bodegones... con el caritativo fin de que reformen sus depravadas costumbres y se hagan miembros útiles de la sociedad, ya que en toda su vida anterior lo fueron podridos y agusanados.

Creemos notar, bajo estas palabras, una ironía cobarde, recóndita, aunque sea por el exceso de matiz con que pinta la perversión del plebeyo y lo elevado del propósito de redimirlo. Tal propósito es, por otra parte, la general excusa de los autores de la Picaresca. Hernando de Soto lo ha dicho refiriéndose a la *Vida de Guzmán de Alfarache:*

Enseña, por su contrario,
la forma de bien vivir.

Mucho más importantes son las opiniones sobre el *Periquillo* que el mismo periódico publica el día 1º, el 12 y el 15 de febrero de 1819. Fírmalas 'Uno de Tantos', pero el autor es el poblano Terán. Es ésta una página curiosa en la historia de nuestra crítica. Era Terán viejo contrincante de Lizardi y ya, oculto bajo el consabido seudónimo, había atacado su *Calendario;* a lo que Lizardi había contestado diciendo que, por ignorar quién fuera el autor de la censura, se abstenía de responder, pues no sabía si se trataba de "persona suficientemente abonada". Terán escribe: "Por acá (en Puebla) no tenemos la honra de saber otro nombre del autor del *Periquillo* que el de "Pensador Mexicano"... Bajo este aspecto, juzgamos del escritor por sus producciones: del individuo en sus demás relaciones, decimos con Tácito: *nec beneficio, nec injuria cognitus.*" Lo cierto es que Terán y Lizardi se conocían, y que Lizardi llamaba a su crítico *el señor Ranet* y *D. M. T.:* anagrama e iniciales de Terán.

La circunstancia —dice éste— de que Periquillo no escribe sus aventuras con más fin que el de instruir a sus hijos no sirve más que para limitar el campo que debía resultar de la invención; para amortiguar la acción y disminuir su interés. Porque si bien es un objeto de mucha importancia la enseñanza de la jueventud considerada en su totalidad, los *medios* particulares de que un padre se vale privadamente para la de

sus hijos nada interesan al mundo, a no ser muy extraordinarios... Si en los libros encontramos las peores gentes de la sociedad obrando ordinariamente según las vemos, hablando según las oímos, nuestra curiosidad no se excita, y dejamos de sentir el atractivo que en el arte se llama interés.

Además, añade Terán, los episodios en el *Periquillo* son por extremo vulgares,

> se les ve sucios, violentos y degradados... El arte que gobierna toda la obra es el de bosquejar cuadros asquerosos, escenas bajas, para contemplarlos muy despacio, predicar enfadosa y difusamente, y sacar al fin una moralidad trivial, como la única que puede dar de sí el escrutinio de las últimas prostituciones de la canalla... Está en todo muy de manifiesto que las variedades de la acción se determinan expresamente para depositar en ellas las doctrinas...

El "Pensador" es el primero (¡y quiera Dios que el último!, añade) que novela en el idioma de la canalla. Su estilo,

> tan uniforme como en su acción el chorro de una alcantarilla, propio para arrullarnos, se suelta desde el prólogo, dedicatoria y advertencias a los lectores, hasta la última página del tomo tercero... La manía de explicar dilata enfadosamente los períodos: cada frase determina el sentido de la que la antecede, y la recorre exactamente para fijar la acepción de la palabra. Difuso y relajado, le parece que para persuadir es necesario presentarnos la idea con cien construcciones diferentes, y por poco quisiera definirnos cada vocablo en forma de diccionario... Se dirá que este método es propio en un padre que instruye a sus muchachos, y entonces salta otra vez el inconveniente de que semejante invención no es adecuada al desembarazo que debe proporcionarse en el plan un escritor ingenioso para dominar sus materias, y de que el autor del *Periquillo* se esclavizó él mismo, y se ciñó a la empresa de hacer un romance con toda la frialdad de un comentario.

Compara después el *Periquillo* con el *Gil Blas*, por compararlo con algo, pues declara no hallar manera de definirlo en cuanto al género. Tampoco él (como Carlos González Peña) quería incurrir en el paralelo con los nombres clásicos del habla española. Entra después en una disertación de literatura preceptiva (no tan larga y enojosa como pudiera

temerse) para distinguir las varias especies de lo cómico. Señala el desorden y la contradicción que afean, en el *Periquillo*, la propiedad de los caracteres. Y continúa censurando la manía del "Pensador" de que para decir cosas útiles haya que escribir mal:

> Escarrón, el cínico de la literatura, ¿sería capaz de decirnos que, tratando de conciliar su interés particular con la utilidad común, atropella a sabiendas con las reglas del arte cuando le ocurre alguna idea que le parece conveniente poner de este o de otro modo? ¡Esto sí que es insultar a las gentes! El público de Nueva España es, en el concepto de este autor, una congregación de parvulillos, y él una vieja cuentera dispensada de toda regla y arte por la imbecilidad de sus oyentes. ¿Qué utilidad puede encontrar el común de las gentes en que un escritor obre desatinadamente, sin más guía que su capricho y por medios arbitrarios, con el fin (dice él) de ilustrarnos? ¡Luego lo que se escribe con regla y gusto es perdido e insuficiente para nosotros!

Y de propósito he dejado para el fin esta observación de Terán:

> Hablando de lo cómico de esta composición, es preciso notar que falta también, porque los sucesos están tomados en las últimas extremidades de la miseria humana.—No produzco esto por haber visto regla alguna, sino por mi propio sentimiento. Un sepulcro, un calabozo, no pueden presentarse bajo un aspecto ridículo: no me reiré ni divertiré aunque me lo describa Terencio... A estos lugares, en donde la humanidad sufre las últimas desgracias, no debe llegar, naturalmente, la burla del estilo cómico, y sólo la sensibilidad y filosofía son a propósito, con el patético, para pintar cuadros que no deben excitar más que la compasión.

Es verdad; por eso la Novela Picaresca, como conjunto, no nos parece propiamente cómica, sino grotesca, en sus excesos de hambre y de locura. No sabemos, sin embargo, si lo mismo parecería a sus autores: evoluciones de la sensibilidad —ha dicho "Azorín".

En cuanto a Lizardi, se defendió mal, comparando su obra con la de Cervantes. "Ha navegado la obra —dijo— para España, para La Habana y para Portugal, con destino de imprimirse allí; me aseguran que los ingleses la han impreso en su idioma y que, en México, hay un ejemplar." Es

bien sabido que estos datos son los únicos que quedan de la traducción inglesa del *Periquillo*, y de sus reproducciones extranjeras: datos, sin la menor duda, aun por el tono con que están vertidos, hijos de la polémica y de las flaquezas humanas.

Hacia 1832, Tadeo Ortiz, que acostumbraba no leer lo que cita, dijo del *Periquillo*, en su *México considerado como nación independiente y libre:*

> Crítica ingeniosa de ciertas costumbres bizarras de los mexicanos. Es obra de bastante mérito; se encuentran en ella rasgos de originalidad y sátira fina que recuerdan de algún modo muchos de los pasajes del célebre *Don Quijote* y, con particularidad, del *Guzmán de Alfarache.*

A título de curiosidad notaremos que Lorenzo de Zavala, en su conocido *Ensayo histórico de las Revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, donde sólo habla de la labor política del "Pensador", le llama "Pedro" en vez de "Joaquín".

En el mundo de la literatura nacional, Ignacio Ramírez, el "Nigromante", es otro símbolo. Su discurso sobre el "Pensador", leído en el Liceo Hidalgo, está lleno de soltura y brío; empieza con lejanas evocaciones de Berceo, echadas a perder por las aplicaciones de actualidad política. Podemos creer que, en estas evocaciones clásicas, como en el lirismo de su estilo, los hombres de su época lo admiraban sin entenderlo. Corre el discurso inspirado por la fantasía y por la musa política del partido; corre como río de fuego y sueño, donde truenan y se atropellan imágenes gallardas y vigorosos cuadros históricos. Y tras de fulminaciones irónicas, y tras de equivocadísimas generalizaciones (a que era tan desordenadamente afecto) define su crítica en estos términos:

> No hay que confundir al revolucionario con el artista, ni aun en el caso de que ambas vocaciones se presenten juntas... El disertador que hoy nos parece fastidioso; el novelista que hoy no competiría con Sosa; el periodista, inferior a la *Voz de México;* el más humilde, aunque el primero de nuestros

panfletarios; el "Pensador Mexicano", propone cuestiones que medio siglo después hemos resuelto.

¡Ojalá fuera verdad esto último!

Guillermo Prieto, poco crítico, casi acusa de traición a la patria a los censores del *Periquillo*. Su preocupación patriótica, sin embargo, le arranca una frase elocuente:

> Es —dice del *Periquillo*— el libro-anatema contra los vicios de la Colonia, y la justificación más fundada de nuestra Independencia.

Altamirano lo compara con el *Quijote, Rinconete y Cortadillo,* el *Guzmán de Alfarache, Lazarillo de Tormes,* el *Gran Tacaño* y el *Gil Blas.* Hay algo de confusión en esto de citar tantos libros: ellos, entre sí, difieren ya profundamente.

Pimentel, que parecería el indicado para hacer el panegírico del *Periquillo* desde el punto de vista estético, lo juzga duramente.

> En lugar de dar reglas de moral por medio de la acción como corresponde a la novela, Fernández Lizardi se distrae en disertaciones y pláticas interminables, verdaderamente fastidiosas, como que están fuera de lugar, como que no corresponden a una obra cuya base esencial debe ser el entretenimiento . . .

Lo que es la obra de Walter Scott para la Edad Media —dice—, lo es el *Periquillo* para nuestra historia colonial. Entra después en *pequeñismos* muy de su gusto, como el discutir si *perra, gata* y *burra* son o no palabras nobles. (Disculpémoslo, en memoria de Longino y de los preceptos semejantes que expone.) Contra alguna defensa del estilo de Lizardi hecha por Altamirano, hace notar Pimentel, atinadamente, que los giros bajos y las frases equivocadas no sólo se hallan en boca de los personajes, sino en los monólogos del autor: lo que mata toda excusa posible en nombre del costumbrismo o realismo.

Sánchez Mármol dice en *Las letras patrias:*

> Don José Joaquín Fernández de Lizardi es el fundador de la novela netamente nacional. El *Periquillo* y la *Quijotita,* sus capitales producciones, vivirán como monumento imperecede-

ro de la sociedad mexicana, tal cual España la dejó educada. La primera no tiene menos valor para nosotros que el que para ésta el *Gil Blas;* la *Quijotita* es muestra viva del producto de la educación femenina de aquellos tiempos: indigesto amasijo de vanidad, falsa cultura y mentida religiosidad. Ambos son documentos histórico-sociológicos de inestimable precio.

Don Luis González Obregón (cuyo estudio sobre el "Pensador", publicado en 1888, no tiene, por otra parte, pretensiones críticas, sino que es un trabajo de documentación bio-bibliográfica) ha pronunciado francamente la palabra "genio" a propósito del *Periquillo.* Los ataques al "Pensador" fueron tan rudos, tan inicuas las persecuciones que padeció, que con razón el biógrafo, tras de andar entre los recuerdos de la época, se hace (encarándose con las figuras de la historia) ciego defensor del hombre que tuvo tan ciegos enemigos.

En la *Antología del Centenario,* desgraciadamente interrumpida, Luis G. Urbina, con su humanísimo sentimiento del ambiente nacional, ha dicho:

> El *Periquillo Sarniento* es un cuadro completo de la existencia colonial, de la que nos quedan, todavía, vestigios característicos. Es la historia de un mexicano de entonces ... ¡ay! y de muchos de hoy.

1914.

UN "PORFIRIANO": EL MAESTRO SÁNCHEZ MÁRMOL

† 6 de marzo de 1912.

ACUDAMOS a esta memoria que se desvanece. Lo están olvidando, sobre todo, los jóvenes, que son los que llevan la voz.

El maestro Manuel Sánchez Mármol nació en Tabasco (1839); estudió derecho en Yucatán; lo hicieron abogado en Chiapas. De esta época de su vida se refieren anécdotas que él no quería autorizar con su recuerdo: herejías, travesuras y mocedades. En Yucatán formó una sociedad, "La Concordia"; era su órgano *La Guirnalda*. Con Peón Contreras, que le daba hospitalidad en su casa, y con Manuel Roque Castellanos, publicó *La Burla,* periódico atrevido y pullista; llenó a la sociedad de censuras el nuevo periódico, y de inquietudes al Gobierno, que al fin decidió suprimirlo. Es anterior a *La Orquesta* y a *La Sombra,* de México, las célebres hojas del género. Sánchez Mármol se asoció después a Regil y Peón para formar una antología de poetas yucatecos y tabasqueños (1861). Acaso puso él algunas notas críticas. No las he leído: las oigo calificar de excesivas en el elogio, y así debe de ser, porque él era hombre muy bondadoso. Colaboró con poesías y artículos en el *Álbum Yucateco,* y algo menos en el *Repertorio Pintoresco,* que fue creación suya y de Crescencio Carrillo, el que más tarde llegó a obispo. Ya andaba Sánchez Mármol para entonces metido en los peroles del diablo, en la pez hirviente de la política. Tenía que ser; él mismo ha dicho muchos años después: "En un país como el nuestro, el hombre de letras, si no es rico, ha de considerarse como adscrito a la política. Y la política no tiene entrañas. Busca resultados de conjunto, de totalidad; es justa expletivamente." Fue después regidor del Ayuntamiento de Mérida y, cuando la intervención francesa, como era puro y liberal, sirvió de secretario al coronel Méndez, caudillo tabasqueño. Publicó el *Águila Az-*

teca, periódico que fue el estandarte de la causa y al que dedica en su novela *Antón Pérez* una frase de recuerdo. Si de sus buenos servicios no queda noticia en los partes e informes de Méndez, es porque el propio Sánchez Mármol los redactaba. Fue secretario de Gobierno en Tabasco, donde se aburría redactando el *Diario Oficial.* Con Santa Ana, el malogrado poeta, y con Arcadio Zentella, fundó después *El Radical.* Y fue luego diputado al Congreso de la Unión, ya por Tabasco, ya por Vera Cruz. Siguió a Iglesias en su desastre (1876), como algunos otros literatos. Y cuando pasó la época flúida de las alarmas políticas y vino la solidificación del régimen porfiriano, se durmió en la curul de diputado por muchos años. Un día lo despertaron del sueño; sintió vagamente que lo trasladaban a otra sala más silenciosa, a otra silla más holgada y más muelle: es que lo habían hecho senador. Siguió durmiendo. Cuando despertó de nuevo estaba muerto.

Entretanto, había sido redactor de *El Siglo XIX,* como también lo recuerda en el *Antón Pérez,* y colaboraba bajo el seudónimo de "Cándido" en *El Federalista.* (No os equivoquéis: el seudónimo viene de Voltaire.) Su literatura se orientó definitivamente hacia la prosa. Y amén de discursos, cuentos sueltos, mucho periodismo político, algún proyecto de Código y otros pecados semejantes, escribió, como obras centrales, *El brindis de Navidad,* novela corta en que hace intervenir al poeta Manuel Carpio, *Pocahontas, Juanita Sousa, Antón Pérez, Previvida,* novelas todas; *Las letras patrias,* libro de historia literaria; y últimamente, un elogio fúnebre de Peón Contreras, demasiado académico.

En *Juanita Sousa* sólo nos interesa, porque sirve para entender al autor, el retrato del Dr. Nolasco, cuyos labios nunca negaron una sonrisa de compasión a las mayores flaquezas, y que aun llegaba a absolver —en su fuero interno, por supuesto— las más monstruosas aberraciones de la conciencia. *Antón Pérez* es una novela que aprovecha las facilidades amenas del regionalismo: razas, tipos, trajes. Es un "episodio nacional". Pero Sánchez Mármol carecía de invención, y el libro resulta algo fatigoso. Acaso Sánchez Mármol hubiera encontrado su verdadero camino en el cuen-

to breve y picaresco. A lo menos, los sabía contar muy bien en la conversación, dato, por lo demás, engañoso. *Previvida* es obra de vejez; pero, a veces, no lo parece: ansia de viajes, imaginaciones fantásticas, ambiente de Cosmópolis . . .

En la Escuela Preparatoria, leía Sánchez Mármol historia de México, y después charlaba sobre literatura. Allí le conocí. Era menor que Don Porfirio, pero estaba muy acabado. Iba siempre afeitado, y usaba unos espejuelos de arillo de oro; tenía la sangre a flor de epidermis, la boca senilmente fruncida; una cabecita de garbanzo que temblaba delicadamente. Bajo de cuerpo, nervioso; por mentir vigor, andaba como a saltitos, se movía como con resortes y a pasos muy cortos. Había que ofrecerle el brazo desde el zaguán; de otro modo, no entraba en el aula. Era muy limpio. Se ponía unos chalecos rojos. Calzaba a la moda vieja, como si fuera militar. Por burla, afectaba juventud. Al tomar el coche, le gritaba siempre al cochero, para que lo oyéramos los muchachos:

—¡A casa de la Fulana!—. Quería decir: "Al Senado."

Era aficionado a la buena música. Tenía una copiosa biblioteca. Lo íbamos a ver a su estudio y nos hablaba con una cordialidad infinita. Sentado detrás de su escritorio, los pies sobre una piel de lagarto, contando aquellas historias, aquellas cosas que él sabía . . . Siempre tan cortés y tan bueno, tan exquisito.

Tenía yo no sé qué de hombre a quien se le ha olvidado el mundo. A no haber vivido tantos años, se habrían olvidado de hacerle senador y académico de la lengua. Él era modesto; pero gustaba de sus títulos por elegancia de estilo: "Señor senador, señor académico"; eso suena bien. Vivió mucho, por no encontrar cosa mejor. Vivió tanto, que ya no tenía enemigos.

Amigo de la juventud, la amaba como a una mujer. Inclinado siempre a sus novedades, no se fue sin asomarse a Ibsen y a Nietzsche. Un mes más, y se hubiera metido en Bergson. Tenía una dolencia literaria: más que nada, a él lo que le gustaba era la buena conversación y dejar que el tiempo corriera. Su picardía de conversador era de cepa, y todo él, como un romano decadente. Ni la reuma ni los alifafes le

faltaban. Hubiera ído a Bahía a tomar sus baños de mar, y le hubiera dado muy buenos consejos a la marisabidilla Leucónoe. Y por aquel su materialismo elegante y su inextinguible jovialidad —latente bajo las cenizas de su estoicismo— estaba dispuesto a perdonar. A los demás como a sí propio. Era virtuoso: le gustaba recitar el *Integer vitae;* pero, como muchos de nuestros ancianos del tiempo, lo era a la manera de Séneca, que solía callar ante Nerón. En su juventud, pretendió combatir errores; después, desconfió de la verdad. A sus discípulos nos enseñaba a recitar de memoria la *Epístola Moral,* en tercetos de oro.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

I

HOJEANDO los viejos diarios madrileños, allá por los años en que el mexicano Gaona comenzaba a torear en Tetuán de las Victorias, sorprende encontrarse con la noticia de algún banquete ofrecido a Ramón Gómez de la Serna, y esto no por su "primer" libro, como de su edad pudiera inferirse, sino para celebrar la aparición de su "último" libro.

Gómez de la Serna ha sido precoz: apenas comienza a disfrutar las ventajas de una edad aceptable, y lleva ya publicados numerosos libros, folletos y hojas volantes en el escandaloso tipo de los "extraordinarios". Es capaz de todo: un día publicará en postales y en hojas de papel de fumar.

El formato, el espesor, el material y la letra, los dibujos de Bartolozzi (mujeres desnudas y feas, antifaces, rejas cabalísticas, tableros de ajedrez), todo da a sus libros un aire inconfundible. Su cara, armada de la pipa, aparece de cuando en cuando a guisa de mayúscula capitular, o bien alterna, a los comienzos de párrafo, con la marca de su mano abierta: una mano regordeta y sin elegancia, que ha probado ya ser muy buena para de almirez, entre las tormentas de cierto festejo literario. Como dos compases magnéticos, la cara y la mano aparecen y desaparecen, y al cabo producen el malestar de una positiva presencia humana, casi la impresión de un contacto. Incomodan y atraen a un tiempo, verdadero rompecabezas psicológico.

—Gómez de la Serna —observa Icaza— es hombre que dice todo lo que se le ocurre, escribe todo lo que dice, publica todo lo que escribe y obsequia todo lo que publica.

Gómez de la Serna puede pagarse sus caprichos y manías de coleccionista. Además, cultiva la tertulia.

II

Hijo de familia —con probables escapatorias—, es un acabado madrileño por sus hábitos y su mentalidad misma, con las depuraciones del exquisito talento propio, claro está. Vive en un barrio que no carece de color, muy cerca de los manicomios de libros viejos.

A los madrileños llaman gatos. Éste lo es en muchos sentidos (no obstante su expresa desconfianza por los animales de Baudelaire), aun en el amor a su rincón —amor siempre compatible con la ronda nocturna—, y por lo bien envuelto y voluptuosamente arropado que está dentro de sí mismo y de su pequeño y cargadísimo estudio.

Su estudio es famoso: toda clase de "cachivaches" lo amueblan, cuelgan de los muros, trepan hasta el techo. Cuadros y telas, candiles, esculturas africanas, "peponas" sin ojos, un museo de muñecos rotos, objetos de cocina y de magia. Una chimenea de tubo, huérfana encontrada en el fondo de las noches de enero, se yergue en un ángulo, a modo de guerrero de bronce. No hay cosa estrambótica que no tenga allí su representación, al lado de muchas cosas bellas; de suerte que la majestad de una cabeza italiana contrasta con la estupidez de un zapato impar. Diminuta imagen del Rastro, *bric-à-brac* de moda muy atrasada (época de Eugène Sue) y de todo punto anterior a las teorías microbianas de Pasteur.

El rincón es digno del gato, y el gato halla en él una objetivación de su alma. Aunque abráis la puerta y la ventana, aquél es un cuarto cerrado y díscolo. Y conste, a todo esto, que Ramón es hombre de jovialidad y cortesía encantadoras y espontáneas. Pero todo aquel ambiente en que vive —así como la lengua en que están escritos sus libros— resulta un exceso antihigiénico de individualismo. Es el punto más distante de Grecia, sin salir del Mediterráneo.

III

Él es un muchacho de corte espeso, ojos inevitables, ancho de facciones, cara eficaz y patilluda, donde mi amigo

Acevedo quería ver una semejanza del joven Fernando VII o un parecido de picador de toros.

¿Cómo definir a este escritor? Si la literatura española fuera (y no es improbable) de madera de pino; si los nudos del pino fueran un esfuerzo natural para concentrar la fibra y transformarla en ébano puro; si el gusto general, por otra parte, fuese para esta literatura lo que a la madera es la sierra, entonces Gómez de la Serna sería uno de esos nudos rebeldes que se niegan a correr al hilo del pino, haciendo que la sierra del artesano se rompa los dientes y rechine de rabia.

IV

Ignoro los orígenes prehistóricos de Ramón. Sé que entre sus inventores figura el nigromante Silverio Lanza. Me cuentan que Ramón se presentó un día en el Ateneo y leyó una "cosa", y se oyeron varios rechinidos.

Desde aquel día, los perezosos ingenios de Madrid hubieran querido arrumbar al joven escritor en el armario de los trastos inútiles. La solución más cómoda es ésa: nada es mejor que liquidar cuentas, que enterrar a los muertos. Por eso dice Pío Baroja, el impío, que la defunción de un amigo íntimo le llena de placer. Esta vaga impresión de alivio ya la había confesado hace muchos años George Bernard Shaw. Tal es la causa de muchos entierros literarios prematuros.

Pero nada hay más amargo que la certeza de que algunos muertos resucitan, y que un día las vamos a pagar todas juntas. Ramón, desde sus catacumbas, iba minando la ciudad con una sorda y poderosa alegría. Arriba no se oía casi nada. Pero un buen día . . .

V

El *Antiguo Café y Botillería de Pombo* —la "Sagrada Cripta de Pombo", como le llaman sus adeptos— se abre disimuladamente en la calle de Carretas, entre el edificio de la Gobernación que mira a la Puerta del Sol, y el viejo edificio de Correos, "oscuro como boca de lobo". Como lo

ha notado su sacerdote, Pombo desaparece durante el día; en el tráfago de la bulliciosa calle, esconde la cara. De noche se enciende —reliquia de los viejos tiempos—, con un lujo deteriorado y algo sucio de espejos congelados, mesitas de mármol y bancos de terciopelo rojo pegados al muro.

Pombo es uno de esos cafés honrados a los que pueden concurrir las señoras solas (pero no sólo las señoras, que sería otra suerte de inmoralidad). "Azorín" sorprendió un día en Pombo a doña Pendendo, reverenda señora.

¿Quién es doña Pendendo? El nombre es una creación ridícula, combinación de sonidos españoles hecha por una oreja extranjera. La persona —quizá vestida de negro, con un abultado guardapelo marital en el pecho— pide chocolate con "picatoste" o helados de arroz, y representa una vejez reacia, dura, pétrea, de España.

Pombo es un café viejo, merecedor del mayor respeto. Los pombianos creen siempre "codearse" con el espectro de Goya. El espectro entra por una puertecilla lateral que da a una calleja inverosímil, y adelanta —ya cojirrenco— a cortos pasos: entre el florón de la corbata y el cuello, sale a luz el cardo de la cara, la cara arrugada, terca en su amor de cosas grotescas.

Éste es el recinto nocturno de Gómez de la Serna. Aquí ha organizado y celebra desde tiempo inmemorial su tertulia del sábado. (Del sábado, del sábado del hortera, porque —dice él— hay que sentirse muy hortera del mundo.) El nombre de Pombo figura en sus tarjetas, y un dibujo sutilizado de la araña de gas de Pombo aparece en su papel de cartas. Se le puede escribir a Pombo, enviarle a Pombo los aguinaldos de Navidad o los padrinos para un duelo. Cuando publica un libro, hace la distribución desde Pombo. Se sienta, rodeado de los suyos, en un rinconcito, junto a una mesa que tiene las delicadas proporciones de un ataúd. Desde allí ve desfilar el tiempo, ve pasar a la Muerte disfrazada de camarero, ve pasar a doña Pendendo, a Goya, a la de los ojos coléricos y al de la barba despeinada. Da banquetes de cuando en cuando —banquetes organizados por la comisión: R. G. de la Serna, Ramón G. de la S., Ramón Gómez de la S., etc.—; publica proclamas. Lleva un regis-

tro en que firman todos los tertulianos. Es una de las últimas tertulias que quedan, y los guías la muestran a los forasteros (desde lejos) como una supervivencia.

Por allí ha pasado el fantasma de Larra; allí estuvo, no hace mucho tiempo, Picasso, y también Madame Fernandèz, directora, como todo el mundo sabe, de los modelos de La Maison de France.

Tres hombres dan carácter a esta tertulia: uno, el gran Ramón; otro, Bartolozzi; otro, Romero Calvet. Estos dos, a fuerza de representar la tertulia en sus dibujos, le han comunicado cierto perfil, ayudándonos, con su genio gráfico, a percibir su verdadero sentido. Bartolozzi pone a los contertulios con altos cubiletes de seda de los tiempos románticos. Romero Calvet dibuja la máscara noctura de la ciudad, y abajo, muy abajo, en la sexta o séptima capa subterránea, la Cripta de Pombo, abriendo su gran boca de luz sobre una avenida de charcos. Allí, como larvas, se agolpan unas figurillas humanas, piojos de la noche de Madrid, gran madrastra de gatos y diablos cojuelos por los tejados.

Pombo es una realidad trascendente, no se le puede olvidar. Las proclamas de Pombo hablan siempre de los Iscariotes, de los infieles y de los buenos apóstoles: recuerdan la manía persecutoria de los profetas. ¿Qué tragedia se esconde en Pombo? ¿Quién los ha vendido? ¿Por qué le exigen a uno ese compromiso sagrado de la firma en cuanto se acerca? Yo tiemblo . . . ¿Si se tratará realmente de minar la ciudad? ¡Y pensar que en la mesa próxima doña Pendendo apura, tranquilamente, con obesos sorbos, su helado de arroz!

VI

Ya habréis advertido que Gómez de la Serna tiene todos los "no sé qués" de Feijóo (o de Fénelon): algo de hipnotismo, algo de pesadilla funesta y algo de elocuencia genial. Desde luego, en el sentido "pasatista" de la palabra, no es escritor: carece de urdimbre y cohesión. Todo él es instinto, entendiéndolo sin mala intención. Sus incursiones en la cultura son volubles y personales. No explica nunca una idea, sino que la padece, se acalambra debajo de ella y deja

—de su tortura— una huella sobre el papel. Es españolísimo: unos nervios de cien mil voltios y, como reza un romance inédito: "Anatema sea el cerebro".

Cuando comenzó a escribir no hacía caso de las palabras. Las arrojaba unas contra otras y, entre tropiezos, lograba imitar con ellas sus emociones inefables. Devolvía su confusión a las cosas, no con la segunda intención de Mallarmé, sino con una inconsciencia de iluminado.

Ha dejado muchos intentos (dramas, cuentos, dichos), todos valiosos y que no se pueden leer sin el escalofrío del arte. Gustan y hacen daño, como todo lo que reposa en una inadecuación sutil. Y quizás a la larga maten.

Poco a poco, Gómez de la Serna parece convencerse de que no podrá "desarrollar" una acción. Sus acciones son escenitas soldadas artificialmente, como lo serían las cintas del cinematógrafo sin el parpadeo de ese misterioso interruptor metálico. Y ni él ni las palabras —tan leales— quieren resignarse a esta penosa tarea de adición. Se cansan a la cuarta línea uno y otras. Y entonces el escritor se va convenciendo de que tiene que escribir a chispazos, a frases como toques eléctricos, a golpes de lucha japonesa.

Al mismo tiempo, una extraña especie de misticismo lo va dominando: todo él se siente untado en las cosas, en los objetos, en esos trebejos cotidianos que empiedran la vida —y la madrileña sobre todo—, en los mil y un juguetes trágicos que pueblan su célula de abeja paciente. Su cara, su pipa, su mano de sortija negra, el hoyuelo de la vecina, el grito del farolillo de gas que se apaga y pide favor, lo van atrayendo, polarizando paulatinamente toda su voluntad estética. Puede pasarse todo un día viendo volar una mosca o gesticulando ante el espejo. Se abandona en las cosas con ese pavor delicioso del que sabe asustarse solo. Las cosas alargan tentáculos hacia él y van a absorberlo.

Ya para entonces la lealtad de las palabras le ha impuesto un estilo, un corte de frase y una adjetivación muy suyos. No es que él haya acabado por ajustarse al lenguaje, sino que el lenguaje, a tanto insistir, ha abierto una brecha por su espíritu, penetra por él como un golpe de viento, y se roba sobre sus cien alas todo lo que puede.

Pero si Ramón se alarga, si quiere soldar una idea con otra, entonces todo se pone mal y todo se lo lleva el diablo. Sus obras perfectas no duran más allá de las siete líneas. La línea número ocho es el punto crítico de disgregación. Después, la máquina se resiste o se para.

Así condicionado, Gómez de la Serna es dueño de un arma que parece un alfiler, y es capaz de crucificar con ella todos los insectos; sólo que no puede servirle como cincel de labrar estatuas.

Se interesa cada vez más en las cosas que le rodean. Ya oye la canción del vino en las botellas o el diálogo de amoroso despecho (nuevo requiebro entre Horacio y Lidia) del caballo y la sota de la baraja; ya le salta el pulso presintiendo que el reloj va a dar las trece de la noche. Por toda su obra posterior hay un vago susto de que el corazón se le ahogue; la vida le parece una burbuja muy tenue que un suspiro puede deshacer.

VII

Y andando por esas calles de Dios, da con el Rastro. Es el Rastro un mercado de baratijas donde caen, como en remolino, todos los desechos de la ciudad: desde la tarjeta de visita con el pico doblado —pasando por el retratito con dedicatoria, "el guante impar y el ramillete seco", la joya perdida que no se perdió, el abanico deshilachado y cansado de hipocresías, la peluca vieja, pero todavía enamorada; los hierros gastados, sin ley de accidentes del trabajo que los recompense en su desgracia; el mueble de entalle que nació antiguo— hasta la trompa de locomotora o el ancla de buque: súbitos elefantes del Rastro, venidos no se sabe de dónde.

En el Rastro cree ver Gómez de la Serna el comienzo y el acabamiento del mundo, con una filosofía parecida a la de Quevedo. Y al Rastro dedica todo un libro, que yo pienso que durará. Ha encontrado así su asunto y su estilo. En adelante, toda su obra gira en torno a temas como éste. La fortaleza de la crítica se le va rindiendo almena por almena. Ventura García Calderón me hacía notar las semejanzas fortuitas de Gómez de la Serna con Francis Poictevin, "este

contemporáneo del naturalismo que presintió todas las delicuescencias".

De tiempo atrás, Ramón venía publicando en los periódicos breves humoradas, a las que, de acuerdo con su método "inintelectual", había dado el nombre de "greguerías", —familiarmente, "gregues". La greguería es la unidad de su pensamiento, su milímetro intelectual, su "llave" de jiujitsu. Y ahora que ha reunido sus greguerías en un grueso volumen, tienen un aspecto formidable; son como un ejército de hormigas voladoras que pueden comerse una ciudad; son una polilla voraz que ha caído sobre las cosechas de la tierra. Parecen una colección de espinas microscópicas: cada una nos clava su punzada, por siempre y para siempre.

Van a ser de fijo muy imitadas; lo han sido ya, según dice el prólogo. A veces quisiera uno plagiarlas. Yo he pensado seriamente en hacerlo con toda regularidad y mesura, aunque urbanizándolas un poco: en robarles la almendra, y regarapiñarla después a mi modo y a mi gusto. Muchos, que no lo confiesan, sienten lo mismo.

VIII

Tiene uno sus aficiones, sus costumbres. Matthew Arnold se sorprendía a veces recitando un trozo de Maurice de Guérin *(Les dieux jaloux ont enfoui quelque part les témoignages de la descendance des choses . . .)*; y yo suelo recordar en las conversaciones los cuentos crueles de Villiers de l'Isle-Adam. Un día me hacía notar Díez-Canedo que estos cuentos resultan mejor para contados que para leídos; el "desarrollo" les hace daño; el asunto lo es todo. Gómez de la Serna ha descubierto el secreto para sí: todo es greguería, dice, aunque algunas veces —las más— nos la dan hinchada o abortada; nuestra alma, vista al microscopio, resulta hecha de greguerías.

Psicólogo de las cosas, le ha llamado "Azorín": "Azorín", que, el 22 de noviembre de 1903, publicaba, en *Alma Española*, cierta preciosa notícula sobre la filosofía de las cosas, que puede considerarse como un antecedente teórico de la greguería.

Pero creo que se equivoca "Azorín" dando a Gómez de la Serna por representante de la España Niña literaria; Ramón sólo se representa a sí mismo. Y creo, además, que "Azorín" exagera recomendando la lectura de las greguerías a los niños.

—No, "Azorín": Rousseau no quiere despertar en los niños ciertas sensibilidades que para nada van a servirles; para eso se han creado las universidades sajonas, cuyo objeto es embrutecer un poco y formar el callo. Además, ¿no es verdad que las greguerías están enfermas de una dolencia verde, de un mal contagioso, español, católico y medieval? Dejémoslas para las personas mayores, "Azorín": ¡Qué idea de nutrir a la descendencia con ajenjo!

IX

Ramón:

Hijo de tu pueblo, golfo intelectual de la Villa y Corte: bajo la gorra sospechosa de tu ironía, te veo escabullirte, saltando sobre el "Carolus" de la calle empedrada, con la navaja de escribir en la mano. Sólo tú sabes por dónde se está desangrando, gota a gota, el corazón de Madrid.

Enero, 1918.

RÉMY DE GOURMONT Y LA LENGUA ESPAÑOLA

La muerte de Rémy de Gourmont provoca opiniones encontradas. El artículo de "Azorín" (*ABC* del 15 de octubre) es elogioso; su nota más aguda está en la definición de Gourmont como representante de la extrema izquierda en la literatura francesa no oficial. En la extrema derecha —dice "Azorín"— está nuestro amigo Charles Maurras. El artículo de *España* (7 de octubre) es una semblanza crítica más completa, y tiene un velado tono de censura. Como dice su mismo autor —Díez-Canedo— el artículo padece por su exceso de condensación. Ni Canedo —ni yo por de contado— estamos contra Rémy de Gourmont, gran maestro de todos. Por ahora no me interesa la apreciación general de su obra, sino sólo la de sus relaciones con España y con nuestra lengua.

Dice "Azorín":

> Su muerte será sentida en España y en todos los países de lengua castellana. Amaba Gourmont toda nueva manifestación de la estética. ¡No en balde la única página que hay, en su obra, dedicada a los clásicos castellanos, página excelente, está consagrada a D. Luis de Góngora!

Y dice Canedo:

> ¿Supo Rémy de Gourmont algo de España? En un artículo acerca de la campaña de Marruecos mencionaba a un "general Restinga", que se hizo famoso. En el prólogo a un libro de versos en castellano, tomó por flexibilización de nuestra lengua la jerga afrancesada de ciertos escritores... Firmó la versión francesa de *La gloria de don Ramiro,* de Rodríguez Larreta. En cuanto escribió referente a España no puso ni amor ni conocimiento.

Estas opiniones le atrajeron a Canedo una polémica sin objeto. Es evidente que, como escribe Antonio Castro Leal en el mejor artículo necrológico sobre Gourmont que hasta hoy he leído, la crítica de éste chocaba en los dos clásicos escollos de la crítica francesa: Inglaterra, España. Ni esto

quiere decir que falten en Francia maestros de hispanismo —y de los mayores; mayores desde luego, para mi gusto, que los de otras naciones no españolas—, ni quiere decir que por sólo esto se reduzca a nada la grande obra de Gourmont.

Examinemos los puntos:

El 1º de agosto de 1911, publicó *Le Temps* un artículo de Gourmont (después recogido en volumen) llamado: *Góngora et le Gongorisme.* Con el mismo nombre se había publicado ese mismo año en París un libro de Lucien-Paul Thomas, el segundo que este autor dedica al estudio del cultismo español (L-P. Thomas, *Góngora et le Gongorisme considerés dans leurs rapports avec le Marinisme,* París, Champion, 1911.) En el curso de su artículo, Gourmont protege con un par de menciones el libro de Thomas. El artículo consta de 338 líneas, de las cuales sólo unas 70 son, verdaderamente, hijas de la pluma de Gourmont. ¿Qué es el resto? Un resumen —más o menos exacto— de la obra de Thomas. Hasta las traducciones de poesías y documentos gongorinos que Gourmont cita proceden de Thomas, con un que otro ligero toque de estilo, en que se advierte el temor de alterar un texto cuyo sentido original se ignora. ¿A qué se reduce la quinta parte que Gourmont puso de su minerva? Comienza el artículo con un párrafo en que el crítico declara su afición a los "malhechores de la literatura", a los revolucionarios del gusto; y juguetea sobre los motivos del buen gusto y del mal gusto —tema de un debate entre Bouvard y Pécuchet— con su gracia y su finura habituales. A continuación comienza lo que podemos llamar reseña bibliográfica del libro de Thomas, sólo interrumpida, de cuando en cuando, por alguna observación ingeniosa, de esas que escapan inconscientemente a todo escritor verdadero, aun cuando le encarguen una reseña de compromiso. A saber: un chiste de Dumas sobre el Manzanares; una alusión, insípida, a la historia contemporánea de Larache; una buena observación sobre Théophile Gautier y el abuso de la imagen continuada; una paradoja inteligente sobre el gusto como elemento corruptor; una discreta comparación entre la frase del Marino: *Umano ufficio é veramente il pianto,* y la conocida de Rabelais; una mención de la imagen cosmográ-

fica en la poesía de Hugo; otra, instantánea y perfecta —como él sabía— sobre la boca de la maja desnuda; y, en fin, un acercamiento, meramente nominal, por desgracia, entre Góngora y Mallarmé. Me hubiera complacido verlo extenderse en este punto, que de tiempo atrás había tentado mi curiosidad. Todo esto, como se ve, es muy bueno, pero no es español. Gourmont no puso de su cosecha más que materiales ajenos al asunto por estudiar: a Góngora y el gongorismo. La explicación de esto nos la da el mismo Gourmont, cuando —en una de sus genialidades— exclama: "¿Escribir sobre lo que uno conoce? ¡Qué aburrimiento! Yo siempre descubro los asuntos al tiempo de escribir sobre ellos."

¿Cumplió Gourmont, al menos, como reseñador de la obra de Thomas? He aquí lo más grave de la cuestión: Gourmont equivocó, de polo a polo, el sentido de esa obra. Dice en su artículo que Góngora recibió influencias del Marino, en quien aprendió el arte de la imagen continuada. Ahora bien: el objeto de la obra de Thomas es, precisamente, considerar el tanto exacto de las relaciones entre el gongorismo y el marinismo, y sus conclusiones, las siguientes:

> Su imitación (la de Góngora) pocas veces se refiere a los contemporáneos; no se preocupa de las famosas *Rimas* que Marino publica hacia 1602, y apenas si se encuentran, a veces, en su obra —que conserva el mismo carácter hasta 1610— algunas dudosas huellas de influencia marinesca. (Páginas 151-152.)

Y más adelante:

> Comparado a los poemas de Stigliani y del Marino sobre el mismo asunto, el *Polifemo* de Góngora aparece libre de toda influencia italiana contemporánea.

El proceso de estas conclusiones puede seguirse por toda la obra. Investigador tan concienzudo como Adolphe Coster, en su reciente obra sobre Gracián (*Revue Hispanique,* t. XXIX, núm. 76), se dispensa justamente de estudiar el marinismo como fuente posible del gongorismo, porque —dice— "parece bien establecido que Marino . . . aunque haya sido contemporáneo de Góngora, no pudo ejercer sobre este último la menor influencia". Y en una nota: "Así lo ha demostra-

do suficientemente L-P. Thomas en su estudio sobre *Góngora y el gongorismo . . .*" (pág. 580, texto y nota 1).

Tal es el artículo que Gourmont ha consagrado a Góngora. En el suplemento literario del *Times*, de Londres, se publican semanariamente más de quince reseñas de libros, menos ambiciosas —ni firmas llevan y, a veces, afectan ser simples anuncios de librería—, más exactas, y tan ingeniosas como el artículo discutido, aunque puedan estar escritas con menos dibujo.

(Gourmont era un curioso. En *Le Chemin de Velours*, según creo recordar, aparte de los comentarios al divino Sánchez, hay de pronto una inesperada cita del Obispo Palafox: una verdadera curiosidad.)

Pasemos a otro punto: el poeta argentino Leopoldo Díaz, publica en 1911 un tomo de versos con este título: *Las sombras de Hellas.* Gourmont, en el prólogo, predica:

> La lengua española, que ya no hace mucho ruido en España, resucita afortunadamente, libre y rejuvenecida, en las antiguas colonias castellanas, transformadas ahora en altivas Repúblicas, y un poco atormentadas aún por las fiebres del crecimiento.

Aunque es ocasión de decir, como los rancheros de mi tierra: "¡No me defiendas, compadre, que es peor!", parece que Gourmont consideraba realmente con interés las cosas de Hispanoamérica. En alguna parte, tras de escribir que los americanos no entienden el concepto del arte, añade: "Digo, los sajones, porque los otros son muy finos." Ésta es, también, la creencia más popular entre "los otros", según confirma Usher en su *Panamericanism.* Sigue Gourmont:

> La América del Sur tiene sus poetas, sus novelistas, sus críticos, sus filósofos. No hay ciudad importante en América de donde no se reciba, de cuando en cuando, tal o cual volumen que nos asegura y convence de que hay quienes piensan y sueñan en esos países que nuestros escritores populares designaban todavía vagamente —no ha mucho tiempo— con el nombre de "las Pampas", o "la Selva Virgen". Y he aquí que las pampas se pueblan, y la selva virgen va urbanizándose.
>
> Esta literatura nueva no debe a España más que su lengua: sus ideas son europeas. Su capital intelectual es París, donde gustan de residir algunos de sus representantes más

conocidos, como Rubén Darío, uno de los iniciadores del movimiento literario sudamericano.

Después advierte Gourmont que el poeta a quien prologa canta la belleza en "la más pura lengua neoespañola". Y define:

> Esta lengua, más ágil que el rudo castellano clásico, es también más clara; la frase, construída a la francesa, sigue una línea más lógica, más conforme al curso natural del pensamiento . . . (!)

Señores: así andábamos en aquellos tiempos. Mucho tendríamos que decir sobre estas palabras. Aceptaríamos algunas —pocas—, borraríamos otras, retocaríamos el resto; en suma: las cambiaríamos por otras. La tarea rebasa mi actual propósito. Diríamos, por ejemplo, que es un hecho adquirido que la literatura hispanoamericana ha empezado a influir en la evolución de la lengua literaria española de un modo especial y propio; que su contenido espiritual no es siempre y necesariamente lo que suele, a primera pluma, considerarse como propia y exclusivamente español; que nuestra América, como nuestra España por su parte, debe mucho a Francia . . . Pero ¿esto del neoespañol por dónde lo atamos? Gourmont trata precisamente de la lengua literaria, donde es menos justificado hablar de neoespañol alguno. Pero si a la lengua consuetudinaria se hubiera referido, tampoco habría tenido razón: no hay regla general posible entre las variedades dialectales de México y las de Chile, por ejemplo. En el mismo error incurre F. B. Luquiens (*The National need of Spanish,* New Haven, 1915), cuando propone, como antes lo había hecho Mr. Lind en su lamentable memoria política sobre México, que en los Estados Unidos se enseñe el castellano de América en vez del castellano de España.

Y ¿cuál es el castellano de América? Sin duda el de Bello y Cuervo, los mejores gramáticos que ha tenido la vieja lengua en el siglo XIX.

No inventemos lenguas dentro de casa. Conviene que usemos de la única lengua internacional entre las repúblicas hispanoamericanas, la única en que todos podemos entendernos aproximadamente.

¿1916?

II. EL CINE

EL CINE

Advertencia

Por aquellos años, Martín Luis Guzmán y yo —bajo el seudónimo de "Fósforo", que usábamos indistintamente— nos divertíamos en escribir unas notas sobre el cinematógrafo que se publicaban en el semanario *España*, y que tuvieron cierto éxito de curiosidad entre los amigos. Nos había precedido Federico de Onís, en cuatro artículos firmados por "El Espectador".

Creo que nuestra pequeña sección cinematográfica ("Frente a la Pantalla") inauguró prácticamente la crítica del género en lengua española, y acaso fue uno de los primeros ensayos en el camino que hoy está abierto a todos —abierto aun cuando no sea, claro está, merced a nosotros: muchos pudieron también descubrirlo por cuenta propia.

Martín Luis Guzmán ha reunido sus notas al final de su libro: *A orillas del Hudson.* Cuando salió de Madrid, no volvió a ocuparse del cine. Yo continué por algún tiempo amarrado al banco.

A invitación de José Ortega y Gasset, el primero de junio del siguiente año comencé, en *El Imparcial,* una serie de crónicas cinematográficas, siempre firmadas por "Fósforo". Y, con igual seudónimo, publiqué todavía en la *Revista General* de la casa Calleja las notas finales de esta sección.

Entiendo que, por entonces, sólo "Fósforo" y cierto periodista de Minneapolis, cuyo nombre olvida mi ingratitud, consideraban el cine como asunto digno de las Musas. "Fósforo" solía cartearse con el crítico minneapolitano. Éste escribía unas disertaciones admirables sobre si era o no una necesidad estética el "desenlace" en los desarrollos dramáticos. Sus dudas partían de cierta ocasión en que nuestro crítico llegó al cine a medio drama, y —habiendo esperado a que la cinta pasara otra vez— tuvo que ver el desenlace antes de la iniciación del conflicto.

Entonces éramos dos. ¡Dichosos tiempos! Hoy sois ya muchos, oh Cocteau. Pero el cine —oh Furias— continúa lo mismo.

He querido buscar un epitafio a "Fósforo". Parece que me decidiré por éste: "Aquí yace uno que desesperó de ver revelarse un arte nuevo." *

I. "Fósforo" en España

1. *Justificación*

No se han de multiplicar los entes sin necesidad —reza un añejo proverbio filosófico—; pero conviene salir al paso a las exigencias de la vida. Una nueva literatura, una nueva crítica —la del cinematógrafo— son ya indispensables. La industria, que a veces aprovecha a las artes, contra todo lo que por ahí se declama, ha cargado de vitalidad al cinematógrafo, salvándolo del peligro de perecer olvidado como un mero pasatiempo fugitivo. (Tal fue el destino de las "sombras chinescas".) A reserva de llegar algún día a definir, mediante este registro de la mímica, una estética de la civilización contemporánea, apresurémonos a seguir, una a una, las novedades cinematográficas del día, formulando de paso tal o cual principio, cuando creamos haberlo descubierto.

Por otra parte, todo arte produce artículos de comercio, objetos de compraventa, y el que paga es el público. A los intereses de éste conviene que el nuevo arte cinematográfico esté vigilado de cerca por la crítica.

Hasta hoy, los comentarios periodísticos sobre el cine se resuelven —con rarísimas excepciones— en discursillos sentimentales, a que tanto se presta el drama cinematográfico. Y resulta que este género sentimental es el más peligroso, el más delicado; porque, en principio, todo sainete cinematográfico es aceptable; no así toda tragedia.

Ensayemos una nueva interpretación del cine. Algunos pensarán que estamos perdiendo el tiempo en niñerías. Con

* Naturalmente, mi esperanza resucitó después.—1950.

el "espíritu de pesadez" no queremos trato. Día llegará en que se aprecie la seriedad de nuestro empeño. Entretanto, no juzguemos ligeramente del valor de las cosas, y recordemos que la Universidad de Oxford, madre solemne, no ha vacilado en dedicar dos volúmenes eruditos —un *Manual* y una *Historia*— a otra de las musas menores: al ajedrez.

Octubre, 28, 1915.

2. *El porvenir del cine*

A todos los labios acude el famoso 'Sherlock Holmes' entre los antecedentes literarios del cine. Las novelas de 'Rocambole' ha tiempo que han sido olvidadas. La antigua novela criminal no parece ser el género popular más socorrido; el puesto le toca a la novela detectivesca. Se es menos sanguinario, y se gusta más del acertijo de la vida. Podemos considerar este progreso de la literatura popular como un triunfo del espíritu sobre la materia.

Pero el drama cinematográfico tiene otros abuelos más ilustres, aunque a veces, ciertamente, parezca derivar de ellos por corrupción. Toda una atmósfera de finas y raras invenciones, toda una atomización de sustancia literaria se ha tenido que producir para que sea posible esta humilde pantomima de luces.

Directa o indirectamente, conscientemente o sin saberlo, el vulgar creador de películas cede al imperio de otras mentes: junto a él andan unas sombras, hablándole al oído. Él oye a su manera el consejo, y va, ¡el pobre!, realizándolo a su manera. Si esas sombras tuvieran el poder de los dioses, de cuando en cuando le tirarían de los cabellos, como Atenea a Aquiles.

Porque, hay que decirlo de una vez, tenemos más fe en el porvenir que en el presente. El cine tiene, a nuestros ojos, todos los defectos y las excelencias de una promesa.

En tanto, nuevas invenciones van acumulándose, formando la nube de tempestad. Nuevos motivos humanos van descubriéndose. Unos pasarán al cine a través de la literatura escrita, y otros caerán directamente en su trampa o técnica.

Cada gesto humano, cada perfil de la civilización moderna, está destinado a vibrar en la pantalla. Estamos creando el cine, al paso que vivimos.

Diciembre, 2, 1915.

3. *La música y el cine*

El alma de algunos hombres flota en la música, como la de Baudelaire en los perfumes. No sabemos cuál es más inmediata, si la impresión acústica o la visual; pero nos consta que los adultos *dejan de oír a fuerza de ver,* frente a la pantalla al menos. Las mujeres, cuya psicología ofrece, regularmente, mayor número de posibilidades, *oyen y ven a un tiempo,* así como cosen y cantan a la vez, así como hablan con la boca llena de alfileres, así como son buenas y malas de un modo indiscernible y sagrado. En cambio, los niños demasiado pequeños *no ven el cine;* y, algo mayores, perciben todavía mejor la música que el cine. Cuando el cine les cansa, les hemos oído decir: "Papá, ya no quiero más música."

Tampoco sabemos si los ojos son superiores a los oídos. Parece que el hombre sensible sufre mucho de éstos. Schopenhauer y yo quisiéramos tener, como los murciélagos, el don de cerrar las orejas en determinados momentos.* El *Licenciado Vidriera,* visto por "Azorín", abandona su casa y pueblo por tal de no oír más ese estrepitoso abrir y cerrar de puertas con grosería. Pero hay un documento en contra: Grecia, que tuvo para la luz cien representaciones divinas (provisionalmente, podemos concentrarlas en los ojos garzos de la Reina del Aire, oh Ruskin), supo, es verdad, distinguir el ruido de la música —recuérdese la querella de Apolo y Marsias— pero nunca tuvo dioses del silencio. La solución de este enigma es fácil: los niños no aman todavía el silencio. Y los egipcios le decían a Herodoto: sois unos niños todavía. En cambio, todas las divinidades egipcias son divinidades del silencio. (Recuérdese a la Atenea del Partenón: míresela con su lanza al sol: se la oirá al instante

* *Años más tarde:* El cuarto acolchado de Juan Ramón Jiménez —y el de Lamartine.

resonar, como un inmenso órgano de viento.) Cuando Grecia madure, cundirá el silencio pitagórico.

¿El cine con música o el cine sin música? Dejemos este problema a nuestros sucesores críticos. Nosotros sabemos a qué atenernos. Tenemos ya una solución intermedia, muy complicada y divertida. Pero callamos. A ver qué dicen los demás.

Diciembre, 9, 1915.

4. *Las quejas del público*

Los lectores suelen atendernos. Las empresas cinematográficas, todavía no. Hemos recibido cartas. A sus puntos nos referimos.

Verdaderamente, son insoportables esos maniáticos que, en todos los salones públicos, entornan los ojos y resoplan para hacer entender a las señoras que están poseídos del delirio amoroso, y subrayan con un ósculo al aire todas las escenas de amor.

¿Y qué decir de los que comentan, en voz alta, con toda clase de chistes, los episodios de la cinta?

¿Y —oh, dioses— de los que leen en voz alta los letreros de la película, porque de otra suerte corren riesgo de no enterarse?

Pues ¿y esos espectadores vergonzantes, que no hallan medio de dar a entender a todos que, aunque ellos han ido al cine, están muy por encima del cine y lo toman con gran desdén?

Acaben de irse de una vez. Y piensen que el perfecto espectador del cine pide silencio, aislamiento y oscuridad: está trabajando, está colaborando en el acto, como el coro de la tragedia griega.

Diciembre, 23, 1915.

5. *El robo del millón de dólares*

La película consta de muchas series, y sólo hemos visto unas cuantas del principio. Reservemos el juicio. Pero podemos desde luego arriesgar algunos consejos al espectador.

La cinta propone un problema: ¿quién es el autor del robo? No hay que apresurarse: esperemos a que nos cuenten la historia completa; pero cuidemos desde ahora de fijar, no las sospechas —que serían prematuras— sino los hechos sospechosos que nos vayan impresionando. Ejemplo: es una sospecha casi inmediata que el ladrón es el viejo servidor de Hargrave; pero debemos desecharla por inmediata. En cambio, he aquí un ejemplo de un hecho sospechoso que conviene tener presente, aunque sin deducir todavía sus consecuencias: Hargrave se ha afeitado (pelo y barba) en su salita de baño, la noche misma de la escapatoria, y después aparece retratado en los periódicos con pelo y barba crecidos, como le vimos al principio. Si es un disfraz, ¿para qué disfrazarse con la cara que ya le conocían sus perseguidores?; y ¿para qué afeitarse? Observemos, meditemos, no aceptemos ningún hecho extraño sin fijarlo para ulteriores consecuencias posibles. Leamos cuentos de Poe; dediquemos diez minutos diarios al problema . . . Nos negamos de antemano a creer que la casa "Tanhauser" haya incurrido en la imprudencia de proponer un enigma sin solución, o cuya solución proceda de un ardid fotográfico, imperceptible para el público.

¡Lástima que, a veces, el operador, en su deseo de ir de prisa para acabar a la hora reglamentaria o para dar lugar a una nueva venta de billetes, haga andar las cintas con una rapidez excesiva, destruyendo del todo la expresión humana, ahogando los detalles delicados y, positivamente, amenazando la salud visual de los espectadores! La desdichada Condesa Olga parecía un juguete de resorte. Sus pasos no eran pasos; sus ademanes no eran ademanes, sino una epilepsia constante . . . Hay que prevenirse a tiempo contra estos abusos, antes de que se transformen en plagas.

Octubre, 28, 1915.

El enigma se mantiene. Las nuevas series sólo dan un elemento nuevo: el ver cada día menos impasible, menos dueño de sí, a ese misterioso mayordomo. Ya muchas personas han comenzado a dudar si será el propio padre de Flo-

rencia, disfrazado de "mayordomo de sí mismo" (título de comedia clásica).

En todo caso, una ligera censura: ¿por qué sigue saliendo sola esta niña, después de los anteriores percances? ¿Por qué la policía, a pesar de las reiteradas alarmas de la prensa, sigue cruzada de brazos? Porque sin eso, la película habría acabado ya. Lo cual sería lamentable, puesto que la cinta sigue conservando un alto valor cinematográfico, y los actores siguen siendo seguros y eficaces. Son hermosas las escenas de natación de Florencia, y sus horas de locura en la casa de los pescadores.

Y ¿qué hay de hechos sospechosos? ¿No tendrán conexión con el enigma esos curiosos que comienzan a visitar la casa de Florencia, atraídos por el ruido de los sucesos? ¿Cuándo, dónde, cómo volveremos a encontrar a ese Mr. White, amigo de Hargrave, que ha ofrecido sus auxilios a Florencia?

Noviembre, 4, 1915.

Tipo clásico del género detectivesco, con todas las cualidades y algunos de los defectos convencionales que le son propios, ha de pasar tiempo antes de que veamos otra cinta de igual fuerza técnica.

No es una tragedia sangrienta (compáresela con las series francesas del *Fantomas*), sino un drama deportivo, género genuinamente cinematográfico. El perro, el caballo, el coche, la bicicleta, el auto, el globo, el aeroplano y el hidroplano son sus utensilios naturales. El valor de los personajes, más que al valor moral de los combatientes, se parece al valor mecánico de los jugadores de pelota: el valor de dar un salto, el valor de arrojarse a tiempo. Norton —ese admirable *boy*— tiene una deliciosa petulancia de boxeador. Florencia maneja las armas y el caballo de una manera intachable. Hargrave es el hombre de los deportes mímicos y patéticos, capaz de vivir junto a su hija haciendo de su mayordomo, y sin darse a conocer de ella. Brain y la Condesa pueden hacer cuanto quieren. Gente apta, bien musculada, precisa; sabe nadar, remar, cabalgar. Drama deportivo puro.

Como de antemano sabemos que todo ha de acabar bien, el interés, nunca, ni en los momentos más trágicos, llega a la desesperación; no sufrimos ante esta cinta: hacemos gimnasia, gimnasia de atención, de cavilación, de curiosidad, de ansiedad, de entusiasmos, en fin.*

Entretanto, amigos míos, esto es hecho. Ha acabado "El millón". No veremos más a Florencia, la de los cabellos vaporosos ... Señores: hase muerto Amadís.

Noviembre, 25, 1915.

6. *Las luces de Londres*

Tres principios son necesarios para producir una buena cinta: *1º)* buen fotógrafo; *2º)* buenos actores, y *3º)* buena literatura.**

Es esencial el primero, indispensable el segundo y excelente el último. Porque sin literatura, o con muy poca literatura, puede darse una buena cinta; pero, en cambio, si la literatura es mala, todo se ha perdido. El espectador lucha entonces entre el atractivo de la buena fotografía o los buenos actores y la repulsión que el asunto le inspira. En "Las luces de Londres", vista amarillenta e insulsa, sólo el título se salva: es mediana la fotografía, son defectuosos los actores, y pésima, intolerable, la literatura. Apenas se deben recordar algunas escenas en redor de la familia Jarvis, los cómicos ambulantes que dan a la historia un fugitivo y legítimo sabor cinematográfico. Son lamentables el tipo y caracterización del "malo" —el sobrino—, y la concepción y desempeño del "bueno" —el guardabosque. En cuanto al "bueno-malo", que es el hijo pródigo, hace lo que buenamente le deja hacer el director. La fuga de Harlod, de lo más torpe. ¡Y tanto, tanto que prometían el nombre de la obra y aquel elegante desfile de caballos ingleses con que se inicia! De paso: detestable la imprecación literaria del comienzo: "zapatero, a tus zapatos": o poesía lírica, o cine.

Noviembre, 4, 1915.

* Ejercicios de "piedad y terror", dice de la tragedia antigua Aristóteles. —1950.

** He aprendido después a estimar en mucho el trabajo del director del *film*, que hace buenos actores de gente muchas veces mediocre.—1950.

7. *El cofre negro.* ("Transatlantic Film.")

Se anuncia bien: un ambiente cargado de ciencia (de ciencia mágica: Amado Nervo no pierde una sesión); una intriga que recuerda asuntos de Poe, donde acaso los antropomorfos estén llamados a desempeñar papel importante. En medio de la noche, Sandford medita sobre las páginas de Darwin. Unas manos anhelantes arrancan los collares de las gargantas femeninas. Las visiones inesperadas del Museo de Historia Natural, de la selva virgen, del *Salvation Army*, producen un saludable desconcierto.

Un reparo: no siempe los escenarios están concebidos en el gran estilo neoyorkino.

Diciembre, 2, 1915.

Además de asuntos de Poe, en "El cofre negro" creemos descubrir influencias de Wells. Aquellas manos, aquellos ojos que parecen suspendidos en el aire, recuerdan, en efecto, *El hombre invisible.*

Y, a propósito, ¡quién viera en el cine al hombre invisible de Wells, tal como éste lo concibió! Imagine el lector las escenas de robos y de combates; las plantas de los pies que se hacen ligeramente perceptibles con el polvo y el lodo de la calle; los días de lluvia, una forma humana transparente y brillante, como una fantástica pompa de jabón; el efecto de las escenas en que el hombre invisible se va despojando de sus vestiduras y disfraces, para escapar, desnudo, a sus perseguidores; el mendigo de quien logra apoderarse, y que resopla por esos caminos con su invisible fardo a cuestas; el gato desvanecido, cuyos ojos brillan en el espacio. Y, en fin, la lenta reaparición del hombre invisible, a medida que la muerte va endureciendo las células de su organismo.*

En "El cofre negro" hay también un hombre invisible. La sala del Dr. Asley parece guardarnos muchas sorpresas. Ese orangután disecado es demasiado evidente para ser

* Mi anhelo se realizó años después.—1950.

ocioso. En cierto momento, hemos sorprendido a Asley temblando, de furor o de miedo, ante esa momia animal.

Diciembre, 16, 1915.

8. *Inspección de pantallas*

La pantalla (en términos técnicos, cuadro de proyección) del "Royalty" ofrece un visible deterioro en la línea media, hacia la derecha. En los fondos claros de las vistas, produce un efecto desagradable.

(Nota: esto se refiere al año 1915. Después no la he vuelto a ver.)

9. *El féretro de cristal*

Hay dos maneras de cinematógrafo, opuestas en apariencia, complementarias en el fondo: consiste la primera en el desarrollo rápido de un argumento rico en episodios e incidentes de todo género ("El millón", "El prisionero de Zenda"); se procura, por la segunda, el desenvolvimiento gradual y pausado de una acción relativamente sobria. A esta última clase pertenece "El féretro de cristal". Las vistas de la primera forma sacan su virtud de los grandes efectos del movimiento acumulado; las de la segunda, por el contrario, se complacen en un análisis minucioso y "no realista" del movimiento. Casi puede decirse que, en estas cintas, el cine crea los moldes puros del movimiento o, por lo menos, nos enseña a percibirlos: el proceso de una mano que desarticula cuidadosamente las piezas de algún mecanismo primoroso, o que sigue con cautela, acariciándolo, el contorno de un mueble; la trayectoria misteriosa, apenas trazada por los fanales, de dos autos que se persiguen en las tinieblas; todas cosas nuevas, que nuestros ojos descubren plácidamente.

Ambos géneros parece que son incompatibles. Así, en el "Féretro", desentonan el secuestro de Morris, el encuentro en que éste va a perecer y su salvamento inesperado, por obra de la danzante del fuego.* Y si la primera mitad de la

* Al copiar esta página, tengo la sospecha de que, hasta aquí, es mi amigo Guzmán quien habla del "Féretro". Lo descubro en cierta complacencia,

vista es superior a la segunda, se debe a que conserva su pureza de estilo: los personajes —y esto representa una era nueva, ya "evolucionada", del cine— no se mueven nunca más de lo indispensable; a veces, más que ejecutar un acto, casi lo anuncian. Sobre los momentos groseros de la acción se ha corrido un velo, y el espectador no los presencia, como no presencia, en el teatro griego puro y arcaico, la muerte o el combate entre los personajes. Este criterio antiyanqui no podría mantenerse sin la perfecta finura técnica de la cinta, que hace de cada una de sus escenas un armonioso cuadro, equilibrado en luces y sombras, distribución y peso de las masas. Así, en un ambiente de riqueza visual, se va devanando con lentitud un solo argumento, al que sirven de retornelo trágico las reiteradas visitas al hombre del féretro. Si "El cofre" procede de Poe y de Wells, "El féretro" recuerda a Stevenson. Hay en él menos "choques" y más cavilación que en Poe. Los toques trágicos no son, como en Poe, sonoros: son mudos.

Diciembre, 9, 1915.

10. *Maciste*

Sin ser una gran creación, es un animado drama de acrobatismo, con espléndidos efectos cómicos, como el de los racimos de hombres que carga Maciste en su carro.* El motivo central —persecución y salvamento de una niña— coincide con el del "Millón", y tiene su abolengo en la "Cabiria" de D'Annunzio. Los actos están cortados arbitrariamente, como a tijera y al azar. El paisaje es raro y curioso. La cinta deja una impresión confortante, y parece que, sólo de verla, también uno se vuelve hercúleo.

Diciembre, 16, 1915.

II. "Fósforo" en El Imparcial

En el semanario *España* (28 de octubre de 1915) comenzamos una serie de notas críticas sobre el cinematógrafo,

cierta sorpresa que me producen las frases, y que no suelo experimentar habitualmente cuando copio mis propias palabras. (Nota de 1921.)

* Compárese con la fábula de Héracles, Melámpigos y los Cércopes.—1950.

procurando seguir la actualidad madrileña. No repetiremos nuestras razones. Trátase de una realidad social innegable. Algunos todavía le niegan valor estético porque "no les gusta el cine"; como si la pintura dejara de ser un arte porque haya malos pintores. Vemos en el cine una nueva posibilidad de emociones, y eso basta. Más nos importa lo que promete que lo que ya lleva realizado, y esperamos el día en que se disocien definitivamente el cine y el teatro.

1. *El cine y el teatro*

Son fenómenos de diversa índole; la competencia mercantil que entre uno y otro pueda suscitarse no prueba nada. La competencia mercantil tiene manifestaciones que la misma e onomía política no puede prever: la fabricación de bicicletas redundó en perjuicio de la venta de pianos. Varios autores dividen las artes en artes del tiempo (la música, la literatura), artes del espacio (la pintura, la escultura, la danza, la pantomima) y artes mixtas (el teatro). Bajo esta categoría pondremos el cine, pero distinguiéndolo del teatro en que es una modalidad del "arte en silencio".* Como la pintura, carece de tercera dimensión, y esta desventaja aparente no es más que una nueva ventaja estética: un elemento más de "ironía" que, alejándonos del terreno práctico, nos sitúa en el escenario del arte.

Estamos, pues, desde el punto de vista práctico, más lejos del cine que del teatro. Aquella parte de emoción social que acompaña siempre a las representaciones teatrales (la calidez de la misma presencia humana) aquí desaparece, y los personajes se nos muestran como meras entidades visuales. Más realista el teatro, es por eso mismo más engañador: la idea de que hay en escena un hombre que finge un carácter distinto del suyo propio es provocada más fácilmente por el teatro que por el cine, y por eso una mala cinta es siempre más tolerable que una mala representación. (En "Resplandores y tinieblas", por ejemplo, todo lo hace la excelente fotografía.) Aparte de que en el cine —simbolización luminosa del movimiento— hay siempre una especie

* Repárese en la fecha.—1950.

de placer fisiológico que toca al psicólogo explicar. Aquella lejanía, aquella ritualidad que el griego buscaba para su arte, mediante el uso del coturno que agiganta y de la máscara que "deshumaniza", se realizan, pues, mucho mejor en el cine que en el teatro moderno.

Desde otro punto de vista más exterior, el cine nos es más cercano que el teatro: el espectáculo, prácticamente hablando, queda a la misma distancia de nuestros ojos que del objetivo de la cámara, y ésta puede llegar a una proximidad del objeto que, en el teatro, nunca se da. Aun en la vida diaria —poco ejercitados a la visión analítica de las cosas— escasas ocasiones tenemos de seguir, tan de cerca como en el cine, el movimiento de una llave en la cerradura o el de una mano que escribe. Por eso consideramos equivocado el uso de ciertos convencionalismos del movimiento que en las lejanías del teatro pueden tolerarse, pero nunca en las cercanías de la pantalla. Ejemplo: la costumbre de trazar líneas rectas para fingir que se escribe una carta. Acaso esta cercanía del objeto nos explica por qué el drama cinematográfico puede, mejor aún que el teatro, llegar a la "creación de la máscara", a establecer la relación fija entre una cara, una gesticulación especial, y un estado de ánimo o un temperamento determinados: ¡oh, aquellas máscaras que crecen —como la del 'Domingo' en la novela fantástica de Chesterton—, que crecen hasta desbordar la pantalla, y nos hincan para siempre el recuerdo de un rictus doloroso o de una risa espasmódica!

Finalmente, no es lo más conveniente para el cine el emplear artistas de teatro, aun cuando no sea necesariamente funesto. El artista de cine convenientemente integrado resultaría de ajustar el cuerpo de un gran cirquero a la cabeza de un gran actor teatral.

2. *El desvanecimiento de las máscaras*

Pues, entonces ¿qué será ver desvanecerse una máscara? ¿Qué será ver al cine destruyendo al cine? Tocamos aquí un conflicto casi irresoluble. Creemos que el anonimato absoluto convendría mucho al actor del cine; que, a ser posi-

ble, convendría renovar para cada cinta el cuadro de actores. Se nos objetará con el ejemplo de Charlot * o de la Bertini. Pero es que Charlot es siempre Charlot: un nuevo tipo cómico que ya hemos comparado a Pierrot: una nueva creación que queda fijada para siempre en el cielo estético de la pantalla, y aparece siempre semejante a sí mismo, en los varios episodios de su vida grotesca. ¡Es que cada film de Charlot es como una nueva serie del mismo drama inacabable! Así como la Bertini, ora se llame Laura o Elisa, es siempre la misma mujer (ojos, brazos, nuca, acaso cabellos sobre la frente y relámpagos de la dentadura) que mantiene en éxtasis constante al mismo personaje sentimental (Mario, Tiburcio, Jorge) y causa iguales raptos eróticos (perdonémoslo: es su única porción de arte en esta vida...) del mismo Pérez o Gómez. No: lo triste es ver —como acaba de sucedernos en algún salón de Madrid— la máscara de Norton (aquel delicioso repórter detective del "Millón") servir de disfraz a un patriota con aspecto de pordiosero, y la máscara de Olga (aquella enigmática Olga de la Sociedad de los Antifaces: cuerpo rectilíneo de donde surgía una inexplicable magia de mujer) mal ajustada sobre la cara de una aldeana tan honesta como anodina.

Cuentan que un empleado de la casa Lasky (Hollywood, California) no hace más que recorrer el país en auto, buscando los sitios adecuados para las escenas: sitio aprovechado una vez es sitio que no volverá a servir, como las vajillas en la mesa de Moctezuma. Este esfuerzo por descubrir el rasgo único del paisaje debiera también aplicarse a la selección de actores, y el director del film debiera, como hace el Creador en sus buenos ratos, "romper el molde" (no sabemos cómo), romper el molde, una vez aprovechado para una ocasión. Si hemos visto a Norton como Norton, no queremos verlo de otra manera. No nos invada —aquí también— aquel incurable mal del teatro que se revela en el solo hecho de que el crítico pueda hablar de "lo bien que estuvo Fulano *interpretando* a Cimbelina, la candidez con que Fulana *dijo las palabras* de Ofelia, o la verosimilitud con que el otro *se disfrazó* de Marchbanks". Descubrir a Fulano tras

* Ya se le llama siempre Chaplin.—1950.

de su máscara es negar el arte mímico. Además, aquí también hay que buscar la "palabra única", la "fisonomía insustituíble". El verdadero actor de cine debe suicidarse al acabar su mejor creación.

Junio, 1º, 1916.

3. *La educación sentimental*

Ya se sabe: casi no hay drama de cine en que no se puedan rastrear las fuentes más o menos "folletinescas". A veces —no con buen acuerdo— se pretende sencillamente trasladar al cine una obra literaria, y esencialmente literaria: véase el fracaso del sistema con *La Gitanilla* de Cervantes. No de otra manera pretende el loco dibujar un silbido. Los episodios del *Corazón* de Amicis han sido "filmados" con muy poca fortuna. En la cinta "De los Apeninos a los Andes", por ejemplo, las fotografías se suceden como otras tantas ilustraciones al texto (ilustraciones malas); los personajes apenas obran, y se contentan con aparecer y borrarse; de suerte que lo principal se queda en los letreros que nos van contando la historia . . . Y el Letrero es enemigo del Cine. (En el caso que examinamos, algo de concordancia y su poco de ortografía no hubieran estado de más.) La vista es oscura, nocturna, y las figuras ni siquiera alcanzan la calidad de sombras chinescas, porque, en vez de destacar su perfil sobre un fondo claro, se ahogan en la nebulosidad del ambiente. El cuento mismo, los letreros, despiertan en el público verdadero interés; porque ¿cómo pedir a la buena gente que no se conmueva ante esos dos o tres sentimientos fundamentales? La madre, la ausencia, el hijo, el pobre niño que pasa por mil vicisitudes para encontrarla . . . La buena gente lee en voz alta, y se va dejando convencer. Pero esto no constituye un éxito cinematográfico; en verdad, se trata de un nuevo género, que bien pudiéramos llamar el cuento proyectado. Ensáyenlo las empresas: en los intermedios de las vistas, proyecten alguna historieta de cincuenta líneas, un epigrama de actualidad: el éxito sería seguro. La poesía de "caligramas" podría, así, popularizarse fácilmente.

En la cinta de Amicis, el niño es el mejor personaje. Comienza a ser ya muy frecuente que los niños, en el cine al menos, resulten más diestros que los hombres. Hasta hoy no hemos visto un mal cómico de ocho años.

Finalmente, hay que decir algo del asunto; hay que decir algo de ese célebre libro de Amicis dedicado a los niños. ¿Educaríais a vuestros hijos con la sola y exclusiva lectura de cuentos de espantos? Pues entonces ¿por qué los educáis con historias de morboso sentimentalismo? Uno de los mayores daños que se puede hacer a los niños es enseñarles a leer en el *Corazón* de Edmundo de Amicis. De aquellas páginas lacrimosas —donde siempre hay niños que sufren, y criminales voluptuosidades de dolor; donde un chico no puede arrojar una bola de nieve sin que, precisamente, le estrelle los lentes a una anciano y lo deje ciego— conservamos, para toda la vida, un recuerdo casi ensangrentado. Menos daño nos hubieran hecho los cuentos de Peter Pan y, al menos, hubieran poblado nuestra fantasía infantil con imágenes elegantes de hadas y silfos.* La educación sentimental está ya condenada a muerte, y hoy queremos sustituir las aberraciones del antiguo sistema (todo construído sobre la base del miedo al coco) con las pedanterías amables del kindergarten . . .

El niño travieso de Mark Twain entra en la despensa, en la oscuridad de la noche, y a tientas, junto al frasco de veneno, encuentra siempre el de mermelada. En Amicis asistimos, infaliblemente, al envenamiento del niño que quiso probar la mermelada.

Yo sé que hay pedagogos de migajón de pan, para quienes este librejo viene a ser, digámoslo así, la única fuente donde dar a beber a las almas nuevas ciertas nociones sentimentales. Pero si estas primeras nociones no han de adquirirse en el trato mismo de las personas mayores, de los padres y los maestros, en su justa proporción y medida, ¿dónde, entonces?

* ¿Quién ha dicho que los cuentos de hadas son la literatura erótica de la infancia?—1950.

4. *La moneda rota*

Varias especies de drama cinematográfico han dado entre nosotros su celebridad a la "Transatlantic". A veces (dramas de paisaje africano y colecciones de fieras) toda la jungla de Kipling parece desfilar por sus cintas; y si entonces los hombres resultan algo convencionales y torpes, los animales siempre toman su papel por lo serio. (En Los Ángeles de California —los yanquis, para abreviar, le llaman "Los"—, en aquella Meca de la cinematografía que es el Far-West, el coronel William N. Selig ha formado un verdadero jardín zoológico para los usos del cine que, por aquí, se toca también con el circo.) Otras veces, como en "El cofre negro", la "Transatlantic" ha logrado creaciones de mayor alcance espiritual: dramas de enigma y ciencia mágica, robustamente incorporados en aquellas caras imborrables: el Doctor y su criado, el detective y sus ayudantes. No ha faltado la nota cómica o de risa que, por proceder de la imitación de Charlot el único, puede merecer algunos reparos, sin dejar de merecer el elogio: Ritchie es un autor nada común.

Faltaba, en fin, la nota humorística o de sonrisa, y ha venido a darla "La moneda rota", creada en un ambiente de fantasía encantadora. Ópera bufa, quienes no la han entendido así no la han entendido. Figuración de la vida a través de un prisma, no sé si infantil o popular, pasa por ella el Rey en persona, a la cabeza de sus legiones —infantería, caballería, artillería, banda militar y bandera—, y todo para ocupar una estación donde ha de bajar del tren un pobre diablo que lleva consigo la mitad de una perra chica. Graciosa representación de una corte a los ojos del más cándido ciudadano yanqui, a más del valor caricaturesco, tiene cierto sabor folklórico, y toda la astucia y la pintoresca ignorancia de los refranes que dice el vulgo.

Lucila —que hace dengues cómicos en medio de las situaciones más difíciles— da un paso más en el camino trazado por Mabel, la muchacha de "Keystone", y nos vuelve al sentido de la realidad, como tirándonos de la oreja, cuando estamos ya a punto de conmovernos ante la tragedia de

mascarada. ¡Gracias sean dadas al buen sentido de Lucila! ¡Quién la viera aparecer de pronto, en pleno dramón italiano, y burlarse del infame seductor, del padre ofendido, de los papeles amarillentos por el tiempo, del primo malo y del amigo bueno y pobre, y otros engendros de la misma ridiculez! En el viento virginal del Far-West, nos llega, con Lucila, un hálito de moral y de higiene... Y los múltiples episodios se desarrollan por todo un laberinto de persecuciones, luchas, coces y puñetazos, que nos hacen bien y nos confortan. La emoción del combate humano es pegadiza como un motivo musical: saltamos en el asiento, y contraemos los músculos; no se olvida más un buen golpe, un salto a tiempo, una atlética contorsión; nos entra la energía como por los nervios, afianzándose en nuestros huesos. Polo —gimnasta, héroe amado del pueblo— triunfa de diez, triunfa de veinte. Y entre un búdico resplandor de brazos (atributo del boxeador), adelanta el busto el Conde Hugo: príncipe cuando dispara el revólver, y apache si, en las peripecias de la lucha, ha perdido la botonadura del cuello o se le ha deshecho el lazo de la corbata.

Pero el asunto de "La moneda" —me diréis— es pueril, pueril... Cierto: mas es altamente cinematográfico, y todo depende de la ejecución. ¿Es menos pueril el asunto de un baile ruso?

Junio, 17, 1916.

5. *Madrid y Barcelona*

Si la "Patria Film", de Madrid, parece inspirarse en las cintas yanquis de asuntos cómicos, las casas cinematográficas de Barcelona parecen preferir, hasta hoy, los asuntos sentimentales a la manera italiana. Lo primero, menos ostentoso en apariencia, admite un escenario pobre y un vestuario de harapos; lo segundo exige trajes perfectísimos, y paisajes de tan concentrada dulzura que, al verlos, ocurre gritar, con Marinetti: "¡Matemos el Claro de Luna!" Donde el yanqui pone una pintoresca sala redonda con un tragaluz o una tronera, el italiano pone un castillo con terrazas sobre el jardín y el mar. Y, sin embargo, mientras el drama

italiano sólo pide gesticulación convencional, posturas estáticas, vestidos y adornos que podrán servir para muchas veces, y en suma, un material de teatro y unos actores de teatro, el sainete yanqui necesita de elementos cinematográficos mucho más genuinos, intensos y costosos: una fotografía capaz de todas las imposturas necesarias, un manipulador habilísimo que sepa seguir la piedra que cae o el pájaro que vuela (mejor aún: la piedra que vuela y el pájaro que cae), y eso, instalado en los sitios más incómodos y entre exquisiteces de equilibrio; que sepa retardar o acelerar a tiempo la maniobra en torno al tipo teórico de dos revoluciones por segundo (16 fotografías más o menos); que posea, en fin, todos los secretos para improvisar el acierto y, llegado el caso, no pierda la cabeza ni pretenda pegar con "syndetycon" la película que se rasga. El sainete yanqui necesita barracas que derrumbar o quemar, pianos que destrozar, animales que descuartizar; necesita actores más educados en la grotesca novedad de la mueca, en la gimnasia, en los deportes, en todas las aventuras del cuerpo, más resistentes a los malos tratos y más capaces, en general, de las sorpresas de la vida humorística. Madrid ha escogido, pues, lo más difícil, y no es mucho que se equivoque. Pero lamentamos que se siga tan de cerca a Charlot, cuando por toda la calle de Toledo se pueden hallar quince o veinte tipos nacionales tan aprovechables como aquél. Y, pues Barcelona escoge lo menos, exijámosle más.

6. *La prueba trágica*

Nos viene de Barcelona. No sólo puede figurar junto a sus modelos italianos, sino que supera a muchos en la concepción animada y en la representación de los actores. Nadie es malo, nadie es bueno profesional aquí: todos son animales medios. La escenificación, elegante; la fotografía, fina y maliciosa, sin que falten esas lejanías animadas por alguna vida diminuta, o esos cuadros evanescentes que ponen un toque de misterio. La acción tiene cierta novedad, algo perezosa a los comienzos, y algo dilatada y morbosa en la escena de los amantes junto al agua. Menos gesticulación

en los actores, supresión completa de esos "monólogos" que obligan a tanto ripio mímico, y la cinta hubiera ganado considerablemente. El héroe, por serlo, es el que ha gesticulado más. (¡Craso error, oh Niobe de piedra!) Al recuerdo de su hija muerta, se le ha deslizado un ridiculísimo ademán: hombre de teatro, al actor le estaba estorbando su mutismo y, por un instante tal vez, se imaginó que trataba con sordos. La evocación de los recuerdos se resuelve en el cine, mucho mejor que con la mímica, con el recurso fotográfico de las "apariciones".

El asunto: Marcelo de Oyarzábal, antes cómico famoso y después presidiario, logra escapar y pide trabajo en la "Emporium Film", donde su traje de espantapájaros —traje por el que ha trocado, en el campo, el uniforme del presidio— provoca la risa de los artistas. Pero el director, que se interesa por él, escucha pacientemente el relato de sus desdichas: Enriquecido y famoso, Oyarzábal hubiera vivido feliz sin la infidelidad de su esposa, que empezó por admitir los cortejos del primer galán, Claudio, obligó a Oyarzábal a un duelo con éste y, finalmente, pasando por la reconciliación y el perdón, le arrastró hasta el homicidio, en un arrebato de celos. Como en "Los payasos", la representación de un caso semejante al suyo llevó a Oyarzábal a matar en pleno escenario a la esposa y al amante.

Acabada la historia, el director quiere poner a prueba los talentos de Oyarzábal, y le da el papel de uno de sus artistas en el film que se está ensayando. La escena de prueba consiste en una riña de hampones que, para disimularse a los ojos de la autoridad, acaba en un fingido baile. La prueba se lleva a cabo con felicidad; pero el artista a quien Oyarzábal ha sustituído descubre en el brazo de éste la marca del presidio, y da aviso a la policía. Oyarzábal intenta escapar, y muere a los disparos de un guardia.

Más que el episodio, poco original, de la muerte de los amantes, en el relato mimado de Oyarzábal, nos interesa el acierto con que se le ha representado. Más que los momentos dramáticos, los de simple comedia, y los incidentes cinematográficos que atraviesan de cuando en cuando: el trasladarnos, "entre bastidores", al cine de la "Emporium", y la

prueba de lucha y baile de Oyarzábal. No así el duelo, muy desairado y soso, y sobre todo, desde que —si mal no recuerdo— un letrero previo nos anuncia su resultado. (Para darse el lujo de matar la sorpresa del desenlace, hay que contar mucho con el valor de la ejecución.) El final tiene cierta penosa verosimilitud, que puede pasar por cualidad donde faltan otras.

Salvo leves reparos, los actores me parecen discretos. La expresión angustiosa del director de la "Emporium", que no quisiera entregar al prófugo, merece recuerdo, y también la artista, su compañera de un instante en la escena simulada de los hampones, que parece querer prestar alas a su fuga, y corre tras él con un mechón desordenado sobre la frente. Morano, representando a Oyarzábal, es fuerte y claro; y Llano, en el primer galán, es insinuante. Pero hay que recordar sobre todo a la esposa —Antonia Plana—, que lleva el papel más arduo. Porque tanto el marido celoso como el amante seductor son papeles activos; en principio, todo movimiento les está bien; pero ella, la esposa, es pasiva, y ha de ser, como las adúlteras, quieta y confusa. Y en estos papeles pasivos está la paradoja, el verdadero problema del arte mímico.

Por una vez, lector, he faltado a mi regla, descubriendo las máscaras y examinando el "juego" de los actores. Valga por cortesía a los artistas españoles que han representado "La prueba trágica", y porque esta crónica ha querido ser un análisis más bien pedagógico.

Junio, 21, 1916.

7. *La pantera*

Habréis reparado, sin duda, en que el drama italiano de aventuras tiene predilección por el secuestro. A veces, como en esta cinta, el paisaje de barrancos a pico y la aparición de los gitanos le dan un sabor especial, distinto, que convendremos en considerar como una invasión del elemento balkánico en el ambiente de Italia. ¿La teoría os parece arbitraria? Decidme, por lo menos, si tiene menos valor que las que corren en cualquiera de esas obras sobre la "psicología de los pueblos". Señalemos, en "La pantera", dos rasgos in-

geniosos: el arriesgarse por un laberinto subterráneo, guiándose mediante un hilo de pólvora, y el prenderle fuego después, con un disparo, para que la caverna se derrumbe sobre los malhechores. Por la oscuridad del subterráneo, corre, temblando, la llamita, con una inquietud justiciera. La máquina que ha impresionado esta cinta tenía un objetivo de amplia y majestuosa "captación": los salones y los paisajes se desenvuelven y se alejan sin fin, en franca alegría respiratoria.

La muerte de "la pantera", en el quinto acto, es de una crueldad inútil; pero, como había que acabar con ese elemento perturbador, hubo que matarla. En verdad, la pantera —esa mujer terrible— muere de quinto acto.

8. *La tortuga*

Marca inglesa. No es una gran cinta. Aféanla convencionalismos tan gastados como el eterno primo malo que solicita en vano el amor de su prima y acaba por causarle algún daño. Tema de que han abusado las cintas italianas.

Pero esta cinta se salva por aquella curiosa investigación balística, en virtud de la cual puede establecerse la trayectoria del proyectil y, por consecuencia, identificar al delincuente. Los diversos apoyos de este proceso mecánico son: el cuerpo del muerto, la tortuga atravesada, lo mismo que la pecera de cristal en que nadaba y, en los extremos de la línea, una ventana abierta al jardín y "una puerta que cierra mal y se abre sola constantemente"; de manera que, para buscar el sitio donde ha rematado la bala, hay que ir hasta el guardarropa de la próxima habitación.

Junio, 26, 1916.

9. *Estos últimos días*

Con el último episodio de "La moneda rota", se abrió para los cines de Madrid un período de somnolencia, donde apenas brillan parpadeos. Represéntalo dignamente "Barcelona y sus misterios", pólipo cinematográfico y estorbo universal de la temporada, que sólo se mantiene porque, dígase

lo que se quiera, las vistas largas atraen y crean público, un público paciente y fiel. Aparte de la inconsistencia de su argumento, inspirado en una novela de ese Antonio Altadill recordado hace poco por Mariano de Cavia, la acción es lánguida, al punto de anular la buena impresión que al principio nos produjeron dos o tres fisonomías aceptables: la de Jaime Hernández, por ejemplo, con su chistosísima solemnidad y sus perfiles de perro astuto. ¡Y el secreto del cine patético consiste, precisamente, en la inminencia de los sucesos y percances! En este género, hay que poner al espectador en estado de figurarse, siempre, que debajo de cada butaca hay un hombre oculto, y que una mano puede salir en cualquier momento detrás de la cortina. Aun cuando nada de eso suceda. De un modo concreto, podemos establecer esta regla del género: el hombre que baja una escalera no debe llegar ileso al último escalón. Ya se comprende que, en aplicación inversa, lo patético puede consistir precisamente en que llegue ileso.

La decadencia de la marca "Nordisk" nos venía afligiendo de tiempo atrás. Días hubo en que tuvimos estas cintas por verdaderos modelos. No había dramas como aquellos dramas sobrios de "Nordisk", así como no hay sainetes como los americanos (algunos italianos, pocos, han resultado excelentes). Pero, paso a paso, los dramas de "Nordisk" fueron acercándose al incalificable tipo italiano, del que, si no me engaño, proceden. ¿Será que han empezado a poner cintas viejas? Hasta hemos oído algunas opiniones blasfemas: que el éxito de aquellas cintas procedía de las caras exóticas y los escenarios exóticos, y que el efecto se ha ido debilitando a medida que tales elementos se nos fueron haciendo habituales. A través de la decadencia, se conservan, como sello de dignidad, dos o tres rasgos característicos: el transportarnos a los interiores de un Banco o a lo largo de una calle brumosa, el conflicto económico —mucho más noble, a veces, que el sentimental— y el hacer una heroína de la mecanógrafa, musa de la nueva civilización, hondamente interpretada en la *Cándida* de George Bernard Shaw. Pero una de estas noches, las "Memorias de un criminal" —donde varios episodios se ensartan en una narración, como en la

Novela Picaresca— ha venido a recordarnos los buenos tiempos.

En los "Salteadores de salón", vivos toques cinematográficos, y una composición feliz; y en "El hijo de la guerra" —drama italiano— una finura de vestuario y decoraciones cautivadora; algunas escenas arriesgadas y de verdadero valor, a pesar de las protestas del público insulso; un "revelado" intenso de la película que, oscureciéndola levemente y sin dañarla, da un resalte agudo a las figuras y, sobre todo, una mujer de rara belleza, de turbadora belleza, que deja muy atrás a las estrellas oficiales del cine. Cuando se enfrenta con el espectador, tras el reclinatorio negro, para orar o para sufrir, en aquel ambiente de viejo castillo, tapices espesos y vidrios historiados, asistida por un coro de vaporosas mujeres, parece aconsejarse con todas las malicias de la literatura y de la pintura.

Finalmente —último atractivo de la estación— id a gozar la tibieza de la noche en el Retiro, donde el cine al aire libre calmará con sus luces verdes vuestra sensibilidad fatigada.

10. *Cristóbal Colón*

El ingeniero americano Charles J. Drossner, casado en Francia, se alista en la Legión extranjera y, herido en un combate, queda inútil para el servicio militar; esto no es un argumento de cine, sino una historia real y vivida. Drossner concibe entonces una nueva manera de actividad; forma una compañía de artistas franceses, la pone bajo la dirección del experimentado Émile Bourgeois, y, provisto de recomendaciones diplomáticas que le han abierto todas las puertas, viene a España para "filmar" la vida de Cristóbal Colón. Las escenas se impresionarán, sucesivamente, en Tordesillas, Valladolid, Santa Fe de Granada, Toledo, La Rábida, Huelva, Sevilla, Palos de Moguer, etc., adonde se irá trasladando la compañía como a otras tantas estaciones del Vía Crucis. El intérprete de Colón será M. G. Wague, de la Ópera de París. Se han mandado ya construir las tres famosas carabelas. Todo parece ir bien. Y ahora, ¡cuidado con las inexactitudes históricas, más funestas —por más popula-

res— cuando entran por los ojos que cuando entran por los oídos! La excelencia de las cosas pide que todas sus partes sean excelentes. Vaya el director con cautela y recuerde que, sobre averiguar solamente el verdadero sitio en que reposan los restos de Colón, por ejemplo, pudiera todavía provocarse una tremolina erudita. ¿Sería demasiado aconsejarle la lectura de los libros de Vignaud sobre el descubrimiento de América? Son indispensables, para apreciar la empresa de Colón, sus conocimientos geográficos y los generales de su época. Por no aprovecharse de estas obras, los mismos autores de la *Historia moderna* de Cambridge salen poco airosos del capítulo que a este asunto dedican. Finalmente: si han de trasladarnos a América, que lo hagan con algún estudio. Y nadie se ofenda por el consejo: el propio Francis Jammes, tras una lectura apresurada, ¿no ha escrito, invirtiendo sus informaciones, que los españoles, asombrados de los jinetes indios, los habían tomado por centauros?

11. *Don Juan*

Mario Bonnard interpreta en Roma, para la casa "Caesar Film", la vida del célebre Don Juan: ocasión para las empresas españolas de pensar en los asuntos de nuestro teatro. La literatura del siglo de oro parece ofrecerlos abundantes. Si algo caracteriza a la Comedia Española es lo objetivo, lo externo de la acción: las estocadas en la sombra, las confusiones entre damas tapadas y caballeros disfrazados, el uso de tramoyas como en la comedia de Tirso *En Madrid y en una casa,* las cartas delatoras, los amores, las riñas. Y no sólo la literatura: la misma historia de la época pudiera dar asunto a más de una cinta brillantísima: pongamos que sea la vida y muerte del Conde de Villamediana, Correo Mayor de Su Majestad, caballero opulento, gallardo poeta gongorino lleno de epigramas contra los vicios de la corte, aunque en todos solía incurrir. Veámosle cuando la cabalgata, en que —cuenta Góngora—, por no deslucir parándose a buscar un valioso brazalete que se le había caído al correr del caballo, prefiere perderlo y sigue galopando. Veámoslo en la justa donde se presenta con un vestido bordado de rea-

les de plata y la intencionada divisa que dice: "Mis amores son reales"; o en aquella corrida de toros en que, viéndole lancear, decía la Reina: "¡Qué bien pica el Conde!", y le contestaba el Rey: "Pica bien, pero muy alto". Imaginemos al Rey dudando entre la afición de Villamediana, a que le incita la Reina, y los celosos consejos del Conde-Duque de Olivares. Imaginémosle cuando, hallándose la Reina al balcón, viene por detrás a cubrirle los ojos con las manos, y ella, descuidada, exclama: "¡Estaos quieto, Conde!" Otra vez, hay función real en Aranjuez: se representa una Comedia de Villamediana y una de Lope de Vega. Villamediana, a media función, incendia el teatro para salvar a la Reina en brazos y hurtarle el favor de tocar sus pies. Denúncialo un pajecillo que lo ha visto huir por el jardín, llevando el precioso fardo a cuestas. Y tres meses después, el Conde de Villamediana es herido por mano desconocida, al pasar en coche por la calle Mayor. "¡Jesús! ¡Esto es hecho!", grita, y desenvaina todavía la espada al caer.

12. *El misterio de Zudora*

De la casa "Tanhauser" y de los artistas que representaron el inolvidable "Misterio del robo del millón de dólares" nada malo podía esperarse. Acaso se pueden notar en esta nueva cinta la abundancia de episodios innecesarios, lo rebuscado y angustioso del escenario en que aparecen la condesa Ofelia y sus ayudantes, y, en general, la menor elocuencia de las caras: Norton (ahora Spencer) resulta como un poco achicado, y la antigua condesa Olga (aquí Zudora) pierde casi toda su eficacia; sólo en la manera de saltar al cuello de su novio, con una espontaneidad fraternal y casta, la reconocemos. Y, con estos ligeros reparos, la cinta es la mejor que se está ahora proyectando en Madrid, la única cinematográfica y animada. ¿Qué decir del combate en el manicomio, que el público ha presenciado con gritos y aplausos? ¿Qué de las persecuciones entre la nieve? ¿De los autos volcados y los saltos mortales?

Julio, 14, 1916.

13. *Somnolencia*

Continúa la somnolencia. Las grandes casas editoras producen poco, y todo lo venden a precios extraordinarios. Las pequeñas casas, que resisten mejor el general desastre económico, como sucede a veces con los comercios modestos, se dedican a producir cintas artísticas, laboriosamente preparadas y como sin prisa de venderlas; pero de éstas ninguna nos ha llegado aún, y temo que sean poco cinematográficas y den, por ejemplo, en sustituir el ímpetu dinámico con un escenario rebuscado y un hartazgo de claros de luna. Los cines de Madrid se ven en el caso de desenterrar algunas vejeces, y se anuncian ya los reestrenos de "Cabiria", de D'Annunzio, y "La moneda rota"... Se teme que de un momento a otro el mercado europeo se quede en blanco, y entonces sería la hora de proveerlo con películas de "Nordisk", cuyo abastecimiento parece completamente asegurado. Nos libertaríamos entonces de la inútil gesticulación italiana, y, en el peor de los casos, la calidad de nuestros espectáculos ganaría en un 25 por 100, que dijera un héroe de Baroja.

En tanto, hasta los más aficionados se desalientan, y no es raro oír entre el público palabras como éstas: "Si ese hombre atado, maniatado y amordazado logra aún salvarse a fuerza de tirones, yo me marcho y no vuelvo más al cine."

Porque hace falta una revolución. Alguna, es verdad, ha intentado cierto "cine" al aire libre, pero tomando la cosa por el lado humorístico. Cuentan que el director ha comprado y ha ajustado de cualquier modo varios pedazos de películas, de suerte que cuando un hombre levanta sobre el otro un puñal y el público espera un cruel desenlace, súbitamente aparece una pareja de amantes, destacado su perfil de palomas sobre un plateado fondo marino; cuando un potro desbocado va a arrojarse a un precipicio llevando consigo al raptor y la raptada, y esperáis ver rodar los cuerpos por los barrancos, aparece, improviso, un león recorriendo a grandes pasos su jaula, o un señor con el entrecejo fruncido meditando un crimen por telegrafía inalámbrica.

Y el público grita y patea. Y el director, que va y viene

por entre sus víctimas con una envidiable serenidad, se enfrenta con todos y dice: "¿Os parece poco por un real?"

14. *La creación de un mito*

Habíamos anunciado que Charlot, rebasando el campo del cinematógrafo, saldría a la vida trocado en nuevo tipo cómico tan consistente como Pierrot. Y ¿quién no recuerda el Charlot del Carnaval? ¿Quién no ha visto los Charlots que se vendían en la feria de San Juan? ¿Y en el teatro de variedades del Retiro, el Charlot del restaurante acrobático? ¿Y en el circo de Atocha, el excelente Charlot de los trapecios? ¿Y, en los toros, el Charlot torero? Y véase cómo, en distintas aplicaciones, se saca partido de cada uno de los atributos del nuevo ente mitológico, del sombrero y del bastoncillo, del traje y aun las botas. Por las calles, en las paredes, vense Charlots toscamente pintados. Héroe impertinente de la risa, su recuerdo se asocia al de dos o tres gestos fundamentales: un saludo, un golpe y un salto. Chaplin ha logrado una de las invenciones más sutiles: ha inventado el *frisson nouveau.* Y ya para siempre, como emblema de la sensibilidad popular de nuestro tiempo, Charlot piruetea, piruetea "más serio que un enterrador". Señálese la hora para el día en que se reduzcan todos los espectáculos públicos (el circo, las "variedades") a evoluciones de temas, como se ha hecho ya con el teatro; señálese la hora en que Charlot aparece, primera influencia palmaria del cinematógrafo en la vida, imprimiendo un nuevo, diminuto temblor en el desarrollo de las cosas humanas.

15. *Los misterios de Nueva York*

Con mejor fortuna que la primera serie, se ha desarrollado la segunda, donde la emoción grosera del crimen aparece sustituída por un interés científico general, que da por momentos a la cinta un carácter de revista o de exposición.

Ya se sabe que la literatura folletinesca francesa tiende a la representación del crimen, mientras que la inglesa tiende a plantear la investigación policíaca que le sucede; de

modo que el problema patético de aquélla se resuelve, en ésta, en problema lógico. (El lector, si es cultivado, puede asociar fácilmente este fenómeno con el recuerdo de la *Lógica* de John Stuart Mill, verdadero "pulso" de la mentalidad inglesa.) Y tales tendencias no dejan de reflejarse en el cine, cuyos asuntos proceden por los mismos pasos del folletín. La primera serie de "Los misterios" —concepción apresurada de Decourcelle— es un claro ejemplo. Pero en la segunda serie parece que se ha aprovechado otra inspiración genuina del cine francés: la de esas "revistas científicas" que no se han vuelto a hacer desde la Guerra Europea. ¿Cuándo veremos otra vez en el cine el cultivo de los crisantemos, la vida de la langosta o los perjuicios de las moscas? ¿A nadie le ha ocurrido (¡oh, Fabre, gran poeta de Aviñón!) montar un laboratorio especial para presentar en el cine los amores de los alacranes y de las arañas, o la perseverancia del escarabajo sagrado? * Un procedimiento especial de iluminación instantánea por medio de la chispa eléctrica permite ya fotografiar la trayectoria de las balas. ¿Cuándo lo veremos en el cine? Es así como nuestros sentidos ganan capacidad sobre el caos externo, y vamos, poco a poco, penetrando en la región inhollada del ultravioleta y del infrarrojo.

16. *El "cine" para niños*

No está aún suficientemente desarrollada entre nosotros la costumbre de dedicar a los niños sesiones especiales, y todo lo que en tal sentido se haga será provechoso. Las sesiones ordinarias de cine no convienen en manera alguna a los niños: las groseras emociones del drama cinematográfico, cuya brusquedad puede aprovechar o ser indiferente a los adultos, destrozan la psicología infantil. ¿Hay algo más penoso que el oír, por esos salones, a un padre explicándole a su hija pequeña, con todos los imaginables disimulos, un caso de seducción o adulterio?

Mrs. Frederick Levy, de Kentucky, no pudo tolerar un día las angustias que algunas escenas cinematográficas cau-

* Walt Disney realizó más tarde nuestro sueño, dando la vida del desierto.—1955.

saban en sus hijos. Logró la cooperación de un empresario e ideó las *matinées* infantiles. Una junta de censura, especialmente formada y compuesta de veintisiete mujeres, aprobaba los programas: cuentos de hadas, pasajes históricos, enseñanzas científicas y algunos sainetes adecuados. El movimiento ganó pronto a los demás cines, se propagó a otras ciudades, y al fin la costumbre se hizo general. En los anales de la cinematografía se conoce esta campaña con el nombre de los *better films*.

Recientemente, en un congreso de madres de La Habana, se decidió pedir al gobierno una censura encaminada a los mismos fines; pero se ha advertido, con razón, que es a la obra privada, a los padres de familia a quienes incumbe esta vigilancia.

En Francia, el Ministerio del Interior ha ofrecido a los delegados de varias sociedades benéficas el interesarse por la "purificación del cine", y en las revistas especiales de Francia se habla de abrir salones *ad hoc* para los niños.

Hacemos votos porque nuestros cines establezcan de un modo regular y cierto la costumbre de las sesiones infantiles, y hagan venir a Madrid las cintas especiales que tanto ignoramos aquí y tanto abundan ya en el mercado. Por ejemplo: la casa francesa "Heuze et Diamant-Berger" produce actualmente una serie de escenas dirigidas por el dibujante Poulbot, a que se ha llamado *Les petits Poulbots* y que se dedican a los niños. ¿Por qué no traer a Madrid *Les petits Poulbots* o las celebérrimas *Moving Pictures* de los Estados Unidos, que contaban las aventuras de dos adolescentes? Los cines no debieran limitarse pasivamente a lo que las casas alquiladoras ofrecen; debieran informarse de lo que anda por el mercado y exigir al alquilador que lo importe. Por eso sucede lo que sucede: la "Transatlantic" terminará a mediados de septiembre "Las aventuras del Rey O'The Ruig", una historia de circo en 30 bobinas, donde hay para unas quince semanas. Pues bien; ya veréis cuántos siglos tarda en llegar a Madrid; ya veréis cuánto tardará "El bombero", de Chaplin. Cuando vemos una vista en Madrid, sucede algunas veces que están ya cansados de verla en Barcelona. Pero volvamos a nuestro asunto: los indiferentes del cine lo acep-

tan, por lo menos, como espectáculo infantil; hasta ellos quedarían satisfechos con que se reglamentara la sesión para niños.

17. *En los campamentos del cine*

(Una investigación moral)

En California, el cine ha creado inmensos establecimientos que alcanzan las proporciones de pequeñas ciudades, y que pueden considerarse como la última evolución del Carro del Corpus o de la barraca del titiritero. La población de estas ciudades de nuevo tipo vive, como es de suponer, una vida singularísima, adecuada toda a las necesidades de su trabajo.

Ahora bien, toda asociación especial requiere sus leyes y hasta su ética propia en ocasiones. Un pueblo en peregrinación, por ejemplo, acaba por forjarse un concepto del bien y el mal que no siempre coincide con el concepto del bien y el mal entre los pueblos sedentarios. Para conducir el Arca a través del desierto —gran operación militar— hay que transformar el gobierno de las tribus y la celebración de los ritos: el pueblo que llega a la Tierra Prometida no es ya el mismo que salió de la tierra de los Faraones. La sola idea de que se vive en un ambiente provisional puede alterar el criterio de las costumbres. Véase la primera jornada del *Decamerón:* es un cuadro vivo de las transformaciones sociales producidas por la idea de provisionalidad, cuando la peste florentina de 1348. Las redes de la moral se aflojan, y se apodera del ánimo una sed trágica de placeres. Los caballeros y las damas se entretienen contando cuentos: es para olvidar que los acecha la Muerte. Asimismo, la vida bajo la tienda fue siempre ocasión a nuevas filosofías y religiones: de la tienda semítica ha venido el sistema que nos gobierna. Y el día de la paz, de las trincheras nos van a venir unas tablas de virtudes insospechadas. En suma: que la forma dialectal de la vida engendra también una moral dialectal.

Sucedió, pues —y nada tendría de extraordinario—, que comenzaron a circular rumores insistentes sobre la mala vida

de las ciudades cinematográficas. La promiscuidad, decían, ha alcanzado los peores extremos del abuso. Las licencias de la representación fácilmente se convierten en realidad licenciosa. Cierta distinguida joven de Los Ángeles renunció a sus sueños de actriz mímica:

—Porque —dijo a sus amigas— en esos campamentos no es posible permanecer un solo día sin grave sacrificio de la moral.

Al fin, la Cámara de Comercio y la prensa de Portland (Oregon) se convencieron de que la vida era intolerable en los estudios de la California del Sur —la pintoresca tierra semimexicana de los cuentos de Bret Harte—; y el profesor William C. Harrington, de la Universidad del Pacífico, salió delegado para un viaje de inspección moral, provisto de poderes policíacos y acompañado de algunos ayudantes.

Imaginémoslos metidos en una verdadera aventura cinematográfica, disfrazado aquél de maquinista, éste de chófer, y el otro probablemente de actor especialista en papeles de hijo pródigo... Así logró la cuadrilla del profesor Harrington penetrar en los interiores de los estudios. Y, ¡oh sorpresa!, cuando esperaban encontrarse con un infierno anárquico, se encontraron con un disciplinado cuartel.

—Aquí —contaba una joven universitaria, que se ayuda trabajando para el cine durante el verano—, si el director sorprende a uno de los actores echándome el brazo por la cintura, fuera de los casos en que la representación lo exige, ya está despedido de la casa.

Una formidable guardia sagrada, compuesta de mujeres, vela por la conducta de las actrices. Su fallo no admite apelación, y ni siquiera requiere prueba. Cuando una de estas vestales señala con el dedo a cualquiera de esas criaturas rubias y elásticas que admiramos en los films californianos, el director obedece como obedece un niño a su madre, y el pobre angelito o diablejo rubio es despedido.

El informe del profesor Harrington es edificante.

—¡Ya lo decía yo! —explicaba de vuelta de su expedición—. Aunque los salarios y la profesión misma parezcan invitar a una vida de lujo y vicios, esos ojos brillantes, esos saltos ágiles, esos movimientos justos y rápidos, eran para

mí indicio suficiente del vigor que sólo se compadece con una vida templada y regular.

Y es que el dinero se defiende. ¡Buenas resultarían las obras, a poco que las empresas descuidaran la conducta de los actores! *

18. *La última evolución del cine*

Brander Matthews, profesor de literatura dramática en la Universidad de Columbia (Nueva York), comentaba recientemente en *The North American Review* ciertas palabras de Howells, quien, desde el punto de vista del autor dramático, veía en el cine una amenaza para el teatro, y lamentaba resueltamente los progresos del drama óptico.

"El cinematógrafo tiene un poder y un alcance prodigiosos —decía Howells—; nada hay que no pueda llevar a cabo, con excepción de satisfacer el gusto y contentar el espíritu." Y Brander Matthews lo tranquilizaba, advirtiendo que el cine no puede ser una verdadera amenaza para el teatro, porque aquél se dedica a los ojos, al conflicto físico y al efecto pictórico, mientras que éste opera con el conflicto psicológico y la creación de caracteres, y más bien se dirige a la inteligencia. A tal punto —añade— que si alguna consecuencia ha tenido para el teatro la aparición del cine, ha sido una consecuencia saludable: el purificar el noble escenario de la tragedia de toda mojiganga grotesca, o de toda nueva obra del tipo melodramático, géneros que convienen particularmente al cine.

Sin ser estas opiniones completamente exactas, tienen su parte de verdad; pero en todo caso, son contrarias al cine: lo consideran como cosa inferior y desdeñable, como una epidemia, más que como un arte incipiente. No es extraño: el autor dramático ve en el cine lo que el artista manual en los procedimientos de la industria mecánica, o lo que el barbero ve en la "Gillette" y en la "Auto-Strop". Y el antiguo profesor universitario, aunque dotado de cierta agilidad periodística, no puede menos de ver con desconfianza las novedades no sancionadas por la tradición y no catalogadas aún en los manuales.

* Mucho habría que decir sobre esto...—1950.

Pero lo importante es que el cine amenaza atacar al teatro precisamente en su terreno; o, mejor dicho, en el terreno que Brander Matthews cree exclusivo del teatro: el de la creación de caracteres, el del análisis psicológico.

Verdad es que esas deplorables cintas sentimentales (gestos exagerados, lentitud ripiosa en el desarrollo de la acción, escenas inútiles sin más valor que el del ya intolerable "estudio fotográfico", bellezas de tarjeta postal y otros excesos), verdad es que estas abominables cintas sentimentales ya habían intentado a su manera (¡y qué manera!) algo que pretendía pasar por drama cinematográfico. Pero es inútil insistir en la censura de género tan deplorable.

Verdad es que los septentrionales ("Nordisk" a la cabeza) intentaron un drama cinematográfico que tenía también ambiciones de drama íntimo: tomaban de los italianos algo de la claridad del paisaje y de los escenarios abiertos; y, como su mímica era más sobria y su expresión un tanto nueva a nuestros ojos, alcanzaban éxitos francos. Pero la Guerra parece haber cortado ya este camino, como ha detenido la evolución del cine francés.

Quedaban los Estados Unidos. Donde, tras de algunas creaciones clásicas ("El cofre negro", "La moneda rota"), se viene abusando de la película misteriosa, detectivesca, de luchas y escapatorias y muertes, incendios y naufragios, autos e hidroplanos. Pero he aquí que Maurice Tourneur, gran creador de cintas cuya última obra importante es "El pájaro azul", anuncia la evolución del cine: la mímica, como la técnica —asegura—, se ha desarrollado poderosamente en el drama físico de sobresaltos; puede ya intentarse el drama contenido, interior. El atleta empieza a ejercitarse levantando los pesos de un solo impulso: poco a poco, aprende a levantarlos con esa lentitud temblorosa que arrebata a los públicos. La cercanía del cine —imposible en un escenario— permite sacar recursos mímicos inconcebibles hasta del más leve pestañeo; y la alucinación objetiva del cine, que tampoco puede igualar el teatro, logra producir relaciones sutilísimas de sensibilidad entre una fisonomía y un carácter. La fotografía cinematográfica —no según cuadros a la manera *pompier*, sino caprichosos y has-

ta inarmónicos: un cerrojo, dos manos lazadas que esconden un objeto, un brazo que sale de una cortina— ahorra una cantidad de explicaciones que la mímica teatral necesita como suplemento, en el mismo grado en que las necesita la llamada música descriptiva.

En España sólo seguimos a retazos esas transformaciones del cine, pero tal o cual vista de la nueva especie, que hemos sorprendido en exhibiciones privadas, nos parece que presenta todavía una mezcla entre los procedimientos de la antigua técnica y la nueva, y que trata a veces, por ejemplo, de dar todavía una solución física a un conflicto de orden espiritual. No hay que exagerar: nunca hemos de ver "filmado" el *Werther*, o el *Obermann*, o el *Adolfo*.

19. *La parábola de la flor*

Rob Wagner, un veterano del cine, insiste, en el *Saturday Evening Post*, en que el subterfugio fotográfico es un procedimiento indispensable del cine, y mucho más habitual de lo que los espectadores suponen.

Todos, en efecto, comprenden que una aparición o una desaparición fantásticas, un gato que vuela, una estrella que se descuelga y rompe el telescopio del sabio, o el derrumbamiento de la Torre Eiffel bajo el peso de una señora muy gorda, son engaños ópticos producidos por superposición de fotografías, empleo de espejos, interrupciones que permiten la sustitución de objetos, y demás maniobras análogas que alguna vez explicaremos.

Pero, en cambio, la mayoría se asombra del gran chaparrón que tiene que padecer Fatty en "La casa a flote", y supone que la escena se ha desarrollado en plena tormenta.

Y no hay tal: cualquier aficionado conoce los efectos de la lluvia sobre la placa sensible: la luz "se empapa", y los chispazos arbitrarios aquí y allá producen combinaciones absurdas. El trabajo rapidísimo de la cámara cinematográfica resulta de todo punto imposible en día de lluvia. Además, no siempre se pueden aplazar los trabajos hasta que no sobrevenga el meteoro; y los directores necesitan que la lluvia

acuda, obediente a su mandato, en el momento preciso, y se marche cuando ya no haga falta.

El milagro se obtiene con los ventarrones producidos por abanicos eléctricos, con regaderas, mangas y otros instrumentos semejantes. La regla consiste en hacer bajo especie diminuta lo que después se proyectará amplificado.

Considérese, además, que una sola raya de lápiz sobre la película puede hacer desaparecer elementos importantísimos del paisaje; considérese que, al tomar la exposición, cualquier árbol puede servir, según la distancia a que se encuentre del objetivo, para ocultar un hombre, un aparato automático, y hasta una ciudad que esté en el fondo.

El *camouflage*, que tal importancia ha adquirido durante la Guerra, comenzó en el cine. En Francia, con sabio acuerdo, han hecho director del servicio de *camouflage* a un caricaturista (entiendo que al del *Petit Parisien*), porque el caricaturista es el que conoce mejor el gesto de las cosas, las fibras nerviosas esenciales de las fisonomías; luego es también el que mejor puede disimularlas. Si en los Estados Unidos no lo han hecho ya, debieran pensar seriamente en encargar de la dirección del *camouflage* a un director de cine. Dar gato por liebre es su principal oficio. Estos señores son capaces de transformar una casita de madera, perdida en la horrible Omaha, en un poético castillo normando, con ayuda de dos o tres cucuruchos de papel.

Y vayan algunas historias para amenizar esta lectura:

Un día se trataba de presentar una lluvia, y hubo que desistir y dejarlo para mejor ocasión. ¿Adivina el lector por qué? Porque empezó efectivamente a llover.

Otro día se trataba de presentar un banquete en una sala enorme. Pero el fracaso fue espantoso y hubo que rehacer la película. ¿La causa? Las habitaciones y salas del cine son, positivamente, lo que era el teatro para el gran dramaturgo: una habitación sin una pared —que es el hueco del telón. Más aún, porque a veces no tienen más que dos muros para formar un diedro, y frecuentemente sólo medio techo les basta. De otro modo, no se obtendría la iluminación necesaria. Para presentar, pues, el enorme festín, casi hubo que hacerlo al aire libre. Al director, por una debilidad de

realista nato, se le ocurrió servir a sus artistas un verdadero banquete, sin subterfugio. Resultado: de todos los puntos de la tierra acudieron, movilizadas, las moscas. La mesa se llenó de moscas, y también las manos y las caras de los artistas. Desde ese día el director ordenó que, en casos semejantes, se sirvieran manjares envenenados y, a ser posible, mortales desde lejos para las moscas.

Otra vez había que presentar un ciclón que, arrasando una hacienda de Kansas, daba al traste con un campanario, arrancaba árboles de raíz, y arrastraba a las vacas hasta el Estado vecino. Y todo se hizo dentro del estudio, sin alarmar a nadie ni dar parte a la policía. Los transeúntes no se percataron siquiera. La zona devastada no era mayor que el tapiz de la biblioteca. Las casas y vacas se compraron en la próxima juguetería; y el ciclón se produjo mediante dos ventiladores dispuestos en los ángulos, cuyas corrientes confluían en un punto.

En cuanto al procedimiento de "Tío vivo", para hacer que treinta pobres diablos representen un ejército de varios centenares de hombres, no necesita explicación: los que salen por aquí vuelven a entrar por allá.

No, dice Rob Wagner, decididamente, fotografiar un episodio real puede hacerlo cualquiera, pero fingirlo sólo puede hacerlo un artista. En efecto: retratar al Rey en unas carreras no es cosa difícil; en cambio, sólo un técnico es capaz de presentarnos al Rey dándose de puñetazos con sus Ministros.

Y la fábula tiene moraleja. Veamos:

Hace poco observaba Enrique Díez-Canedo que la opinión más vulgar en materia de arte gira siempre en torno a los tópicos del llamado realismo, y suele manifestarse en estos dos extremos paradójicos:

—¡Linda flor natural! Se diría que es artificial.

—¡Linda flor artificial! Parece natural.

¿A qué queda, pues, reducida la teoría del arte como imitación de la naturaleza? ¿A qué, la teoría —no menos rancia— de la naturaleza como imitación del arte? Ambas quedan conciliadas en esta fórmula: el arte es cosa distinta, campo aparte en la naturaleza. Es, como dicen los tratadis-

tas, otra naturaleza, otra forma de la creación; aunque no puede menos de valerse de objetos naturales, porque da la pícara casualidad de que no contamos con otro linaje de objetos.

El arte es lo que la naturaleza nunca será, y la naturaleza es lo que el arte nunca será. (Esto, prescindiendo de que el arte sea una parte, en sí, de la naturaleza, que no tiene por qué imitar necesariamente a la otra parte, aunque se le parezca en el aire de familia.) Y, ya se sabe, lo que nunca hemos de ser se transforma, a poco que nos pongamos sentimentales, en lo que quisiéramos ser. Lo ajeno se convierte en lo ideal: Flérida era dulce y sabrosa como la fruta ajena. El parecer verdadera se convierte, merced a una desviación sentimental, en el grado sumo de perfección para la flor de trapo. El parecer artificial se convierte, por igual proceso o desliz, en el toque supremo de la flor crecida en los jardines.

—Eso es inverosímil —oímos decir al espectador impertinente—. Un niño de cinco años no puede saltar así de un auto a una locomotora en marcha. (¡Y por eso precisamente es mejor, insigne gaznápiro! Porque es una novedad, una ganancia definitiva sobre los valores acostumbrados de la existencia.)

Pero a poco que la película italiana, la lagartísima película, nos pinte un primo empeñado en robarle la herencia a la prima huérfana (Mario contra Anarda, o Anacleto contra Epidonia), ya oímos decir al espectador impertinente:

—¡Eso! ¡Eso es la realidad!

Y es que, en el fondo, confundimos (preciosa confusión) lo real con lo feo. Unos le tenemos saña, y otros le tienen una afición depravada de escatófagos. El realismo estético así entendido se reduce al "feísmo" estético: entre un lago de oro de crepúsculo, y un charco pululante de moscas verdes, no vacila el "realista". Siempre escoge por el olfato, pero siempre al revés.

Muy bien entendía el misterio del arte aquel zumbón amigo mío que, viéndome un día con una exquisita flor en la solapa, me preguntó:

—Y ¿dónde te pintan a ti tus flores naturales?

IV

LOS DOS CAMINOS

Noticia

A) EDICIONES

1. Alfonso Reyes // Los dos // caminos // Cuarta serie de // Simpatías y diferencias // *(Monograma "AR", de Vivanco)* // Madrid, 1923.—8º, 222 págs. Colofón: Tip. Artística, octubre de 1923.

2. En la edición de México, 1945, ya descrita en la Noticia de la pág. 10, *Los dos caminos* ocupan las págs. 7-181 del vol. II.

3. La presente edición.

B) OBSERVACIONES

1. En esta tercera edición, se reproduce en su integridad el artículo "Rubén Darío en México", tal como apareció en la edición primera, y sin suprimir, como se hizo en la segunda, la sección: "I. El ambiente literario", aun cuando estas páginas se hayan aprovechado después en el ensayo inicial del libro *Pasado inmediato* (México, 1941, págs. 35 y *ss.*).

2. El material de este libro se publicó anteriormente en varias revistas de España y América, y en parte, por primera vez, en la edición de Madrid, 1923.

I. ESPAÑA

APUNTES SOBRE "AZORÍN"

1. Rasgos de "Azorín"

La Residencia de Estudiantes acaba de publicar —y de celebrar con una lectura a que han asistido las doce o quince personas interesantes— un libro de "Azorín": *Al margen de los clásicos*. Ésta es ocasión de decir algunas cosas personales sobre "Azorín".

La timidez. La gente que le conoce habla de él como de un hombre tímido. Todas las formas de la timidez, dicen, él las padece. No es orador,* y esta determinante ha modelado toda su ética y su estética. Titubea en la conversación. En dos ocasiones me ha dejado hablar casi sin despegar él los labios, aunque no sin calarme con su mirada perspicaz. De cuando en cuando, y con monosílabos, le ponía una coma a mis frases, un acento, una diéresis a mis palabras. Como no es orador, escribe. Ya escribir me parece una forma de pudor: el papel es el interlocutor más complaciente, y al lector no lo vemos siquiera.

Oigo decir que del "Azorín" de ayer al de hoy hay como un proceso de reconcentración: los adjetivos se han hecho más escasos, y las frases, más cortas. Salvo las dudas que abrigo sobre esa receta de la crítica que todo quisiera explicarlo por las "dos maneras del escritor", es verdad que el procedimiento de "Azorín" se ha hecho menos adjetivo, pero es que se ha hecho más sustantivo. Porque hay tantos estilos como hay funciones de la palabra, sin exceptuar los estilos de régimen y de interjección. Por lo que atañe a la frase corta en sí, ¿qué reparo hacerle? Lo bueno, si breve, dos veces bueno, dice Gracián. Además de que la frase corta tampoco denuncia necesariamente timidez. En aquel cubano fino y ardiente —José Martí— la frase corta era un latigazo eléctrico. Por otra parte, lo breve es, de suyo, im-

* Escrito en 1915.

perativo. Y, sin embargo, es cierto que en "Azorín" la brevedad finge timidez. "No escribe —he oído—: balbucea." Porque el ritmo de su prosa es muy uniforme; porque traza todas las líneas en el mismo sentido, sin cruzar la pluma. Es que, en "Azorín", la frase corta no busca la síntesis o la fórmula, sino que vuelve a la actitud primitiva de la mente, y procede, otra vez, por adiciones. Así, en lugar de "tres", suele decir: "uno + uno + uno". Es que algunas veces no retrata, sino que deletrea el objeto, como un primitivo.

Y aumenta, en fin, la sugestión de timidez, esa melancolía igual de sus cuadros, y hasta la buscada semejanza que tienen entre sí todas sus escenas, descritas siempre al modo romántico.

El bovarismo. Un sutil intérprete de Flaubert, "dialectizando" sobre la *Madame Bovary*, ha definido con el nombre de "bovarismo" esa ilusión voluntaria, ese don de concebirse distinto de lo que se es, sin el cual ni la vida individual ni el arte podrían existir. Aparte de su significación fundamental —base del idealismo filosófico—, el bovarismo tiene significaciones relativas. Bovarista es el que se equivoca de buena fe al juzgarse; bovarista, el que se desdobla en una existencia ficticia —lo cual es distinto de equivocarse, aunque está fundado en el equívoco.

Son las más inesperadas las reacciones de la timidez. Aquel tímido estalla, de pronto, en gritos desacordes, pensando que por los rugidos vamos a tomarle por león. Los hay, como Amiel, que se libran de su esterilidad describiéndola. Otros —en el fondo los más creadores— inventan, por bovarismo, un tipo semirreal, seminovelesco; un doble a quien encargan de realizar, por las páginas de los libros, lo que ellos no realizan por las calles y plazas. Es posible que el señor Martínez Ruiz sea tímido; pero ese pequeño filósofo que él ha inventado, ese "Azorín" que de hijo suyo ha pasado, poco a poco y por un eclipse psicológico, a confundirse con él y a servirle de vestidura externa, ése ha dicho sobre la vida y el arte españoles, si no las cosas más audaces, las más personales. Y realizado ya el prodigio, abierta la vena por donde el tímido ha de desahogarse sin rubores, entonces

todo puede hacerse, con tal que se haya conquistado, como en el caso, la gloria literaria.*

La lectura. Faguet no ha dicho nada importante sobre el arte de la lectura, ni es posible aquí reglamentar, como no se puede reglamentar la índole de las gentes. Alguien afirma que traducir es "servir". Y leer, ¿qué será? No es un joven quien podría definirlo: al adolescente le asalta su yo crítico, a la hora en que quiere olvidarse con la lectura. Más tarde, va dejando el yo de ser dolencia y se vuelve resignación. El hombre maduro sabe leer, se entrega, voluntariamente, a otro hombre; entra en él por un doble esfuerzo de cansancio y de disciplina. Porque a la inquietud rebosante no hay quien la obligue a seguir un rumbo trazado, a leer un libro ya escrito. Pero aquí, como en todo, la edad es cuestión de temperamentos, y hay hombres que han tenido siempre edad de lectores.

"Azorín" es un gran lector. Es, desde luego, uno de los pocos que han sabido leer sus clásicos. A veces nos habla de las palabras que ha encontrado en el curso de sus lecturas. A veces escribe porque lee, y a veces escribe lo que lee. Su caso nos recuerda el del joven Stevenson, que acostumbraba salir al campo con un libro en el bolsillo izquierdo, para leer, y un cuaderno en blanco en el derecho, para escribir. Y creemos, con una adivinación maliciosa, percibir en su cara un ligero gesto de despecho, cuando ve que Lemaître se le anticipó, llamando a su libro: *Al margen de los viejos libros.* "Azorín" siente que esta denominación le pertenece, y hace bien en reivindicar el título para su obra.

Pero ser lector (es inevitable: o escribimos hoy bajo un ofuscamiento, o todo se reduce al mismo diapasón), ser lector es también ser tímido. La amistad de los libros es una imitación atenuada de la amistad de los hombres: no hay amigo tan complaciente como un libro; a su autor, ni siquiera lo tenemos delante.

Las ventanas.—En mi nueva Literatura Preceptiva, "Azorín" queda clasificado como "poeta de ventanas". La

* Vuelvo sobre estos temas en el artículo "Sobre el disimulo del yo", escrito en marzo de 1950 (*Marginalia*, 1ª serie, México, 1952, pág. 99).

imagen del hombre a la ventana le es una obsesión. El hombre de la ventana ha visto pasar la historia —la historia humilde, diaria e intensa, la que se ve desde las ventanas—, sin que le puedan "quitar el dolorido sentir".* Todo hombre, en "Azorín", aparece como una expectación ante una ventana. A los poetas antiguos y modernos, los imagina siempre en relación con el paisaje de sus ventanas. "Azorín" es un hombre a la ventana. Su obra toda exhala el misticismo de la celda y la claraboya. Concentrado, pero curioso; tímido: de su casa más que de la calle; pero inteligente, abierto al espectáculo del mundo: —tal un caracol que, desde su hendedura, arriesga los palpos filosóficos y meditabundos.

1915.

2. Algunos reparos

Jorge Manrique. ¿Es posible? ¿Es sincero? ¿"Azorín" ha pensado, realmente, en una mujer entrevista y adorada un instante, al leer las coplas de Manrique? He aquí un índice tan elocuente como misterioso de esa psicología. ¡Hasta las "bellaquerías" que el muchacho de Góngora hace con Bartolilla detrás de la puerta ponen sentimental a "Azorín"!

Romances viejos. ¿Resulta del todo feliz el ensayo de recontar los romances viejos? El problema no tiene solución posible: los romances están ya bien contados. Pero el buen lector no pudo desistir de contarnos lo que había leído. En el del Conde Arnaldos, por ejemplo, la mañana de San Juan ha perdido mucho de su frescura. ¿Qué se hicieron aquellos peces que saltan del agua para gozar del sol? Romance viejo conocemos donde hasta se dice que los peces "quieren cantar".

Un avaro. "...Como esos que vemos en las tablas de los primitivos flamencos... A vuestro lado, una mujer os contempla con ojos de melancolía..." Hemos visto algunos de los cuadros que inspiran estas palabras: nos atreveríamos a hacer reparos a esta interpretación de la vida, siempre tan

* Garcilaso.

igual, aunque tan noble; siempre tan olvidadiza del fondo fisiológico y bruto de la conducta humana. ¿Es una mujer melancólica la que hojea los libros, junto al avaro de antaño? ¿No hay, por el contrario, algo de insolencia en esa cara, en esos ojos que, si se abrieran completamente, serían coléricos; en esa boca contraída, según lo acusa el fruncimiento de los maxilares? Creemos que el hombre obedece y la mujer manda: él cuenta y pesa la moneda; pero ella revisa los libros y cuida de que el hombre cuente y pese bien, y acaso lo está obligando a recomenzar una suma. Esos dedos agudos, que saben hojear tan bien un libro, han de hacer unas tenacitas crueles y mordientes cada vez que su marido enrede una cifra; por eso él frunce el entrecejo, y resuelto a no equivocarse, prefiere esperar a que ella le dicte lo que ha de hacer. No divaguemos: ella es la dueña del negocio, y su marido, el que responde ante el público.

Marzo, 1915.

3. El Licenciado Vidriera visto por "Azorín"

"Azorín" comienza la historia del Licenciado Vidriera antes del punto en que la comenzó Cervantes. Traza una infancia azorada y honda en páginas sin literatura, a veces con frases de rutina. No agradarán a los muy jóvenes: están hechas para los que han sufrido. (Ya sé: desde muy temprano se sufre; pero sólo desde cierta edad aprovecha.) Interpreta el asunto a su manera, a lo romántico. Como su propósito premeditado es interpretar así el Siglo de Oro, aceptémoslo provisionalmente. El punto de vista contrario sería el del "retrato imaginario" de Walter Pater, en que el autor procura retroceder a los tiempos de su personaje. Se desarrolla, pues, la vida romántica de Tomás Rueda; huye a Flandes por horror a la grosería española (fresca pintura la del interior holandés, así como fue sorprendente, en su sobriedad y tino, la de Madrid), y, de pronto, desaparece. "Azorín" se desentiende de él, y lo olvida como entre las páginas del libro. Se acuerda de Francisco Giner —recién muerto— y acaba recomendando la lectura de los libros tradicionales.

Como se ve, este amigo del orden no ha agotado las últi-

mas consecuencias de su sistema: no quiere aún volver a los géneros definidos; prefiere quedarse en esos géneros intermedios, decadentes, lucianescos, en que la invención y la parodia se tocan, y ésta sirve de arranque a la crítica, al ensayo humorístico (es decir: personal), a la digresión ética o política. "Azorín" no es aquí un novelista a la manera convencional: no crea hombres. (Recuérdese a Galdós.) Crea nombres; mejor: recuerda nombres (Calisto, Melibea, Tomás Rueda, la Ilustre Fregona, etc.); y, con pretexto de tales nombres, nos describe una sola alma: la suya. Y no directamente, ni por medio de la pasión o la acción, sino de la contemplación: el rasgo del paisaje, el estado de ánimo. (Él preferiría decir "el estado de sensibilidad". Adviértase la frecuencia de esta palabra a través de todos sus libros. En tiempos de Juan Jacobo, en Francia, se hablaba mucho de hombres y mujeres "sensibles". "Azorín" hace, en su país, la "campaña de sensibilidad", para decirlo en lengua germánica.) Su Licenciado Vidriera es transparente como el vidrio. Las páginas más intensas —las de la infancia— corresponden a la época en que el hombre espía el mundo, como un animal inteligente: todo es contemplación. Su Tomás Rueda se nos confunde con el dialoguista de *La voluntad* y con el viajero de *Los pueblos*, y al fin nos descubre lo que es: tenue velo tras el cual se esconde "Azorín". Es una figura autobiográfica en cierto modo. Pero no para que el autor obre por ella o se pinte en ella, sino para que por ella contemple el mundo, melancólicamente, cual por una ventana. Y ¿qué es la ventana? Un marco de aire. Y como el autor es, hasta hoy, una realidad humana no discutible, nos engaña ese contorno que lo recuerda, y acabamos por creer que hay un hombre donde sólo hay un pretexto de ensayos personales, de sutiles observaciones sobre las arañas o las mujeres, las montañas, los ciegos, los sobrados, el dormir, el escupir, el fregar el suelo, las ciudades de España —pintadas con un arte eficaz— y otros cien asuntos: unos, minúsculos; otros, grandes, pero todos dados en miniatura por aversión a los monumentos públicos.

"Azorín" no se resigna a desarrollar la fábula, y la deja donde le estorba. Tampoco se resigna a describir las verda-

deras crisis de su Tomás Rueda. Cuando el niño se duerme, ebrio, y despierta en el carro de farsantes, ¿qué pasa por su alma? Media página en blanco: eso pasa. Cuando la tragedia del amor, todo se resuelve en una afortunada frase literaria y en una enfermedad. Pero... ¿y el amor mismo? Página en blanco. (Recuérdese *Le rouge et le noir.*) El Licenciado Vidriera va a Italia y a Flandes: ¿qué trajo de allá? Además de libros de versos, porque eso no nos interesa por ahora, ¿qué trajo de sus bregas y fortunas? ¿Nuevas emociones? Al novelista no le basta decirlo, sino que las pone a vivir. Lo que era para Cervantes la locura del Licenciado Vidriera, se transforma para "Azorín" en una irritabilidad de esas que padecen hoy todos los escritores y los que viven con demasiada riqueza (los ricos, y los otros ricos): el carácter se le exacerba, y se vuelve un poco "vidrioso". Seguramente que aquí hace "Azorín" psicología, pero sólo psicología "curiosa". La mayor intensidad psicológica quedó en las páginas de la primera infancia. Ahora bien: la primera infancia es, para lo que generalmente se entiende por novela (novela de acción), una era pasiva y muda. Nosotros, claro está, ya no lo entendemos así.

El Licenciado Vidriera comprueba algunas de mis notas anteriores. Decía en esas notas que "Azorín" es un gran lector, y uno de los que mejor han leído sus clásicos. A veces, escribe porque lee; y, a veces, escribe lo que lee. El libro actual, por momentos, parece urdido para absorber el alimento de diez o doce preciosas lecturas. ¡Bella tarea de comentario sentimental! "Azorín" descubre el pulso de los libros: la página, la palabra en que late su corazón. (Pág. 42: *La Eneida,* Alcalá, 1586; pág. 54: *El peregrino en su patria;* pág. 63: Cervantes; pág. 82: *La Dorotea;* pág. 93: el *Amphitrion,* trad. de Pérez de Oliva; pág. 95: *El político don Fernando* y *El criticón;* pág. 102: *El donado hablador;* pág. 114: *La perfecta casada;* pág. 124: *Diálogo* de Pérez de Oliva; pág. 135: Zamacola; pág. 143: *Oráculo manual;* pág. 145: *Les Délices de la Hollande;* página 146: Lemaître; pág. 156: Lorente, traductor de Virgilio. El libro tiene 161 páginas.) Antes he clasificado a "Azorín" como

"poeta de ventanas"; vea ahora el lector el capítulo del nuevo libro que se llama *Las ventanitas.* He hablado del bovarismo de "Azorín"; vea ahora el lector la descripción de un proceso de bovarismo en la página 149: la ilusión de la realidad interior. Sin embargo, se impone una atenuación: el bovarismo de "Azorín" es meramente verbal. En vez del señor Martínez Ruiz, el literato "Azorín": he aquí todo su bovarismo —tenue, discreto, útil para la transformación definitiva que se operó en el alma de este tímido, antes anarquista y hoy sabio—. El verdadero bovarismo, con lujo y placer, estúdiese en el ya aludido Stendhal. Cierto que él gustaba también de disfraces nominales: de llamarse Bombet, Marqués de Cuzary, Robert frères, Domenico Vismara y mil nombres más; pero era para agotar todas las pasiones, como en la metamorfosis de Tiresias.

Abra, en fin, el lector este *Licenciado Vidriera,* sin prejuicio de buscar novela, sino trozos novelescos, con trozos de todo lo demás; libro de retazos zurcidos por medio de un ardid exterior —cosa perfectamente legítima; libro de acarreo, más que de crecimiento interno. Hallará en él muchas amables figuras de segundo término: el cachicán y la 'Mari-Juana', el fauno y maestro, 'don Lope de Almendares' —nombre que recuerda al de cierto capitán en cuyo navío hizo su viaje a Nueva-España don Juan Ruiz de Alarcón—, Gabriela, el ciego Asensio. "Azorín" posee el secreto de las instantáneas sentimentales.

Se nos ha dicho que "Azorín" llama al *Licenciado Vidriera* "mi mejor libro". Acaso por el admirable esfuerzo técnico de sencillez: hay páginas en que ya no se sienten las palabras. (¿Está satisfecho "Azorín"?) Pero no: este hombre tampoco hace libros; no hace obras separables de él. (¿Tal vez *El político?;* porque de la prehistoria no hay para qué hablar.) Todo él es una obra en movimiento, y vale aplicarle la frase de Rodó: "una perspectiva indefinida . . ."

Hablamos de él con desparpajo. Lo consideramos, en cierto modo, como cosa nuestra, desde que nos es autor favorito. ¿No comenzamos ya a preferirlo a muchos que él mismo —con toda su penetración— no sospecharía? Y no

le prodigamos elogios, por tal de admirarlo con un poco de entendimiento.

Agosto, 1915.

4. Una polémica interesante

Con el respeto que "Azorín" nos merece, vamos a exponer una reciente polémica que tuvo con otro escritor, limitándonos a lo meramente personal: por ventura, lo único importante en el caso. No hay misterios en el hombre de letras: todo él se debe a la posteridad, y sus controversias son lecciones que es conveniente recoger.

"Azorín" y Blasco Ibáñez se han encontrado en el terreno de la contienda política: aquél, conservador de nombre; éste, revolucionario de nombre.

Blasco Ibáñez, juzgándose herido, escribe:

> Los dos nos conocemos de larga fecha, y estamos convencidos de que nunca pensaremos lo mismo. Hace muchos años, ¡muchos! ... vivíamos en Valencia y colaboraba él en mi diario *El Pueblo* ... Entonces se dio varias veces la satisfacción de asustarme a mí, tímido burgués, con sus artículos cortos y terribles de propaganda anarquista, cuyos temas no quiero recordar. (*ABC*, 9 de marzo de 1915.)

Por el momento, "Azorín" se ha conformado con responder:

> ...No nos apesadumbra, no; no nos molesta, no, la evocación de aquellas antiguas y revolucionarias campañas —las mencionamos nosotros mismos muchas veces— realizadas al lado del autor de *Cañas y barro*. (*ABC*, ídem.)

Pero días después, y a propósito de asunto diverso, escribe:

> Hace poco, un antiguo amigo nuestro —Vicente Blasco Ibáñez— recordaba los lejanos tiempos de escritor revolucionario del autor de estas líneas. ¿Lo hacía el autor de *La barraca* con propósito un poco mortificante en el fondo, pero irreprochable en la forma? Se equivocaba de medio a medio; como nuestro antiguo compañero ha estado ausente de España hace mucho tiempo, no ha podido advertir que nosotros mis-

mos hemos evocado, y evocamos frecuentemente, aquel período de nuestra vida. ¿Cómo iba a mortificarnos su recuerdo? Cuando el escritor ha avanzado en la vida, cuando se conocen un poco los resortes de la técnica literaria, se ve que todo lo que se decía antaño se puede decir ahora sustancialmente, pero cambiando la forma... ¡Cuánto más revolucionarios no son algunos escritores que dominan el matiz y las imperceptibles transiciones, que otros que nos atruenan los oídos con palabras gruesas y vocablos terribles!

...Recordamos con gusto aquellos años de ingenuidad... Nuestra ingenuidad consistía en creer que en España existen muchas cosas de que un escritor independiente no puede hablar. Sentíamos entonces una indignación profunda contra estas instituciones e ideas que no pueden ser discutidas... La vida ha ido pasando por nosotros desde entonces; la vida, con todo su cortejo de advertimientos saludables y decepciones. Después hemos visto... que del Ejército, de la Magistratura, de la Iglesia, de todo, en suma, se puede hablar en España; todo dependerá del matiz, de la inflexión, de la habilidad del escritor, en fin...

Al escritor revolucionario de antaño, ahora, cuando ha visto muchas cosas por dentro, cuando tiene alguna experiencia de la vida, cuando conoce el resorte oculto de muchos movimientos políticos y de muchas campañas de opinión... le parece que lo verdaderamente terrible no son aquellas instituciones de que él abominaba y que pueden ser libremente combatidas... sino aquellos otros conglomerados sociales —como éste de que tratamos— que, invisibles para el público, inofensivos en la apariencia, poseen una fuerza abrumadora y extienden sus tentáculos y ramificaciones por todas partes. (*ABC*, 23 de marzo de 1915.)

Porque "Azorín", dando ejemplo de temperamento reformador, está discutiendo la política de los ferrocarriles de España.

Pero ¿ha encontrado la verdadera respuesta? ¿No ha padecido la ilusión de congruencia exterior que todos padecemos al justificar nuestra conducta? ¿No ha olvidado, en cambio, la verdadera razón de su congruencia? Y el lector mal inclinado ¿habrá quedado convencido? ¿No sería la mejor respuesta la respuesta incongruente e inesperada? Los maestros de la espada saben que no siempre conviene mantener el contacto del acero enemigo. El señor feudal sabía que, contra las hachas que destrozaban su puerta, había algo

mejor que las hachas, y era, precisamente, la respuesta insospechada: el plomo derretido arrojado desde los balcones del castillo.

—No; no estoy en tu mismo plano. Combates con un fantasma y me equivocas con mi sombra.

En todo caso, ya se habrá el lector dado cuenta de que no se trata de una mera reyerta vulgar —ni podía ser de otro modo—, sino de una lección moral, de una sincera y sazonada discusión sobre los motivos de la conducta. Porque todos los hombres ¿no son, en cierto modo, el revolucionario de ayer, el conservador de mañana?

Oíd ahora lo que ha escrito sobre esto Eugenio d'Ors:

> ¿Por qué "Azorín" condescenderá, a veces, con sus hostigadores hasta explicar por un cambio de criterio lo que en él podría ser explicado simplemente por un mudamiento en el campo de la atención? Ayer fui revolucionario —nos dice—, hoy soy conservador; así me ha trabajado la vida... ¿Por qué no decir: ayer fui, y hoy soy, hombre en quien los valores de sensibilidad se han hecho supremos? Injusticia y desorden ofenden igualmente mi sensibilidad. Dime un día con preferencia a traducir mi irritación ante la injusticia; ahora más gusto de traducir mi irritación ante el desorden.
>
> ¿Qué cosa es peor, el desorden o la injusticia? Goethe, maduro, declaró mil veces más soportable ésta que aquél; y, por razón, "que el desorden engendra mil injusticias". Eso es valorado desde el punto de vista de la inteligencia. Pero 'Goetz de Berlichingen' (que es tal vez uno mismo con Goethe mozo), por amor a la justicia se volvió bandido, y eso fue valorado desde el punto de vista de la pasión. Hay un tercer punto de vista posible, que no es el de la pura pasión, ni tampoco el de la pura inteligencia. Hay el punto de vista de la sensibilidad. Y desde él, injusticia o desorden tanto montan. (*España*, 2 de abril de 1915.)

No tengo a la mano la obra en que Benedetto Croce estudia lo que ha muerto y lo que aún vive de la filosofía hegeliana. Pero me parece que Hegel impera en la polémica de la conducta y en la dialéctica del ataque: todo aquí se resuelve en tesis, antítesis y síntesis. Todo bien y mal quedan corregidos en un bien superior; y en todo, si se la busca con generosidad, se hallará la fórmula neutra, salvadora. Des-

cubrirla es, precisamente, la función filosófica del tercero en discordia.

Abril, 1915.

5. "Azorín" y los escritores de América

Conocí a "Azorín" allá por septiembre de 1914, recién llegado a España e ignorante todavía de las convenciones de esta sociedad literaria. Estábamos en San Sebastián. Él viajaba por los pueblos de Francia, en esas fiestas de soledad y de espíritu que tanto ama. Él, tan curioso, no creo que haya tenido entonces verdadera curiosidad por las cosas de América. Hablamos de nuestra literatura: me declaró francamente no conocerla muy por detalle, aunque desde luego me pidió informes de ciertos jóvenes. Este solo hecho fue muy elocuente para mí. No cabe duda, me dije, que "Azorín" se da cuenta de todo lo que sobresale, y en materia de literatura americana atiende, por lo menos, a los saldos definitivos. Pero acaso no se da cuenta —por no haber querido intentarlo— de nuestro carácter general, de nuestro ambiente.

—Si no me equivoco —observó—, entre ustedes se ha conservado demasiado tiempo el culto y la técnica de Castelar.

Yo no veo ironía en estas palabras; más tarde, el mismo "Azorín" ha tenido elogios justísimos para Castelar. Pero me parece que en aquel momento se olvidaba "Azorín" de los orígenes americanos de esta prosa ligera y suelta que tanto conviene a nuestro tiempo; se olvidaba, me parece, de que en Gutiérrez Nájera y en José Martí tiene él mismo —aunque sin saberlo— sus precursores.

Recientemente, en *La Nación,* interrogado "Azorín" sobre los escritores de América, declara su preferencia por Darío y Rodó. Rufino Blanco-Fombona que, con una inquietud de centinela, procura escuchar y recoger todas las opiniones de Europa sobre América, le contesta desde las páginas de *España.*

El choque de dos temperamentos diversos, y aun opuestos, tan definidos los dos, no puede menos de interesar a

quien se preocupe de los resultados espirituales de las cosas. Blanco-Fombona es el escritor que se da todo en sus palabras, en sus líneas, y "Azorín" está todo él entre líneas. ¿A qué no decirlo con sencillez? Blanco-Fombona quisiera tomar a "Azorín" al pie de la letra, para revelarnos —si fuere posible— sus aspectos débiles. Y "Azorín", en cambio, gusta del sobrentendido y la reticencia: las intenciones van siempre matizadas en él, con un sonrojo como de pudor.

Pecado —si lo es— propio de su ritmo mental. Así, sus antiguas páginas sobre Quevedo apenas se sienten, y son de lo más terrible que sobre el Siglo de Oro se ha escrito. Por nuestra parte, tanto nos seduce la insinuación fugitiva de "Azorín" como la evidencia valerosa de Blanco-Fombona.

La verdadera respuesta de éste consiste en decir que él, a su vez, prefiere sobre "Azorín" a Unamuno, a Pérez de Ayala y a Ortega y Gasset. Por nuestra parte, todos los colores excelentes nos gustan, cada uno en su tinte; no podemos resolver calidades en cantidades, no acertamos a preferir: ni el verde es más que el azul, ni éste más que el rojo, y ni siquiera éste más que el color de rosa.

Pero tampoco sería justo que las "preferencias" de "Azorín" nos hicieran olvidar sus "deudas" para América; deudas que él es el primero en reconocer. Más aún: deudas que, sin su propia declaración, no habríamos podido averiguar. Tan personal es así en todas sus obras, y a tal grado asimila y transforma las posibles influencias que ha ido recibiendo en el curso de su carrera. En *Los valores literarios* nos revela —no lo hubiéramos sospechado, y aún nos resistimos a creerlo— su deuda para con "Fray Candil".

En realidad, "Azorín" de lo que se preocupa es de España. Por eso se acuerda tanto de Francia; por eso, y por lo que le debe en la formación de su espíritu. Se acuerda de las cosas americanas cuando afectan a España. (Yo recojo con interés, en *Clásicos y modernos*, página 120, la decepción ante el hecho de que Ercilla no pinte el paisaje americano.) En *Clásicos y modernos*, también, ha juzgado *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta, como obra de exageración en todos los sentidos de la palabra; y en el prólogo de no sé qué guía, la declara obra de poco sentimiento

castizo. En "La Justicia y la especie", agradece "al notable venezolano Pedro-Emilio Coll" el descubrimiento del filósofo español Ramón Campos.

Yo hago un voto para terminar: que "Azorín" llegue a interesarse más intensamente por las cosas de América. Su mismo entendimiento de España se robustecería. Dígalo José Ortega y Gasset, para quien el viaje a la Argentina no ha sido ocioso —ni pudiera ser de otra suerte en esa naturaleza activísima. De tiempo atrás, América ha logrado interesar a Unamuno. Baroja todavía se resiste, y (¿quién lo creyera en el intérprete del bárbaro Aviraneta?) habla todavía con sorna de las plumas de América. El día que conquistemos a "Azorín" —dígolo como lo siento— podremos enorgullecernos de haber ganado un noble testigo.*

¿1916?

6. Notas sueltas

Cómo se debe escribir sobre "Azorín". Hace algunos meses, Enrique Díez-Canedo escribía en *España:* "Va estando de moda arremeter contra "Azorín" por motivos no siempre literarios". Escribir sobre "Azorín" ha venido a ser, en todo caso, una de las cosas más fáciles del mundo. Y es que cuando se es maestro, ya no se pueden dar sorpresas al público.

La crítica, más o menos, coincide en sus conclusiones sobre "Azorín", ora sea meramente literaria, como en las sutiles páginas del *Espectador*, de Ortega y Gasset; ora sea algo personal, como en las acentuadas palabras de Blanco-Fombona. Cierto escritor estaba pagadísimo de sus juicios sobre "Azorín", y creía, sobre todo, haber puesto en claro el misterio de este temperamento al hablar, desde las páginas de un periódico de La Habana, del desdoblamiento psicológico de don José Martínez Ruiz: "Éste —decía nuestro escritor—, al crear a su doble "Azorín", ha realizado a través

* Esta nota fue escrita hace años. Más tarde, "Azorín", en las reuniones del P.E.N. Club, ha demostrado el más ardiente y vivo interés por América: está ganado. Hoy, 4 de julio de 1923, acabo de recibir unas líneas suyas, respuesta a cierto programa que le envié de una "Fiesta de la Danza y de la Canción", celebrada en un pueblecito de indios, de México:

"Querido Reyes: esos indios son la América —*la América directa*— que yo más quiero."

del doble lo que directamente no se atrevía a proponer." Pero, meses más tarde, ha visto con sorpresa que otro escritor (por su cuenta y sin necesidad de auxilios ajenos) desarrollaba exactamente los mismos pensamientos, en cierto diario de Madrid.

En materia de "Azorín" nos hemos puesto todos de acuerdo, por mucho que algunos lo ignoren y otros afecten ignorarlo. De donde se infiere que sobre "Azorín" conviene escribir notas rápidas, monosilábicas, como sus artículos, y que basten para despertar en el público el recuerdo de lo que ya sabe.

La fuerza de la tradición. Todo el mundo gusta de hablar de la evolución de "Azorín": enemigo de la injusticia primero, enemigo del desorden después, explica "Xenius".

Los jóvenes del 98 comenzaron a publicar en 1903 una revista: *Alma Española.* Algunos dejaron en ella una página autobiográfica.

Valle-Inclán, a título de "juventud militante", contó algo de su viaje a México, y de cómo asesinó a bordo del *Dalila* a Sir Robert Jones. Maeztu, a título de "juventud claudicante", confesó su versatilidad insaciable. "Azorín", "juventud triunfante", habló también de su vida, de sus rarezas y de sus preferencias. Todavía se firmaba J. Martínez Ruiz; ya se llamaba "pequeño filósofo". Escribía la crítica de los teatros.

Allí se presenta a sí mismo como un joven de talento, incapaz de hacer visitas, que lleva siempre consigo un enorme paraguas de seda roja, y una tabaquera de plata con un perrito de oro en la tapa. Menciona todavía a Baudelaire (hoy ha vuelto del segundo viaje definitivo: entonces estaba en el primero) y a Rollinat; cree todavía admirar a Nietzsche (la vieja revista dice "Nietzche"), y cree también ser un furibundo iconoclasta, que abomina de Calderón y Lope, y se aleja con desinterés de Cervantes.

¡Oh, cuánto ha corrido el tiempo, querido "Azorín"! En ese retrato que acompaña a su autobiografía, tiene usted una simpática expresión juvenil. Todavía era usted un aspirante a diputado, que pasaba frente al Congreso bajando la cabe-

za. Pero ya, ya se veía quién era usted: ya sabía usted decir con claridad lo que pensaba de España, y a veces lo sugería usted entre líneas. Ya citaba usted a Montaigne, a los moralistas franceses, con inteligente fruición.

Más tarde, puesto a renovar los valores literarios, comenzó por negar algunos. Sobre Quevedo ha rectificado él mismo sus primeros impulsos, en un artículo publicado en *La Vanguardia,* de Barcelona, al que han seguido otros. Y estamos seguros de que aún rectificará su actitud frente a otros asuntos tradicionales. Y es que negar una tradición, o no tiene sentido, o no es más que la primera mitad de la verdadera revolución. Lo que importa es reinterpretar, volver a admirar de otro modo lo que ya nadie sentía siquiera, a fuerza de figurarse que lo admiraba.

¿1916?

7. El 'Don Juan' de "Azorín"

Era esperado con ansia, después de las interpretaciones de Ortega y Gasset, Maeztu, Martínez Sierra.

El nuevo libro de "Azorín" es, puede asegurarse, un compendio del mejor "Azorín": la miel en plena sazón, la dichosa madurez de un espíritu fino, delicado, sensible, disciplinado y estudioso.

Su Don Juan —¿no lo sospechabais?— es un Don Juan que vive en un "pueblecito" de España y que está de vuelta del pecado. Es un Don Juan que ha dominado ya el apetito o, mejor aún, que lo ha perfeccionado y sublimado hasta la piedad. ¡Si la palabra "filantropía" no estuviera ya tan estropeada!... Por eso Don Juan oculta sus rasgos de filantropía, como cuando cede sus bienes al pueblo, para objetos de beneficencia y cultura, haciendo creer a todos que el autor de la cesión es un rico muerto en Valparaíso. ("Azorín" no lo explica, por un pudor semejante al de su héroe. Se conforma con decirnos que Don Juan sonríe mientras descubren la estatua del indiano bienhechor. La crítica, al hacer el análisis del libro, no se percató de que el rico de Valparaíso era una patraña piadosa de Don Juan.)

En torno a este Don Juan quieto y amansado, desfilan

las escenas del pueblo, suenan las campanas de la iglesia, cruzan dos o tres tentaciones pronto acalladas, y en una casa, como una risa en medio del ambiente hosco y grave, suena la alegría de una familia que va a París todos los años. La hija trae canciones de Béranger.

Y el libro se desarrolla en un silencio preñado de cosas interiores. —De pronto me sentí transportado al claustro de San Marcos, de Florencia: sobre la puerta de la sacristía, Fray Angélico dejó pintado un San Pedro Mártir que impone silencio con el índice sobre los labios, y tiene la frente ensangrentada.*

1922.

* Ver, en este mismo tomo, "De algunas sociedades secretas" (*Reloj de sol*) págs. 380-382, y "La sátira política de "Azorín" (*Reloj de sol*), págs. 401-404.

APUNTES SOBRE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Crisis primera: La salvación del héroe

José Ortega y Gasset se destaca entre la juventud española con un ademán de paladín. Aplicando a la crítica literaria el tono patético de la historia, pudiéramos decir que es el héroe.

En él, como en muchos, hay una bifurcación interior, más o menos inconfesa o reconocida, y comparte su actividad entre dos vocaciones: la oficial y la personal, para decirlo de algún modo. ¿La oficial? Él es catedrático de Filosofía en la Universidad Central, y dirige una sección de investigaciones en el Centro de Estudios Históricos. ¿La personal? La personal es la literatura. ¿Tengo que añadir que, sin pretender restar nada a su palmaria capacidad de filósofo, estoy, contra la afición oficial, por la personal? Os diré por qué: si como literato Ortega y Gasset ve las cosas humanas bajo especies cálidas y concretas, y las expresa con un ánimo de belleza, como filósofo quisiera ceñir su conducta intelectual dentro de una sola tendencia, coordinarla con su conducta práctica y construir, a través de la palabra, algo como un nuevo ideal de España, cuya última manfiestación tendría que ser la obra de reforma política.

Así, en *Vieja y nueva política* (1914), convoca a los jóvenes a ensayarse para los compromisos de la vida pública, con intenciones de pureza espartana. Se funda la Liga de Educación Política Española, y el entusiasmo cunde.

—Obraremos a la primera oportunidad —se dicen todos.

—A la primera ocasión —define el héroe— nos echamos a la calle, aunque sea en mangas de camisa.

Pero, en aquellos que meditan mucho la acción, el gusto platónico de meditar suele imponerse a todo. Las ocasiones desfilaron, en larga teoría, por la calle, y los jóvenes (¿por desgracia?, ¿por fortuna?) siguieron estudiando con los libros abiertos.

El mismo año de 1914, Ortega y Gasset publica sus *Meditaciones del Quijote,* donde se propone un fin esencialmente político:

> Habiendo negado una España —dice—, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra. Esta empresa de honor no nos deja vivir. Por eso, si se penetrara hasta las más íntimas y personales meditaciones nuestras, se nos sorprendería haciendo, con los más humildes rayicos de nuestra alma, experimentos de nueva España.

Sin embargo, este propósito parece como sobrepuesto al libro artificialmente, como adaptado desde afuera para organizar una serie de ensayos sueltos, para convertir en tesis un montón de artículos varios. De donde resulta, por ejemplo, que, a fin de aprovechar una página sobre los "conceptos", el autor se ve obligado a justificarse así:

> Conviene a todo el que ame honrada, profundamente la futura España, suma claridad en este asunto de la misión que atañe al concepto. A primera vista —confiesa—, es cierto, parece tal cuestión demasiado académica para hacer de ella un menester nacional.

En 1915 se funda una revista semanaria, *España,* de que él aparece como director. Al pronto, dijérase que va a ser el órgano de su actividad política. "Es preciso reorganizar la esperanza española", nos dice el artículo de salutación. Pero, poco a poco, el director se va alejando de su revista; hasta que, sin romper con ella, la deja sola: la preocupación literaria, el deseo de escribir en casa sobre los asuntos que le plazca, triunfan en él sobre la preocupación política. Es un jefe de partido algo indiferente; es un excelente literato. La filosofía —ayudada por cierta pendiente del temperamento— lo lleva a las inquietudes de la política; la literatura, más desinteresada si cabe, lo emancipa de todo lo que no sea Dios.

Finalmente aparece *El Espectador,* donde la vocación personal juega una mala pasada a la política: revista "espectacular", como lo indica su nombre, de libres desahogos mentales, de ensayos sobre todas las cosas de este mundo y del otro, sin propósitos prácticos artificiales, sin sistema político alguno.

Desde cierto punto de vista, este libro parece vuelto de espaldas con relación a ciertos propósitos anteriores. Como el joven Descartes después de sus viajes, Ortega y Gasset, al regreso de sus primeras excursiones por la vida pública, vuelve a sus afanes estudiosos y a la investigación de sí mismo. El libro comienza justificando esta necesidad de emanciparse de la política, de la supeditación de lo teórico a lo útil. Más aún: con descubierta arrogancia, arroja el autor la primera piedra:

> Yo he buscado en torno —escribe—, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la verdad pura, lo que las cosas son en sí mismas, y apenas he hallado alguno... ¡Y he hallado tan pocos, tan pocos, que me ahogo!... No he hallado en derredor mío sino políticos, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestas sólo a usar de las cosas como les conviene. Política se hace en las academias y en las escuelas, en el libro de versos y en el libro de historia, en el gesto rígido del hombre moral y en el gesto frívolo del libertino, en el salón de las damas y en la celda del monje. Muy especialmente se hace política en los laboratorios: el químico y el histólogo llevan a sus experimentos un secreto interés electoral...

¿Contradicción? No tal, sino perfeccionamiento, emancipación, salvación, en suma. El hombre puro había hecho de la política un ideal puro, y, al palpar la imposibilidad de dignificarla, se aparta, momentáneamente, del tráfago público; vuelve a su encierro con las Musas, y sube otra vez, desde el comercio con los hombres, al comercio con los libros: con lo mejor que hacen los hombres.

¿Quién duda que, a lo largo de la vida, Ortega y Gasset tendrá que descender muchas otras veces a la política, ante las imperiosas solicitaciones del problema español? En todo caso, este momentáneo despego nos hace comprender que no ha roto la escala, que no ha olvidado el camino, que siempre sabrá apartarse a tiempo —"dejarse", como decía Gracián—, que nunca perderá de vista las categorías de su conducta, que no se repetirá en él la triste fábula española del pensador para quien los estímulos intelectuales no fueron sino un primer impulso abstracto hacia otras contiendas de orden menos espiritual. ¡Cuántos en España —oh Cánovas, oh Caste-

lar— cambiaron la primacía intelectual por las confusiones de la furia política!

1916.

Crisis segunda: Nostalgias de Ulises

El segundo tomo de *El Espectador* es otro alto en este proceso —proceso patético de una mente que se depura con sus propias virtudes. El viaje a América determina, en Ortega y Gasset, una honda y fecunda crisis.

Hasta aquí yo me figuraba —pronosticando con la intención— que el combate entre el escritor y el político había de ocurrir según la línea de mayor felicidad, y ahora no puedo disimularme que va tomando por una senda un tanto espinosa. En su reacción contra los males o peligros ambientes, Ortega y Gasset se ha ido amargando, se ha ido despechando de España. Si debo apreciar de algún modo las protestas con que, en voz baja, algunos reciben su nuevo libro, Ortega y Gasset ha rebasado un tanto los límites de la piedad. Ignoro si también los de la justicia: yo apenas comienzo a conocer a España; yo no puedo ser juez. Aparte de que, desde 1898, oigo a los nuevos escritores protestai con ira contra los males de España.

Ello es que el viaje de América ha dado rumbo nuevo a esta investigación de sí mismo que embarga la atención de Ortega. Porque este escritor se busca a sí mismo, sin cesar, con una inquietud de adolescente. Hay en él un yo no sé qué de niño heroico, que pone una vida sin malicia al servicio de una idea terrible.

El viaje a América no fue para él un viaje de recreo. Creyó descubrir en aquellas sociedades, que comienzan, con efervescencia, una nueva historia, el antídoto contra las dolencias de las sociedades caducas; creyó descubrir nuevas alegrías posibles, una existencia más amplia y digna, una mejor acogida para la obra del pensador; una posible rectificación total de las viejas equivocaciones; la probabilidad de recomenzar una vida más conforme con nuestra idea. En suma: podemos decir, con una sonrisa, que José Ortega y Gasset descubrió a América. La descubrió, en efecto, para

sí mismo. América ha logrado así una envidiable conquista, y ha sellado un pacto de alianza con una de las voluntades más limpias y claras de que se honra la España joven. Agradecemos esa frase de cordial humorismo con que acaba el prólogo:

—En las páginas de *El Espectador* no se pone el sol.

Así sea: no se ponga el sol, ni veamos oscurecerse toda la alegría de tamaña inteligencia, a fuerza de protestar contra los males ambientes. Porque, cuanto es el deleite con que el escritor recuerda su viaje, tanta es la desesperación —ésta es la palabra justa— con que convierte los ojos a su vieja España. A veces pierde la paciencia, y se diría que escribe con dolor. Y no era eso lo que queríamos para él sus amigos. Que se salve en buena hora el poeta, pero nunca a costa de su paz interior.

Es la vieja historia de Ulises: mal podemos ser dichosos de vuelta a Ítaca —así nos espere la fiel Penélope de la patria— si hemos escuchado en otros mares el canto arrebatador de las sirenas. Y el símil tiene muy larga explicación; porque yo me temo —y no lo quisiera— que las sirenas que han seducido a nuestro Ulises sean, por mucho, verdaderas sirenas y, por lo tanto, engañadoras. Es decir: yo temería que su entusiasmo por América estuviese también llamado a desvanecerse, como se ha desvanecido aquel hermoso sueño de reconstrucción de la patria, que inspiraba en otro tiempo las páginas de las *Meditaciones*.

Desde luego, su viaje a América se reduce, prácticamente, a la Argentina; y así, su visión de América es más bien gozosa, pero es más bien limitada. La Argentina es la morada de las Gracias americanas. De las Gracias, como las definen los modernos mitólogos: el espíritu de los deseos realizados. La Argentina es la tierra de la felicidad gratuita: una gracia son todas sus virtudes y sus riquezas, y allí la felicidad se reparte gratis. Todo viajero que desembarca en Buenos Aires se siente envuelto en un fuego de hospitalidad y agradecimiento. Lo primero que quisiera decir es: "gracias, muchas gracias"; o "muchas Gracias", con mayúscula, que aquí da lo mismo. Si aquel personaje de Heine cantaba: "Tirilí-tirilí", al oír hablar de un viaje a Italia, yo sé de

muchos que, al hablar de un viaje a la Argentina, rompen a gritar: "¡gracias, gracias!"

—Vosotros, mexicanos —me decía Leopoldo Lugones, en París—, sois casi como los europeos: tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar; podéis *jouer à l'autochtone* con vuestros indios, y os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espalda. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana.

Ya sois los de hoy —le respondo yo ahora—. Vuestra innegable fuerza espiritual, argentinos, sólo es comparable con vuestra prosperidad material. No en vano atraéis los anhelos de todos los hombres libres. Con todo, pensando en mi México turbulento, y sin duda alguna embarazado de porvenir, yo me decía, oyendo a Lugones, que tener historia es tener merecimientos... Pero ¿cómo concertar la moral con el éxito de las naciones, donde reinan —a cuatro patas— los dioses brutales de la fuerza?

Pues bien: si a nuestro escritor ha podido seducirle la América que ríe y que juega, ¿podría seducirle igualmente la América que llora y combate? Ha admirado el músculo en reposo, la belleza estatuaria de la línea que se recrea en su quietud robusta. ¿Admiraría igualmente el músculo que se contrae bajo el agobio de un duelo nacional? ¡Ay, el grito de Eneas se trueca en mis labios: también en América hay lágrimas para las desgracias! A medida que se sube hacia el Norte, la América nuestra va dejando ver sus entrañas. Hay la América que disfruta, en pujante y gustoso regocijo vital, los beneficios de su juventud y su riqueza. Y hay la que resiste el empuje de ambiciones y poderes oscuros, manteniendo con estoicismo, y casi en completa soledad, la afirmación de su derecho a la vida.

Pero, por ahora, dejemos al filósofo entregado al halago de un espectáculo risueño. No le pidamos que se entristezca más. Porque, conscientemente o no, este segundo volumen de *El Espectador* está preñado de amargura. Y escribir a fuerza de dolor es el peor método de arte. El *Pelícano,* de Musset, es una gran equivocación simbólica. Aúlla la

literatura española largamente, arrancándose los escritores sus propias entrañas . . .

No importa: asistimos a una crisis necesaria y benéfica. Mucho más que el contenido espiritual —tan abundante y jugoso— de este libro, nos importa ahora la conducta del héroe, la ética de este escritor ejemplar. Ahora lo vemos como a Laocoonte, antes de desdoblar los brazos donde se enrosca, en dúplice anillo, la serpiente. Pero crecerá, porque es español. Dará de sí, más o menos pronto, un estallido de alegría superior, como viento matinal que ahuyente los últimos fantasmas de la pesadilla largamente rumiada. No importa: hasta el Creador conoció el cansancio. Con agudo sentimiento de las debilidades cósmicas, el pueblo hebreo inventó el símbolo del Sábado. Esperemos, esperemos aún. No hay que exigir tanto de los otros, ni de sí propio. Un día perdonará y se perdonará, olvidará y se olvidará un poco. Y descubrirá otra vez sus sonrisas, que estaban, todas, esperándolo, plegadas temerosamente las alas.

1917.

Crisis tercera: Melancolías de Fausto

Educado en ideales severos, el joven maestro empezó la vida impidiendo que se le pegaran los dejos de la tertulia de redacción, que en sus primeros años de letras pudieron haberlo contaminado.

Más tarde, a la hora en que el hombre escoge las dos o tres direcciones fundamentales de su conducta, la influencia de una ciudad alemana, la vida estudiosa, la disciplina filosófica de Cohen, fueron modelando su alma.

Prendió en ella el ardor de renovar a España, y vuelto a su patria, se hizo director de la juventud, señaló remedios a la política y orientaciones al arte; inquietó las almas nuevas: fue el Inquietador, mucho más que el Espectador, como él gusta de llamarse ahora.

Un viaje a nuestra América deslumbrante, en esa oportuna sazón en que comienza a oírse la voz del Demonio del Mediodía, acabó de ensanchar generosamente las fronteras de esta alma que, abandonando la adustez casi ascética de

otra hora (lector: yo también fui un niño sin sonrisas, y te descubro, con profunda emoción, este proceso hacia la alegría), se abrió a una comprensión más vasta y plena de la vida, donde caben ya hasta la frivolidad y los juegos.

Y así, del camino recorrido por este viajero —en tan pocos años— resulta una gran lección de vivir la vida oportuna, dando a nuestros anhelos lo que por derecho vital les corresponde.

Ortega y Gasset —como un Fausto todavía joven, pero ya con cierta trágica inquietud— cierra un instante el libro y alarga las manos hacia la imagen (¡ay, hacia la imagen voluble!) de la vida. Una gran sed, una noble sed, atraviesa su alma. La primavera y la flor, la mujer y la juventud, recobran su trono de honor en la conciencia; y aun la sensualidad de Don Juan resulta abolida y perdonada, porque era sincera y valerosa: porque no se daba por satisfecha con las mezquinas aventuras de todos los días.

Tal aquella nave que no se dejaba seducir por los puertos en que dormía las noches, por lo mismo que andaba en busca de otro puerto definitivo: el que no se encuentra en las costas de la tierra.

1922.

METAMORFOSIS DE DON JUAN

NUESTRO sentido simbólico trabaja hoy en torno a Don Quijote, a Hamlet, a Fausto y a Don Juan, como trabajaba ayer la mente religiosa de los gentiles en torno a Prometeo y a Hércules. En estas proyecciones sobrehumanas del hombre, aprendemos a conocernos. Reflejados en los espejos del cielo, se agigantan nuestros perfiles. Y como cada uno cuenta con un horizonte, con un espacio astronómico distinto, cada uno reduce o expande a sus medidas la trascendencia espiritual de los mitos.

Los mitólogos contemporáneos de España se ocupan ahora de Don Juan. No ya para rastrear los centelleos del motivo donjuanesco por toda la literatura española —motivo que se resuelve, como en dos constelaciones, en *El Burlador*, de Tirso, y en *El Tenorio*, de Zorrilla. Tampoco para sorprender los embriones de la fábula del Convidado de Piedra, o el tema del Seductor Redimido, o del Juan sin Miedo entre los Difuntos, comparando tradiciones, leyendas y hasta dichos familiares de varios pueblos. No: ahora se trata de abstraer quintaesencias y destilar símbolos. Se trata de dar con la moraleja de la fábula que es Don Juan.

Ortega y Gasset, que trajo de su viaje a nuestra América una profunda preocupación por aquella parte del mundo que cae bajo los sentidos, rectifica ahora los excesos de severidad y adustez de una juventud cuyo mismo ardor produjo, de pronto, ese paradójico destello frío en que se consumen los mejores ("se juzgó mármol, y era carne viva"). Ortega y Gasset ha arriesgado en explicaciones públicas, que las mujeres aplaudían con arrebato, la afirmación de que Don Juan es un héroe del idealismo. ¿Por qué? Por el simple hecho de que Don Juan, nunca contento de la última aventura, parece, en sus presurosas investigaciones de amor, empeñarse en la busca de algún ideal sumo que está más allá de todas las experiencias posibles. ¡Ya decía el Don Juan de

Bernard Shaw que él nunca quedaba satisfecho, porque a la hora más feliz descubría el diente orificado, o el parecido masculino que anda siempre oculto en los rasgos de la mujer: el parecido con el hermano o con el padre! En suma: que Don Juan pretendía encontrar la Mujer Pura como un mal discípulo de Platón, como un verdadero principiante de filosofía; porque esa joya perdida que Don Juan busca inútilmente en los ojos de las mujeres, asomándose a ellos con renovado ardor y alternativo despecho, y cuyo nombre hemos olvidado al nacer, esa joya parece que no se encuentra queriendo, sino amando. Y en este Leteo que separa la acción de la contemplación naufragan los sensuales.

Ramón Pérez de Ayala insistía hace años en que el tipo del seductor, que va fácilmente de un goce a otro, no representa, en manera alguna, el caso varonil más intenso y fuerte. Y el doctor Marañón —este joven doctor de moda en cuyos libros se encuentran curiosas averiguaciones sobre Polichinela, derivadas del estudio de las secreciones internas— apoya la intuición de Pérez de Ayala con razones científicas. Don Juan, según esto, casi es digno de compasión. Ni merece sus triunfos, ni verdaderamente los ha disfrutado jamás. ¡Cruel venganza retrospectiva contra el seductor que nos ha robado —virtualmente— el amor de tanta Doña Inés!

Hace todavía más años, Valle-Inclán había tratado novelísticamente el tema de la seducción, preocupado, sobre todo —como lo he explicado alguna vez *—, de crear un "Don Juan del paisaje", un amante que reacciona diversamente con el cambio del escenario natural y con el cambio de las estaciones del año. Acaso esta incorporación de lo subjetivo en lo objetivo represente la perfección del tema. Benedetto Croce, cuando analiza la evolución de Maurice Barrès —otro donjuanista—, desde sus libros de "sensorialidad" voluptuosa hasta sus libros de nacionalismo ferviente, declara que entre ambos estados de ánimo hay un camino directo: el *pasaje* de uno a otro, dice —y pide perdón por el retruécano—, es el *paisaje*. La misma sensación de caricia que experimenta Barrès cuando se recrea en la contemplación de 'Berenice', la experimenta ante los rincones y escena-

* Ver págs. 102-103.

rios naturales de su país; y parece como haber descubierto una continuidad fundamental entre su propia epidermis y el suelo de su Francia.

Ramiro de Maeztu —en plena evolución de ascetismo— se conforma con lanzar a Don Juan un *vade retro,* como si le tirara a la cabeza un ejemplar de la Biblia que trajo de Londres.

"Azorín", en su *Don Juan* —libro de acendradas mieles de otoño—, prefiere abordar al héroe romántico cuando está de vuelta del pecado, cuando ya, como en Amado Nervo, "cerrando los ojos las deja pasar". Lo recluye en un pueblecito de la vetusta España, hace de él un filántropo silencioso, vestido de negro, en cuyo alrededor se desarrollan vidas humildes, y danzan —en larga delectación morosa— dos o tres tentaciones.

Y Ors, finalmente, juzgando el libro de "Azorín", pone el dedo en el misterio cuando declara que lo que verdaderamente nos repugna en Don Juan es lo vertiginoso, lo burda y groseramente apresurado de sus aventuras; su vida de alquilón o de taxímetro del amor; y ese apurar el vino de la existencia sin tomarle el gusto, como si lo bebiera con la garganta sola, sin labios y sin paladar. Don Juan, viene a decir, no es inteligente, y es éste su verdadero pecado, lo que no podemos perdonarle. No saborea, porque ignora la previsión y la memoria, estas dos orejas de la inteligencia. Su redención tiene que consistir, pues, no en cambiar el tema de su locura, no en cambiar el vértigo de aventuras amorosas por el vértigo de obras caritativas —como se cuenta de Mañara—, sino en tranquilizarse un poco, en aprender a gustar con más calma de la vida, en ser más contemplativo que activo, en amar más que querer, en ser más enamorado que político del amor. Y éste es el prodigio que realiza "Azorín".

Y a propósito de Mañara, nuestro amigo Izquierdo nos decía hace poco en Sevilla:

—Mañara no tiene nada de común con Don Juan. Un sevillano no se preocupa tanto por sus lances amorosos. A Mañara no le conduce al ascetismo el arrepentimiento de amor, sino el considerar esta vanidad de las cosas del mun-

do que está representada en la primavera de Sevilla: este relámpago que es la flor . . .

Y Enrique Díez-Canedo añadía, comentando a Ors:

—¿Y no está, precisamente, el secreto de Don Juan en haber sido capaz de paladear el amor más profundamente que todos nosotros, a pesar de ir tan de prisa por los laberintos del goce?

Aquí nos acuden las palabras de Lope de Vega: "Soy como los ruiseñores —solía decir—. No me queda tiempo para amar: todo se me va en cantar el amor." Pero no hubo tal, porque Lope se daba tiempo para todo, verdadero monstruo de la Naturaleza. A Don Juan se le pasaban los días y las noches haciendo el amor. ¿Le quedaría tiempo de amar? Yo conozco, asimismo, algunos caritativos profesionales que, distraídos constantemente en empresas piadosas, no tienen tiempo de sentir la dulce emoción de la caridad.

Y aquí se abre una disputa sobre la celeridad en el disfrute de la vida, que puede dar origen a una nueva física (oh Gourmont, oh Einstein), y hasta a una nueva clasificación de las especies. Más vale interrumpirla a tiempo.

Madrid, mayo de 1922.

APUNTES SOBRE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

1. JUAN RAMÓN Y LOS DUENDES

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ se pasa lo más del día enclaustrado, escribiendo y, sobre todo, corrigiendo lo ya hecho: como él dice, "depurando la Obra". Casi anochecido, sale por la Castellana y se pasa un rato en la librería del Caballero de Gracia, que los aficionados llamamos "Los Alemancitos". En "Los Alemancitos" se le puede encontrar siempre, husmeando los libros nuevos. Levanta la cabeza —la noble cabeza de Greco— y nos clava esa mirada profunda y seria, negra y azul.

Es pariente espiritual de Góngora. Sus rasgos lo recuerdan. A veces sonríe, pero hay en su sonrisa algo terrible, como una amenaza de mordisco. Juan Ramón es implacable y puro. No soporta lo que no es perfecto. Se aleja de los hombres a quienes no estima plenamente. Cuando da la mano, parece que da una sentencia de aprobación. Prefiere la soledad de oro. Y es un sacerdote del silencio. Goethe se veía obligado a escribir con lápiz, porque el rasgueo de la pluma interrumpía su recogimiento poético.

Juan Ramón necesita, exige de la vida el más completo y absoluto silencio en torno a su trabajo.

En la calle del Conde de Aranda, donde vivía antes, se compuso un cuartito sordo, acolchado, que le costó mucho dinero y paciencia. Los obreros no le entendían, y él mismo se equivocaba al principio en la elección de los medios.

Comenzó a forrar los muros de corcho. Pero yo, que tenía mis dudas, consulté a un mecánico belga, vecino mío. Y mi vecino me explicó que el corcho interrumpe las vibraciones motrices, pero no las acústicas; que contra los ruidos, lo mejor era el fieltro.

Juan Ramón rehizo la obra, apuró un poco, y al fin dio con una sustancia ensordecedora, especial, que le trajeron

de los Estados Unidos, donde la cosechan para sanatorios de hombres fatigados. El resultado fue fantástico.

—Parece —decía el poeta Moreno Villa— que le arrancan a uno los tímpanos al entrar aquí.

Pero lo peor no era esto, sino que se apagaba del todo la atmósfera sonora, ese ambiente o baño de rumores indefinibles en que vivimos como sumergidos; que se borraba, en fin, el fondo del paisaje —¡pero en cambio, resaltaban, únicos, individuados, inextintos y más discernibles que antes, los ruidos más fuertes, los ruidos esporádicos, acaso los más turbadores de todos! Así, el fonógrafo de al lado, el loro del piso bajo, el pavoroso *chas* que lanzan los muebles de cuando en cuando (oh Machado) y, sobre todo, la pianola de las cubanas de arriba, que todo el día bailaban tangos argentinos con unos tacones matadores . . .

—Estoy seguro —decía en su exasperación el poeta—, estoy seguro de que usan tacones metálicos.

Al fin, derrotado, decidió mudarse. Pero, como en el cuento alemán, el duende de los ruidos desagradables se escondió en la escombrera del carro de mudanzas y, sacando la cabeza, le dijo:

—Conque nos mudamos, ¿eh?

Y en la nueva morada —una pequeña terraza de una de las calles más amplias y señoriales de Madrid, aquí a poco andar— se oía de cuando en cuando el chirrido del tranvía en la curva y, al anochecer, el grito de la castañera.

Juan Ramón se ha acostumbrado a levantar la pluma y suspender la labor unos segundos, mientras acaba su quejido el tranvía. Y en cuanto a la castañera, afortunadamente ha desaparecido con el buen tiempo, pero llegamos a pensar en pagarle un anuncio luminoso o algo parecido, para que se abstuviera de lanzar su pregón y dejara en paz al poeta.

El otoño pasado, el escritor y diplomático venezolano Pedro-Emilio Coll regresó del veraneo con un extraño mal nervioso: traía mucho ruido en la cabeza. Y el travieso mago de Pombo, Ramón Gómez de la Serna, imaginó un diólogo chusco entre Coll y Jiménez, en que éste acababa por huir, ante el estrépito intracraneano de aquél.

"Azorín", curioseando un día en las ediciones escolares de Hachette, le descubrió un antecedente a Jiménez: resulta, pues, que Lamartine padecía del mismo mal y también había caído en el error del cuarto acolchado, según consta por un grabado de la época. Sólo que Lamartine tenía un cuarto al parecer espacioso, y el de Jiménez era diminuto; aunque daba la ilusión del espacio, y aun del aire libre, un espejo que duplicaba la longitud y reproducía la ventana de la calle.

Juan Ramón ha llegado a soñar en construir un barrio, en una plaza apartada, para gente fina, que sepa respetar el trabajo de los demás y adore el silencio como la mejor forma de comunicación entre vecinos.

Y entretanto, se encierra a fabricar sus estrellas, continuamente, incesantemente. Hasta que no le rinde el trabajo y le vuelve la sed de hablar con los pocos amigos que ha sabido escogerse.

—Y ¿qué tal de labor, Jiménez?

—No muy bien: entre ayer y hoy, la dilatación atmosférica del calor ha aumentado de un modo apreciable la intensidad de los ruidos.

Y este hombre severo, superior, grave maestro estético y fiero encabritador del verso, nos aparece de pronto como un San Sebastián barbudo y exangüe, de mirada casi cruel, atado a un árbol y acribillado por las flechitas del ruido.

Primavera de 1922.

2. Juan Ramón y la Antología *

El arte de Juan Ramón Jiménez está cifrado en esta poesía:

¡Palabra mía eterna!
¡Oh, qué vivir supremo
—ya en la nada la lengua de mi boca—,
oh, qué vivir divino
de flor sin tallo y sin raíz,
nutrida, por la luz, con mi memoria,
sola y fresca en el aire de la vida!

* Con motivo de la *Segunda antolojía poética*, "Colección Universal" de Calpe, 1922.

Donde, a un gran designio de conquistar la gloria —la alta moral del griego— se une un sentimiento de que la obra debe ser cosa purificada de las materialidades del poeta. Sin nada pasajero ni accidental, nada que se vaya con el cuerpo a la tumba. Donde la "palabra eterna" quiere decir, no un elogio que el poeta se aplica a sí propio, sino una actualidad permanente, hecho nítido, todo de hoy, todo vital, sin curiosidades arqueológicas, sin pasado, íntegramente valioso en todos los momentos presentes; y, en suma, el misterio lógico de la perfección como lo define Santo Tomás: acto puro, sin blanduras de potencia o posibilidades dormidas; acto puro, realización absoluta.

Pero meditemos sobre todo —oh maestros y oficiales de la palabra— en la "flor sin tallo y sin raíz", que es también la flor absoluta: la belleza que persigue Platón, arrancada ya a todos los órdenes de necesidad —tallo y raíz— que la sustentan y nutren por abajo; fin último de la creación de las cosas, y única justificación de Dios ante los Titanes que le interrogan.

Así, pues, la obra acabada del poeta tiene que ser una "antología": junta de flores, cosecha de corolas solas.

Mientras vivimos —repetía Rodó— nuestra personalidad está sobre el yunque. Tal es la doctrina de la vida, como una perenne educación —ideal de Goethe. Mientras vive el poeta —nos dice Juan Ramón Jiménez—, el libro, la obra, tienen que reflejar una mudanza constante, progresando en grados de excelencia. Tal es la filosofía de la vida como una creación perenne.

No basta: la vida toda del creador debe exhalar un poema solo, en que cada instante rinda su tributo necesario al conjunto. Todas las poesías de un poeta —continúa pensando Juan Ramón— son fases de una sola poesía. Y de aquí la necesidad, por una parte, de revisar continuamente cada verso, cada poesía, cada página y cada libro, de suerte que cada nueva edición desespere a los eruditos con sus mil problemas de variantes y retoques, más o menos sensibles a los extraños, pero exigidos por la severidad del juez interior; y de aquí, por otra parte, la necesidad de reorganizar incesantemente el conjunto de obras —la Obra— buscando el con-

torno definitivo a la constelación del alma y el sitio terrible de cada estrella.

Tal, para el poeta infatigable —para el que lo es plenamente—, aparece la empresa total de la poesía. Por manera que la labor misma de Juan Ramón tiende a crear una antología de sus libros, una antología renovada de cuando en cuando, al paso que la vida insaciable promueve en la mente del poeta nuevas acomodaciones del mundo. Juan Ramón asciende por la escala de Diótima, y las bellezas particulares, mezclando sus minúsculas curiosidades y agrados, van recomponiendo a sus ojos una corona superior de belleza, la Belleza única y evidente. No concibo tarea más heroica, tarea más alta, más digna de emplear las fuerzas de un hombre, aun cuando de paso le imponga un sacrificio constante y un diario ejercicio de renunciación.

Porque, sin valor para rechazar, no es dable escoger. El poeta, después de haber acumulado en los libros de ayer algo como los borradores de su obra —que ya bastarían a cualquiera, menos descontentadizo y menos torturado de perfección, para reclamar su derecho al ocio—, comienza ahora a preferir; es decir, a rechazar (también a rehacer). No todo lo que se hizo está bien hecho —dice para sí—. Juan Ramón, como director de su biblioteca, nos ayuda a entenderlo como maestro de sus poesías: todos los días rechaza un libro, o cambia una colección de obras completas por un volumen de páginas escogidas; y, a veces, sé que está dispuesto a conservar, de todas las páginas escogidas, una sola. Ahora naufraga todavía —es la palabra— entre un océano tempestuoso de papeles y libros. Paciencia . . . Todo se acabará mañana. Los libros esenciales quedarán en su sitio; pocos e inevitables, testigos de mayor excepción para la soledad del trabajo. Y las infinitas cajitas donde hoy va guardando, con una exactitud de entomólogo, sus cuartillas de primero y de segundo intento, alcanzarán la recompensa —¡ay, provisional, puesto que la vida se interrumpe!— de cristalizar en una Antología.

La fuerza de rechazar —dice Juan Ramón— mide la capacidad moral de un hombre, en el orden de la conducta; mide la verdad de su estilo, en el orden del arte; mide, fi-

nalmente, en el orden de su vitalidad, el peso de su creación. Por eso parece que se queda un poco aislado todo el que escoge; un poco recluído. Sólo se le ve en ciertos sitios —los sitios ciertos—. Sólo habla con ciertos amigos —los amigos ciertos—. Sólo publica ciertos libros —los libros ciertos—. Vive de lo fundamental: "Piedra y cielo". Busca sólo lo fundamental: "Eternidades".

APUNTES SOBRE VALLE-INCLÁN

1. Valle-Inclán a México

I. ¡Cuántas tardes así! Desde la terraza del Regina, hemos visto, juntos, morir las tardes, desmenuzadas en el telar de dos relojes públicos: uno, el de la Equitativa, célebre desde que un chusco lo rifó (teóricamente, ya se sabe); el otro —espectral—, cogido como por milagro entre la tablazón que oculta las obras del Banco de Bilbao. A medida que anochece, las dos esferas se van congestionando de luz; y es una gloria ver morir el tiempo bajo la lanzada de Longinos.

Don Ramón —que quiere darse una fiesta— ha pedido una golosina:

—¡Cherry Brandy!

La tiene emprendida contra los impresores de todo el mundo, contra *El Sol*, contra la Papelera Española . . .

A poco, discutimos puntos teológicos.

—Usted, Reyes, es tomasiano. Yo soy místico; es decir, hereje.

—En efecto; para mí la religión es asunto de razón y de idea, no de emotividad.

. . . Y la urdimbre, recia y maciza, de la conversación, que anula el Espacio y el Tiempo, para que sólo exista la Causa.

Los ojos de los relojes parpadean. Ya no reparamos en los transeúntes. Don Ramón explica el misterio del Paracleto, y lo pinta con el índice —palpablemente, yo lo he visto— sobre la mesa de mármol del café.

II. Don Ramón se va a Pontevedra. Un día don Ramón se nos fue de Madrid. La tertulia del Regina perdió

las nueve décimas partes de su interés. Nos hacía falta "el otro manco".

De regreso a mi casa de Pardiñas (éramos vecinos entonces), ya no veía yo aquella figurilla negra con rostro de marfil, envuelta en la capa, trotando ligeramente por los descampados del barrio de Salamanca, sobre el fondo monótono de una cerca, bajo las filas de acacias y faroles.

—¡Las cosas que nos va a contar don Ramón, cuando vuelva de la Puebla del Caramiñal! —nos decíamos para consolarnos. (Acababa de ocurrir un naufragio, y los restos habían caído por las costas que Valle-Inclán frecuentaba.)

Y Araquistáin advertía que don Ramón debiera tener un Eckermann dedicado a recoger sus conversaciones. ¡Cuántas lecciones de estética perdidas! No hay otro como él en España.

Había dejado a la familia en la Puebla, donde él asegura que es chalán y se ocupa en vender ganado. (Y, por cierto, habla de los animales domésticos con la misma sabiduría de Virgilio.) Había venido solo a Madrid, donde pronto recobró su puesto avanzado y —aunque parezca absurdo en quien ha sido admirado siempre— se hizo conocer otra vez de la juventud.

Su vida parecía resolverse en aquella fórmula de sabiduría abreviada que propone Baudelaire en su diario íntimo: *toilette, prière, travail.* Siempre que añadamos: "y tertulia".

Por las mañanas, dormía. Almorzaba cerca de la una, y antes de las tres (siempre andaba a pie y muy de prisa) ya estaba en el Ateneo, dirigiendo los ensayos del Teatro de la Escuela Nueva, aconsejando a Rivas Cherif más energía y sobriedad, o más gracia y soltura a Magda Donato; representando los papeles de todos; creando de nueva cuenta las obras con sus interpretaciones personales.

Al anochecer, el día se le iba poniendo soportable. Entonces se resolvía a callejear, acompañado de algunos amigos silenciosos, como Luis Bilbao, el imponderable.

A las siete, ya estaba en el café Regina, donde le guardábamos siempre su sitio de honor.

Yo no sé a qué hora ni dónde cenaba, pero él ya no regresaba a casa, y seguía de tertulia continua toda la noche, cuándo en el Café Inglés, de torerísima memoria —donde soportaba a Ricardo Baroja, por ejemplo—; cuándo en el Liceo de América, donde —a pesar de todo— había descubierto que hay un jardinillo admirable para una noche de verano.

La conversación lo estimula, lo pone en acción intelectual. El amanecer le sorprende impávido —como a Sócrates en *El Banquete*— entregado con serenidad a los deleites de la charla. Es su genuina creación artística. El tiempo de regresar a casa, y ya está llenando cuartillas: de una sola vez, sin volver atrás, numerándolas antes de empezar a escribir, con una fluencia magistral, con ritmo y vuelo de perfección subconsciente.

Este hombre platónico sabe siempre de antemano lo que va a decir y a escribir. Procede por arquetipos, por grandes ideas previas; y deja rodar las consecuencias hacia los hechos particulares, con esa seguridad y confianza del que ha dominado por completo las disciplinas.

Pero ¿a qué hora escribe Valle-Inclán? A la hora veinticinco sin duda. Una hora que él se ha encontrado por las afueras del tiempo, como quien encuentra un escondite. A ella llega solo, de puntillas, "temblando de deseo y fiebre santa". Se encierra en ella, y... Sus últimos meses de Madrid han sido de una hermosa fecundidad. En el "esperpento", su reciente género tragicómico, está todo él, con la fantasía de sus conversaciones y su amenidad misteriosa. Hasta la lengua en que escribe es ya una cosa muy propia y suya. Escribe la prosa "en Valle-Inclán"; un idioma hecho para uso de su alma, por afinidad electiva y selección natural.

Pero, un día, don Ramón se fue a Pontevedra.

III. DON RAMÓN SE VA A MÉXICO. Yo estaba en San Sebastián cuando recibí el encargo de convidar a Valle-Inclán para las fiestas del Centenario de la Independencia Mexicana, huésped de honor de la República. Le telegrafié a

la Puebla del Caramiñal. Le telegrafié con cierto vago temor... ¡Hay por ahí cada Pío Baroja, escritor de aventuras por tierra y mar, novelista del hombre de acción y conspirador honorario, que no sería capaz nunca de embarcarse rumbo a la inquieta América!...

Pero don Ramón resistió la prueba. Cuando acaso estaba más entregado a su familia y a los placeres aldeanos, rusticando por la pintoresca Galicia, oyó el campanillazo de la aventura. Y, a vuelta de telégrafo, decidió partir.

Yo me imagino fácilmente la emoción con que Valle-Inclán recibe el llamado de México. Valle-Inclán estuvo en México hace años. Era todavía desconocido. Tal vez México está, para él, asociado a las primeras revelaciones del Espíritu.

—México me abrió los ojos y me hizo poeta. Hasta entonces, yo no sabía qué rumbo tomar —me dijo un día.

Y en una ocasión, en el Ateneo, explicaba sus primeros años en Santiago de Compostela; su vida de larva; su aburrimiento de muchacho, entre la Universidad y la casa de juego: toda esa angustia de la provincia, que clama al cielo por las torres de todas las catedrales de España.

Y terminaba así, en un grito del corazón, que sólo resulta una paradoja para los que nunca han escuchado de cerca la voz de sus profundos estímulos:

—¡Y decidí irme a México, porque México se escribe con *x!*

¿De suerte, querido maestro Unamuno, que esa *x* de México, en que usted veía hace algunos años el signo de la pedantería americana, tuvo la virtud de atraer a Valle-Inclán y hacerlo poeta? ¡Oh, *x* mía, minúscula en ti misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!

Ya en adelante, por toda la obra de Valle-Inclán, creo ver estallar, aquí y allá, la *x* de México, como un recuerdo pertinaz. Este amigo del chocolate y la marihuana se complace en evocar las visiones de Mérida y de Veracruz, y en sus "esperpentos" del último estilo hay mexicanismos en abundancia, como una incorporación definitiva de la sustancia del recuerdo.

IV. ENVÍO. Aquella noche, nos hartamos de hablar de México. Usted, don Ramón, revolvía sus memorias y hacía desfilar a nuestros ojos sucesos y hombres.

—Sóstenes Rocha, el General Sóstenes Rocha salía a caballo por las calles en cuanto había "mitote". Era un hombre con una cara de león, que bebía aguardiente con pólvora . . .

—Y si volviera usted a México, y lo encontrara igual, ¿lo amaría usted aún?

—Sí.

—¿Y si lo encontrara completamente cambiado? . . .

—También lo amaría, también.

Usted, don Ramón, es a toda hora el mejor amigo de México. Lo ama usted en sus cualidades, y comprende (y quizá los ama también un poco) sus defectos. Lo ama usted en su quietud y en su turbulencia. Lo ama usted por el lago y por el volcán.

Usted maldice, con todas las conciencias honradas, al falso apóstol que se espanta de que la libertad se engendre entre rayos y se asusta de las guerras civiles. ("¡Las más legítimas de todas!", he oído gritar al bravo Unamuno en una asamblea.) Usted maldice, con todos los varones cabales, al falso amigo que alarga dos veces la mano, una para recibir la hospitalidad y otra para regatear el precio de sus elogios o sus injurias. Usted, por el simple hecho de aceptar la invitación de México, ha devuelto —en nombre de España— el equilibrio a la balanza moral.

Séanle gratos el cielo y el suelo de Anáhuac. Del "entresuelo" nada digo, porque usted (contra la opinión expresada en un famoso epigrama por la duquesa de Salm-Salm) lo ha declarado ya adorable. Y del subsuelo (oro, petróleo), en mi calidad de hombre prudente, no me atrevo a chistar palabra.

Madrid, agosto de 1921.

2. LAS "FUENTES" DE VALLE-INCLÁN

Los escritores de España acaban de ofrecer un banquete a Valle-Inclán, sin más ocasión ni pretexto que el celebrar su

obra literaria. Unamuno habló en nombre de todos, y Valle-Inclán, en su respuesta, hizo algunas declaraciones que la historia literaria tiene obligación de recoger.

Casares, en su libro *Crítica profana,* acusa de plagio a Valle-Inclán: en la *Sonata de primavera,* dice, reproduce unas páginas de las *Memorias* de Casanova. Valle-Inclán le contesta ahora: en efecto, en tiempos en que tales *Memorias* no andaban todavía en todas las manos, creyó oportuno aprovechar, a título de documentación auténtica sobre la Italia de la época, unas páginas de Casanova. Galicia, Navarra, México, todos los demás escenarios de sus *Sonatas* le eran conocidos. No así Italia, donde acontece el episodio de la *Sonata de primavera.* A guisa de fragmento de realidad, y para envolverlo y mezclarlo abundantemente en su obra de creación propia, dispuso de un pasaje de Casanova.

En verdad, el procedimiento es completamente legítimo. Equivale —dice él— a tomar un rincón del cuadro de las "Meninas", de Velázquez, e incrustarlo en una tela mucho mayor, añadiéndole retazos por todos lados. En los cuadros de los pintores que representan, por ejemplo, un taller (¡oh jugoso y paradisíaco Breughel!), ¿no vemos, a veces, reproducido sobre un caballete del fondo, en miniatura, algún cuadro célebre de pincel ajeno?

Finalmente, el escritor se extraña de que pueda Casares alardear de su descubrimiento, cuando en la misma *Sonata de primavera* Valle-Inclán indica sus fuentes en estas palabras textuales:

> —¿Acaso conocéis este libro?
> —Lo conozco porque mi padre espiritual lo leía, cuando estuvo prisionero en los Plomos de Venecia.
> María Rosario, un poco confusa, murmuró:
> —¡Vuestro padre espiritual! ¿Quién es vuestro padre espiritual?
> —El Caballero de Casanova.
> —¿Un noble español?
> —No; un aventurero veneciano.
> —¿Y un aventurero . . . ?
> Yo la interrumpí:
> —Se arrepintió al final de su vida.
> —¿Se hizo fraile?

—No tuvo tiempo, aun cuando dejó escritas sus confesiones.

—¿Como San Agustín?

—¡Lo mismo! Pero, humilde y cristiano, no quiso igualarse con aquel doctor de la Iglesia, y las llamó Memorias.

—¿Vos las habéis leído?

—Es mi lectura favorita.

—¿Serán muy edificantes?

—¡Oh!... ¡Cuánto aprenderíais en ellas!... Jacobo de Casanova fue gran amigo de una monja en Venecia.

—¿Como San Francisco fue amigo de Santa Clara?

—Con una amistad todavía más íntima.

—¿Y cuál era la religión de la monja?

—Carmelita.

—Yo también seré carmelita.

Más claridad no puede exigírsele a un artista. Hay siempre un sentimiento de pudor, de pudor lícito, de buena estética y buena educación, en no andar descubriendo el revés de los tapices que tramamos.

Con buen sentido procedió Solalinde, al señalar, en la *Revista de Filología Española*, hace dos años, otra fuente de Valle-Inclán, el *Mateo Falcone* de Mérimée, que seguramente inspiró el cuento *Un cabecilla* del escritor español.* En ambos hay una delación: allá, el hijo de Falcone, a quien éste mata para castigar su traición; aquí, la mujer de un guerrillero, a quien éste da igual castigo. La escena final, particularmente, descubre la influencia del maestro francés.

> Señalamos —decía Solalinde— esta evidente influencia sobre el novelista gallego, no con el intento de revelar un plagio —revelación desacreditada y que da siempre lugar a disquisiciones triviales—, sino con el deseo de aportar un dato que ha de servir al futuro historiador de la obra de Valle-Inclán.

Finalmente, Enrique Díez-Canedo acaba de señalarme otra influencia sobre Valle-Inclán: la del portugués Teixeira de Queiroz.

—Para encontrar influencias sobre España —me dice el autorizado crítico— basta abrir los libros portugueses. Por lo demás, la recíproca es igualmente verdadera.

* *Revista de Filología Española*, Madrid, VI, octubre-diciembre de 1919, cuaderno 4º, págs. 389-391.

Este análisis no perjudica ni empequeñece nunca al artista. Otro tanto puede hacerse con Shakespeare, con Lope de Vega; lo propio con Anatole France o con D'Annunzio. Y con todos, con todos.

Ya, en Anatole France precisamente, Santa Catalina observa, con encantadora pedantería: "La imaginación no crea: combina y compara." *

Madrid, primavera del 1922.

3. Valle-Inclán y América

Por mil partes aparece América en la obra de Valle-Inclán: a veces, de caso pensado; otras, en un vago fondo inconsciente, si es que puede hablarse de inconsciencia para un escritor que pondera siempre las siete evocaciones armónicas de cada palabra.

En la *Sonata de estío,* encontramos a la Niña Chole, la mestiza dulce y cruel que el Marqués de Bradomín descubre entre las ruinas de Tuxpan, envuelta en el rebocillo de seda y vestida con el huipil de las antiguas sacerdotisas, sobre un paisaje de piedras labradas y arenales dorados, palmeras, indios y mulatos con machetes, y cabalgaduras llenas de plata. Preciosa miniatura, apenas enturbiada por cierta frase de la Niña Chole sobre "el flete de Carón", que el negro de los tiburones va a pagar en el otro mundo.

Aquí inaugura el maestro la interpretación artística, sutilizada, del ambiente mexicano, escogiendo las escenas, las palabras, los tipos más cargados de color; solicitando levemente los datos de la realidad para que todos resulten expresivos; trasladándonos a un momento convencional del tiempo, donde puede juntar lo más mordiente y vivo en los rasgos de algunas épocas. Así, aplica a los asuntos americanos el procedimiento con que trataba los temas peninsulares; aprovecha las sugestiones de los primitivos cronistas y soldados, que usaron la pluma de las memorias cuando ya no podían más con la espada de las hazañas; o tal cual fugitiva

* Ver más adelante, en este mismo volumen, "Algo más sobre Valle-Inclán", págs. 405-406.

evocación de la América de Chateaubriand —este verdadero creador de la "selva virgen", donde los árboles gritan como en Dante—; y procura siempre aquella objetividad parnasiana del Flaubert de la *Salambó,* sobre cuyo fondo estrellado corren poco a poco los velos de una melancolía católica y céltica, trémula de lágrimas y palpitante de insaciables anhelos. "Es la noche americana de los poetas", suspira el 'Marqués', doblado en la borda de la "Dalila" —y sentimos que en sus palabras tiembla el llanto.

Por las páginas de *La lámpara maravillosa* se percibe también la obsesión de los recuerdos americanos:

> En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino la lengua de España.

Y aquella adivinación:

> Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la pampa, cuando hayan levantado sus pirámides y sepultado en ellas sus tesoros, habrán de hacerse místicos. Sus almas, cerradas a la cultura helénica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada.

Esta idea se afirmará más tarde, con el segundo viaje a México.

En *La pipa de Kif,* "La tienda del herbolario" es una aromática bodega de olores americanos; con especial predilección por el rasgo exótico y —si es posible— grotesco, correspondiendo a la estética del poema. El poder sintético es desconcertante, y esa Jalapa, esa Campeche, esa Tlaxcala entrevistas a través del humo de la marihuana, como lindos monstruos de alucinación y recuerdo, no se olvidan más. Decididamente, Valle-Inclán prefiere la América mexicana: la más misteriosa y la más honda.

Y finalmente, en los "esperpentos" y creaciones últimas, hay un recuerdo, que va y viene, de las palabras mexicanas, de los giros y los equívocos mexicanos. Es un murmullo que

anda por la parte liminar de su alma, pero el escritor lo deja sentir con plena conciencia de lo que hace. Los que estamos en el secreto, saboreamos y sonreímos. Y agradecemos esta dignificación artística que don Ramón concede a tal o cual disparate humilde de nuestro pueblo, a tal o cual injuria recogida en labios de un jarocho de la costa o de un charro del bajío.

Pero, sobre todo, América ha sido para Valle-Inclán algo como un empuje oportuno de la vida, un deslumbramiento eficaz, que le abrió los ojos al arte. "Y decidí irme a México, porque México se escribe con *x*." De aquí, de este primer viaje, procede el milagro de Valle-Inclán. El hombre que México le devolvió a España contenía ya todos los gérmenes del poeta.

En plena época colonial, Baltasar Dorantes de Carranza hablaba de las Indias con abominación, y a la vez, con mal encubierto rencor de amor: "¡Fisga de imaginaciones! —decía—. ¡Anzuelo de voluntades!" La imaginación y la voluntad de los españoles peninsulares volaban hacia América, que ejercía en la vida de la raza una función tónica, de ideal, de golpe de viento purificante. Igual función sigue desempeñando América para los españoles más altos, durante el siglo de Independencia: Castelar vuelve a ella los ojos con esperanza y con alivio; se cura de sus tormentas políticas, enviando sus confidencias y desahogos a los lectores de América. Unamuno —cuyo padre vivió en Tepic, y que aprendió a leer hojeando libros mexicanos— declara un día, entre melancólico y soberbio: "Si yo fuera joven, emigraría a América." Ortega y Gasset trae de América un secreto de fantasía renovada semejante al de Fausto. Y a Enrique Díez-Canedo le es tan familiar la literatura americana, que, acaso por primera vez, se vuelve, bajo su pluma, un capítulo de la literatura española.

Valle-Inclán escribe —y sueña con México. De su segundo viaje trae dos experiencias profundas: *1)* persiste la lucha entre el indio y el encomendero (encomendero que no es necesariamente español, como él parece suponerlo): la pugna entre el individualismo europeo, yuxtapuesto artificialmente sobre los hábitos de la raza vencida, y el gran

comunismo autóctono que encontró Cortés, que la Iglesia amparó en cierto modo, como único medio de salvar a las poblaciones indígenas, y que las Leyes de Indias respetaron teóricamente, hasta donde era compatible con la necesidad de repartir premios y riquezas a los conquistadores. *2)* México es un país vuelto hacia el Pacífico, que huye del Atlántico y se hincha de magnetismos asiáticos. Conserva el rastro espiritual de los juguetes sagrados que la Nao de China traía desde el Parián de Manila al Puerto de Acapulco, de donde pasaban a México, camino de Veracruz, rumbo a Sevilla. Esta gran circulación oceánica explica sus inadaptaciones y sus extrañas reservas de fuerza y de esperanza. Tal idea —que pudo parecer paradójica a nuestros amigos madrileños— es la clave del enigma mexicano: la *x* de México. Se ha dicho de la mujer bíblica: "Dos naciones hay en tu seno." Pero hay que interpretar el Texto: "Y realizarás tu destino cuando juntes las dos sangres en una." Ciertamente, de los nuevos directores espirituales del indio americano puede asegurarse —como Valle-Inclán lo presentía pocos años antes— que tienen el oído atento a las enseñanzas de la India, esta gran mestiza de arios blancos y dravidios oscuros.

Hay muchos que aman a América en su bienestar y en su sonrisa. Valle-Inclán resiste la prueba de la verdadera simpatía americana: a él lo que de América le enamora es aquella vitalidad patética, aquella cólera, aquella combatividad, aquella inmensa afirmación de dolor, aquel hombrearse con la muerte.*

La Pluma, *Madrid, enero de 1923.*

* Con anterioridad a estos apuntes, he publicado algunas notas sobre Valle-Inclán: "Valle-Inclán, teólogo" en los *Cartones de Madrid;* "La parodia trágica" (a propósito de *Divinas palabras*), y "Bradomín y Aviraneta", en la 2ª serie de *Simpatías y diferencias.* Ver, en este tomo, págs. 100-106 y 122-124; y "Un libro juvenil de Valle-Inclán", *Marginalia,* 2ª serie, México, 1954, págs. 34-36. Ver en este tomo IV, págs. 405-406, "Algo más sobre Valle-Inclán".

APUNTES SOBRE MARIANO DE CAVIA

El solitario y su tiempo. Cavia era un viejo de café. Pertenecía a ese Madrid que va pasando. Los solitarios juntan sus soledades en torno a la mesa de mármol . . . y siguen tan solos como antes. Son los puerco-espines del filósofo, que intentan frotarse unos contra otros cuando tienen frío. En su vida sin intimidad ni efusiones, no hay mujer ni hay silencios plenos de alma. Todo es cambiar palabras ingeniosas con los contertulios. ¿Quién se acuerda de su madre o su hermana? Y no hay mayor desamparo que el regreso a casa, en la soledad de la medianoche. Por ese Madrid me decía una artista finlandesa: "Madrid, la ciudad para hombres solos . . ."

El vicioso. El vino y la gramática son vicios que engendra la soledad, y que acaso, acaso, la confortan. El agua en la copita (para disimular) y el aguardiente en el vaso de agua. Y junto al vaso, el Diccionario abierto a toda hora. Que si carnecería, que si rosaleda, que si balompié, que si "notas para andar por casa . . ." ¡Daba tristeza ver que los diarios trataran de cosas gramaticales! Era ésta una manía española que hacía pensar en la Inquisición. Útil tal vez. Triste utilidad barrer las calles.

El periodista puro. Escritor que se quedó en periodista —dicen; político que se prefirió periodista —dicen. Unamuno cree que lo salvó de la política el no ser orador, porque la oratoria compromete. Pero ¿y "Azorín"? No: el que posee la expresión pronta y fácil no necesita más. Como el público le hacía caso, no aspiraba a más. Como era solitario, le convenía hacer de orgulloso. No hizo aprecio de la Academia. No fue a ver al Rey. Él se estaba en su caverna (en su taberna). Y la condición del hombre de la caverna, que es la negligencia, a veces resulta superioridad desdeñosa.

El hombre vulgar. Tiene razón Gabriel Alomar: unos luchan por educar al pueblo, y otros prefieren seguir la corriente y hablarle al vulgo en necio para darle gusto. Pi y Margall protesta, solitario, cuando la guerra de la Colonia, y Cavia sale a la calle con su banderita de zarzuela.

¿Y el artista? Fecundo como Lope de Vega, ingenioso y oportuno como de buena cepa española, pone música a la actualidad: que no ideas. (Entendámonos: a lo que en las hojas diarias se llama "actualidad".) Hace epigramas: no define. Pulsa el hecho sensacional; consulta una Enciclopedia; piensa un instante: se le ocurren seis o siete "ideícas". Las desarrolla, cada una en una cuartilla aparte, y, a ser posible, cada una en una sola frase rotunda. ¡Gran arte de cronista! Después ordena las cuartillas, y el todo es como un pequeño poema en estrofas, con algo de canción lírica y cierta alegría comunicativa que gusta al pueblo. Su tema mejor era el recuerdo: el ruido del Ebro, en su infancia; el coronel Fulano, que pide su retiro; el cocinero Mengano, que acaba de morir . . .

. . . Pero . . . dice Araquistáin que la obra del periodista, prendida a la sustancia fugaz del día, es pasajera como el tiempo.

Il perira, je crois, tout entier.

1920.

HUÉSPEDES

1. Dos italianos

Pasan ahora por Madrid dos emisarios de la amistad italiana. Uno es el representante de la Italia blonda y el otro de la Italia morena. Aquél, un anciano; éste, un joven. Aquél, blando de apariencia, cortés y florido (aunque con perfil militar); éste, algo seco de aspecto, llano como un hijo de Castilla, acometedor y eficaz.

El senador Guido Mazzoni, amigo y discípulo de Carducci, es hombre cuya vida aspira a desenvolverse en aquella fórmula de la "culta repartición del discreto", que proponía Gracián, dando tiempo a los cuidados de la política, pero sin prescindir por eso de sus estudiosos desvelos, y alternando —cuando es menester— las letras con las armas.

Experto en las disciplinas clásicas, cultiva la literatura griega y la latina, parafrasea a los poetas de la Antigüedad. Enamorado de la lengua española, se deleita con el Arcipreste de Hita y, a veces, traduce escenas de Lope. Académico y filólogo, cae sobre las palabras, las coge al vuelo con una curiosidad de coleccionista, como caza un gato una mariposa, y las saborea después con su gusto de exquisito poeta. Poeta, las graves emociones históricas, por una parte; por otra, el calor de los afectos íntimos, son la sustancia de su poesía. En la historia de la literatura italiana, al lado de investigaciones profundas y autorizadas, deja también algunas síntesis precisas, abarcables aun por el más impaciente de los lectores. Finalmente, soldado de su patria, por admirable decisión de su voluntad, trae hasta Madrid, entre sus recuerdos de hombre de letras, la nostalgia de sus dos años de campaña en los Alpes. Desea volver al campamento; habla con grave dolor de los hijos que le ha arrebatado el fuego enemigo. Y nos muestra esas fotografías donde se distinguen los nidos del águila italiana, prendidos sobre las

feroces rocas verticales. Una naturaleza efusiva y elocuente; una actividad casi inquietadora, pero atemperada siempre por la sonrisa; una conversación excelente, llena de alusiones oportunas y de madrigales en francés y en latín. Es, en todo, uno de la guardia vieja. Yo me atrevo a admirar en él un noble ejemplo de la energía italiana.

El joven, Achille Pellizzari, acaso más técnico y casi tan universal como el otro, alegre y preciso, buen camarada, dirige una revista florentina, *La Rassegna,* revista bibliográfica de la literatura italiana que sigue muy de cerca el ideal de las revistas metódicas: orientar plenamente al lector sobre todo nuevo fenómeno del terreno que explora, y hasta ahorrarle el examen y esquilmo directo de los demás papeles del género. Dado a las ediciones científicas de documentos antiguos, viene publicando hace años una colección de tratadistas de arte italianos y españoles, desde los orígenes hasta el siglo XVIII; él cree percibir un proceso ininterrumpido que arranca de Plinio y Vitrubio y llega hasta el Diccionario de Ceán Bermúdez. Verdadero amigo de España, su revista está siempre al tanto de las publicaciones filológicas que aquí aparecen, y cada número se recibe aquí como un saludo de los compañeros de Italia. Discípulo de Croce —alejado ya del maestro como es justo y natural que suceda—, empleó dos años en ayudarle a preparar la magna colección (hoy por hoy es la única que debe adquirirse) de los *Scrittori d'Italia,* la cual constará de más de seiscientos volúmenes, y lleva publicados cerca de un ciento. Director literario de una importante casa editora, ha logrado concertar voluntades, conciliar a los humanistas de su país que procedían de la escuela alemana, con los propulsores de la nueva escuela, y pronto publicará una revista de asuntos clásicos semejante a *La Rassegna,* y poco después una de asuntos históricos. También se propone publicar un *Bullettino Francese* que responda al *Bulletin Italien* de los profesores de Burdeos. Es un trabajador incansable: por las mesas de los hoteles viene escribiendo y preparando nuevos números de su revista, para que no padezca la publicación con su viaje.

En el Hotel Málaga, donde les sirven unas comidas sucu-

lentas e inacabables, nos reciben con una jovialidad familiar. Son suegro y yerno, y la calificación oficial con que el yerno designa al suegro —"el señor Senador"— adquiere una gracia encantadora al caer, de pronto, en aquel ambiente de trato franco, donde se comprende que estos colegas de las letras son, a la vez, algo como compañeros de armas.

El señor Senador, impecable, nos cede el paso.

—*Après vous, messieurs les Espagnols.*

El señor Senador está algo pálido y confiesa que se siente enfermo. ¡Esta atmósfera caldeada de agosto, este polvillo de Madrid que se mete hasta los pulmones! Y el soldado alpino recuerda entonces el aire tan puro, tan puro, de aquellas puntas ariscas de la Tierra ...

El señor Pellizzari está ya en su sexto viaje por España y es hombre para todos los climas; es todo un madrileño y entiende la jerga de la Villa y Corte, y gusta los equívocos y los chistes como si se hubiera pasado aquí toda la vida. Se adapta fácilmente a los usos de Madrid; lo he visto extremar su complacencia —una complacencia algo audaz— hasta arrebatar la violetita de trapo que la cancionista de La Parisiana ofrece a los caballeros de las primeras mesas.

Y hablamos de los hispanistas de Italia: de Croce, que se empeña en hacer del De Sanctis una estatua de sus amores, porque el De Sanctis era un crítico incomparable, pero quizá no era el gran filósofo del arte que nos da el maestro napolitano. Aunque la juventud no siga ya a Croce muy de cerca, tampoco hay que figurarse que influyan en ello las acusaciones exageradas de Papini: es Papini uno de esos genios del ingenio, autodidactos, unamunescos, que un día acaban con todos los sistemas filosóficos en un folleto de sesenta páginas, y otro día descubren que hubo en el mundo una literatura española. Todo el valor de estos escritores está en la virtuosidad, en el espectáculo de su talento, siempre patético como una fuerza de la naturaleza, pero también, como éstas, no siempre adaptable a los verdaderos fines de la razón humana. Lamentamos la reciente muerte de Monaci, y averiguamos que el precioso cancionero Colocci Brancuti —joya de la lírica galaica de la Edad Media y verda-

dero tesoro en el patrimonio de Monaci— queda en buenas manos.

Ha anochecido, y sólo de noche se puede andar por Madrid en este tiempo. Salimos del hotel. Un auto ha pasado tan cerca que está a punto de salpicarnos.

—¡Salpicar! —exclama el senador Mazzoni—. Ésas son las palabras que llenan la boca —y se queda saboreando visiblemente la palabra, con su sal y con su picante, en salsa filológica de la Crusca, como en buen almodrote.

Poco después nos encontramos en los alrededores de Madrid, a una mesa rústica y bajo un foco de luz que cuelga de los árboles. Desde la oscuridad de la huerta, un organillo nos regala de cuando en cuando con una nueva audición del "Soldado de Nápoles". Los huéspedes agradecen con grandes festejos la oportunidad del organillo.

Es la hora de las efusiones y los proyectos. Pellizzari sabe que en Madrid no es tiempo aún de fundar un revista de estudios franceses, pero tampoco ignora que algunos escritores de España pueden colaborar en su futuro *Bullettino*. ¿Y por qué no reivindicar, de manos de esos señores de Estrasburgo, la Biblioteca Románica de Italia, Francia, España y Portugal? Y los temas de la conversación giran tan de prisa que ya no les puedo dar alcance.

A la hora de los postres nos acordamos de Pío Rajna, ilustre abuelo de romanistas.

—Rajna —ha dicho el senador Mazzoni— es mi amigo íntimo. Nos tuteamos. Es hombre encantador y de gran candidez científica. Me estuvo informando toda una tarde sobre la vida y las costumbres de España, y todavía vino al día siguiente a decirme: "¿Sabes? Después que nos separamos lo he estado pensando; lo he pensado toda la noche. Se me pasaba decirte lo más importante, y es que en España la lengua que se habla es el español." En su rigor científico —explica Mazzoni— le parecía obligatorio recordarme que mi español no es de lo mejor.

Rajna, el gran maestro de la filología románica, es al mismo tiempo un hombre lleno de intimidad y afectos humanos, y lleva a las cosas de la vida toda la probidad, la totalidad de razón que pone en los trabajos que le han dado

nombre. Registra minuciosamente los hechos domésticos de su sociedad, como registra los datos recónditos de la historia. Sabe cuándo le ha salido el primer diente al hijo del escritor su amigo, y cuándo la esposa del editor ha dado a luz una criatura, que él, para ser siempre gramático, advierte si es del género masculino o del femenino. Tiene cerca de ochenta años. Vive soltero, acaso no por propia elección; pero —dice él con una sonrisa inteligente— "yo no podía elegir para esposa sino a una mujer casi perfecta. Varias he encontrado en mi vida; pero como yo soy tan feo, ninguna me quiere". A veces tiene unas graciosas humoradas, como cuando se presentó ante sus alumnos y, con asombro de todos, les espetó un discurso así concebido:

"Yo edifiqué una vez un alto castillo. Alcé poderosas torres, todo lo revestí de granito, y no faltaba allí ni el foso para detener al enemigo, ni la cruz para aplacar a Dios. Mi castillo era inconmovible. Pero vino Gaston Paris, y ¡cataplum! De un golpe me echa abajo una torre, y yo la vuelvo a levantar con gran sacrificio. Y viene entonces Paul Meyer, y ¡bum, baum! De un golpe abre un boquete en el muro. Y vuelvo a la obra y remiendo la herida. Pero le toca su turno a Joseph Bédier, y a Milá y Fontanals, y a Menéndez Pidal, y a . . ."

El lector ya ha comprendido que Rajna quiere referirse a su teoría sobre los orígenes de la Epopeya; pero los pobres muchachos no entendían nada, y seguían, boquiabiertos, la interminable parábola.

Todo lo lleva Rajna con igual integridad y paciencia, y tiene fichados hasta a los sablistas que van a sacarle dinero. Así, cuando uno va a verlo con las consabidas bernardinas, Rajna busca en su registro, consulta la ficha y le dice: "Hace tantos años, tal día y a tal hora vino usted a contarme la misma historia. En tanto tiempo ya podían haber cambiado las circunstancias de su vida, si usted se tomara el menor empeño. Márchese usted en mala hora. Entonces le di a usted treinta liras; hoy, ni una sola."

La conversación, de uno en otro tema, nos lleva a las últimas noticias de Italia: D'Annunzio ha volado sobre Viena, arrojando desde su velíbolo inerme unas arrebatadoras

proclamas. D'Annunzio —no cabe duda— busca, con aquella crueldad que sólo los artistas conocen, una muerte hermosa y severa. A veces sale de sus obras un aroma de voluptuosidad embriagadora, pero ¡a costa de cuál esfuerzo, de cuáles empeños de gladiador! Debajo de ese canto de arrullos hay un trueno de voluntad. Poco antes de la guerra, D'Annunzio vivía en París. París pudo apreciar entonces la disciplina terrible del artista, para quien cada hora del día estaba consagrada a un rito del alma o del cuerpo. ¡Gran ideal latino! Dejar un rastro de poemas tras sí, desarrollando sobre el cielo del tiempo una vida que es también un poema.

Callamos. De pronto, volviéndose a mí, dice el senador Mazzoni:

—He estado leyendo al Arcipreste de Hita. Quiero hacer unos versos. Supongo que el Arcipreste está preso. Hasta él llega, por la claraboya, un rayo de sol. El Arcipreste se entretiene en lo que pueden los presos: sopla, y ve bailar en el sol el polvillo brillante. El Arcipreste entrecierra los ojos, el polvillo se anima, se transfigura, se convierte en una danza fantástica, y el poeta cree ver pasar a la Trotaconventos, vieja de amor, y la rastra de mujeres que ha cautivado con su gancho; y cree ver a doña Endrina con su cuello de garza, y a don Melón, y a don Furón, y la sierra del Guadarrama, y las pastoras...

(En esta hora de la medianoche, la sierra del Guadarrama ha lanzado hasta Madrid uno de esos resuellos largos, frescos, que hacen cantar a los árboles y callar a los hombres.)

1918.

2. Wells en Madrid

Wells huía del repórter y del kodak con una perseverancia cómica.

—Vengo muy cansado —decía—. He pasado por Granada para reposar un poco. Acabo de estar enfermo. No quiero ver a nadie ni quiero que nadie me vea.

Pero una tarde se detuvo en la Residencia de Estudian-

tes, y dijo unas palabras sencillas. "Periodista de ideas", se llamó a sí mismo con modestia. E insistió —recordando la reciente Conferencia de Washington, sobre la cual parece, en definitiva, fundar una esperanza remota— en la idea de que las cosas humanas se gobiernan por la voluntad humana; que la Humanidad padece una crisis destructiva, y que no debemos esperar el remedio de la reacción automática de los hechos, sino aprontarlo nosotros mismos mediante actos conscientes y orientados por la razón.

Eugenio d'Ors lo ha observado bien: Wells (no trato aquí del novelista maravilloso), Wells, siendo tan leído, se deshace pronto en atmósfera, en ambiente de sentido común, a fuerza de ser tan sencillo y claro: engaña, como el cristal, jugando a que no existe. Sus ideas tienen ese ritmo neutro que hace desaparecer al autor, confundiéndolo con el paisaje de época. Era menester que lo viéramos, que le habláramos, que le diéramos la mano, para convencernos de que existe y de que acaso manan de él varias direcciones mentales que parecen haberse producido —solas— en nuestros días.

(Allá, en un rincón, hablamos de mis traducciones de Sterne y de Chesterton al español.

—¡Cómo! —me dijo con asombro—. Yo me figuraba lo contrario: yo me figuraba que le había costado a usted más trabajo traducir a Chesterton que a Sterne, por la excesiva vivacidad de las ideas de aquél . . .

—Es que la lengua de Quevedo y Gracián —le explicaba yo— está muy bien preparada para todo jugueteo de conceptos.

—Quisiera —añadió— conocer la impresión del público español cuando salga a luz su traducción de *El Hombre que fue Jueves,* de Chesterton. Porque en España existe una tradición mística, y yo quiero saber si España percibe, absorbe, el profundo misticismo en que está inspirada esa novela que es, en apariencia, una aventura policíaca.

Y Wells desapareció otra vez —obrero del bien— confundiéndose entre todos los hombres.)

3. Einstein en Madrid

Con su cabellera desordenada, su sonrisa todavía juvenil, tímida y un tanto burlona, Einstein parece siempre decir: "Señores, yo no tengo la culpa de haber descubierto esto..." Pretende explicar al pueblo su teoría, pero como hasta hoy esta teoría sólo posee una realidad matemática, después de algunas consideraciones que están al alcance de todos, Einstein empieza a trazar cifras en el encerado, y el público se va quedando fuera del sortilegio: se nos escapa la fórmula del abracadabra que tiene poder para transformar la danza de los astros. Y el sabio, con su aire tímido, se va quedando solo, afinando el instrumento del Cosmos, cambiando el tono a los compases de la música pitagórica, reescribiendo —con pautas nuevas— la gran sinfonía newtoniana.

En vano Ortega y Gasset solicita la atención de la gente: no se trata —dice— de una gran personalidad que pasa por Madrid; se trata de un momento culminante en la historia del pensamiento humano. ¡Atención! Entre los trabajadores científicos, los hay que construyen sistemas, es decir, frases y períodos, con el abecedario descubierto por otros. Tal es el caso de Newton. Pero los hay que descubren —como Galileo— las letras del abecedario. Einstein es como una mezcla de estos dos caracteres. La civilización occidental —superior a todas, según Ortega— puede considerar sus conquistas en la ciencia Física como sus conquistas más plenas. La Física procede de una actitud contemplativa ante el mundo y acaba en una intervención activa sobre los fenómenos naturales. El centro de gravedad de las doctrinas físicas se va desalojando desde el terreno del razonamiento apriorístico (como en Descartes, que todavía se cree capaz de construir las leyes naturales mediante reflexiones teóricas), a través de un temperamento medio entre el raciocinio y la observación (así en Kant, que todavía somete la observación a la censura del razonamiento *a priori,* como si éste, y no aquélla, debiera ser juez en el conflicto), hasta la valiente aceptación de la realidad exterior a nuestro pensamiento, que se da —por primera vez con toda elocuencia— en los estudios de Einstein.

No recuerdo quién, en un rato de inteligente sorna, me declara al oído: "Éstas son ya muchas dimensiones; esto es volver la Geometría al estado bárbaro en que se encontraba, antes de que Euclides la redujera a las tres conmensuraciones simbólicas, únicas que nos hacen falta."

Y yo me doy a divagar: Einstein —me digo— ha descubierto un diminuto intersticio entre la Mecánica y la Óptica. Lo que es error inapreciable para las dimensiones humanas (hasta hoy la ciencia sólo se atreve a prever, como probable aplicación futura de los principios de Einstein —y tan futura que parece un sueño— el aprovechamiento de las infinitas calorías del carbón) resulta, si se le prolonga hasta las dimensiones interplanetarias, una divergencia capaz de transformar la zarabanda astronómica. Einstein fija los puntos con respecto a las tres dimensiones o las tres coordenadas —bien cartesianas, bien de Gauss— con respecto a los tres ejes x, y, z. Y añade un eje no visible: t, que es el tiempo (fórmula de Minkowski). Todo punto es, para él, un suceso, porque es un acontecimiento para la percepción. Este injerto de la Óptica en la Mecánica abarca el universo visible, e introduce una sazón nueva, un temblor de acontecimiento o episodio, en las frías fórmulas matemáticas, que hasta hoy parecían eternas e impasibles. Como los números no lleguen a tiempo al sitio en que el mago los solicita, ya dos más dos corren el grave riesgo de no sumar cuatro. ¡Qué patetismo circula ahora por el seno —antes frío— de las ciencias exactas!

En apariencia, los principios mecánicos de Einstein tienen como principal novedad cierto carácter "óptico". Einstein introduce en las fórmulas una consideración cuyas últimas consecuencias nadie había apurado antes de él: la velocidad de la luz, que resulta ser la mayor velocidad hasta hoy experimentada (la radioactividad y la electrodinámica no han dado velocidades mayores). Pero si se descubriera mañana una velocidad mayor que la de la luz, no habría más que enriquecer algebraicamente las fórmulas de Einstein. Y si estuviéramos sometidos a un mundo sin luz, no habría más que empobrecer esas fórmulas.* Quiero decir, que las teorías de Einstein también conservan su valor

aplicadas al universo que perciben los ciegos. Que entonces el elemento óptico quedaría sustituído por el táctil, y el tiempo que tarda la luz en recorrer una distancia, por el que tarda la mano en tocar uno y otro punto extremos. Así, lo que en apariencia es un carácter óptico, es en el fondo un carácter histórico. Las fórmulas aritméticas de Einstein, sujetas ya al tiempo como todo lo humano, acabarán por volverse un fenómeno sentimental: no serán igualmente exactas a toda hora y en todo sitio: estarán, como la flor de los poetas, frescas a la mañana, y marchitas —acaso— al anochecer.

* Cámbiense de sitio en estas palabras los verbos "enriquecer" y "empobrecer"; véase la rectificación en mi nota "Einstein desde lejos" (*Tren de ondas*, 1932), pág. 159.

II. AMÉRICA

RUBÉN DARÍO EN MÉXICO *

A Enrique Díez-Canedo

Querido Canedo:

He arrancado a mi libro de memorias las páginas que doy a la estampa. A usted le han parecido agradables. ¿Qué podía yo hacer sino dedicárselas?

Usted, amigo mío, me ha consentido muchas veces la manifestación de ese placer de los emigrados que suele resultar importuno: el recuerdo de la tierra y los amigos ausentes. Usted, con una paciencia gustosa, me ha dejado hablar horas enteras de Fernández, de González y de Martínez como si usted mismo los conociera o le importaran como a mí aquellas cosas. En verdad, a usted le importan mis recuerdos, puesto que nunca ha desdeñado el conocimiento preciso de los libros y de los hombres. Su curiosidad siempre animada ha acabado por aficionarle a los asuntos de América. A usted le gusta hojear las viejas revistas, y ver cómo reviven las pléyades literarias de hace cien o de hace diez años. Su ecuanimidad le permite apreciar con ojos serenos la hora que apenas ha cesado: lo que todavía es pasión para muchos,

* Este artículo apareció por primera vez en la revista *Nuestro Tiempo*, Madrid, junio de 1916. La primera parte: "El ambiente literario", es reducción del artículo "Nosotros" que di, dos años antes, a la *Revista de América* publicada en París por los hermanos García Calderón, 1913, págs. 103-112. Esta página ha tenido suerte muy varia. Parece que no contentó, personalmente, a ninguno de mis amigos; pero que cada uno encontraba bien el retrato de los demás. Por eso, y porque sus frases han pasado, trasfundidas, a las antologías y a las críticas que se han escrito sobre aquel momento literario (y, sobre todo, a la excelente antología de Genaro Estrada, quien adoptó el criterio, sugerido por mí, de clasificar las tres pléyades en torno a las tres revistas: la *Revista Azul*, la *Revista Moderna* y la *Savia Moderna*), creo conveniente recogerla. Hoy tendría que retocarla mucho para ponerla al día. Otra vez he de intentar —ojalá que sea con más suerte— describir el panorama actual de las letras mexicanas, e introducir en mi cuadro los desarrollos que el tiempo ha hecho. Mis queridos amigos, cuya amistad y cuyo recuerdo han sido para mí el mayor aliento entre los pesares y los contratiempos de la ausencia, conocen la pureza de mi intención.—1923.

"El ambiente literario" se aprovechó también en "Pasado inmediato", ensayo inicial del libro de este nombre (México, 1941). Ver al final, en este mismo tomo, Apéndice bibliográfico, nº 8, *d* y *h*.

es ya para usted conocimiento. De esta manera, usted es uno de aquellos privilegiados que contemplan la vida con verdadero desinterés histórico. Mientras la mayoría de los hombres cultos responde con un mohín de disgusto a todo lo que ya no es nuevo y que todavía no es antiguo, a usted lo he visto comprar por esas ferias —y examinar con ese deleite tranquilo que sabe poner en todos sus actos— este o el otro libro modesto publicado por los años de 1840.

No acabaría. Permítame, sin más explicaciones, dedicarle estas anécdotas fugitivas.

A. R.

Madrid, 1916.

1. El ambiente literario

Cuando llega a México Rubén Darío, una generación de muchachos —que apenas se ha dado a conocer— forma la literatura imperante.

Con Gutiérrez Nájera quedaban abiertos los nuevos rumbos; su órgano era la *Revista Azul.* Heredera de sus timbres, la *Revista Moderna* popularizó entre nosotros los modos de la poesía posromántica. Pero la hora de la *Revista Moderna* había pasado. Sus poetas tuvieron como cualidades comunes cierto sentimiento agudo de la técnica: técnica audaz, innovadora, y —exceptuando a Urbina, que ha perpetuado a su manera la tradición romántica; a Díaz Mirón, que vive en su torre, y a Icaza, cuya poesía se explica más bien como un ciclo aparte— cierto aire familiar de diabolismo poético que acusa una reciprocidad de influencias entre ellos y su dibujante Julio Ruelas.

Agrupábanse, materialmente hablando, en redor del lecho donde Jesús Valenzuela (siempre mal avenido con las modas, las escuelas y las costumbres) iba derrochando, después del otro, el caudal de su generosa vida. Tablada doraba sus esmaltes; Nervo soñaba, entregado a su misticismo lírico; Urueta cantaba como una sirena. A veces, llegaba de la provincia Manuel José Othón con el dulce fardo de sus bucólicas a cuestas; lejano, distraído, extático. Othón ha muerto, y espera el día de su consagración definitiva. Es

el clásico. En la historia de la poesía española es, al mismo tiempo, una voz conocida y nueva. Su verso tiene, junto a las reminiscencias de Fray Luis, ecos de Baudelaire. Aprendió en los maestros definitivos, no en los vanos dioses de la hora; hizo, como quería Chénier, versos antiguos con pensamientos nuevos. Nervo incurrió en el pecadillo de censurar el uso de los "metros viejos" en Othón. Era el duelo entre el alejandrino modernista y el endecasílabo vetusto. Othón se defendía oponiendo, a su vez, que el alejandrino castellano es tan viejo como Berceo. Valenzuela también ha muerto; su recuerdo perdurará más que su poesía. A los otros los ha dispersado la vida.

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista para los nuevos literatos. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna*. No sólo en el nombre, en el material mismo recordaba a la *Revista Moderna*. Duró poco —era de rigor—, pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña en los libros y memorias de nuestra literatura contemporánea. "La redacción —escribe el poeta Rafael López— era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar." A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana, Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura, cayó la palabra sobre la ciudad.

En el grupo literario de *Savia Moderna* había los dos géneros de escritores que pone Gourmont: los que escriben; los que no escriben. Entre los segundos, y el primero de todos, Acevedo.* Decía, con Goethe, que el escribir es un abuso de la palabra. Más tarde ha incurrido en la letra escrita; esperamos con impaciencia sus libros. De él habíamos dicho hace tiempo: cuando escriba libros, sus libros serán los mejores. Recuerdo, entre los prosistas, a Ricardo Gómez Robelo, que era propia imagen del mirlo de Rostand:

* Jesús Acevedo ha muerto. No nos consolamos de esta pérdida. Tengo, ante mí mismo, el compromiso de contar algún día lo que le debemos.

Cette âme! . . . On est plus las d'avoir couru sur elle
Que d'avoir tout un jour chassé la sauterelle.

La misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel; y además —grave ofensa para el género humano— estaba enamorado del genio. Como a todo aquel que ha probado las desigualdades de la suerte, lo tentaban las inspiraciones de la locura. Ignoraba cuántos volúmenes lleva publicados Monsieur Chose, pero leía y releía constantemente los veinte o treinta libros definitivos. Alfonso Cravioto era el representante del sentido literario: su prosa es flúida, musical, llena de brillos y colores. Su vida estaba consagrada a la espectación literaria: ha coleccionado los artículos, los retratos, los rasgos biográficos de todos sus compañeros. Hace creer que posee tesoros en casa. Nadie sabe si es o no rico, si escribe o no en secreto:

Cuentan que escribe, y no escribe;
dicen que tiene, y no gasta,

se decía él a sí mismo en unas coplas que quiso hacer pasar por anónimas. De cuando en cuando, asomaba para celebrar, en una prosa de ditirambo, algún triunfo del arte o del pensamiento. Cegado por un falso ideal de perfección, nunca acaba de publicar sus libros, y así va camino del silencio, sin merecerlo ni desearlo. Entre los poetas, estaba Rafael López, poeta de apoteosis, fiesta plástica, sol y mármol, que hoy busca emociones universales, tras de haber embriagado su adolescencia con los últimos haxix del decadentismo. Estaba Manuel de la Parra, musa diáfana, de nube y de luna; alma monástica, borracha de medievalismos imposibles, "ciega de ensueño y loca de armonía". Estaba Colín entregado a una gestación laboriosa en que se combatirán el poeta seco y el prosador jugoso. Estaba el malogrado Argüelles Bringas, tan fuerte, tan austero, áspero a la vez que hondo; poeta de concepciones vigorosas, concentrado y elíptico, en quien la fuerza ahoga a la fuerza, y el canto, sin poder fluir, brota a pulsaciones. Aún no salía de su provincia el poeta mayor: González Martínez; y apenas salía de su infancia Julio Torri, nuestro hermano el diablo, duende que apaga las luces, íncubo en huelga, humorista que procede de Wilde

y Heine y que promete ser uno de los primeros de América. Y de propósito dejo para el fin a Caso, a Vasconcelos, al dominicano Henríquez Ureña.

La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundirá por las aulas nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suyas siquiera por un instante. La historia de la filosofía, él ha querido y ha sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las unifica, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, le convertirán en el director público de la juventud. En lo íntimo, era más honda, más total, la influencia socrática de Henríquez Ureña. Sin saberlo, enseñaba a ver, a oír, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pesando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribe de él: "Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por los grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas . . ." Díaz Mirón, que lo admira, le llamaba "dorio". José Vasconcelos era el representante de la filosofía anti-occidental, que alguien ha llamado la "filosofía molesta". Mezclábala ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y, en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, combatía también por su verdad. Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las implacables Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido la cuna de nuestras "tiranías ilustradas". Es asiático: tenemos, en nuestro país, dos mares a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico.

Entretanto, la exacerbación crítica que padecemos corroe los moldes literarios; los géneros retóricos se mezclan un tanto, y la invención pura padece. Apenas la narración tradicional tiene un campeón en González Peña, hombre de

voluntad, trabajador infatigable que intenta reflejar las inquietudes contemporáneas en una novela concebida según la manera de Flaubert. Teatro no hay; y el cuento, en manos de Torri, se hace crítico y extravagante. Aquélla era, sobre todo, una generación de ensayistas. En aquel mundo erizado de escalpelos, el gran Rubén Darío va a caer. Es el año de 1910.

Pero los dioses caprichosos tenían reservada alguna sorpresa.

2. El valle inaccesible

Solíamos hablar, entre nosotros, de atraer a Rubén Darío. Valenti, uno de los nuestros —cuyas palabras me acuden ahora con el recuerdo de su trágica muerte—, nos oponía siempre esta advertencia profética:

—No, nunca vendrá a México Rubén Darío: no tiene tan mala suerte.

Rubén Darío fue a México por su mala suerte. En 1910, para la celebración del Centenario de la independencia mexicana, Darío y Santiago Argüelles fueron delegados a México por el gobierno de Nicaragua. Sobrevinieron días aciagos; el Presidente Madriz cayó al peso de Washington, y el conflicto entre Nicaragua y los Estados Unidos se reflejaba en México por una tensión del ánimo público. La nube cargada estallaría al menor pretexto. Y ninguna ocasión más propicia para desahogarse contra el yanqui que la llegada de Rubén Darío. El hormiguero universitario pareció agitarse. Los organizadores de sociedades, los directores de manifestaciones públicas habían comenzado a distribuir esquelas y distintivos. La aparición de Rubén Darío se juzgó imprudente; y este nuevo Cortés, menos aguerrido que el primero, recibió del nuevo Motecuzoma indicaciones apremiantes de no llegar al valle de México.

Darío quedó detenido en la costa de Veracruz. De allí se le hizo pasar, incógnito, a Jalapa. Un hacendado lo invitó a cazar conejos; se fue al campo; lo hicieron desaparecer . . .

Poco después, con el pintor mexicano Ramos Martínez, que lo acompañaba como se acompaña a un menor de edad,

reapareció en La Habana. En La Habana estaba cuando la celebración famosa del Centenario. El Ministro y escritor mexicano Carlos Pereyra tuvo el buen acuerdo de invitarle a la fiesta, pidiéndole su colaboración literaria. No pudo asistir el poeta, por aquellos sus intermitentes achaques, pero envió su poema. Hecho en ratos de mal humor, en horas de indecisión, cuando él no sabía si volverse, si quedarse, si seguir adelante; cuando comenzaban a escasear los fondos y hubo que abandonar el Hotel Sevilla y renunciar al automóvil en mala hora alquilado,* el poema —de lo más infortunado que hizo— presentaba la cómica novedad de fundir en el estribillo un verso del himno nacional de Cuba con uno del himno mexicano, dándonos así el monstruo híbrido de que se horrorizaba Horacio. Ejemplo:

que morir por la patria es vivir,
al sonoro rugir del cañón.

Lo demás que atañe a la estancia de Darío en Cuba, a mis amigos de La Habana toca contarlo.

3. Un documento

Entre las muchas manifestaciones que produjo en México la llegada de Rubén Darío a Veracruz, hubo una de carácter puramente literario. Algunos jóvenes escritores y poetas que, por no sentirse "animales políticos" o por malos de sus pecados, no habían querido hasta entonces unirse al grupo central —concentrado en el Ateneo de la Juventud—, fundaron una sociedad, la "Sociedad Rubén Darío", cuyo único objeto era recibir al poeta con honor; como si la llegada de un hombre hubiera de ser un hecho permanente. Rafael López, entusiasmado, habló de la nueva Cruz del Sur que Rubén Darío había de marcar en nuestro cielo con los cuatro hierros de su centauro. Emilio Valenzuela, hijo de Jesús Valenzuela, fue nombrado presidente de esta sociedad. Cuan-

* —¡He hecho un gran negocio, ¡un gran negocio! ¿Oyes ese automóvil que piafa a las puertas del hotel? Es un automóvil que se alquila por cincuenta dólares, y yo lo he obtenido por cuarenta y cinco.

Este gran negocio —digno de la historia— es fama que lo realizó Rubén Darío en las horas de mayor escasez. Lo tengo de su compañero Ramos Martínez.

do la triste realidad vino a conocerse, Valenzuela escribió lleno de despecho: "No nos queda más que esperar otros tiempos." Estas palabras pudieran ser divisa de mi generación destrozada.

Por su parte, Rubén Darío (hay que recoger piadosamente todos los rasgos de su pluma) escribió la siguiente carta a Valenzuela:

> Distinguido y buen amigo:
> Si no hubiera sido ya grandísimo mi deseo de ir a México, la vibrante misión, que la joven intelectualidad mexicana confió a ustedes me hubiera infundido el más ardiente empeño por encontrarme en la capital de este noble y hospitalario país.
> La juventud es vida, entusiasmo, esperanza. Yo saludo por su digno medio a esa juventud que ama el Ideal desde la Belleza hasta el Heroísmo. Díganlo, si no, los *aiglons* del águila mexicana que se llevó la Muerte a la Inmortalidad, desde el nido de piedra de Chapultepec.*
> Las cariñosas y agradecidísimas instancias, que usted y don Álvaro Gamboa Ricalde me han hecho en nombre de sus amigos de México, me empeñan a poner toda mi voluntad en complacerles. Pero, a pesar de mis deseos, las circunstancias me obligan a tener una actitud que no puedo alterar en nada.
> Este momento, sin embargo, pasará. Y yo, quizá en breve, podré tener el gran placer y el altísimo orgullo de saludar, con el afecto que por ella siento, a la noble, a la entusiasta, a la gentil juventud mexicana.
> Muy sinceramente me ofrezco su afectísimo amigo y s. s.
>
> *Rubén Darío.*
>
> Xalapa, 8 de septiembre de 1910.

4. Un problema de derecho internacional

¿Cómo se verá dentro de un siglo, de dos, de tres, la vida irritada de los pueblos de América, donde las cuestiones literarias se vuelven fácilmente asuntos de política interna, y éstos sin cesar se convierten en problemas internacionales? ¿No es el mismo Rubén Darío quien acostumbraba decir que en América no hay más que poetas y generales?

* Alude —con clara intención— a los cadetes del Colegio Militar de Chapultepec, muertos en 1847, combatiendo al yanqui: año en que se solía aún declarar la guerra antes de proceder a una invasión militar.

Cuando Darío llega de París a Veracruz, ya estaba Santiago Argüello en México. Caído el Gobierno que representaban, ambos quedaron sin función oficial. Al menos, así se decidió por tácito acuerdo. Los periódicos pusieron al día las discusiones jurídicas. ¿Conservaba Rubén Darío la representación de Nicaragua a pesar del cambio de Gobierno? Dos o tres señores hicieron danzas y zalemas en redor del caso y sin resolverlo. Federico Gamboa, el novelista y diplomático, estrechado por los periódicos, tuvo que decir su opinión. Como, en verdad, no había medio de salir airoso del trance contentando a todos, prefirió salir a lo discreto, resolviendo las preguntas del repórter en estos o parecidos términos:

—Es una verdad reconocida que todo problema de Derecho Internacional debe plantearse de manera que las premisas correspondan exactamente a la realidad de los hechos, para que así pueda científicamente asegurarse, etc., etc.

Por lo menos dejó entender, como caballero, que no tenía ganas de molestar a nadie con su opinión, ni de perder el tiempo en discutir, conforme a derecho, lo que estaba decidido ya conforme a prudencia.

Argüello se las arregló para quedarse en México, representando no sé si a Bolivia. En cuanto a Darío, había de recibir más tarde un desagravio en los Estados Unidos. La Sociedad Hispánica de Nueva York, la Liga de Autores de América, la Academia Americana de Artes y Letras, lo saludaron con entusiasmo. "A una emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas —le decían—, habéis unido las inspiraciones de nuestros poetas Whitman y Poe." Y añadían con intencionada gentileza: "Sois un apóstol de la buena voluntad y un centinela avanzado en los caminos de la concordia internacional."

5. Una discusión literaria

Alfonso Cravioto, en nombre del Ateneo, fue hasta Veracruz a llevarle nuestro saludo, y pudo acompañarle en su viaje de Jalapa al puerto. En el mismo coche viajaba cierto sacerdote aficionado a las cosas literarias. No pudiendo

resistir la atracción del dios, rogó a Cravioto que lo presentara con Darío, de modo que pudiera charlar con él a lo largo del viaje.

Hízose. El sacerdote tuvo que rehusar la "copita" que Rubén Darío le convidara; se sentó a su lado, y empezó la charla literaria. De un poeta en otro, y desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos, hubieron de dar alguna vez en Julio Flórez. Como Darío hiciera una muequecilla dudosa, dijo el buen sacerdote:

—Sí, ya lo sé; a usted no le convence Flórez, porque Flórez no es de su escuela . . .

Y, a boca llena, con toda la inconsciencia de un niño a quien han enseñado a repetir una palabrota, Darío le interrumpe, enfrentándosele:

—Yo no tengo "escuela", no sea usted *pendejo.*

Ahuyentado, el buen sacerdote —a quien ya podemos mirar como una señal de nuestros tiempos, como un verdadero símbolo— corre a refugiarse al último asiento del vagón.

"Mi literatura es mía en mí."

6. Arte de prudencia en dos coplas

Santiago Argüello era, pues, el único huésped literario que la fiesta nacional nos proporcionó. El Ateneo daba a la sazón una serie de conferencias en la Escuela de Derecho, e invitamos a Argüello para que presidiera una de nuestras sesiones.

Hombre corpulento y velloso, revolvía sus ojos pestañudos paseando la mirada por el salón; se informaba de nuestra vida literaria, y deseaba que su llegada —y la de Darío, siempre probable— coincidiera con un renacimiento literario en México.

—Darío —nos contaba el excelente amigo y poeta— es como un niño. Cierta ocasión, estando en Madrid, tomamos un coche, él, no sé quién más y yo, para ir de la Puerta del Sol a Rosales; y el hombre se figuró que le había dado un

ataque de ataxia locomotriz porque se le durmieron las piernas.

Al acabar la conferencia, los estudiantes —que sólo la oportunidad esperaban para armar la gresca—, con pretexto de la presencia de Argüello, se pusieron a gritar:

—¡Viva Nicaragua!

Con algunos mueras sobrentendidos.

Argüello, que acaso no oyó bien lo que los muchachos gritaban, tuvo la ocurrencia de imponer silencio con un ademán y recitar esta copla improvisada:

Vuestro aplauso me echa flores,
y es un aplauso al esteta;
estáis tejiendo, señores,
mi corona de poeta.

Nos llovieron al día siguiente coplas anónimas de los estudiantes, picantes parodias que no tengo aquí para qué copiar.

A los dos días, Rubén Darío, enterado del caso, le dedicó la siguiente:

Argüello, tu lira cruje
—¡y en público, por desgracia!—.
Argüello, *a lo que te truje;*
menos versos: diplomacia.

Lo cierto es que Argüello había obrado muy en diplomático, al desentenderse de la intención política de aquellos juveniles gritos.

7. Partida y regreso
(Memorias de Rubén Darío)

No quitaré ni añadiré una palabra a las páginas de Rubén Darío. Advertiré solamente que, con un egocentrismo muy explicable, el poeta creyó ser el origen de sucesos que venían germinando ya de tiempo atrás y que obedecieron a causas más complejas y más vitales; que, como se verá, sólo la angustia económica del poeta —que le impedía resolver el caso por su cuenta— y el desorden producido en la administración mexicana por las fiestas del Centenario, pudieron

decidirle a permanecer algunos días en México. Dice así en el capítulo LXV de su *Vida:*

La traición de Estrada inició la caída de Zelaya. Éste quiso evitar la intervención yankee, y entregó el poder al doctor Madriz, quien pudo deshacer la revolución en un momento dado, a no haber tomado parte los Estados Unidos, que desembarcaron tropas de sus barcos de guerra para ayudar a los revolucionarios.

Madriz me nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial en México, con motivo de las fiestas del Centenario. No había tiempo que perder y partí inmediatamente. En el mismo vapor que yo, iban miembros de la familia del Presidente de la República, General Porfirio Díaz; un íntimo amigo suyo, diputado, don Antonio Pliego; el Ministro de Bélgica en México y el Conde de Chambrun, de la Legación de Francia en Washington. En La Habana se embarcó también la delegación de Cuba, que iba a las fiestas mexicanas.

Aunque en la Coruña, por un periódico de la ciudad, supe yo que la revolución había triunfado en Nicaragua, y que el Presidente Madriz se había salvado por milagro, no diera mucho crédito a la noticia. En La Habana la encontré confirmada. Envié un cablegrama pidiendo instrucciones al nuevo Gobierno, y no obtuve contestación alguna. A mi paso por la capital de Cuba, el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Sanguily, me atendió y obsequió muy amablemente. Durante el viaje a Veracruz conversé con los diplomáticos que iban a bordo, y fue opinión de ellos que mi misión ante el Gobierno mexicano era simplemente de cortesía internacional, y mi nombre, que algo es para la tierra en que me tocó nacer, estaba fuera de las pasiones políticas que agitaban en ese momento a Nicaragua. No conocían el ambiente del país y la especial incultura de los hombres que acababan de apoderarse del Gobierno.

Resumiré. Al llegar a Veracruz, el introductor de diplomáticos señor Nervo,* me comunicaba que no sería recibido oficialmente, a causa de los recientes acontecimientos, pero que el Gobierno mexicano me declaraba huésped de honor de la nación. Al mismo tiempo se me dijo que no fuese a la capital, y que esperase la llegada de un enviado del Ministerio de Instrucción Pública. Entretanto, una gran muchedumbre de veracruzanos, en la bahía, en barcos empavesados y por las calles de la población, daban vivas a Rubén Darío y a Nicaragua, y mueras a los Estados Unidos. El enviado del Ministerio

* Rodolfo.

de Instrucción Pública llegó con una carta del Ministro, mi buen amigo don Justo Sierra, en que, en nombre del Presidente de la República y de mis amigos del Gabinete, me rogaba que pospusiese mi viaje a la capital. Y me ocurría algo bizantino: el gobernador civil me decía que podía permanecer en territorio mexicano unos cuantos días, esperando que partiese la delegación de los Estados Unidos para su país, y entonces yo podría ir a la capital; y el gobernador militar, a quien yo tenía mis razones para creer más, me daba a entender que aprobaba la idea mía de retornar en el mismo vapor para La Habana... Hice esto último. Pero antes visité la ciudad de Jalapa, que generosamente me recibió en triunfo. Y el pueblo de Teocelo, donde las niñas criollas e indígenas regaban flores y decían ingenuas y compensadoras salutaciones. Hubo vítores y música. La municipalidad dio mi nombre a la mejor calle. Yo guardo en lo preferido de mis recuerdos afectuosos el nombre de ese pueblo querido. Cuando partía en el tren, una indita me ofreció un ramo de lirios y un "puro" azteca: "Señor, yo no tengo qué ofrecerle más que esto"; y nos dio una gran piña perfumada y dorada. En Veracruz se celebró en mi honor una velada, en donde hablaron fogosos oradores y se cantaron himnos. Y mientras esto sucedía, en la capital, al saber que no se me dejaba llegar a la gran ciudad, los estudiantes en masa, e hirviente suma de pueblo, recorrían las calles en manifestación imponente contra los Estados Unidos. Por la primera vez, después de treinta y tres años de dominio absoluto, se apedreó la casa del viejo cesáreo que había imperado. Y allí se vio, se puede decir, el primer relámpago de la revolución que trajera el destronamiento.

Me volví a La Habana acompañado de mi secretario, señor Torres Perona, inteligente joven filipino, y del enviado que el Ministro de Instrucción Pública había nombrado para que me acompañase. Las manifestaciones simpáticas de la ida no se repitieron a la vuelta. No tuve ni una sola tarjeta de mis amigos oficiales... Se concluyeron, en aquella ciudad carísima, los pocos fondos que me quedaban y los que llevaba el enviado del Ministro Sierra. Y después de saber prácticamente, por propia experiencia, lo que es un ciclón político y lo que es un ciclón de huracanes y de lluvia en la Isla de Cuba, pude, después de dos meses de ardua permanencia, pagar crecidos gastos y volverme a París, gracias al apoyo pecuniario del diputado mexicano Pliego, del ingeniero Enrique Fernández, y, sobre todo, a mis cordiales amigos Fontoura Xavier, Ministro del Brasil, y general Bernardo Reyes, que me envió por cable, de París, un giro suficiente.

8. ¿UNA OBRA INÉDITA DE RUBÉN DARÍO?

Transcribo a continuación un documento oficial —cuya amable comunicación debo al mismo poeta— que atañe a las relaciones de Rubén Darío con México, y que puede considerarse como un intento de compensación por los percances de marras:

Secretaría de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes. México. Libramiento núm. 992. Sección de Adminsitración. Mesa 2ª. Núm. 2.475. Hoy digo al Secretario de Hacienda lo que sigue: "Por acuerdo del Presidente de la República, he de merecer a usted se sirva librar sus órdenes a la Tesorería general de la Federación, para que con cargo a la partida 8.415 del Presupuesto de ingresos vigente, se pague al Sr. Rubén Darío, por conducto del Cónsul General de México en París, la cantidad de 500 —quinientos francos— mensuales, durante el presente año fiscal, para que continúe estudiando en Europa cómo se hace la enseñanza literaria en los países de origen latino, y escriba una obra como resultado de ese estudio". Lo que transcribo a usted para su conocimiento. México, 4 de noviembre de 1911. El Subsecretario encargado del despacho, *José López Portillo y Rojas*. Al Sr. Rubén Darío. París."

APÉNDICES

1

He aquí una traducción de la carta dirigida a Rubén Darío por la Academia Americana de Artes y Letras:

Nueva York, marzo 25 (1915).

Distinguido señor:

La Academia Americana de Artes y Letras os ofrece, en vuestra calidad de huésped de los Estados Unidos, sus salutaciones respetuosas y su bienvenida cordial.

Sois el heredero de una civilización histórica, cuyo tesoro artístico y literario habéis acrecentado, gracias a vuestra obra exquisita y superior, dotándolo con todas las fuerzas de misterio y exaltación de este Nuevo Mundo en que habéis nacido. Familiarizado con todas las cosas nuevas de Europa, habéis descubierto el espíritu renaciente del Viejo Mundo y lo habéis interpretado para el Nuevo. Pero algo más habéis rea-

lizado, algo que os une particularmente a nosotros, a los hombres del Norte. Mientras por una parte alcanzabais la más emocionante interpretación de la vida y la cultura latinas, por otra sorprendíais en dos de nuestros poetas —Poe y Whitman— aquellas genuinas inspiraciones que enriquecieron vuestro arte con las más desembarazadas formas del metro y del ritmo, fundiendo así en una las aspiraciones de las dos razas típicas que dominan nuestro Continente Occidental. Sois, pues, a un mismo tiempo, un apóstol de la buena voluntad y un centinela avanzado en los caminos de la concordia internacional.

Nos felicitamos de vuestra permanencia entre nosotros, y os deseamos un feliz regreso a vuestra patria adoptiva.

Por la Junta Directiva:—William M. Sloane, Canciller; Robert Underwood Johnson, Secretario Perpetuo; William Crary Brownell, Miembro de la Junta.

2

Luis G. Urbina me ha hecho saber más tarde que la comisión conferida a Rubén Darío data de 1910, de los tiempos de Justo Sierra, y que la administración de 1911 no hizo más que refrendarla.

También los amigos me han recordado que noche hubo en que el pueblo en masa esperó la llegada de Rubén Darío, en la Estación del Ferrocarril Mexicano.

GLORIETA DE RUBÉN DARÍO

1. Mi fiesta de la raza

No soy enemigo de estas recordaciones simbólicas, sin duda por el hábito que hay, entre nosotros, de celebrarlas año por año: cada 18 de julio, cada 8 o cada 16 de septiembre, hay, en México, la costumbre de hacer revistas militares, con actos públicos al aire libre, en que, a presencia del Presidente y los Ministros, hablan poetas y oradores y cantan himnos los niños de las escuelas. Así, en las colecciones de nuestros poetas (Gutiérrez Nájera, Nervo, Urbina, López) hay siempre dos o tres poesías patrióticas "de ocasión". Yo mismo he tenido que consagrar a nuestras simbólicas fiestas, si mal no recuerdo, un poema y dos discursos. Un hado previsor y paciente cuida de proporcionar material literario para la próxima fiesta. Y en cuanto apunta, en la Escuela Preparatoria, algún chico capaz de escribir un buen soneto, ya está señalado para futuro poeta u orador cívico, a uno, a dos o a tres años de la fecha, según su edad.

Hoy por hoy, la gente literaria suele quejarse de tener que tratar el tema forzado de la fiesta cívica. El Romanticismo introdujo el divorcio entre el gusto popular y la personalidad —sagrada y solitaria— de los poetas. Después, exacerbado el proceso, sobrevino la funesta Torre de Marfil, que tantos estragos ha hecho. Y hoy por hoy, es una completa novedad —una revolución literaria provocada por la Gran Guerra, y que no sabemos si durará—, el hecho de que el primer poeta de Francia, Paul Claudel, se sienta capaz de dedicar una oda cívica a San Luis de Francia. No menor poeta que Paul Valéry —puro maestro— se jacta de que toda su obra en prosa es obra de encargo. ¿Volverá el consorcio entre el poeta y el pueblo? No lo sé. Pero muchos han comenzado ya a recordar que el artista griego —el más exquisito de los artistas— concebía su arte como un servicio público, como un deber de fiesta cívica más o menos. Pín-

daro cantaba lo que entonces venía a ser para Grecia la Fiesta de la Raza; a saber: los Juegos Olímpicos. Fidias esculpía, como hoy los malos escultores, para los edificios públicos y por encargo de los gobiernos... Porque tanta culpa tienen los gobiernos cuando escogen mal, como los buenos artistas cuando se niegan a responder a la elección del público y a aceptar el compromiso de trabajar para el pueblo. (Para el pueblo, aunque —claro está— educándolo y superando sus gustos rudimentales.)

Todo esto es verdad, en teoría... y acaso en esperanza. Pero eso no quita que la Fiesta de la Raza, tal como la mal celebramos, produzca resultados artísticos nulos, y no sirva de nada al pueblo, para quien está dedicada. Tiene razón la gente en quejarse (porque es necesario no disimularse por más tiempo que a la gente no le gusta, no le divierte esta Fiesta de la Raza). Lo que tal fiesta tiene de solemnidad oficial la aísla del pueblo y del arte. Los personajes oficiales no son, ni tienen para qué serlo necesariamente, buenos oradores ni buenos poetas. Los buenos oradores se agotan a la primera fiesta, y ya al siguiente año no tienen nada nuevo que contarnos. Los buenos poetas no se interesan por tales fiestas.

Hay que poner un remedio al mal, y un remedio de buen sentido. La Fiesta de la Raza, tal como hoy se celebra (no hagamos caso de noticias oficinescas ni de telegramas anodinos), no ha sido, no puede, no es humanamente posible que pueda haber sido brillante en ninguno de los países de la Raza. Hay que emancipar a la Fiesta de la Raza; hay que sacarla de los claustros y los Ayuntamientos; hay que echarla a la calle; hay que convertirla, en suma, en un verdadero carnaval.

Un carnaval con trajes y disfraces regionales, con pequeñas representaciones al aire libre (representaciones, también, de sentido regional), como los antiguos autos sacramentales; con adecuadas proyecciones cinematográficas en los parques y en los vastos salones populares, con músicas regionales por las calles, ¿no daría al pueblo una sensación mucho más viva y plástica, mucho más eficiente y orientadora, de lo que es la raza —en sus innumerables caras y muecas de ale-

gría y de baile—, que estos cajones de frases que vuelcan desde la tribuna los oradores improvisados? Un desfile de gauchos por la Castellana, o una "diligencia" mexicana, llena de "chinas", custodiada por charros de machete y lazo, ¿no serían mejor que ese grupo de señores acartonados de chistera y levita que solemos admirar en las notas gráficas de los semanarios ilustrados?

En la remota Edad Media, el teatro —cuando iba a morir de asfixia— se escapó de la liturgia eclesiástica, se salió de la sacristía y, montado en el Carro de Corpus, irrumpió por entre la feria del pueblo; y así pudo florecer libremente.

Amigos míos: hay que hacer otro tanto con esta Dulcinea de la Raza; hay que sacarla de su encierro oficial, a la grupa de los potros americanos.

2. Rubén Darío, genio municipal

Con todo, yo tuve que hablar en una Glorieta de Madrid, en la última Fiesta de la Raza. Cuando sepáis que se trataba de bautizar esa Glorieta con el nombre de Rubén Darío, me perdonaréis mi alarde oratorio. Dije así:

> Por delegación del Excelentísimo Señor Ministro de Cuba (a quien corresponde el derecho de antigüedad), toca al representante de México la honra inapreciable de dar las gracias al Ayuntamiento de Madrid, en nombre del Cuerpo Diplomático hispano-americano —y seguramente interpretando el sentir de tantas naciones—, por la consagración que acabáis de hacer, señor Alcalde, de la Glorieta del Cisne, al alto poeta de los cisnes.
>
> Pero habéis pronunciado, junto al nombre de Rubén Darío, otros nombres, para los americanos sagrados, que arrebatan mi atención a otra parte. Felicitémonos porque nos ha sido dable presenciar la hora en que las glorias de América pueden redundar en gloria de España. Renuncio a evocar siquiera la enorme suma de esfuerzos de comprensión que a uno y otro lado del mar ha hecho falta para que sea posible proponer, en la capital del orbe hispano, homenajes y recuerdos a los padres de América. Sois, españoles, ejemplares en la cordialidad generosa al reconocer y aceptar los valores humanos definitivos, así sean los del otro campo, y (según acabamos de verlo, por la vibrante carta de Grandmontagne) la misma severidad excesiva que adoptáis para juzgaros a vos-

otros mismos —heroica condición crítica de la mente, que alguna vez ha sido explotada en contra vuestra— se convierte en un extraño y viril desprendimiento, casi impolítico en ocasiones, siempre conmovedor y valiente, para reconocer, cuando es justo, la grandeza del contrincante. Habéis hecho, en la larga historia, un viaje a la tierra de las ambiciones y los poderes. Y estáis de regreso, entre el asombro de los que no siempre aciertan a entenderos, con una filosofía sencilla, en que muchas veces las contradicciones se avienen, formando una síntesis moral superior a los extravíos que todavía están costando a los pueblos lágrimas y sangre.

¡Feliz acuerdo el de consagrar en la Fiesta de la Raza un homenaje a la memoria del mayor poeta de la lengua durante los últimos siglos! Su nombre, desde hoy, queda incorporado a la vida diaria, callejera, de vuestra graciosa ciudad. Y, por justa paradoja y compensación, he aquí que convertís al solitario, al desigual, al rebelde y altivo genio, al pecador torturado y elegante, al león entre tímido y bravío, que de pronto se acobardaba y de pronto comenzaba a rugir, al melancólico que cruzaba la vida "ciego de ensueño y loco de armonía", al hijo terrible de un Continente que es todo él un grito de insaciados anhelos, a nuestro Rubén Darío, el menos municipal de los hombres, en algo tan benéfico y manso como un Genio Municipal. Acógelo la divinidad que reina en las plazas y en las calles, y nosotros —buenos hijos de Roma— saludamos con ritos públicos, bajo el cielo de otoño, al héroe mensajero de las primaveras americanas.

La obra de Rubén Darío fue obra de concordia latina. América, desde la hora de su autonomía, venía padeciendo las dos circulaciones contrarias del ser que se arranca de la madre. Y mientras, por una parte, la expresión del alma española se purificaba en los mejores gramáticos que ha tenido la lengua —los americanos Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Rafael Ángel de la Peña, Marco Fidel Suárez—, por otra se dejaba sentir una honda conmoción de sublevaciones más que juveniles: "¡Desespañolicémonos!", gritaba el argentino Sarmiento. "¡Desespañolicémonos!", gritaba el mexicano Ignacio Ramírez, en controversia contra vuestro gran Castelar... Éstos no eran independientes; no están aún desarticulados del centro hispano; eran todavía hijos adolescentes que se alzan contra las tradiciones y costumbres caseras, por su misma incapacidad de reformarlas a su gusto. Más tarde llegará la hora adulta, la hora en que el americano pueda amar a España sin compromisos, sin explicaciones y sin protestas. La hora en que, sintiéndose otro, el hombre se siente semejante a sus familiares y como justificado en ellos. Los Dióscuros

americanos Rubén Darío y José Enrique Rodó trazan, en trayectorias gemelas, esta elocuente declinación hacia España. Habéis escogido la más alta realización de América para sellar, con su recuerdo, la Fiesta de la Raza, y resulta que, de paso, habéis escogido el nombre de aquel en quien con más plenitud se expresa esta voluntad de amor a España por parte de una América ya emancipada y ya consciente de sus destinos. Porque ya no está a discusión —sino entre los necios y los sordos— el radical casticismo de Rubén Darío. "Francesismo", se ha dicho. Y es verdad, porque Rubén Darío trajo a la masa de la lengua española, trajo a la atmósfera del alma española, cuanto el mundo tenía entonces que aprender de Francia. Acaso su condición de hijo de América le ayudaba a dar el salto mortal del espíritu. Nicaragua pesa sobre la mente mucho menos que España, y fue uno de los hijos más pobres el que se echó al mundo a conquistar, para toda la familia, las cosas buenas que entonces había por el mundo. Y un día volvió —hoy así lo vemos— cargado y reluciente de joyas, como un rey de fábulas.

En la gran renovación de la sensibilidad española, que precipita a América sobre España —donde España puede ya sacar el consuelo de sentirse reivindicada por los mismos a quienes se pretendía presentar como víctimas del error hispano—, Rubén Darío desató la palabra mágica en que todos habíamos de reconocernos como herederos de igual dolor y caballeros de la misma promesa.

Poeta sumo, hombre vertiginoso, alma traspasada de sol, tramó con lo más íntimo de sus ternuras y lo más atronador de sus furores la escala de hexámetros de oro, el himno de esperanza más grande que vuela sobre las alas de la lengua:

¡Ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!
¡Espíritus fraternos, luminosas almas, salve!

3. Si la sonrisa fuera un gesto oficial...

Si fuera válido sonreír en estas ocasiones, yo hubiera explicado mejor mi pensamiento. Yo hubiera dicho, más o menos:

—Señor Alcalde: la discusión sobre el francesismo o el casticismo de Rubén Darío pasa por dos etapas. En la primera etapa, la crítica considera al poeta como un caso agudo de galicismo. En la segunda, lo consideramos ya como un caso excelso de españolismo evolutivo, de casticismo en

marcha. (En marcha, claro está, gracias al empuje de Francia.) Todo se reduce, señor Alcalde, a la diversa dosificación de acentos patéticos que se aplique a una conocida frase del poeta. Abrid las *Prosas profanas* por las "Palabras liminares" (¡inolvidables!), y leed conmigo:

"Luego, al despedirme —Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París."

Pues bien, señor Alcalde: en la primera etapa, el acento patético es despectivo para la palabra "esposa" (a la que se considera como elemento prosaico, vulgar, "burgués"), y es sagrado para la palabra "querida" (a la que se considera como símbolo de la poesía y la libertad ideales). En la segunda etapa, el acento patético es sagrado para la palabra "esposa" (elemento básico de la familia, fondo sólido de la vida: lo propio, lo del hogar, lo de mi tierra), y es, si no despectivo, al menos "alegre" sobre la palabra "querida": jugueteo, pasatiempo, placer y agrado pasajeros.

—¿De modo —me contestaría el Alcalde— que usted se inclina a esta segunda interpretación, a pesar de que el poeta se haya figurado, en la verde juventud, decir lo contrario?

—Así es, en efecto. Pero entendámonos: todo ha de ser en el supuesto del más grande y rendido amor a Francia, la maestra de dibujo entre las naciones.

CARTAS DE RUBÉN DARÍO

1

ACABA de aparecer un *Epistolario* de Rubén Darío (Biblioteca Latino Americana dirigida por Hugo D. Barbagelata, París, 1920), que abre el apetito sobre la correspondencia del maestro.

Sirve de prólogo al libro una traducción española del excelente artículo sobre Darío, que Ventura García Calderón publicó en el *Mercure de France* del 1º de abril de 1916. Hay cartas a Unamuno; entre ellas, la célebre carta —célebre por tradición oral entre los amigos de Darío— con que contestò a cierta salida de mal humor del maestro de Salamanca, quien —si la tradición no engaña— se dejó decir cierta vez que los americanos traíamos las plumas debajo del sombrero. La carta de Darío comienza: "Le escribo a usted con una pluma que acabo de quitarme de bajo el sombrero." Y acaba: "Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno." Hay también cartas a Julio Piquet, "Buen Samaritano de nuestro gran Rubén", escritas desde Mallorca, donde el poeta logró, en sus últimos años —tan atormentados—, algunas horas felices. Hay un fragmento de carta a Gómez Carrillo, que Ventura dice publicar "no sin reservas mentales", por si Gómez Carrillo hubiere colaborado con Darío al hacer la copia del fragmento. Hay algunas cartas a Alberto Ghiraldo, que fue buen amigo del poeta. Finalmente, hay una carta de Juan Sureda a Piquet, escrita en Mallorca —enero de 1914—, que se ha creído conveniente publicar a título de documento sobre la vida que hacía el poeta en la isla. ¡Ay! A través de esta carta ingenua vemos a Darío, una y otra vez, presa de lo que él mismo, con respetuoso acatamiento del Hado, llamaba "sus crisis".

Puesto que no se ha retrocedido ante esto, bien pudo

Ventura haber recogido en el tomito unas cartas —sé yo que las posee— cambiadas entre Darío y Luis Carlos López, el poeta colombiano, con motivo de la colaboración de éste en el *Mundial Magazine.* Darío se puso solemne, y López lo despertó con gracia al sentido del humorismo. También sé yo de alguien que hubiera podido proporcionar once cartas de Darío a Amado Nervo,* y acaso, acaso, algunas dirigidas a otro poeta mexicano, que se refieren a un curioso incidente entre Darío y Salvador Rueda.

Según resulta de este pequeño epistolario, Darío tuvo el propósito de emprender, en América, al estallar la guerra, una cruzada por la paz, "que es la única voluntad divina". Quería comenzar por los Estados Unidos, "y el México devastado por fraternales rencores". Las luchas internas de México siempre le preocuparon como cosa propia. (En una carta a Piquet, quejándose de sus males, dice: "A mí se me han declarado ya francamente Panchos Villas intestinos y riñones.")

Salvo algunas de las dirigidas a Unamuno, las cartas son de carácter francamente íntimo. Se habla aquí de las "crisis", el régimen de agua pura y sus teóricos deleites; Francisca Sánchez y los 150 francos que el poeta le obsequia para comprarse un abrigo; las dificultades creadas por la diferencia de caracteres, a pesar de catorce años de unión; de enviar al chico a la escuela vecina . . . El libro sólo debe llegar a manos de los amigos de Darío, para quienes parece destinado.

Días pasados he tenido ocasión de releer todas las cartas que nos quedan de Góngora. Salvando distancias, la nota fundamental de aquéllas se repite en las cartas de Rubén Darío: ¡la pobreza, la horrible inseguridad económica, que es uno de los peores enemigos del alma! "¡No tengo un real!", exclama el poeta cordobés. Y "¡no tengo un real!", contesta, a través de los siglos, el poeta nicaragüense. Quién sabe qué pasa, que no le pagan puntualmente los Guidos. "El *Mundial* no es mío —escribe a Ghiraldo—. ¡Las cosas de siempre! Si yo hubiera tenido capital para esto, estaría muy rico dentro de poco . . ." Y, más adelante: ". . . mi ma-

* Las publicó *La Pluma*, agosto de 1912, págs. 132-136.

gazine *Mundial*. Digo mío porque soy director. El negocio es para los capitalistas, ya se sabe". Y luego, lo de la Argentina no es seguro; ni siquiera lo de *La Nación*, diario benemérito de las letras hispanas, que merece la gratitud de tantos escritores. Verdad es que los libros producen dinero, sí; pero no para el autor, sino, como él mismo dice, "para este o el otro bandido". Y es que sólo queda una disyuntiva: o hacerse rico a toda costa, como todos los que se hacen ricos, o acabar cuanto antes con el actual régimen del dinero: anular, neutralizar para siempre el problema económico.

Dejad pasar la noche de la cena
—¡oh Shakespeare pobre, y oh Cervantes manco!—
y la pasión del vulgo que condena.
Un gran Apocalipsis horas futuras llena:
¡Ya surgirá vuestro Pegaso blanco!

La Pluma, *Madrid, junio, 1920.*

2

En el número primero de la revista *Índice* (1921), apareció la siguiente carta, que firma un discreto aficionado:

Madrid, junio, 6 de 1921.

A la revista *Índice*

Señores míos:

En el primer número de *La Pluma* (junio de 1920), recuerdo haber leído una nota sobre cierta coleccioncita de cartas de Rubén Darío, en que el autor de la nota —creemos que era Alfonso Reyes— hablaba de algunas epístolas cambiadas entre Rubén Darío y el poeta colombiano Luis Carlos López, y se refería igualmente a otras cartas dirigidas por el mismo Darío a "un poeta mexicano", y relativas a un incidente entre Darío y Salvador Rueda.

¿Sería posible averiguar dónde pueden leerse las cartas cambiadas entre Darío y Luis Carlos López? ¿Se trata acaso de cartas inéditas?

¿Sería posible saber quién es ese poeta mexicano, dichoso poseedor de cartas de Darío relativas a Salvador Rueda?

Finalmente, entre los escritores españoles, ¿no se podría reunir una nueva colección de cartas de Rubén Darío, que se publicaran bajo el patrocinio de la revista *Índice?*

Si ustedes creen que esta carta merece la atención de sus lectores, yo les agradecería que le dieran acogida en un rinconcito de la revista. Así discutiríamos en público, y entre aficionados, todo lo relativo a este asunto.

De usted atento seguro servidor,

Manuel Restrepo K.

A esta carta, en el número cinco de la revista *Índice*, contesté lo siguiente:

Madrid, julio de 1921.

Querida Revista:

Es justa la curiosidad de D. Manuel Restrepo K. Fui yo, en efecto, quien habló de cartas cambiadas entre Rubén Darío y Luis Carlos López. Estas cartas (dos de López y una de Darío) se publicaron en algún periódico cuyo nombre he olvidado, aunque conservo el recorte. Yo creía haberlas comunicado en París, allá por 1913 ó 14, a Ventura García Calderón. Pero éste acaba de asegurarme que no conoce estas cartas, y por eso no las incluyó en su pequeña colección. En todo caso, yo las poseo, y puedo mostrarlas al señor Restrepo K. cuando guste. No creo oportuno publicarlas —o republicarlas— sin autorización expresa de D. Luis Carlos López. Se trata de un pequeño incidente en que López fue risueño y amable, y Darío se mostró, contra su costumbre, muy agrio; y Darío ha muerto...

En cuanto a las cartas de Darío sobre Salvador Rueda, las posee D. Francisco A. de Icaza, a quien fueron dirigidas.

Me parece una buena idea reunir, entre los escritores españoles, una nueva colección de cartas de Rubén Darío. *Índice* podía encargarse de su publicación. El señor Icaza y Juan Ramón Jiménez están dispuestos, según me dicen, a proporcionar copia de las que ellos conservan. Invito a otros a que los imiten.

A. R.

3

"... Pero la hora del epistolario está todavía muy lejos" —escribe Enrique Díez-Canedo.*

* Con posterioridad a esta crónica, han aparecido los siguientes epistolarios de Darío:

Epistolario I, Madrid, 1926, 112 págs. (Vol. XIII de la tercera serie de obras completas dirigidas por Alberto Ghiraldo.)

El archivo de Rubén Darío, por Alberto Ghiraldo, Santiago de Chile, Editorial Bolívar, 1940, 318 págs.

Idem., Buenos Aires, Editorial Losada, 1943, 508 págs.

La "Library of Congress" de Washington, por medio de la "Hispanic Foundation", proyecta la edición de un volumen de cartas inéditas entre Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío.

D. Ernesto Mejía Sánchez proyecta la edición cronológica de un *Epistolario* completo, utilizando todo el material antes descrito, el publicado en revistas y periódicos, y el inédito (más de 20 cartas) que ha podido conseguir.—*Nota añadida en la reproducción de este artículo que consta en el tomo antológico* TERTULIA DE MADRID, 2ª ed., México, Colección Austral, 1950, pág. 146.

La publicación de la correspondencia entre Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez anda en proyecto, por lo menos, desde que Juan Ramón y yo planeamos la colección *Índice* en Madrid, 1923. Ver *Historia documental de mis libros III (Universidad de México*, abril de 1955, pág. 8 *c.)*

CARTAS DE JORGE ISAACS

Madrid, mayo, 1921.

Sr. D. Cipriano Rivas Cherif.

"La Pluma."

Mi querido amigo: Pocas figuras más representativas en la literatura americana que el autor de María. *Jorge Isaacs toma la pluma —y al punto se le saltan las lágrimas. Y cunde por América y España el dulce contagio sensitivo, el gran consuelo de llorar.*

El romántico caballero judío, hijo de un judío inglés establecido en Cauca, está hecho —afortunadamente— para despistar cierta tendencia a sustituir la crítica literaria con artimañas sociológicas. Tendencia según la cual este creador de la novela de lágrimas debiera ser indio por los cuatro costados.

Caudillo liberal, escritor doliente, hombre de aventura y de ensueño, vive peligrosamente y muere en la pobreza —como muere la gente honrada— buscando unas utópicas minas en unas tierras inexploradas y salvajes, con la ambición de dejar cierto bienestar a los suyos. Los editores lo han robado. Sus enemigos políticos lo persiguen. Pero él tiene fe en la bondad humana, porque le rebosa el corazón.

En nuestras combatidas tierras de generales y poetas ¡gozan y sufren tanto los hombres! A veces me pregunto si los europeos entenderán alguna vez el trabajo que nos cuesta a los americanos llegar hasta la muerte con la antorcha encendida. ¡Qué espectáculo el de América, amigo mío! Aquéllos caen de muerte violenta, y éstos se matan a sí mismos en un esfuerzo sobrehumano de superación, para adquirir el derecho de asomarse al mundo. "Poetas y generales", decía Rubén Darío. Y algunos, que sólo quisiéramos ser poetas, acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fue, por ejemplo, para nuestros padres, la emoción

de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla.

Jorge Isaacs se dirige un día a Justo Sierra, el gran mexicano de los tiempos de Porfirio Díaz. Le pide auxilio: siente que puede abrirse con él. Justo Sierra fue toda su vida un consejero y un maestro. Protegió a los poetas y educó a tres generaciones. Gran prosista, historiador elocuente, hombre de ademán apostólico, pero contenido en la mesura académica, escribió sobre nuestra historia páginas tan sinceras y valientes, que todavía nos asombran, como nos asombra que se hayan podido escribir —y sin escándalo ni falsas actitudes heroicas, sino llenas de serenidad, de inteligencia— en aquella época de pax augusta *cuyo secreto parece haber sido no poner nunca el dedo en la llaga. Justo Sierra ponía el dedo en la llaga y, como en el consejo de Kipling, siendo muy bueno y muy sabio, ni hacía aspavientos de muy bueno ni hablaba a lo muy sabio. Junto a la naturaleza ardiente y solitaria de Jorge Isaacs, contrasta la vida del gran mexicano, recortada en el perfil impecable, a gusto de una sociedad elegante y exigente. Justo Sierra es ese hombre prudente de Vauvenargues que no necesita abandonar el bullicio de la corte para ser bueno y superior, y tal vez por sólo eso lo es más que quien se aísla en la Tebaida egoísta, donde no hay tentaciones ni conflictos de la conducta.*

He aquí tres cartas de Jorge Isaacs a Justo Sierra. La Pluma *las publicará por primera vez. Las debo a la amabilidad de Luis G. Urbina. Los críticos colombianos sacarán de ellas algunas noticias curiosas. Yo no puedo leerlas sin conmoverme. Veo —al trasluz— todos los dolores de mi América; y algo muy mío, que no acierto a formular yo mismo, se agita y despierta en mí: algo entre recuerdo y amenaza. Tal vez sea el contagio de las lágrimas.*

Justo Sierra no pudo hacer Cónsul de México a Jorge Isaacs. ¿Lograría auxiliarlo de algún modo? ¿Cuándo aprenderemos a dar a los hombres lo que es suyo? Pero ya lo entiendo: lo propio de Jorge Isaacs eran las lágrimas.

Mis amigos de México podrán imaginar conmigo —¡ellos que lo conocieron!— cómo habrán resonado en el alma de Justo Sierra las lamentaciones del autor de María.

Y usted, amigo Cipriano, perdone estos desahogos sentimentales que tan pocas veces me consiento, y dé cabida en La Pluma *a las cartas de Jorge Isaacs.*

Muy suyo,

A. R.

Bogotá, 15 de marzo de 1888.

Sr. D. Justo Sierra, etc., etc.—México.

Mi estimado amigo: Lo saludo afectuosamente, y tengo mucho placer al repetirle que no he olvidado ni olvidaré nunca todo lo que en honra y estímulos debo a su bondad.

Pronto he de escribirle largo, y estas líneas tienen únicamente por objeto recomendarle a mi compatriota el Sr. D. Juan de Dios Uribe, que quizá vaya pronto a ese país.

El Sr. Uribe, afamado escritor en Colombia, talento admirable, es miembro de una familia llena de merecimientos por los servicios que sus ilustres varones han prestado a la República desde 1810: sangre de buenos, de altivos tribunos y de sabios demócratas corre en sus venas; ama lo que ellos amaron; muy joven todavía, sabe ser lo que estaba obligado a ser.

Se le proscribe y, según me ha dicho su noble y virtuosa madre, él tendrá necesidad de ganarse la vida con su pluma en alguna nación de la América española, siendo casi seguro que prefiera ir a México.

Ruégole a usted, lo mismo que al Sr. D. F. Sosa y demás ilustres mexicanos que a Colombia aman y con su cariño me honran, quizá más de lo que merezco, hagan en favor del Sr. Uribe lo que harían por un hermano mío. Comuníqueles esta carta, que es también para ellos.

Soy su leal amigo y s. s.,

Jorge Isaacs.

Ibagué (Colombia), 4 de mayo de 1888.

Sr. D. Justo Sierra, etc., etc.—México.

Reciba un abrazo mío. ¡Quién sabe cuándo le pueda dar uno de veras!

Acabé los estudios de la costa felizmente, con mucha fortuna. Las hulleras que descubrí en el Golfo de Urabá (Daríen del Norte) son una riqueza fabulosa. Estoy ya asociado para coronar la empresa, contratar en el extranjero, etc., etc., con la fuerte y bien acreditada casa de los Sres. José Camacho

Roldán & Compañía. El socio administrador de la casa irá en junio y julio a los Estados Unidos y a Europa, ocupado en esa labor; y en agosto o septiembre me reuniré en la costa con el ingeniero docto que el Sindicato constituído al efecto envíe a estudiar las hulleras. Hallarán que son más de lo que —sobrio en mis informes— he dicho.

Es vía recta ya. Sólo se requiere un último esfuerzo, *y ya está*, como dicen los chilenos. Le prometo que tan luego como deje *organizado* aquí, después, el bienestar de mi familia y el trabajo de mis dos hijos mayores, Lisímaco y Jorge, me dirigiré a los Estados Unidos, para de ahí, ya estudiados por algunos meses, pasar a México. Lo demás dará tiempo.

Quizá vuelva medio muerto de mi último viaje a Urabá, etc. Pero, ¿cómo no he de tener merecida la felicidad de ver a mi familia completamente dichosa algunos años?

Le recomendé a usted hace dos meses al señor D. Juan de Dios Uribe, distinguidísimo escritor de Colombia, que salió desterrado. Sé que usted, el señor Sosa (a quien saludo cariñosamente) y sus muchos amigos liberales, harán por Uribe obra buena. Mil y mil gracias a todos desde ahora.

Uribe, acá para los dos, tiene la desgracia de ser aficionado a beber. Mucho lo aconsejé y lo aconsejó su virtuosa e inteligente madre, para remediar aquel mal. Por temporadas, deja el maldito vicio, y entonces su cerebro es un foco inagotable de luz, y las tinieblas, los buhos y los vampiros están de pésame. Puede ser que allá, solo, teniendo que hacerse a las consideraciones, cariño y admiración de hombres como usted, Uribe se domine y se cure para siempre. ¡Cuánto ganaría con ello Colombia! No sé cómo le insinuará o le hará insinuar usted algo en ese sentido. Le ruego lo haga. Pero verá usted qué manera de escribir, qué fuerza intelectual de muchacho, qué alma tan grande.

Los Sres. Aguilar e Hijos, tipógrafos de esa ciudad, me han escrito la carta que hoy contesto, y me tomo la libertad de incluirle esa contestación, porque conviene la vea usted. Me dijeron (15 de octubre del 87) que le habían entregado a usted una caja con 100 ejemplares de la última edición de *María* que han hecho. Si el número de ejemplares del obsequio hubiera sido siquiera de 250 ó 300 (y habría sido justo), podría presentarse en la prensa mexicana, como ejemplo aprovechable en toda la América Latina, el procedimiento caballeroso y justo de los Sres. Aguilar. Ruégole remita los libros a Cartagena al Sr. Amaranto Jaspe, muy bien aforrados y recomendados.

Su leal amigo,

Isaacs.

Ibagué (Colombia), 19 de marzo de 1889.

Sr. D. Justo Sierra, etc., etc.—México.

Reciba usted un cariñoso abrazo. Meses hace que no le escribo. Desde mayo de 88 he tenido que trabajar duramente en unas minas que están como a seis leguas al S. O. de este pueblo, en hoscas montañas.

En mi última carta le hablé del envío de 100 ejemplares de *María*, de la última edición hecha en México. Son obsequio bondadoso de los señores Aguilar e Hijos. Ellos me escribieron el 15 de octubre de 87, y en su carta decían que los 100 ejemplares serían puestos en poder de usted. En Bogotá, amigos a quienes hablé de eso desean que lleguen los libros, y si la edición es tan bonita como me lo aseguró el Dr. Mejía, serán esos ejemplares muy estimados.

Es difícil enviar con acierto a Colombia la caja. A Panamá puede usted dirigírsela a alguna casa respetable, para que la remita a Barranquilla. Si puede venir directamente a este puerto de Barranquilla, vendrá bien encomendada a los Sres. Ferbuson & Noguera. Yo les escribiré diciéndoles a quién deben remitir la caja a Honda, puerto del interior, en el río Magdalena. Mucho agradeceré a usted sus cuidados, etc., en el envío de esos libros. Los Sres. Camacho, Roldán & Tamayo deben recibir en Bogotá los libros. Si el Dr. Salvador Camacho Roldán estuvo en la ciudad de México en 1888, como se me asegura, tendría el placer de tratar a usted; si así ha sucedido, ya tiene usted el medio de enviar los libros a Colombia con seguridad; él se lo habrá dejado en sus indicaciones.

Y a otra cosa.

En todo el mes de abril próximo volveré a la costa atlántica con el fin de visitar, con un ingeniero que ha de venir de Europa, las hulleras que, en el Golfo de Urabá o Darién del Norte, descubrí en 1887. Si mi apoderado en Europa y Estados Unidos para agenciar ese negocio, el Dr. José Camacho Roldán, hermano de D. Salvador, acierta en sus procedimientos y labor, como lo espero, la Compañía que tome a su cargo la explotación de esas riquísimas hulleras hará cuantiosas, incalculables ganancias. Temo únicamente que se retarde por algún motivo la negociación del Dr. Camacho Roldán. Esto contrariaría en absoluto mis proyectos para lo futuro. En el resultado de mi penosa labor en las costas del Atlántico —que estudié mucho desde 1882, desde Cabo Falso a Punta Espada, en la Guayra, hasta Pisisí, en el Golfo del Darién—, tengo fincada la esperanza de aliviado vivir en lo venidero,

y la posesión de algún patrimonio para mi familia. A veces me figuro que son inútiles mis esfuerzos para adquirir esa fortuna modesta; que debo resignarme a que no tenga mi familia, mientras exista yo, más de lo puramente indispensable para no caer en horrible miseria. Así luchamos desde 1862. No se espante usted de esa fecha: somos valientes, y habiendo yo tenido ocasión de enriquecerme en altos puestos públicos que ocupé desde 1876, si no hubiese preferido a todo mi honra, mi pobreza es hoy mi orgullo.

Temo también que, gobernando hoy a este país los hombres que usted sabe —conservadores ultramontanos—, se estorbe de algún modo, al fin, que yo obtenga resultado definitivo de las arriesgadas labores de que antes hablé. Mucho valen para el país, realmente, aquellos yacimientos de hulla, tan inmediatos a Colón; mucho le valen por su grande riqueza, que el comercio del mundo aprovechará; pero, ¿qué quiere usted? No he trabajado en un país que sepa y pueda recompensar tales esfuerzos afortunados: hecha en México, la Argentina o Chile tal obra, hoy sería yo rico. Aquí es diferente: aún no poseo ni una casa humilde para hogar de mi familia, y todavía batallo para vivir en pobreza. Si mi espíritu fuera capaz de míseras fatuidades, ya me habría imaginado que tantos dolores y agonías de años y años son la gloriosa tortura de que en vano han querido librarse en vida otros infelices, conquistadores de la honra y bienestar que hoy disfrutan sus compatriotas. Pero no: todavía no he podido yo hacer nada que me haga merecedor de los tormentos de aquellas almas excelsas.

Y bien, amigo mío, seamos previsores: necesito serlo para que más tarde no me acuse la conciencia de ceguedad y de no haber sido franco al hablarle a usted de cosas íntimas. Eso que en 1886 se escribió en los periódicos de México sobre mi angustiosa situación, era la verdad. Así había sucedido de 1882 a 1884; así desde septiembre de 1885, concluída la campaña desastrosa en que nos comprometieron los mentores del liberalismo en ese año. Yo negué lo que publicaban nobles escritores mexicanos; negué la verdad por honor de mi país. Usted vería, quizá, ese escrito mío publicado en *El Promotor,* de Barranquilla. ¿Y sabe usted cómo agradecieron mi abnegación mis compatriotas? Un tal Jorge Abello, un quídam, uno de los redactores de aquel periodiquito, hizo burla soez, digna del "boga", porque diz que los redactores de la hojita no habían sabido en qué me ocupaba yo en la costa, ni si me hallaba en México o en Colombia. Verdaderamente, habían creído que yo estaba en México... ¿Para qué decirle a usted más?

Confiaba yo mucho entonces en el inmediato buen éxito de mis trabajos, y en ellos arriesgaba la vida, dejando las tumbas de mis compañeros en playas de los desiertos.

Si los resultados de aquella labor se retardan o se frustra mi esfuerzo, tendré que padecer mucho: quedaré endeudado con los gastos que está ocasionando el viaje de D. José Camacho Roldán a Europa y Estados Unidos; será inevitable que mi familia y yo continuemos habitando este lugar, donde ella vive como desterrada desde 1880; tendré que ausentarme de cualquier modo, en busca de trabajo, dejándola en tristeza y casi abandonada, como otras veces. Ya es demasiado para mis fuerzas, amigo mío; y en tal situación tendré, como siempre, la indiferencia "respetuosa" de los payos ricos que hay en este lugarejo —ricos para vivir aquí—, y la indiferencia cruel de los hombres que hoy gobiernan a Colombia.

En el Cauca podría establecerme menos difícilmente; pero se necesitaría, para eso, poseer siquiera un pequeño capital. Y en esa comarca donde nací, tal vez no me dejarían vivir, por temores y celo del partido conservador: allí soy amado de los mozos liberales que han combatido a mis órdenes victoriosamente.

¿En qué manera podría usted, ayudado del Sr. Sosa y sus otros amigos, tenderme manos que me ayudaran a salvar este abismo? Después, todo sería hacedero y soportable: todavía estoy vigoroso, aún puedo mucho.

Usted sabe que en México se han hecho ya catorce ediciones de *María,* y las hechas en los demás países de Hispano-América, sin contar éste, pasan de veinticinco. ¿Qué resultado supone usted que daría en México algo que se hiciera con el fin de excitar a los editores del libro a formar un fondo que recompensara, siquiera en parte, mis derechos como autor de ese libro? ¿Qué efecto daría, hecha desde allá, una excitativa semejante a los demás editores de América que, perjudicándome tanto, han hecho ediciones sin consentimiento mío? Hagan en ello, usted, el Sr. Sosa, el Dr. D. Mejía, y mis otros bondadosos amigos, lo que juzguen mejor y *más delicado.* Si nada creen bueno hacer a ese respecto, apruebo de antemano lo que resuelvan.

Otro medio es posible. Si el Sr. General Díaz sabe quién soy, y de lo que puedo hacer juzga, ¿tendría inconveniente para honrarme con el nombramiento de Cónsul General de México en Colombia? ¿Lo permiten las leyes mexicanas? Yo me esforzaría, a fin de servir ese empleo de modo que mi labor no fuese inútil para México; y si algo puede valer mi profunda gratitud, el ciudadano eminente que hoy preside

aquella nación tendría, no sólo mi gratitud, sino la de mis hijos y la de los colombianos que me aman.

Aunque escritos con el alma, trazar esos últimos renglones ha sido más difícil para mí que escribir muchos capítulos de aquel libro —poema de mi corazón— que usted admira. Prosa de la existencia... ¡Cuánto cuesta el vulgar vivir! ¡Lo que uno es capaz de hacer por amor a estos niños adorables que han sido mi único consuelo y alegría! ¡Cuán espantoso y cruel es pensar que los dejaré en el mundo desvalidos!

No relea usted esos renglones. Proceda como mi hermano. No olvide, al proceder en un sentido u otro, que está de por medio mi nombre; que no pido limosna a los editores que en América han especulado con mi trabajo; que si es digno de admiración y todo acatamiento el Presidente de México, yo... yo soy, por carta de naturaleza, ciudadano de toda la América Latina, hermano de todas las almas que en ella laboran bendecidas y luchan gloriosas, complementando la obra de nuestros libertadores.

Adiós hoy. Sus cartas me vendrán bien a Cartagena, bajo el sobre del Sr. Dr. Henrique de la Espriella.

Le encargo un abrazo cariñoso para el Sr. Sosa. ¿Le habrá llegado mi respuesta larga a su carta de 27 de abril de 87? No he vuelto a recibir otra de él.

Su leal amigo y seguro servidor,

Jorge Isaacs.

Postdata.—Le incluyo, tomando el núm. 7,262 del *Diario Oficial de Colombia* (26 de diciembre de 87), lo que, sobre hulleras estudiadas por mí hasta entonces se publicó. La prensa del país —encogida algo la de los conservadores— aplaudió y admiró lo hecho y obtenido. ¿Sería útil reproducir en México esos documentos?

La Pluma, *Madrid, junio de 1921.*

EN MEMORIA DE JOSÉ ARMAS

HA MUERTO recientemente en La Habana, adonde había sido llamado, tras de varios años de ausencia, para dirigir un periódico, el escritor cubano José de Armas y Cárdenas —sobrino de Augusto de Armas, el de las *Rimas bizantinas*—, "Justo de Lara" por nombre literario, y Pepillo en la intimidad.

Pepillo fue huésped de Madrid durante mucho tiempo, y alguna vez dio conferencias en el Ateneo sobre Shakespeare y Cervantes. Era muy versado en literatura comparada de España e Inglaterra. Deja varios libros de crítica e historia literaria. A propósito de él, escribe José María Chacón:

> Vivió Armas, durante los años de su niñez, en un impresionante ambiente polemista y luchador. Fue su padre un gran periodista, que ponía el mismo ánimo de violencia y combate en las páginas políticas, que mucho tiempo escribió para los principales diarios de La Habana, y en el examen retórico de las poesías completamente inofensivas y completamente olvidadas de López de Briñas. Eran aquellos tiempos en Cuba de exaltación tribunicia: sus cualidades coinciden con las de la España de la Restauración. Armas, sin embargo, y como nuevo ejemplo de autodidactismo americano, realiza en ese tiempo una obra de información segura, de espíritu sobrio, de crítica mesurada y certera. Su conferencia sobre Lope de Vega, sus páginas sobre la *Dorotea*, su examen del falso *Quijote*, no fueron sólo una obra de utilidad crítica, sino la afirmación de una modalidad distintiva en su producción, que es también singular característica en un selecto grupo de escritores cubanos: la moderación, la claridad, el sentido preciso de la palabra adecuada. Contra una aparente tendencia de las letras cubanas, que pudiéramos designar con el pintoresco nombre de *tropicalismo*, estos escritores, dispares en el tiempo y en la obra realizada (Domingo del Monte, Nicolás Heredia, José de Armas, Enrique José Varona...), evitan todo matiz oratorio en su estilo, aspiran a una perfecta sencillez en la expresión, consiguen una justa correspondencia entre la idea y la palabra, dando así a su obra un vivo sentido de claridad y armonía.

Armas, en su contrastada vida de escritor, fue depurando más y más estas cualidades. Su excelente libro sobre Cervantes —obra divulgadora en gran parte, pero con capítulos muy personales y atrayentes— expresa el momento de mayor perfección en este proceso. Y junto a las nobles cualidades del estilo en correspondencia con las notas más espirituales de la producción, hay en el escritor una curiosidad fecunda, un deseo fervoroso de contemplar con libertad la vida. En la lista de sus ensayos veremos los temas más peregrinos para ser tratados por una pluma española o americana: el *Fausto* de Marlowe, el *Diario* de Samuel Pepys, el humorismo de Sterne. Ya entonces adquiere un pleno dominio de la lengua inglesa, ejerce el periodismo en los Estados Unidos, escribe largos años en *The Sun,* hace frecuentes viajes como redactor del *Herald,* de Nueva York, por América y Europa. En uno de estos viajes, por su solo prestigio de periodista, consolidado en los Estados Unidos, salvó de una muerte cierta a un Presidente de Haití, con su Consejo de Ministros, sentenciados ya en juicio sumarísimo; estos viajes, descritos con un sentido directo, en la forma atractiva de conversación con el amigo a quien hacía tiempo no veíamos, son una de las páginas literarias más bellas, más llenas de intimidad que dejó Armas.

Usted, amigo Díez-Canedo, recordará seguramente a Pepillo: solíamos ir juntos a saludarlo. Vivía, casi desterrado, en un hotelito de la Guindalera. ¿No es verdad que su trato era cautivador, y que no aparentaba los muchos años que ya tenía, en aquella su complexión robusta de Júpiter bondadoso? Se enteraba con el mayor interés de los "valores nuevos", y manifestaba sus opiniones con una sinceridad que no caía nunca en rudeza. No se adaptaba muy bien a la vida española. Sospecho que no llegó a conocerla. Ya he dicho que vivía como desterrado, en destierro que compartía con él su hijo, el pintor; en destierro impuesto por los males de su señora. La pobre señora padecía una enajenación mental que, a veces, producía efectos exquisitos y encantadores. Su locura era la locura de la afabilidad, de la solicitud: le daba por ser maternal y hospitalaria con todo el mundo. Y como conservaba aún destellos de inteligencia, el resultado era tan hermoso que hacía preferir la locura a la cordura. Y el pobre Pepillo la contemplaba y llevaba con paciencia, con respeto, sin atreverse a gustar de aquellos deliquios de bondad que no eran hijos de la razón: como se soporta un mal sa-

grado. La contemplaba y llevaba con paciencia . . . pero ¡ya no podía escribir! Fuera de su obligatoria tarea como corresponsal del *New York Herald,* le resultaba muy difícil cultivar la viña del alma, amargada por el dolor y la ausencia. Además, una sorda enfermedad lo minaba. Se pasaba los días en cama; en cama recibía a los pocos amigos de su confianza. Cuando se sentía muy solo, era frecuente que nos llegara alguna esquelita con una letra regular y clarísima, recordándonos el camino de la Guindalera . . . ¡Pobre Pepillo, tan superior y tan bueno, que viviendo en Madrid no vivía en Madrid, y teniendo una compañera amorosa no tenía compañera! Los hombres de su tiempo habían muerto en gran parte. Y cuando al fin, como Rip Van Winkle, regresó a su patria, fue sólo para regresar a la patria de todos. Descanse en paz.

1919.

ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

1. La leyenda americana

—Con gran perjuicio nuestro —nos dice el escritor venezolano Pedro Emilio Coll— suele asegurarse en Europa que mi país es inhabitable por su mal clima.

Y nos muestra, en el primer número de la revista *Cultura Venezolana,* un estudio del doctor Alfredo Jahn, sobre la climatología de Venezuela. Procura el autor indagar la temperatura media anual de aquel país, con ayuda de los datos que existen en los Observatorios, donde los hay; y donde no los hay, valiéndose del método de Boussingault, que "permite conocer con rapidez y con una precisión a veces sorprendente la temperatura media anual de un lugar cualquiera". De las numerosas experiencias y mediciones, resulta una temperatura media que oscila entre 26.7 y 28.5 para las costas; entre 16.7 y 28 para los valles y serranía del Caribe; entre 4.5 y 26 para los sitios de la cordillera de los Andes, que alcanzan cumbres de más de 4,000 metros; y entre 22.5 y 28.4 para los llanos y lugares próximos a los llanos.

Causas de muchos órdenes han contribuído a propalar por Europa las más absurdas leyendas sobre las condiciones de la vida americana. En su *Guía psicológica del francés en el extranjero,* Marius André dedica varias páginas a rectificar estas fantasías. La ignorancia de las cosas extranjeras le parece uno de los errores que más importa corregir; y la parte de la obra en que explica cómo se descubre la América en el *Bottin* es la que contiene más enseñanzas. El autor, con sólo el estudio de cifras y nombres que aparecen en la famosa guía internacional, pudo escribir una pequeña monografía sobre Costa Rica, que mereció la aprobación de un costarricense entendido. No hay, pues, que buscar los datos laboriosamente ni revolver una veintena de volúmenes: el examen de una guía autorizada, un poco de buena voluntad,

otro poco de lógica, bastan para adquirir nociones sensatas sobre los países extranjeros.

Por lo demás, claro está que también toca a América su parte de culpa en esas leyendas absurdas. Acontece aquí lo mismo que —según explica "Azorín"— acontece entre España y Francia: eso de la navaja en la liga es una representación falsa y grotesca de la mujer española; pero algo de ello hubo, no sé cuándo, en yo no sé qué rincón de España. Y también entre los americanos más crédulos corren injustas leyendas sobre España. A los escritores americanos que aquí residen toca rectificarlas: a ellos también toca rectificar, para el lector español, la fábula de América.

2

Fijémonos en algunos aspectos de esa fábula, sin temor de exagerarlos al exponerlos, porque aquí no hay tiempo para matizar demasiado.

Quiere la leyenda, en primer lugar, que todo país de la América española sea, como dicen los franceses, un *petit pays chaud*. Ahora bien, en cuanto a la pequeñez, ya se sabe que las Repúblicas de la América Central son pequeñas. Pero hay otras mucho mayores que Francia y España juntas: en la América del Norte, México, que tiene 2.000,000 de kilómetros cuadrados; en la América del Sur, el Brasil (8.500,000) y la Argentina (2.800,000). Francia y España, sin contar las colonias, dan un total de sólo 1.040,408.

En cuanto a la calidez, véase lo dicho sobre Venezuela. En la meseta central de México se ignora el ardoroso verano de París y Madrid. Nadie necesita veranear fuera de la capital, y las lluvias diarias del estío —lluvias de una hora y de media hora— parecen en aquella ciudad más reglamentadas que los servicios municipales. Una diosa local —a la manera romana— cuida de que la temperatura se mantenga en un agradable término medio que, desde luego, hace inútil el traje de verano y casi no exige el gabán. Pero, como sucede en Europa, hay también en América zonas muy calurosas y zonas muy frías. El verano de Veracruz o de La Habana puede compararse al de Sevilla. El invierno en

la ciudad de Toluca o en el norte de México es ya un invierno europeo.

Cuenta Rufino Blanco-Fombona *(La Lámpara de Aladino)* que cuando él buscaba algún calorífero más eficaz que el castizo brasero, "contemporáneo del hombre de las cavernas", la gente se reía de él, pensando que, a fuer de tropical, no estaba acostumbrado a los climas de Europa. No les ocurre pensar —añadía, como hombre que, en efecto, ha vivido mucho tiempo en Europa— "que a lo que no estoy acostumbrado es a vivir sin ciertas comodidades". Efectos son éstos de la realidad y la leyenda combinadas. Porque, en verdad, esas casas madrileñas que *ya* no tienen chimenea y *todavía* no tienen calefacción, con ser inadecuadas para Madrid, no lo serían para algunas tierras de América. Por otra parte, no seamos crueles para el amoroso brasero castizo, para la camilla doméstica, verdadero centro del coro familiar en las veladas de invierno, y procedimiento de calefacción que parece precisamente inventado para la mesa de los escritores pobres.

En segundo lugar, la leyenda pide que todo país americano sea una isla. Aquí se dijera que Europa trata de contrarrestar, incurriendo en el error opuesto, la creencia del descubridor, para quien las Antillas hicieron oficio de continente. En la misma revista *Cultura Venezolana* encontramos un artículo de Manuel Díaz Rodríguez,* donde hay esta anécdota representativa: en una pensión de París hablan de América españoles y americanos. La Marquesa de Pleamar (así prefiere Díaz Rodríguez llamarla) manifiesta cierta duda sobre la situación geográfica de aquellas Repúblicas. Y el Marqués de Pleamar aclara, categórico:

—¡Naturalmente, mujer: si son islas!

En tercer lugar, para la leyenda todos los americanos son negros. Conocido es el fundamento de esta leyenda: los europeos, que necesitaban muchos esclavos, han importado a América, en distintas épocas, negros africanos. Algunos hay en la América española; pero muchos más hay en los Estados Unidos. En la gran República del Norte es fácil

* *Sangre de Hispania fecunda,* recogido en el volumen de los *Sermones líricos.*

medir la población negra, porque una imperiosa reglamentación la mantiene alejada del blanco. En cambio, en la América española no es posible apreciarla, porque —como nota el vizconde Bryce— no existe allá el prejuicio de raza, y el negro puro ha desaparecido al cruzarse. Según ciertas leyes biológicas, en algunos de los puntos de América donde se halla esta población mezclada, como en Cuba y en el Brasil, los caracteres del blanco tienden a predominar con sensible rapidez. El año de 1910 —datos de *The Statesman Year Book*— había en los Estados Unidos 9.800,000 negros. En América se nota un sedimento —en evanescencia— de mulatos, por algunas zonas limitadas de Colombia y de Venezuela, Cuba, Santo Domingo y Brasil. Exceptúense las colonias yanquis y europeas —Indias Occidentales— y los negros de Haití que no son América española.* Donde verdaderamente hay negros, no es, pues, en la América española.

Pero puede haber contribuído a la leyenda el hecho de que la población indígena de América sea de color moreno, aunque nada tenga de común con el tipo africano. Trátase de un color moreno que no difiere del moreno de Andalucía, y que a lo sumo produce ejemplares de "morenicos de color verde", como aquel de la copla clásica, por quien no hay "fogosa" que no se pierda.

Finalmente (¿cómo poner coto a la leyenda, cuando se convierte en cuento para niños?), hay quien pretende que en América sólo se hallan loros. Y es que el loro vino de América, como también vino de América el oro. (Y perdónese el equívoco, no buscado.) Y también muchas cosas buenas y malas, como las que Europa llevó a América. ¿Qué decir de los americanos que se empeñan —aunque en son de mofa— en asegurar que España sólo exporta curas y toreros? Pues tanta sinrazón hay en una parte como en otra. Y no falta en América un chusco desabrido que quiera achacar a España peores culpas imaginadas, como no falta quien

* Para que el lector aprecie, hasta donde es posible, las proporciones, conviene recordar que en Cuba, durante tres siglos de trata, el régimen de esclavitud introdujo sólo 372,449 negros. Véase C. Pereyra, *Humboldt en América*, página 199.

haya dicho aquí —aunque por burla— que los americanos no tienen aspecto de hombres.

3

Pío Baroja, en su reciente libro *Juventud, egolatría*, dice, junto a ésta, muchas otras arbitrariedades que se le ocurren. Algunos escritores de América le han contestado con pasión. Díaz Rodríguez envuelve, en una misma honda polémica, a López Ballesteros y a Pío Baroja. Díaz Rodríguez es ferviente amigo de España: sus bellos libros lo demuestran. Le sublevan las palabras de Pío Baroja sobre América, y ve con indignación que al señor López Ballesteros le desagraden los elogios que él, Díaz Rodríguez, ha hecho de la "España niña", y las esperanzas que en ella ha puesto. No puede considerarse ligeramente un solo rasgo de la pluma de Díaz Rodríguez; yo respeto la indignación del claro escritor venezolano.

Pero consideremos con serenidad lo que a Pío Baroja se refiere. Convengamos en que todo escritor tiene sus ratos de mal sueño, o de capricho, o de buen humor más o menos comedido. Estas travesuras serán tanto más excusables, cuanto mayor sea el mérito del escritor en cuestión. Las humoradas de Baroja, que no sólo van contra América sino contra muchas otras cosas igualmente respetables, ¿por qué han de ofender a los americanos? Lo único que cabe es, ante todo, discutir su oportunidad. Lo cual, tratándose de América y de un escritor español de tal importancia, puede ser motivo, no de una polémica, sino de un simple reparo. Y cabe además discutir sobre si las burlas en cuestión son o no de buen gusto y revelan o no un tacto discreto. Y nada más.

Porque tampoco sería cuerdo buscar en una humorada de Baroja la actitud de las nuevas generaciones de España para con América. Y el mismo Baroja —que es, además de gran novelista, hombre de buena fe— nunca consentiría que se diese tanta seriedad a sus ligerezas. Yo quisiera asegurar desde aquí a mis amigos de América que la verdadera inteligencia con la España nueva es posible ya, y ya ha comenzado. El año 1915, desde las páginas del semanario *España*

(tomo I, número 4), José Ortega y Gasset se expresaba así: "Es América el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida. ¡España, España es el único pueblo europeo que no tiene una política de América! ¿Cómo es esto posible? No queda a nuestra raza otra salida por el camino real de la Historia, si no es América".* Y justo es recordar que estas palabras no las provocaba un fausto suceso, sino uno de los más lamentables que se registran en la historia diplomática de España en América; suceso que en otros tiempos, o en otros pechos, sólo hubiera provocado injurias y arrogancias.

Y ahora pregunto: cuando a un golpe se contesta con una idea, cuando hay en España una voz autorizada que conteste a un ataque con una firme voluntad de concordia, ¿qué más falta para que la inteligencia sea completa? Nada más, sino que hagamos lo mismo los americanos.

* Años más tarde, Unamuno exclama: "Si yo fuera joven, me iría a América". Araquistáin habla de la "integración en América y desintegración en España"; y Grandmontagne —hombre de espíritu fronterizo, en perpetua confrontación de ambientes mentales, como lo define el propio Araquistáin— viene a decir lo mismo; aunque es verdad que la simpatía de Grandmontagne por América es muy limitada: lo infiero de sus conversaciones conmigo, en el Casino de San Sebastián, a propósito de los problemas de México. Ver en este mismo tomo, "Azorín y los escritores de América" págs. 252-254.

EL IMPERIO DIALECTAL DE LA "SE"

Soñábamos un día "Xenius" y yo en alzarnos para constituir algo como un imperio dialectal: la "Liga de la Se". Expliquémonos: la liga de los pueblos que pronuncian la "c" como "s".

España contribuiría con zonas del norte y del sur —las Provincias Vascongadas, Cataluña, Andalucía y el "mar territorial", digámoslo así, que las rodea—. Asturias y Santander darían contingente, aunque no de muy buena gana, porque allí, cuando se pierde la "c" se da una "s" que se aprieta y llena de borra hasta convertirse en una ingrata "sh", que la ortografía del siglo XVI representaba por la letra "x" (de donde viene la "x" de México, tierra de los "Meshica"). Y como, prácticamente, toda la América española vendría a la Liga —sin contar con algunos grupos judíos, africanos y balcánicos— resultaría comprobado que la madre robusta y fuerte engendra hijos que la superan: el Imperio Dialectal de la "Se" superaría con mucho al pequeño corazón central de ambas Castillas, donde la "ce" se pronuncia en toda su pureza... Castilla, Roma: grandes experiencias políticas cuyo éxito se funda en la paradoja aparente; ensayos de inyectar sangre al mundo desde un pequeño y repleto corazón.

En la economía del alfabeto, lo que gana la ese por ilegítima parte puede decirse que tiende a perderlo en su dominio propio, pues la desaparición de la ese final o en posición inversa ("lo pájaro" por "los pájaros" y "ete hombre" por "este hombre") es fenómeno general en Andalucía y en las Antillas. A cierto joven antillano que pasó por México —donde se articulan las consonantes a un grado doloroso, que al español peninsular le causa el efecto de la pedantería rebuscada— le pusieron allá por mote: "Fuga de consonantes". Su habla era un muelle océano de vocales, donde flotaban, apenas sensibles, algunos residuos de consonantes,

como algas deshechas. En México, por las costas del Golfo (el "jarocho" de Veracruz) se transforma fácilmente la ese en jota ("ejto" por "esto"), groserísimo caso de sustitución del sonido culto y cortesano por el ruido despeinado y palurdo. En cuanto al habla andaluza, lo mismo se encuentran casos de "seseo" que casos de "ceceo", porque tal parece que la lengua se ha vuelto loca. Y lo curioso es que todos los fenómenos que gruesamente se agrupan bajo la denominación de "habla andaluza" pueden registrarse en España ya a pocos kilómetros de Madrid, en los Cigarrales de Toledo, y más bien constituyen un matiz común del habla española vulgar. En este sentido deben rectificarse las inferencias del maestro Rufino José Cuervo que, juzgando por las reminiscencias andaluzas del habla americana (es decir: por los dejos del antiguo español vulgar), supuso, acaso equivocadamente, que el fondo principal de las primeras poblaciones coloniales de América procedía todo de Andalucía.

Cuando yo llegué a España, aunque a través de Francia, traía ilesas todas mis pronunciaciones mexicanas. Navarro Tomás, del Centro de Estudios Históricos, cayó sobre mí con voracidad, desmenuzó mi habla en sus máquinas de cilindros, y me extendió una especie de fórmula de mis dolencias dialectales. Entonces supe que en España nunca se ha pronunciado realmente la "v" como cosa diferente de la "b", y que, en este sentido, nuestro gran orador Urueta cometía un error de rústico cultiparlante cuando, en sus admirables discursos, cantaba su amor a la "Fida" (a la Vida). Entonces me convencí de que la "ll" igual a la "y", que yo traía de México escondida como un rubor, campea a la luz del día por las calles de Madrid, sin que nadie le diga nada ni los gramáticos la lleven a la cárcel; que la verdadera "ll" española resulta un cultismo difícil de pronunciar, y que los niños tienen que aprenderla en la escuela trabajosamente, como un sonido extranjero. Caí en la cuenta de que mi "j" apenas era una "g" suave española, por lo delantera y deslizada, y que donde yo creía decir: "Méjico", sólo acertaba a decir "Mégico" y, en mis malos ratos, "Méhico". De aquí partió mi horror a la profunda y carrasposa "j" castiza que, según he dicho en los *Cartones de Madrid,* me parece, junto con el

viento helado del Guadarrama —verdadera atmósfera en movimiento a lo largo de los meses que tienen "r"—, una de las causas de la insoportable tos de Castilla, que ensordece iglesias y teatros.

Pero Navarro Tomás atenazó sobre todo mi "s" mexicana, matizada sin duda con ciertos condimentos de mi pronunciación familiar. Mi "ese" resultó (y sospecho que lo mismo acontece a muchos americanos) una "ese" muy diversa de la española, con parentesco andaluz o seudoandaluz, y fortuitas simpatías francesas: una "ese" que se pronuncia con la punta de la lengua apoyada en los alvéolos de los dientes de abajo, siendo así que la "ese" castiza (para mí difícil, aunque no imposible) se pronuncia con la punta de la lengua en los alvéolos de arriba. Además, mi "ese" se retorcía en largas complacencias sibilantes, casi pecadoras según me han dicho, porque incurría en el error que los teólogos llaman "delectación morosa", y que consiste en la contemplación gustosa del mal. Y ahora recuerdo que cierto amigo mío, no mexicano, encontrándome en un salón, me dijo un día: "Oí muchas 'eses' y comprendí que andabas tú por aquí".

El tiempo, la experiencia, los desengaños —lo mismo que el trato frecuente del español de España— han ido desgastando mi "s". Ya no es la "ese" de mis tiempos heroicos. La labor del minuto y el prodigio del año comienzan por desportillarme la "ese", ensayándose así para después desportillarme los dientes. No se vive y se sufre en vano; y espero con espanto el día en que me sorprenda yo mismo pronunciando, en vez de "ese", esa horrible "ere" chulesca, tan frecuente en España, de los que dicen "lor cuellor" en lugar de decir "los cuellos". Con todo, yo soy fundamentalmente *seísta,* y amo la "se" como un dulce error de juventud, secreto y a solas cultivado.

A tales divagaciones me arroja el haber paladeado todos estos meses de estío la "ese" prieta y frutal, ensidrada y redonda de las playas guipuzcoanas. Es tal el amor a la "ese" que tienen estos seístas vascongados, que pluralizan todas las expresiones hasta el absurdo, por tal de disparar su cohete de "eses". No sólo dicen "estar de pies" por "estar de

pie" —que es un vulgarismo general entre la gente baja de España, deslizado solapadamente en el seno de las buenas familias mediante el comercio lingüístico de la criada y el niño—, sino que, para decir que no tienen cambio de un billete, dicen que no tienen *cambiosss*. Si hace buen tiempo, observan: —¡Hermosos tiempossss!—. Y, lo que es aún más extraordinario, al cocido, al clásico cocido de España —cosa única y tan singular como Monos y Una— le llaman (¿cómo diréis?): "¡losss cosidosss!"

SOBRE UNA EPIDEMIA RETÓRICA

El Doctor Carracido, Rector de la Universidad Central, es un químico de la materia y es también un químico de las cosas sociales. Recientemente tuvo que contestar el saludo de un estudiante mexicano, y acertó —por los intrincados caminos del serpentín y del alambique— a hablar de nuestra Décima Musa, recordando que fue Sor Juana la primer feminista. No tiene mucha novedad esta observación; pero en este mundo de las cortesías hispanoamericanas, donde todo es lugar común, resulta novísima, nunca dicha. Y hasta se pregunta uno por cuáles misterios de la Química, este Doctor Carracido, este hombre amable, logra sacar sustancia de un bagazo reseco.

Porque —bueno es que todos lo sepan— nada hay más desacreditado aquí que las prédicas de hispanoamericanismo, que las campañas para "estrechar los lazos" intercontinentales, que las fiestas de la Raza, que el cambio de serpentinas retóricas de uno a otro lado del Atlántico. Y es natural: de cuando en cuando, veinte Repúblicas descargan sobre España una andanada de adjetivos. España, que está ya de vuelta de sus grandezas imperiales, padece en silencio. ¡Con cuánta torpeza la cortejamos! Nos hartamos de llamarla "Madre", y la España de hoy no es nuestra "Madre" ni nos aguanta ya en el regazo. La España de hoy es algo como nuestra prima carnal, y mejor nos quiere para camaradas de su graciosa y nueva infancia, que no para novios oficiales de ramito en la solapa y sombrero y faldon ridículos.

El descrédito del americanismo en España se debe a dos causas complementarias: la ignorancia de los emisarios de América, y la ignorancia de los americanistas oficiales encargados de recibirlos. Si Baroja —espíritu contradictorio y zumbón, a quien no hay para qué tomar cuenta de todas sus palabras— ha gastado un tiempo precioso en burlarse (¡a estas horas!) del *rastá* americano; si ha gastado un tiem-

po no menos precioso en maltratar a los españoles de América, empeñado en subrayar los rasgos de sainete bajo los cuales se disimula la gran epopeya del comercio ultramarino, no acusemos a Baroja, no. Baroja, escritor romántico, es —como todos ellos— más víctima que verdadero amo de su pluma: acusemos a la epidemia retórica del hispanoamericanismo, que ha puesto irrespirable el ambiente, desesperando aun a los más mesurados.

Un gran diario madrileño señalaba hace pocos días la inutilidad casi inexplicable de los centros americanistas de España. Y un sardónico escritor, compatriota nuestro, comentándolo, me daba esta fórmula: "Los americanistas, con cinco honrosísimas excepciones, ignoran completamente las cuestiones de América." (Y la magia está en no descubrir cuáles son las cinco honrosísimas excepciones.)

¡Oh cuánto, cuánto se ha abusado en materia de hispanoamericanismo militante! Se ha abusado de la Historia, abominando de la emancipación y asegurando que América sueña con entregarse otra vez en brazos de España. Se ha abusado de la Geografía, insistiendo —para sacar no sé qué consecuencias sentimentales vergonzosas— en la fragosidad de las sierras americanas, en el fuego tropical, en los ardientes volcanes, en las selvas vírgenes, la hamaca y el abanico de palma. Se ha abusado de la Zoología con todo aquello del león y de los cachorros, y con lo del consabido Pelícano que se arranca las entrañas para alimentar a sus crías. Se ha abusado de la Fisiología, acudiendo una y otra vez a la imagen de la madre que agota sus senos amamantando al hijo, o preguntándose —como en cierta canción de Pastora Imperio— si la sangre que corre por nuestras venas será la de Carmen la Cigarrera. Se ha abusado de la Filología, repitiendo con el poeta:

> Entre tus dones heredé tu lengua,
> y nunca la usaré para insultarte;

siendo así que la comunidad de lengua es condición propicia al insulto y que, en efecto, durante el siglo XIX, España y América han mantenido una activa y solícita correspondencia de insultos, como es doloroso reconocerlo. Se ha abu-

sado de la Biblia, diciendo que América es el Hijo Pródigo, o que España es la misma encarnación del Eclesiastés. Se ha abusado de la *Ilíada,* asegurando que Hernán Cortés era un simple "Héctor matador de hombres" y Moctezuma un "Agamemnón que manda en lejanas tierras"... Y no se ha dicho, a todo esto, lo único que había que decir: que América es muy distinta de España, pero que es, en la tierra, lo que más se parece a España; que donde todos hablan ya en francés o en inglés, sólo nosotros nos hemos quedado hablando español; que ambos, los de allá y los de acá, tenemos muy poca paciencia, y que nos está muy bien un Océano de por medio; que la fraternidad es cosa natural, y que hasta puede llegar a ser muy molesta, pero que es inevitable siempre, por lo cual mejor es tratarse y conocerse que no hacerse amagos desde lejos; que la verdadera fraternidad excluye las continuas protestas de mutuo amor, y que así como podemos decir que América no era independiente mientras sentía la necesidad de acusar a España, podemos afirmar que América no será la verdadera hermana de España mientras una u otra se crean obligadas a jurarse fraternidad; que también conviene el pudor en las cosas internacionales, y que aquí como en Góngora,

> Manda Amor, en su fatiga,
> que se sienta y no se diga:

que se obre más y se hable menos, dejando las buenas palabras para artesonado del Infierno.

La España de hoy es de una conmovedora sobriedad. Su trato es rápido, esquemático. El americano recién caído en este mundo siente de pronto ese desconcierto del personaje de Wells en *Mr. Britling sees it through:* un yanqui que visita por primera vez a Inglaterra. Al recién venido le parece que las maneras adjetivas del trato son más breves que allá en la tierra; que se ha prescindido de muchas solemnidades; que hay algo entre rudo y varonil en estas costumbres, algo que a la hora del ocio resulta incómodo, pero que a la hora del trabajo es de una comodidad sabia y confortante; y que, finalmente, le falta todavía aprender de Europa un arte severo y superior: el arte de la elegancia sencilla,

el arte matemático de la recta, el arte de decir "sí" o "no" de una vez, el arte de la vida desnuda. ¡El español alarga la mano —algo callosa— y el propagandista americano, en vez de saludar francamente, piruetea, arroja el sombrero, echa un volatín por el aire y después dispara un discurso!

No: dejémonos de campañas verbales, y hagamos —de acuerdo y tan juntos como sea posible— la común campaña de la vida.

Madrid, 1919.

POR LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES

Cierto ánimo de asociación va cundiendo entre los escritores de España. Hay un gran ejemplo: la Sociedad de Autores, donde, de tiempo atrás, los españoles que escriben para el Teatro han logrado agremiarse y administrarse solos, suprimiendo los intermediarios. Pero ¿será verdad que el Teatro es lo menos literario de la Literatura? El autor teatral, tal como hoy vive en nuestro medio, participa del empresario, del hombre de acción, del organizador de espectáculos y ferias, del propangandista político. Mantiene un constante roce con los hombres, un trafagar continuo con los caracteres encontrados de los artistas. Y en perpetuo diálogo con el público de fuera y con lo que se esconde de bambalinas adentro, parece que improvisa sus obras a fuerza de conversaciones, tomando de prestado hoy una situación de la vida que uno le refiere, y combinándola mañana con un chascarrillo que otro le cuenta, para salpimentarlo todo con los chistes, salidas o vivezas cómicas o patéticas que va todos los días cosechando entre lo que el acre filósofo llamaba las molestias del trato humano.

De aquí que el autor dramático se autoeduque con un temple diverso que el del literato puro y estricto. De aquí, para el hombre de Teatro, cierta respiración más amplia, cierta epidermis más curtida, y una resistencia mayor a las groserías de la naturaleza que la que puede lograr un poeta encerrado en el gabinete de las Musas.

Y no parece sino que este encallecimiento que da la vida dura hace falta para cualquier empresa social, para cualquier objeto de comercio o asociación entre hombres. Donde el lírico puro se presenta como ensimismado, "ciego de ensueño y loco de armonía", el hombre de Teatro pide la palabra y propone las bases de un reglamento práctico y claro. El modelo que más nos molesta es el que más se nos parece, sin confundirse con nosotros enteramente: es el que menos

queremos imitar. Los literatos puros de España no han sabido imitar hasta hoy a los autores teatrales de España.

Busquemos, teóricamente, otros modelos: un gran ejemplo, el del obrero de nuestros días. El obrero se asocia, y se erige como potencia nueva en el mundo. Nosotros, obreros de ensartar palabras; aprendices, oficiales y maestros de esta gran catedral sonora que ha de ser el espíritu de nuestro siglo; pacientes talladores de ideas y voces para quienes el voltario Verlaine pedía el culto de la obstinación y la voluntad; nosotros —que hoy por hoy hemos comenzado a sentirnos tan artífices medievales— ¿seremos incapaces del honrado y obrero ademán de dar la mano? ¿No sabremos, como el carpintero y el herrero, unirnos y marchar juntos en la procesión de la Plaza de Bruselas? Cierto espíritu de asociación comienza a soplar por la Literatura de España.

Charles Maurras, en quien los atisbos estéticos se congestionan prontamente en teorías políticas, ha previsto, en pavorosa profecía, el porvenir de la Inteligencia (de la casta intelectual, digamos), augurando el día en que la Espada y la Sangre (leamos: la fuerza política) se unan en sorda conspiración con el Oro, para reducir a la Inteligencia otra vez al papel de mendicidad y bufonería.

Y ahora que la herramienta del trabajo manual hereda el antiguo honor del cetro, ¿consentiremos los poetas en rondar, con nuestra pobre pluma en la mano, los muros inaccesibles de la República de Platón? Hay que ser, pues, muy obreros del pensamiento. Hay que acumular, en torno a ese tesoro inefable que custodiamos y que los pobres hombres no siempre aciertan a vislumbrar, en torno a la riqueza invisible o transparente de la Inteligencia, masas sordas de intereses y de materia. De otro modo, hemos de ser arrollados. La materia es ciega, pero se deja ver: ésta es su lealtad esencial; el espíritu se escabulle, y en esto se parece a la estafa. La pobre gente tiene derecho a exigir que nos presentemos asociados, formando un ejército evidente. Y entonces, y sólo entonces ha de abrirnos paso.

Pero la vida intelectual "es vida de arisca independencia", y nada se hará sin sacrificio.

Un grupo de escritores de España —Valle-Inclán a la

cabeza: este maestro de taller medieval que a muchos nos ha enseñado la manera de imprimir y vender un libro— ha convocado a todos los escritores de la lengua española para crear una Asociación que nos administre en términos dignos, y evite que nuestro genio vagabundo nos lleve al abandono de la publicidad, como sucede en algunas partes de América, o a venderle el alma al diablo intermediario, como sucede donde yo me sé.

No se trata de un intento pueril. No de aquella supresión del intermediario de que se podía burlar Julio Camba, asegurando que el carnicero de la esquina se negaba a cambiarle directamente un soneto por un solomillo. Se trata de poner la administración y la librería en manos, no de poetas ni ensayistas, sino de verdaderos libreros y administradores. Pero con una pequeña diferencia: que aquí el intermediario ha de ser nuestro empleado.

Yo espero que nuestra América conteste, poniendo en la feliz iniciativa española ese empellón de fuerza, que va resultando ya característica de todas nuestras colaboraciones con España.

Aprovechemos la hora, obreros sindicados de la obra mejor. Claman los capitalistas del mundo contra la ola de pereza: es nuestra ola, amigos míos. ¿No queremos, precisamente, hombres extáticos, capaces de un instante de abandono y olvido en que escuchar nuestras poesías? A la antigua divisa: *Time is money* sustituyamos ésta más noble: *Time to read books*.

¿192 . . . ?

V

RELOJ DE SOL

El Reloj de Sol:
el que da las horas con modestia.

NOTICIA

A) EDICIONES

1. Alfonso Reyes // Reloj de sol // Quinta serie de // Simpatías y diferencias // *(Monograma "AR", de A. Beloff)* // Madrid, 1926.—8º, 208 págs. Colofón: Tip. Artística, mayo de 1926.

2. En la edición de México, 1945, ya descrita en la Noticia de la pág. 10, *Reloj de sol* ocupa las págs. 183-345 del volumen II.

3. La presente edición.

B) OBSERVACIONES

El material de este libro procede de varias revistas de España y América, y en parte apareció por vez primera en la edición de Madrid, 1926.

I. ANÉCDOTAS Y RECUERDOS

EPÍGRAFE

HAY QUE interesarse por las anécdotas. Lo menos que hacen es divertirnos. Nos ayudan a vivir, a olvidar por unos instantes: ¿hay mayor piedad? Pero, además, suelen ser, como la flor en la planta, la combinación cálida, visible, armoniosa, que puede cortarse con las manos y llevarse en el pecho, de una virtud vital.

Hay que interesarse por los recuerdos, harina que da nuestro molino.

EL GIMNASIO DE LA "REVISTA NUEVA"

HABLA "Azorín":

> Luis Ruiz Contreras: el patriarca, el organizador de las huestes de 1898. Ruiz Contreras: un hombre que posee una copiosa biblioteca. Libros franceses, libros ingleses, libros italianos. Leedlos todos, examinadlos todos, pero no os llevéis ninguno. Nos sentamos en amplios sillones; charlamos a gritos; discutimos las obras nuevas; imprecamos, desde lejos, a los maestros.

Esto sucedía en la casa número 24 ó 26 de la calle de la Madera; una casa pequeña, no remozada, que sólo consta de dos pisos. ¿No es allí, por ventura, donde vivió don Francisco de Quevedo y Villegas? Buenos auspicios para una campaña literaria.

En el piso bajo, Ruiz Contreras ha instalado las oficinas de la *Revista Nueva.* Hay un espacioso salón con una maciza reja a la calle; y en el fondo, uno de aquellos espesísimos muros que sólo se construían en otros tiempos, cuando las casas se ajustaban por solidez y no, como hoy, por equilibrio. El salón tiene al lado una pequeña alcoba. Vienen después un comedor, también con su pequeña alcoba; una cocinita; un patio, donde crece y se retuerce una parra vetusta.

Cuando la obra de adaptación comienza al ruido de los martillos y las sierras, advierten los nuevos huéspedes unas ratas gordas, émulas del gato, que van y vienen llenas de azoramiento. La portera lo explica: antes de aquellos señores habitaban la casa unas buenas viejas, que solían distribuir a las ratas diariamente dos panecillos de a diez céntimos, a la resolana de la parra.

—La *Revista Nueva* —me dice Ruiz Contreras— nacía a la sombra de Quevedo y a riesgo de que se la comieran las ratas, como aconteció al fin y a la postre.

Se convirtieron, pues, las alcobas en alacenas, y la man-

sioncita comenzó a tomar un aspecto insospechado. ¿Y el salón? ¿El salón con sus alardes de reja castiza y muro espeso?

Ruiz Contreras era sutil: como aquellas oficinas no estaban destinadas a redacción de la revista (los artículos de revista cada uno los escribe en su casa), sino que habían de ser tan sólo un lugar de reunión, la mansioncita se iba a llenar de conversaciones inútiles. Quevedo y las ratas se ahuyentarían . . . En un relámpago de genio, Ruiz Contreras decidió instalar en el salón un gimnasio. Quiero señalar este rasgo a la historia de las civilizaciones; un gimnasio en las oficinas de un periódico español del siglo XIX ¿no era un signo de renovación, oh Montherlant de la penúltima hora? ¿No anunciaba ya, con antelación de cuatro lustros, el día en que la tarde madrileña había de vacilar entre el fútbol y la corrida de toros?

Montaron en el salón unos aparatos americanos deslumbradores, recién adquiridos en el Rastro. Pero Benavente no quedó satisfecho y pidió una maroma. Benavente no quería gimnasio: quería circo. Y trajeron una maroma y la amarraron de aquella reja hercúlea, y la hicieron pasar por una horadación de aquel muro espeso, atravesando el salón de parte a parte; y ajustaron a la extremidad libre de allende el muro una barra en palanca para producir la tensión, y que la tarde madrileña había de vacilar entre el fútbol y la corrida de toros?

Esa misma tarde comenzaron los ejercicios. De cuando en cuando, un acróbata se desplomaba; rodaban por el suelo los humildes objetos de los bolsillos: el lápiz, las perras chicas.

En medio del salón, finalmente, radiaba una jardinera redonda, que había pertenecido a las oficinas de otro periódico famoso, *El Globo*. En esa jardinera se sentó Castelar, mientras hojeaba, tal vez, los diarios venidos de América.

Baroja, Benavente, Bueno, Darío, Gómez Carrillo, Icaza, Lasalle, el director de orquesta; Maeztu; el viejo Matheu, autor de tantas novelas, cuya sepultura un día había de remover "Azorín"; Morato, el socialista; Valle-Inclán, que aún

tenía un brazo de sobra; Verdes Montenegro, Villaespesa, otros más —y Silverio Lanza, el raro.

¿Los imagina el lector dominándose en las anillas, volteando en el trapecio?

La *Revista Nueva* apareció el 15 de febrero de 1899 y duró los nueve meses de rigor.

LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

En Madrid, al término de la Castellana, cerca ya del Hipódromo, donde se alza el monumento ecuestre de la Reina Católica —que, en lenguaje madrileño, se llama "la huída a Egipto"—, hay una colina graciosa, vestidas de jardín las faldas y coronada por el Palacio de Bellas Artes, hoy nido de los tricornios de la Guardia Civil. Juan Ramón Jiménez la ha bautizado: "Colina de los Chopos". Los viejos la llaman el Cerro del Aire. Sopla allí un vientecillo constante, una brisa de llanura. José Moreno Villa, asomado a su ventana, ha sorprendido desde allí sus "Estampas de Aire", estas impresiones de poeta que es también dibujante, y se complace en aprehender las palpitaciones de la línea en el viento. Allí, en la Cuesta de los Zapateros, se columbra la pista del no lejano Hipódromo y, con ayuda de gemelos, se disfruta gratis del espectáculo y hasta pueden cruzarse apuestas.

Detrás del Palacio de Bellas Artes, traspuesto un puentecillo militar, donde ya la guardia se ha acostumbrado a no abordar al transeúnte con el antediluviano *quién vive,* aparecen, en risueña explanada que circuye el canalillo de Isabel II, rodeados de campos deportivos, entre sílabas de jardinillos ingleses y exclamaciones castellanas de chopos verticales, los pabellones de la Residencia.

Morada de estudiantes en paz, aseada casa con comodidad de baños abundantes, conforte de calefacción y chimeneas, salones de conferencias y bibliotecas. ¡Oxford y Cambridge en Madrid! —exclama, entusiasmado, el britano Trend. ¡El Dómine Cabra vencido! Barrida la vieja podredumbre; desmontado el círculo —ni siquiera dantesco— de Jácome Trezo y sus callecillas microbianas, donde antaño los estudiantones cogían achaques para el resto de su picaresca existencia, y se educaban en los deleites de lo feo, lo contagioso y lo hambriento. ¡Oh inmoralidad de la bujía en la botella, la frente despeinada y el mal hervido café en vísperas de exámenes! Lejos, alto, saneada de silencio y aire,

abre la Residencia sus galerías alegres; capta todo el sol de Castilla —dulce invernadero de hombres— y da vistas a los hielos azules del Guardarrama —aérea Venecia de reflejos.

Esta casa, gobernada por gente joven, entre jardinera y futbolista, es refugio de algunos espíritus mayores. El poeta Juan Ramón Jiménez vivió aquí hasta su viaje a América, de donde regresó casado. El poeta Moreno Villa, el investigador de arte Ricardo Orueta, el filólogo Solalinde, allí continúan. Eugenio d'Ors paraba siempre en la Residencia antes de trasladar a Madrid sus reales. Y todos ellos, y Ortega y Gasset, "Azorín", Maeztu, Canedo, gustan de ofrecer a los huéspedes de la Residencia, en lecturas semiprivadas, las primicias de sus libros y sus estudios. El filósofo (Bergson), el sabio (Einstein), el escritor (Wells), el lírico (Eugenio de Castro), el músico (Wanda Landowska, Falla, Viñes), el hispanista extranjero (Morley, Fitzgerald) no pasan por Madrid sin saludar esta casa. El político (Cambó, Hontoria) busca aquí un rato de olvido y esparcimiento en una conversación entre estudiantes. La obra editorial de la Residencia, bajo la dirección de su Presidente, Alberto Jiménez Fraud, y bajo las inspiraciones —en el origen al menos— de Juan Ramón Jiménez, perpetúa después, en tomos sencillos y elegantes, lo esencial de estas conferencias y lecturas. Ellas son acaso, para Madrid, el primer ensayo de combinación entre lo mundano y lo intelectual.* La tarde en que hay reunión suenan los autos por la calzada del Pinar, y el salón se puebla de damas y diplomáticos. Los estudiantes ofrecen su casa a lo más selecto de la ciudad, como unos señores ingleses ofrecen su castillo a los amigos de la partida campestre. El domo de cristales del Palacio de Bellas Artes arde en crepúsculo amarillo; respira cielo frío el Guadarrama; y una ciudad nueva, un Madrid no sospechado del *laudator temporis acti,* se derrama abajo, entre torres blancas y árboles azules. Más tarde, brota el cielo estrellas; se enciende la gran jaula de luz en que un hombre habla y cien escuchan. A poco, roncan las bocinas, y las espadas

* El segundo, acaso, cierto curso de Manuel García Morente en el Palacio de Liria, morada del Duque de Alba.

iguales de los faros empiezan, entrecruzando luces, a segar el Cerro del Aire.

Los estudiantes de la Residencia, amén de sus horas fijas de comidas, reparten el tiempo a voluntad, según sus obligaciones académicas; pero cuentan en casa con el auxilio de libros y laboratorios, y hasta con cursillos de cuando en cuando. En los laboratorios trabajan sabios y biólogos de la nueva generación; discípulos, más o menos directos, de Ramón y Cajal: el llorado Achúcarro, y los más nuevos, Calandre, Negrín, Sacristán. Los estudiantes practican sus deportes preferidos. Reúnen fondos para crear becas y bibliotecas populares. Algunas veces organizan representaciones y fiestas: viejos pasos de Lope de Rueda, églogas de Encina y parodias como la *Profanación del Tenorio,* de que disfruté hace unos años.

Una vez, no sé quién llevó por la Residencia unos pares de "huaraches" mexicanos. Los declararon sandalia griega, y alcanzaron, entre los residentes, un éxito franco como calzado de baño y deporte veraniego. Los difundidores de nuestras artes populares debieran hacer a la Residencia un obsequio de "huaraches". También los jardinillos de la Residencia sé yo que recibirían con gusto alguna semilla o planta mexicana característica. El "Jardín de México" sería un recuerdo expresivo y grato, consagrado a la mejor juventud. La Residencia ha sido también casa de americanos: Pedro Henríquez Ureña, José María Chacón. Yo mismo ¿no he sido como un compañero honorario?

NOTA. No sé cuándo escribí la nota anterior. Nunca fui escuchado en mi deseo de que se enviaran "huaraches" y plantas mexicanas a la Residencia. De entonces acá, muchos otros huéspedes ilustres han visitado la casa, sobre todo entre los poetas y escritores nuevos de Francia. ¡Ah! Solalinde se ha casado y vive en los Estados Unidos. Tengo de la inolvidable pareja un retrato con disfraces de la época romántica . . .

EL RAMONISMO EN LA ACTUAL LITERATURA ESPAÑOLA

1. *Ramonismo en rama:* el de Ramón Gómez de la Serna; materia prima abundante y rica; un poco de cualquier modo, como se da en el árbol lleno de resinas y nudos; ramonismo brotado directamente de la electricidad de estas cinco letras: R A M Ó N.

2. *Ramonismo en rima:* el de Juan Ramón Jiménez, que huye cada vez más de la rima, donde es nacido, y va hacia el ritmo. Y todavía huye del ritmo bruto, exterior, audible, "escandido", y va hacia el interior e inefable, por la escala frágil y alta de lo que Cocteau ha llamado —al soslayo— los sustitutos contemporáneos de la rima: cosas de respiración del alma, diminutos y preciosos gestos de la memoria, tics de la parte inmortal que hay en nosotros, burbujillas de la conciencia. Animal perfecto de poesía, huye de sus propias garras o pesuñas y va derecho hacia sus alas.

3. *Ramonismo que tiene "ramo":* tiene "ramo cativo", está tocado de misterio satánico el de don Ramón del Valle-Inclán. Cuyas cinco letras románicas son los cinco candeleros mágicos de un raro culto a los poderes profundos de la tierra que, allá, en el fondo —él lo sabe bien, el muy teólogo—, están en complicidad con los del cielo.

4. *Ramonismo a remo:* a fuerza de brazo, con algo de pena muscular, con un perceptible esfuerzo sobre la materia, sobre las aguas de un mar de datos, erizado de numeritos, fechas y ortografías arcaicas; tal es el de D. Ramón Menéndez Pidal, sereno bogador filológico, amarrado —pero sin dolor— al duro banco de la Historia. Único a quien la musa avellanada de la Erudición no haya vuelto loco. Seguramente por sus firmes brazos de remador, por lo que hay en él de hombre sano. Todos los inviernos cruza, como el Arcipreste de Hita, las nieves del puerto de Guadarrama, y

los hombres de la Sierra no se atreven a intentar el paso si saben que no lo ha intentado D. Ramón.

5. Ramón y Cajal, Ramón Pérez de Ayala, Ramón Tenreyro se me van quedando sin adjetivo; pero no quiero forzar más las palabras. A vosotros, claros Ramones de España, Ramones en constelación, en ramo, en rimero (y hasta en Ramiro, amigo Maeztu), dedico este disparate ritual como se quema una ramita de olor. Y que os preservéis del ramonismo romo —que lo ha de haber por ahí—, y del ramonismo con reuma —que tampoco puede faltar—, y de ese falso ramonismo que, como aquel azafrán bastardo, pudiera llamarse ramonismo romí.

UN PASEO ENTRE LIBROS

CUANDO llega el otoño, todos regresamos del Norte. Traemos todavía en los ojos la luz de Francia, las imágenes de la playa vascongada. Y la meseta madrileña nos prepara su mejor cielo, y al cabo —tras un par de días de acomodación— nos reconquista.

Junto al Botánico, por todo el Prado, pasada la fuente de Apolo y, a poco andar, también las cuatro fuentes, Madrid va dejando que la cara de sus paseos comience a endurecerse y vaya tornándose en carretera. Y hay, junto al claro de la Estación de Atocha, una indecisión sensible, casi patética. El aire, abanicado de árboles, huele a campo. En los barracones de la feria brindan su melancolía los juguetes de cartón pintado. Los puestos de turrón y almendra garapiñada alternan con los cementerios de libros viejos. "Azorín", en las primeras páginas de su libro *Un pueblecito,* lo ha contado ya. Lo que no ha contado es que conviene pasarse por la feria antes de que caigan sobre ella él mismo o Enrique Díez-Canedo, los dos más diestros cazadores de libros que hay en España.

¡Dolor de los libros desahuciados, que los sacan a mitad de la calle como a una familia menesterosa! Último capítulo del cuento árabe que, entre infinitas vicisitudes, nos narra las emigraciones de los libros, los viajes de Simbad de la edición princeps, o la novela bizantina de la obra en dos tomos que el destino separa como a dos amantes mal fortunados. ¡Cuántos libros que nos son familiares —unos nuestros, otros de los amigos— hemos encontrado tal vez con la bochornosa mutilación: la página de la dedicatoria arrancada!

A la vista nos sale, desde el primer momento, la inevitable doña Oliva Sabuco, reverenda señora, en unos tomos gordos, con las cubiertas también del color de oliva. Hay que perdonarle su insistencia. Hasta hace unos cuatro años, su aparición en una tienda de libros solía ser anuncio de que

andaban cerca el *Cancionero de Baena*, de Ochoa (1851), y el hermoso tomo del Marqués de Santillana publicado en 1852 por José Amador de los Ríos. Pero ambos comienzan a escasear. Estas inexplicables asociaciones están acaso sujetas a cierta geología de los libros viejos cuyas leyes ignoramos aún.

Pasamos sin hacer caso frente a las fatigosas colecciones de "Hombres Grandes", "Españoles Célebres" y otras de este carácter, que nos tienen ya hastiados. Damos con el Argote de Molina, de la "Biblioteca Venatoria", que publicaba con tanto primor el discreto Gutiérrez de la Vega. Nos sorprende, en la "Colección de Libros Españoles Raros o Curiosos", que se haya usado exactamente el mismo prólogo para tres distintas comedias de Lope, mediante el recurso, cuando la frase lo requiere, de cambiar los títulos de la obra aludida: bien *La prueba de los amigos* (título alarconiano ya), bien *Amor con vista*, bien *Amor, pleito y desafío.*

Y al fin —delicioso hallazgo— descubrimos, entre un montañoso caos de folletos, algunos números de aquella "Biblioteca Económica Filosófica" que publicaba Antonio Zozaya, allá por los comienzos del siglo. Prestó verdaderos servicios. Era útil y es estimable. No ha sido sustituída del todo, a pesar del empuje de otras colecciones posteriores y, sobre todo, la "Universal", de Calpe, que dirige Manuel G. Morente. Reunía y popularizaba la filosofía de todos los tiempos y países. La hacía accesible a los estudiantes y a los pobres. En la Sociedad de Alumnos de la Escuela Preparatoria —¿te acuerdas, Luis Mac Gregor Cevallos? ¿Te acuerdas, Antonio Astiazarán? ¿Se acuerdan ustedes, Simón Anduaga, Martín Luis Guzmán?— solía yo leer los diálogos de Platón en estos librillos manuales. Comienzan a desaparecer y hay que buscarlos con ahinco. Si creemos que la ley de Gresham se aplica también a los libros, será que éstos son moneda buena. Para buscarlos se procede por eliminación: ya se sabe que no están entre los valiosos, sino en el montón de los de a real o a dos reales. La preocupación de no gastar en pastas más de lo que el libro ha costado hace que los tomitos anden por ahí en camisa, desgarrándose y perdiéndose poco a poco en el frotamiento natural del canto

rodado. En otro tiempo, yo tuve una colección completa; pero entre viajes, descuidos y cambios por otras ediciones menos provisionales, los he ido dejando caer, y ya me quedan pocos números y hasta tengo obras incompletas.

¿Por qué nuestra Editorial Universitaria no intenta reimprimirlos? En todo caso, los aficionados deben juntar cuantos encuentren. Nunca alcanzarán valor de joya bibliográfica. Están hechos para servir al pueblo; cuestan poco y rinden mucho. Y representan un simpático esfuerzo de cultura, que algunos asociamos ya a nuestros primeros estudios filosóficos. Era la hora de la buena fe intelectual: temblábamos todavía al abrir los libros.

1923.

LIBROS Y LIBREROS

Hic meret aera liber Sosiis; hic et mare transit,
Et longum noto scriptori prorogat aevum.

Ad Pisones, 345-6.

NECESIDADES ARTIFICIALES. No es un misterio para nadie que nuestros libreros carecen, en la mayoría de los casos, de criterio propio para apreciar la calidad de los libros nuevos. La experiencia acaba por enseñarles que tales y cuales "nombres" o estos y los otros "géneros" tienen fácil "salida"; pero ante un nombre o un género que no les es familiar se desconciertan y prefieren, sin ulterior trámite, desecharlo. Consecuencias de la división del trabajo: el librero sabe vender libros, pero no los lee ni se cree obligado a entenderlos. Y el peligro de estos intermediarios es el de todos: que acaban por olvidar el fin a que sirven, y yuxtaponen, sobre las necesidades reales del comercio, unas necesidades artificiales, técnicas, que llamaremos las necesidades del intermediario. Y entonces acontecerá a los autores nuevos lo que a las actrices nuevas acontece: que no pueden ser contratadas en los teatros de Madrid, porque nunca han trabajado antes en Madrid; círculo tan vicioso como el de la gallina y el huevo. ¿Cuándo, cómo empezar, entonces? De estas equivocaciones es fácil encontrar ejemplos: el director del periódico pide a sus colaboradores que no escriban demasiado bien, porque eso —dice— no le gusta al público. (Necesidad artificial: es a él, escritor fracasado muchas veces, a quien le molestan las buenas plumas. Villiers de l'Isle-Adam tiene un cuento cruel sobre el joven que asegura carecer en absoluto de talento para ser admitido en un diario. Fortuna cuando un verdadero maestro intelectual tiene autoridad y manejo en un gran periódico. Entonces, suceda lo que suceda, hay lugar a la esperanza.) El otro, cometiendo error semejante —mediador hipertrofiado, que se figura ser un fin por sí mismo—, no se conforma con exigir el trabajo, el cumplimiento

del compromiso ante el público, sino que, más o menos esbozadamente, exige que le hagan tertulia en la redacción. Y nuestro vendedor desecha los libros que no le parecen de aspecto llamativo. "Al público —alega— no le gustan los libros serios." Y es a él a quien no le gustan.

La impostura de la actualidad. Uno de los tópicos, una de las recetas de pensar, tras de la cual se escuda más generalmente la ignorancia del intermediario, es la de la actualidad. Se formula así: "Al público sólo le gustan las cosas de actualidad." Pero he aquí que la noción de lo actual y de lo inactual pudo ser una de las "aporias" o "aporeos" de Zenón. Pocas nociones hay más sutiles. ¡E imaginad lo que podrá hacer con ésta un ingenio sin disciplina!

Nadie sabe, propiamente, lo que es actual. Parece, por ejemplo, que, en determinado momento, la gran actualidad hubiera sido la gran Guerra Europea. Así lo entendieron unos editores, por todo concepto excepcionales, que son, al mismo tiempo, excepcionales poetas: Ramón Pérez de Ayala y Enrique de Mesa, directores de la "Biblioteca Corona". Y, tratando de abrevar la supuesta sed de actualidades del público, se dieron a publicar obras sobre la guerra. Sólo a título secundario, y como verdadera concesión a sus aficiones, publicaron algunos versos clásicos. Pero pasan tres años, tiempo de liquidar cuentas. Y nuestros amigos se encuentran con que el público rechaza, unánime, las famosas obras de actualidad, mientras que ha seguido comprando, con una regularidad admirable, los versos clásicos.

Y es que nada es más actual que lo bueno. Por eso conviene vedar a los ignorantes el derecho de resolver en esta materia. A propósito de lo cual acomoda bien un cuentecillo:

En cierta casa había una perra que se arrojaba sobre todo el que pretendía entrar. La portera, que acudía a sujetarla, explicaba siempre: "No hay que asustarse; no muerde a la gente decente." No faltó, naturalmente, quien le objetara: "Y eso ¿a juicio de la perrita?" No; no puede ser que la perrita juzgue de la actualidad de los libros.*

* El director de cierta revista francesa que se negó a publicar un estudio sobre la idea de Dios, porque el tema no era de actualidad, pudo muy bien... pero esto es asunto aparte.

Una extraña aberración. Los humoristas y los filósofos vienen advirtiendo de tiempo atrás que —por no se sabe qué extraña reacción psicológica— hay siempre en los organismos sociales una potencia de suicidio. No se entiende bien cuándo ni por qué se desata. Pero ¿cabe negar, por ejemplo, que los vendedores reciben a veces con muy malos ojos a los compradores? En alguno de sus libros insiste "Azorín" sobre esta grosería del comerciante; él lo achaca a culpas de Castilla, y quizá no es justo. Yo hallo que, en un célebre prefacio, Bernard Shaw se queja de que los ingleses lleven a la vida pública los malos hábitos de la vida doméstica y, si son comerciantes, reciban al comprador con el prejuicio de que "no les ha sido presentado", y casi con la desconfianza del chino para el "diablo extranjero" que ha forzado sus puertas. Ni en la iglesia, ni en el teatro, ni aun en el tranvía —añade— dejan de ver con recelo al recién venido los que han llegado un momento antes.

Y el librero —inútil insistir en que hay excepciones honrosísimas, mucho más estimables porque el ambiente mismo del oficio les es contrario— padece de un mal semejante. Un libro nuevo, aunque sea, por definición, la materia de su comercio, tiene algo de diablo extranjero a sus ojos; y si el libro nuevo ha logrado llegar hasta el librero, será porque ha forzado sus puertas. Se le recibe con cierta mala gana, y todavía —si el interesado no se cuida— se le quita del escaparate cuanto antes. ¡Extraña aberración! Se diría que, a veces, el vendedor no quiere vender. Si no fuera por los compradores, mal andaría el mundo.

El deber del editor. Cuando Charles Maurras estudia —en *El porvenir de la Inteligencia*— la suerte que puede esperar a la clase literaria, dadas las condiciones y desarrollo de nuestras sociedades políticas, insiste en que la inteligencia no debe aspirar al poder; no es ése su fin. A lo sumo, puede aspirar al oficio de consejero, porque su destino superior es pensar, no gobernar. Asimismo, lo bueno del escritor es escribir bien: no dedicarse a vender sus libros. Pero ¡ay! . . .

Y además de lo que aquí se calla, esto de vender lo que

escribimos viene a ser —con ser secundario— tan importante como tantas cosas secundarias. Ganar o perder al ajedrez ni quita ni da honra; pero, puestos a ello, nos esforzamos por ganar. Yo no sé lo que valdrá tocar las castañuelas; pero digo, con el Padre Maestro Fray Juan Fernández de Rojas en su *Crotalogía,* que "en suposición de tocar, mejor es tocar bien que tocar mal".

Y a la postre, todo entra en la obra: desde las vigilias estudiosas hasta las idas y venidas a casa del librero reacio. Por eso no es un consejo inmoral el del preceptista: "Trabaja tu éxito como trabajas tu verso." Y tras esto, que un editor de voluntad generosa ahorre a los jóvenes tantas amarguras y tantos pasos perdidos. A éste, sí, no nos cansaremos de exigirle que entienda un poco lo intrínseco de los libros; de otra suerte, habría que poner antes de él otro intermediario que se dedicase exclusivamente a entender los libros, y esto de entender es cosa demasiado ardua para ser función exclusiva. Salga el editor que merezca ser el padrino de las literaturas. Feliz quien lo alcanza en pleno verdor. Ése puede decir verdaderamente que, a través de sus libros, habla todo el día con los hombres de uno y otro lado del mar.

Son livre, aimé du ciel, et chéri des lecteurs,
Est souvent, chez Barbin, entouré d'acheteurs.

DE MICROBIOLOGÍA LITERARIA

Un tratado de microbiología literaria tendrá que identificar algún día, tendrá que cazar con treta y maña, esa inaprensible mosca tsé-tsé que produce, en la mente y en las palabras, el mal del sueño, la parálisis y, al cabo, la muerte.

Ya no se puede, en España, hablar de "frescura" —palabra primaveral, índice de juventud jugosa—, porque aquí quiere decir "desvergüenza".

Tampoco se puede hablar de la "gracia" y de lo "gracioso", porque aquí estas palabras significan —imperdonablemente— el chiste, la bufonada, condición de lo que hace reír "a mandíbula batiente", como se decía antes. Aquella "fuerza fácil" del griego no es ya, para el oído enfermo, la gracia. Cuando el poeta, después de la tempestad, nos describe las espigas dobladas,

que han derramado por la tierra el grano,

no se puede ya decir que su verso está lleno de gracia (lleno de Grecia).

Hablar de "habilidad", desde la picadura de la mosca tsé-tsé, es hablar de malicia, de cautela y pérfida maniobra. Las hábiles manos de la ninfa tejedora, en la égloga, se truecan así en manos arteras, útiles de la pequeña política de Onfalia, para desarmar atletas descuidados.

Hay peores estragos: los que el microbio produce, no ya en el estilo, sino en la conducta literaria, en la actitud misma con que se recibe ese juego superior de las ideas, que es, a fin de cuentas, toda nuestra vida, escritores.

(Aquí nos deslizamos por entre charcas, y la pluma, encanallada a la fuerza, como que se resiste y tropieza. Ánimo.)

Al elogio se le llama "bombo"; a la censura, "palo"; y se mata de una vez el desinterés de la simpatía mental o el desinterés de la diferencia de criterio; y se ensucia, con vaho

de las peores pasiones, toda manifestación honrada y precisa de aplauso o desagrado.

Escribir sobre alguien, en cuanto se le haga el menor reparo, es "meterse con alguien"; y si se insiste en los reparos, entonces se dice que a ese alguien "lo han puesto bueno". Enrique Díez-Canedo, en sus *Conversaciones literarias*, analiza, con sutil y dolorida experiencia, los matices del "meterse con".

Y hay que "navegar entre dos aguas", y no decir de nada que está bueno ni malo, a fin de no "dar el brazo a torcer" y para no "cogerse los dedos..." y esas mil miserias más, que son el *nihil obstat*, la licencia del ordinario para navegar con bandera de hipocresía.

La reminiscencia —ese aroma de recuerdos que es, tantas veces, como el santo y seña, como el guiño secreto con que el poeta congrega a ciertos lectores, los que él desea para su obra— resulta plagio o, peor aún, "fusilamiento". ¡Hasta hacer una cita es "fusilar", dioses!

En sus *Meditaciones*, Ortega y Gasset clava con un alfiler otra de estas moscas venenosas: el sentido de lo que se llama "latoso". La facilidad de declarar "lata" cuanta novedad, cuanto aprendizaje nos solicitan, ayudada por la pendiente de la pereza hispánica, puede llegar a ser causa de una completa despoblación en la cultura. Con qué mal disimulado anhelo de no leer nos dice el otro: "Ese libro que lleva usted ahí será una lata. ¿No es eso?" No es eso, no; léalo usted, por las dudas; trabaje, trabaje y juzgue por sí mismo. Además de que esta funestísima invención verbal aleja a los hombres de los hombres, muchas veces sin bastante argumento: ¿Fulano nos habla de lo suyo, de lo que le interesa? Pues cátate que es un latoso. Y se le deja podrirse solo, royéndose las uñas, exasperado por falta de comunicación y amistad, sin tener a quien contar sus penas, sus aficiones, sus amores.

A medida que cunde el mal, sobreviene el anquilosamiento paulatino de esas pequeñas sociedades literarias ("Sociedades de Admiración Mutua" las llama, con saludable cinismo, Oliver Wendell Holmes), indispensables al desarrollo de las letras. A veces, en los viejos pintores de Francia, des-

cubrimos esos rincones amables y esos instantes impagables: un poeta lee a seis o siete amigos su último poema . . . ¡Cuidado! Aquí nadie busque ese calor. Al escritor no le importa lo que escribe el escritor su amigo. ¡Para eso se da ya el trabajo de tratarlo! Es falta de educación "colocarle" a otro el poema inédito. ¡Y cuántos hay que en su fuero interno, sin embargo, escriben realmente (¡oh, Sainte-Beuve el de Port-Royal!) bajo las miradas ardientes de sus amigos! Pero . . .

—No vaya usted a casa de Mengano, porque le "coloca" sus versos.

—Y si Mengano es poeta, ¿qué mejor cosa puedo desear de su compañía?

Y aquí del cuentecillo aquel, hijo de la "enliteratada" Colombia, donde todos son, más o menos, gramáticos y poetas:

—¡Si me lee, le leo!

(Acotación: esto se debe decir con ademán de guapo, que lleva la mano a la navaja —o al bolsillo del pecho, donde se esconde el apercibido manuscrito.)

Julio de 1923.

VIEJA CONTROVERSIA

ENOJOSA cuestión la que disputaron un día el neurólogo Lafora y nuestro Gómez de la Serna. El Dr. Lafora, desde la tribuna del Ateneo, que era tan generosa, exponía las teorías sobre la esquizofrenia o constitución cerebral esquizoide, y arriesgaba la hipótesis de que el arte cubista y sus correspondientes literarios (¿por qué no todo arte en general?) eran una expresión de este trabajo antilogístico de la mente esquizoide, empeñada en disociar especies, vivir de sueños o provocar imprevistas asociaciones.

Gómez de la Serna quiso ver en Lafora un Max Nordau disfrazado. Y arremetió contra él, en términos de infantil picardía:

—Traidor —le decía más o menos—. ¿Y es usted el que acudía, solapado, a nuestras tertulias literarias, haciéndose pasar por uno de nosotros, cuando en rigor venía a sorprender síntomas y a tomarnos disimuladamente el pulso? ¡El esquizoide será usted! Déjenos en paz a los artistas.

Y Lafora, lleno de dignidad, contestaba:

—Nunca hubiera esperado una interpretación tan callejera y tosca de mis ideas en un hombre de esta altura mental. ¿Acaso he dicho yo que el esquizoide —tipo cerebral *sui generis,* como hay tantos— sea un degenerado? ¿Acaso he considerado la flor como una enfermedad de la planta, aunque me atreva a examinar el número y la combinación de sus pétalos?

Y ese maestro de dibujo, disfrazado de novelista —André Gide—, desde el fondo de su buen sentido nos dice:

—Nuestra época ha dado en buscar al curso del pensamiento una causa fisiológica. No digo yo que esto sea erróneo; pero creo que es erróneo el pretender, por sólo eso, invalidar el valor del pensamiento. Es *natural* que toda gran reforma ética —lo que Nietzsche llamaría toda trasmutación de valores— se deba a un *desequilibrio* fisiológico. En el

bienestar, el pensamiento reposa; cuando el ambiente le satisface, mal puede el pensamiento concebir cambio alguno. (Me refiero al ambiente *interno;* que, en cuanto al externo o social, el móvil del reformador es muy otro; no confundamos a los químicos con los simples mecánicos.) En el origen de toda reforma hay siempre un malestar. Y el malestar del reformador proviene de un interno desequilibrio. Las densidades, las posiciones, los valores morales, todo lo ve de un modo distinto. Y por eso trata de coordinarlo todo de nuevo. Aspira el reformador a un nuevo equilibrio. Su obra no es más que un ensayo de reorganización, según los preceptos de su razón, de su lógica, del desorden que siente y padece dentro de sí mismo; porque el desorden le es tan intolerable como a cualquiera. Claro es que no pretendo que baste ser desequilibrado para ser reformador; pero sí me parece que todo reformador empieza por desequilibrado. En todo el que ha propuesto a los hombres valoraciones nuevas hay algo que el médico puede llamar una tara, y que yo llamo una provocación. Y, naturalmente, *después* del reformador, se puede seguir pensando como él, sin ser un desequilibrado. Pero lo que ha sacudido el orden mental es un estado inicial de desequilibrio, con un sacudimiento que el reformador necesitaba de un modo imprescindible para restablecer, en su interior, el equilibrio roto. Es fuerza que alguien enfermara *antes*, para que *después* todos gozaran de salud. Rousseau, sin locura, sería un Cicerón indigesto. Y en la locura de nuestro Nietzsche descubro precisamente la señal de su grandeza auténtica.

Y —¡oh Lamarck!— ¿esas *invenciones* de la naturaleza que la reiteración transforma en *hábitos* y sentidos nuevos? Toda la naturaleza está en marcha. "¡Ay del que oiga la voz y no comprenda!" Pascal reflexionaba así: "Se dice que la costumbre es una segunda naturaleza. Y me temo que la naturaleza no sea más que una primera costumbre."

1922.

DE ALGUNAS SOCIEDADES SECRETAS

Es curioso: la ternura que todos encuentran en los libros de "Azorín", no todos recuerdan que brota de su vida. Creen, porque es tan pudoroso y tan sobrio, que carece de intimidad. Como habla poco cuando no está plenamente seguro de la comprensión de quien le escucha, creen que no gusta de comunicarse con los demás. Ha tenido que buscar un sitio entre las milicias políticas, y los otros se juzgan con derecho a sentenciarlo como si de un simple político se tratara.

"Azorín", sensible "Azorín", padre sin hijos, entre cuyos sueños se oye tantas veces la vocecita de un niño; cuyas manos tantas veces acarician —en sueños— una cabecita de criatura. "Azorín", amigo puntual, exacto para compartir la emoción —casi en silencio acaso; preciso y cabal para el recuerdo; oportuno para el auxilio. Quisiera poblar de flores la tierra, hacerla más grata y apacible, juntar a los hombres en voluntad de concordia. Yo creo haber oído su corazón.

A veces, a solas, imagina, discurre. Y crea, para su uso personal, sociedades literarias, academias, pequeños grupos selectos. A veces sólo él lo sabe. De este modo arrulla su soledad, juega a la compañía, a la tertulia erudita, a la buena conversación —tan francés, tan siglo XVIII.

Así le ha sucedido fundar dos círculos: "Los amigos de Lope de Vega" y el "Góngora Club". Nadie sabe quiénes son los socios, aunque se sospecha de algunos, porque tienen sobre su mesa un cenicero de Talavera —obsequio de Moreno Villa—, con una inscripción a fuego que los delata: "Los amigos de Lope de Vega, 1919". Pero aun éstos no están muy seguros. Yo, por ejemplo, he declarado, y me lo han creído, que soy el secretario perpetuo del "Góngora Club".

"Azorín" ha mandado grabar primorosamente el papel

de cartas para ambos círculos. Las insignias y el lema varían constantemente, según el último hallazgo del bibliófilo: la rara viñeta que se complace en reproducir, el monograma o la leyenda de un ex libris curioso. Sólo él está en el secreto.

Dónde se reúnen los amigos de Lope de Vega, dónde tiene el "Góngora Club" sus secretas sesiones, no seré yo quien lo revele. Es posible que algunas reuniones sean agitadas. Al buen amigo Cirot —el hispanista de Burdeos— le molesta un poco que yo aborde a Lope, en algún prólogo que anda por ahí (sólo del prólogo respondo, amigo Cirot; sólo del prólogo, y no en modo alguno del texto de las comedias, que nunca estuvo a mi cuidado), con cierto aire poco escolar, con cierta llaneza y como asumiendo la responsabilidad de haber conocido personalmente al Fénix Español. Amigo Cirot: no se ofenda usted; usted, con ser tan sabio, no es todavía "amigo de Lope de Vega", y por eso no puede entender ciertas cosas, ciertos misterios de iniciados.

Como secretario del "Góngora Club", creo haber hecho algunas propagandas, aparte de haber trabajado como humilde albañil en la soberbia edición gongorina de Raymond Foulché-Delbosc, hace varios lustros esperada. Aquellos poetas que, a veces, se han preciado de proceder de Góngora apenas sabían si las obras de su pretendido precursor estaban publicadas en un tomo de la reverenda Rivadeneyra, o las conocían, lo que es peor, por el lamentable tomito de Michaud.*

Hace pocos años descubrí (nunca lo hubiera imaginado) que Valle-Inclán, vecino natural de Góngora, creía sinceramente que Góngora no le interesaba. ¿Habré logrado interesarlo, tras de algunas negociaciones diplomáticas entre ambas potencias?

Moraleja: De "Azorín" he dicho *(Los dos caminos)* que

* Nota de 1925.—A las cartas de Góngora publicadas en la edición Foulché-Delbosc, hay que añadir ahora las que recogió Miguel Artigas al final de su monografía sobre Góngora, premiada por la Academia Española, y que proceden de la Biblioteca Menéndez Pelayo.

logró salir de sí mismo y saltar fuera de su timidez, creándose, mediante el seudónimo, una fuerte personalidad pública. Ahora, como veis, fabrica para sí mismo, mediante el papel grabado, una sociedad ideal. Pequeñas causas, grandes efectos.*

Primavera de 1922.

* Ver, en este mismo tomo, los "Apuntes sobre "Azorín" (*Los dos caminos*), págs. 241-257, y "La sátira política de «Azorín»", (*Reloj de sol*), págs. 401-404.

"LA CUCAÑA"

Yo ESTABA en Toledo, en el Ventanillo, pasando la Semana Santa y bebiendo sol. Se me presentó un hombre robusto, dulce, de cabello prematuramente gris, de facciones despejadas y cejas espesas, con unos ricillos por las sienes. Su aspecto fornido contrastaba con la suavidad —casi untuosa— de su hablar. Gusta tanto de las palabras, que una palabra oportuna o ingeniosa le humedece los ojos de satisfacción. Advirtiendo que llevamos trajes iguales, exclama, irónico:

—¡La misma Tarrasa materna! Entonces he encontrado al que busco. Usted es Reyes, seguramente. Yo soy "Xenius", Eugenio d'Ors. He venido por unos días a Madrid, y me dijeron que usted se escondía en Toledo.

—¿Por qué no tiene usted acento castellano ni catalán? —le dije.

—Porque soy, en parte, americano. Mi madre era cubana. Cuando, alguna vez, vaya a México, me propongo detenerme en Cuba al regreso; tengo, como Heredia, vuelta hacia allá la fantasía.

Desde entonces nuestra amistad marcha como nuestros trajes iguales.

—Acordes como dos violoncelos —me dice Ors haciendo un gracioso trémolo de bajo profundo sobre la palabra "violoncelos".

Últimamente, en la sobremesa del banquete a Eugenio de Castro, comentábamos juntos el hecho de que, tanto aquí como en México, algunos hombres de nuestra generación hayan descubierto un poco tarde ciertos agrados del mundo externo. Él está en ese delicado preludio de la madurez (él dice que está en la adolescencia, fundándose en la clasificación de edades —tan generosa— de Pitágoras), cuando se descubren las preferencias más íntimas.

...Y yo no quisiera creer que ha comenzado la decadencia del Ateneo, casa de tradición tan noble; pero ello es

que los escritores nuevos van cada día menos por allí, y vuelven al pequeño club, a la pequeña tertulia.

Ors y yo hemos fundado, hace poco, un nuevo y diminuto círculo, pretexto del diálogo: se llama "La Cucaña". El número de socios ha de ser mayor que el de las Gracias y menor que el de las Musas. Se admiten damas; pero ninguno de los socios puede estar ligado a otro por ningún vínculo de subordinación o parentesco. Así, tuvimos que escoger entre los hermanos Salvador. Somos muy estrictos; cierto que Miguel tiene, ante Amós, la desventaja de la gordura, reflexionamos; pero es, en cambio, el más cocinero. Y optamos por Miguel.

Los socios de "La Cucaña" se reúnen de cuando en cuando a comer, bajo la responsabilidad de un "ponente", que fija el lugar y ordena el menú, con derecho a toda clase de sorpresas, como no rebasen la ley imperiosa del buen gusto. (Es una lástima que no esté yo escribiendo en inglés; en inglés, la palabra "gusto", dejada caer de repente, está llena de irisaciones y dice más que en su lengua propia: ¡destino de los trasplantados!) Se redacta y lleva un Libro de Oro, que se abrió con estas palabras: "Una mala comida no se recobra nunca."

Se prohibe guardar régimen o dieta, por lo menos los días de Grandes Asambleas.

"La Cucaña" tiene sus clásicos: Robert de Nolla, el catalán; Julio Rey, el andaluz britanizado; Chesterton, por derecho propio; Saintsbury, el grave erudito inglés, que ha dado sitio, entre sus voluminosos libros sabios, a unas *Notes on a Cellar Book;* los Almanaques de la Sirena; una Antología de la Cocina Francesa, y unos libritos de unas monjas de Guadalajara, la de México.

Distintivo para el ojal: un discreto cordoncito azul el día del banquete.

1922.

SAUDADE

Tan poeta portugués, tan tenue y fino, tan callado —un poco de ángel silenciario, otro poco de fantasma, hecho con sustancia de imaginación prendida a pretextos humanos—, Teixeira de Pascoaes vino a España.

—Mi viaje hasta Madrid —nos dijo— ha sido, mejor que un viaje (o peor), un descarrilamiento, porque he tenido que trasbordar cinco veces.

Casi se nutría de aire, como los camaleones, y creo que también reflejaba el color del cielo. Sólo comía un arroz mal cocido en agua sin sal, insípido maná del Limbo.

Ors, Canedo y yo le anunciamos nuestro deseo de ir a despedirlo a la estación. Pero era muy secretón y pudoroso. Prefirió escapar sin decirlo.

El día de su partida llegamos puntualmente a la estación, seguros de atrapar el tren de las siete; pero recorrimos en balde los andenes, hasta que el tren no nos dijo adiós con su pañuelo de humo blanco.

Acudimos al Jefe:

—¿No ha visto usted —le dijimos— a un poeta portugués?

Nos entendió al instante:

—Ha partido ya en un tren anterior —nos dijo.

—Entonces ¿en el expreso de las cuatro?

—No: en el *saudoso* de las cinco.

TWICE TOLD TALES

El chocolate de la venganza

Algo me contaron en París durante mi último viaje, y algo encontré yo en los periódicos: Henri Béraud, autor de *El martirio del obeso* —premio de la Academia Goncourt—, obeso él mismo, no contento con su notoriedad actual, se arriesga en busca de otra; y desde los diarios, con malas razones y gesto espeso, se lanza contra André Gide. Gide es un personaje raro, torcido. Los libros de Gide son ya otra cosa. No sé cuál será el mejor de sus libros; entre los mejores, sin duda, *La puerta estrecha.*

Y la frase picante vino a formarse casi sola:

—¿Béraud contra Gide? ¡El martirio del obeso frente a la puerta estrecha!

Para atacar, cualquiera. ¿Para sonreír? No sonríe todo el que quiere. Y Gide optó por sonreír. El mismo día en que Béraud y otros escritores se reunían para cierto festejo en Montmartre, Béraud recibió de parte de Gide —muy obligado al polemista que había atraído sobre sus libros la atención de algunos lectores más— una caja de bombones de chocolate. Francis Carco, aunque aparenta vivir terriblemente y pinta vidas y costumbres de apaches, tuvo miedo: no quiso probar los bombones. Pero Mac-Orlan, más obligado a la heroicidad por haber escrito el *Manual del aventurero,* alargó la mano sencillamente, aceptó un bombón y siguió charlando.

¡Oh Némesis implacable! Sonría Gide desde su mefistofélica grandeza: todo París supo que, bajo la silla de Mac-Orlan, apareció, después del almuerzo, el bombón intacto, escamoteado.

Nuevo arte de periodismo

Tristan Derème, sutil poeta y vengador de la familia de Apolo. A quien un día, de paso por Tarbes —todo el me-

diodía—, el director del diario *Les Pyrénées* pidió que le sustituyera temporalmente, durante una corta ausencia.

Acepta Derème. Y ¿qué hizo? Hizo la obra del poeta; hizo dar un paso más a la naturaleza; operó, fabricó en ella. (¿No significa eso, en griego, la palabra "poesía"?) No pudo resignarse a ser pasivo depositario del periódico, sino que trasformó en ocho días el arte del periodismo; a tal grado, que los retardatarios artesanos de las prensas empezaron a protestar.

Derème inventaba noticias estupendas, conmocionaba al pueblo, inquietaba a la sociedad. Forjó así, por breve tiempo, un mundo mejor. Sus editoriales eran bombas de incendio en medio de aquel pacífico ambiente. Los versos ocupaban sitio preferente sobre los telegramas de la Prensa Asociada y demás Agencias del Aburrimiento. Embuste por embuste, ¿no valía más el verdadero, el poético, el que no pretende pasar por realidad actual, sino por sueño, por aspiración, por superación de lo cotidiano?

Pronto el poeta tuvo que presentar su dimisión. Pero todavía, al despedirse del público —tan escandalizado como ingrato, pues no supo agradecer el bien que le hacían— dio a luz un artículo, con el tipo de imprenta al revés, en que proponía que, en adelante, los periódicos se imprimieran en todos sentidos, a fin de que pudieran leerlos, a la vez, todos los miembros de una familia o de una tertulia, sentados en torno a una mesa.

LA PÉRDIDA DEL REINO QUE ESTABA PARA MÍ

RAMIRO DE MAEZTU suspira de pronto, y me dice:

—¡Cuántas veces, al pasar junto a la columna de Nelson, he pensado así: si el pobre de Churruca, en vez de tener por esposa a una triste vascongada casera, insignificante, santa, cocinera, fregona, zurcidora y barrendera, que nada decía a su imaginación, hubiera tenido amores con una cortesana como Lady Hamilton, que lo trajera siempre sobrexcitado y alerta, se le habrían ocurrido cosas, hubiera tenido los sentidos abiertos a la fantasía y a lo heroico, hubiera triunfado en la batalla de Trafalgar; España habría afirmado su imperio en el mundo, y a estas horas yo —escritor español— ganaría en Madrid lo que George Bernard Shaw gana en Londres!

HERMANITO MENOR

QUERIDO José María Chacón:

No se trata, no, del héroe de tu cuento sensible. Lo que voy a contarte lo oí de labios del gran don Miguel de Unamuno, andando con él por los alrededores de Salamanca, el Tormes al fondo, y como inmenso testigo el cielo.

—Tengo —me dijo el maestro— un hijo menor que me inquieta y me enorgullece. Un día tuve que reprenderlo porque desobedeció al hermano mayor. "¿No sabes —le dije— que los hermanos menores están obligados a obedecer a los mayores?" Y él me contestó: "Si llego a saberlo a tiempo, NO NAZCO."

Y el grito de rebeldía temblaba en sus labios, hecho símbolo del dolor humano.

1923.

UNAMUNO DIBUJANTE

VIVE don Miguel de Unamuno —¿quién no lo sabe?— en Salamanca. Toda visita a Salamanca acaba en una tarde de conversación con él. Nos habla de los últimos libros; pero se ahoga, no cabe en el cuarto cerrado, y entonces nos lleva de paseo por las afueras, a las orillas del Tormes. Nos recita sus versos. Relampaguea, truena y lanza rayos hablando de los males y las esperanzas de la patria. Se acuerda de América, y se estremece. Se acuerda de Portugal, de Portugal resuelto a vivir, "con la muerte ibérica a la espalda". Parece que está alerta al grito de todos los pueblos. Parece, alguna vez, que aplica su oreja sobre nuestro corazón, como un médico. Es inútil disimular. Estamos delante de un hombre. Un hombre: ángel y demonio, rebeldía santa y santa humildad, guerra civil en la conciencia; acometividad y sed de concordia al mismo tiempo, y, sobre todo, sentimiento trágico de la vida.

Allá en sus ocios, allá en su interior doméstico de padre de familias, se distrae con sus pajaritas de papel (otro día hablaremos de ese arte filosófico y de sus preceptos esenciales: nunca usar de goma ni de tijeras, etc.), o bien se entretiene con sus dibujos. Unamuno, como dibujante, es poco conocido. Hace muchos años, la *Revista Moderna*, de México, publicó el retrato de Amado Nervo visto por Unamuno. Es un diseño rápido, pergeñado en un rato de conversación, donde acaso lo mejor es la mano. Sus dibujos tratan unas veces de fijar los rasgos de una cara; otras, de reproducir las labores de la piedra en las iglesias y catedrales, los gestos animales y humanos, la calma extática de los campos de Castilla.

La pequeña colección que poseo contiene, sobre todo, retratos: Nervo; auto-retrato antiguo; el pequeño Ramón de Unamuno, en dos posturas; la sobrinita; el Sr. Richet; la actriz; hay luego un paisaje de poco valor en sí mismo, pero

curioso como ilustración de ciertas frases descriptivas que el mismo D. Miguel ha puesto de su puño y letra a modo de comentario del dibujo; hay un potro de tormento con una inscripción que recuerda los caprichos goyescos; y hay, finalmente, un proyecto de monograma que se puso a trazar, como un ocio de la pluma, en la tarjeta en que me acusaba recibo del *Plano oblicuo*.

Para Unamuno, el sentimiento de la línea es mucho más vivo que el del color. Anda mucho a pie, y es un cazador de paisajes. Palmo a palmo ha recorrido España en busca de esas emociones que, para él, sustituyen la emoción musical. Prefiere el paisaje de valle y río al paisaje marino, porque encuentra cierto agrado geométrico, de dibujante, en esa demostración palpable de la mayor arruga de la tierra, resultante de las vertientes, por donde corren los ríos. También le gusta dibujar animales pastando, y tiene toda una colección de ranas y ratones, proyecto para cierta Batracomiomaquia en que alguna vez ha pensado.*

Otoño de 1923.
Revista de Revistas. *México, 16 de diciembre, 1923.*

* Ver "Recuerdos de Unamuno" en *Grata compañía* (México, 1948), páginas 178-181.

¡OH MAESTRO RAMÓN Y CAJAL!

MENOS conocidas acaso que la obra poética de Amado Nervo son sus aficiones a las lecturas de vulgarización científica. Ha escrito, como Wells, como Verne, un viaje a la Luna. En su piso de la calle de Bailén sus amigos podían ver el telescopio de que se valía para sus indiscreciones astronómicas. En su libro *Serenidad* hay algunas notas de prosaísmo científico: por ejemplo, cuando nos habla de "desdoblar" el Alfa del Centauro. Como el telescopio, le interesa el espectroscopio: una de sus poesías —tal la de cierto bardo alemán— se llama "Ultravioleta". Y como el espectroscopio, también le interesa el microscopio. Véase este pasaje:

> Células, protozoarios, microbios... Más allá
> de vosotros ¿hay algo? Pronto nos lo dirá
> el microscopio intruso, pertinaz y paciente.

El poeta Nervo habla de la microscopía como verdadero aficionado; pero el poeta uruguayo Francisco Alejandro Lanza —cuyo libro *El cuento de Pedro Corazón* está, por cierto, dedicado a Nervo— habla ya de la microscopía como técnico. He aquí una muequecilla caprichosa que sorprendemos en el libro de Lanza, y que puede dar idea de los caminos a que conduce la preocupación del microscopio:

DELIRIO HISTOLÓGICO

....

> El sideral confín piensa sereno,
> y oficiando de azul de metileno,
> pensativo, a la ciencia se abandona.
>
> Y se yergue sutil y misterioso,
> con su ramaje fino y numeroso,
> un árbol que parece una neurona.

UN RECUERDO DE AÑO NUEVO

SUPONGO que fue Francisco Giner de los Ríos el inventor del Guadarrama. Al menos sus discípulos directos e indirectos mantienen, en Madrid, la tradición del amor a la naturaleza y del paseo dominical por las afueras y los sitios cercanos. Práctica, ésta, sin la cual se consideraría deshonrado un verdadero "institucionista" —discípulo de la Institución Libre de Enseñanza, la escuela de Giner—. En los coches del pequeño ferrocarril que, hasta hace pocos años, corría a ras de tierra y a paso de andadura entre Madrid y El Pardo, yo me he encontrado en alguna ocasión con el compañero y segundo de Giner, D. Manuel B. Cossío, actual Director de la Institución y conocido comentarista del Greco. Era, claro está, domingo por la tarde. Y el señor Cossío contemplaba el crepúsculo, el bosque adormecido bajo el crepúsculo, el palacio de la Zarzuela escondido en el bosque, con ese recogimiento sagrado del que cumple un rito. Otra vez que logré arrancar de su mesa a Juan Ramón Jiménez y me lo llevé hasta la carretera del Pardo, éste, entre explicaciones sobre el ruido del campo y los sapos flautas que él alude en sus églogas (y que un crítico equivocado tomó por engendros de la fantasía del poeta), tuvo un recuerdo:

—De recién llegado a Madrid —me dijo—, todos los domingos iba yo al Pardo y regresaba a pie, acompañando a D. Francisco Giner.

—¡Dichosos tiempos! —comentó la encantadora Zenobia—. Reyes, ¿no podría usted hacer que Juan Ramón volviera a sus buenas costumbres?

Y yo que, al decir de mis familiares, me paso la vida sentado (¡error!, yo escribo de pie, paseando constantemente, y considero esta costumbre como la mejor herencia paterna), callé, por lo pronto, y seguí escuchando la trémula flauta de los sapos.

Don Francisco Giner, este gran educador de las nuevas

generaciones, predicaba, con la mira puesta en Inglaterra, higiene y deporte. Sin duda que influyó en la formación de sus ideales la hermana del erudito Gayangos, que había vivido en Inglaterra. José Castillejo, actual Secretario de la Junta para Ampliación de Estudios —derivación de la obra de Giner—, ha dedicado un libro importante a la educación en Inglaterra. La solicitud paternal de D. Francisco —quien inició su carrera como simple cronista de salones— llegaba a encantadores extremos. Sonriendo, y con ayuda de la palmadita en el hombro, recordaba, por ejemplo, las utilidades del jabón a un joven erudito que volvía del trabajo con las manos sucias de andar entre libros viejos o manchadas de tinta. A fin de semana, don Francisco salía de Madrid. Iba al Pardo, al Guadarrama; a veces, mucho más lejos. Fue él quien puso de moda la playa de San Vicente de la Barquera, en Santander. Allí, por un resto de ginerismo, seguían veraneando todos los años Justo Gómez Ocerin y los suyos, hasta que yo corté la costumbre y los decidí a venir conmigo por los pueblecitos vascongados.

El Guadarrama es ahora un centro de excursiones, con Club Alpino, hoteles de lujo y hasta tranvía eléctrico. Pero seguramente hace algunos años había que andar por esos puertos de la sierra hecho un Arcipreste de Hita; es decir, desafiando la muerte entre las inclemencias de una naturaleza poco acostumbrada a la molestísima presencia del hombre.

Don Ramón Menéndez Pidal es, hoy por hoy, uno de los sacerdotes del culto al Guadarrama. Tiene casa en San Rafael, y huye de su biblioteca, de cuando en cuando, para darse el gusto de pasar, a pie y entre la nieve, la cumbre que divide la azul Segovia de la amarillenta y parda llanura de Madrid. En el término hay un león de piedra. Poco más abajo está la Tablada, antes de llegar a Cercedilla, donde el Arcipreste encontró, hace siglos, a una de sus mozas montaraces. Otra vez contaré las angustias que pasamos, por aquellos túneles, el propio maestro Menéndez Pidal, Antonio Solalinde y yo, para alcanzar un tren, en casi cinematográfica proeza. A sus estancias en la sierra, que alterna con el sol de la marítima Zumaya, debe D. Ramón, seguramente,

ese salutífero color de barro cocido que ha heredado de él su hija Jimena. D. Ramón es hombre que escribe con las ventanas abiertas, en pleno invierno, envueltas las piernas en la manta española.

Otro sacerdote de la sierra es Enrique de Mesa, el poeta de la Cartuja del Paular, donde está la Escuela de Paisajistas. Y para el fin dejo al que ya sabéis: al meditador del Guadarrama, como gusta él de llamarse; al poético filósofo José Ortega y Gasset, huésped contemplativo del Escorial y hombre que se siente, a ratos, carpetovetónico.

Yo, aficionado al Arcipreste de Hita, me he atrevido, uno de los primeros, a trazar el plano de los viajes del sonoro clérigo por el Guadarrama, en cierta edición popular, y no puedo menos de ser también aficionado a la sierra.

Una vez —ya ha corrido el tiempo—, Américo Castro, Antonio Solalinde y yo, camaradas del mismo taller filológico, decidimos pasar en la sierra la última noche del año, trepar el Guadarrama y arrancarle, al paso, una pluma de las alas al año nuevo. Había que salir a primera hora de la mañana siguiente, y estábamos ya al caer de la tarde. A toda prisa recorrí las zapaterías, y en "Eureka", no lo olvidaré, di con unas botas de monte que me acomodaban.

Y salimos, en efecto, muy de mañana, y pasamos un día delicioso, en un aire asoleado y tibio; porque el Guadarrama se descarga de todo el frío y lo rueda sobre Madrid. Por la noche nos hospedamos en "La casita", propiedad del Dr. Madinaveitia, suegro de Castro, a pocos pasos del Club Alpino. Yo tuve que tomar aspirina por la mañana y bicarbonato por la noche, alternando así en unas cuantas horas estas dos drogas típicas de la civilización contemporánea, que dizque envenenan cuando se mezclan. Pero la noche fue dulce y blanda, al grado que pudimos asomarnos a la nieve en paños menores a la hora del tránsito del año. Nuestra chimenea se había apagado, pero no echábamos de menos el fuego. Al día siguiente, un sol recién fraguado, virginal e infantil, atravesaba nuestras copas de vino. ¡Oh hermanos del trabajo rudo, entre los libros vetustos, las paleografías tortuosas y los ficheros innumerables! ¡Cuánto se parecía nuestra labor —la más inmaterial, hecha toda de lenguaje y de ideas—

a los menesteres que encallecen las manos! ¡Cuánto se parecía nuestro regocijo sencillo al de unos obreros cualesquiera en un día de asueto!

Todo el día lo pasamos riendo. Nos reíamos de mí. Os diré por qué:

Como era muy tarde cuando llegué a comprar mis botas a la casa "Eureka", y como había que hacerles no sé qué pequeña reforma, tuve que dejar las botas en la zapatería, donde me prometieron que me las llevarían a casa esa misma noche. Naturalmente, no me las llevaron. Y al otro día, tan temprano que aún no abrían la tienda, y ya en traje de desbrozar el monte, Solalinde y yo nos presentamos en "Eureka" a reclamar la preciosa compra. Cerrado aún el comercio, hubo que entrar por la puerta principal de la casa.

Esta casa, amigos de América, se encuentra en una calle cuyo nombre, como dice el pueblo madrileño, se escribe "Nicolás María Rivero" y se pronuncia "Cedaceros". Que es como decir, en México, que se escribe calle de "Bolívar" y se pronuncia "de las Damas". Así, en Madrid, la calle del "Turco" se escribe calle del Marqués de Cubas, y la conocida "plaza de Santa Ana", cantada por Luis Urbina, se llama oficialmente plaza del Príncipe Alfonso.

Bien: llegué al portal; expuse mi caso a una amable portera, y ésta me invitó a pasar al patio de la casa, y a llamar, por la ventana del patio, al celador de turno en la zapatería. Así lo hice, y, con gran regocijo mío —que, en mi amor a los géneros definidos, no hubiera conllevado la pena de presentarme en el monte sin el atavío propio—, el celador me entregó un paquete a mi nombre, olvidado la víspera por el recadero. Eran mis botas.

Para mudar el calzado acudí otra vez a la portería en busca de una silla; pero quiso mi suerte que, en el sitio de la amable portera, se encontrara ahora su marido: un corpulento y autoritario hombrachón vestido de uniforme. Estaba cómodamente sentado. Me oyó con indiferencia y me contestó: "Aquí no hay más silla que ésta en que yo estoy sentado."

Yo debo de haber tenido un aspecto muy infeliz con mi disfraz de hombre de los montes, o más bien, es seguro que

el portero no entendía de elegancia. Pero también debo declarar, para que sirva de lección a otros más afortunados que yo, que mi cortesía mexicana me ha estorbado muchas veces en Europa —donde el trato, en general, es más directo y rápido— para hablar con porteros, lacayos y otras gentes así. Y no sólo a mí me ha sucedido. Nuestro Carlos Pereyra se acercó un día a una portera, y, por una costumbre acaso importada de Suiza o Bélgica, pero que encajaba en su temperamento mexicano, se descubrió cortésmente antes de hablarle:

—Buenos días, señora portera —le dijo—. ¿Me permitirá usted que use el ascensor para subir al piso de don Fulano?

Y tuvo que oír, de labios de la portera, este oráculo:

—Puesto que pide usted permiso será que no tiene derecho a usarlo; de modo que ya está usted haciendo el favor de subir por la escalera de servicio.

Y, volviendo a mi cuento, hacia la escalera de servicio me dirigí, precisamente, en busca de un lugar donde sentarme —era el único a la vista— para poder mudarme las botas.

Día último del año. Por aquella escalera subían y bajaban carboneros con sus fardos a cuestas. En la oscuridad de la madrugada, vagamente veían, abajo, un bulto de hombre mudándose las botas. Seguramente se figuraron que era algún mendigo a quien acababan de darle, como aguinaldo, unas botas a medio uso. Ello es que me daban testerazos con los fardos de carbón, me empujaban con el pie y me decían:

—¡Quita de ahí, "pelma", que estás estorbando el paso! ¡Ya podías irte a calzar a otra parte! —Y otras cosas por el estilo.

Ésta es una fábula de Año Nuevo cuya moraleja es bien clara. (No, no es la que esperáis, sino esta otra: los pueblos sin deporte no entienden que un señor pueda mudarse las botas a la madrugada en una escalera de servicio.) Yo aprendí algo desde entonces. Y lo que aprendí espero que no he de olvidarlo nunca.*

Diciembre, 1923.

* ¡Oh, cuántos males causa un zapatero!
LOPE, *Gatomaquia.*

II. CASI CRÍTICA

LA SÁTIRA POLÍTICA DE "AZORÍN"

CUANDO "Azorín" comenzó su carrera literaria, Luis Ruiz Contreras —director de la *Revista Nueva,* desde la cual arriesgaron sus primeras escaramuzas los maestros del 98— pudo figurarse que el nuevo escritor iba a buscar su camino a través del profesorado y las cosas universitarias. Prefirió "Azorín" ser político. ¿Político? ¡Oh, qué ingrata palabra! ¡Qué desacreditada en España y en todo el mundo! ¡Qué maldición semántica —paulatina metamorfosis de significados— ha venido torciendo visiblemente su noble sentido primitivo! ¿Pues no era la política, para el griego, el arte maestra de las artes, la ciencia maestra de las ciencias? ¿Acaso el definitivo problema humano no se reduce a la política? ¿Tiene algo mejor que hacer el hombre —como profesión, como carrera— que dedicarse a resolver, en la medida de su capacidad, la magna cuestión de la convivencia del hombre entre los hombres? ¿Puede un varón negarse a tanto? Hay otros órdenes de la actividad, órdenes espectaculares y sagrados: la filosofía, la poesía, la música, la plástica de dos y tres dimensiones, la danza que todo lo sintetiza o la religión a que todo aspira. Pero como intervención inmediata en la vida, como cosa práctica, en suma, nada hay más cabal que la política; donde se resumen las reglas de la paz y la guerra, la navegación, la agricultura y la minería, la hacienda, el comercio y la enseñanza. Nace 'Andrenio', ente solitario en la novela filosófica de Gracián, y no puede —Robinsón metafísico— desasirse de las cuestiones políticas, a pesar de ser el único hombre de su isla; porque, juzgándose animal cuadrúpedo como los demás que le rodean, comienza a plantearse al instante los enigmas de su mejor acomodación entre la sociedad de los brutos; de la más justa distribución de esfuerzos entre él y sus hermanos los lobos: fraternidad mucho más verídica aquí que en el santo de las florecitas. Y es que, desde el nacer, como a 'Segis-

mundo' en *La vida es sueño*, nos asalta la duda sobre nuestro valor práctico ante el mundo y nuestra dignidad en la escala de los seres. ¿Cómo puedo —se pregunta el hombre— tener menos libertad que los pájaros, cuando tengo más albedrío? Y de esta sublevación, de esta duda, en cuanto se la expande y derrama sobre los objetos humanos de la vida, nace la preocupación política: diálogo de sobresaltos entre el Individuo y el Estado; diálogo que se subordina, sin duda, como decía Aristóteles, a saber cuál es la manera de existencia que juzgamos preferente a las demás. Tan grave asunto, que George Bernard Shaw se pregunta si basta una vida de hombre para plantearlo siquiera, y propone —entre profecías e ironías— el retorno a Matusalén, el ensayo para alargar los años, a fin de poner las riendas de los pueblos en manos de los venerables maestros que alcancen una experiencia de cuatro o cinco siglos.

Pero en el desarrollo de las democracias, esta pericia suma de gobernar se convierte, un poco, en pasajera aventura. Y el que hace de estas pasajeras aventuras una técnica, un arte suyo, se llama político de profesión, y se desacredita en términos semejantes al de todo aquel que busca estado en lo transitorio: el que hace reír por oficio; el que por oficio anda ofreciendo la chispa a los fumadores; la que vive de prender nardos en la solapa de los transeúntes. Nuestra filosofía social considera que gobernar hombres es parte de nuestro patrimonio divino, en igual grado que engendrar hombres o matar hombres. Y nos impone a todos —a través de mil procedimientos— el acre placer de ser un instante, en algún modo, para algún efecto más o menos particular, pilotos de la consabida nave.

"Azorín", cuyo porte reservado, cuya cortesía distante, cuya sensibilidad exquisita parecían alejarlo de todo contacto con la tumultuosa impertinencia de los escolares, no fue, pues, al profesorado; prefirió esta lucha, un poco abstracta y siempre comedida, en él, de la política.

¿Se puede vivir en España sin la tentación de la política? ¿Y sobre todo si se vive con la pluma en la mano? A la política se va por dócil pendiente, por la invitación del cielo y la calle, como se va, en nuestras capitales hispánicas, ha-

cia el título de abogado; porque es la única posición que, de una vez, asegura el disfrute de los cuatro vientos de la vida social.

Y yo escribiría un libro (sino que me faltan tiempo y humor) sobre la característica torsión que ha determinado en los escritores de España (acordaos de Unamuno, de Ortega y Gasset, de Maeztu) su alternativa de participación y abstinencia en la política ambiente.

"Azorín" escribió un día *El político,* libro de español renacentista, discípulo de Maquiavelo y Gracián, templado en la ironía y el humor modernos, entibiado en el melancólico escepticismo que es su nota; pequeña sátira de costumbres con graciosas observaciones y su poco de moralidad. Es un tratadillo en que la lección va aventurada como entre sonrisas. Es un ensayo de deliciosa lectura —tan inglés y tan español.

Su libro sobre el discurso de La Cierva es, en rigor, un compromiso de correligionario, cumplido con un desenfado bondadoso. Toma pretexto del discurso, y anda paseando por los temas que le son familiares, a la izquierda y a la derecha, sin empacho de reproducir alguna página de otro volumen.

Más tarde, el diputado "Azorín", testigo de las costumbres parlamentarias, nos da un tomo sobre el parlamento español, lleno de vivas descripciones. Hay en él fragmentos, cuadros de época, cogidos —palpitantes aún— entre las notas de una información casi periodística: tal la lección de prudencia implícita en el paseo que el Conde de Romanones emprende por el salón del Congreso, dando a este diputado una palmadita en el hombro y haciendo a aquél un guiño más prometedor que comprometedor; tal el interior de cortijo andaluz, en que Romero Robledo se entera, por la prensa, de las cosas que le hace decir "Azorín" en una entrevista, y lo desmiente por telégrafo, seguro de que "Azorín" "se hará cargo" y no se disgustará. —"Y yo no me disgusto, no" —concluye "Azorín" con esa su elocuencia de pocas palabras.

Más tarde publica "Azorín" otro libro de sátira, *El chirrión de los políticos,* que recuerda el título quevedesco:

El chitón de las taravillas. Aunque literariamente no pueda contar entre lo mejor de su obra (a pesar de esos toques de paisaje que "Juan de la Encina" ha señalado), importa recogerlo como una huella más en el camino de "Azorín", un ademán de despego entre realidades que no le contentan. La crítica de fondo del libro no me toca a mí. Hay en todo él cierto dolor contenido que lo ennoblece.

Mueren los días. Todo se va quedando en suspenso; todo se deshace en el aire como sueño de vanidad. Sólo el dolor perdura y atraviesa este desierto de lado a lado. Un mendigo cruza por un camino. Brilla una linternita en la noche. Un viejo político, que tiene mucho de santo, se asoma a la ventana... Ya está "Azorín", como suele, a la ventana: "no le podrán quitar el dolorido sentir". Pasa otro mendigo. Toda la parte misteriosa del alma se va tras el errabundo, entre las lucecitas vacilantes del suelo y la vibración de las estrellas incorruptibles.*

Otoño de 1923.

* Ver, en este mismo tomo, "Rasgos de «Azorín»: Las ventanas" (*Los dos caminos*), págs. 243-244 y, *supra*, "De algunas sociedades secretas", págs. 380-382.

ALGO MÁS SOBRE VALLE-INCLÁN

I

EL SEMANARIO *España* (Madrid, año X, núm. 412) publica los siguientes fragmentos de una carta de D. Ramón del Valle-Inclán escrita en Galicia:

Hace días pensaba escribirle y agradecerle su artículo. El wagnerianismo que usted señala es indudable. *Voces de Gesta* es un libreto wagneriano. Pero en la *Comedia Bárbara* todavía hay la influencia de otro antipático tudesco: el Durero. Las estampas de la coronación de Maximiliano; todas las figuras quietas de un movimiento barroco y estilizado; la función decorativa de los caballos... En la *Comedia Bárbara*, todo el movimiento es a caballo. El caballo hace al caballero, y con él desaparece del campo.

He querido renovar lo que tiene de galaico la leyenda de Don Juan, que yo divido en tres tiempos: impiedad, matonería y mujeres. Éste de las mujeres es el último, el sevillano, la nostalgia del moro sin harén. El matón picajoso es el extremeño, gallego de frontera. El impío es el gallego, el originario, como explicaba nuestro caro Said-Armesto. El Convidado de Piedra es, por sólo ser bulto de piedra, gallego. Aquí la impiedad es la impiedad gallega; no niega ningún dogma, no descree de Dios; es irreverente con los muertos. Fatalmente, la irreligiosidad es el desacato a los difuntos. Estas ideas me guiaron con mayor conciencia al dar remate a *Cara de Plata*. Es un juego con la muerte, un disparar pistolones, un revolverse airado de unos a otros, una mojiganga de entregar el alma que hace el sacristán... Pero, a fuerza de hacer el fantasma, se acaba siéndolo. A fuerza de descreer de la muerte, de provocarla y de fingirla, la muerte llega. Y comienza *Romance de Lobos*. La muerte llega con sus luces, con sus agüeros, con sus naufragios y orfandades, con sus castigos y arrepentimientos. Este fondo del primer Don Juan —Don Galán en el romance viejo— es lo perseguido con mayor empeño, porque lo tengo por la última decantación del alma gallega.

Hace usted una observación muy justa cuando señala el funambulismo de la acción, que tiene algo de tramoya de sue-

ño, por donde las larvas pueden dialogar con los vivos. Cierto. A este efecto contribuye lo que pudiéramos llamar angostura del tiempo. Un efecto parecido al del Greco, por la angostura del espacio. Velázquez está todo lleno de espacio. Las figuras pueden cambiar de actitud, esparcirse y hacer lugar a otras forasteras. Pero en el *Enterramiento* sólo el Greco pudo meterlas en tan angosto espacio; y si se desbarataran, hará falta un matemático bizantino para rehacer el problema. Esta angostura de espacio es angostura de tiempo en las *Comedias*. Las escenas que parecen arbitrariamente colocadas son las consecuentes en la cronología de los hechos. *Cara de Plata* comienza con el alba y acaba a la media noche. Las otras partes se suceden también sin intervalo. Ahora, en algo que estoy escribiendo, esta idea de llenar el tiempo como llenaba el Greco el espacio, totalmente, me preocupa. Algún ruso sabía de esto.

II

Valle-Inclán, como tiene mucho, mucho da, y sabe que nada pierde con que la crítica investigue las fuentes y los pretextos de sus inspiraciones. Gran crítico de su propia obra, sus conversaciones —como otra vez he dicho— dan la mejor base para juzgarlo. La carta anterior es un ejemplo de la claridad con que concibe sus libros. A fines de diciembre de 1923, me escribe, desde la Puebla del Caramiñal, estas líneas, que me considero obligado a no reservar para mí mismo:

> Pues usted es curioso de saber las influencias literarias y desentrañar su importancia en los escritores vivos, he de contarle las que yo creo más fuertes en mi hora de juventud. Esa influencia que usted apunta de un portugués, cuya obra desconozco totalmente, bien pudiera ser la influencia de un incógnito tercero en el portugués y en mí. [Refiérese a Teixeira de Queiroz]. En cambio, pocos han visto la influencia de Chateaubriand en las *Memorias del Marqués de Bradomín (Sonata de Invierno)*. La visita que el marqués hace a los reyes está hecha recordando voluntariamente la que el romántico vizconde hizo a Carlos X en el destierro *(Memorias de Ultratumba)*. Pero advierto que me aparto del ánimo primero que me movía a escribirle...*

1925.

* Ver, en este mismo tomo, "Apuntes sobre Valle-Inclán" y la nota final, págs. 276-286.

PROBLEMAS DE UN JOVEN NOVELISTA

Lo que se llamó novela realista pecaba, sobre todo, por dos exageraciones: primera, la exageración del procedimiento descriptivo; y segunda, la exageración del "feísmo".

1º A la descripción de lo que se ve con los ojos concedía un valor desmesurado, psicológicamente erróneo y, lo que es peor, la descripción misma procedía con un método equivocado, inartístico, enumerativo de preferencia, y siempre fatigoso. (¿A qué describir, por ejemplo, a lo largo de inacabables páginas, una calle sin ningún carácter?)

2º Por feísmo entiendo ese otro defecto de aquella escuela que consistía en aplicar todo el entusiasmo romántico a la contemplación absurda, larga, voluptuosa, de las fealdades más groseras y soeces; entusiasmo que los románticos puros habían aplicado al heroísmo, a la pasión, al amor y al dolor, a la alegría o a la muerte. (¿A qué describir, por ejemplo, a lo largo de inacabables páginas, los padecimientos de una cocinera bajo las fatigas de Lucina?)

Fuera de la rectificación de estas dos exageraciones, podemos decir que la novela no ha descubierto hasta hoy otro camino. La novela imaginativa, de mundos y seres irreales, sólo tiene un valor de escarceo literario más o menos poético, pero menos puramente novelístico —aunque pueda hasta gustarnos más en tal ocasión— que el de la novela que copia o finge el mundo y los seres de la realidad ordinaria. La novela rusa es, técnicamente, realista en este sentido depurado de la palabra. Más intensa que la de los realistas típicos, sin duda; pero en otra afinación mejor, el mismo instrumento.

Cuando el novelista joven se pone por primera vez a la tarea, le asaltan varias dudas, si es que realmente pretende escribir una novela o un cuento de la realidad, en este sentido modesto, nada dogmático ni comprometedor de la palabra "realidad". Si se trata de un escritor libresco, sus asun-

tos derivarán de combinaciones de lecturas: recordará este pasaje de tal libro y aquel otro final de capítulo y, mezclándolo todo, sacará de ello una obra que pudiera ser ingeniosa; nada más. Pero si se trata de un novelista de temperamento sincero, el asunto, o por lo menos la inspiración original de que el asunto arranca, surgirá directamente de los sucesos y seres de su vida real. Y aquí los problemas del joven novelista.

Cipriano Rivas Cherif intenta —en *Un camarada más*— la crítica de ciertas fases de la vida española (mejor, de la vida madrileña) en los últimos lustros: los azares de la aventura estudiantil, en torno a la primera muchacha que se matricula para la carrera de Derecho, saltando sobre la consabida "pared de cal y canto" de los viejos refranes, y el fracaso de los ensayos para reformar las costumbres, que D. Francisco Giner de los Ríos, un varón santo, emprendió hace poco. Es, que yo sepa, la primera vez que la novelística española aborda estos temas y sorprende realidades tan sensibles y dolorosas. El autor no quiere hacer de su novela un libelo; no quiere que se le tache de sacar a la burla pública a este o al otro maestro de juventudes, y más cuando la sátira sólo puede justificarse a la luz de un idealismo severo, que él no se jacta de profesar. Pero la realidad se le impone por los ojos, profundamente grabada en su experiencia; está acostumbrado a asociar tales y cuales sucesos con determinadas figuras humanas, y tales caracteres con determinados nombres propios. Le parece que hay una mentira, una falsedad fundamental en cambiar su nombre o su verdadera apariencia a tal personaje; teme desequilibrar así, con una superstición en el fondo determinista, el peso de las necesidades que desatan la acción. Y sin embargo, tiene que hacerlo, a riesgo de escribir una novela de clave. Y téngase en cuenta que él se ha propuesto, si no hacer una censura, por lo menos mostrar los malos efectos de algunas buenas intenciones. ¡Ingrata tarea! Es fuerza trasformarlo todo, alterar los perfiles y nombres de la realidad, a fin de que la obra no se desenvuelva en una serie de acusaciones personales contra éste o aquél. Y el novelista resuelve el problema barajando unos hombres con otros, y haciendo de dos o

tres figuras reales un solo personaje irreal. A uno le pone las barbas de su vecino; al otro, la sonrisa de su enemigo, y al de más allá, los alrededores familiares del primero.

Giner, Galdós, Machaquito y la Niña, y hasta el ridículo Canetti y sus baños paganos, todo ello forjado de nuevo, mudando las caras y los barrios, y exagerando los rasgos para abreviar . . .

Pero ¿y el fuego tremendo de aquel asceta amable, de aquel laico Savonarola, de aquel utopista terrible y dulce que aconsejaba "buhardilla e ideal"? ¿Es posible que se derrumbe todo un castillo de sueños —los sueños de una generación empeñada en purificar el mundo— ante lo que llamarías, oh Laforgue, "el secreto de la pulcela"?

Diciembre, 1921.

LAS REPRESENTACIONES DE CLÁSICOS

TAL VEZ presencié, en el "Odeón", un *Alcalde de Zalamea* lleno de cicatrices y enmiendas, donde apenas quedaba ilesa una página de Calderón. Pero no podemos pedir a Borrás que rectifique él solo la mala costumbre introducida en España desde el siglo XVIII, conforme a la cual se declara arbitrariamente que el público no puede tolerar las obras clásicas en toda su pureza. Además —aseguran— el sistema de las correcciones permite atribuir derechos de autor al parásito del autor muerto, y esta atribución contenta la mente económica de nuestros días.

El libreto que servía para aquella representación no sólo contenía enmiendas y supresiones, sino también lamentables adiciones; éstas, encaminadas, por mal camino, a aclarar la acción o a salpicar algunos pasajes con sal y pimienta de actualidad; y aquéllas, tendentes a simplificar la obra, reduciendo todo lo posible la variedad de los episodios y de los lugares al escenario único. Todavía triunfa, pues, Moratín contra Calderón: estamos todavía liquidando cuentas de hace un siglo. Sólo una intensa campaña literaria puede remediarlo. Entretanto, agradezcamos a estos actores el esfuerzo que ponen siquiera en popularizar la antigua tragedia, y pase por los versitos finales, versitos de escuela, en que se solicita un aplauso para la memoria de Calderón.

Pero, al menos, ¿la representación en sí misma? Falta a los actores actuales una educación de ambiente. La acción seca y precisa del teatro realista no conviene del todo a aquel teatro declamado, lírico hasta en sus momentos más agitados. El método general de aquel teatro consiste en amplificar poéticamente en veinte versos la idea enunciada en los dos primeros. La voz robusta del hombre puede todavía provocar cierto arrastre mecánico de atención por parte del auditorio, aun cuando no se trate de un cumplido recitador. Pero para la mujer no acostumbrada, y que por largos erro-

res de educación no siempre entiende lo que recita, la empresa resulta particularmente escabrosa; logra, a lo sumo, la atención del público para los primeros versos —los que enuncian el nuevo giro o movimiento de la acción dramática—, y los otros versos restantes parece que cuelgan de sus labios postizos y estorbosos. Y mientras esto sucede, los demás actores, no habituados al teatro lírico, pasean por el escenario sin saber qué hacer; les falta paciencia, quietud, y algo como un comienzo de éxtasis, sin el cual no hay recitación posible. Hijos del realismo, no aprecian el valor de los momentos estáticos: quieren estar haciendo algo continuamente. Acaso pudiera aprovecharles la idea, la reflexión de que están representando a la vez una acción y un cuadro, en el sentido pictórico de la palabra. Finalmente, de los tiempos de Calderón acá, todos los valores de la moral española se van transformando, pasando del máximo escrúpulo al máximo escepticismo. El actor español contemporáneo pocas veces cree en lo que creía Calderón. ¡Y estos hombres son tan sinceros, que apenas saben disimular lo que sienten!

1918.

UNA COMEDIA DE ARAQUISTÁIN

El "Español" conserva a mis ojos cierto aire muy Restauración. Como quiera —oh sublevados maestros del 98— aquéllos eran tiempos en que se practicaba en España (fuera de la tauromaquia, que es más bien una especie de teología profana o de picaresca heroica, para de algún modo expresarlo) un deporte único: el mejor de todos, el que no desarrolla los pies a expensas del cerebro: aquella gente sabía charlar. Entendía de buena conversación y de amigable compañía. Aquellos señores respondían al tipo del caballero *clubable,* como diría el Dr. Johnson. Entraban por una frase y salían por otra. Enredaban con gracia un cuento entre los hilos de una discusión. A cada amigo le daban las buenas noches con una fórmula apropiada y distinta. (¡Perdonad a este mexicano, discípulo de Ruiz de Alarcón, que se divierta un poco recordando los agrados del trato y la cortesía de ayer!) Se reunían en el Saloncillo del Español para comentar el estreno y dar un abrazo al autor. Eran los descendientes de la tertulia del siglo XVIII, que revolucionaba —desde un café— el gusto literario de España.

Ahora que han andado los tiempos, el estreno de Luis Araquistáin (periodista de izquierda, editorialista a la manera inglesa, metido en la refriega social que él sabe comentar y explicar con la amenidad del que escribe una novela) nos reúne otra vez en el Saloncillo. El teatro está lleno de gente: de la mitad abajo, toda la literatura, con una que otra excepción. *(Hérédia ne vient jamais: il est trop chic.)* Y de la mitad arriba, el pueblo: la gente obrera, los gremios fabriles, los electores y los lectores más humildes de Araquistáin. Estas dos mitades hermanan en una concordia que es una promesa: una promesa de reconstrucción social. El público es comprensivo y atento. ¡Qué diferencia del público mundano, que se aburre o charla a media voz en tal otro teatro de la Corte! Los actores trabajan con fe. Y la musa

Xirgu modera su tono, algo redicho, y difunde un poco de calor trágico.

Los *Remedios heroicos* es la obra de un principiante. Tiene ya suficiente fuerza, pero no —todavía— suficiente encanto. Araquistáin, maduro ya en otros órdenes literarios, confiesa que es un adolescente del teatro. Siguiendo la práctica de Shaw y de Curel, publica en la prensa, el mismo día en que la pieza ha de estrenarse, un prólogo sincero. En él reconoce que su drama es una derivación de *Los espectros*, de Ibsen, y evoca el ambiente de Buenos Aires —lleno de hervor teatral, bajo la respiración del gran uruguayo Florencio Sánchez—, donde él experimentó las primeras inquietudes, las primeras solicitaciones de la Comedia.

He aquí el esquema de la obra: el "enfermo", un joven, cree llevar la muerte en el cuerpo y en el espíritu, por considerarse heredero de todos los males y los vicios paternos. Su padre, casado en la vejez y muerto ha muchos años, era ya en vida una ruina. El médico aconseja a la madre un remedio heroico, una piadosa mentira: asegurar al joven que no debe temer herencias morbosas, porque no es hijo de quien supone. La mentira piadosa resulta ser la estricta verdad: el padre del joven es un hombre laborioso y rudo que, alejado de la tierra natal, vuelve ahora rico de la Argentina. La madre afronta la confesión en el segundo acto, y pronto se ve que el hijo —séalo de quien fuere— no es, como parecía, un enfermo imaginario, sino un lesionado psíquico. Cuando se le va el pretexto de la herencia morbosa, su enfermedad fundamental busca otro pretexto. Como él se considera usurpador de un nombre y un patrimonio que no le pertenecen, quiere devolver a los muertos lo que es de los muertos, y en el tercer acto prende fuego a la casa. Aunque este tercer acto nos ponga frente a nuevos y sugestivos problemas —y acaso por eso mismo—, como lo son el choque entre el hijc adulterino y su padre, y el encuentro de éste y la madre cuando ya no hay entre ellos ilusión ni afecto, en rigor la obra termina con el segundo acto. Aquí nos convencemos de que el inmenso sacrificio de la madre, la confesión, resulta estéril. El mal del hijo —aniquilados sucesivamente ochenta disfraces que revistiera— se escurriría como

un proteo a través de ochenta actos sucesivos de la comedia. Y de cuando en cuando, siempre podía seguir asomando la cabeza el borrachón del pueblo (el que volvió pobre de América, el reverso de la medalla) para predecir desgracias y echar agüeros.

La obra procede sin tartamudeos, con cierta dureza, y tal vez animada por una filosofía que —como el mismo Araquistáin lo reconoce— no es estrictamente la de esta hora de aspiraciones hacia un nuevo equilibrio clásico. Tampoco ha temido el autor que se le tache de inverosímil con respecto a la realidad cotidiana. El arte no retrata: escoge; y tiene derecho, y más en la breve síntesis teatral, a optar por los hechos culminantes y por las almas extraordinarias.

Ojalá que el ejemplo de Araquistáin aliente a otros, a "ciertos" otros. El teatro suele ser imperdonablemente hospitalario para los ingenios de quinto orden. Y no sé qué timidez hispánica, tan característica de la España actual como lo fue de la antigua el furor hispánico, aleja a los mejores del contacto con la opinión; del combate —a muerte, si fuere preciso— con la opinión. Sólo el llamado teatro poético tienta a algunos jóvenes: a Montaner, que no ha tenido mucha suerte; a Fernández Ardavín, que la ha tenido mayor. Hace poco, Salaverría, reconociendo que los escritores deben ir al teatro, no se atrevió, sin embargo, con los azares de la representación escénica, y confió su ensayo teatral al mismo público de sus libros.

Quizá el verdadero remedio está en la creación de un teatro nuevo. Alguna vez lo intentó Cipriano Rivas Cherif, para quien eran todos mis votos.* En este nuevo teatro hubiéramos podido ver algún día las obras de Moreno Villa, por ejemplo, que hasta hoy sólo conocemos media docena de amigos suyos.**

1923.

* Comienza a realizarse este sueño en *El Mirlo Blanco*, el teatro de los Barojas (1926).

** La *Comedia de un tímido* ha sido publicada, más tarde, en la colección de los "Cuadernos Literarios".

III. CORREO DE AMÉRICA

CARTA A ALFONSO JUNCO

MI QUERIDO poeta:

He leído *El Alma Estrella* con sumo interés y agrado. Aplaudo la seriedad de sus ideales poéticos. La juventud que nace con una plegaria en los labios me ha inspirado siempre el mismo respeto que la juventud venida al mundo con una protesta en los labios. Nunca la mesura y la sobriedad me han parecido mal en los jóvenes. Nunca he pensado mal del niño que no travesea; aunque tampoco me dejen de seducir, con inclinación imperiosa, los extremos contrarios. Quiero decir que mi fe en las fuerzas nuevas de la vida sólo tiembla ante los casos de torsión voluntaria: ante la bajeza de la intención, ante la maldad, en suma. Sin el ímpetu originario del bien no hay arte posible. Pero he aquí que tampoco bastan los buenos propósitos. El arte es un efecto exterior. La obra debe defenderse sola, aparte de las sanas intenciones del obrero. Y los libros son como unos huérfanos perennes, sin padre que los valga.

Por ventura, en el libro de usted no sólo hay propósitos. Verdad es que usted no ha llegado aún a la hora de merecer los elogios definitivos o las definitivas censuras. Ni elogios ni censuras quisiera yo tener para usted, sino, más bien, una apreciación justa de lo que me parece esencial en su conducta poética.

Veo en usted una gran aspiración religiosa, en torno a la cual se agrupan los afectos más regulares del hombre: los padres, el hogar, la tierra y el cielo. Y sobre todo ello, como procedimiento de vida, el deseo de serenidad, la confianza en las normas tranquilas, el gusto por el paso medido y la voz velada. Así, sus versos se reducen frecuentemente a consejos o exhortaciones morales, que me han hecho recordar el tipo creado por nuestro Enrique González Martínez.

Pero vamos por partes. Lo que en *El Alma Estrella* no

es directamente poesía religiosa, es, por lo menos, poesía de tono religioso. (Prescindo de ciertas notas de carácter "público" y de otras de aire galante, que son lo menos consistente del libro.) Cuando la emoción no es directamente religiosa, he recordado a González Martínez ("Tríptico ejemplar"). Y, en ese campo, me parece que ha cortado usted dos flores nuevas: "La ventana" y "La dulce fortaleza". No es poco: satisfágase usted con esto, y busque otro rumbo donde no tenga usted ya que seguir de cerca a un solo maestro.

¿El rumbo de la religión? ¿Por qué no? Y aquí vamos a la segunda parte, la directamente religiosa de su poesía. Con ser la emoción religiosa tan común en los hombres, es lo más personal, lo más propio de usted que hay en el libro. No aspiro a la autoridad de Padre de la Iglesia. Déjeme usted considerar la religión como mero asunto poético, que es lo que conviene a mi oficio.

Quien anhele, hoy por hoy, ser el poeta religioso de México, yo creo, francamente, que debe mezclar otras aguas en la corriente tradicional de la poesía religiosa española. El principio operante de la historia literaria, decía Brunetière, se reduce al deseo de hacer "otra cosa". Y añadía en una nota precisa: "Algunos han querido hacer *la misma cosa* que sus predecesores, ya lo sé; pero, justamente, en la historia de la literatura y del arte ésos no cuentan." Y la aplicación al caso: nuestra poesía religiosa vive hace tres siglos de la herencia, cada vez más desmedrada y pobre, de Fray Luis de León y de San Juan de la Cruz. Lo que en ellos era sublime, ha venido a ser insignificante en los imitadores, y como esas malas copias de copias, donde nadie reconocería ya los rasgos del Antínoo. Sólo en Lope de Vega, que todo lo supo hacer, alcanza otra vez tal género instantes de gran culminación. Y no se enorgullezca usted mucho si le digo que el soneto "Locura", a pesar de algunos titubeos técnicos, ha traído a mi memoria —por el acento del conjunto y por el buen final, sobre todo— los sonetos religiosos de Lope.

Es precisamente ese soneto —"Locura"— lo que me autoriza para decirle a usted que, a la ternura insípida de la

religión, debe usted preferir el sobresalto sagrado de la religión. No incurra usted en la tradición de Pesado, de Arango, de Guzmán. Nada de religión soñolienta. La vida es terrible. A usted se le prometen penas y alegrías tan hondas, que ya —sin contar con mis opiniones— tendrá usted que mudar el canto. ¿La serenidad? ¡Oh, sí! Pero no la serenidad *a priori*. La serenidad es corona de las pasiones. Antes de ser amos del mundo tenemos que ser criaturas de la vida.

¿Por qué no fecundar la vena propia con nuevas aportaciones? Recuerde usted a los poetas religiosos ingleses del siglo XVII: Herbert, Vaughan, Crashaw, el cantor de Santa Teresa, y a sus herederos de los tiempos modernos, los poetas católicos: Coventry Patmore, Francis Thompson, Alice Meynell. Por cierto que en ellos hallará usted también toda la ternura que desee, pero matizada de diverso modo que en la poesía religiosa de nuestra lengua. Relea usted a Paul Claudel, gran poeta católico de Francia, que posee todos los secretos del lirismo misterioso, junto a la elegancia de las cosas sencillas. ¿Y Dante, el tremendo Dante, en cuyo *Paraíso* puede usted embriagarse de luz divina? Y ¿no le conmueve a usted ver brotar la religión entre los dolores y gritos de la vida, como en el incomparable San Agustín? Fecunde, labre diligentemente su alma. Si todo poeta está obligado a ello, ¿quién como el que ofrece a Dios sus canciones?

Ya ve usted que considero su poesía como una cosecha de porvenir. No puedo, joven amigo, quedarme en el presente, por muy seductor que se me ofrezca: sería una inmoralidad. Déjeme desearle el mismo alto premio a que usted aspira.

Y no hablemos de técnica. A lo que va logrado se ha de sumar lo que traiga el tiempo —buen obrero—. Cada vez se castigará usted más, hasta que ya no sienta el castigo. Las palabras le serán de oro, y las pesará usted y medirá largamente antes de usarlas. Un día les descubrirá usted nuevos valores, y los jóvenes lo aplaudirán. Otro día comenzará usted a ver todas las palabras clasificadas y anotadas en su mente. Entonces empezará la rutina, la repetición, la decadencia: y los jóvenes lo maldecirán . . .

Amigo y tocayo: ni para usted ni para mí ha llegado ese día fatal. ¡Regocijémonos! Aún queda mucho por hacer. ¡Gran tónico, gran alegría! El arte es largo, y el tiempo —no corre por cuenta nuestra.

Madrid, marzo de 1920.

CARTA A ANTONIO MEDIZ-BOLIO

Mi querido Antonio:

¿Se acuerda usted de Madrid? Salíamos de la Cancillería por aquella empinada calle del Marqués de Villamagna, y, ya al llegar a la Castellana, el aire y el sol, los árboles rojos de otoño, habían limpiado nuestro ánimo de toda preocupación oficinesca: la nota que hubo que hacer dos veces; la carta con sello de urgencia para alcanzar el vapor correo del día tantos; la compostura del sillón giratorio que no pudo cargarse a la ya agotada partida de gastos de oficio; el escribiente que no alcanza a poner al día el registro que se le ha confiado . . . Todas estas pequeñas miserias parecían disueltas en el espacio claro, y sólo conservábamos la conciencia abstracta y superior, el alegre orgullo del trabajo cumplido. Al aire libre, las cosas recobran sus proporciones naturales. Nuestros recuerdos, como siempre, volvían a México.

—Yo sueño —le decía yo a usted— en emprender una serie de ensayos que habían de desarrollarse bajo esta divisa: "En busca del alma nacional." La *Visión de Anáhuac* puede considerarse como un primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del *hombre mexicano* en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo: cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo real y lo imaginario está tramada la vida. La creación no es un juego ocioso: todo hecho esconde una secreta elocuencia, y hay que apretarlo con pasión para que suelte su jugo jero-

glífico. ¡En busca del alma nacional! Ésta sería mi constante prédica a la juventud de mi país. Esta inquietud desinteresada es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejos de conducta política. Yo me niego a aceptar la historia como una mera superposición de azares mudos. Hay una voz que viene del fondo de nuestros dolores pasados; hay una invisible ave agorera que canta todavía: *tihuic, tihuic,* por encima de nuestro caos de rencores. ¡Quién lograra sorprender la voz solidaria, el oráculo informulado que viene rodando de siglo en siglo, en cuyas misteriosas conjugaciones de sonidos y de conceptos todos encontrásemos el remedio a nuestras disidencias, la respuesta a nuestras preguntas, la clave de la concordia nacional!

Y usted, amigo Antonio, que tanto ha sentido y cantado el portento de la fuerza española derramada por nuestro suelo, me decía:

—Es verdad. No hemos encontrado todavía la cifra, la unidad de nuestra alma. Nos conformamos con sabernos hijos del conflicto entre dos razas. Como a la mujer bíblica, podemos decirle a la patria: "Dos naciones hay en tu seno." Se habla de la redención política del indio mucho más que de su redención espiritual; quiero decir: mucho más que de su incorporación, explicada y aceptada, como elemento formativo de nuestra alma actual —con ser ello una tarea indispensable y previa a la política, como lo es la idea con respecto a la acción. Todas esas voces oscuras, de abuelos indios, que lloran en nuestro corazón, no han tenido desahogo. Acaso la primera parte de la obra consiste en recoger las tradiciones indígenas, tales como realmente han llegado a nosotros entre los cuentos y dichos que envolvían nuestra imaginación infantil.

Y aquí comenzaba usted a narrarme —con ese don único para improvisar un cuento, reduciéndolo a sus elementos esenciales, de suerte que, siendo ya literatura, conserve todavía la ligereza y vitalidad de la charla— sus viejas historias de Yucatán, donde tal vez se han mezclado un poco los estudios teosóficos. De aquí data la idea del libro que hoy ofrece usted a los lectores de América, *La tierra del faisán y del venado:*

"He pretendido —define usted— hacer una estilización del espíritu maya, del concepto que tienen todavía los indios (filtrado desde millares de años) sobre sus orígenes, su grandeza pasada, sobre la vida, la divinidad, la naturaleza, la guerra, el amor, todo dicho con la mayor aproximación posible al genio de su idioma y a su estado de ánimo en el presente. Le repito, para explicarme, que he pensado el libro en maya y lo he escrito en castellano. He hecho como un poeta indio que viviera en la actualidad y sintiera, a su manera peculiar, todas esas cosas suyas. Los temas están sacados de la tradición, del alma misma de los indios, de huellas de los antiguos libros, de sus danzas, de sus actuales supersticiones (restos vagos de las grandes religiones caídas), y, más que nada, de lo que yo mismo he visto, oído, sentido y podido penetrar en mi primera juventud, pasada en medio de esas cosas y de esos hombres. Todo ello me rodeó al nacer, y fui impresionado, antes que nada, por ese color, por esa melancolía del pasado muerto, que se hace sentir —sin sentir— en las ruinas de las ciudades y en la tristeza del hijo de las grandes razas desaparecidas, que tiene una continua evocación de lo que fue delante de los ojos. Una poesía especialísima, misteriosa, autóctona y de fuentes remotas hay en todo eso. Yo he querido aprovecharlo, y he hecho este primer ensayo . . . De vez en cuando, en la expresión, en las imágenes, es posible que se encuentre cierta semejanza con lo oriental. Eso es precisamente porque todo lo prehistórico de América tiene este sentido estético y religioso, inseparable del Oriente asiático; y quién sabe si no es el Oriente el que se parece a América, pues ella fue su raíz. De todos modos, el carácter es así, y así lo he dejado."

Esto ha pretendido usted, y esto ha hecho con sentido y acierto, según las páginas que me ha sido dable disfrutar de su libro inédito. Mi enhorabuena muy calurosa. Así quisiera yo que, de cada rincón de la República, nos llegara la voz regional, depurada y "útil". En el concierto de todos esos matices vibraría el iris mexicano. ¿Cuándo veré un libro que reúna, por ejemplo, las tradiciones de mi tierra (ya todas criollas, hispánicas, porque en aquella parte del norte nunca hubo civilización indígena sedentaria), las historias

poemadas de guapos, valientes, contrabandistas; el "Macario Romero", que, picando espuelas y con su "chata" a la grupa, llegó con su fama mucho más allá del Río Bravo, y todavía se le encuentra entre los cantares que en la Alta California recoge el profesor Espinosa; el misterioso "Caballo Blanco", héroe de mis fantasías infantiles, bandolero cuyo sueño velaba siempre el caballo blanco que le valió el apodo, de suerte que hubo que acercarle una yegua al galante guardián para sorprender al hombre dormido?

Pero en Yucatán —península de oro— el sol baña las ruinas más antiguas del mundo, en un ambiente donde cierta placidez, ya antillana, contrasta con la tremenda profundidad de arcaicos mitos. No es mucho que los escritores de aquella tierra se hayan sentido atraídos, de cuando en cuando, por la tentación de rasgar el velo de Isis. —Esta vez, querido Antonio, tiene usted la palabra.

Deva, 5 de agosto de 1922.

CARTA A ERMILO ABREU GÓMEZ

AMIGO mío:

Aunque recibí a tiempo su manuscrito de *El Corcovado*, ha debido usted esperar dos meses mi respuesta, porque yo sólo escribo prólogos en verano y en Deva: ritmos de la naturaleza, que todo lo hace por saltos. He leído, pues, la novelita, y quiero poner a prueba su temperamento hablándole con la sinceridad más completa; porque, como en ese juego de prendas, me propongo decirle un favor mezclado con un disfavor.

Yo creo que usted tiene todavía más manera que estilo, más imitación que invención; pero que es usted un escritor de raza y que ya le apuntan las alas. Que usted estudia la lengua como enamorado de ella; que no es usted de los que quieren sacarlo todo de la nada; que le gusta hojear y anotar sus clásicos, ensayando de vez en vez, como Chénier, el modo de incrustar en la propia trama tal cual joya de la buena época; que hace y rehace sus párrafos, los lee y relee en voz alta, teniendo en cuenta que la literatura es un arte auditivo y que Homero, el poeta, es ciego; que sufre usted y goza con las palabras; las evoca y las pone a danzar en torno a su mente; las acaricia o las trata de domar por la fuerza; les da usted caza entre las páginas de los libros o entre los labios de los hombres, y las aprieta con ansia, a la hora de la verdad, para hacerlas soltar su alma con esa fruiciosa angustia de que somos víctimas algunos.

No me parece mal —¡al contrario!— que la juventud se eduque en la escuela de los acróbatas; que intente de una vez ensayar todos los resortes de la lengua, todas las diabluras sintácticas; agote las gulas del arcaísmo, y logre, en fin, cierta saciedad, cierta consunción al fuego del idioma, sin la cual no se pasa nunca de aprendiz a oficial y menos de oficial a maestro.

Hay que curtirse, si fuere posible, antes de los treinta.

¡Mire que después la vida rueda como ella quiere, y se vive como se puede, y andamos buscando un resquicio, entre los mil deberes humildes que ocupan nuestros días, para dedicarlo a la obra! A hurtos, a la hora en que no nos vean, en el sitio donde nadie nos busque, así escribimos, llevando de coro el Diccionario, y las autoridades, infusas: escondidos como monederos falsos, subterráneos como los primeros cristianos. Y se da el caso de un Paul Claudel que, desterrado en un puesto consular de China, visita todas las noches a cierto matrimonio de la colonia, durante más de un año, sin que los buenos señores se enteren, sino mucho después y de vuelta en Francia, de que su huésped habitual era uno de los mayores poetas de nuestro tiempo.

Los ensayos de usted, sus humanidades, están muy bien. (Pude decir: sus latinidades.) Hay en ellos mucho más que un ensayo, en el sentido vulgar de la palabra: hay el anuncio de un temperamento, hay algo como la amenaza de un instinto certero. Pero yo le pido a usted que haga todavía otro esfuerzo, y que no persista en el género. ¿Qué me autoriza a hablarle así? Cierta afinidad de orígenes literarios, acaso. Abandone o, mejor aún, decante un poco el arcaísmo; supere la representación exterior y algo exagerada de esa época que ya no sabemos cuál es. (La llamamos de Oro; no se trata precisamente del Quinientos o del Seiscientos, porque más que una categoría del tiempo es ya una categoría de la Retórica, contemporánea de todas las edades, desde que una vez existió.) Apresure la asimilación de los manjares elaborados por aquellos padres de las palabras; nuevas generaciones solicitan ya nuestra sangre. Usted, a solas, amigo Ermilo, siente de cuando en cuando ese pulso propio que quiere abrirse salida entre los compases de su pluma: preste oído a esa secreta música. Y advierta que digo "acabe de adiestrarse", pero no he dicho (¡eso, nunca!) "desdeñe las disciplinas". No: cíñase, oblíguese más todavía, sea más descontento, no se deje arrebatar ni embriagar con la riqueza de sus dones naturales; no suelte el grifo desconsideradamente, porque, o se inunda todo, o se encharca; no desperdicie el oro; equilibre la dimensión de las letras con

el peso de las ideas que cargan; persista y no tema, amigo Ermilo: usted es de los nuestros: yo confío.

En otros libros ha desplegado usted un arte que yo definiría en dos palabras: fantasía y anacronismo. Pero si hasta hoy su fantasía es más bien verbal, su anacronismo es —por fortuna— inteligente. De suerte que la "pintura histórica" le ha servido para hacer saltar, aquí y allá, un equívoco filosófico tan saludable y oportuno como los que el mendigo le hace tragar al abad en uno de sus cuentos. Es como si, a papirotazos, volviera usted de revés la célebre cifra de nuestro general Santibáñez, y trocara —por alarde— el 1600 en 1900. Así Valle-Inclán —uno de sus maestros cercanos— nos habla del ascensor en una farsa de tiempos de Isabel II; pero, eso sí, con cierto tacto, porque la palabra "ascensor" sólo la usa un majo como metáfora de lenguaje, sin que haya ningún ascensor determinado.

En cambio, en *El Corcovado* se ha atenido usted a su pintura de historia, y por eso me contenta menos. Algo largo el cuento para el suceso: mucho deleite de ensartar palabras por el gusto de hacerlo. Cosa legítima, claro es, pero sólo cuando no se está insistiendo en el material tradicional de una lengua, sino inventando, innovando, creando lengua. (Toda una estética ha podido fundarse sobre este "creacionismo" —¡la palabreja es abominable!— Quienes la fomentan no saben que son simplemente poetas gramaticales, hijos de la pura emoción verbal, bien que posteriores a ese fenómeno, a ese hecho último, a ese abismo adonde corremos todos hoy por hoy: el suicidio gramatical.) Usted trata ahora de acercarse, si no me engaño, a los temas nacionales, y es natural que comience por los que están más cerca de sus visiones: la España de Oro, para la que se ha forjado usted sus actuales armas literarias, su técnica, su vocabulario. Esperemos el desarrollo de este esfuerzo feliz.

Por lo demás, así veo yo al pobre don Juan, como usted lo ve. Desdichado en amores, joya moral tallada con esmeriles de burlas. Cree un día que van a acariciarle, ¡y es que, para propiciar la suerte, le pasan la mano por las corcovas! Alma desbordada al bien, tropieza uno y otro día con la grosería de la gente. Hasta que no se esconde en sus corco-

vas, verdadera tortuga; y deja los corrales del teatro por la "cuadra" de su casa, como llamaban entonces a lo que en mi infancia y en mi tierra llamábamos "la asistencia". Allí, en vez de los mosqueteros pagados por Lope para estorbar sus representaciones, se encuentra, al menos, entre gente bien nacida, que él ha escogido para su compañía y su regalo. Está harto de las hipocresías, de las mentiras, de la falta de cortesía . . . Hemos perdido la parte más dulce de su vida. En cuanto huye del "arco voltaico" de la comedia (¡anacronismo, Ermilo, anacronismo!), desaparece en la sombra de la callecita de las Urosas. Y no sabemos qué hogar o qué remedo de hogar formó; ni de dónde hubo esa hija que se le casó en no sé qué pueblo; ni si disfrutó, a lo menos, de los placeres paternales, o si la vida —como me lo temo— fue siempre con él muy madrastra. ¡Pobre poeta de la urbanidad, qué trabajos pasa! ¡Pobre nuestro don Juan, que vino a pretender en la Corte y a competir con tantos y tan grandes! Yo me he encontrado con su sombra, algunas veces, allá en Madrid. Hacía frío y había un mal fuego. Don Juan componía una comedia: *Las paredes oyen,* tal vez; su venganza, su desquite, el clamor con que apela a la piedad y a la consideración de los pósteros, de usted y de mí, de todos los hombres; la comedia escrita con sangre de su corazón. Don Juan trabaja secándose las lágrimas. No estaba seguro de comer . . . ¡Ay, si usted supiera, amigo mío!

Pero basta, que, si sigo en este tono, no sé adónde voy, y temo hablar de lo que a nadie le importa, y soy capaz de darle a usted un mal ejemplo, después de haber hecho el dómine largo rato. No me haga usted caso si no quiere, que yo siempre leeré con gusto y estimaré de veras lo que usted escriba. No publique, si no le place, esta carta, que mi amistad no ha de padecer por ello, ni la fundo ya en vanidades. ¡Figúrese usted! He conocido tales altibajos de la suerte, que al fin me repliego en ese relativo bien absoluto que está al alcance de los hombres: la buena voluntad.

Mi hijo, junto a la ría, está pescando cangrejos. Oigo sus gritos desde aquí, y lo cuido con la intención —padre

negligente. Me acaricia el vientecillo, el terral. Me tumbo bajo un árbol espeso, y no tardo en descubrir sus frutos. Es la hora —todo el mundo lo sabe— en que los pescadores de Lequeitio sueltan sus redes.

Deva, 30 de julio de 1923.

PRESENTACIÓN DE OSTRIA GUTIÉRREZ

...UN NUEVO cuentista americano que, en su *Rosario de leyendas,* presenta una como historia sentimental de su patria: breves cuentos con algo de poemas, y que van bordeando los asuntos del descubrimiento, del imperio incaico, la conquista, la era colonial, la independencia y la república.

...Un libro organizado: se articula en partes precisas y forma un conjunto agradable. Su estilo no tiene sobresaltos, ni esfuerzos artificiales de color local —con tratar motivos a veces muy locales—, ni americanismos inútiles; siendo poemático, no se hincha de pueriles lirismos. Todo es normalidad, mesura; raras, ciertamente, en autor nuevo.

...¿O será que aquella base de cordura y prudencia que el exquisito ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide notaba en Rodó es, después de todo, característica de los mejores americanos, como por desquite contra una vida con frecuencia azarosa? Así, al menos, lo oyó decir, una tarde de Barcelona, otro nuevo escritor de América, José María Chacón, al generoso Oliver. Conviene, en todo caso, recoger estos síntomas y oponerlos a la superstición europea, que hace siempre del americano un desorbitado, un estentóreo. El boliviano Alberto Ostria Gutiérrez aleja el cargo, hasta por la melancolía (¡tan americana también!) que anda por sus páginas.

Vive hace algún tiempo en Madrid: nuestras Repúblicas han descubierto, por instinto, dónde hay que reclutar a los mensajeros de la verdadera amistad internacional. Vive aquí, y no se esfuerza porque le conozcan los escritores. No los aborda, valido de la obligación de cortesía, para pedirles autógrafos, declaraciones de simpatía intercontinental, entrevistas con que escribir, después, libros apresurados, o siquiera un poco de atención. No: observa y vive; y recuerda —¡oh, recuerda mucho!

Entretanto, en los salones diplomáticos le encontramos en el rinconcillo íntimo, junto al marco de la ventana o junto

al biombo. Una acogida igual, cortés: dos ojos leales, una mano. Nada: un hombre entre los demás,

que no lo note nadie que lo vea,

—suprema regla de elegancia, en la *Epístola moral* que sabéis.

—La ciudad de la Paz —nos dice entre una y otra pausa expresiva—. ¡Tan alta! Con su aire enrarecido de cumbre, donde se ahogan tantos. ¡Está tan lejos del mundo!

Esperad. Poesía trasnochada, política y alcohol operan, en nuestras juveniles ciudades, su labor consuntiva. Un día —hechos justos y escasos— soltaremos, desde nuestras altas mesetas, palabras limpias, habitadas de éter ligero: llama, venado y cabra andina.

Madrid, otoño de 1923.

SALUTACIÓN AL P.E.N. CLUB DE MÉXICO

AMIGOS míos:

Vuestra acogida es tan afectuosa que no encuentro cómo agradecerla. Pero no temáis que me envanezca, equivocando el sentido de este festejo. Sé que es el efecto, ante todo, de un impulso de cordialidad hacia el amigo de la primera juventud que regresa tras larga ausencia, y a quien es grato volver a estrechar la mano y oír contar sus trabajos y su vida. Lo mejor que tenemos los hombres son los recuerdos, y yo formo parte de los vuestros. Juntos hemos abierto los libros, juntos hicimos algunas campañas por la cultura en México. Y ahora, después de once años, nos une hasta la memoria de los caros ausentes, de nuestros muertos, ya convertidos del todo en cosa propia, porque ya las veleidades del mundo no podrán nunca arrebatárnoslos. Algunos de los que están en esta sala leyeron conmigo, en noche inolvidable, el *Banquete*, de Platón. Éramos varios, y nos turnábamos en la lectura, según se turnan los personajes del diálogo. Estábamos en el taller de un arquitecto, un taller cuyos balcones daban sobre Plateros. Como dice Gautier en su *Historia del romanticismo*, "on lisait beacoup alors dans les ateliers". Afuera llovía sin ruido. Éramos unánimes, y bebíamos nuestro vino en el mismo vaso.

Permitidme, en este nuevo banquete, hacer votos porque renazca, en toda su eficacia primera, la concordia de entonces. Ella nos ha servido a algunos de apoyo moral, a lo largo de tantas vicisitudes, y acaso —podemos ya apreciarlo— también ha servido a nuestro país, puesto que ha impedido que se pierda el tesoro que recibimos de Justo Sierra y que hemos de entregar a los que vienen después. Permitidme que repita el mensaje que hace cuatro años os envié de Madrid:

> Conservaos unidos. Sacad razones de amistad de vuestras diferencias como de vuestras semejanzas. Mañana caeremos

en los brazos del tiempo. Opongamos, a la fuerza oscura, la muralla igual de voluntades.

Hoy podría yo añadir, destinando singularmente estas palabras a los más ilustres del grupo, que los hombres de cierta talla viven ofrecidos al pueblo en constante ejemplo moral, y que no tienen derecho a disminuir la tónica de nuestras sociedades, tan necesitadas de estímulos positivos, sean cuales fueren las disidencias transitorias que entre ellos puedan surgir.

También se encuentran aquí algunos que apenas, o sólo de oídas, me conocen. Para ellos, para los más jóvenes —a quienes va toda mi inquietud, llena de interrogaciones y esperanzas—, yo no soy, precisamente, un recuerdo (aun cuando también lo sea en cierto modo), sino que mi presencia en México es más bien una verificación: quisieran saber a lo que sabe el trato de Alfonso Reyes. Los libros pueden ser engañosos: hay que contrastarlos con su autor responsable. A veces, lo que escribimos es sólo un desquite de la verdadera vida que llevamos. Han oído hablar de mí a los de mi camada, pero quieren convencerse por sí mismos. Quieren deshacer el mito y dar, en suma, con el hombre. Tienen razón.

Pero, aparte de estos motivos de carácter sentimental, tampoco se me oculta que el honroso festejo que me consagráis tiene otras causas. Habéis vivido todos estos años sometidos a rudas pruebas. La continuidad —base única de la cultura—, la continuidad de vuestros trabajos era interrumpida todos los días por el sobresalto y la violencia. Los valores de por la mañana perdían su virtud por la noche; y más de una vez, en horas de desfallecimiento, pudisteis preguntaros si vuestros mismos ideales no serían algo como unos "bilimbiques" del espíritu, en que no se podían fundar promesas seguras. Lo peor es sentirse asido por la vorágine de las cosas exteriores. ¡Qué pocos se salvan! ¡Qué pocos se han salvado! Entre ellos, vosotros, a quienes yo, desde lejos, consideraba como se considera, entre la noche y la tempestad, al viajero que anda por el monte con una lucecita en la mano. Cada racha hace vacilar la luz, y hace temblar nuestro corazón. Tememos que el viajero se pierda o se quede a oscuras; y tal vez nos esforzamos, juntando las briznas

que encontramos al paso, por alzar una fogata que le sirva de guía.

También yo he sufrido como vosotros, sobre todo durante la primera mitad de mi ausencia. Pero mis sufrimientos fueron, ciertamente, de otro orden. Mis mañanas de perplejidad; mis raciones de patatas, económicamente distribuídas a lo largo de tres semanas; mis zapatos rotos; mis dimes y diretes para fijar precio a un artículo o a un libro, como quien vende y regatea peras en el mercado; mis noches de melancolía al acordarme de mi tierra y desear que no me olvidaran; mis últimos estremecimientos de furor contenido, al acordarme del gran incendio y las ruinas que me dejaba yo a la espalda cuando, nuevo Eneas, salí de mi Troya con el hijo y la mujer a cuestas; todo eso ¿qué importa? ¡Si, por una casualidad que agradezco a mi suerte, pude salvar la continuidad de mi trabajo preferido, la lealtad a mi vocación!

De manera que vosotros, al recibirme otra vez en vuestro seno, saludáis y celebráis en mí, más que nada, ese espectáculo de la continuidad que para vosotros hubierais deseado y tan justamente merecíais. No méritos míos, sino la mecánica de mi vida, determinada por condiciones ajenas de que yo he sido hijo afortunado. Saludáis y celebráis, en fin, esta humilde aproximación al premio gordo que me ha tocado en la lotería. Yo no puedo envanecerme por eso. Ni tampoco sé sentirme avaro. Lo poco que alcanzo, lo que traigo, amigos míos, es todo vuestro.

He sido portador de un mensaje del presidente del P.E.N. Club de Madrid, mensaje cuya lectura habéis oído. Hace mucho que yo no hablaba de nuestros asuntos mexicanos con mi querido y admirado "Azorín". Pero los problemas, aquí y allá, son, en el fondo, comunes. Y "Azorín" sabe que lo que más importa es predicar la cordialidad. No sólo la cordialidad entre los pueblos —cosa vaga, entes abstractos con quienes nunca nos confrontamos de hecho, por lo cual esta cuestión no supone un problema de la conducta—, sino la cordialidad entre los hombres, la de todos los días. No quiere esto decir que haya que pasarse la vida entre abrazos efusivos. El *do* de pecho no es, para la voz, la mejor

escuela. Basta el registro medio, equilibrado, de la buena voluntad. De la buena voluntad . . . y del buen humor, amigos míos. "¡Que me traigan al vendedor de felicidad!", gritaba, en sus abatimientos, el amable Daudet. El otro Daudet nos aconseja que gritemos tres o cuatro veces al día: "¡Que me traigan al vendedor de buen humor!" El buen humor es el clima de la flor y del fruto; es la nodriza del alción, de los griegos, que incuba las horas mejores.

El P.E.N. Club, este ensayo estratégico para centrar, para movilizar la voluntad literaria y coordinarla entre pueblo y pueblo, va a prestarnos utilísima ayuda en la guerra santa contra la incomprensión, que es la fuente de la discordia. Porque la diferencia en el sentir no es discordia. Ya dice el viejo refrán español: "Dios me dé contienda con quien me entienda." ¡Preciosa sentencia!

Afortunadamente, nuestro orbe hispánico va dando ya buenos ejemplares de animales políticos, de hombres que son como centros de reunión para los demás, capaces de sacrificar a la inteligencia común algo de su comodidad propia. Enrique Díez-Canedo no descansa hasta agotar cuantas noticias literarias sobre nuestra América aparecen en la andanada de periódicos que todos los días descarga el correo en las redacciones madrileñas. Juan Ramón Jiménez, el solitario, el egoísta pastor de estrellas (¡qué complejas son las cosas vistas de cerca!), no escatima esfuerzo alguno cuando hace falta corregir las pruebas de imprenta de sus amigos, o ayudarles a elegir el tipo, el papel, el formato, la cubierta de un libro. Escojo al azar estos ejemplos, y de propósito los busco entre los ejemplos de virtudes modestas. No hace falta, para lo ordinario de la vida, mayor desprendimiento. Que para lo extraordinario y heroico, no sé por qué se me figura que todos estamos un poco capacitados; y más en esta brava tierra, donde somos mejores para pelear y morir que para mantener la armonía con el vecino durante quince días seguidos. En este orden de la política literaria, me complace recordar al excelente Joaquín García Monge, que desde su pequeña Costa Rica acierta, solo, a recoger el eco de nuestra América y de España. Y ¿quién pondría en duda la eficacia de lo que en este Club de México, y después de cierta

célebre sátira, ya podemos llamar "las pajaritas de papel de Genaro Estrada"? Ese breve mensaje agudo —guiño oportuno, palmadita en el hombro— viene a recordarnos, cada tantos días, el deber social de las letras, la orientación más pura; nos trae la última noticia sobre la labor del compañero; rectifica el tacto de codos; organiza e inspira. Yo os invito a que colaboréis todos, con vuestras ideas y noticias, en esta nueva manera de conversación. La pajarita de papel, desarrollada como yo la concibo, vuela y cruza el mar, anda los continentes y crea la comunicación inalámbrica entre las literaturas.

Y nada más. No quiero reaccionar con demasiadas protestas de gratitud ante la efusión de vuestra acogida. Prefiero que esta emoción se me quede adentro y me sirva de alimento para las nuevas ausencias que me aguardan. Y no olvidéis que yo mismo soy vuestro mensajero, vuestro centinela destacado en tierras extrañas; que, dondequiera que yo esté, habrá atención para vuestras obras. Dadme, como hasta ahora, vuestra confianza. Decidme qué queréis que os traiga para México. Dadme —si me permitís aplicar mis viejos versos—, "dadme obras que cumplir".

México, 31 de mayo de 1924.

DISCURSO ACADÉMICO

SEÑOR Director, señores académicos y queridos amigos:

Sólo a vuestra gentileza puedo atribuir esta acogida tan amistosa; nuevo favor que añado al que me dispensasteis al elegirme individuo correspondiente de esta Academia. Las palabras de nuestro Director me obligan y conmueven. Nada me importa tanto, nada me afecta en mayor grado, ni nada puede honrarme tanto como la aprobación de los míos. He vivido, he trabajado y he estudiado siempre con los ojos puestos en México. Y como sucede que soy de los que creen en la necesidad de insistir sobre lo mejor y más alto de las tradiciones hispánicas, a cuyo estudio he consagrado mis más felices instantes, siento verdaderamente que aquí, en vuestra compañía, estoy en mi casa.

Representáis el vínculo (no me asusta repetir este sagrado lugar común) con la única herencia, todavía operante y cierta en nuestro ser nacional, aunque matizada por ventura con novedades étnicas y geográficas. Representáis, en el declive inevitable y gradual hacia el dialecto, el sentido de la continuidad, el freno contra la exageración pedante o contra la negligencia popular. Y sois llamados a dar fe (más como observadores amorosos y advertidos que como gendarmes de las palabras, desde que los fenómenos lingüísticos se consideran ya con criterio biológico y no con afán terapéutico) de cómo se hablaba y producía el latín vulgar, a principios del siglo XX, entre las márgenes del río Bravo y del río Usumacinta.

La lengua es vehículo del alma, y sois centinelas avanzados en la gran campaña que, entre vicisitudes y azares, ha emprendido nuestro México en busca del alma nacional. No sé nada de la Providencia, ni me ha sido dable asomarme a los gabinetes celestiales en que se fragua el destino de los pueblos; pero un instinto tenaz, una vigilante inquietud, me dicen que las naciones no pueden ser meras casualidades

geográficas; que urge descubrir para ellas una misión propia y distinta dentro de la obra humana total. Y, en último caso, cuando se borrara toda huella histórica expresiva, cuando el jeroglifo de sangre de nuestro pasado fuera indescifrable, habría que inventar esta misión. Somos hijos de Adán, el que bautizó las bestias y los árboles e inventó nombre a todas las cosas. Armados de la palabra hemos de entrar en el caos de las realidades exteriores; y armados también de la palabra tenemos que reducir el tumulto de nuestros hechos sociales a una coordinación, a una ley, a una promesa. De la verdad de nuestros dolores sale una enseñanza: todos sabemos ya lo que debe hacer un mexicano, y la parte de providencia que nos incumbe. En las palabras —leve signo, ráfaga apenas— está impreso nuestro destino: hablamos, sentimos, en lengua castellana. Loados los que trabajáis por la cultura genuina, y sorteando con metódica duda las soluciones provisionales de la política, preparáis simientes de porvenir.

Quiero aprovechar momento tan propicio para excitaros a la realización de un proyecto que sólo en vuestras manos puede lograrse:

Hace pocos años, en Madrid, los representantes de las naciones hispanoamericanas se reunieron, invitados por el sabio español D. Leonardo Torres Quevedo, y bajo el patrocinio de los más altos institutos científicos de España, para procurar la formación del Diccionario Tecnológico de la Lengua castellana; la recopilación de las voces que en las artes, en las ciencias, en las industrias y el comercio, son de uso corriente en el orbe hispano. O faltó en algunos afición a este género de labores, o no siempre cayeron en suelo preparado las invitaciones que dirigimos a cada una de nuestras Repúblicas. Una fatalidad oscura persigue de tiempo atrás los intentos del hispanoamericanismo militante. Los charlatanes —los "hablistanes", como decía el autor del *Diálogo de la Lengua*— han hecho que el público desconfíe de toda obra que pretenda estrechar los famosos "lazos". Nadie sabe dónde acaba la parte de "exhibición" —como hoy decimos— y dónde comienza el propósito serio. Ello es que la idea no pudo prosperar. Yo mismo recuerdo haber

hecho una manifestación oficial, al dar cuenta de los iniciados trabajos, para insistir en lo ventajoso que sería recoger y definir los términos usados en nuestro laboreo de minas, en nuestras mil pequeñas industrias típicas, donde la fuerza plástica de la lengua española, penetrando como sangre nueva la carne de los vocablos precortesianos, ha dado declinaciones y terminaciones castellanas a la raíz indígena, provocando así uno de los casos de hibridismo más singulares, tal vez por ser el más próximo que la lingüística conozca. Imaginad, por ejemplo, lo que sería el capítulo del petróleo. Imaginad lo que se estará perdiendo en las artes de miniatura que nos dan el coco labrado y la nuez calada, las diminutas vasijas de barro vaciadas a punta de alfiler; en el tejido de fibras para sombreros, cestas y esteras, y hasta en la farmacología empírica de los yerberos y saludadores del campo. Y, pasando ya de lo popular a lo erudito, ¿no recordáis —compañeros míos, hijos de la Escuela Preparatoria— las infinitas discusiones para fijar el verdadero nombre del simple que el Diccionario de la Academia, en sus ediciones sucesivas, ha llamado unas veces "flúor", otras "fluoro", y otras "floro"? ¿No recordáis los esfuerzos de algún profesor —que pudo muchas veces andar a ciegas— para saber si finalmente había que decir "célula" o "celdilla"? La Gramática tiene más amigos de lo que la gente se figura. Todos dicen abominar de ella, y casi todos tienen, allá en el fondo, cierto amor propio de gramáticos, y cierta tendencia a calificar las palabras y los giros en lícitos e ilícitos. Ha de pasar mucho tiempo antes de que se propaguen las doctrinas de la serenidad científica; antes de que la gente sepa que la lengua no se gobierna necesariamente por la lógica (muchas veces la recíproca es cierta), y que está sometida a las peripecias de todo producto social. Esta enorme masa de tecnicismos que andan en boca del trabajador mexicano hay que redimirla, hay que recogerla con democrática lealtad, hay que salvarla de los caprichos y dictámenes del aficionado ligero.

Entre vosotros, señores académicos, varios han dado ya pruebas de resistencia científica y moral suficiente para andar a caza de mexicanismos. Son como el viejo Terreros y

Pando, autor de una de las primeras recopilaciones tecnológicas en nuestro idioma, y representativo de aquel siglo en que España, por primera vez, se enfrenta con su historia lingüística para revalorarla científicamente, olvidando al fin las divagaciones sobre la lengua del Paraíso y las quimeras sobre la confusión de Babel. Al esforzado varón se le encontraba entre marineros o labradores, herreros y albañiles —y dondequiera que el oficio engendra una lengua—, provisto de papeletas, plumas y un tintero portátil. Le pusieron por mote "el Padrecito de las palabras". A vosotros, padres de las palabras, someto la idea de que emprendáis la formación del Diccionario Tecnológico Mexicano, independientemente de que se lleve a cabo el vasto plan del Diccionario Tecnológico Hispanoamericano.

Y con la esperanza de que atenderéis mi invitación, otra vez os doy las gracias, y os emplazo, con toda cortesía y respeto, a que me mostréis los primeros frutos de esta labor cuando el pulso de mi vida me traiga otra vez a vuestro lado. Donde tan honrado me hallo, y de que conservaré tan vívido recuerdo.

México, 20 de junio de 1924.

Publicado primeramente en El Universal, *21 de junio de 1924: "El Diccionario Tecnológico Mexicano".*

DESPEDIDA A JOSÉ VASCONCELOS

Los escritores y artistas que te dedican este homenaje me encargan de ofrecértelo, honrándome singularmente con ello, y mirando sin duda a lo firme y sólido de nuestra antigua amistad.

Ya que no llegué a colaborar contigo, salvo en la intención, para tu admirable campaña de cultura, me complace ahora darte este testimonio público de admiración y de afecto, cuando ya nuevas solicitaciones —yo creo que, en el fondo, las mismas— atraen tu voluntad hacia otros campos de combate.

Fuimos siempre, en nuestra concordia o nuestra discordia, buenos camaradas de guerra. Lo mismo cuando casi nos tirábamos los tinteros a la cabeza con motivo de una discusión sobre Goethe —¡ese precioso instante de la primera juventud en que contrajimos, para siempre, los compromisos superiores de nuestra conducta!— como cuando, lejanos y desterrados, vendíamos, tú, en un pueblo de los Estados Unidos, pantalones al por mayor, hechos a máquina, y yo, en Madrid, artículos de periódico al por menor, hechos también a máquina. Cada vez que la vida se nos ponía dura —bien te acordarás— iba una carta del uno al otro, buscando la simpatía en el dolor. Los dos me parece a mí que nos comprendemos y nos toleramos. Somos diferentes, y eso más bien nos ha acercado. Yo no puedo hablarte sino con palabras de íntimo trato. Yo no puedo dirigirme a ti en términos de solemnidad oficial: eres parte en la formación de mí mismo, como yo soy parte en la tuya.

En el ocio todos somos iguales. Tú, hombre activo por excelencia, has tenido que acentuar tus perfiles, que ser distinto, que provocar entusiasmos y disgustos. Sin embargo, todos —unos y otros— han reconocido la magnitud y la honradez de tu esfuerzo, que con razón te ha conquistado el aplauso de nuestra América y la atención de los primeros

centros intelectuales del mundo. Con el tiempo se apreciará plenamente tu obra. Te has dado todo a ella —buen místico al cabo—, poseído seguramente de aquel sentimiento teológico que define San Agustín al explicarnos que Dios es acto puro. Saltando sobre la catástrofe, has cumplido algunos de los ideales que alimentaron nuestros primeros sueños en la Sociedad de Conferencias, el Ateneo de la Juventud, la Universidad Popular: —las mil formas y nombres que iba tomando, desde hace quince años, nuestro anhelo de bien social. Te has desenvuelto en un ambiente privilegiado en cierto modo, pero en otro sentido funesto y peligrosísimo: removidas profundamente las entrañas de la nación, parece que toda nuestra sangre refluye a flor de vida, que todas las fuerzas están movilizadas, que se puede fácilmente hacer todo el bien y todo el mal. Pero cuando se puede hacer todo el mal, ya no es posible —a pesar de la tentación apremiante—, ya no es posible hacer todo el bien. Éste es el dolor de la patria, y ésos han sido, asimismo, tus tropiezos. Ésos los de otros que, cercanos a ti o casualmente distanciados, merecen un sitio en nuestra gratitud, y a quienes sé yo muy bien que eres tú el primero en admirar y querer. Contaste, además, y siempre será una honra para ellos, con la generosa comprensión de unos compañeros de gobierno que te han dejado ser como eres, confiando en tus inspiraciones y subordinando al fin patriótico cualquier diferencia secundaria.

Tú, amigo, edificador de escuelas y gimnasios, constructor de talleres, Caballero del Alfabeto, nos has dado también el ejemplo de la bravura, virtud fundamental en los hombres. Otros hubiéramos predicado las excelencias del estudio con la rama de laurel o la simbólica oliva en la mano. Tú te has armado como de una espada, y te has echado a la calle a gritar vivas a la cultura. Acaso era eso lo que hacía falta. Acaso era nuestro remedio extremo. A veces es fuerza imponer el orden a puñetazos. La ciencia es cada vez más larga; la vida es cada vez más corta. Y nuestro pueblo, en la ciudad y en los campos, padecía hambre y sed del cuerpo y del alma, cosas que no admiten espera.

Los verdaderos creadores de nuestra nacionalidad —no siempre recordados en nuestros manuales de Historia— han

trabajado, bajo las amenazas del furor y de la violencia, con esfuerzos siempre interrumpidos, oponiendo una constante voluntad de bien a los incesantes asaltos del error. ¡Oh Justo Sierra! De medio siglo en medio siglo, otro más se deja caer, exánime, y entrega el mensaje al que ha de seguirlo. Y éste es el hilo patético que mantiene nuestra seguridad como pueblo civilizado. Felices los que siembran la buena semilla que da el pan para todos. Beatos los que no escatiman su vida, porque ésos se salvarán.

México, 5 de julio de 1924.

Publicado al día siguiente en dos diarios de México: El Universal *y* Excelsior.

NOTAS SOBRE JESÚS ACEVEDO

On lisait beacoup alors dans les ateliers.
TH. GAUTIER, *Hist. du Romantisme.*

EL NOMBRE de Jesús Acevedo aparecerá como un santo y seña en los libros de nuestra pléyade, pero su obra —que fue, sobre todo, de precursor: obra de conversaciones, de atisbos, de promesas— no podrá recogerse. El tomo de disertaciones, por decirlo así, oficiales, que Federico Mariscal publicó tan piadosamente, no da idea, en manera alguna, de lo que fue Acevedo, arquitecto que casi no llegó a poner piedra sobre piedra. El volumen de artículos que alguna vez ha de publicarse, hijo de los obligados ocios de Madrid —donde este lector de los simbolistas franceses quiso cambiar unos días el grafio por la pluma—, es un documento curioso para la literatura mexicana y tendrá el sabor de una sorpresa.

Sin ser Acevedo un escritor, se adelanta en sus métodos a nuestros colonialistas jóvenes. La acumulación de detalles y el rebusco de las palabras de cierta clase —palabras de ropaje vistoso, achaque de pluma no avezada— son aquí signos de un temperamento, y denuncian el voluptuoso apetito por los objetos de arte, las líneas y los colores. Diego Rivera asegura que, de todo su grupo en la Academia de San Carlos, el arquitecto Acevedo era el que tenía mejores ojos para pintor. En *Corrientes oceánicas* * nos deleitan los galicismos como frutos prohibidos; nos encantan los tropiezos de la afectación arcaizante; rastreamos el recuerdo de cosas recién vistas en los museos; sorprendemos el injerto —verde y nuevo aún— de vocablos apenas aprendidos en tal fragmento de Tirso (el color verde gay) o de Ruiz de Alarcón (los potros que gastan las guijas con las herraduras); seguimos las dóciles reminiscencias de Díaz Mirón (todo el tró-

* Después se llamó *La llegada del Galeón,* y luego, *La Nao,* y con alguno de estos nombres apareció en una revista madrileña, *Alrededor del Mundo.*—1955.

pico) y aun de Altamirano ("Del mamey el duro tronco // picotea el carpintero"); aceptamos la monotonía de las frases con el sujeto al cabo, y la constante quebradura del *que;* galopamos en la fluencia incontenible de versos alejandrinos que mal gobiernan las riendas de la prosa; nos damos cuenta de que ha recordado y superado la *Visión de Anáhuac,* y, en fin, quedamos conquistados.

Dije de él que era escritor de los que no escriben. Anuncié que, cuando hiciera libros, sus libros serían los mejores. No se cumplió mi profecía (propiamente, él nunca se puso en serio a escribir un libro), ni mi observación salió justa, porque a la postre nuestro Acevedo también incurrió en la letra escrita. Buscad en las páginas de Pedro Henríquez Ureña la influencia de Acevedo en la formación de la Sociedad de Conferencias y el Ateneo de la Juventud, orígenes de nuestra campaña. Y recordad, sobre todo, esta escena, que nunca olvidaremos los que en ella fuimos actores:

> Una vez nos citamos para releer en común el *Banquete,* de Platón. Éramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quién la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del *mundo de la calle,* por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad.*

Era la calle de Plateros. Era el taller de Jesús Acevedo. Éramos amigos unidos para siempre. Amanecía cuando cerramos el libro. Sólo entonces nos dimos cuenta de que había llovido toda la noche.

...Esos hombres, que no son escritores, que estudian, observan, y de pronto escriben mejor que los demás.

Acevedo, conversador magnético, ejercía verdadero imperio sobre muchos. Quería dominar suavemente a sus ami-

* Pedro Henríquez Ureña, *La cultura de las humanidades,* discurso de inauguración de las clases en la Escuela de Altos Estudios de México, 1914.

gos; y si alguno se le emancipaba, rompiendo el influjo mágico, entonces Acevedo se dolía, se quejaba.

No he conocido mejor conversador, y he conocido a muchos.

Tenía dos *teams* de amigos: uno lo formábamos nosotros. El otro lo reclutaba él a la medianoche.

Cierto sarcasmo, cierta manera desdeñosa —mientras vivió en México. En el destierro, el resorte se aflojó, se rindió el carácter. Acevedo sufría entonces hasta las lágrimas, echando de menos, como perro callejero, el paisaje de piedra de su ciudad mexicana. No quiso luchar: se dejó morir. Empezó a morirse de la voluntad desde Madrid. Y acabó en cualquier pueblo de los Estados Unidos, lleno —me figuro— de saudades y melancolías.

Amigo travieso, le gustaba someter al amigo al torcedor de una paradoja, de una burla imperceptible. Lanzaba una frase como un flechazo. Inventaba una historia cruel. Traía siempre a alguien de perrito faldero. En un gesto oblicuo que ha sorprendido Diego Rivera (retrato cubista, propiedad de Genaro Estrada), dejaba caer como por sobre el hombro una opinión temeraria, una noticia imposible. "Haceos duros", decía. Pero no pudo soportar el cielo extranjero, ¡él, que era tan europeo entre nosotros!

Dio en vestirse con boina, blusa, pañuelo al cuello y alpargatas para ir a los tendidos de sol. Gozaba de nuestro barrio pobre. Los domingos, como no había para diversiones, entreteníamos a la familia representando los cuadros del Prado: por ejemplo, el retrato del Conde-Duque, de Velázquez. Él hacía de caballo bravo, con fuego en los redondos ojos; yo hacía de jinete, y el otro vecino —Martín Luis Guzmán— se ingeniaba yo no sé cómo para hacer de fondo del paisaje.

Inventábamos, entre los tres, bailes, charadas, escenas. Representábamos, con éxito, una opereta italiana reducida a síntesis, anticipándonos, sin saberlo, al Teatro del Murcié-

lago ruso, que da *El barbero de Sevilla* en cinco minutos. Nuestra opereta tenía un recitado glorioso:

—¡Ahí viene don Pasquale! —cantaba yo. Y Acevedo me respondía:

—¡Dile . . . que pase!

Más tarde, cuando se cambió de barrio, lo encontré un día muy afligido, con una guitarra en las manos:

—Quiero y no puedo, "mi Alfonso" (así hablaba él a sus amigos). Ya mis manos, no educadas a tiempo, se resisten. Eso me pasa con la vida en el extranjero. ¡Qué ando yo haciendo aquí!

Escribía para matar el tiempo; escribía después de nuestros paseos por los alrededores de Madrid o nuestras visitas a los museos. Y cada día incrustaba en la página un giro, una palabrita, una observación más. Le desconcertaba la pobreza material del oficio del escritor. Él hubiera querido hacerlo con "restirador" —como en México decimos—, con compás, escuadras, regla T, transportador, escalas, doble decímetro, qué sé yo.

Concibió un cuento —un retrato imaginario al modo de Walter Pater—, que no tuvo tiempo de escribir: un platero, un Arfe español, llega a la Nueva España, donde su arte se contrasta y perfecciona con el de los mexicanos. Poco a poco, en fuerza de imaginación, enloquece; se hace vagabundo, y se pierde por los pueblecitos de indios. Los indios lo adoraban y seguían como a un padre, adivinando en su locura un fuego sagrado. A veces, entre delirios, el vagabundo cogía el oro entre las manos y . . . ¡Qué triste, qué hondo asunto! ¡Qué historia ha perdido la literatura mexicana!

Servía de ayudante a un constructor a quien, sin proponérselo, Acevedo —discípulo de Francia— daba lecciones hasta sobre el modo de tajar lápices. Trabajaba en la misteriosa Plazuela del Conde de Barajas, junto a los contrafuertes y bastiones de la Plaza Mayor, según se baja por la escalera del "Púlpito", camino de la calle de Toledo, que es cuanto hay que decir. Era un piso bajo, y yo venía a lla-

marlo por la ventana, a la hora en que él y las costureras del barrio acababan sus tareas. Guardaba sus instrumentos cuidadosamente, y salía a la calle.

Pero, a la otra mañana, el dibujo había adelantado solo; los grafios estaban sucios, y había heces de tinta china en los godetes. Es un duende —opinaba Gómez de la Serna—, el duende del Conde de Barajas, que se ha enamorado de los juguetes del dibujante.

Tal era su vida en Madrid.

Martín y yo nos aventuramos por esas tiendas, para proponer los dibujos y acuarelas de Acevedo. Él no se atrevía. Nunca logramos vender nada. Acevedo hacía unos cuadros encantadores, con amenidad y riqueza de grabados viejos, casi siempre bajo la preocupación del arquitecto: grupos de albañiles acarreaban piedras, y trepaban, con cubos y sogas, por los andamios. Pero el imbécil del comerciante hubiera preferido manolas con abanicos y mantillas, rejas de claveles, etc.

Me dijiste un día:

—¡Qué intensa y rara ha de aparecer nuestra vida a los que mañana se asomen a contemplarla con amor!

Pero ¿no es así toda vida?

A veces te veo, en mangas de camisa, al balcón de tu casita de barrio mexicano. Suena el fonógrafo, para darle gusto a la Fulana. Y tú hojeas tu *Paul Verlaine,* donde has pegado retratos de mujeres.

Camarada con quien he compartido, en las mocedades de México, la puta y la locura:

"Mis dos manos estas flores te dan."

México, julio de 1924.

DELICIOSO VIAJE

(Para un libro de Francisco Monterde García Icazbalceta, que cuenta finales de fábulas.)

DELICIOSO viaje al país de Alicia. Los personajes nos son ya conocidos como en el décimo episodio del *film* por jornadas, y nos interesan como vecinos de muchos años. Es la misma historia, contada de otro modo.

Delicioso viaje al país de Alicia. Los animalitos dan consejos prudentes. Pero como la fábula continúa —irrestañable— más allá de la moraleja, nos detenemos atónitos, fuera de fronteras, contrabandistas inconscientes, sospechando que hay, en los antípodas, otra ética.

Diminuto viaje al país de Alicia. Microscopía que da realce visible al pétalo, al élitro, a la gotita de lágrima y al rubí de la granada. Hora en que las mariposas planchan sus alas. ¿Qué fue? Una sílaba: la campanita nocturna del sapo; el petardo de la castaña en la brasa; el hada mosquito, el hada cínife, que dio en la vidriera unos leves golpes con las uñas.

Alicia, estáme atenta: eran las cinco y cuatro; y, bajo el árbol de la ventana, la mesa del té. Apenas la Liebre de Marzo —locuela, lunática— untaba su pan de mantequilla, cuando . . .

1924.

RESPUESTAS

1ª No sé, verdaderamente, cuál libro prefiero entre los míos. Así lo declaraba yo hace un par de meses al director de *L'Amérique Latine,* de París, y ahora lo repito al periodista de mi tierra que me interroga. Me interesan, de cierto modo especial, *El suicida* y *El plano oblicuo,* pero tampoco puedo olvidar a mis otros hijos. Yo siempre escribo bajo el estímulo de sentimientos —¿cómo diré?— constructivos. Lo que me deprime o me angustia nunca es fuente de inspiración en mí. Cada libro me recuerda un orden de estados de ánimo que me es grato, que me ha sido útil —íntimamente útil— dejar definido. *Cuestiones estéticas,* aunque escrito en la lengua tortuosa de la adolescencia, me recuerda las orientaciones fundamentales de mis estudios, mis primeros entusiasmos por los grandes libros. *Cartones de Madrid* es para mí, en su brevedad, toda una época de mi vida: la de mis alegres pobrezas. Los tomos de *Simpatías y diferencias* serán, a la larga, como un plano de fondo, como el nivel habitual de mis conversaciones literarias. Porque siempre estoy queriendo comunicar y cambiar ideas con los demás; y como no tengo ocasión de hablarlo todo, escribo lo que se me va acumulando. Es muy frecuente que el recuerdo de mis amigos me ande rondando al tiempo que me pongo a escribir. Hay, entre las mías, muchas páginas que llevan una dedicatoria entre líneas. De igual modo, tras de cada libro me aparece el cuadro de las emociones que lo empujaron, que lo produjeron. En mí, el razonamiento más clarificado y dialéctico procede siempre de un largo empellón de sentimientos que, a lo mejor, han venido obrando durante varios años. Así, cuando se me pregunta por un libro mío, corro el riesgo de contestar algo que no corresponde al libro en cuestión, sino a ese doble fondo invisible que las obras tienen a los ojos de su creador; a ese otro libro no escrito, de que el libro publicado es sólo un efecto final, un hemis-

ferio visible; a ese libro fantasma que nunca conocen los lectores, y que los críticos nos esforzamos a veces por adivinar. (Me figuro, por lo demás, que otro tanto acontece a todos.) Pero, por regla general, libro escrito es deseo apagado. Esta ansia inagotable de encontrar sentido a nuestra vida, de hacer, con la materia fugaz de la conciencia, un ser congruente y objetivo, un poema; esta ansia, no bien acabamos una tarea, busca nuevos rumbos y aspira hacia la confusa obra en gestación. Es un anhelo que se parece tanto al amor. Los físicos demostrarían fácilmente que, cuando llega el apremio de escribir, hay palpitaciones cardíacas semejantes al sobresalto amoroso, e iguales descargas de adrenalina en la entraña romántica. Hoy por hoy, no sé ya qué pienso de mis libros escritos. Estoy ocupado, torturado y gozoso, con los que llevo dentro.

2ª ¿Qué fin persigo al escribir? Me guía seguramente una necesidad interior. Escribir es como la respiración de mi alma, la válvula de mi moral. Siempre he confiado a la pluma la tarea de consolarme o devolverme el equilibrio, que el envite de las impresiones exteriores amenaza todos los días. Escribo porque vivo. Y nunca he creído que escribir sea otra cosa que disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual, y, por consecuencia, depurar de paso todos los motivos de la conducta. Ya sé que hay grandes artistas que escriben con el puñal o mojan la pluma en veneno. Respeto el misterio, pero yo me siento de otro modo. Vuelvo a nuestro Platón, y soy fiel a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza.

3ª ¿Obras en preparación? Eso es una cuestión doméstica. Yo acostumbro cerrar las persianas para estas cosas. Hablemos más bien de las obras de próxima publicación; es decir, ya dadas a la imprenta. Dejé en Madrid los originales de un libro de ensayos breves que se llama *Calendario,* el apunte cotidiano en la hojita de papel. Mi amigo Díez-Canedo me hace el favor de corregir las pruebas. Quien haya hecho otro tanto para el libro de un compañero, sabe lo que debo a este hombre sin par. Dejé también en manos de Rafael Calleja un poema dramático en verso libre, *Ifigenia cruel,* cuyas pruebas fueron ya revisadas por mí. Los

últimos cuidados quedan al amigo Rafael, que, además de un editor excelente, es un fino hombre de letras. Me es muy grato no poder hablar de mis trabajos sin nombrar a mis amigos. Al cabo —decía Stevenson— toda obra impresa es como una carta circular dirigida a nuestros amigos.

4ª. No sé cuál será mi mejor poesía. Tengo, de algún tiempo a esta parte, cierta predilección por el *Descastado,* acaso porque me parece una poesía sincera y personal. La he publicado a renglón seguido, sin disposición de versículos, por razones de comodidad objetiva, y porque cada párrafo de ella, por llamarlo así, quiero que revele a los ojos su unidad interior. Pero el oído habituado percibe fácilmente ritmos y cadencias más allá de la regularidad métrica. Esta poesía no representa, afortunadamente, mi estado de ánimo habitual, sino el de un momento de caprichosa melancolía, de mal humor casi, en que sentí dentro de mí algo como la guerra civil psicológica que a todos nos amenaza, y más a los hijos de pueblos en que hay mezclas o mestizajes relativamente recientes. Me interesan más, como es de suponer, otras composiciones de nueva fábrica, pero inéditas todavía, de que aún no tengo derecho a hablar. El libro *Huellas,* en que aparece el *Descastado,* es un libro poco construído, donde establecí divisiones caprichosas que sólo sirven para desorientar al lector, cuando sólo debí hacer dos partes: lo viejo y lo nuevo. Pagué allí el pecado de no haber ido recogiendo y publicando los ciclos poéticos en el momento mismo en que se producían. Y a pesar de los abnegados esfuerzos de Genaro Estrada, ni él ni yo logramos evitar por todo el libro una viciosa vegetación de erratas. El primer ejemplar que cayó en mis manos me obligó a meterme en cama, en estado de verdadera postración nerviosa. Ventura García Calderón decía, en París: "Nuestro amigo Reyes ha publicado un libro de erratas acompañadas de algunos versos."

Me cuidaré, en adelante, de dar más unidad a los libros de versos. Y tanto mejor si llegara a conseguir que cada libro fuera un poema.

México, junio de 1924.

UN PINTOR

MANUEL RODRÍGUEZ LOZANO alza la cabeza, como las llamas, por sobre las dos o tres canalladas serias que le ha hecho la vida, y domina con los ojos las puntas de las yerbas. Todo él, fuego contenido. No la explosión ingrata del petardo, sino la consunción larga, profunda y sabrosa de una pipa bien gobernada.

Reinan la razón y la idea, maestras en el torbellino de todas las cosas subconscientes, y los sentimientos son los pajes graciosos. Nada de blanduras inútiles, ni de lágrimas sin permiso, ni de indecisiones que no hayan sido queridas y calculadas por la voluntad. Jinete seguro en el caballo, todas las oscuras fuerzas de la bestia colaboran para el milagro del tranco, el galope y la cabriola y corveta; pero siempre al grado del caballero, y no al estímulo azaroso de la hoja que se cayó del árbol. No saben los necios lo que se pierden. ¡Ah, lo que es gustar plenamente cada sabor de vida, hasta en el reflejo vibrátil, inasible, de una pestaña! Rey poderoso el hombre que se adueña de todo su aparato poético: es embudo del universo, es lente para toda la luz del mundo.

A este pintor, naturalmente, no le baja la inspiración de cuando en cuando, como a las mujeres lo suyo. La obra es constante, unida, desplegada en el tiempo justo, querida por las manos, realizada a través del tacto. Y los cuadros se acaban en su mente antes de que empiece la obra exterior de los pinceles. Así, no lo engañan los ojos de fuera —malas sirenas—, y si el primer color manchado en un ángulo de la tela parece débil, él sabe que resaltará y cobrará su equilibrio cuando, en los demás rincones del cuadro, florezcan los demás tintes que viven ya en los ojos de dentro. La obra, antes elaborada y como hospedada en el alma, se contamina con las leyes del alma, cede a los hábitos de la casa, gana un singular ajuste psicológico: ni agregación de aluvión,

ni casualidad feliz (aunque siempre, por si regresa la paloma, hay que dejar abierta alguna ventana del arca): más bien, cifra, escudo acuñado, moneda de ley, orgullosa de ostentar el busto de un hombre.

El pintor dice de repente:

—Veo, gusto, oigo, siento y presiento, palpo y recuerdo, todo con el tacto.

E interroga el porvenir con cierta delicada amargura, por si el tiempo encoge la exquisita piel de zapa del tacto. ("Por lo que el tiempo encoja", es expresión favorita de nuestro pueblo.)

El pintor dice de repente:

—A veces me figuro que nuestras obras representan la descarga de nuestros defectos, y que el alma sigue después su rumbo más ligera de fardos, purificada con cada nueva creación. La crítica podría entonces bucear en las obras humanas, no las excelencias, sino los errores del autor en tal o cual hora de su evolución trascendente.

Y otras, embriagado de perfección:

—Mi fórmula es ésta: el arquitecto que danza.

Encargado de la dirección artística de los niños mexicanos, y partiendo de los atinados atisbos de Adolfo Best, adquiere resultados extraordinarios, y a la vez que agiliza las manos de las nuevas cosechas de hombres, los dota de un lenguaje para captar y expresar sus emociones plásticas. André Salmon, al solo examen de estas pinturas infantiles, exclama:

—Base de una nueva estética.

Tan joven, tan valiente, tan armonioso que no quiere ignorar la música, ni la matemática, ni la poesía. Y decidido a pesar en el platillo de la balanza donde estamos acumulando los anhelos de lo que todavía no existe. Cree en el bien uno, platónico, y en que un solo nervio, un hilo fundamental ensarta todas las perlas de la creación.

Y así, creador de cuadros y despertador de hombres, empieza a viajar con su evangelio, y baja de las mesetas mexicanas acompañado de dos discípulos: el vivo y el muerto. El vivo: Julio Castellanos, especie de Gandhi con irisaciones y complicidades de Anáhuac, en cuyo ser, tajado a

planos, las mismas flechas de su maestro se quedan prendidas como por fuera del escudo: quieto, dulce, igual, sólo tembloroso cuando entra en los colores. No sabemos adónde irá, pero lleva el trote de la raza, el trote sociológico. Ese trote inacabable que, desde los emisarios de Moctezuma, viene a nosotros, y parece que ha de ceñir la Tierra con otros anillos de Saturno. El muerto: la maravilla y flor de la pintura mexicana, Abraham Ángel: tan precoz y ardiente, que tuvo que desaparecer como Rimbaud. El joven maestro, en medio de sus conversaciones, se vuelve a veces para acariciar al compañero invisible. Y entonces calla, quemando siempre; y entonces viene a ser la pipa encendida, cuando duerme y cunde sin humo.

El momento es único: es el rebrotar de las artes mexicanas, ¡oh Diego Rivera, fecha en la pintura del Continente! ¡Oh amigos pintores, escultores, arquitectos y músicos, a quienes, sin nombrar, confío una esperanza!

Y Rodríguez Lozano, siempre alejado de lo pintoresco fácil, que él llama el "jicarismo", la imitación mecánica de las jícaras que pintan nuestros indios. Tan metido en la verdad psicológica de nuestro pueblo. Hombres como él acaso acierten a sorprender, con sus dones de equilibrio más allá de la simetría, algunas fórmulas que permitan evocar la profunda alma mexicana. Yo siempre he creído que el mexicano es justo, hacedor de obras bien atadas y, para de una vez decir palabras fatales, clásico en suma. Sino que no quieren entenderme los ignorantes, porque se figuran que no puede ser clásico en la obra quien es romántico en la vida.

¿Que si técnica, que si dibujo, que si color, que si peso, que si calidad? ¡Oh, no! Nunca han gustado los pintores de lo que escribimos los literatos sobre estas cosas. Permítase al moralista que busque, allende los cuadros, la moraleja o moralidad de esta alta pintura.

París, noviembre de 1925.

HOMENAJE A PAUL GROUSSAC

Los ORGANIZADORES de este justo homenaje han querido que se oiga en él la voz de un escritor de América. Último alumno de las letras, me toca el honor de contribuir a este acto, y quisiera que mi manifestación sea breve y precisa.

La obra de Paul Groussac es vasta y múltiple. Inútil pretender juzgarla en pocos minutos. Expresión de un temperamento pletórico, escapa a la clasificación de los géneros; y tengo para mí —sin que ahora pueda detenerme a demostrarlo— que hay que aceptarla o rechazarla toda en conjunto, como se acepta o se rechaza el trato de un hombre. De tal manera, en Paul Groussac, se confunden la obra y la vida. Aquí no vale preferir el viajero al crítico, o el novelista al autor dramático. Nos complacemos en sentir, sobre este rimero de páginas numerosas, la honda respiración de un hombre; y van a este hombre —a este hombre que se ha contado en libros— los saludos de nuestras dos manos leales. Soldado que cuelga el escudo en la columna; emérito no cansado aún, pero ya maduro para las primeras caricias de la fama. Sepa, pues, que no ha trabajo en balde ni ha sembrado en roca. Hay enseñanzas en su vida, en su obra, que yo me apresuro a evocar para los americanos de mi tiempo.

Hay quienes viven del oficio y la sabiduría heredados, prendidos al mismo telar doméstico, prisioneros de las dos o tres calles diarias; y encuentran, en sus pocos metros de existencia, las leyes del equilibrio general. Toda nuestra admiración por su esfuerzo es incapaz de hacerles ganar nuestra cabal simpatía. Sospechamos que la soledad, que el alejamiento y el aire enrarecido esconden siempre vicios secretos. Y ya sabéis que el solitario Nietzsche, con ser Nietzsche, como se documenta sobre literatura francesa en el puesto de libros de la estación de Sils-Maria, nos sale un buen

día admirando, por psicólogos representativos de Francia, junto a Maupassant y a Jules Lemaître, ¡a Madame Gyp!

Hay hombres en quienes el fermento de vida no se está quieto. En la torre de su espíritu se abren a un tiempo las cuatro ventanas cardinales, y no bien se asoman por una, cuando ya les solicita, no la curiosidad —que son absolutos, y entre Dios y ellos no queda intersticio para la simple curiosidad—, sino la necesidad imperiosa de las otras tres ventanas del alma. Éstos son, por derecho propio, ciudadanos del mundo: hombres de frontera, en cuya mente se concilian y son fecundos los sabores y encontrados orgullos de varias razas, de varios pueblos. Parece que los torturara, desde los albores de la conciencia, un mal divino. Apenas cierran los libros del liceo, y ya han echado a volar la fantasía por sobre montañas y mares. Orgullo de América, gloria pura de América el ser imán para los soñadores de Europa. No sólo embarcan hacia nuestras playas los desamparados, sino algunos hombres universales, como los que producía el Renacimiento, empujados por una sed misteriosa. Al joven Humboldt, los números de la Aritmética se le figuraban flotas de piratas con rumbo a continentes vírgenes. España descarga mil veces sobre América el desborde de su imaginación y su sangre. Los solos nombres de Liniers y Amédée Jacques bastan a evocar las atracciones de Sudamérica sobre Francia. Y yo sé bien, Paul Groussac, que un día, un muchacho de dieciocho años, que aún no sabía una palabra de español, desdeñando los diplomas de Europa y hasta la halagüeña perspectiva de la carrera naval, embarcó para el Plata, y anduvo pastoreando ganados en las estancias argentinas, y pastoreando también sueños y anhelos hasta los confines en que la Pampa deja que el cielo y la tierra se entrefluyan.

Hombres de frontera, por encima de la limitación geográfica; porque acaso hemos venido al mundo a nivelar las casualidades del espacio. El sí y el no relativos han perdido para ellos toda eficacia. Contemplan la historia desde dos continentes; su visión se afirma mucho más allá del compás de una sola ciudad, de una sola civilización. Hace falta un temple extraordinario para vivir así, en medio de todos los

vientos. "Gran corazón —decía Gracián— para resistir los grandes bocados de la fortuna." Y, sobre todo, si se hace la obra del organizador, la obra paciente, minuciosa, del filólogo, del bibliotecario.

Francés de América, o americano de Francia: las dos manos del escudo argentino; signo, por ventura, de una libre fraternidad, de una libre circulación entre hombres y entre pueblos. De esta posibilidad de transportarse y colaborar entre nosotros, Paul Groussac es un ejemplo elocuente. Sin estrategia, sin cálculo, sin pararse mucho a examinar métodos ni embrollos convencionales de leyes y costumbres, echó a andar entre Francia y América, y demostró el movimiento andando. Trabajó para las dos naciones, para las dos lenguas. Es un precursor de la concordia. Pero —¡cuidado!— con su decoroso nombre de familia bien grabado en el corazón. El descastamiento es como una caída, hijo ciego de la gravedad. La conciliación de ambientes, el equilibrio superior que asciende desde la pequeña verdad de campanario hasta la verdad universal —saltando, con todo respeto, por encima de los prejuicios útiles para muchos—, es un empeño varonil en que los más débiles se queman.

Y, finalmente: la valentía; cierto coraje en la pluma, cierta puntería en las palabras: una prestancia de hombre de acción que se ha querido derramar en los libros, acaso porque el pensamiento es la forma plena de la acción.

Por aquí, Paul Groussac conquista a los jóvenes entre los jóvenes. Hijos de las conmociones del mundo, los de treinta años abajo no conciben la meditación sin la bravura; se educan en medio de alarmas, y a cada rato se echan por mitad de la calle. Yo fui de los últimos tentados por el Gabinete de las Musas, su amenidad, su silencio y su aire capitoso; pero los muchachos tienen razón, y hacen ahora lo que el mundo necesita de ellos. Esta confesión me arranca la vida, y yo la presto como una corona para el homenaje a Paul Groussac.*

París, 26 de noviembre de 1925.

* Ver "El secreto dolor de Groussac" (1929), en *De viva voz.*

IV. ARCHIVO

EL OTRO QUINTANA

En la primavera de 1923, envié desde Madrid la siguiente carta a la revista universitaria de México El Libro y El Pueblo, *que estaba especialmente consagrada a informaciones bibliográficas:*

HOY PIDO a mis amigos noticias sobre un don Manuel José Quintana, a quien no hay que confundir con el otro. De este Quintana sólo he podido encontrar un libro en prosa: *Cesarinas*, impreso en Orizaba, por Pablo Franch, el año de 1893. Esta edición es privada y nunca se puso a la venta. El colofón dice así:

> Este libro se imprimió en Orizaba, en la Tipografía Católica, terminándose el día 31 de mayo. El papel de esta edición es fabricado en Orizaba, Estado de Veracruz, México, MDCCCXCIII.

Por cierto que la edición es clara, y el papel —tan superior a los que hoy se usan en la librería española— honra a la fábrica veracruzana, y podría exhibirse con dignidad en una Feria del Libro Mexicano.

Este Quintana está clasificado en los índices de la Biblioteca Nacional de Madrid como autor hispanoamericano, por el solo hecho de que su libro fue impreso en México. El negligente archivero que lo clasificó no se tomó el trabajo de hojear el libro. Hubiera averiguado entonces, por las declaraciones expresas del autor, salpicadas en las primeras páginas:

1º Que este Quintana es sobrino del otro, cuyos versos cita en la página 8 con una ingenua nota que dice: "Séame permitido citar estos versos de mi inolvidable tío."

2º Que era español (pág. 2).

3º Que había vivido varios años en Italia (página 2), donde concibió la idea de su libro y comenzó a estudiar el

asunto. También había viajado por Grecia (Atenas y el Pireo, pág. 2).

Y 4º (Por si de algo sirven estos datos: que el autor es muy lector de Bossuet, cita la autoridad de Dumas, y es admirador de Zola, a quien llama "el gran anatómico social moderno".)

La obra está consagrada a describir el lujo vicioso de Roma bajo los Césares. El autor es un latinista consumado. Maneja sus temas con facilidad. Escribe de un modo agradable, según la elocuencia de su tiempo. El libro se lee con provecho. El que escribió estas "antigüedades romanas" merecía ser mencionado en los tratados de historia literaria.

Sin duda este Quintana consideraba muy escabroso el asunto de su obra, y ésta puede ser una de las causas de que el libro no sea venal.

En la página 105 asegura que la disolución del Imperio era inevitable por su corrupción. Y añade: "Su estado social, político, moral y religioso se explica en las siguientes líneas." Y, al volver la página, donde esperamos encontrar la cita que anuncia, sólo encontramos (pág. 106) —efecto verdaderamente "cubista"— un mazacote de letras entre comillas, donde apenas la palabra "Roma" es legible. Lo curioso es que hay una nota al pie, y la nota al pie es igualmente una retahila de letras ilegibles. Parece uno de esos "empastelamientos" —que decimos los del oficio—, en que, de propósito y a última hora, el autor, por algún escrúpulo o razón, hubiera mandado desordenar las letras y formar este enredijo cómico. Acaso pudo intervenir también la censura eclesiástica, puesto que el libro está impreso en una tipografía católica. Lo más singular es que, en este caos tipográfico, se conservan respetuosamente las masas que corresponden a las primitivas palabras, y dentro de cada una de estas que llamaremos palabras, nunca se repite la misma letra. Este fenómeno, esta ley, me han hecho pensar en el empleo posible de alguna escritura hermética, cuya clave dejo a los más agudos. Si, como supongo, la obra se encuentra en México, podrán los curiosos examinar el caso.

Este Quintana, que había viajado por Grecia, Italia y Perú, y que acabó en Orizaba, ¿será algún Cónsul español?

Pronto empezaron las respuestas, que transcribo por su orden:

I

The University of Texas, Austin. Office of the Librarian. January 8, 1924. My dear Sir: In reply to your query published in *El Libro y el Pueblo* in regard to Manuel José Quintana, I am enclosing a letter from him to Sagasta, a copy of which is bound in the edition of the work cited by you now in the possession of the University of Texas as a part of the collection bought from the late Genaro García. From your query, I judge you did not have this letter bound in the copy you possess. The paper is distinctly different and this page was evidently inserted.

Trusting this information may be of service to you. Very truly yours,

Lota SPELL,
Librarian of the García Collection.

Y la carta inserta en el ejemplar dice así:

Al excelentísimo señor don Práxedes Mateo Sagasta, etc., etc., etc.:

Sin el debido permiso de usted, mi respetado jefe y muy considerado amigo, honro este libro con su ilustre nombre; disculpe mi osadía los muchos años de consecuente amistad, y júzguelo sólo como sincero testimonio de afectuoso respeto. Dígnese usted ser indulgente con este libro, comenzado en la antigua Ciudad de los Reyes, que terminé en Atenas y viene hoy a publicarse en este tranquilo y célebre valle de Orizaba, que fue español hasta la segunda década del siglo que concluye. Si las múltiples y graves atenciones de usted le permitiesen por ventura leer algunas líneas, no busque en ellas mérito, del cual no tengo pretensiones.

Lejos siempre de España, "en servicio de mi Patria y mi Rey", ni la distancia ni el tiempo pueden entibiar el sentimiento de admiración, respeto y leal amistad que profesa a usted,

Manuel José QUINTANA

Mayo de 1893.
Orizaba, Estado de Veracruz, México.

II

Villa Viennot. Rond Point du Parc. Dijon, 26 de enero de 1924.

Muy admirado y distinguido señor mío y amigo: Acabo de leer en la interesante revista *El Libro y el Pueblo*, que me envían con regularidad, la carta que se sirve usted publicar bajo el título "¿Quién me da noticia de este Quintana?"

A continuación voy a darle las noticias personales que tengo yo como recuerdo de cuando conocí, siendo yo un muchacho de catorce años, al referido señor Manuel José Quintana.

Era éste amigo de mi padre, D. José Serís (que en paz descanse), quien se hallaba a la sazón con su familia en Orizaba. Se conocieron en Veracruz, en donde el señor Quintana desempeñaba el puesto de Cónsul español. Le hablo a usted de los años 1892 a 1894. Todavía conservo yo el certificado de nacionalidad española que el Cónsul de España en Veracruz expidió a favor de mi padre, en Veracruz, a 16 de febrero de 1894. Está suscrito con la firma autógrafa de "M. J. Quintana". Desde luego, mi padre conservaba un ejemplar, dedicado, de la obra *Cesarinas*, a que usted se refiere, y todavía debe de estar en nuestra biblioteca.

A pesar del tiempo transcurrido, recuerdo muy bien el aspecto físico del señor Quintana: era bajo de estatura, grueso y algo calvo. Aparentaba tener unos cincuenta años de edad, en aquellos de 1892 a 94. Aunque tenía su oficina en Veracruz, vivía la mayor parte del tiempo en Orizaba, a causa del clima.

Éste es uno de los recuerdos que tengo más frescos de mi estancia de dos años en su patria de usted, en la que adquirí parte de mi cultura, pues fui alumno de los Institutos de Oaxaca y de Orizaba, y asiduo lector de sus bibliotecas respectivas.

Luego nos fuimos a Cuba, y no volví a tener noticias del autor de *Cesarinas*. Pienso con usted que merecía ser mencionado en los tratados de historia literaria... Soy de usted afectísimo servidor, amigo y admirador,

q. l. e. l. m.,
Homero Serís

III

Biblioteca-Museo Balaguer. Villanueva y Geltrú, 12 de agosto de 1924.

Distinguido señor mío:

Soy oficial de Secretaría del Patronato de esta Fundación, y hoy he leído en *El Libro y El Pueblo*, órgano del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública de su país, bajo el epígrafe "Noticias sobre Quintana", unas

respuestas por usted recibidas de la Biblioteca García (de la Universidad de Texas) y de D. Homero Serís, profesor de Español de la Universidad de Dijon y miembro de la Sociedad Hispánica de América. De ésta, singularmente, se deduce que se desconoce la descripción bibliográfica de *Cesarinas,* y como tal libro figura en esta Biblioteca bajo la signatura 12,802, tengo especial complacencia en darle a usted su noticia.

Y, al acompañarle la correspondiente papeleta, si desea que se haga una investigación en los papeles del fundador de la Institución, el excelentísimo Sr. D. Víctor Balaguer, ex ministro de la Corona y gran amigo de Sagasta, sírvase dirigirse al señor presidente del Patronato de esta Biblioteca-Museo, quien, a no dudar, tendrá sumo gusto en procurar serle útil.

Le saluda atentamente y afectísimo e. s. m.,

Fernando GONZÁLEZ

Y la papeleta anexa dice así:

"Cesarinas" | por | Don Manuel José Quintana. | Orizaba, 1893. | Pablo Franch. Editor. | Esta edición es especial y no sale a la venta."

21 cm. 8º mlla. Anteportada. En ésta, dedicatoria autógrafa del autor que, escrita con lápiz, dice así: "Para el Museo-Biblioteca Balaguer. | Villanueva y Geltrú. | El autor."

Portada. 232 páginas. 1 hoja. En ésta, al recto, el índice, que es como sigue: "I. ... II. *Sacra aurea fames.* III. Heroísmo. La vida y la muerte. Los suicidios. Filósofos escépticos y estoicos. *Ex nihilo nihil.* El caos. IV. S.P.Q.R. V. La muger de Julio César Augusto. VI. Las mugeres de Octavio César Augusto. VII. Continuación del anterior. VIII. Las mugeres de Calígula. IX. Las mugeres de Claudio. X. Continuación del precedente. La última muger de Claudio. XI. Las mugeres de Nerón. Epílogo." Al verso, colofón que dice así: "Este libro se imprimió en Orizaba, en la | Tipografía Católica, terminándose el | día 31 de mayo. El papel de esta | edición es fabricado en Orizaba, | Estado de Veracruz, México. | MDCCCXCIII."

Ejemplar en rústica con grandes márgenes. En la cubierta, y a continuación del título *Cesarinas,* aparece el lema: *Sunt lacrimae rerum.*

JUEGOS DE TÍTULOS DE COMEDIAS

EL *Calendario de Galván*, o *Calendario del más antiguo Galván*, como solían vocear por las calles, fue fundado en México, 1826, y se publica periódicamente en pequeños volúmenes.* Hasta ayer no debía faltar en los hogares bien administrados. Sus predicciones meteorológicas tienen fama proverbial; su santoral es el que rige nuestras costumbres; sus efemérides son de inapreciable valor.

Como libro de amenidad es, en cambio, nulo. Suele publicar poesías de Sánchez de Tagle, de Pesado y de Segura. El acaso, no la busca paciente, me permitió sorprender, en el tomo de 1872, la carta que transcribo a título de curiosidad.

Tiempos agitados eran aquéllos. La última reelección del Presidente Juárez levanta sublevaciones por mil partes, y Porfirio Díaz acepta el mando de las fuerzas revolucionarias. En las montañas de Tepic se agita "el tigre de Álica", —el precursor Lozada—. Los gobernadores se alzan con los Estados.

Ángela Peralta, "el ruiseñor mexicano", cantaba por entonces en el Teatro Nacional *La Sonámbula* y *Lucrecia Borgia*, acompañada del tenor Tamberlick y del bajo Gassier.

Parece que juegos de ingenio, como el que aquí transcribo, no abundaron en el siglo pasado. En su libro sobre *Piezas de títulos de comedias* (Messina, 1903), sigue Restori las manifestaciones de esta caprichosa literatura, dentro y fuera del teatro español, por un espacio de ciento sesenta y dos años, y advierte que va desapareciendo al aproximarse el siglo XIX: "Ho percorso pazientemente i ricchi elenchi delle produzioni che furono date sui teatri di Madrid dal 1782 al 1818 —dice—, e non ho trovato nessuna indicazione de produzioni di *título de comedia*" (pág. 224).

* El número de 1886, dice, tal vez por errata, "fundado en 1821". En 1877 aparece, por primera vez publicado ya por los herederos de Mariano Galván, y ya en 1883 se especifica que es el "calendario del más antiguo Galván", acaso para distinguirlo de algún homónimo. De él se hacían, por lo menos, dos ediciones: una en papel ordinario y la otra, más fina, "para señoritas".

Carta compuesta por un mexicano con títulos de las comedias originales, refundidas y traducidas, del célebre poeta español D. Manuel Bretón de los Herreros. (Los títulos van en letra cursiva.)

Mi querida *Marcela:*

¡Cómo se pasa el tiempo! Desde *el viaje a Huelva* no nos vemos; pero *mi dinero y yo* somos tuyos *al pie de la letra.*

Te participo que *me voy de Madrid* con *el poeta y la beneficiada*, que son de *la familia del boticario.* Pasaré *una noche en Burgos* en compañía de *la batelera de pasajes,* porque *mi tío el jorobado* quiere que me dé *la primera lección de amor.* Dirás que *a la vejez viruelas,* y que debo hacer *un paseo a Bedlam;* mas no olvides que hay *lances de carnaval,* que sólo seré *el amante prestado* y que debo cuidar *mi empleo y mi mujer.* Éstas no son, pues, *cuentas atrasadas,* sino *pruebas de amor conyugal,* y como *todo es farsa en este mundo,* ésta será *una de tantas.*

Luego que hable con *Don Frutos en Belchite, a Madrid me vuelvo* con *Pascual y Carranza* que, aunque tienen *el pelo de la dehesa,* son *los parientes de mi mujer. Desde Toledo a Madrid* viajaré con *el hombre gordo,* ya sabes, *Don Fernando el emplazado,* que, como es tan *ingenuo,* puede servirnos de *un tercero en discordia,* si llega *el cuarto de hora* que tememos.

Ifigenia y Orestes han sufrido *el suplicio en el delito,* pues su casa es *lujo e indigencia.* Y aunque han empleado *la astucia contra la fuerza, Mitrídates,* haciendo uso de *la autoridad paternal,* les quitó el *legado* por medio de *un agente de policía* y se lo dio a *Antígone, la hermanita* de *el desertor.* Ella, pretendida por *el príncipe y el villano,* se casó al fin con *el albañil,* prefiriendo *el matrimonio por amor* a *el duro y el millón. ¡Si no vieran las mujeres!* ... Pero *no hay cosa como callar,* porque *las paredes oyen.*

Doña Inés de Castro ha adoptado a *Ariadna, la cieguecita de Olbruk,* que es *una huérfana rusa. El aturdido, Jocó,* que hoy es *el caballero a la moda,* se casó con ella sin pedir a *la madre política —la fe de bautismo,* porque *por la novia y por la dote,* lo haría hasta con *la niña del mostrador.* Cierto es que *el que menos corre, vuela;* pero ¡qué asquerosa es *la hipocresía del vicio!*

Carolina, la viuda de *Wallenstein,* modelo de *ingenio y virtud,* huyendo de *el médico del difunto,* que es *un regañón enamorado,* entró al *colegio de Tonington* y, encerrándose en *el sitio del campanario* con *la llave falsa* que le dieron *los Tellos de Meneses,* se convirtió en *la carcelera de sí misma.* ¡He aquí *el valor de la mujer! ¡Fuego de Dios en el querer bien!*

Mérope, la loca fingida, que quería *un novio pasado por*

agua, se casó *por poderes* con *un francés de Cartagena* y, antes de *el segundo año*, ya le quiere *engañar con la verdad*, haciendo su casa *la mansión del crimen*. ¡Mira los frutos de *la falsa ilustración!* Él es *el hombre pacífico* y tiene por regla *con quien vengo, vengo;* pero *el qué dirán* le hará *querer mandar en casa. Ella es él*, según dice; sin embargo, servirá de *aviso a las coquetas* y de *escuela del matrimonio*.

Ayer fui a *un día de campo*, donde *el intendente y el comediante* me obsequiaron con *una ensalada de pollos*. Allí, cual *otro diablo predicador*, critiqué *contumaz*, durante tres horas, las *flaquezas ministeriales. ¡Qué de apuros en tres horas!* Porque ... ¿acaso *se sabe quién gobierna?*

Mi secretario y yo arreglamos con *el cómico de la legua*, que también es *poetastro, el plan de un drama* con el título de *¡Muérete y verás!* Y entre *la ponchada y la nieve*, y entre las *improvisaciones* de aquel *carnaval de los demonios*, proyectamos *la redacción de un periódico* intitulado *La Minerva*, en el cual defenderemos *el pro y el contra. El editor responsable* será *el amigo mártir*.

Los hijos de Eduardo siguen en relaciones con *Dido* y *Andrómaca*, quienes, *por no decir la verdad*, se han enemistado con *María Estuarda* que, aunque es ya *una vieja*, valiéndose de *la pluma prodigiosa* de *un enemigo oculto*, les está dando *a la zorra candilazo. ¡Dios los cría y ellos se juntan!* Por eso te he dicho: *¡cuidado con las amigas!*

Los carlistas en Portugal amenazan *la independencia. ¡No ganamos para sustos!*

Los dos sobrinos siguen *haciendo los solitarios:* son *los dos preceptores* de *frenología y magnetismo* ... Éstos sí son *achaques a los vicios*.

He descubierto *los primeros amores* de nuestra *Elena* y, aunque *lo vivo y lo pintado* no son lo mismo, creo que no ha de *errar la vocación*. Tú querías *un novio para la niña*, y yo le tengo un *novio a pedir de boca*. ¡Si vieras *qué hombre tan amable!* Su máxima es: *finezas contra desvíos*. La tuya era: *no más muchachos;* mas *por una hija* serás abuela ... *¡Estaba de Dios!*

Te esperan *el novio y el concierto;* te mando *los tres ramilletes* que me pediste. Recibe finas *memorias de Juan García*, que sin cesar me pregunta *¿quién es ella? Cosas de Don Juan*, que quiere ser *el confidente*. En fin: *a lo hecho, pecho;* tú serás siempre *la escuela de las casadas* y yo tu fiel.

Vellido Dolfos

DOS OBRAS REAPARECIDAS DE FRAY SERVANDO

La Cámara de Diputados de México ha tenido el buen acuerdo de ordenar la reimpresión de la rarísima *Historia de la Revolución de Nueva España,* de que es autor Fray Servando Teresa de Mier —el otro regiomontano ilustre—, diputado al primer Congreso Constituyente de la República Mexicana, uno de los directores espirituales de nuestra Independencia.

Mier, gran catequista de la causa, arrastró consigo a Mina el Mozo, y —al decir de Bustamante— transformó, por influencia precisamente de su *Historia,* a D. Agustín de Iturbide, que era soldado realista, en caudillo insurgente. Estuvo, desde el primer momento, por las doctrinas de la República Central, contra las teorías federalistas. Se opuso al Imperio de Iturbide, y acabó por ser —hospedado en el Palacio Nacional— el viejo amado de la República.

Pero antes, el inquieto polemista había recorrido ya las cárceles de la nueva y la vieja España, perseguido por sus discursos de teología fantástica, bajo los cuales ardía, mal disimulado, el fuego de la rebelión nacional.

Dos veces he tenido el gusto de escribir sobre este precursor, y no veo el objeto de trazar, por tercera vez, su retrato: en el Prólogo a sus *Memorias* (Editorial América; Madrid, 1917) y en unos artículos que publiqué en *El Sol,* de Madrid, y recogí más tarde en el volumen *Retratos reales e imaginarios* (México, Lectura Selecta, 1920.) *

La reciente publicación de esta *Historia* —que apareció por primera vez en Londres, año 1813— me recuerda los días de la Escuela Preparatoria, cuando yo estudiaba Historia Patria bajo la dirección de D. Carlos Pereyra. Entonces presenté en la clase una iniciativa para la reimpresión y difusión de esta obra, ofreciendo que los alumnos del curso nos encargaríamos de las materialidades editoriales, si

* Ver en el tomo III de estas *Obras completas,* págs. 433-442, el artículo de *Retratos reales e imaginarios,* y en las Páginas adicionales de este tomo IV, el Prólogo aquí citado, págs. 544-558.

el Ministerio de Instrucción Pública autorizaba y costeaba la edición. Fue por 1907. Me contestaron que ya el Ministerio lo estaba haciendo; pero nunca se cumplió tal promesa. Yo no conocía la obra, aunque ya tenía noticia de su importancia en la historiografía mexicana, y presumía además que, siendo de quien es, estaría llena de vitalidad y razones, de elocuencia y temblor. Yo había oído un vago relato sobre la pérdida de casi todos los ejemplares de la primera y hasta entonces única edición en un naufragio. Y aun recuerdo que oí citar cierta frase del imponderable Juan A. Mateos en cierto discurso parlamentario donde se ocupaba de la obra y del naufragio: "¡Y el estúpido del mar no supo lo que se tragó!" Celebro, pues, la reaparición de la *Historia,* y me prometo, sobre sus páginas, gratas noches de invierno.

Esta circunstancia me proporciona ocasión para dar cuenta a los lectores de México del hallazgo de otra obra perdida de Fray Servando. Se trata de la primer traducción castellana de la *Atala.* Fray Servando, cuando estaba en París, se hizo amigo de Simón Rodríguez (por seudónimo "Samuel Robinsón"), maestro del libertador Bolívar. Y juntos pusieron una escuela para enseñar la lengua española. Escribe Fray Servando:

> Por lo que toca a la escuela de lengua española que Robinsón y yo determinamos poner en París, me trajo él a que tradujese, para acreditar nuestra aptitud, el romancito o poema de la americana *Atala,* de M. de Chateaubriand, que está muy en celebridad, la cual haría él imprimir mediante las recomendaciones que traía. Yo lo traduje, aunque casi literalmente, para que pudiese servir de texto a nuestros discípulos, y con no poco trabajo, por no haber en español un diccionario botánico, y estar lleno el poema de los nombres propios de muchas plantas exóticas del Canadá, etc., que era necesario castellanizar. Se imprimió con el nombre de Robinsón, porque éste es un sacrificio que exigen de los autores pobres los que costean la impresión de sus obras... Ródenas, en Venecia, hizo apuesta de traducir la *Atala* al castellano en tres días, y no hizo más que reimprimir mi traducción, suprimiendo el prólogo en que Chateaubriand daba razón de dónde tomó los personajes de la escena, pero reimprimiendo hasta las notas que yo añadí. Y donde no puse nota, él puso un desatino, queriendo corregirme. Por ejemplo, nada anoté sobre

la palabra "sabanas", porque en toda la América Septentrional está adoptada esta palabra indiana para significar un prado. Él, que no lo sabía, quiso enmendarme la plana, y puso "sábanas". Tuvo, empero, la prudencia de no poner en la fachada sino las iniciales de su nombre, por si se descubría el robo. Esto es de uso muy común en Europa. El inglés Walton me robó la *Historia de la Revolución de Méjico* en sus *Dissentions of Spanish America*... En cuanto a la *Atala*, el primero que vino a comprársela fue su mismo autor, y tuvimos muchos discípulos dentro y fuera de casa.

Yo no había podido encontrar esta traducción —aunque sí la de Ródenas— en París ni en México, y la había dado por perdida, suponiendo que se habría hecho de ella una edición escolar limitada. Sobre estos extremos me remito al prólogo de las *Memorias* —números 5 y 11 de la *Bibliografía*—. Por cierto que en este Prólogo, página IX (ha llegado la hora de contarlo, amigo Blanco-Fombona), la nerviosa pluma del director de la colección me intercaló, a última hora, una frase que yo no he soñado escribir. Sépase cuál es: "¿Sería la traducción en realidad obra de Mier, o sería de D. Simón Rodríguez?" Fue obra de Mier, amigo Blanco-Fombona: ni dudarlo.*

He aquí, pues, que la traducción ha sido encontrada. El hallazgo se debe a M. Jean Sarrailh, del Instituto Francés, de Madrid, quien ha tenido la amabilidad de comunicarme el manuscrito de un interesante estudio sobre las *Fortunas de Atala en España*, con el cual contribuirá al *Homenaje a Menéndez Pidal* que preparamos los amigos y discípulos del sabio y querido maestro. El señor Sarrailh ha encontrado la traducción de Mier en la Biblioteca Nacional de Madrid. Transmito a los aficionados las siguientes noticias: *El Memorial Literario*, de Madrid, junio de 1804, número 53, dice de esta traducción (que M. Sarrailh, con razón, no considera excelente, aunque sea por la excesiva literalidad a que el mismo Mier declara haberse visto obligado):

Hecha en 1801 por el Sr. Robinsón, profesor de lengua española en París. Está impresa en aquella ciudad, y se vende en casa del autor. Aunque esta traducción está muy distante de conservar la pureza y propiedad de nuestro roman-

* Ver en las Páginas adicionales de este tomo, pág. 546.

ce, merece elogio el traductor por haber llegado a poseer nuestro idioma hasta este punto.

Donde se ve que, al crítico madrileño, la traducción se le antojó hecha por un francés.

Mi amigo Sarrailh opina que Fray Servando exagera asegurando que la traducción de Ródenas (Valencia, 1803) es un simple plagio. "Puede —dice— haber aprovechado la de su predecesor, y aun esto no es del todo seguro."

He aquí la descripción del tomo:

> Atala | o | Los Amores | De | Dos Salvajes | En El Desierto; | Escrita en Francés | Por Francisco-Augusto | Chateaubriand, | y | Traducida de la Tercera Edición | nuevamente corregida | Por S. Robinsón Profesor de | Lengua Española, en París. | *Se hallará* en casa del Traductor | calle St. Honoré, cerca de la de Poulies, | Número 165. | Año de 1801. | (Xm.° de la República Francesa.) = 16.° XXIV = 189 págs. = L. h. s. f., con dedicatoria, en francés, firmada: "S. Robinsón". || Págs. V-VI: "Advertencia del Autor | sobre esta Edición." = Págs. VII a VIII: Carta | Publicada en el *Diario de los Debates* | y en el *Publicista.* = Págs. IX-XXIV: "Prefacio". = Págs. 1-189: "Atala, | o | los Amores | de | dos Salvajes | en el desierto".*

* Ver Pedro Grases, *La primera versión castellana de "Atala"*, Caracas, 1955.

ADDENDA

CARTA A DOS AMIGOS

París, enero de 1926.

A Enrique Díez-Canedo, en Madrid;
A Genaro Estrada, en México.

Queridos amigos:

Suelen todos dejar estas letras minúsculas al cuidado del editor póstumo. ¿Por qué yo las recojo en vida? En la página tantos encontrarán ustedes las posibles "respuestas". No me deja desperdiciar un solo dato, un solo documento, el historiador que llevo en el bolsillo. No todo lo que hacemos aspira a la perfección artificial. Hay que dejar a la vida algunos flecos sueltos; a la obra, algunas intenciones menores.

Andada más de la mitad del camino, va siendo tiempo de poner un poco de orden en los papeles. Atención, Enrique, por si muero en Europa. Atención, Genaro, por si muero en América. Porque ustedes han contraído ya, sin remedio, la enfermedad de ser mis amigos en vida y en muerte. Conviene ponernos de acuerdo desde ahora. ¡Sufre uno tanto, después, para interpretar las voluntades del poeta muerto! Y no lo digo por mis experiencias con los antiguos —el Poema del Cid, el Arcipreste de Hita, Góngora, Lope, Quevedo, Ruiz de Alarcón—, que, a fuerza de clásicos, son ejido comunal para todo el pueblo, indivisa propiedad de todos. Ya su obra está muy practicada, y los problemas que ofrece son más espirituales que materiales. Pero ¡los trabajos que pasé con los manuscritos de Amado Nervo! El solo buscarlos y juntarlos era ya larguísima tarea. ¿Y el temor, luego, de agrupar los artículos sueltos en forma que no complaciera a los manes de mi amigo? ¡Y la paciencia de sacar el índice de todos los primeros versos de sus poemas, para no enredarse con las barajas que hacía de libro a libro, entre lo publicado y lo inédito! (Y aun así no pudo evitarse alguna repetición.) Pues ¿y los cuentos o artículos publicados en diversos periódicos bajo títulos distintos, y cambiados los

primeros y los últimos párrafos? ¿Y las sucesivas variantes de una a otra edición? Estoy seguro de que ustedes han de agradecerme algún día cuanto haga por facilitarles el empeño.

Veamos: en principio, no soy partidario de refundir los libros, de redistribuir el material que contienen. No me convence —a pesar de la autoridad crítica de los editores— el sistema de reclasificación alguna vez aplicado a Rubén Darío, donde el material poético vino a quedar arbitrariamente agrupado bajo los cuatro primeros versos de aquella estrofa:

Y muy siglo XVIII y muy antiguo (tomo I);
Y muy moderno, audaz, cosmopolita (tomo II);
Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo (tomo III);
Y una sed de ilusiones infinita (tomo IV).

No me satisface, singularmente cuando el autor ha ido publicando sus libros al paso de la producción más o menos; cuando él mismo los dejó bien organizados.

Pero otros fuimos menos sabios, o ha habido en la tarea más desigualdades y obstáculos. Entonces las formaciones de libros han sido fortuitas, caprichosas, improvisadas.

Comienzo, pues, por establecer, entre mis libros, una clasificación:

A) Libros verdaderos, que hay que respetar como están; poemáticos, cíclicos.

B) Libros de agregación casual, más o menos hábilmente aderezados y organizados para la publicación.

A estas dos categorías del pasado habría que añadir otras tres categorías del porvenir:

C) Verdaderos libros inéditos, que hayan quedado acabados o a medio hacer.

D) Libros de artículos que puedan formarse con el material ya hecho que aparezca en mis carpetas, y de que he de ir saliendo conforme logre copiar y preparar todo para la imprenta.

E) Papeles "prehistóricos" o relegados por ciertas razones, de los cuales algo puede aprovechar el editor póstumo.

El sumo honor y el mayor respeto corresponden a las

categorías *A)* y *C)*. Y, desde el punto de vista póstumo, *C)* triunfa todavía sobre *A)*. Los grupos *B)* y *D)* merecen una consideración media, aunque, naturalmente, el editor póstumo se siente menos autorizado a meter la mano en el grupo *B)* que en el grupo *D)*. En cuanto al caos designado por la letra *E)*, fuerza es que el editor póstumo lo resuelva conforme a su virtud y a sus luces. Es decir, que el honor del editor póstumo está en razón inversa del honor del poeta muerto; que mayor será su mérito donde el poeta haya dejado las cosas menos claras, menos acabadas.

El grupo *A)*

1º *Cuestiones estéticas* precede en seis o siete años al resto de mis libros,* y se adelanta a ellos todo lo que va del niño brillante al hombre mediano. Gran respeto se le debe al niño. Hay, sin embargo, errores de hecho —de nombre y de fecha— que, si tengo paciencia, he de dejar señalados en mis ejemplares personales.

2º *El suicida* puede también quedar como está, aunque debo a la austera verdad la confesión de que es un libro no del todo cocido, donde los diversos ingredientes no acaban de casar entre sí: se notan suturas y remiendos. Es posible que, con el tiempo y visto a la distancia, todo eso se borre, y el polvo de los años acabe por rellenar los huecos. Los críticos dirán entonces: "Este libro tenía más unidad de lo que su autor se figuraba."

3º Los *Cartones de Madrid* han tenido el éxito de las cosas breves y vivas. Habrá que ensayar una reedición, a ver si se mantiene tanta fortuna. Hay en este librito una unidad de afinación que, por lo demás, pesa sobre otros libros. Yo, de reeditarlo, dudaría si debía añadirle "Los huesos de Quevedo" —que anda perdido en *El cazador*— y el "Codera" oculto entre los *Retratos reales e imaginarios*. Pero es muy probable que, tras de dudar un poco, lo dejara al fin como está.

4º La *Visión de Anáhuac* nadie la toque.

* Error: en cuatro años.—1955.

No le toques ya más,
que así es la rosa.*

5º El *Plano oblicuo* creo que, en su falso equilibrio, se mantiene bastante bien y está contento con su suerte.

6º El *Calendario*, libro simpático, ni está bien ni está mal. Podría ser más, podría ser menos. Lo mejor será dejarlo así.

7º La *Ifigenia cruel* es irremediable y fatal. Así tenía que ser, así quede.

GRUPO *B)*

Del tomo de versos —*Huellas*— ¡cuánto habría que decir! Yo, si no tuviera tanta pereza de volver sobre lo que no interesa a nadie, lo partiría en dos: uno, con lo más viejo; otro, con lo más nuevo. ¿Dónde acaba lo uno y dónde empieza lo otro? Enrique, Genaro: aquí del criterio de los editores. No todo lo he de hacer yo.

Se ha discutido largamente sobre si *El cazador* debía ser considerado como una serie más de la colección *Simpatías y diferencias*. Los partidarios extremos de esta teoría (¿quiénes?) aseguran que, en rigor, también los *Cartones*, de felice memoria, y el *Calendario*, de grata recordación, y aun el olvidado tomito de *Retratos reales e imaginarios*, deben entrar en dicha colección, aunque conservando sus nombres individuales. Según esto, todos los que una humilde y popular retórica llamaría "libros de artículos" deben formar en las series de *Simpatías y diferencias*. Yo, francamente, no comparto esta opinión radical. En verdad, los *Cartones* y el *Calendario* tienen por sí mismos cierto valor poemático que los distingue claramente del montón de artículos. Aunque acaso me engaña el amor paterno. En cambio, yo cedería de buen grado los *Retratos* y hasta *El cazador*, con lo cual el presente tomo, en vez de ser un quinto volumen, sería un séptimo volumen de *Simpatías y diferencias*. Quizá la solución más elegante sería refundir los índices mismos de los diversos tomos, y hacer libros más ho-

* Esta indicación meramente técnica —y humorística— ofendió a los agobiados del espíritu de pesadez, que indebidamente la tomaron como jactancia.—1950.

mogéneos; pero esto —aunque no imposible— nos llevaría demasiado lejos.

Lo que sí aconsejaría yo a los editores, tanto porque ofrece cierto atractivo literario como porque podría ser económicamente ventajoso para mis pobres herederos, es que, de todos estos libros de artículos —y aun del cuarto volumen de *Simpatías y diferencias (Los dos caminos)*, que es el más congruente y bien ordenado—, destaquen, en pequeñas ediciones de lujo, temas o asuntos especiales. Ejemplos:

Podría hacerse una *plaquette* con caricaturas de Toño Salazar, sobre don Ramón del Valle-Inclán: estudios tomados de *Cartones de Madrid; Simpatías y diferencias* (II tomo); *Los dos caminos*, y las nuevas notas que aparecen en el presente tomo.

En otro librito, con reproducciones de cartas de la época y retratos de navegantes, podrían reunirse los artículos sobre el descubrimiento de América: el "Américo Vespucio" de los *Retratos;* "El humanismo y el descubrimiento de América", "Los primeros descubridores de América, antes de Colón", "Los viajes de Juan de la Cosa, descubridor de Venezuela" (tomo II de *Simpatías y diferencias*). Aquí, en un apéndice, los editores lucirían su sagacidad demostrando que ciertas aparentes contradicciones no son verdaderas contradicciones, sino etc., etc. Y me harían también un inmenso servicio añadiendo unas páginas sobre "El Cipango y la Antilia", que andan por ahí en periódicos —una en forma de artículo, otra en forma de diálogo a bordo de la carabela de Colón— con las cuales verdaderamente no sé qué hacer.

Muchas otras combinaciones pudieran intentarse; por ejemplo: agrupar todo lo relativo a México, todo lo que toca a Hispanoamérica, todo lo que atañe a la metrópoli española, todos los temas de literaturas extranjeras, los estudios históricos, las curiosidades eruditas, los ensayos de mera divagación, los de cierto tono íntimo o de memorias, como los que van al final del *Cazador*. Por cierto que allí aparece una pesadilla simbólica ("Diálogo de mi Ingenio y mi Conciencia"), escrita hace muchos años en México, que a mí me place considerar —con todo respeto— como un antecedente fortuito, humilde e ignorado de la parábola de *Animus et*

Anima de Paul Claudel (*Nouvelle Revue Française*, octubre de 1925).

Y paro aquí, porque, aunque conozco demasiado mis libros, no quiero que lo sospeche nadie.*

Grupo *C)*

De los libros propiamente tales que están en trama, al público sólo se ha traslucido un par de capítulos, ambos sacados de la *Crónica de Monterrey*. No seré yo quien descubra más el misterio. Creo que, actualmente, y sin contar éste, tengo en telar otros seis o siete, de los cuales uno será póstumo a la fuerza. Yo me cuidaré bien de destacar los que estén acabados, dado que no tenga tiempo de imprimirlos. En cuanto a los que queden a medio hacer, ya los discretos ejecutores testamentarios publicarán los fragmentos, si es que vale la pena. Sólo les encargo que no publiquen lo que quede en estado de nebulosa, como ese *Igitur* nonato, irrespetuoso atentado editorial contra el sueño eterno de Mallarmé.

Grupo *D)*

Los editores póstumos podrán organizar aún no sé cuántos tomos de *Simpatías y diferencias* —resumidero de esta labor fragmentaria, periodística en gran parte, a que todos estamos hoy por hoy obligados—. Y cuiden de sacar aparte los estudios de historia literaria española: los prólogos a mis ediciones de clásicos, los trabajos publicados en revistas eruditas de España y de Francia, las notas sobre mis cursos y conferencias que les parezcan aprovechables. La formación de este volumen será muy laboriosa. Todo lo que puedo hacer, en alivio de mis albaceas, es procurar formarlo yo mismo antes de dejar caer la pluma. Veré si el tiempo quiere.

Grupo *E)*

Este grupo comprende dos subgrupos: 1º la prehistoria; 2º los papeles no publicados por ciertas razones. Estas ra-

* En estas *Obras Completas* —salvo las excepciones indicadas en los lugares respectivos— se prefirió respetar la forma original de los libros.—1955.

zones se dividen en dos: *a)* consideraciones de conveniencia social, y *b)* consideraciones de valor literario.

Empecemos por el fin. Sobre el subgrupo 2º *b)* —que dejo tan mal recomendado— hagan ustedes lo que consideren mejor: publíquenlo —si les parece— en apéndices, con letra menuda; o destrúyanlo, si se sienten con fuerzas. Yo no lo destruyo desde ahora, porque suele servirme, digamos, de materia prima; porque siempre me quedan esperanzas de redimirlo. Y ya ha habido ejemplos. No quiero citarlos, para que ninguna página mía se avergüence recordando su triste origen. En este subgrupo figuran algunos trabajos, que me resisto a recoger y que merecerían ser reescritos: *El paisaje en la poesía mexicana del siglo xix* (en cuyas primeras páginas está el embrión de la *Visión de Anáhuac*); estudios sobre Othón, Urbina, González Martínez, Victoriano Agüeros, etc.

El subgrupo 2º *a)* pueden ustedes apreciarlo con criterio de buen padre de familias —como decía la fórmula del Derecho Romano—. Y si les parece imprudente, déjenlo todavía dormir para otra generación. Nunca serán cosas muy graves. Soy el menos secretón de los hombres. Y tengo por experiencia, además, que ninguno de mis pensamientos puede perturbar de un modo apreciable la marcha del Universo. No se hagan ustedes ilusiones, ni se prometan, pues, muy grandes sorpresas. Lo mejor de mi archivo secreto se irá conmigo. Lo mejor, me lo callo.

En cuanto al subgrupo 1º, entramos en el reino de las reliquias familiares. Será preferible que lo aprovechen ustedes como documentación para el ensayo previo que ha de preceder a la edición. Este subgrupo es más rico de lo que parece. No sé si lo abarcará mi memoria. Por lo demás, por ahí queda mi obra pueril en prosa y en verso desde los once años, y en mi diario de trabajo (muy tardío, por cierto), aparecen todos los datos. ¡Figúrense ustedes, pacientes amigos, el aburrimiento de una excursión que empiece desde los temas escolares sobre Hidalgo y Washington, Juárez y Lincoln, Vercingetórix y Cuauhtémoc, el antiguo Egipto, las grutas de Pesquería, la ausencia de la Patria, el bosque de Chapultepec (y todavía antes, los estudios infantiles de magia negra, y cierta teoría original de la "resta de nueves",

que es como una adivinación de los logaritmos), hasta el primer artículo que me publicó la *Revista Moderna* (un artículo sobre Julio Ruelas, que he dejado caer, pudorosamente), o, un poco más acá, hasta mi tesis de abogado: "Teoría de la sanción", en que traté de examinar el Derecho por la otra punta —no ya a partir de las definiciones, sino, pragmáticamente, en el remate de las sanciones! Y todo esto, pasando por una selva enmarañada de discursos, novelones pueriles, una conferencia sobre Moissan y el horno eléctrico (porque yo, amigos míos, fabriqué, a la vista del público, un diamante artificial, cierta memorable noche de la Escuela Preparatoria); por cierto paseo "De una cuestión retórica a una sociológica"; por ciertas páginas presuntuosas para introducir la lectura de los *Diálogos* de Platón, y otras inocentes audacias.

Claro es que me dejo fuera algunas colaboraciones secundarias e insospechadas, y todo el grupo de las traducciones. Conviene que ustedes aguacen mucho el ingenio y estiren cuanto puedan la paciencia erudita, pues yo ya comienzo a olvidarme de lo que he hecho.

¿Y por qué —me dirán ustedes— este examen minucioso y algo aburrido, a manera de seguro de vida o precaución de viaje? No: ni pienso suicidarme ni me confieso caduco. Nunca me he sentido más valiente, y todavía aguanto la vida. Pero no encontré mejor manera de matar de una vez las infinitas tentaciones de pasarme el resto de mis días refundiendo y remodelando el material de mis libros. Para ganar el pan con la pluma hay que escribir mucho. De esa época —que siempre puede volver—, la mesa se me ha quedado llena de papelitos. Todavía no acabo de limpiarla, y me urge hacerlo para consagrarme a nuevas criaturas. Ya anda su solicitación en mi sangre; ya empiezan a quitarme el sueño. Una inquietud —desoída siempre— está golpeando con insistencia a mis puertas. Amigos: apenas es tiempo. Que empiece yo firmemente a creer en Dios, y todo habrá cambiado, todo.*

A. R.

* Nunca sospeché que los dos presuntos "albaceas", nombrados como a burla, emprenderían el viaje varios años antes que yo. Dejo aquí constancia de la pena que me causó su pérdida.—1950.

VI

PÁGINAS ADICIONALES

Noticia

A

Proceden de *El Sol*, de Madrid, año de 1919. Se recogieron por primera vez en la ya descrita segunda edición de *Simpatías y diferencias* (México, 1945), mezcladas en el texto de las tres primeras series. Para la presente y tercera edición, se ha preferido destacarlas en una sección final.

B

I. "Prólogo a Fray Servando", mencionado ya en "Dos obras reaparecidas de Fray Servando" (*Reloj de sol*, págs. 469-472 de este mismo tomo IV);

II. "Cuaderno de apuntes: sobre el Padre Mier", notas procedentes del Correo Literario de Alfonso Reyes, *Monterrey*, 1931, 1933 y 1935;

III. "Dos viejas discusiones", *España*, Madrid, 1920. Aun cuando de entonces acá las circunstancias han cambiado, el criterio histórico que preside a esta recopilación obliga a recoger tales páginas, sin el menor intento de resucitar controversias ya ociosas.

IV. "La ventana abierta hacia América" es respuesta a un cuestionario de *El Tiempo*, Madrid, 1921.

A

LA CUESTIÓN DEL SCHLESWIG *

ENTRE las muchas cuestiones sometidas a la Conferencia de la Paz, la del Schleswig es de singular sencillez. Aquí, ni dificultades etnográficas, ni históricas, ni económicas, como en el caso de la cuestión polaca o la checoslovaca. Aun puede añadirse que la facilita la circunstancia de no haberse presentado, hoy por hoy, como consecuencia de una guerra inmediata. Para comprenderla —y resolverla— basta recordar los principales rasgos históricos y geográficos del Schleswig (parte sur de Jutlandia).

Ya antes del año 800, Dinamarca era un reino homogéneo, habitado por daneses, y cuya frontera sur estaba indicada por el río Eider. Durante más de mil años (hasta 1864), la línea del Eider ha señalado el límite entre Dinamarca y Alemania. Ante el Eider se detuvo Carlomagno al conquistar el país de los sajones, y los emperadores del Santo Imperio Romano reconocieron siempre el Eider como la frontera norte de sus dominios. El país que se extiende al norte del Eider, hasta el "fiord" del Sli, es una excelente tierra de frontera para Dinamarca, cubierta de pantanos y bosques. Sin embargo, esta tierra ha sido aclarada y talada poco a poco por los colonos del sur; de suerte que el sur del Schleswig ha estado habitado siempre por alemanes.

En la Edad Media, el régimen feudal se introduce en Dinamarca, como en Francia y en Alemania, y el Schleswig viene a ser un feudo de la corona danesa. Los vasallos infieles solían pedir socorro a los alemanes del otro lado de la frontera, y no se impedía a los grandes magnates del Holstein el venir a establecerse en Schleswig. Pero la germanización del Schleswig del Sur se ha desarrollado, sobre todo, desde 1460. Con una política que entonces se consideraba ex-

* *El Sol*, Madrid, 22 de mayo de 1919.

celente, el rey danés Cristián I, duque de Schleswig, logró agregar el condado (más tarde ducado) de Holstein a su corona. Desde ese día la suerte de la tierra danesa de Schleswig y de la tierra alemana de Holstein quedaron indisolublemente ligadas; la cultura y la lengua alemanas se difundieron por el Schleswig, en mucha parte por culpa del Gobierno danés, que administraba a ambos países como si se tratara de uno solo, y que estaba lejos de comprender el peligro de tal conducta para la lengua e intereses de Dinamarca.

Sabido es cómo Bismarck comenzó la formación del imperio alemán, en la cual Austria colaboró, por la conquista del Schleswig y el Holstein (1864), regiones —a su decir— habitadas por "pueblos hermanos perseguidos". En esta época, la lengua danesa del Schleswig se extendía hasta el norte de Flensborg, y descendía, formando una bolsa, hacia el sur, para subir después al norte hasta la ciudad de Tönder y prolongarse al norte de la isla de Sild.

Pronto Prusia y Austria se encontraron en desacuerdo sobre la partición del botín; en 1866 estalló entre ambas una guerra. Vino la paz de Praga: por el Tratado de Praga, Austria tuvo que abandonar su parte a Prusia. Francia logró hacer insertar un artículo (el artículo 5º) que prometía a los daneses del Schleswig Septentrional la anexión a Dinamarca, si su voluntad —libremente manifestada en plebiscito— se declaraba en este sentido. En este artículo basan en adelante su lucha contra Prusia los daneses de aquella región. Pero pasaron los años sin que la promesa del artículo fuese cumplida. En 1878, Prusia, de acuerdo con Austria, derogó sencillamente el artículo 5º. Los daneses del Schleswig seguían exigiendo la ejecución del Tratado. Su lucha contra el intento germanizador de Prusia alcanzó notables extremos de valor y de inteligencia. Se formaron ligas poderosas: la "Liga para el mantenimiento de la lengua materna", que ha fundado 170 bibliotecas y distribuído centenas de millares de libros y folletos; la "Liga de la Enseñanza", la "Asociación de Lectores", la "Liga para la defensa del territorio y contra la venta de tierras", etc. Los daneses del Reino, por su parte, mantuvieron esta lucha de la

cultura danesa contra el prusianismo hasta donde lo permitía la inmediata vecindad de vecino tan poderoso; pero también en el Reino era unánime la voluntad de ver cumplido el artículo 5º, y nadie pretendía, en cambio, la devolución íntegra del Schleswig.

El triunfo de los aliados trajo la probabilidad de realización a estas esperanzas. El Parlamento danés (Rigsdag) declaró el 23 de octubre de 1918, por unanimidad, "que ningún cambio en la situación actual del Schleswig sería conforme a los deseos, a los sentimientos y a los intereses del pueblo danés, como no se inspirara en el principio de las nacionalidades".

Los daneses del Schleswig septentrional también se atienen estrictamente al principio de las nacionalidades. En noviembre de 1918, la "Asociación de electores del Schleswig Septentrional", en nombre del pueblo danés, ha hecho la siguiente declaración: "Deseamos, como solución al problema del Schleswig del Norte, que éste sea considerado como una unidad, y que su población vote si quiere o no quiere ser incluída de nuevo en el reino de Dinamarca." Se pide que aquella zona sea considerada como una unidad, aunque sólo es una parte del Schleswig, porque en su superficie de 4,000 kilómetros cuadrados posee una población de 165,000 habitantes, que es puramente danesa. Pero no quiere esto decir que la "Asociación de electores" abandone el Schleswig Central, con sus distritos mixtos, donde los daneses han combatido obstinadamente contra la germanización. El párrafo quinto de su declaración dice así: "Queda entendido que los distritos vecinos del Schleswig Central que lo soliciten tendrán el derecho, por voto separado, de hacer conocer si desean o no volver a Dinamarca."

A los distritos mixtos pertenece la ya citada ciudad de Flensborg, capital industrial y comercial, bastión avanzado de la civilización danesa. En 1864, Flensborg tenía 20,000 habitantes (la mayoría hablaba alemán); pero, desde el punto de vista nacional, la ciudad pertenecía a Dinamarca: en 1867, en efecto, el 53 por 100 de los votos para el Reichstag de la Alemania del Norte fue de daneses. Después, el número de habitantes de Flensborg ha aumentado

(gracias, en mucho, a la inmigración alemana), hasta llegar a 67,000, de que sólo unos 8,000 hablan danés. Cuando las elecciones para el Reichstag, de 1912, el número de votos daneses de Flensborg había bajado, de 1,836 que era en el año de 1867, a 456; y los votos alemanes, durante el mismo período, habían subido de 1,648 a 11,112, incluyendo, sin embargo, unos 5,691 votos socialistas, entre los cuales se disimulan algunos daneses.

Con todo, no puede saberse a qué parte se inclinará la ciudad en caso de plebiscito. Muchas fuerzas y razones pudieran pesar hacia la parte de la antigua patria danesa. Primero, su historia y tradiciones; después, la gran actividad de la minoría danesa, que posee un periódico y varias sociedades; además, ciertos intereses comerciales, puesto que la principal salida de su comercio al por mayor es el Schleswig del Norte. Posible es que también pesen en el ánimo de la clase obrera y socialista de Flensborg las leyes sociales danesas y el nivel, en general más elevado, de los obreros de Dinamarca. El Gobierno danés ha recibido una petición de Flensborg, solicitando el volver bajo la bandera de Dinamarca, firmada por 3,400 personas mayores de veinte años, sobre 38,000 que cuenta la población. Y aun es posible que un plebiscito libre diera un resultado más favorable a Dinamarca. Como fuere, la decisión toca a los habitantes mismos de la ciudad de Flensborg.

En cuanto al resto del Schleswig Central, puede decirse que se divide en tres regiones: dos de alemanes y frisones, y una tercera en que aparece la mezcla danesa. El Gobierno danés, por respeto a las simpatías danesas de esta parte de la población, ha pedido también el plebiscito para estos distritos, siempre que ellos lo soliciten.

La Asociación de Electores del Schleswig Septentrional, como hemos visto, pide, aparte del voto del Norte, considerado como unidad, un voto por cada comuna del Schleswig Central. En sus proposiciones a la Conferencia de París, el Gobierno de Dinamarca ha recogido este deseo.

No ha faltado quien se asombre de la modestia de las pretensiones de Dinamarca con respecto al Schleswig. Se comprenden los motivos de esta reserva, considerando que,

en caso de ganar el Schleswig íntegro, Dinamarca se encontraría con una población de cerca de 350,000 alemanes, por la lengua y por el sentimiento; es decir: que un 10 por 100 de su población sería alemán, lo cual resultaría desastroso para la nacionalidad y la civilización danesas, dada la diferencia de caracteres de ambos pueblos. Los alemanes tendrían en su parlamento una representación relativamente muy grande; su voto influiría en la legislación del país y en su política económica de un modo apreciable. En estas condiciones, sería difícil para Dinamarca conservar su independencia absoluta en la política exterior; los alemanes buscarían, entonces, un apoyo en el sur, y la historia de Dinamarca muestra claramente el peligro que constituye para el país la ingerencia de un elemento alemán en su población; ésta ha sido, en efecto, la causa de las guerras de 1848-50 y de 1864, que determinaron la pérdida de un territorio precioso.

Sin embargo, y a pesar de razones tan claras, hay en Dinamarca algunos grupos que pretenden la recuperación íntegra del Schleswig o, en todo caso, de todo el territorio que llega hasta la línea Sli-Dannevirke. Alegan, para eso, que parte de la población alemana desea la anexión a Dinamarca; pero hay que desconfiar de este sentimiento, que sólo proviene del deseo de sustraerse a la ruina económica de Alemania, formando, dentro de Dinamarca, un fuerte partido alemán. Los grupos extremistas que tal pretenden no representan, en verdad, el voto de la mayoría del pueblo, ni el de su parlamento y su Gobierno.

Los verdaderos deseos de Dinamarca han sido, pues, formulados claramente por el ministro danés en París, el 22 de febrero, cuando pidió:

1º Que la población del Schleswig del Norte, considerada como un todo, sea admitida a votar, por la afirmativa o la negativa, y a la mayor brevedad, si desea o no volver a reunirse a Dinamarca.

2º Que los distritos del Schleswig Central limítrofes del Schleswig del Norte, incluso la ciudad de Flensborg, siempre que manifiesten deseo de hacerlo, sean admitidos a ex-

presar, por plebiscito particular y votando por distrito, si desean volver al pabellón danés; y

3º Que las condiciones necesarias para asegurar la libertad de voto se establezcan mediante la evacuación de las fuerzas militares alemanas en las regiones que han de votar, y mediante la creación de una comisión internacional que asegure los trabajos preparatorios y dirija la ejecución del plebiscito.

En parte por prestarse a ello el juego de las circunstancias; pero en parte también por las singulares condiciones del pueblo danés, el tratamiento diplomático de este problema va resultando un modelo de tacto, de respeto igual para vencedores y vencidos, de previsión patriótica y de justicia.

1919.

LA REVOLUCIÓN RUSA *

EL LIBRO popular de Rivet permite al lector español apreciar la ebullición de fermentos que produjeron la revolución rusa. Toda gran revolución es un gran ejemplo: unos la imitan, otros la adaptan, otros se curan en salud. Algunos quisieran transportar las revoluciones en especie, como la niña del romance de Banchs, que volvía a su casa, por la noche, con un puñado de sol del campo. Otros consienten las revoluciones, si han de ser pacíficas. Pero la paz se ha dado en la tierra a los hombres de buena voluntad. Y la buena voluntad —este bien absoluto de Kant— es uno de los más raros frutos de nuestro huerto.

1. ANTECEDENTES. El movimiento revolucionario de Rusia viene preparándose desde 1825. Época de Nicolás I. Algunos oficiales nobles, educados en la Revolución francesa, amos de tierras y vasallos, que a veces se explicaban mejor en francés que en ruso, intentan, sin contar con el pueblo, una revolución aristocrática; se alzan en San Petersburgo, dando vivas a la Constitución; y el pueblo —que no sabe de qué se trata— contesta:

—Sí, ¡viva Constantino, el heredero legítimo, y viva su mujer Constitución!

El levantamiento fue ahogado en sangre. Al día siguiente, el déspota vencedor manda al pueblo que se arrodille, desde un balcón de su Palacio de Invierno. El pueblo permanece arrodillado treinta años.

En 1855, después de la muerte de Nicolás I, el desastre de Crimea despierta otra vez la conciencia pública. Ahora los jefes revolucionarios están ya más cerca del pueblo, son hombres sin títulos ni propiedades; entre ellos, ilustres escritores liberales. ¿Socialistas? Todavía no: el vino socialista tenía buena parte de agua liberal.

* *El Sol*, Madrid, 1919.

En 1861, el zar Alejandro II se ve obligado a declarar libres a los hombres del campo. Pero —dice el poeta Nekrasof— "las cadenas de la esclavitud fueron simplemente sustituídas por otras muchas cadenas". Bajo estas concesiones, más aparentes que eficaces, la reacción continúa su obra, aumentan los encarcelamientos, las deportaciones a Siberia. Algunos jóvenes idealistas se empeñan en hacer entre los *mujiks* una propaganda pacífica. Entre ellos, algunos nobles, como Kropotkin y Sofía Perovskaya. Pero la revolución pacífica no prospera, y sus apóstoles, disfrazados de obreros y labradores, eran a menudo entregados a la policía por los mismos campesinos. Y es que, como en Santo Tomás, Dios, ser perfecto, es acto puro. Y Dios espera de nosotros algo más que buenas intenciones.

El 23 de enero de 1879, Vera Zasulich dispara contra el prefecto de policía de San Petersburgo, e inaugura así un nuevo régimen de propaganda: la propaganda agresiva, el terror, que han de manejar los jefes del Comité de Voluntad Popular *(Narodnaja Volia)*. A cada atentado terrorista, el zarismo responde con persecuciones cada vez más crueles. En 1881, Alejandro II cae mortalmente herido por el estallido de una bomba. El sucesor, Alejandro III, diezma las filas del terrorismo. Los agentes provocadores, judas de las revoluciones —el célebre Degayef, sobre todo—, facilitan la campaña.

El dictador Ignatief desarrolla por algunos meses un régimen de silencio patético. El pecado de nombrar la Constitución se purga con varios años de destierro en Siberia.

—La paz reina en Rusia, Majestad.

Y Alejandro III soñó que podría dejar a su hijo un trono sólido. Doce años más tarde, Nicolás II hereda el trono. Pero el trono vacilaba ya. Veinticuatro años más tarde, la dinastía Romanof ha desaparecido.

2. La revolución económica y el nuevo terrorismo

Las ideas no tienen fronteras. Cuatro antiguos terroristas vivían en Ginebra, por 1884. Fundaron el partido social-demócrata. Los cuatro paseaban un día en una barca.

—Si nos ahogásemos ahora los cuatro —dijo una mujer,

Vera Zasulich, ahora arrepentida del terrorismo—, aquí mismo se acabaría el partido social-demócrata ruso.

Pero ya al año siguiente estallaban numerosas huelgas en Rusia. Y en 1889, Plejanof, el marxista de Rusia, anunciaba en París: "La revolución política en Rusia triunfará como revolución proletaria, o no triunfará."

De modo que la revolución rusa había recorrido cuatro etapas: primera, en 1825, revolución aristocrática; segunda, por 1861, revolución romántica, pacifista; tercera, 1879, revolución terrorista, y ahora, en el cuarto período, había llegado a ser una revolución económica.

Las huelgas alcanzan proporciones alarmantes. En 1898, el partido social-demócrata quedó oficialmente constituído. Al principio sólo se preocupaba de asuntos económicos, olvidándose de la política. No le parecía mal al Gobierno, que aun intentó atraer a estos revolucionarios científicos, creando un sindicalismo zarista. El Gobierno mismo provocaba huelgas.

Pero gobierno que juega a la revolución está perdido. Las huelgas iban más allá de lo deseado y, además, no podían menos de acarrear manifestaciones políticas: la vida trae confundidos todos los problemas a un tiempo. Es estúpido reclamar del pueblo actos restringidos a un solo orden teórico de las cosas. Toda huelga —armada o no— es revolucionaria. Salvo que a veces las sofocan, o les allanan el camino, antes de que logren manifestar toda su potencia. El zarismo vuelve en sí, y persigue las huelgas, y quiere ahogar la revolución económica.

Paralelamente al partido social-demócrata, se había desarrollado el partido socialista revolucionario, cuyo padre intelectual era el célebre Pedro Lavrof, muerto en París en 1900. Este partido, agitado por intelectuales, y trabajando sobre las poblaciones del campo, se inspiraba otra vez en los métodos terroristas. En 1902, crea una Organización de Combate que capta las simpatías de las ciudades, acabando con algunos tiranos. Pero, en cambio, el campesino, en cuyo socialismo latente vanamente confían los revolucionarios, sigue sin entenderlos. El zarismo mantenía agentes provocadores para espiar de cerca a los nuevos terroristas.

Asef, uno de los jefes de la Organización de Combate, era un policía. Y es curioso notar que esto no evitaba el asesinato de ministros y hasta de un gran duque: Asef no podía exponerse a perder la confianza de los revolucionarios. ¿A quién se trataba, pues, de defender? Al Zar, con sacrificio de todo y de todos.

3. De la guerra ruso-japonesa a la Duma. A partir de 1904, la guerra ruso-japonesa hace ver las flaquezas del zarismo y favorece la revolución. Los intelectuales cuentan ya con la democracia burguesa, organizada en Consejos Generales; cuentan con los obreros, que son en gran parte campesinos desposeídos; y, a través de éstos, logran conmover, al fin, al campesino.

Motines y sublevaciones. El "domingo rojo" (22 de enero de 1905), cientos de miles de obreros, conducidos por el pope Gapon, se dirigen al Palacio de Invierno para exponer sus quejas al Zar. El Zar los manda fusilar: los dioses enloquecen al que quieren perder. Aquélla era la mejor propaganda revolucionaria.

A mediados de octubre, estalla la huelga general. Se improvisan unos Consejos de Obreros —preludios del Soviet—, ante los cuales los propios ministros vienen a negociar un arreglo. El Zar, acobardado, concede ciertas libertades y un régimen parlamentario. Poco después, la alta burguesía estaba ya del lado del Zar, atizando la reacción. En diciembre, el Gobierno aplasta un levantamiento armado en Moscú. Hasta el año 1908, se suceden sin tregua los fusilamientos, muertes y deportaciones. Los Cien Negros y la Unión del Pueblo Ruso, organizaciones criminales, cometen inmundos delitos y asesinan a los intelectuales y a los judíos: los gendarmes hacen que no ven.

Pero quedaban gérmenes de libertad en el aire y, sobre todo, quedaba la Duma, que abrió guerra al Zar desde su creación. Disuelta ésta, la segunda Duma resultó una verdadera Duma roja. En 15 de junio de 1907, vuelve el Zar a disolverla, envía a Siberia a los socialistas de la Duma, y cambia la ley electoral, dejándola en tales términos que los nobles solos pueden tener tantos electores como el resto de la

población: 130,000 privilegiados contra 150 millones de parias. De la tercera Duma en adelante, todas fueron mansas al Zar.

Ya no lo era el pueblo, que sólo esperaba una coyuntura —la trajo la Guerra Europea— para sacudir a sus déspotas dementes.

Y viene la guerra. Raymond Recouly ha recordado ciertas palabras del conde Vitte, célebre por haber firmado aquel Tratado de Portsmouth que dio fin a la guerra rusojaponesa, y célebre también por sus tendencias liberales, que acabaron por alejarlo del Zar. "Mi país —le dijo el conde Vitte, allá por agosto de 1914—, mi país, al que conozco bien porque lo he gobernado, podrá pelear por algunos meses, pero le aseguro a usted que no está preparado para una guerra larga."

4. La locura. Como caso de verdadera demencia consideran algunos los últimos días del zarismo, donde nadie quiere prestar oídos a los consejos de la prudencia más elemental. Aparecen aquí unos tenebrosos personajes, místicos del mal o charlatanes funestos. Los ministros de Guerra se conducen equívocamente; las fábricas de municiones eran propiedad del enemigo; las derrotas, productos del general desquiciamiento, eran achacadas por la prensa zarista, como en las épocas más oscuras, a cualquier influencia misteriosa; por ejemplo, a los escarnecidos judíos. Centenares de judíos inocentes eran sacrificados. En vano intentaba protegerlos el conde Tolstoi, respondiendo a la opinión popular y secundado por algunos valientes. Un diputado, en plena Duma, dijo, señalando a los ministros: "He ahí a los verdaderos traidores." En Palacio, un carnaval de uniformes y plumeros, una bacanal continua; una mujer trágica, hipnotizada por un fascinador salvaje. Y entre las poblaciones, el hambre; y el frío y la muerte, en las trincheras.

La Unión de Ciudades y Diputaciones, presidida por Lvof, en vano intentaba organizar el aprovisionamiento. Manos ocultas acabaron por estrangularla.

Los ministros eran hechuras del siniestro favorito Rasputín; Sturmer, el que causó el desastre de Rumania, y su se-

cretario, Manuilof, enredado en feos negocios; Protopopof, el que cerró la Duma; Debrovolski, que encantaba a las damas de la Corte con sus sesiones de espiritismo; Maklakof, que sabía imitar a maravilla los rugidos y saltos de la pantera enamorada; Cheglovitof, nefasto ministro de Justicia.

El 30 de diciembre de 1916, un gran duque se convirtió en terrorista y dio muerte a Rasputín. La alegría corrió por las calles. La Cámara Real era toda lamentos. Protopopof, heredero en parte de Rasputín, quiso valerse de su recuerdo y hacerlo hablar en las sesiones de espiritismo; intentó sustituirlo con otro *mujik* más repugnante todavía y más sucio; pero ni así pudo consolar a las damas de Palacio.

El asesinato del fantástico Rasputín —sobre el cual tienen las más pintorescas especies los que hayan leído cierto opúsculo de la colección de "Folletos de Actualidad", firmado por J. Geretzof, que es un legítimo ruso de astracán— es un verdadero antecedente de la revolución rusa. En Rasputín se trata de aniquilar al consejero de la Zarina; y los ejecutores de la venganza son un gran duque, un yerno de un gran duque y el jefe del partido más reaccionario de la Duma. Muerto el monje nigromante, la opinión cortesana parece abominar de su memoria. Y esto es todo un síntoma: cuando en 1905-6 fracasó, con agitaciones en la Duma y fusilamientos en masa, la anterior revolución rusa, puede decirse que se debió el fracaso a que el ejército y las altas clases se agruparon en redor del trono para protegerlo. En 1917, el trono parece desamparado. Y un régimen cae, muchas veces, más por no estar bien defendido que por haber sido atacado. Lo sabemos en México.

Durante las semanas que siguieron a la muerte de Rasputín, se pudo esperar una revolución en Palacio, en cumplimiento de aquel principio fatal de los dos últimos siglos, según el cual el asesinato morigera la autocracia. Pedro el Grande mandó azotar a su hijo Alexis de modo que lo hizo morir. Pedro III es despojado por su imperial esposa Catalina, que lo hace aprisionar sin concederle las tres gracias que solicitaba: su amante, su mono y su violín. Y, al fin, muere a manos del gigante Orlof. El hijo de Catalina, Pa-

blo I, muere por obra de los descontentos de palacio, que estaban por el heredero Alejandro.

La imaginación exaltada se daba, en aquellos lúgubres días, a recordar todo este pasado turbulento. Entretanto, el disgusto creado por el destierro de un gran duque, aumentado por el destierro de otro gran duque que encabezó la protesta, cundía en las altas clases. Pero faltaba el hombre resuelto, y el gran duque Nicolás estaba a cinco días de ferrocarril y era muy adicto al Zar. Tolstoi ha negado la influencia del jefe en las batallas: en la revolución rusa, por lo menos, no se había sentido hasta ahora un jefe, un impulso director.

5. La revolución. Recrudecimiento de la reacción. Dictadura de Protopopof, que hace concentrar en Petrogrado las armas que habían de destinarse al frente de guerra. La Duma, cerrada. La misma familia real, desoída por los Zares. El hambre llega hasta Petrogrado. Hace mucho que los ferrocarriles no marchan. El 7 de marzo de 1917, la multitud se agita. Al día siguiente sobreviene una huelga general espontánea. Manifestaciones recorren las calles pidiendo pan. Los cosacos comienzan a negarse a hacer fuego sobre la multitud. Los soldados fraternizan con el pueblo, y es que en la capital sólo quedan unos cuantos soldados de oficio y la mayoría son soldados ciudadanos. Esta circunstancia hizo posible la revolución.

Protopopof, ministro del Interior, gozaba de la confianza del Zar desde 1916, en que fue presentado por Sasonof. El Zar le ofreció un cigarro, y él lo aceptó por el honor, aunque no fumaba.

—¿Es cierto que me parezco al Rey de Inglaterra?

—Al contrario, señor: es él quien se parece a Vuestra Majestad.

Su carrera estaba hecha. En ausencia del Zar, que se encuentra en el Cuartel General, Protopopof manda disparar ametralladoras sobre el pueblo, desde torres, azoteas y buhardillas. Los agentes de policía no sabían manejar las ametralladoras. El 11 de marzo apareció un decreto mandando suspender la Duma. El pueblo lo considera como un

reto y ataca el Palacio de Invierno. Corre la primera sangre. Los soldados y el pueblo luchan contra la policía. Hay incendios. Una comisión de soldados se presenta en la Duma, y la Duma acata, como un imperioso deber, el encabezar la revolución. Kerenski arenga a la muchedumbre. En adelante el Gobierno queda en manos del Comité Ejecutivo de la Duma y del Consejo de Obreros y Soldados. Se abren las prisiones, la célebre fortaleza de Pedro y Pablo; y los reos políticos quedan en libertad. Los ministros y los generales han sido hechos prisioneros en el Palacio de la Duma. Protopopof, temiendo el linchamiento, se constituye prisionero voluntario de Kerenski. Hubo al principio pocas víctimas, y no le faltaba a la cosa su matiz bufonesco: los soldados, en su afán de arrestar generales, penetraron en el Club Inglés y echaron el guante al general servio Arsenio Karageorgevich, hermano del Rey de Servia.

El Zar está en Mohilev: no entiende lo que pasa. El movimiento en tanto se propaga a Moscú, Jarkof, Odesa. En Petrogrado no queda enemigo a quien combatir. Los puestos de la policía han volado en cenizas. Se organizan fiestas, se canta la Marsellesa. Rusia es libre.

Entretanto, la Duma y su Presidente, Rodzianko, tratan de convencer al pueblo de que lo mejor es aceptar una monarquía constitucional, poniendo en el trono al hijo o al hermano de Nicolás Romanof. Pero ya el pueblo no escucha: el Consejo de Obreros y Soldados, que pasa ahora al primer plano, le ofrece la República.

Lejos, en el Cuartel General de Mohilev, el Zar no sabe nada, no entiende nada. Al fin, la Zarina le telegrafía en términos alarmantes. Se pone en camino, y tiene que detenerse a poco. De allí intenta volverse a Pskov. El general Russky le hace comprender la necesidad de su abdicación. Consiente. Pero antes de que llegue a manos de Rodzianko el mensaje de su abdicación, recibe la visita de los delegados del Gobierno provisional, en el vagón y a presencia de los generales de su séquito. El Zar no se siente con fuerzas para separarse de su hijo, y abdica en favor de su hermano Miguel.

Media hora después, tomaba tranquilamente el té entre

sus cortesanos, sin siquiera darles cuenta de su abdicación. No era grandeza: era desmayo, despecho. Omnipotente hacía unas horas, hoy expuesto a todas las venganzas del pueblo, pasaba del poder a la humillación, como envuelto en una nube de inconsciencia: por él pudo decirse muy bien que *la vida es sueño*.

6. El Gobierno Provisional. El 15 de marzo reaparecen los periódicos en Petrogrado, donde todo es alegría. La refriega ha resultado poco sangriente. Queda constituído el Gobierno Provisional. Presidente del Consejo y ministro del Interior, Lvof; Justicia, Kerenski; Negocios Extranjeros, Milukof; Guerra, Gouchkof. A estos dos se les acoge con algunas protestas.

El nuevo Gobierno concede la amnistía general por delitos políticos y religiosos; libertad de palabra, de prensa, de asociación, de huelga, abolición de restricciones fundadas en diferencias sociales, étnicas o religiosas; sustitución de la policía por una milicia nacional, cuyos jefes serán designados por elección; convocatoria de una Constituyente elegida por sufragio universal, hasta donde sea posible, y abolición de la pena de muerte.

El Palacio de Táurida es un hormiguero gigantesco. Se trabaja incesantemente. Algún delegado cae rendido de fatiga a medio discurso.

Y hay que restablecer la vida nacional en sus grandes líneas, y hay que prestar oído a la vez a la última campesina de Simbirsk, que se queja del alcalde cuatrero. La calle toma parte en las discusiones del Palacio: se preocupa más de acabar con la familia imperial que de restaurar el orden. El Gobierno Provisional, con excepción de Kerenski, está por la monarquía de Miguel. El gran duque Miguel declara que no aceptará la corona, salvo que la Constituyente lo pida, y así se rompe otro de los sostenes del trono. Se manda arrestar al "Coronel Nicolás Romanof" y se le trae a Tsarcoye-Selo, antes morada de sus placeres.

El pueblo está por la República; pero se oyen algunos vivas a la anarquía. El Gobierno piensa en atender a la guerra; pero se oyen vivas a la paz. Ya están, pues, todos

los problemas planteados. Tres semanas de intensa labor, de propaganda de buen sentido, de reformas y concesiones militares, devuelven algo de tranquilidad al ejército, que ya comenzaba a disolverse. Pero las ondas de la anarquía avanzan, y el Gobierno Provisional no puede liquidar, en unas horas, pecados seculares.

Lo cierto es que la Duma, al erigirse en Gobierno Provisional, se suicida. Como no es hija del sufragio, ella sola se va retirando por el fondo: otro sostén que se viene abajo. Los regimientos, según se iban sublevando, habían venido a buscar el apoyo de la Duma. Ésta, al disolverse, deja en su lugar al Soviet, asamblea de diputados, obreros y soldados. Entre éstos, más realistas que sus predecesores, algunos se han elegido a sí mismos. Los cuadros de la antigua administración se derrumban uno tras otro. El primer decreto del Soviet desorganizó los ejércitos, autorizando la desobediencia al superior. El Gobierno Provisional había hecho promesa de no abandonar a los aliados, pero el Soviet se inclina a la paz, así como se inclina a acelerar las revoluciones económicas. Kerenski, único lazo entre ambos, se esfuerza por impedir que aquella sombra de gobierno se divorcie del Soviet.

El rostro de este hombre tiene algo de asimétrico y convulsivo; posee más magnetismo oratorio que sentido político; bajo su enfermiza agitación hay tal vez una indecisión incurable; suele huir los actos decisivos. No tenía más regla que su temor a la extrema izquierda: fingía creer en ella, y después ya no le era dable deshacer los enredos en que él mismo se iba implicando. Entre Kornilof, los cosacos y el Soviet, vacilaba constantemente. Un día deja escapar a Lenin, que intentó por primera vez el golpe de Estado de los maximalistas, y otro día entrega como traidor a Kornilof, cuyo auxilio acaba de solicitar. Todo esto le enajena, al fin, la voluntad del partido. Y el segundo golpe de los maximalistas se realiza con éxito. Y aquí la palabra de La Bruyère compendia todas las reflexiones: "Cuando un pueblo se agita, no se ve por dónde puede recobrar la tranquilidad; cuando está tranquilo, parece que no se le pudiera inquietar de manera alguna."

En mayo, los maximalistas hacen presión sobre el Gobierno Lvof. Sobrevienen renuncias, acuden los socialistas. Kerenski queda como presidente del Consejo. Todavía la extrema izquierda duda de él, y él se debate entre vacilaciones y componendas. Durante el mes de julio se ve obligado a ordenar una nueva ofensiva en los frentes, y entonces los maximalistas le acusan de ir a remolque de los "imperialistas aliados" y de traicionar así la Revolución. El ejército, desmoralizado, no responde, deserta, acaba de hacer imposible la vida, estorbando de mil modos toda la obra del Gobierno. Fracasa, pues, la nueva ofensiva, crece la oposición al Gobierno, y comienzan las más duras pruebas para el pueblo en descomposición.

7. Los maximalistas. Las provincias comienzan a obrar por su cuenta. Kronstadt se declara independiente. Cuenta con marina y artillería, y está dispuesta a derribar la "República burguesa" de Petrogrado. Finlandia, impaciente, se alza contra Rusia. Ukrania forma un Gobierno autónomo, bajo el poeta Vinnichenko.

Avanza la invasión alemana, sin encontrar valla: Riga, Revel, Lituania, Estonia . . .

En julio, los maximalistas intentan asaltar el poder. Kerenski puede aún salvarlo, con esfuerzos desesperados. En agosto, una asamblea monstruosa, reunida en Moscú, donde todo el mundo quiere hablar, recrudece más los ánimos opuestos. Los maximalistas de Lenin han apreciado su poder. El general Kornilof, apoyado por parte del Ejército —y nunca se sabrá si de acuerdo o no con Kerenski—, intenta imponer un orden militar, pero fracasa. Los maximalistas de Trotski y Lenin acusan a Kerenski de haber favorecido la intentona de Kornilof.

En octubre, el Soviet de Petrogrado forma un Comité revolucionario que entra en pugna con el Poder, y logra que no se envíe al frente la guarnición de Petrogrado. De victoria en victoria, los maximalistas dan el golpe decisivo la noche del 7 de noviembre; convocan un Congreso de Soviets, donde Trotski y Lenin se imponen. Kerenski es derrotado en las cercanías de la capital. Pero ya las provincias del

sur y el distrito del Don inician la guerra contra los maximalistas.

Éstos procuran obtener el auxilio de los jefes socialistas de los demás bandos, que les niegan toda colaboración. Comienzan las huelgas. Los maximalistas apenas cuentan con hombres para los ministerios, pero poseen cañones y ametralladoras. Sólo pueden defenderse y establecerse por la violencia. Y empieza la guerra ruso-rusa.

La Constituyente había sido el sueño secular del pueblo ruso, y era el capítulo de concordia de todos los bandos antizaristas. El error de Kerenski fue su tardanza en convocarla. La Constituyente quedó estrangulada antes de nacer, y de momento sobrevino un régimen que hace pensar en aquellas mitologías donde el matador hereda la condición del vencido.

Ahora bien: Trotski, en nombre del maximalismo, había propuesto las bases de una paz no imperialista, cuyos principios van a ser más tarde repetidos por Wilson. Pero, de momento, los procedimientos eran inoportunos. Los soldados rusos se apresuran a fraternizar con el enemigo. Los oficiales declaran compartir el punto de vista del maximalismo, *en cuanto a Rusia se refiere.* Trotski confiaba en el contagio de la revolución rusa hacia el resto de Europa, y desde luego hacia los Imperios Centrales, y así veía venir sin desconfianza las proposiciones de paz. De aquí el espectáculo de Brest-Litovsk. Fueron vanos los consejos de los socialistas internacionales de Suiza.

"El Tratado de Brest-Litovsk —dice un crítico— ha hecho perder a Rusia 780,000 kilómetros cuadrados de su territorio, 56 millones de habitantes, 21,530 kilómetros de vías férreas, 73 por ciento de su producción de hierro, 89 por ciento de carbón, 918 fábricas de lana, 133 de tabacos, 244 de productos químicos, 615 de papel, 1,073 empresas metalúrgicas, 24 refinerías, etc. Aparte de esto, ese desdichado Tratado ha convertido a Lituania, Livonia, Curlandia y Liflandia en provincias alemanas .... La revolución rusa, y con ella todo el socialismo internacional, recibieron en Brest-Litovsk un golpe terrible."

Lo cierto es que, de momento, aquella paz daba el único medio de salir de la guerra sin una derrota que ya era cierta, y el único medio de realizar, dentro de Rusia, la futura revolución social.

1919.

EL ANTIGUO EGIPTO *

I. Francia y la Egiptología

La Egiptología es, por sus orígenes y desarrollo ulterior, ciencia netamente francesa. La civilización egipcia, que los griegos y latinos respetaban como cuna de todas las artes y ciencias, y maestra de su propia cultura, desapareció después lentamente de la memoria de los hombres, porque Egipto perdió sucesivamente su existencia nacional, su escritura, reemplazada por los caracteres griegos, y su lengua, reemplazada por el árabe. Sólo logra mantenerse hasta el siglo XIX el copto, empleado como lengua litúrgica por los monjes cristianos. El copto es la última forma de la antigua lengua nacional, disimulada bajo la escritura griega; pero el copto no podía servir para comprender las escrituras jeroglíficas de los monumentos. Estos jeroglifos ¿constituían acaso una escritura ideográfica, análoga a los acertijos de figuras que encontramos en los periódicos? ¿O eran más bien signos de una escritura fonética y alfabética como la nuestra? Nadie pudo contestar estas preguntas de un modo exacto antes de Champollion.

En 1779, un oficial del ejército de Bonaparte descubrió, en Egipto, una inscripción bilingüe, jeroglífica y griega: el famoso decreto de Roseta, que tanto vino a facilitar las investigaciones. Champollion, estudiándolo, logró reconocer los signos jeroglíficos que correspondían a las letras griegas de los nombres de algunos monarcas: Tolomeo, Cleopatra, Berenice, Alejandro; y demostró así que en la escritura jeroglífica había signos alfabéticos. Pero los antiguos nombres de la lengua indígena ¿estarían escritos también en signos alfabéticos? Champollion sospechó, con mucho tino, que las inscripciones anteriores a la época griega empleaban simultáneamente signos figurativos y signos fonéticos, los cuales

* *El Sol*, Madrid, 1º, 8 y 15 de mayo, 1919. Curso de A. Moret en el Instituto Francés, de Madrid, primicias de algunas investigaciones personales. Ver sus obras: *Aux temps des Pharaons* y *Dieux et Rois de l'Égypte Ancien.*

solían representar grupos de dos o tres letras, y a veces también una sola letra. Logró así leer los nombres de Ramsés y de Totmes, monarcas de la era prehelénica, tan fácilmente como había leído los de Tolomeo y los Césares. Comunicó al mundo su descubrimiento en una *Carta a M. Dacier*, secretario de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, el 27 de septiembre de 1822. Pronto, en 1824, publicó una *Guía del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios*, donde no sólo reconstruye la escritura, sino también la gramática y el vocabulario de aquella lengua muerta, ayudándose del copto como de una lengua auxiliar y demostrando una erudición vastísima y una genial intuición. Poco después Champollion partió a Egipto, descifró todas las inscripciones accesibles, interpretándolas con gran precisión; pero, fatigado por el exceso de trabajo, no pudo sacar todo el provecho de su rica cosecha documental. Poco después de recibir el nombramiento de profesor del Colegio de Francia, murió, cuando apenas contaba cuarenta y dos años (1832) y era lícito fundar grandes esperanzas en el resultado de sus investigaciones.

No dejó discípulos. La Egiptología iba a desaparecer con él . . . Pero su *Gramática jeroglífica*, publicada en 1836, no podía menos de despertar algunas vocaciones científicas. Tal aconteció con el conde Emmanuel de Rougé, gentilhombre francés aficionado a las lenguas orientales, que se puso a estudiar con fervor las obras de Champollion y, en 1846, se mostró capaz de continuar y perfeccionar el método del maestro. Tal aconteció asimismo con Auguste Mariette, humilde profesor del Colegio de Boulogne-sur-Mer que, en 1850, logró que se le encomendara una misión para Egipto, y descubrió por sí solo el Serapeum de Memfis y el templo de la Esfinge, y llevó a Francia millares de documentos. El concurso de estos dos hombres devolvió a la Egiptología francesa todo su esplendor. Mariette descubría monumentos; Rougé traducía las inscripciones. El Jedive se dejó convencer respecto a la necesidad de organizar un servicio de Antigüedades y un Museo bajo la dirección de Mariette y, a partir de ese instante, puede decirse que el porvenir de la Egiptología estaba asegurado. En las enseñanzas de aquellos sabios

maestros se formaba un joven normalista, Gaston Maspero, que pronto traería a la nueva ciencia el contingente de los métodos universitarios, el espíritu de análisis y el don científico y que, siendo investigador, era también un escritor capaz de vulgarizar la Egiptología en el libro, y un catedrático brillante.

Maspero, a los veintiséis años, fue llamado a reemplazar a Rougé en el Colegio de Francia, y, a la muerte de Mariette, fue nombrado director del servicio de Antigüedades de Egipto y director del Museo de El Cairo. Trajo a las excavaciones una orientación científica y profunda, y descubrió las pequeñas pirámides con inscripciones de Saggarah (3000 a. c.), y encontró en Tebas las momias de los grandes Faraones antiguos. A su regreso a París, publicó, entre muchos otros trabajos, dos obras de primera: los textos de las pirámides, y su magnífica *Historia de los pueblos de Oriente.* Por esta época, J. de Morgan, orientando las excavaciones hacia el período prehistórico, descubría las tumbas de las primeras dinastías, lo cual hizo retroceder los límites conocidos de la historia de Egipto hacia el año 5000 a. c. Al final de su carrera, Maspero volvió a Egipto (1899-1914), y se consagró a la restauración de monumentos, a la reorganización del servicio de Antigüedades y del Museo, y a la redacción de un catálogo general de monumentos, con el concurso de todos los especialistas. En 1881, había creado Maspero una Escuela según el modelo de las ilustres Escuelas Francesas de Roma y de Atenas. Muchos discípulos han seguido sus enseñanzas en París y en El Cairo, asegurando así la continuidad de la obra de Champollion. Los servicios que los investigadores franceses han prestado a la Egiptología son tan evidentes que, cuando el Egipto pasó a la protección de Inglaterra, ésta cedió a Francia el privilegio de dirigir el servicio de Antigüedades y Museo de Egipto.

II. La religión egipcia

Todo estudio de conjunto sobre las civilizaciones faraónicas debe fundarse en las creencias religiosas de los egipcios. Fustel de Coulanges demostró en *La ciudad antigua*

que los usos privados y las instituciones políticas de los griegos y romanos se explican por sus creencias. Esta teoría se confirma, todavía con mayor fuerza, en Egipto, donde tenemos que remontar unos 3,500 años más hacia los orígenes de la humanidad. Para el hombre primitivo, la religión se confunde con el pensamiento mismo: es la interpretación del misterio de la vida humana y de la muerte, del misterio del universo. Y de esta interpretación dependen la actividad del hombre aislado y la organización social y política.

Los griegos y los romanos ignoraron por mucho tiempo el verdadero carácter de la religión egipcia; la juzgaron desconcertante y bárbara, a causa del culto que en ella se daba a los animales. Y este juicio fue también por mucho tiempo el de los modernos. Desde hace veinte años, los estudios de religión comparada, y sobre todo los que se refieren a pueblos no civilizados (África, Australia, etc.), han demostrado que este culto de los animales tiene su explicación en un conjunto de doctrinas primitivas: el "animismo", que debe considerarse como punto de partida de toda evolución religiosa. Las investigaciones de J. de Morgan y Amélineau —que por 1895 descubrieron la civilización egipcia de la Edad de Piedra— prueban, en efecto, que los egipcios primitivos adoraban fetiches: animales, árboles, piedras, objetos cualesquiera, en que creían encontrar virtudes o fuerzas misteriosas. Así pues, aquel culto que escandalizaba a los estudiosos no era más que la supervivencia de creencias más antiguas; no era un término, sino un primer paso en una evolución religiosa. En la época arcaica, unos 5,000 años a. C., no hay en Egipto más culto que el de los fetiches animales, árboles, armas, astros, etc.

Hacia el año 4000 a. C., aparecen, venidas probablemente de Asia y de Arabia, poblaciones más evolucionadas que ya conocen el bronce, la escritura, y tienen ya noción de la divinidad. No desaparecen los antiguos fetiches, sino que, asociados a los nuevos dioses, se perfeccionan, se humanizan. Y de aquí las figuras híbridas, las divinidades con cuerpo humano y cabeza de animales. Estos dioses se instalan en las principales ciudades, forman familias o "tríadas" (marido, mujer, hijo: Osiris, Isis, Horus), y su destino si-

gue la suerte de las ciudades que protegen. Según las épocas, el dios de Memfis (Pta) o el dios de Tebas (Amón) dominan los reinados del Antiguo y del Nuevo Imperio. Por lo demás, el culto de los animales persiste y nunca se borra completamente.

A partir del Imperio memfita (hacia 3000 a. c.), aparecen textos religiosos. Hay entonces como un ensanche de las ideas; ya el hombre no sólo se preocupa de su propia vida o la de su ciudad, sino también de las fuerzas remotas que gobiernan el universo. Una metafísica primitiva explica que el Cielo, la Tierra, el Nilo son otros tantos dioses, y clasifica las divinidades en dioses del Cielo, de la Tierra y de los Muertos. No hay dioses celosos. Aquél es un politeísmo en que cada dios local se cree el único dios, y como tal es reverenciado.

La extensión del pensamiento religioso al universo terrestre y celeste explica la creación del calendario, basado en la observación de los astros (por ejemplo, el fenómeno de la aparición del Sirio al salir el Sol) y en la observación de las crecientes del Nilo. El calendario egipcio se funda en cálculos aplicables al estado físico del cielo hacia el año 4241 a. c.

La creación del calendario nos indica que el pensamiento egipcio se orienta al estudio de las dos grandes fuerzas naturales que gobiernan la vida egipcia: el Sol y el Nilo. Estas dos fuerzas van a determinar las grandes corrientes de la especulación religiosa en la era siguiente: la doctrina solar y la doctrina osiriana.

1º *La doctrina solar.* El culto del Sol como divinidad distinta es probablemente de origen semítico y fue importado a Egipto de otras tierras. Su nombre es una abstracción: "Ra", que quiere decir el creador. Sus símbolos, una piedra, un obelisco, una pirámide, recuerdan el "Beth-el" de Siria. El Sol es la única divinidad egipcia a cuyo culto se consagra un colegio de sacerdotes: el Colegio de Heliópolis, donde se elaboraba una teología metafísica.

El Sol existía ya en potencia en el caos primitivo, antes de la creación de los seres. Este dios principal se llamaba

"Atum", "Atón". Llega un momento en que Atón cobra conciencia de que existe, y habla. Su verbo crea la luz; es decir, al dios Ra; y después a "Atón-Ra", y siempre por virtud del verbo sigue creando las demás cosas.

Esta creación no es simplemente un juego divino. Atón-Ra, responsable del universo, lo gobierna por el verbo que, como el Logos de los alejandrinos, es a un mismo tiempo "palabra" y "razón". Los escritos herméticos explican que el dios supremo Inteligencia (Nous) gobierna por el Verbo (Logos) y el Espíritu (Pneuma). Esto es lo que se llama la Trinidad hermética. Desde los tiempos más remotos esta trinidad aparece en los textos jeroglíficos. Amón, Ra y Pta forman un Consejo divino en que Ra es la Inteligencia, Pta el Agente (el Verbo) y Amón el Espíritu. Y estas tres personas distintas son un solo dios verdadero. La aplicación de la doctrina de Ra significa el triunfo de la justicia y la verdad en el mundo. Al Faraón toca aplicarla y mantenerla.

2º *La doctrina osiriana.* Esta doctrina representa, frente a la metafísica solar, un ideal humano. Mientras el Sol está lejos de los hombres, Osiris-Nilo vive entre los hombres y los alimenta con su fecundidad. La leyenda nos lo pinta como un rey bienhechor que enseñó a los hombres las artes agrícolas, y que murió prematuramente, asesinado por su hermano Set. Isis, su mujer, era, por fortuna, una maga llena de habilidad. Inventó el remedio que da la inmortalidad y resucitó el cadáver ya despedazado de Osiris. En adelante, éste reinó solitario entre los muertos, en algún remoto país de Occidente.

Bajo esta leyenda es fácil adivinar los temas comunes a los dioses de la vegetación: aun cuando nutren a los hombres con su cuerpo, el pan, y con su sangre, el vino, están condenados a muerte, son destrozados como el trigo o la uva (el *sparagmós* de los griegos), y son enterrados como la semilla; pero renacen año tras año en los nuevos brotes.

Lo más singular de la leyenda osiriana es que el papel de Osiris no pára en esto. Su muerte y su resurrección deben servir de ejemplo a los dioses y a los hombres. En ade-

lante, el que reciba después de muerto los ritos que resucitaron al dios se salvará también de la muerte. Pero así como Osiris se hizo acreedor a este privilegio por su bondad y sus virtudes, los hombres sólo podrán gozar la suerte de Osiris cuando lo merezcan por su conducta. Se advierte que la extensión de los ritos osirianos al hombre propone los problemas de la inmortalidad y de la sanción moral después de la muerte.

Tanto la doctrina osiriana como la doctrina solar son un credo de justicia y razón. Véase, pues, la altura que alcanzaron, al evolucionar, los sentimientos religiosos de los egipcios. Del culto de los animales a la doctrina del Logos y de la salvación por la justicia, la distancia es grande y el progreso notable. Basta esto para rehabilitar la antigua religión egipcia.

III. El Rey de Egipto, Dios entre los hombres

La historia de la monarquía egipcia es una aplicación social de las ideas religiosas. El verdadero rey de Egipto es, en la tierra, Osiris, y en el cielo, Ra. El Faraón es su común representante, su hijo y heredero, su encarnación. Hay que distinguir, en la historia monárquica, las tres épocas religiosas: *1º)* arcaica, *2º)* osiriana y *3º)* solar.

1º *Época arcaica: el rey Halcón.* Había tantos reyes como tribus. En la de los Halcones, Halcón viene a ser el nombre real, su enseña, su protección y su dios (Hiero-Kupolis). Cuando las tribus se fundieron bajo el rey Menes hacia 3500 a. c., el Faraón, con los territorios, se anexiona los diversos dioses locales. El protocolo real lo llamaba ya Halcón, ya Buitre, ya Serpiente, Caña o Abeja (dioses protectores del Sur y del Norte: El-Kab, Koptos, Heracleópolis, Bonto).

El Faraón, como esos dioses, es dueño absoluto de la vida y bienes de sus súbditos y de todo Egipto; pero responde de la prosperidad general. Como las divinidades del tiempo, del agua, de las cosechas, se supone que él influye en el sol, en la lluvia, en la crecida del Nilo, en la fertilidad del sue-

lo. Parece, pues, que el rey estaba sometido a mil reglas y "tabús", a fin de conservar su salud, tan preciosa al pueblo. Cuando envejecía y no se le juzgaba ya capaz de sostener a los hombres y a la naturaleza, parece que, en Egipto como en otras partes, le daban muerte. En tiempo del rey Ergameno, contemporáneo de Tolomeo II, aún duraba esta costumbre en el Alto Nilo (Meroé); entre los salvajes de la región aún subsiste (tribus de Shiluc). Pero pronto encontraron los monarcas la manera de escapar a tan cruel costumbre, en la doctrina osiriana.

2º *El Rey Osiris.* La doctrina osiriana da a los hombres el remedio contra la muerte. Los reyes impusieron al pueblo la creencia de que todo Faraón era un hijo y heredero de Osiris sobre la tierra. Debía, pues, como Osiris, escapar a la muerte. La transacción fue favorecida por el hecho de que el nombre del hijo de Osiris, Horus, se escribía con el mismo signo que "Halcón" (Hor). El rey-Halcón se trocó en rey-Horus. El Faraón se apropió las peripecias de Horus, nacido en Baito, educado por Isis, vengador de su padre, vencedor de Set y, finalmente, después del juicio divino, sucesor de Osiris y Set como rey de ambos Egiptos. De aquí la teoría de que la monarquía es doble y reúne los reinos de Horus y Set: títulos, palacios, funciones, todo en la leyenda sacra alude a la monarquía dualista.

Los faraones pretendían escapar a la muerte ritual. Lo lograron aplicando a su persona los ritos que permitieron la resurrección de Osiris. Aceptaron una muerte ficticia, simbólica, a la cual seguían las celebraciones del renacimiento inmediato. El rey era entonces adorado como un nuevo Osiris, era un Osiris que volvía a la tierra. De aquí la fiesta "Sed", o fiesta de la liberación y de la salud, que se celebraba a los treinta años del rey y se repetía periódicamente. Persistió hasta la época romana.

3º *El Rey Ra.* La doctrina solar, en la forma desarrollada hacia la III dinastía por 2800 a. c., impone a los Faraones un ideal más elevado y celeste, más por encima de lo humano: el de Ra. Según los teólogos, fue éste el primer

rey de Egipto, y el Faraón era su sucesor. Poco a poco, el nombre Ra se incorpora en el nombre faraónico (II dinastía: Heferka-Ra: Bella Alma de Ra). Los nombres reales aparecen circunscritos en una elipse que figura el curso solar. Desde la cuarta dinastía, "Ra" es componente obligado de estos nombres; entre el nombre y el apellido, circunscritos en la elipse, aparece la partícula "Hijo de Ra". La V dinastía pasaba por provenir de los hijos que Ra dio a la mujer del gran sacerdote de Heliópolis. Y de aquí parte una noción teogónica, según la cual Ra desciende en persona para fecundar a la reina. Esta escena sólo aparece en los templos de la dinastía XVIII, pero es mucho más antigua. Aún dura en la época romana (Cesarión, hijo de Cleopatra y de Amón-Ra.)

Las circunstancias del ritual del coronamiento del rey, hijo del Ra, llegado a la edad viril, se han conservado en los monumentos egipcios. El candidato es conducido al templo por los dioses, purificado y consagrado por ellos. Amón-Ra le da un abrazo y le comunica el soplo vital. El rey vive en adelante como un "Ra". En los templos constan los actos oficiales, por los cuales Ra hace donación de todos sus bienes a su hijo.

4º *El rey-dios después de la muerte*. El rey-dios no muere para los egipcios. Ha escapado a la muerte merced a las doctrinas osiriana y solar. La osiriana, en un principio, sólo se aplicaba al Faraón después de su muerte verdadera, mediante una especie de fiesta de "Sed", complicada con los trabajos necesarios para la conservación del cadáver. De aquí los ritos de la momificación y la construcción de tumbas duraderas. El rey, hecho un Osiris momificado, vivirá junto a Osiris, en el Occidente, última región que linda con la tierra, donde no hay luz ni seguridad. Todos los recursos del Estado se aplicaban a asegurar al rey muerto las provisiones y la protección. Testigos, las pirámides y fundaciones de sitios funerarios.

Sin embargo, la forma de las pirámides indica, simbolizando el rayo solar que cae de las nubes, que la doctrina solar comienza desde la III dinastía a aplicarse al rey muer-

to, como se había aplicado al rey vivo. El rayo solar sirve de escala luminosa al alma del rey. Establecida esta creencia, se pensó que el alma del rey se iba al cielo, junto a Ra. Pareció inútil agotar los recursos del Estado en construir enormes pirámides. La fuerza material cede a la espiritual: a las grandes pirámides reemplazan poco a poco unas pirámides pequeñas, cargadas de inscripciones prestigiosas. Los textos de las inscripciones explican cómo el rey alcanza el cielo, cómo encuentra acogida, cómo están aseguradas su subsistencia, su vida y gloria eternas junto al Sol.

Tal es la concepción egipcia, que hace del rey un ser sobrehumano: primero, para asegurar las relaciones entre el cielo y la tierra (cómo lo logra el rey, se verá al hablar de los templos); segundo, para asegurar a los hombres un gobierno sabio y justo, digno de un dios, y tercero, para elevar gradualmente a los hombres hasta la condición divina, por lo menos después de la muerte. (Cómo lo logra el rey, se verá al hablar de las tumbas.)

IV. El templo, el culto, los dioses y la magia

A cambio de la herencia real que Ra legaba a su hijo el Faraón, éste quedaba obligado a celebrar el culto de su padre y los demás dioses. El templo es el corazón de la ciudad egipcia, como lo es la catedral en nuestras ciudades medievales.

Descripción de los templos. Son los mejores monumentos egipcios. La forma del templo ha variado mucho con las épocas. En el período arcaico, es una casuca de madera y mimbres, consolidada con tierra. En la escritura jeroglífica hay dibujos que la representan. Con la V dinastía comienzan los grandes templos, en honor de Ra. Constan de un pórtico, de un camino cubierto que lleva del pórtico al cuerpo principal; éste es un gran cubo de piedra coronado por un obelisco; el obelisco es la imagen de Ra, ante la cual se hacen ofrendas y sacrificios. Con el nuevo imperio tebano aparecen templos de otro tipo: la doctrina osiriana ha venido a unirse a la solar; imperan los ritos osirianos. Luego la

casa del dios debe parecerse a la de los hombres: un rectángulo alargado, cuya entrada es pública y en cuyo interior hay un recinto privado. Este tipo persiste hasta el fin de la civilización egipcia. A la entrada, una avenida de esfinges conduce a una puerta monumental, encuadrada entre dos torres o pilones y guardada por dos obeliscos y dos estatuas colosales del rey. Después hay un patio rodeado por un pórtico, pero descubierto; más allá una sala cubierta, cuyo techo se apoya en grandes columnas (sala hipostila). En esta parte del templo desfilaban las procesiones y se hacían las ceremonias públicas. La parte reservada comprende un santuario cerrado, sin más entrada que una puerta, rodeada de capillas y almacenes. Es el sanctasanctórum, donde sólo el rey y los sacerdotes pueden entrar. Desde la puerta al santuario, el perfil del templo va descendiendo; el suelo, al contrario, va subiendo, y se pasa de una a otra sala por un plano inclinado. La decoración se inspira en la idea de que la casa del dios es el templo de la naturaleza. En el suelo se representan la tierra, las aguas, los animales; las columnas son árboles con capiteles florales (lotiformes, papiriformes); en el techo se ven las estrellas y los pájaros sagrados.

El culto y la magia. En los muros de cada sala hay bajorrelieves que representan las escenas del culto. Así poseemos una descripción completa de las fórmulas recitadas o ritual del culto. El ritual es de inspiración osiriana; se supone que todos los dioses viven como el dios hombre, que todos están amenazados de igual muerte. Y el culto tiene por objeto el libertarlos de la muerte mediante una resurrección cotidiana. Esto se logra aplicando a todos los dioses el remedio contra la muerte, inventado por Isis en favor de Osiris: conservación del cuerpo por la momificación; restitución de las funciones físicas y morales por la abertura de la boca y por los ojos; consagración de cada dios como Osiris-rey. La nutrición del dios se asegura con animales sacrificados y un servicio muy completo de ofrendas.

El estudio del ritual pone de relieve dos ideas importantes. Primera, el alimento del dios es espiritual y material a

la vez; la ofrenda de la Verdad-Justicia (diosa Maat) es la más agradable a los dioses que, a imitación de Ra y Osiris, viven de justicia. Segunda, el sol cotidiano del dios se asegura por un sacrificio renovado de Osiris, que revive, muere y renace con cada dios. Los textos dicen: "El corazón de Osiris está en todos los sacrificios." Pero los ritos pueden también obrar mecánicamente, como los de los magos, para la práctica del sacrificio del dios. No hay que olvidar que Osiris es una víctima forzada, no voluntaria.

El rey y los sacerdotes. En principio, sólo el rey puede ejecutar los ritos del culto; sólo él es bastante puro y de raza bastante ilustre para ser intermediario entre los dioses y los hombres. Pero, en la práctica, el rey no podía celebrar el oficio en todas partes y todos los días, por lo cual delegaba su poder en los sacerdotes. En el Antiguo Imperio, los sacerdotes eran personas laicas, eminentes, que se iban turnando en las funciones un mes al año. No constituían clase especial. Pero la piedad de los reyes los fue sometiendo cada vez más al servicio del templo. El rey gratificó con bienes considerables a los servidores del culto, y les libró de impuestos y cargas mediante la "carta de inmunidad". Al final de la IV dinastía los reyes están arruinados, y no pueden impedir que se forme una feudalidad civil y religiosa. Hacia el año 2000 a. C. se restaura el poder monárquico, dinastía XII, pero la invasión asiática y la guerra de independencia que la sigue dan un gran prestigio al dios nacional Amón-Ra de Tebas y a sus sacerdotes. Éstos, bajo la dinastía XVIII, hacia 1400 a. C., hacen y deshacen monarcas a su antojo, y gobiernan a todos los sacerdotes de Egipto, organizados ya en cuerpo de funcionarios. El rey Amenofis IV trata de quebrantar el poder de los sacerdotes de Amón, proscribiendo el culto de este dios, anulando las funciones creadas en favor del sacerdocio y mudando la capital: el sol Atón y la ciudad de Khoutaton (El-Amarna) reemplazan entonces a Amón y a Tebas. Pero la revolución fracasó. Bajo la dinastía décimanona, Amón vuelve a ser el dios despótico de antes, y sus sacerdotes recobran toda su influencia. Un inventario de los bienes de Amón, en tiempos de Ramsés III,

prueba que el clero poseía, en aquella época, un poder económico y político superior al de la familia real. Poco después, los sacerdotes de Amón derriban a los Faraones y se coronan reyes de Tebas. La religión se vulgarizó, transformándose en superstición y magia, y los sacerdotes no se proponían ya más que captar la confianza y la credulidad del pueblo.

V. Tumbas, inmortalidad del alma y sanción moral

Así como los templos son el espejo de la vida religiosa y política, las tumbas lo son de la vida social. Permiten seguir, a través de las edades, las concepciones religiosas, la evolución social y, en fin, gracias a las representaciones figuradas, la civilización material del pueblo egipcio. Hay que distinguir la época arcaica y la memfita.

Época arcaica. Las primeras sepulturas son simples fosas en la arena, donde se deposita el cadáver después de haberlo desarticulado y destrozado. Se trata de impedir así que el muerto pueda aparecerse entre los vivos. Las armas, las alhajas, amuletos, alimentos depositados junto al cadáver, tienen por objeto retenerlo en la tumba. Hacia el año 4000 a. c., los ritos funerarios se transforman. Ya no se desarticula el cadáver, sino que se le coloca en la actitud plegada que tiene el feto en el seno de la madre, para facilitar su renacimiento. Entre los muebles funerarios figuran imágenes de los dioses. Se supone ya que el difunto vive en compañía de las divinidades de los muertos, en el Occidente lejano, junto a Anubis, a Jentamonti, a Sokaris, a Osiris, a las primeras deidades de la necrópolis. Entonces la tumba se desarrolla y llega paulatinamente al tipo de la "mastaba" del Antiguo Imperio.

Época memfita (de 3000 a 2500 a. c.). *a)* La tumba. Ahora el muerto habita en la necrópolis, en el Occidente, y el vivo es quien viene a visitarlo. La tumba tiene, pues, una sala de recepción: la capilla en que se celebra el culto. La vida futura del muerto se inspira en el modelo de Osiris;

como para éste, hay pues que asegurarle: *1º)* la conservación del cadáver, por la momificación; *2º)* las relaciones entre el alma y el cuerpo, por medio de una estatua e imágenes que representan al difunto con la mayor exactitud posible, y donde el alma viene a habitar; *3º)* las relaciones entre los muertos y los vivos, que han de encargarse de alimentar al difunto mediante el servicio regular de ofrendas. Por eso en la tumba memfita, llamada "mastaba" por su apariencia exterior de "banco" cúbico, hay tres partes: la capilla para la relación entre el vivo y el muerto (culto, ofrendas), un escondite o "serdab" murado en que se colocan las estatuas, y una fosa profunda donde se deposita el cadáver momificado.

b) ¿Quiénes pueden usar de una tumba? Un número muy limitado de personas. Al principio, sólo el rey. La fiesta "Sed" hacía de él, en vida, un Osiris. Después de la muerte continúa siendo un Osiris. Necesita de vasallos en el otro mundo. Por eso concede el beneficio de los ritos osirianos a su familia, a sus clientes, a los grandes funcionarios, los cuales, en vida, reciben el don de una tumba y tierras para mantenerse en el mundo y percibir las rentas después de muertos; además, reciben raciones alimenticias de la mesa real, y cobran ciertos derechos sobre los templos. Los que disfrutan el privilegio de una tumba serán unos quinientos súbditos por reinado: sólo la corte es admitida a semejante favor en la otra vida. Los cuadros esculpidos en las mastabas nos permiten conocer esta otra vida en todos sus aspectos. La gente del pueblo aparece como gente de servicio, lo mismo que ha vivido en la tierra. Pero, aparte de los privilegiados, ninguno puede vivir junto a Osiris, ni abandonar la tumba para llegar hasta el reino sagrado. La extensión de este derecho a todo el pueblo tuvo que conquistarse a fuerza de revoluciones políticas sucesivas.

Época del Antiguo al Medio Imperio (2500-2100 a. c.*).* 1º Acceso de la aristocracia al culto funerario. Cuando los Faraones, bajo la influencia de los sacerdotes de Ra, adoptan como patrón a Ra, el Sol celeste, su vida de ultratumba se fija en el cielo, ya no en el Occidente. Empobrecidos por

sus liberalidades para con los sacerdotes, los reyes se ven obligados a conceder a las grandes familias de todo el país el acceso al nuevo ultramundo, lo cual implica la creación de privilegios políticos y donaciones territoriales muy importantes. Desde la VI dinastía se advierte que, en la mayoría de las provincias de Egipto, hay algunas familias principescas que ejercen cierto gobierno local, que celebran por sí el culto de los dioses regionales y se hacen enterrar, no ya junto al rey, sino en sus propias necrópolis, donde gozan de los ritos osirianos y solares. Todo esto acontece bajo el patronato del rey; pero ya los favorecidos han pasado de 500 a 2,000 o 3,000 por cada reinado. Es la época del régimen feudal. La oligarquía se desarrolla al lado de la monarquía.

2º Revolución democrática: después de los nobles, el pueblo quiso también tener acceso a las cosas sagradas, para disfrutar de la vida de ultratumba y de las ventajas materiales que ella anticipaba en la vida terrestre. Es éste un movimiento semejante al de la plebe de Atenas y de Roma por la conquista del derecho de ciudadanía. El pueblo comenzó por caer en un escepticismo y un materialismo exacerbados, y luego vino la anarquía. Con el concurso de las circunstancias (ruina de la autoridad real, invasión extranjera), se desencadenó la revolución social hacia los años 2000 a. C. Numerosos textos acusan este estado de anarquía y el anhelo popular de un rey que restablezca la justicia igual para todos, dando a todos los mismos derechos civiles y religiosos.

3º Restauración monárquica, hacia 1800 a. C. La dinastía XII sustituyó el régimen oligárquico por una monarquía absoluta, aunque con acentuados caracteres democráticos. El rey reorganiza la justicia, reforma el cuerpo de funcionarios, promulga códigos y da instrucciones al visir, en los que se dibuja ya el ideal del rey patriarca y pastor de pueblos. Al mismo tiempo, las tumbas permiten darse cuenta de que ya todos tienen acceso a los ritos osirianos y solares. Todo difunto se convierte en un rey Osiris, en un favorito del rey, en un "justo". Los ritos fúnebres se simplifican, al punto de que la posesión de un "papiro funerario" con el nombre

del difunto basta para asegurar a éste los ritos indispensables a la vida del más allá. A partir de la dinastía XII, y gracias al mismo Faraón, todo el pueblo egipcio ha logrado la conquista de los derechos civiles y religiosos.

Democratización del ideal religioso. Entonces sobreviene en el pueblo el sentimiento de la responsabilidad moral después de la muerte. Para llegar a ser un Osiris en el otro mundo, hay que merecerlo, hay que sufrir un examen, un juicio ante el tribunal de Osiris: el famoso "juicio de los muertos". Concebida por los reyes del Antiguo Imperio, plenamente realizada hacia el año 1600 a. c., obligatoria para todos, perfeccionada y matizada cada vez más hasta llegar a la era cristiana, esta prueba del juicio representa una de las más bellas conquistas morales de la humanidad. Entre los egipcios aparece por vez primera la idea de que la mejor prueba de la inmortalidad del alma es la necesidad de una sanción moral después de la vida. Por desgracia, la vulgarización de esta idea, junto a la decadencia de la religión causada por el desmedido aumento del poder temporal de los sacerdotes, trajo consigo malos resultados; por ejemplo, el desarrollo de la magia. Muchos comienzan a figurarse que pueden engañar al tribunal de Osiris, como hay quien pretende escapar a los castigos del infierno cristiano mediante indulgencias. La recitación de fórmulas apropiadas (Capítulo del Corazón, Capítulo del Juicio en el *Libro de los muertos*) permitía triunfar siempre en el juicio final. Naturalmente, estas supersticiones produjeron una lucha entre los verdaderos creyentes y los impíos. La magia salió a competir con la religión. Con todo, el acceso del pueblo a los ritos religiosos desarrolló el hábito de la meditación religiosa y del examen de conciencia. Los textos nos hablan del "dios interior", que es la conciencia, y de la necesidad de satisfacerlo. Ya estaba preparado el camino para los ascetas y solitarios de la era cristiana. Así, la evolución religiosa del pueblo egipcio se tradujo, como en todas partes, en una lucha de clases. Ella no trajo una revolución política democrática, como sucedió en Grecia y en Roma, pero condujo al Egipto a la concepción, más tarde difundi-

da por toda la humanidad, de la existencia de una deidad accesible a todos, benefactora y justiciera.

VI. Lugar de Egipto en el mundo oriental

Forma Egipto una región natural tan bien definida —el valle del Nilo—, que sin duda hubiera bastado a sus ambiciones el haberse mantenido en relaciones comerciales y de civilización con sus vecinos, sin anhelos de conquista, a no haber tenido que defenderse contra ellos. "Jardín del mundo", tierra prometida en medio de los desiertos, Egipto fue arrastrado a pesar suyo a los conflictos mundiales.

El Antiguo Imperio. Egipto fue colonizado por una población indígena africana y por una invasión de pueblos semíticos. Sus relaciones con los vecinos de una y otra margen comienzan, pues, desde los orígenes. A ambos lados del Delta y en el Sinaí habitan los "señores de las arenas". Se les mantiene lejos del valle, mediante un atrincheramiento que cubre la frontera oriental del Delta. Desde las primeras dinastías, los Faraones se alargan hacia aquellos pueblos para explotar las canteras del Sinaí (cobre, turquesa, lapislázuli), y sobre todo hacia Uadi-Najarc y Sarbut-el-Kadim. Del lado del Mar Rojo, el camino de Koptos a Koceír conduce a unos yacimientos graníticos de oro y piedras preciosas, y al comercio marítimo con Arabia y el país de Pount, que produce incienso y perfumes. Todos los Faraones dejan huella de su actividad en Uadi-Kamamat. Desde la V dinastía, comienzan a traer de Pount hasta 8,000 árboles de mirra para aclimatarlos en Egipto. Bajo la XVIII hubo una expedición memorable de la reina Hatshepsut, que está descrita en el templo de Dev-el-Babari. Del lado de Nufré, los egipcios tienen que defenderse contra los negros, a quienes reciben como soldados, servidores o traficantes, pero no admiten como invasores, naturalmente. Fue necesario rechazarlos hasta sus propias tierras. A partir de la VI dinastía, hay numerosas expediciones de señores de Elefantina al Alto Nilo. Los reyes de la XII conquistan toda la Nubia, la fortifican, y reglamentan el acceso de las poblaciones negras. Más tarde,

la isla de Meroé queda anexionada al Imperio egipcio. Del lado de Palestina hay más antiguas relaciones marítimas con Biblos. Desde la V dinastía hubo que enviar algunas columnas a combatir con los ladrones asiáticos: una expedición saquea a Palestina, bajo Pepi II (2600 a. C.); otra comenzó, bajo Sesostris III (1900 a. C.). Todo esto es política puramente defensiva para evitar los ataques que amenazaban a Egipto. Los asiáticos se habitúan entonces a emigrar a Egipto, donde se instalan como colonos.

El Nuevo Imperio y la política imperial. A partir de los años 1800 a. C., Egipto es arrastrado en un torbellino, cuyo centro está en la meseta del Asia Menor. Se produce entonces un flujo de emigraciones que acaban en una invasión general, como la de Europa después del Imperio Romano. De todas estas emigraciones, Egipto tiene que recibir el choque final:

1º Invasión de los pastores en Egipto y reacción de Egipto sobre Asia (de 1800 a 1300). Una ola asiática, con un núcleo de guerreros bien armados y provistos de caballos y carros de guerra, desconocidos antes para los egipcios, conquista el norte de Egipto y funda un campo atrincherado en Avaris. Tras un siglo de luchas, los príncipes de Tebas expulsan a los asiáticos, recobran Avaris y organizan un ejército poderoso con infantería, carros, flota. Tutmosis o Totmes I juzga indispensable la conquista de Palestina para la seguridad de Egipto, y domina la región hasta el Éufrates. La expedición recomienza bajo Totmes III, pero con pretensiones a fundar un imperio egipcio. Bajo Amenofis III, Palestina y Siria son ocupadas por los egipcios. La zona que va del Orontes al Éufrates queda bajo su vasallaje. Los ketas (Anatolia), los asirios y babilonios envían tributos. Amenofis IV trata de dar una coherencia moral a estos dominios mediante la fundación de un culto universal en honor del Sol-Atón. Esta política fracasa por la hostilidad de los sacerdotes de Amón; pero debe considerársela como un ensayo interesante de la concepción que más tarde desarrollan con éxito Alejandro y los Césares. La correspondencia diplomática (cuneiforme), encontrada en las tablillas de El-Amarna,

permite darse cuenta del carácter del protectorado egipcio. Por la misma época, las relaciones políticas y comerciales de Egipto alcanzan ya a Chipre y a Creta.

2º Egipto y los Ketas. Hacia 1350 a. c., los ketas, impelidos por una emigración, descienden de Anatolia a Mitaimi, se apoderan de Godshou y amenazan a Palestina. Ramsés II libró entonces una gran batalla (Godshou), asunto del gran poema de Pentaur, en el año quinto de su reinado (hacia 1295 a. c.). Es la primer gran batalla en forma que registra la historia. Poco después, Ramsés II y el príncipe de los ketas firman un tratado cuyo texto poseemos. Se establece en él la partición del imperio hasta el Orontes, y la alianza de ambos países y de sus divinidades. El príncipe de los ketas da su hija a Ramsés II y visita a Egipto por 1266.

3º Los pueblos del mar atacan a Egipto. Por 1250 a. c., la emigración precipita sobre las costas de Palestina y de Egipto a un grupo de bárbaros que aún estaban en la edad de hierro: aqueos, etruscos, sardos, etc. Los filisteos pasan de Creta a Palestina; los peloponesios pasan a Creta. Es la época de la guerra de Troya (hacia 1200 a. c.). El primer efecto fue la sublevación de Siria contra el hijo de Ramsés II, Mineftah. Éste logra sofocarla. (Entre los sublevados está Israel.) Pero hacia 1225 a. c., hay, sobre las costas del Delta, un terrible desembarco de aqueos, sardos y libios. Los pueblos del mar son derrotados en Piari; pero la situación de Egipto está muy amenazada. Por estos días puede colocarse el éxodo israelita. Bajo Ramsés III, hacia 1196 a. c., nueva invasión de los pueblos del mar, otra vez rechazada; pero los filisteos ocupan la Siria, y los zakala organizan la piratería en el mar. Con esto acaba el poderío egipcio sobre el Asia.

4º Egipto conquistado. En Asia se organiza el imperio asirio, al mismo tiempo que Egipto se divide en un reinado de los sacerdotes (Tebas) y un reinado libio (Delta). Y Egipto es conquistado sucesivamente por los asirios (672 a. c.), por los persas de Cambises (525 a. c.), los griegos de Alejandro (332 a. c.) y los romanos de César (30 a. c.).

Conclusión

El Imperio egipcio en el Asia fue efímero, pero grande fue su influencia sobre los destinos de la humanidad. La noción del gobierno pacífico, unido bajo la égida de un rey-dios único, no pudo triunfar cuando Amenofis y Ramsés, que carecían del poder militar necesario; pero cuando los pueblos emigrantes se establecieron, Alejandro el Grande y los Césares adoptaron nuevamente esta política, que hizo la gloria de Alejandría y de Roma. Además, el Egipto influyó en sus vencedores. Como provincia romana fue un modelo, cuyo régimen financiero e instituciones centralizadas inspiraron a los legisladores de la metrópoli. A imitación de los Faraones, los Césares se hicieron reconocer como dioses del imperio, para crear, entre los distintos pueblos sujetos, una unión moral y religiosa. La teoría del despotismo ilustrado, que es la misma del cesarismo, pasó de Egipto al Imperio romano-germánico, a la monarquía francesa de derecho divino, y así, la moderna Europa ha sido gobernada durante mucho tiempo por concepciones políticas originarias de Egipto. En el dominio moral, Egipto ha dejado una huella todavía más profunda. Ningún pueblo precristiano ha llevado tan lejos la concepción de una divinidad justa, soberana, común a todos los hombres sin distinción alguna de clase ni categoría; ninguno ha formulado mejor la teoría del renacimiento después de la muerte y de las condiciones morales necesarias a la inmortalidad del alma. Los griegos y romanos, a partir del siglo IV a. C., aprenden de los egipcios la esperanza en otra vida y la certeza de la retribución póstuma. Cicerón, iniciado en los "misterios orientales", declara: "En adelante no temeremos ya a la muerte; ella es para nosotros un bien, no ya un espanto." Puede, pues, decirse que los descubrimientos de Champollion pusieron en claro los más antiguos títulos de la familia mediterránea. Aunque agotado por un largo esfuerzo de 4000 años, el espíritu de Egipto sobrevive hasta nuestros días, en muchas importantes nociones morales, políticas y religiosas.

1919.

LA FRANCIA CONTEMPORÁNEA *

I. ROYER-COLLARD. En 1814, Francia, saturada de gloria, está ávida de libertad, y acoge con entusiasmo el gobierno de libre discusión que le promete la anhelada Carta. Pero, en el torbellino de furiosas pasiones desatadas por la Revolución, resulta sumamente difícil evitar los choques violentos de los partidos. Los del antiguo régimen sólo esperan una ocasión favorable para recuperar sus privilegios y reclamar su situación preponderante; los hombres nuevos que, por su parte, sólo han aceptado a los Borbones por necesidad, se mantienen recelosamente a la defensiva, prestos a contestar con la violencia en cualquier momento a las violencias que temen de sus contrarios.

Entre uno y otro campo, un grupo poco numeroso, influyente por la sinceridad de sus convicciones, la dignidad de su actitud y la gravedad de su pensamiento, intenta reconciliar la legitimidad y la libertad, quiere reconciliar a los Borbones con Francia. A la cabeza de este grupo aparece Royer-Collard.

Royer-Collard, entre aquel desorden de los espíritus, se esfuerza por descubrir una base sólida, un principio estable que permita a Francia escapar a nuevos conflictos. En la familia de que proviene, las influencias jansenistas se hacen sentir muy hondamente. Su madre le ha inculcado el respeto de la propia conciencia, y tiene el culto del deber. Aunque se deja arrastrar un momento por el entusiamo popular de 1789, no vacila en oponerse a la Convención, en cuanto ésta cede a la presión de los amotinados.

Proscrito, a partir del 13 de Fructidor, por haber defendido la libertad de cultos en el Consejo de los Quinientos, se acerca a Luis XVIII, pero con el fin de "hacerle entender la nueva Francia". Profesor de Filosofía en la Sorbona, en 1812 —aunque se negó a pronunciar el elogio de Napo-

* *El Sol,* Madrid, 1º y 8 de mayo de 1919. Curso de Ernest Denis en el Instituto Francés de Madrid.

león, que era de estilo al inaugurar una cátedra—, combate el escepticismo del siglo XVIII, que, al arruinar la moral, amenaza dar al traste con el edificio de la sociedad.

Así como predica la supremacía del alma en el hombre, también quiere restaurar el orden en el gobierno, impidiendo todo despotismo. Pronto alcanza, para conservarla hasta la muerte, una autoridad singular, que debe a sus cualidades naturales, al vigor de su dialéctica, a la intransigencia de sus convicciones, y también a la alta concepción que tiene de su propio valer. Amargo, sarcástico, se le teme y se le respeta; pero nunca podrá ser popular: no gusta de la acción, y más se complace en la crítica que en el gobierno. Trae a la política un sistema sólido y algo abstracto, que atribuye la autoridad suprema a una fuerza misteriosa: la justicia y la ley.

Influencia directa en los negocios públicos, sólo la ejerce de 1816 a 1820. Después del asesinato del duque de Berry, asiste con sorda desesperación al fracaso de sus esperanzas. Si aún continúa luchando, es por sentimiento de honra, pero ya no confía en el éxito. La revolución de 1830 señala, a la vez que el triunfo de su partido, la derrota de su política.

Legitimista liberal, burgués —no del antiguo régimen, sino de los tiempos antiguos—, Royer-Collard deja a la nueva Francia nobles lecciones, algunos discursos de profunda y grave elocuencia, y sobre todo, el alto y sereno ejemplo de una conciencia sin flaqueos y de un corazón que alentó siempre por las más nobles causas.

II. GUIZOT. La Restauración (1815-1830) ha tenido sus días de grandezas. Por primera vez se vio entonces, a pleno día, en la tranquilidad más completa, el desarrollo de los principios de 1789. Por desgracia, Carlos X se figuró que estaba en su mano el suprimir las garantías bajo las cuales el país había aceptado la vuelta de los Borbones, y se arriesga el "golpe" de las Ordenanzas. Provocado, el pueblo se defiende. La revolución de julio de 1830 derriba la monarquía legítima.

El pueblo no estaba preparado para aprovechar plena-

mente su victoria. La Revolución queda confiscada por la burguesía. La monarquía de Luis Felipe es un ensayo de transición, un puente entre la monarquía tradicional y la república.

Pero la Revolución había provocado una verdadera fermentación de ideas, prodigiosa ebullición de las almas. Todas las doctrinas salían a la plaza del mundo. Era aquél un período de vida interna y febril, de completa anarquía intelectual y moral. La burguesía, dueña del poder en adelante, se espanta de semejante agitación e intenta poner un dique a la inundación social, a las furiosas corrientes que arrebataban los espíritus. Y tras un período de tanteos e incertidumbres, Luis Felipe se decide por la resistencia, y, para organizar la defensa social y política, se encuentra con un hombre de superior jerarquía moral: Guizot. Guizot, que "nació burgués y protestante", es un sabio eminente, es uno de los fundadores de la escuela histórica francesa, y son notables las contribuciones que ha dado a la erudición.

Ministro de Instrucción Pública, crea para Francia la enseñanza primaria, y la ley de 1833 es título bastante a su gloria.

A la vida pública trae el mismo celo cuidadoso que pone en sus trabajos científicos: el gusto del orden, la regularidad, la pasión del equilibrio y mesura. Tenía un temple heroico, nobles sentimientos y el hábito de las reflexiones profundas. Pero no tiene ni alegría ni confianza. Ama al pueblo, pero con amor distante y receloso: no está en comunión con el pueblo. Lo que tiene de buen sentido le falta de ideal. Teme lo quimérico, lo utópico, al grado de ver un peligro en todo cambio. Soporta la vida como un deber; ignora los goces de la acción y del movimiento.

Fue un conservador intransigente, un especie de dictador de la moderación. Incapaz de seguir la rauda carrera del progreso, contribuyó a perder el régimen que había fundado.

Su obra vale menos que él; pero hay en sus errores algo trágico, y los mismos que lo derrocaron no pudieron menos de admirarlo y reverenciarlo.

III. Lamartine. Cuando Lamartine, el 24 de febrero de 1846, penetra en el gabinete de Guizot, que a la sazón huía de la revolución victoriosa, se encuentra sobre la mesa del ministro un papel con este comienzo de discurso: "Más oigo a M. de Lamartine, y más me convenzo de que no podemos entendernos." En efecto: Lamartine representa, no sólo una nueva concepción política, sino un nuevo espíritu, nuevos métodos y un alma esencialmente distinta: el romanticismo sucede ahora al racionalismo.

El romanticismo da el primer lugar al instinto, al sentimiento, a la pasión, al entusiasmo, a la poesía. De aquí, en el terreno de la política, la teoría de que la influencia preponderante toca al pueblo, a las masas, que no obran por reflexión, sino de manera impulsiva. El romanticismo es optimista: el hombre —dice— no tiene más que ceder a los impulsos de su alma para realizar su destino; la eterna voluntad de la Providencia lo empuja al progreso; las revoluciones no son más que las revelaciones sucesivas del Eterno.

No fue Lamartine un gran estadista. Él mismo —al final de su carrera— reconocía así sus imprudencias: "Es grave falta achacar a Dios lo que Dios ha dejado en manos del gobernante: la responsabilidad. El sabio no debe retar jamás a la fortuna, sino prevenirla y conjurarla." Era Lamartine un vidente, un profeta. Abrió al porvenir perspectivas insospechadas.

Privilegiado de la suerte, sus primeros años fueron risueños; su juventud, triunfal. La vida fue para él, por mucho tiempo, un sueño de hadas, y un sueño victorioso. Su alma suntuosa encontraba en el éxito una fuente de emociones inagotables, de esperanza, de confianza y de evolución. Colaborador de la bondad divina, se lanzó a la política con la certidumbre de que iba a atraer sobre la tierra una lluvia de delicias y bendiciones.

Combatió la inercia de Guizot con un ardor magnífico, y nadie ha contribuído más que él a socavar el trono de Julio. Dio a la oposición sus fórmulas más eficaces, y provocó en las masas el entusiasmo republicano por la epopeya girondina.

En 1848, de febrero a mayo, ejerció sobre el pueblo la dictadura de la elocuencia, proclamó el sufragio universal; por su energía y su fe, por su intrepidez, conjuró la desatada anarquía. Fue un instante el ídolo de Francia, y dio al mundo uno de los espectáculos más admirables que registra la Historia. Vivió días incomparables, alcanzando en ellos el apogeo de la humana belleza.

Maravillas son éstas que nunca duran mucho tiempo. Los disturbios de junio espantan a la clase media, y Francia busca refugio en el campo de la reacción. Francia, aterrorizada, pide entonces un salvador.

Lamartine había presentido el peligro desde mucho antes, y había anunciado el renacimiento bonapartista. Con todo, no quiso oponerse a los decretos de la Providencia. Y, tras un discurso de Lamartine que decidió a la mayoría, la Asamblea resolvió que el presidente de la República sería elegido directamente por el pueblo. Resultado: triunfo del príncipe Luis Napoleón, ruina de la República.

El presente se había perdido: no el porvenir. Ni el mismo Imperio se atrevió a atentar contra el sufragio universal. La democracia, ahogada un instante, contaba para siempre con el arma soberana que había permitido rehacer a Francia y transformar a todos los pueblos.

Lamartine ha escrito de Petrarca: "Para unos es poesía; para otros, historia; para éstos, amor, y para aquéllos, política. Su vida es como el poema de una grande alma." Lo propio podemos decir de Lamartine.

IV. Monsieur Thiers. Los profetas suelen ser guías peligrosos: Lamartine confía en la democracia; y la democracia se entrega a un salvador providencial, y sacrifica a Napoleón III las libertades tan penosamente conquistadas. En política extranjera, Lamartine predicó la reconciliación de los pueblos y la paz universal; y Francia, arrullada por sus palabras y soñando con un porvenir risueño, descuidó sus defensas y favoreció la formación del Imperio Germánico. La invasión y el desmembramiento de su territorio la despertaron de su sueño. El Tratado de Francfort, de 1871, la dejó humillada, jadeante, destrozada, a punto de desesperar de

sus destinos. Por fortuna encontró entonces un hombre para levantarla: era Thiers.

Thiers, modesto burgués de Marsella, salió de su ciudad natal el año de 1820 con el ánimo de conquistar a París. Y, en efecto, pronto lo consiguió. Su éxito se debe, sobre todo, a que poseía, en grado notable, las características del temperamento francés, de la tradición francesa: vivacidad, facilidad, soltura, una gracia sin afectación, una sencillez a la vez natural y calculada, un abandono reflexivo. Desconfiaba de las grandes palabras, el énfasis le horrorizaba, y no hacía mucho caso de las teorías. Estimaba principalmente el buen sentido y el espíritu práctico.

Fue Thiers el verdadero inventor de la Monarquía de Luis Felipe y, hasta en los días en que pasó a la oposición, sólo procuró ponerla en guardia contra los peligros que le creaba su propia inercia, su propio embotamiento. Con claro sentido, vio venir la impopularidad de Luis Felipe, provocada por la incoherencia de su política extranjera. M. Thiers, como verdadero burgués de Francia, tenía un patriotismo exaltado, con sus puntas de "patrioterismo", y nadie adivinó mejor que él los riesgos de la fantástica política de Napoleón III. Con notable perspicacia, sospechó desde el primer día los proyectos de Bismarck y se esforzó por atraer al emperador al camino de la razón. Y "cuando ya no quedaba ningún error en que incurrir", se opuso con gran tino y energía heroica a la declaración de guerra de julio de 1870.

No había logrado prevenir la catástrofe: al menos tuvo el honor de salvar todo lo que aún se podía salvar. Jefe del Poder Ejecutivo, tras las elecciones de 1871, entre las implacables luchas de los partidos, aplasta la Comuna, restablece el orden, reorganiza el crédito público y el ejército. Y todo esto bajo la amenaza de un vencedor despiadado a quien exasperaba la reorganización de Francia. Thiers sólo lograba contener esta amenaza a fuerza de lealtad. Promueve relaciones amistosas con las grandes potencias. Y cuando, en 24 de mayo de 1873, Thiers abandona el poder, los últimos regimientos prusianos estaban evacuando ya el territorio. Francia había resurgido, era otra vez dueña de su porvenir y entraba francamente en el camino de la República.

M. Thiers ha sido el más completo y más admirable representante de la burguesía media de Francia, de esta clase laboriosa y modesta, algo tímida y desconfiada del porvenir, pero que siempre ha sido la columna más resistente de la nación, y es capaz de esfuerzos inauditos en cuanto la suerte de la patria está en peligro.

V. Gambetta y Jules Ferry. En 1871, Francia era "una nación vencida, nunca un pueblo resignado con su derrota". Nunca pudo consolarse de la pérdida de Alsacia y Lorena, y siempre esperó el día de reconquistar para el hogar nacional a los hijos que le habían sido arrebatados. Era menester, ante todo, amansar las inquietudes, apaciguar las divisiones internas, organizar la República, educar al pueblo, devolverle poco a poco la confianza en sus propias fuerzas.

Esta obra fue preparada por Gambetta y realizada finalmente por Jules Ferry. Revelado por su éxito en el proceso Baudin, y pronto destacado en el primer puesto del partido radical, Gambetta sobresale por su fervoroso entusiasmo, la generosidad de sus pensamientos, la profundidad de su patriotismo. En 1870, en una situación desesperada, levanta al país a un extremo de superación, y hace brotar del suelo ejércitos nuevos que, por un instante, ponen en duda la victoria. El pueblo ya no quiso seguirle cuando predicó la guerra a toda costa. Pero, aun separándose de él, el pueblo seguía unido a él por el recuerdo de las angustias comunes y respetaba la energía de sus protestas. La multitud reconocía en Gambetta sus propios sentimientos, y nadie tuvo en más alto grado el don de hacerse escuchar por ella, de penetrarla de sus ideas, de dominarla y arrebatarla. Siempre dueño de sí, aun en sus momentos de exaltación, apasionado y reflexivo a un mismo tiempo, fiel a su partido, pero superior a todo fanatismo, puso toda su inagotable energía al servicio de la causa republicana, y también los recursos de un espíritu avisado y perspicaz. Contribuyó eficazmente a disipar las pretensiones que alejaban aún de la democracia a grupos importantes de la nación. Pero desapareció sin gozar del triunfo que había preparado. Cuando, en 1882, murió de

pronto en plena juventud, la reacción que se batía en retirada, pero no se daba todavía, meditaba el rescate.

La cabal derrota de la reacción exigía un hombre intrépido, resuelto, obstinado, de recta e inquebrantable razón y de carácter firme. Tal fue, para fortuna de Francia, Jules Ferry.

Jules Ferry venía de los Vosgos. Llevaba en el corazón la herida siempre sangrante de la derrota. Su alma heroica aceptaba sin miedo la posibilidad de un duelo supremo, pero su patriotismo clarividente sabía evitar las imprudencias en que pretendían arrojar al país algunos aventureros e intrigantes, mezclados con algunos místicos de la política. Él soñaba con que su país fuera "grande en todo, grande en las artes de la paz, grande en la política colonial".

Su obra fue triple:

Transformó y organizó definitivamente la enseñanza pública en todos los grados y formas. De las escuelas por él fundadas ha salido la generación de héroes de 1914.

Dio a Francia un magnífico imperio colonial. Gracias a él, Túnez, el África occidental, Madagascar, Tonkín, han venido a ser importantes fuentes de la riqueza francesa, sólidos asientos de su poder.

Trabajó por hacer de la República un Gobierno firme y regular, apoyado en las clases rurales.

Respetuoso para la libertad, nunca quiso confundirla con la anarquía. Los radicales, cuyas turbulencias combatía, logran al fin alejarlo de la presidencia de la República y aun lo privan por algún tiempo de su puesto de diputado. Pero no por eso dejó de triunfar en la lucha que había aceptado, y tuvo la alegría de volver a la cordura al pueblo francés, que, en una hora de mística exaltación, parecía dispuesto a dejarse arrastrar por el general Boulanger.

La vida de Jules Ferry fue una vida dura y combativa. Al menos, logró lo que se había propuesto: dar mayor grandeza al país que tanto amaba, más luces, más poder; y, por su labor metódica y su bravura, apresuró "la hora de las reparaciones definitivas".

VI. Clemenceau. En una de las últimas sesiones de la Cámara, Clemenceau ha rendido un homenaje magnífico a la memoria de Gambetta. Clemenceau ha reconocido que sus críticas despiadadas a los principales jefes del partido republicano solían pasar el límite estricto de la justicia. Es que Clemenceau posee un temperamento de combate; es intrépido al grado de buscar los peligros, y valeroso hasta la imprudencia; siempre está dispuesto a ir hasta el fin, en el pensamiento y en la acción.

Bretón de origen, parisiense por adopción y por naturaleza, aficionado a la originalidad —que a veces raya en paradoja—, hombre de arrebatos, incapaz de entregarse a cálculos humillantes, ama la libertad con pasión, porque experimenta la necesidad de desenvolverse sin el menor obstáculo.

Aunque a menudo se le ha considerado como jefe de los radicales, jamás se sometió del todo a su programa, nunca ha aceptado guías, no forma parte de ningún grupo, es un aislado. Es un "franco-tirador" que marcha de frente, el arma en la mano, sin apartarse de su objeto, y ataca denodadamente a sus adversarios.

Cuando la guerra de 1870, ya Clemenceau era un hombre, y sufrió hondamente con la humillación y el desmembramiento de la patria. Pronto adquirió la convicción de que Alemania sólo esperaba un momento favorable para completar la ruina de Francia. En la crisis de 1908 acabó de convencerse de cuáles eran los designios de Alemania. Desde ese instante, se acostumbró a pensar en que la lucha suprema era inevitable.

El año de 1914 lo encontró, pues, preparado. Al instante se irguió en la actitud del combatiente, para no abandonarla más. Considera como absurdo todo plan de negociación con el enemigo, y asegura que no queda más que la victoria o la muerte.

De este modo mereció y obtuvo la confianza del país que, en los momentos más peligrosos, lo llama al gobierno. Entonces Clemenceau, por sus medidas oportunas y rápidas, se muestra acreedor a la confianza del pueblo, denuncia la traición, refrena y aplasta las ambiciones impías y, con su

ejemplo, fortalece la esperanza de la victoria, promueve todos los recursos útiles, impone la unidad de mando a los aliados y acaba por dislocar la acción del enemigo. Clemenceau ha tenido el honor de ser, a la hora decisiva, el portavoz, la encarnación del alma de Francia.

Pero él atribuye a Francia toda la gloria del triunfo, y la Historia juzgará como él. Para preparar una generación semejante de héroes era necesario el trabajo lento y obstinado de muchos hombres superiores. A Clemenceau le toca el honor de haber salvado la herencia de los sacrificios anteriores. Y basta esto para inmortalizar su nombre colocándolo entre los más ilustres obreros de la Historia.

1919.

POMPEYA *

AUNQUE la civilización antigua haya fundado ciudades más importantes, la vida quedó como enterrada en Pompeya, y no hay que hacer grandes esfuerzos de imaginación para reconstruirla. Situada en la Campania, no lejos del balneario romano de Baia o Bahía, donde Horacio encontró a Leucónoe y le reveló el triste secreto de la felicidad ("disfrutar del día que pasa"), Pompeya fue fundada por los oscos, que pronto se relacionaron con las colonias griegas de Nápoles, y cedieron más tarde el sitio a los semitas (siglo V a. C.). Después, Pompeya cae bajo el poder romano (siglo IV a. C.). Luego sobreviene la gran guerra social del pueblo romano por la igualdad política. Pompeya, que se da al movimiento, es duramente apaciguada por Sila, quien distribuye entre los romanos las tierras de la región. Volvió la calma, y al final de la República como bajo el Imperio, ya el colono romano y el indígena se entienden y casi se confunden. Pompeya es leal al Imperio y concede culto público a los emperadores.

Era aquél país de rica agricultura, pero también poseía recursos minerales, y su comercio de pescadería era famoso. Además, Pompeya vino a ser lugar de vacaciones para los patricios, estación termal, ciudad de placer, balneario elegante como San Sebastián o Biarritz. Amaba la riqueza y el lucro y tenía una población muy mezclada.

El Vesubio, volcán vecino, se consideraba extinto. He aquí que, el año 63 de nuestra era, un terremoto destruyó parte de la ciudad. La ruina definitiva de Pompeya, debida a la erupción del volcán, acaeció en el año 79, y la relata Plinio el joven en dos cartas célebres a Tácito. Pompeya quedó enterrada bajo la lava y las cenizas. En la ciudad hubo unas dos mil víctimas, pues la mayor parte de la población huyó al campo. Se han encontrado cadáveres, a ve-

* *El Sol*, Madrid, 9 y 11 de mayo y 12 de junio de 1919. Curso de M. Durrbach en el Instituto Francés de Madrid.

ces en notable estado de conservación. Los supervivientes volvieron después a la ciudad para recobrar los objetos útiles. El Gobierno hizo acarrear todas las estatuas.

Más tarde, la tierra vegetal todo lo reviste y disimula, se pierden las huellas de la ciudad. A fines del siglo XVI, al abrir un canal, aparecen algunas ruinas. En 1754 comenzaron las excavaciones metódicas, y sólo en 1763 se logra identificar aquellas ruinas. En 1860, unida Nápoles al reino de Italia, emprende Fiorelli sus trabajos científicos. Actualmente, hay media ciudad desenterrada. La ciudad italiana antigua constaba de ciertos elementos regulares: un recinto, dos arterias principales cruzadas, de norte a sur y de este a oeste, y en su intersección un foro. Pompeya no responde exactamente a este tipo, antes ofrece notorias irregularidades. Los arqueólogos modernos han establecido una división artificial, por regiones, dentro del antiguo perímetro.

Trátase de una ciudad fortificada con murallas y torres. Después venían las puertas, a veces simplemente destinadas al servicio de impuestos sobre el consumo. Las calles presentan unos como puentes de piedras, colocados a distancia conveniente para dar paso a las ruedas de los vehículos; estas piedras servían para atravesar las calles los días de lluvias, que en la Italia del mediodía suele ser torrencial. En los ángulos de las calles se ven fuentes con motivos escultóricos (Medusa, Silvano, un águila apresando una liebre.) El agua corría por tuberías de plomo y era recogida en aljibes, que acaso surtían también otras poblaciones. Las casas tenían más de un piso, y el piso superior solía estar en saliente sobre la calle; pero la catástrofe y las excavaciones equivocadas casi no han dejado más que los pisos bajos. Sólo en las tres calles principales abunda el comercio abierto sobre la vía pública. Las demás parecen estrechas y tristes. La casa romana, al revés de las nuestras, se diría vuelta hacia adentro.

Es el foro una plaza rectangular de 150 metros por 50, rodeada de columnas, salvo en el lado norte, donde se alza el templo de Júpiter Capitolino (Iovi Optimo Maximo). Las columnas forman dos filas, entre las que corre una galería. Se ven muchas bases de estatuas, unas ecuestres, otras

a pie, que representaban a los emperadores y a los ciudadanos distinguidos por sus liberalidades para la ciudad. El foro de Pompeya, como el romano, comienza por ser un mercado, una feria, un lugar de negocios. Las pinturas murales que representan escenas de la vida en el foro hacen ver también a un maestro castigando a un discípulo: es una escuela al aire libre. El foro es también sitio de fiestas religiosas y espectáculos gladiatorios (que no siempre son en el anfiteatro) o pantomimas. Cuando las fiestas son en otra parte, la procesión o cortejo previo se realiza siempre en el foro.

Era, pues, el centro de la vida social y política. El foro de Pompeya no tiene tribuna, tal vez porque los oradores hablaban desde la escalinata del templo de Júpiter. También había sitios reservados a la justicia y a ciertas transacciones comerciales. Poco a poco, estas funciones se diferencian y se les van otorgando edificios especiales, en los alrededores del foro. El foro es, pues, a la ciudad antigua lo que era el atrio a la casa antigua. Antes de hablar de estos edificios adyacentes, hay que examinar el templo de Júpiter Capitolino que está dentro de la plaza del foro.

1º Templo de Júpiter Capitolino. Destruído por el terremoto del año 63, no había sido completamente restaurado cuando sobrevino la catástrofe definitiva de Pompeya en el año 79. En él encontramos los elementos característicos del templo romano: la base o *podium* y, sobre éste, la *cella,* que es la casa, el recinto mismo del dios. La cella ocupa la mitad del espacio que cubre el podium, y la otra mitad queda como vestíbulo descubierto, encuadrado por columnas. (En el templo griego, las columnas están más cerca y rodean completamente el cuerpo principal del templo). En el fondo de la cella hay tres nichos para las estatuas de Júpiter, Juno y Minerva. El interior queda dividido en tres naves por dos filas de columnas. La escalinata que da acceso al templo tiene a la mitad una saliente: es el altar al aire libre, porque entre paganos el culto era siempre a descubierto. A uno y otro lado del templo, dos arcos de triunfo.

2º Al sudoeste del foro está la Basílica, que es un pórtico cubierto, una vasta sala de columnas, destinada a ciertas operaciones comerciales y también a las cortes de justi-

cia, que se instalaban en un edículo de dos pisos, a la parte del fondo. Es la Basílica más antigua que se conserva en el suelo romano. Como permite, por su disposición, una celebración interior del culto, el tipo de la Basílica vino a ser el tipo de la primitiva iglesia cristiana.

3º Templo de Apolo. Queda al norte de la Basílica. Está separado del foro por una muralla. En el interior hay un patio rodeado de columnas de dos cuerpos. Apolo es dios griego, y su culto fue introducido en Pompeya de muy antiguo. La forma del templo es romana. En el patio, algunas estatuas: Apolo, Diana, etc.

4º Al noroeste del foro hay una sala oblonga y unos pequeños edificios destinados seguramente al comercio. Allí se ha encontrado una especie de mesa de dos pisos con modelos de medidas para líquidos y áridos.

5º En el ángulo nordeste del foro está el Macellum: gran patio cuadrado con dos columnas; al medio y en círculo se ven doce bases de columnas desaparecidas que formaban un kiosko cubierto. En el interior del círculo, un tanque donde se han encontrado escamas de peces. A este patio tienen acceso varias cámaras, cuyos motivos decorativos son naturalezas muertas, cámaras con toda la apariencia de tiendas de comestibles. Las del lado norte no se abren al patio, sino a la calle, como para huir del excesivo calor del sur. Allí se han hallado legumbres y pasteles carbonizados.

6º Al sur, el santuario de los Lares de la ciudad, cuyas dos estatuas están a ambos lados de una imagen del emperador. Este templo, frontón con ábside, tiene la forma de un larario privado.

7º Al sur todavía, un modesto templo de Vespasiano, no acabado aún cuando la catástrofe. (Vespasiano murió el año de la destrucción de Pompeya.) En su altar, un relieve representa el sacrificio de un toro, consagración del templo. Si Augusto fue el fundador de la paz, Vespasiano el restaurador de la paz; de aquí su popularidad.

8º Después hay un edificio formado por un patio rectangular, pórtico profundo de dos pisos, ventanas a los corredores que lo rodean todo, y ábsides al fondo. Es el edificio costeado por la sacerdotisa Eumaquia, donde los

tejedores exhibían y vendían sus telas como en un bazar oriental.

9º Al sur del foro hay un grupo de edificios municipales.

10º En el ángulo nordeste, próximo a uno de los arcos de triunfo que hay junto al templo de Júpiter, pero separado del foro por una calle, hay un templo de la Fortuna Augusta, construído por un particular.

Tal es el núcleo de la ciudad de Pompeya. Examinemos ahora la casa.

El tipo de la casa romana, según el testimonio de las ruinas de Pompeya, responde a las indicaciones que nos da la arquitectura de Vitruvio (época de Augusto). Difiere de nuestras casas actuales por muchos respectos: desde luego, recibe el aire y la luz del interior, y las habitaciones están dispuestas en torno a un patio o vasta sala central abierta por el techo. Entre las causas que pueden explicar semejante disposición hay una perentoria: los antiguos ignoraban el uso del vidrio para vidrieras. No hubieran podido, pues, proteger sus casas contra el viento, la lluvia, el polvo exteriores —a menos de construir unas habitaciones oscuras y ahogadas—, sino mediante la disposición descrita.

El patio interior estaba rodeado de pórticos y galerías.

Aquellas casas eran generalmente bajas, de dos cuerpos a lo sumo. Entre las habitaciones se nota una desproporción enorme: unas son muy vastas; otras, exiguas. Finalmente, la decoración del piso y los muros es mucho más rica y duradera que la de nuestras casas modernas.

La casa pompeyana es una combinación de dos elementos yuxtapuestos: la parte anterior reproduce la casa romana primitiva; la posterior procede de Grecia. Es, pues, una casa grecorromana que, desde los tiempos del Imperio, ha prevalecido en todo el Mediterráneo occidental.

1º Parte romana. Las habitaciones están dispuestas en torno al atrium o patio cubierto; en la parte central del techo del atrium hay una abertura rectangular: el compluvium. Sobre los cuatro lados de este rectángulo se inclinan las vertientes del techo, por donde el agua de la lluvia viene a caer

en un depósito (impluvium) que corresponde exactamente, por su forma y dimensiones, a la abertura superior. El agua de lluvia, por una fuente ornamental que hay a un lado, cae a un pilón.

Se entra en la casa por una puerta que se abre hacia el interior; y pasado un corredor corto y ancho aparece el atrium. Primitivamente era ésta la única sala de la casa. Allí se encontraba el hogar, cuyo humo salía por la abertura central; allí se encontraba el lecho del amo; allí comían, dormían y vivían todos; allí se entregaban a todas las ocupaciones domésticas. Después se sintió la necesidad de reservar locales aparte para los distintos usos, y en torno al atrium aparecieron otras habitaciones: alcoba, comedor. sala. El hogar también fue trasladado, desdoblándose en cocina y altar doméstico.

En el fondo del atrium hay siempre una habitación espaciosa, el tablinum, separado sólo por una colgadura. Esta habitación también está abierta por el fondo, pero puede cerrarse con grandes puertas; da sobre los jardines del peristilo; es una habitación elegante, un salón para los huéspedes.

Las alas de atrium (alae) son unos huecos espaciosos que se abren a ambos lados del tablinum y antes de llegar a éste. No son verdaderas habitaciones: están abiertas. En Roma, allí exponían las imágenes de sus antecesores las familias patricias. Pero en Pompeya se ignora su objeto.

Esta parte de la casa es, pues, comparable a una iglesia moderna: el atrium es la nave, el tablinum, la cabecera; las alae corresponden a los brazos del crucero, y las habitaciones del redor, a las capillas laterales.

2º Parte griega o peristilo. Se reduce a un patio con jardín, rodeado de columnas. Ocupa el fondo de la casa, y se puede llegar a él por un corredor desde el atrium, o por una entrada independiente. Este peristilo, que pocas veces falta en las casas pompeyanas, es muy variable en tamaño y disposición. A veces la columnata sólo ocupa dos o tres lados, y otras veces envuelve al peristilo por todas partes. Es muy diferente del atrium, más claro y más amplio, y era la resi-

dencia habitual de la familia. Generalmente tenía también habitaciones y salas de lujo que se abrían sobre las galerías de los pórticos.

A veces, la casa era más complicada. Las hay con dos atrios y hasta dos peristilos. Durante el buen tiempo se acostumbraba comer al aire libre.

En algunos peristilos están marcados los sitios en que se instalaban las mesas y lechos para los convidados. Se ha podido restaurar algunos jardines, cuyos arriates aún aparecían dibujados sobre el suelo, mediante aquellos arbustos que se veían representados en las pinturas murales. En los jardines había estatuas y fuentes.

Nunca faltan altares domésticos en que se veneran los Lares, Penates y Genios.

Los Lares son los espíritus de los antecesores, que continúan velando sobre la familia; se les representa como unos jóvenes vestidos con corta túnica flotante, atada por un cinturón, danzando o vertiendo una libación, signo de la prosperidad que derraman sobre la casa. Los Penates son los protectores de las provisiones y almacenes, de la despensa. Y el Genio es una personificación divinizada del amo de la casa, su ángel guardián en cierto modo, y es siempre un retrato escultórico. Los altares, ya se reducen a un nicho en el muro, ya son verdaderos edículos donde están expuestas las estatuas de las divinidades.

En cuanto a la decoración, hay que distinguir los mosaicos del pavimento, el adorno de los muros y las estatuas de los patios y salas.

1º Todas las habitaciones están pavimentadas en mosaico. Hay un mosaico vulgar para las alcobas, cuartos de esclavos, cocinas, despensas, etc., formado de cuadrados blancos con dibujos geométricos muy sencillos de color, casi siempre negros. En la entrada de las puertas, en torno a las fuentes, los dibujos son variados y representan naturalezas muertas, frutos, flores, guirnaldas, máscaras, atributos divinos, etc. El suelo de las habitaciones elegantes tiene en el centro un gran dibujo rodeado de un marco de mosaico vulgar. El más célebre de estos motivos es la batalla de Issus, encontrada en la casa del Fauno y después transportada al

museo de Nápoles. Es una escena viva y patética inspirada en la composición de algún contemporáneo de Alejandro el Grande.

2º Los muros, en el interior de las casas, estaban revestidos de yeso y generalmente decorados, salvo en las habitaciones ordinarias, que eran blancas. Generalmente las pinturas se hacían al fresco, colores de agua aplicados sobre el estuco húmedo de una superficie recién enyesada. El muro de ladrillos era revestido primeramente de una o dos capas de argamasa; después venían varias capas sucesivas de yeso y mármol pulverizado; la última capa era más fina. Este revestimiento se conservaba húmedo lo bastante para dar tiempo a la pintura. Ésta, incorporada al muro, es inalterable; aun en nuestros días resiste al lavado con cepillo, y los colores se conservan muy vivos.

En la pintura de un muro hay que distinguir dos elementos: el marco general de la decoración, y los asuntos particulares que encierra. Cada uno de estos elementos procede de distinta mano. En la parte general de la ornamentación hay cuatro períodos o estilos sucesivos. En el primero, el muro se divide en zonas compuestas de rectángulos en relieve que simulan placas de mármol con sus venas y colores; abajo hay un plinto de un solo color, y arriba una cornisa en estuco muy saliente. En este estilo no aparecen asuntos pictóricos propiamente dichos. Aparecen ya en el segundo. Aquí no hay ya salientes en el muro, que es del todo liso. Hay zonas horizontales y zonas verticales; el relieve está simulado por la pintura, y los tintes sombríos figuran zócalos y columnas. Este sistema de tableros engaña la vista y la noción de la perspectiva. En el tercer estilo se prescinde de la ilusión del relieve: los cuadros se reducen a líneas o cintas de colores. Con el cuarto estilo reaparece el gusto de la decoración arquitectal y la perspectiva; pero los cuadros arquitecturales, zócalos, columnas, techos, son sutilizaciones fantásticas.

Los cuadros ornamentales contienen motivos pictóricos y, en primer lugar, algunos retratos notables de observación y realismo; pero abundan sobre todo los asuntos mitológicos, amores de los dioses, temas de leyendas, pasajes de la

epopeya, escenas de la tragedia. No dan indicio de un sentimiento religioso muy profundo, sino de mucho ingenio y habilidad. Tal vez se inspiraban los decoradores en cuadros de la escuela alejandrina. Son notables las escenas que representan Amores entregados a las diferentes ocupaciones humanas.

3º La escultura aparece sobre todo en los atrios y jardines de los peristilos. En el fondo del atrium solía estar el busto del amo de la casa sobre un pilar rectangular, tipo Hermes. Ejemplo, el notable retrato de cabeza de bronce del banquero Caecilius Jucundus. También había retratos de hombres célebres, poetas, filósofos, gobernantes. Abundan sobre todo Bacos, Silenos, Sátiros, Bacantes. En las fuentes y estanques había grupos: niños con ocas o delfines. Las estatuas de las divinidades son más importantes como documentos del culto que como obras de arte, con excepción de tres famosas: una "Diana arcaica", el "Fauno danzante" y un "Baco" en bronce.

Hablemos por último del comercio y los oficios, y la vía de las tumbas.

Las excavaciones de Pompeya han dado abundantes y pintorescas informaciones sobre los oficios de la ciudad provinciana. Formaban la clase obrera la gente modesta, los esclavos y los libertos. El ciudadano romano propiamente dicho desdeñaba los oficios venales. Los documentos que sobre esta materia tenemos son de tres clases: inscripciones, pinturas y restos de monumentos destinados a la industria. Las inscripciones son, en la mayoría, cárceles electorales; nos permiten conocer numerosas corporaciones: albañiles, sastres, tintoreros, pescadores, arrieros, vendedores de frutas y legumbres; también hay una asociación (furunculi) formada por los ladrones rateros. Las pinturas muestran a las corporaciones en el trabajo, a menudo bajo el disfraz de Amores. Hay Amores vendimiadores, herreros, monederos, tintoreros, vendedores de aceite o vino. En estos motivos pueden seguirse las operaciones sucesivas de los oficios más extendidos: el del batanero, por ejemplo, que preparaba las telas nuevas o reparaba las usadas. Entre las ruinas hay muchos edificios destinados a las industrias: molinos, pana-

derías, depósitos de ánforas para vino y aceite, tabernas, tiendas de comestibles y alimentos o líquidos que se vendían, calientes, en la calle. El estudio de estas costumbres comerciales es de lo más divertido.

La ciudad de Pompeya no tenía verdadero cementerio. Las tumbas estaban dispuestas a lo largo de las calles que daban acceso a la ciudad, y a veces llegaban muy lejos. Entre las que han sido exploradas descuella la que conduce de Pompeya a Herculano, que ha recibido el nombre de Vía de las Tumbas. En la época de la destrucción de Pompeya sólo había una práctica para los cadáveres: la incineración. Los restos eran encerrados en urnas que se ponían sobre la tierra o en cámaras funerarias. Las tumbas son de forma variada y más o menos ricas. La mayoría son un exedra o banco de mármol semicircular, donde los parientes venían de tiempo en tiempo, en los días aniversarios, a acompañar al difunto y compartir con él sus alimentos. Algunos de estos bancos están protegidos por ábsides abovedados; otros afectan la forma de triclinio; otros son bóvedas en cuyo interior se guarda la urna y que tienen un altar arriba. Muchos están adornados de bajorrelieves, entre los cuales se distingue un navío que entra al puerto con sus marineros arriando velas.

Pompeya es el tipo de la ciudad provinciana de civilización grecolatina en el primer siglo de nuestra era. Todas aquellas ciudades están construídas por el mismo tipo.

1919.

B

I. PRÓLOGO A FRAY SERVANDO *

I. La presente edición

Entre las obras del publicista mexicano Dr. José Eleuterio González, se incluyó una *Biografía del Benemérito Mexicano D. Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra*, Monterrey, imprenta de José Sáenz, 1876, que fue reimpresa también en Monterrey, tipografía del Gobierno, en Palacio, a cargo de José Sáenz, en 1897. La obra contiene todo el material de la *Apología* y relaciones de la propia vida de Mier escritas por éste; y, además, a guisa de prólogo y epílogo, un breve estudio y noticias biográficas complementarias de mano del Dr. González, que han sido ya aprovechadas por los biógrafos posteriores. En la *Antología del Centenario*, tomo I, segunda parte, se reprodujeron (páginas 425-487) los capítulos I, IV y V de las relaciones de Mier.

En la presente edición de la Casa Editorial-América reproducimos, sobre la primera de Monterrey de 1876, la *Apología* y relaciones escritas por el mismo Mier, y suprimimos las páginas complementarias escritas por el Dr. González. Aprovechamos asimismo —y las seguimos puntualmente en mucha parte— las noticias bibliográficas de Rangel en la *Antología del Centenario*, añadiendo algunas por nuestra cuenta.

II. Biografía de Mier

Nació en Monterrey, capital de Nuevo León, el 18 de octubre de 1765,** y murió en México el 3 de diciembre de 1827. Descendía por línea paterna de los duques de Gra-

* Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*...—Madrid, Editorial-América (Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de don Rufino Blanco-Fambona), 1917, 4º, XXII + 430 págs.

** O 1763, según resulta de una lectura más correcta.

nada y de los marqueses de Altamira, y por la materna, de los primeros conquistadores del Nuevo Reino de León. Comenzó sus estudios en su tierra natal, y a los diecisiete años —no sin vacilaciones— recibió, en la ciudad de México, el hábito de Santo Domingo. Siguió su carrera en el Colegio de Portacaeli, recibió las órdenes menores de subdiácono y diácono, fue regente o maestro de estudios, y, al fin, habiendo profesado el sacerdocio, era lector de Filosofía del Convento de Santo Domingo, y doctor en Teología, a los veintisiete años, con fama de gran predicador. Predicó en las honras fúnebres de Hernán Cortés (solemnidad anual del Ayuntamiento de México) en 8 de noviembre de 1794, y el 12 de diciembre del mismo año, a presencia de virrey y arzobispo, pronunció el célebre sermón sobre la Virgen de Guadalupe, de que arrancan sus infortunios. El arzobispo hizo predicar nominalmente contra el joven teólogo, que a poco fue aprisionado y procesado; se retractó "por no poder sufrir más la prisión", y no contento el arzobispo, hizo publicar en las iglesias un edicto en su contra, y le desterró por diez años a la Península, con reclusión en el Convento de las Caldas, cerca de Santander, perpetua inhabilitación para enseñar, predicar y confesar, y privación del título de doctor. Conducido a Veracruz entre guardias, permanece enfermo de fiebre en la fortaleza de San Juan de Ulúa durante dos meses, y se hace a la mar en la fragata *La Nueva Empresa,* que llega a Cádiz en 1795. Encerrado en las Caldas, se fuga y es reaprehendido, y se le recluye en el Convento de San Pablo, de Burgos, hasta fines de 1796. Va a Madrid, pidiendo justicia del Consejo de Indias; se le ordena pasar a un convento de Salamanca; se desvía en el camino, y, preso nuevamente, es encerrado en el Convento de Franciscanos de Burgos; de donde se escapa con fortuna y se refugia en Bayona, Viernes de Dolores de 1801, vísperas de la célebre disputa con los rabinos, de que da noticia en sus relatos. En Bayona conoció a Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, el Libertador. De allí, a Burdeos y a París, donde conoció al historiador Alamán, y donde, asociado a Simón Rodríguez, abre una academia de español, para cuyos estudios tradujo, dice, la *Atala,* que fue impresa bajo el seu-

dónimo de Rodríguez ("Samuel Robinsón"). ¿Sería la traducción en realidad obra de Mier o sería de D. Simón Rodríguez? Cierta disertación sobre Volney le atrae las gracias del gran vicario, quien le encomendó la parroquia de Santo Tomás, *rue Filles de Saint-Thomas,* parroquia que hoy ya no existe. En 1802 parte para Roma, y el 6 de julio del siguiente año, el Papa le concede la secularización, con algunos honores. A pesar de lo cual, vuelto a España, es reaprehendido en Madrid por una sátira que, en defensa de México, escribió contra el autor del *Viajero Universal.* Y es transportado a los Toribios de Sevilla en 1804, de donde escapa en 24 de junio, para ser reaprehendido en Cádiz y vuelto a su prisión. Se fuga y vive tres años en Portugal, donde Lugo. el cónsul español, lo hizo su secretario, y donde recibe el nombramiento de prelado doméstico de Pío VII, por la conversión de dos rabinos. En 1809, cuando la guerra de independencia en España, Mier es cura castrense y capellán del batallón de voluntarios de Valencia. En Belchite, los franceses le hacen prisionero; se fuga, como era de esperar, y el general Black pide para él una recompensa de la Junta de Sevilla. En 1811 la Regencia de Cádiz le concede una pensión anual de 3,000 pesos sobre la mitra de México, que no le es posible aceptar por ciertas incompatibilidades. Parte a Londres, conocido el levantamiento de Hidalgo, para propagar la idea de la independencia mexicana. Su estancia en Londres es otro de los momentos capitales de su vida: allí se comunica con Blanco White, espíritu de mayor alcance, aunque hombre de menor eficacia; allí conoció tal vez a Mina el Mozo, y entre los refugiados de España pudo ejercer ese dominio de los hombres que han probado la suerte. Él persuadió a Mina, él le acompaña en su expedición de 1817, y queda preso de los realistas en la rendición de Soto la Marina. Son poco leídas las *Memorias* de W. D. Robinson. De ellas tomo la descripción siguiente:

> Fueron llevados [los prisioneros] a Veracruz por el largo rodeo de Pachuca, a veinticinco leguas de la ciudad de México. Aunque iban a caballo, el peso de los hierros, lo largo de las jornadas, la falta de alimentos sanos y el calor bochornoso les produjeron enfermedades y una extraordinaria debili-

dad. Algunos se desmayaban en el camino, y era preciso atarlos con cuerdas al caballo; otros deliraban y pedían la muerte a gritos; los restantes eran conducidos como un rebaño y, al fin de la jornada, alojados en sitios estrechos y llenos de inmundicia. No se les daba sino una escasa ración de malísimo alimento, que apenas podía sostener la vida. Siguióse a esto una debilidad mortal, y como no les era posible tener descanso, ya no les era dable soportar el peso de las cadenas. Pocos hubieran sobrevivido, si no hubiera sido por la humanidad de los habitantes.

Mier, conducido a la capital, sufrió una caída y se fracturó el brazo derecho. En México le esperaban los calabozos de la Inquisición; "ocurrencia notable —escribe el general Tornel—, porque fue, sin duda, el primer religioso dominico que los habitó". El 20 de mayo de 1820, al disolverse la Inquisición, no habían dado fin al proceso de Mier, quien, señalado como enemigo peligroso, fue enviado a España en el mes de julio y embarcado en diciembre. Pero no podía faltar a su hado, y en La Habana logró fugarse, pasando a los Estados Unidos, donde permaneció hasta el mes de febrero de 1822. México era ya independiente. La suerte de Mier quiso que éste, de regreso a México, todavía cayera en poder del general Dávila, en San Juan de Ulúa, de donde al fin pudo sacarlo el primer Congreso Constituyente. Mier era diputado por su Estado natal. Cuando, en junio, logra llegar a México, Iturbide se había declarado emperador. Mier, en audiencia personal, censura su conducta. El 28 de agosto es aprisionado con otros diputados, sospechosos de conspiración contra el imperio. El 11 de febrero de 1823 lo liberta la sublevación republicana. El 13 de diciembre de 1823 pronuncia en el Congreso su discurso "de las profecías", en que mantiene la necesidad de un Gobierno republicano central, o al menos de federalismo templado.* El primer presidente, Guadalupe Victoria, le da alojamiento en el Palacio Nacional, y vive en adelante de la pensión del Estado. "El presidente Victoria —cuenta Tornel— escuchaba con mucha paciencia sus impertinencias." **

* V. algunos párrafos en F. Pimentel, *Obras Completas,* V, México, 1904; 467 y sigs.
** *México a través de los siglos,* IV, 170 b.

La vida de fray Servando aparece bajo una luz fantástica. Su muerte también. El 15 de noviembre de 1827, seguro de su próxima muerte, convida personalmente a sus amigos para el Viático, que recibiría al día siguiente. El Viático le fue llevado entre honores militares, colegios y comunidades y multitudes de pueblo. Ofició el Ministro de Justicia Ramos Arizpe, y Mier tuvo todavía tiempo de hacer un discurso en defensa de su vida. Estos hombres simbólicos, como Mier, como Blanco White, como Newman, en quienes —en una o en otra forma— se opera la crisis de las nuevas ideas, escriben siempre apologías de su vida, y mueren con la inaplacable angustia de no haber sido bien comprendidos. Mier falleció el 3 de diciembre, a las cinco y media de la tarde. El general Bravo, Vicepresidente de la República, presidió su duelo.

III. Bibliografía *

1. *Sermón* sobre la Virgen de Guadalupe, pronunciado en 12 de diciembre de 1794. Publicólo J. E. Hernández y Dávalos en su *Colección de documentos para la historia de la guerra de la independencia de México, III*, México, 1879. (En la Biblioteca Nacional de París existe un manuscrito que contiene una censura de este sermón: *Collec. Goupil-Aubin*, núm. 72, II, pág. 434, núm. 270: *Critique d'un sermon sur Notre Dame de Guadalupe et divers autres sujets*, 1794-1795.)

2. *Proclama de los valencianos del ejército de Cataluña a los del ejército de Valencia.* Valencia, Monfort, 1811. Cítalo J. M. Beristáin y Souza en su *Biblioteca hispano-americana septentrional*, México, 1816-1821, artículo "Mier (D. Servando)". Imprimióse trunca "por haber variado las circunstancias", dice Monfort.

3. *Cartas al Dr. Juan Bautista Muñoz sobre la tradición de Nuestra Señora de Guadalupe, escritas desde Burgos,*

* Esta "Bibliografía" ha sido ya superada por las investigaciones posteriores.—Lo mismo digo para las notas que constan en el Apéndice.—1950.

año de 1797, México, Imprenta de *El Porvenir*, 1875. Reimpresas en la *Colección* de Hernández y Dávalos, III, y también en el tomo IV, primera parte, de las *Obras completas* del Dr. J. E. González, Monterrey, edición del "Periódico Oficial", 1887.

4. *Carta a El Español* (periódico que publicaba en Londres Blanco White). Publicóse en el *Semanario Patriótico* y también en el número 6 de los *Documentos para la historia del Imperio Mexicano*, de Bustamante. Esta y otra carta a *El Español* fueron reimpresas en el tomo IV, segunda parte, de las *Obras completas* del Dr. J. E. González, Monterrey, 1888. Mier las firma con el seudónimo "Un Americano". La primera va seguida de catorce notas y la segunda de doce notas, todas de mano de Mier. De estas cartas existe además una edición londinense.

5. *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac, o verdadero origen y causas de ella, con la relación de sus progresos hasta el presente año de 1813 . . . Escribíala D. José Guerra, doctor de la Universidad de México*, Londres, Guillermo Glindon, 1813, dos volúmenes. Perdida en un naufragio la mayor parte de la edición, quedan de esta obra escasos ejemplares: uno en la Biblioteca Nacional de México, otro en la de Guadalajara (México). Por los años de 1907 procuraron su reimpresión los alumnos de Historia Patria de la Escuela Preparatoria, siendo profesor D. Carlos Pereyra; pero los azares del tiempo hicieron fracasar el proyecto. "El inglés Walton —dice Mier— me robó la *Historia de la revolución de México* en sus *Dissentions of Spanish America.*"

6. *Memoria político-instructiva, enviada desde Filadelfia, en agosto de 1821, a los jefes independientes del Anáhuac, llamado por los españoles Nueva España*, Filadelfia, Juan F. Hurtel, 1821. Reimpresa en México, Mariano Ontiveros, 1822.

7. *Breve relación de la destrucción de las Indias occi-*

dentales presentada a Felipe II, siendo Príncipe de Asturias, por don fray Bartolomé de las Casas, de la Orden de Predicadores, obispo de Chiapa, Filadelfia, Juan F. Hurtel, 1821, 16º, xxxv + 165 páginas. En la primera hoja se lee: *Discurso preliminar del doctor fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra.* Esta publicación forma parte de la propaganda de Mier. Sobre su posición respecto a Las Casas y la introducción de negros en América, véase Alamán, *Disertaciones,* I.

8. *Discurso* que el día 13 de diciembre del presente año de 1823 pronunció el Dr. D. Servando Teresa de Mier, diputado por Nuevo León, sobre el art. 5º del Acta Constitutiva, México, Martín Rivera, 1823.

9. *Discurso sobre la Encíclica del Papa León XII,* por Servando Teresa de Mier, quinta edición, revisada y corregida por el autor, México, Imprenta de la Federación, año 1825.

10. *Apología* del Dr. Mier, con algunas relaciones de su vida. Es la obra que aquí se reimprime, y de cuyas circunstancias se da cuenta en el párrafo relativo.

11. A lo anterior habría que añadir la primera traducción al español de la *Atala,* de que él mismo nos da noticia en sus *Memorias.* No he podido hallarla en México, ni en París, donde se hizo. Acaso se publicó en edición escolar limitada.*

OBRAS DE CONSULTA: W. D. Robinson, *Memorias de la revolución de Méjico y de la expedición del general D. Francisco Javier Mina... escritas en inglés...* y traducidas por José Joaquín de Mora, Londres, R. Ackermann, 1824, capítulo IV; obra reimpresa en París, J. L. Ferrer, 1888 (Imprenta de L. Tasso Serra, Barcelona), cuya edición inglesa es de Londres, Macdonald and Sons, 1821. *El Sol,* números 1,633, 1,640, 1,650 y 1,661, de noviembre y diciembre de 1827. C. M. Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana,* 1843-45, tomo I, páginas V y I; tomo II, pág.

* Ver: "Dos obras reaparecidas de Fray Servando", *Reloj de Sol,* en este mismo tomo, págs. 469-472.

188; tomo IV, páginas 325, 356-7, 364-5; y del mismo, *Diario histórico*, Zacatecas, 1896, páginas 58-9, 376, 395, 412, 434 y otras. L. Alamán, *Historia de México*, tomo III, páginas 64-5; tomo IV, páginas 552, 568, 593 y 705. J. M. L. Mora, *Obras sueltas*, tomo II, "Necrología de Mier". Hernández y Dávalos, *Colección de Documentos*, tomo VI. E. del Castillo Negrete, *Galería de oradores de México en el siglo xix*, tomo I, capítulo I. F. Pimentel, *Novelistas y oradores mexicanos*, capítulo XI. J. E. González, *Biografía del Doctor Mier* (citada al comienzo de este prólogo). A. Horta, *Mexicanos ilustres*, artículo "Mier". F. Sosa, *Las estatuas de la Reforma*, artículo "Mier". Anónimo (Dr. Orellana), *Apuntes biográficos de los trece religiosos dominicanos que, en estado de momias, se hallan en el osario de su convento de Santo Domingo*, México, 1861, artículo "Mier". *Antología del Centenario*, por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, tomo I, primera parte, páginas CLXIX a CXCVI del "Estudio preliminar", de Urbina, y tomo I, segunda parte, páginas 417 a 424 de la "Biografía, Bibliografía e Iconografía" escritas por Rangel. El "Estudio preliminar" de Urbina ha sido reimpreso recientemente en Madrid, 1917, en un *in* 8º de 282 páginas, bajo el título, *La literatura mexicana durante la guerra de la Independencia*. D. Genaro Estrada, de México, prepara un estudio sobre la vida y las obras de Mier, que aprovechará y mejorará seguramente lo que ya hay escrito.

IV. Iconografía

En la citada *Antología del Centenario*, México, 1910, tomo I, segunda parte, pág. 424, dice Rangel:

> La familia de D. José María del Río posee un retrato al óleo del Dr. Mier. Este retrato ha sido reproducido varias veces: puede verse en el *Album Mexicano* publicado por C. L. Prudhomme, México, 1843 (litografía de Thierry Frères, París), en la *Galería de oradores* de Castillo Negrete, tomo I, y en *México a través de los siglos*, tomo IV.
>
> En el Paseo de la Reforma, de esta capital, se colocó en 1894 una estatua de Mier, en bronce, modelada por el escultor Jesús Contreras.
>
> En el folleto *Apuntes biográficos de los trece religiosos dominicanos*, aparece una estampa litografiada de la momia del Dr. Mier.

V. La época de Fray Servando

En tres períodos puede dividirse la vida de fray Servando, claramente deslindados por la larga ausencia de su patria.

1. Hasta 1795 es, en México, un precursor de la independencia, y entonces, como define Mora con su claridad habitual, "salió desterrado de su patria por haber procurado destruir, aunque no por el camino más acertado, el título más fuerte que en aquella época tenían los españoles para la posesión de estos países, a saber: la predicación del Evangelio". Su ansia de independencia, por una de esas traslaciones de conceptos que son tan frecuentes en la génesis de las ideas nacionales, cuajó en un extraño símbolo teológico, que hoy puede parecernos risible; que tiene —léase atentamente su *Apología*— toda la traza de una feliz ocurrencia aceptada a última hora para improvisar un discurso original, y que, sin embargo, se apoderará de su espíritu hasta la muerte: "La Virgen de Guadalupe —mantiene Mier— había tenido culto en el cerro del Tepeyac, desde antes de la conquista, cuando Santo Tomás apóstol, bajo el nombre de Quetzalcóatl, predicó en México el Evangelio; la Virgen no está pintada en la capa del indio Juan Diego, sino en la de Santo Tomás." *

Un día se emancipan las colonias. El sentido nacional es de creación interna, pero recibe también orientaciones de fuera. La gran revolución europea y la emancipación de los Estados Unidos aclararon las ansias de los americanos. Quien recorra la historia de nuestras revoluciones, desde el pronunciamiento de Cortés con que da comienzo la conquista, hasta las últimas persecuciones de extranjeros, inevitables en toda turbulencia civil, ve crecer, rectificándose y torciéndose, la idea nacional, como se miran correr las aguas de un río. Por la época en que abre los ojos fray Servando, la nebulosa comienza a resolverse. La expulsión de los jesuí-

* Sobre los orígenes de esta tradición consúltese J. García Icazbalceta: *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, de México... al Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, 1883;* publicada en México, 1896.

tas (1767), como todo remedio desesperado, causa mucho daño. Con ella se corta esa tradición retórico-humanística que vio nacer el siglo XVIII, y cuyas principales figuras son Abad y Alegre. Pero, sobre todo, ya es posible una revolución, porque ya son varias las clases descontentas; ya hay quien dirija y quien ejecute: la población blanca mexicana se ha diferenciado de la española y prohija las reclamaciones del indio. Hay extrañas conspiraciones, cuyos pormenores se pierden en el dédalo de la administración colonial, e incongruentes estallidos de cólera: "la irritación y el furor sin saber por qué —escribe Mora— y en todas partes el lúgubre y terrible grito de *mueran, mueran*". Los descontentos contaban ahora con un aliado poderoso: el clero. El clero, a quien en Europa ya era posible desdeñar, pero no todavía en América. Y Carlos III no lo sabía. No era extraño que en la clase sacerdotal se educasen hombres como Mier y como Talamantes. En 1783, el conde de Aranda considera inminente la independencia de la América española, y la aconseja al monarca. En 1786, el virrey Gálvez observa una política ambigua y acaso separatista. La ingenua conspiración de los *machetes* debe interpretarse como un síntoma: desde el clero y la población blanca hasta el más oscuro proletario, todos quieren sublevarse, aun cuando no sepan bien lo que quieren. El día que las combinaciones de la política napoleónica sugieren el pretexto de ofrecer a Fernando VII un reino sin "mancha constitucional", el día en que un sacerdote congrega a vuelo de campana a la plebe hambrienta, se desata la guerra.

2. En el segundo período de su vida, es fray Servando un desterrado. Como el Bolívar de Montalvo, este hijo del Nuevo Mundo corría la Europa poseído de una indefinible inquietud: "De ciudad en ciudad, de gente en gente: ni el estudio le distrae, ni los placeres le encadenan, y pasa y vuelve, y se agita como la pitonisa atormentada por un secreto divino." Su impulso revolucionario se rectifica y se depura en el ambiente europeo; nuevos sufrimientos fertilizan su mente; contempla a su patria desde lejos —que es una manera de abarcarla mejor—, y la intensa atmósfera

de Londres saca nuevos rayos de su voluntad. Es la época de las Cortes de Cádiz, es la época de Blanco White, cuya vida es una enseñanza y un reflejo vivo de los tiempos: su alma —dice de éste un biógrafo inglés— era el campo en que el escepticismo y la fe libraban sus eternos combates. Viven los hombres de esta edad en una como perpetua crisis. Afortunados los que, como fray Servando, hallaron en la previsión de la patria una ley a cuya virtud sujetar las inarmonías y contradicciones de la suerte.

Entretanto, en México cunde la revolución. Las ideas de soberanía nacional emigran desde Cádiz, cuando ya hasta las clases más ricas, que son las más conservadoras, están en abierta competencia con el elemento español. Los últimos virreyes se escabullen entre compromisos y aprietos, y poco a poco el Acuerdo de oidores se hace representante de la idea española, y en el Ayuntamiento de México se incorpora la idea de emancipación. Y aquí la triste historia del Licenciado Verdad. Cuando estalla la guerra definitiva, durante medio año se la puede seguir con facilidad, porque es continua y organizada. Después brilla como fuego fatuo, aparece y desaparece por mil partes a un tiempo; a veces se dijera que la han sofocado para siempre. Uno de esos fuegos fue la rápida e infortunada expedición de Mina, con la que volvió a su suelo el P. Mier. Y sólo la tenacidad de Guerrero, metido en sus montañas del Sur, parece una llama perenne. Cuando el fuerte brazo de Guerrero se gobierne por la inteligencia de Iturbide, la independencia quedará consumada.

3. Por diez años quiso desterrarle de México el arzobispo Núñez de Haro, y por más de veinte le desterró su fortuna. Su vuelta a México coincide casi con la consumación de la independencia. Mier representa entonces las primeras vacilaciones de la era constitucional. Él, tan entusiasta, tan arrebatado, al parecer, da una nota de gravedad, de templanza: huye del error imperialista y también se aleja de los desenfrenos de la anarquía. A los que proponen desde luego la fórmula federal, les contesta con una claridad campe-

sina que desconcertaba al crítico Pimentel: "Háganse bajar cien hombres de las galerías, pregúnteseles qué casta de animal es la república federada, y doy mi pescuezo si no responden treinta mil desatinos." Y añade, refiriéndose a los Estados Unidos:

> La prosperidad de esta vecina república ha sido y está siendo el disparador de nuestras Américas, porque no se ha ponderado bastante la inmensa distancia que media entre *ellos y nosotros*. Ellos eran ya Estados separados e independientes unos de otros, y se federaron para unirse contra la oposición de Inglaterra; federarnos nosotros, estando unidos, es dividirnos y atraernos los males que ellos procuraron remediar con esa federación.

La gran locura y la gran cordura suelen avenirse paradójicamente: el predicador del 12 de diciembre es el orador del discurso de las profecías. Su muerte señala el comienzo de una larga convulsión nacional.

Pero la opinión popular es un hecho como cualquier otro. Taine —que ha envejecido tanto— decía que un pueblo puede declararse por la forma de gobierno que más le agrada, pero no por la que más le conviene. Y ¿qué valor concederemos entonces al hecho político, innegable, de la preferencia popular? Los *jacobinos*, como ya les llamaba Mier, tenían también sus buenas razones. Estaba en lo justo Lorenzo de Zavala: la opinión general del país pedía federación.

—Pero, ¿qué casta de animal es la república federada? De mitologías como ésta, oh fray Servando, se trama la vida política de los pueblos.

V. El recuerdo de Fray Servando

Más de sesenta años vivió Mier, y la mitad de su vida la pasó perseguido. Para uno de los biógrafos, en bellas páginas que le dedica, la "inadaptación" del P. Mier comienza con los votos. "Para él —dice otro biógrafo— los votos eran impracticables, las tentaciones muchas . . ."

El Dr. Mora toca en lo vivo cuando dice que las persecuciones no sólo las sufrió con resignación y constancia, sino también con alegría. Algo como una alegría mística le acompaña en sus infortunios, y aprovecha todas las ocasiones que encuentra para combatir. Es ligero y frágil como un pájaro, y ofrece esa fuerza de *levitación* que creen encontrar en el santo los historiadores de los milagros. Usa de la evasión, de la desaparición, con una maestría de fantasma, y algo de magia parece flotar por toda su historia. Más de una vez el lector teme ser víctima de una mistificación. Y eso acontece con los hombres de naturaleza elocuente: ¡se mueven con tanta agilidad, piensan tan de prisa, hablan y escriben tan fácilmente! Por eso el P. Mier descubría siempre la hora inaplazable de la fuga; por eso se asimila al instante lo que lee y lo que oye; por eso se compromete tan sin reparo; finalmente, por eso es un escritor ameno. ¡Qué inmenso caudal de alegría para conservar el gusto de escribir, tras el aburrimiento de las prisiones y los sobresaltos de la fuga! Pero es ley de nuestra lengua que la cárcel hace los buenos libros.

Y para que se vea lo contradictorio del hombre, recuérdese que W. D. Robinson habla de "su natural timidez": ¡él, que era capaz de revolver una sinagoga! Recuérdese que Bustamante le pinta como hombre fácil de engañar: ¡él, que era tan malicioso a veces! "Soy también sencillo —dice Mier—; me ha cabido esta pensión de los grandes ingenios, aunque yo no lo tenga."

Bustamante, historiador ligero, suele ser testigo divertido. "El único crimen que había en Mier —dice— es fugarse, y éste lo era personalísimo e incomunicable a otros." Cuando Iturbide quiere hacerse ungir:

> El Padre Mier, para quitarle de la cabeza tan ridícula pretensión, le dijo que los ingleses habían hecho una caricatura en que pintaron a Pío VII ungiendo a Bonaparte, en actitud de mojar el hisopo en aceite; pero quien servía la ánfora era el diablo, y se leía en el vaso de óleo este letrero: *Vinagre de los cuatro ladrones;* mas nada de esto bastó: él se hizo ungir.

Más tarde (11 de febrero de 1823): "El P. Mier charla

en la Inquisición como una cotorra. Cuando se le dijo que de orden de Su Majestad Imperial estaba comunicable, respondió: *Dígale usted que ya sé todo lo que ha pasado; que se vaya al cuerno, que eso se llama tener miedo.*" Otra vez el P. Mier se opone a que llamen *Regencia* a cierta Junta de gobierno, "porque ni había rey, ni permitiera Dios que lo hubiese". El 1º de abril de 1823, exclama Bustamante con satisfacción: "Ya tenemos Gobierno." Y continúa: "Yo vi correr dos hilos de los ojos del P. Mier; tal escena me trastornó y me hizo recordar los torrentes que ha derramado este anciano venerable, por la gloria y libertad de un pueblo que tan justamente le adora."

Con esta naturaleza sensible y contradictoria y esa vivacidad excesiva, el P. Mier habría sido un estrafalario, si las persecuciones no lo hubieran engrandecido, y la fe en la patria no lo hubiera orientado.

Fácilmente se le imagina, ya caduco, enjuto, apergaminado, animándose todavía en las discusiones, con aquella su "voz de plata" de que nos hablan los contemporáneos; rodeado de la gratitud nacional, servido —en Palacio— por la tolerancia y el amor, padrino de la libertad y abuelo del pueblo. Acaso entre sus devaneos seniles se le ocurriría sentirse preso en la residencia presidencial, y, llevado por su instinto de pájaro, se asomaría por las ventanas, midiendo la distancia que le separaba del suelo. Acaso amenizaría las fatigas del amable general Victoria con sus locuras teológicas. Y de cuando en cuando, al acordarse de sus pasadas luchas, que eran la imagen de la patria, temblarían en sus mejillas dos hilos de lágrimas.

En la historia de nuestras letras es tan señalado como en nuestra historia política. Su tierra natal no ha producido hombre más notable. En los buenos tiempos del doctor González, el Estado de Nuevo León conservaba todavía la imprenta de fray Servando.

II. CUADERNO DE APUNTES SOBRE EL PADRE MIER *

1

En tres ocasiones me he ocupado de Fray Servando Teresa de Mier, gran precursor mexicano que, incorporado de tiempo atrás a la historia política, apenas vamos incorporando, como es justo, a la historia literaria:

1) Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, Madrid, Editorial-América, 1917, 4º, xxii + 430 págs. (Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de Rufino Blanco-Fombona.) Prólogo.

2) *Retratos reales e imaginarios*, México, Lectura Selecta, 1920. Págs. 85-104: "Fray Servando Teresa de Mier."

3) *Reloj de sol*, Madrid, 1926. Págs. 183-189: "Dos obras reaparecidas de Fray Servando." **

Posteriormente, he juntado las siguientes noticias:

4) M. D. Martínez Rendón, "Interesante documento del Padre Mier", *Crisol*, México, septiembre de 1929.

5) Nicolás Rangel, "El destierro de Fray Servando Teresa de Mier", *Crisol*, México, diciembre de 1929.

6) José Cornejo Franco, "Para la biografía de Fray Servando", *Bandera de Provincias*, Guadalajara (México), 2ª quincena de abril de 1930.

No menos de tres "vidas" de Fray Servando he visto anunciadas: una de Genaro Estrada, otra de Artemio de Valle Arizpe y otra (en las "Vidas Españolas e Hispanoamericanas del siglo xix", de Espasa-Calpe, Madrid) por Martín Luis Guzmán.

* Estas tres notas proceden respectivamente del Correo Literario de Alfonso Reyes, *Monterrey*, Río de Janeiro: nº 5, julio de 1931, pág. 8 *c.*; nº 10, marzo de 1933, págs. 9 *c.* y 10 *a.*; y nº 12, agosto de 1935, pág. 5 *b* y *c*.

** Los números *1), 2)* y *3)* constan en el presente tomo de *Obras Completas*.

2

La infatigable investigadora Lota M. Spell publica en la *Hispanic American Historical Review* (agosto, págs. 359-375) un precioso índice de papeles manuscritos e impresos del P. Mier o a él relativos que se custodian en la Universidad de Texas. Del breve estudio preliminar se desprende que tales papeles dan luz sobre un período de la vida de Fray Servando hasta hoy no bien conocido, singularmente su estancia en Filadelfia. Además, encontramos aquí nuevas obras de Mier que desconocíamos del todo. Como por ahí anda implicado (documento del 22 de octubre de 1823) el entonces encargado de Negocios de México, José A. Torres, y aun anda implicado Vicente Rocafuerte, que más tarde será representante de México en Londres y, luego, Presidente del Ecuador, no estaría mal que nuestros eruditos que trabajan en los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores emprendieran una investigación concordante. Los documentos van de 1820 a 1823. La monografía es de excepcional interés para el estudio de este precursor mexicano y padre de la república, que supo agitar la opinión en México, en España, en Francia, en Italia, en Inglaterra y en los Estados Unidos. Sin duda la tendrá en cuenta Martín Luis Guzmán para su continuación de la *Vida* de Mina el Mozo —cuando llegue a ella—, el que fue conquistado por Mier a la causa de la independencia americana, o la tendrán en cuenta Genaro Estrada y Valle Arizpe para sus estudios sobre Mier.

Recuerdo haber examinado en la Biblioteca Nacional de París, sala de manuscritos, hace muchos años, algún cartapacio sobre Mier; pero no preveía yo entonces que más tarde había de ocuparme en el asunto, y sólo recogí una rápida noticia, para quienes quieran aprovecharla, en la "Bibliografía" de mi prólogo a las *Memorias* de Mier, nº I (Madrid, 1917).

A las notas bibliográficas sobre Mier que constan en este Correo, nº 5, hay que añadir:

Alfonso Junco, "Revista de Impugnaciones", *El Universal,* México, 12 y 19 de diciembre de 1931 y 16 de enero del

año 1932. Tres artículos que llevan por subtítulo, respectivamente: I. Muñoz y Fray Servando; II. García Icazbalceta y el Padre Bustamante; III. Alamán y Fray Servando, con un fin de fiesta por Bolívar. Refiérese a la historicidad de la aparición guadalupana.

En *El Porvenir*, diario de Monterrey (México), sección llamada: "Conozca Ud. Nuevo León", aparecen frecuentemente artículos sobre "El proceso de Fray Servando."

3

1) Siempre con la esperanza puesta en las obras que, sobre Fray Servando Teresa de Mier, tienen ofrecidas Genaro Estrada, Artemio de Valle Arizpe y Martín Luis Guzmán, cada uno por su lado, llamo la atención sobre las notas que publicó, por marzo de 1933, *El Porvenir* de Monterrey (México), bajo el título: "El tercer proceso del Padre Mier", y que parten de los cuatro volúmenes de *Causas célebres* del Archivo General de la Nación. Se refieren a la "Sumaria que se instruyó en 1822 al Padre Mier y a otros personajes de la época por conspiración en contra de Iturbide y del sistema monárquico."

2) En el boletín literario *Letras*, México, 1º de marzo de 1933, hay una biografía sucinta de Fray Servando, artículo anónimo. Es la misma que distribuyó el Departamento de Publicidad de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Dicho departamento había distribuído antes otra biografía más breve, ambas en hojas sueltas y tipo "máquina de escribir".*

* Es indispensable consultar la obra: *Escritos inéditos de Fray Servando Teresa de Mier.* Introducción, notas y ordenación de textos por J. M. Miquel i Vergès y Hugo Díaz-Thomé. México, El Colegio de México, 1944, 4º, 558 páginas.

III. DOS VIEJAS DISCUSIONES

1. México y los Estados Unidos *

De cuando en cuando, por la holgadísima vía de las agencias de informaciones llega a la prensa europea, como al descuido, la noticia de que el Gobierno de Washington ha resuelto emprender la conquista de México, negocio que costará tanto tiempo y tanto dinero, y cuyos beneficios comenzarán a percibirse a los tantos años. Los diarios de Madrid no han sido los últimos en dar acogida a estas noticias, balas perdidas de Wall Street.

Sin duda, para cierta opinión cándida, los Estados Unidos son un país venturoso donde los hombres, lanzados en el ímpetu de la acción, no sienten para nada el grave fardo de la conciencia. A veces la noticia es acogida con cierto insano apresuramiento, cuyas causas son muy complejas y largas de explicar.

Un día vimos, con verdadera extrañeza, que el corresponsal de un periódico madrileño —hombre joven, de espíritu ágil y generoso— telegrafiaba, desde Francia, dos o tres patrañas sobre la inminente conquista de México. Y el ver que hasta los más sensatos pueden contaminarse del mal, nos decide a intervenir, con el ánimo de informar a quienes procuran aprender lo que ignoran.

Quien está al cabo de la verdadera opinión en los Estados Unidos sabe que la mayoría de aquel país no considera la conquista de México como empresa fácil ni ventajosa y que hay, en América, "cien cachorros sueltos del león español". Sabe, además que, con excepción de algunos centros capitalistas —corruptores tradicionales de la política hispanoamericana—, la voz general del pueblo se ha declarado reiteradas veces contra toda intervención imperial en el país vecino, sin querer siquiera analizar la facilidad o futuros provechos de semejante "negocio".

* *España*, Madrid, 21-II-1920.

Hojeamos, al azar, dos revistas norteamericanas: el *Liberator* de hace unos meses, que iba a la vanguardia de las nuevas propagandas sociales, y *The New Republic*, periódico que hoy representa un esfuerzo de opinión libre.

En el *Liberator* de junio de 1919, John Kenneth Turner se pregunta si México está en peligro, y se contesta que todo depende del peso de la opinión pública. Enunciada así la tesis de Turner, resulta una perogrullada, lo que no es tan malo en el orden político. Pero hay que examinarla de cerca. El autor se expresa, como conviene ya hacerlo siempre en estas cuestiones, con gran claridad y hasta crudeza.

¿Quién habla de guerra con México? El centro de negociantes de Wall Street. Y es inútil —comienza Turner— gastar palabras para explicar lo que Wall Street quiere de México: Wall Street busca el control de los intereses de un grupo capitalista a la antigua, para el cual la honradez consiste en emplear a la canalla cuando el propio medro exige algún acto no caballeroso.

Para la opinión radical, Wall Street lo puede todo, incluso forzar la mano de los presidentes para obligar a la guerra mexicana. Pero esto, en sentir de Turner, no pasa de mera superstición, por lo menos en el caso actual. Si antes del 4 de marzo de 1921 un ejército yanqui cruza la frontera mexicana, será porque el Presidente Wilson lo habrá decidido así por su propia voluntad, y en vista de razones que a él le habrán parecido buenas.

Ahora bien: ¿es de creer que Wilson tome semejante decisión? Imposible, si la actitud que asumió en Europa fue sincera; imposible, si hemos de dar crédito a sus promesas para con la América Latina y, en particular, para con México. Pero aquí Turner se declara poco confiado. Analiza una serie de manifestaciones del Presidente Wilson —entrevistas, discursos, mensajes, notas de México, desde mayo de 1914 hasta abril de 1918—, y encuentra varias contradicciones: el gran estadista usa de un lenguaje para hablar con los Estados Unidos, y de otro para tratar con México. En el primer caso, advierte Turner, todo es hablar del derecho que asiste a un pueblo para liquidar sus cuentas según sus propios métodos de contabilidad; todo es asegurar

que la conducta respetuosa para con México será, ante el resto de América, la mejor prueba de las intenciones no imperialistas de Washington; todo es recordar que sus enemigos políticos dentro del país son los mismos que, a voz en cuello, piden que se les garantice la ganancia en sus negocios mexicanos. En el segundo caso, todo es conminar con la intervención y dar plazos a los caudillos mexicanos para que restablezcan el orden; todo es reclamar los privilegios de los mineros y petroleros, de quienes dice ser enemigo. Cuantas obligaciones y dificultades Washington opone a México tienen por fin discutir una tarifa o defender una situación jurídica que favorece a los explotadores de allende el Bravo. Finalmente, la situación de la República Dominicana, así como la de Haití, hacen comprender —asegura Turner— que el Presidente sólo se reporta en el caso de México porque éste no podría resolverse a puerta cerrada, porque el bocado es difícil de tragar.

El Presidente había llegado ya a las "vías de hecho" con aquella "expedición punitiva" de tristísima memoria, que paró en ridículo fracaso. Por todo lo cual, según Turner, la conducta anterior de Wilson no garantiza en modo alguno la inmunidad de México. Y más cuando los hombres de Wall Street, desesperados de buscar salida a sus deseos por otros caminos menos peligrosos (léase: haciendo pelear entre sí a los distintos bandos de México), piden, urgentemente, un ejército de ocupación en el país vecino.

¿Quién puede, pues, impedir la guerra con México? Sólo la opinión, concluye Turner; sólo la opinión, al optar entre el respeto a los derechos nacionales y . . . "esa otra cosa que Wilson declaraba muerta para siempre, cuando presentaba al Congreso los términos del Armisticio".

Como se ve, la causa de México, a mediados del año pasado, se confundía ya, para la prensa avanzada de los Estados Unidos, con la buena causa. (El *Liberator* fue suprimido más tarde.)

Ya en diciembre de 1919, las cosas se han definido con mayor claridad, y *The New Republic* consagra un editorial, que es un buen estudio de la situación, a exponer "lo que costaría la guerra con México".

El editorialista da por supuesto, para todavía facilitar las cosas, que tal guerra pudiera llevarse a cabo sin arriesgar la unidad nacional y sin llegar a la desesperación social; pero se propone hacer a tiempo la cuenta de gastos, ahora que la guerra no pasa de ser un sueño de Hearst, Doheny, Fall y Compañía. Y concluye: contra lo que suponen los propagandistas, la guerra no será fácil, breve ni barata; la guerra afectará definitivamente la posición moral de los Estados Unidos ante el mundo; y en el interior, la guerra acentuará todavía más la división entre los diferentes grupos económicos que —puede decirse— han comenzado ya una franca lucha.

Y ante todo ¿qué justificación podría tener la guerra?

> A nadie —dice *The New Republic*—, a nadie convenceremos nunca de que México puede ser una amenaza para nuestra seguridad nacional. La supuesta razón de que México haya conspirado con nuestros enemigos europeos o asiáticos para invadirnos por el sur pasará a la misma categoría de la supuesta razón de Alemania sobre el hecho de que Bélgica haya conspirado con Francia e Inglaterra para invadir el territorio alemán. Y todavía esto resultará más creíble que aquello *(a pesar, añadamos, de algunas necias veleidades que sólo indican la suprema ignorancia de dos o tres bobos)*.

El editorialista reconoce que en México hay mayor libertad que en los Estados Unidos para exponer por la prensa las nuevas doctrinas sociales, pero ni teme que esto sea un peligro para el país del Norte, ni cree que hiciera falta, en último extremo, más que impedir la circulación de tales publicaciones dentro del propio territorio.

Reconoce asimismo que los ciudadanos del Norte han sufrido daños al choque de las fuerzas anárquicas desatadas durante la revolución mexicana.

> Pero eso —añade— les pasa también a los mexicanos que viven entre nosotros, cuando se da la ocasión. Nuestra historia de linchamientos no nos permite asumir una actitud moral ventajosa para hablar de ciertos desmanes en el extranjero y de los malhechores mexicanos.

Además, si los ciudadanos de los Estados Unidos han sufrido a causa de los desórdenes políticos de México,

el mundo acabará por ver claro que no ha habido en México un solo desorden durante los últimos nueve años en que los yanquis no hayan apoyado al elemento antigobiernista. Si apareciera en la política de nuestro país un grupo extranjero pernicioso en igual grado, ¿sería posible que escaparan a la impopularidad o a los daños aun los miembros más inocentes de ese grupo?

Todos reconocerán, pues —concluye el periódico—, que la única razón de la guerra sería la codicia.

Pero hay más. A mediados del siglo XIX, los vecinos pudieron despacharse a su antojo en territorio mexicano. Hoy por hoy no sería lo mismo.

> Nuestra vida nacional no se desarrolla ahora tan aisladamente como entonces. Nuestra suerte depende cada vez más de la buena voluntad de los otros pueblos.

Y el articulista piensa con horror que el equívoco negocio mexicano concitaría a su nación la hostilidad de los prósperos pueblos sud-panameños, por lo pronto.

La actitud de los obreros es la principal razón contra la guerra. En la primera semana de septiembre, el año pasado (*The New Republic* no cita este dato, pero la noticia apareció íntegra en diarios como *The New York Tribune*), la "American Federation of Labour" declaró que, antes que a la guerra contra México, se iría a la huelga general. Y esto porque, como lo explica el artículo que venimos examinando, los obreros no ven qué relación puede haber entre su propio bienestar y el provecho de los explotadores del petróleo o de las minas de México. La perspectiva de la política que trazan los patronos yanquis en México no es grata a los obreros yanquis. Tampoco es grata a sus ojos la perspectiva de nuevas leyes de reclutamiento semiforzoso, prohibición de huelgas, limitaciones al trabajo, espionaje, etc. El tiempo en que la guerra extranjera podía obrar como sedativo de las inquietudes internas parece ahora muy lejano. Invadir a México sería acaso desatar la guerra por las calles mismas de las grandes urbes norteamericanas.

¿Y qué decir sobre la preparación del ejército? Como el único pretexto posible de la guerra sería el restablecimiento

del orden y la supresión del bandidaje rural, no bastaría ocupar los puertos y capitales; habría que apoderarse hasta del último rincón del desierto y de la montaña. Y tras algunos cálculos, se llega a estas cifras: dos años de preparación bélica para levantar y adiestrar a medio millón de hombres por lo bajo. O sea un gasto previo de dos mil millones de dólares; y además, una sangría continua para mantener las tropas de guarnición y subvenir al aumento del ejército y de la marina, aumento necesario desde el instante en que los Estados Unidos pasaban a la triste categoría de amenaza mundial. Esta sangría continua puede estimarse en quinientos millones de dólares anuales, o sea los intereses de otros diez mil millones de dólares. ¿Por cuánto tiempo? ¿Saben acaso los soñadores imperialistas lo que puede durar la guerra con un pueblo tenaz, sufrido, ascético, misterioso, que para colmo habita un territorio inmenso, lleno de insospechados abrigos y de zonas inexploradas? ¡Mal negocio, decididamente!

De la exposición anterior —que tomamos como tipo entre muchos— resulta una consecuencia principal: la causa de México ha venido a ser una con la causa de las reivindicaciones sociales en los Estados Unidos. Conviene, pues, que los propagandistas de las noticias alarmantes sepan bien para quién trabajan. Y conviene igualmente —a todos, sus verdades— que los gobernantes de México acierten a mantener la unión entre el interés nacional y el que ya es, en todos sentidos, interés de la humanidad.

1920.

2. España y América *

Nos referíamos en un artículo anterior a las posibles intenciones imperialistas de los Estados Unidos sobre México, tratando de explicar cómo la causa de México ha venido a coincidir con la causa de las reivindicaciones sociales en los Estados Unidos. De paso, censurábamos la facilidad o indiferencia con que la prensa española suele acoger las noticias alarmantes sobre las relaciones yanqui-mexicanas. Conviene insistir en este punto.

* *España*, Madrid 28-II-1920.

Tanto se ha hablado de la misión de España en América o del olvido de esta misión; los servidores de la causa hispanoamericana la han servido tan mal; tanta sentimentalidad inútil se ha gastado en esto, dando lugar a tantas burlas, que al abordar tema semejante es fuerza ofrecer algunas explicaciones previas al lector, sin duda prevenido en contra.

Olvidemos, si es posible, los abominables antecedentes del "tema hispanoamericano"; olvidemos los tópicos de la madre y las hijas, el león y los cachorros, la divina lengua de Cervantes, los fueros de la raza y demás impertinencias de estilo. Pero olvidemos también la costumbre de considerar toda cuestión americana como fundamentalmente ridícula, sólo porque hasta hoy se la haya tratado generalmente con impropia ridiculez. Es muy fácil continuar la burla; pero lo importante sería crear, otra vez, el sentido de la seriedad.

Debiera ponerse un término a la sorna. Contra el hispanoamericanismo de mala ley —mal endémico, mal incurable— los escritores jóvenes, mejor que perder el tiempo en repetir chistes que han pasado ya millares de veces por todos los cafés de Madrid, debieran formar la conspiración del silencio. En todas partes las cosas respetables tienen, a veces, manifestaciones no respetables. Lo cual nada quita a su respetabilidad. Hay que prescindir de lo inútil, sin despilfarrar el oro del tiempo y de la palabra en demostrar, una vez más, que es inútil. De otro modo, nunca se podrá, en España, hablar de América con la buena fe que conviene.

Es ya un venerable lugar común que España viene, de tiempo atrás, desperdiciando oportunidades. Y diré francamente que los americanos lo lamentamos, tanto como por España, por América. Tras un siglo de soberbia y mutua ignorancia —un siglo de independencia política en que se ha ido cumpliendo, laboriosamente, la independencia del espíritu, sin la cual no hay amistad posible—, los españoles pueden ya mirar sin resquemor las cosas de América, y los americanos considerar con serenidad las cosas de España.

Pero si América ha aprendido ya a confiar en España, España ha salido tan escéptica del 98, que no hay manera

de que confíe en sí misma. Por eso ha dado en tomar ligeramente los asuntos que más debieran afectarla, bajo una apariencia de risa que encubre el dolor del arrepentimiento. Por eso también basta, casi, para desacreditarse en España, el confesar que se tiene alguna fe en las posibilidades de España. ¡Ay, si España se decidiera a confiar un poco en sí misma, a esperar más de los actos que de los epigramas! Entonces la vida española se haría más penetrable a las preocupaciones superiores. La redentora "revisión" que data del 98, aunque combatía un mal de ensimismamiento, ha traído al fin otro mal del mismo linaje. Tanta introspección acusadora ha acabado por crear una atmósfera sofocante, de cuarto cerrado. No vendría mal abrir las ventanas. No vendría mal sustituir, a la curiosidad por esta intriguilla o aquella maniobra interior —frutos tal vez, en mucha parte, del ocio político—, la racha vivificadora de un imperioso recuerdo que representa, como decía Ortega y Gasset, el mayor deber y el mayor honor de España. No vendría mal pensar en América.

Las fuerzas brutales de la historia se van acumulando ya en masas visibles. No se ha liquidado aún el error del siglo XIX, el error de una civilización fundada en el hacinamiento de bienes materiales irregularmente distribuídos. La guerra ha movilizado los ejércitos del descontento. Al mismo tiempo, el instinto conservador se arma en todas partes, y acaso prepara, de vez en vez, un golpe de mano. El caso de México y los Estados Unidos es uno entre muchos, pero precisamente pudiera servir para devolver a España el sentido de sus orientaciones. El día en que España se interese por la suerte de las repúblicas americanas —cuando ya interesarse por ellas no significa ninguna ambición imperialista—, España vendrá a ser el centro de un poder moral sólo comparable a lo que fue el del Papado. Esto, al paso que moralice a España, devolviéndole su puesto en la consideración política del mundo, será un bien para todas las repúblicas americanas que, a través de España, pueden entenderse y reconocerse fraternales. Si el orbe hispano de ambos mundos no llega a pesar sobre la tierra en proporción con las dimensiones territoriales que cubre, si el hablar en len-

gua española no ha de representar nunca una ventaja en las letras como en el comercio, nuestro ejemplo será el ejemplo más vergonzoso de ineptitud que pueda ofrecer la raza humana.

—¿Qué hacer? —me contesta el escepticismo ambiente—. ¿Cómo empezar? España es débil: esperemos a que sea fuerte.

¡Ay! Las naciones no se fortalecen mientras no aceptan el compromiso de la fuerza. Salga España a reclamar su puesto y, si ha de salvarse, se salvará. Y, de paso, contribuirá en mucho a la salvación de Hispanoamérica. Por ahora, a los escritores y a la prensa de España yo sólo les pediría una actitud invariablemente simpática ante los peligros de las repúblicas hispanoamericanas. Cada vez que las agencias envíen la noticia de que Washington ha decidido la conquista de México, de Santo Domingo, de Venezuela, publíquese en buena hora, pero publíquese entre protestas y alarmas. Que España aprenda a dolerse de los males hispanoamericanos, repitiéndose a sí misma, hasta la saciedad, que se duele de ellos. Así se resucita la sensibilidad perdida. Así se educa al pueblo para su misión principal: hablándole, hablándole de ella incesantemente. Así, por la palabra, se organizará aquí el sentimiento nacional —algo maltrecho en esta confusión de disputas íntimas— y se creará allá, en América, una corriente de cohesión.

Y es posible que esto baste para salvaguardar a aquellas repúblicas, amenazadas por ciertas punibles ambiciones. Toda la opinión sana de los Estados Unidos estará con España y celebrará la actitud de España. Ya se vio cuando los políticos españoles, hace pocos meses, formularon un voto en favor de Santo Domingo, precioso antecedente en la conducta que aconsejamos. La lucha no es contra los Estados Unidos: la lucha es contra Wall Street. Pero yo no dudaría en aconsejar la guerra moral contra los Estados Unidos el día en que se tratara de imponer a la América española las normas yanquis del pensamiento y de la vida. Guerra moral: *1)* afirmación de las cualidades propias; *2)* aprendizaje, adquisición de las cualidades ajenas; *3)* organización del todo bajo las disciplinas creadas por las tradiciones y las

necesidades propias, y *4)* franca ofensiva espiritual contra toda suerte de vasallaje.

La fuerza de la palabra es incalculable, y España nunca ha sido avara de palabras. Por ahora —aunque parezca paradójico— sólo le pediría yo a España una colaboración verbal. No importaría que España careciera de ejércitos o de la posibilidad de gobernar a su clase armada; no importaría que España careciera de sitio en el desconcierto de las potencias. Bastaría que manifestara sus simpatías y su voluntad en la prensa, en las Cámaras y —¿por qué no?— en las declaraciones de la Corona. Esta fuerza de la palabra cobra, en los Estados Unidos —pueblo que posee un claro sentimiento del decoro—, un incalculable valor. Hay en Madrid dos o tres escritores hispanoamericanos que cuentan con medios de publicidad en manera alguna extraordinarios. Ellos se bastan solos para mantener alerta constante a la prensa no diaria de los Estados Unidos, que ya los discute, ya los aplaude, y nunca se dispensa de averiguar y examinar la última palabra que han escrito.

Un personaje del *Poema de Mío Cid*, preparándose a mantener su razón a punta de espada, dice a su contrario: "¡Oh, lengua sin manos! ¿Y cómo te atreves a hablar?" Pero en este juicio de Dios que yo he soñado, mucho más merecedor del nombre que el antiguo, me arriesgo a decir:

—Atrévete a hablar, ¡oh lengua sin manos! Sólo tú tienes derecho absoluto a hablar. Las manos salen atropelladamente a la lucha, cuando la causa no tiene más justificación que la fuerza. Para las cosas de la razón, la lengua es bastante.

ENVÍO

Amigo Fernando de los Ríos, amigo Luis Araquistáin: ustedes, representantes del sentir político de la España nueva, vuelven ahora de los Estados Unidos, donde han conocido de cerca algunos aspectos de la cuestión a que aludo, y tal vez han visto formarse las dos corrientes inversas: la justa y la injusta, la favorable y la desfavorable a los his-

panos de América. Ustedes no han podido menos de percibir las amenazas y las esperanzas. Es necesario que hablen ustedes en la prensa y en el Congreso. España obliga: América obliga.*

* Ver "Sobre una epidemia retórica" *(Los dos caminos)*, en este mismo tomo, págs. 348-351. Ver también "Palabras en el Ateneo" —26-XI-1922— *(De viva voz)*.

IV. LA VENTANA ABIERTA HACIA AMÉRICA

ANTE todo, prescindir de las prédicas sentimentales —de que tanto se abusa— y sustituirlas por la difusión de algunos conocimientos precisos, donde caben tanto el interés como el agrado. Cuando se habla de "estrechar lazos", la gente comienza a sonreír... La mejor de las causas se ha venido así desprestigiando. El hispanoamericanismo no es sólo cuestión de "fuerza de la sangre": también de fuerza de la razón. En la fuerza de la sangre no vale la pena insistir. Falta la campaña de la razón. Conozco a un ilustre sabio que es orador en sus ratos perdidos. Me convence mucho menos cuando asegura en público que España espera a los americanos "con el corazón desbordado" que cuando, en el silencio de su biblioteca, redacta una admirable monografía, en que establece por primera vez dos o tres direcciones de la ciencia americana.*

Me complazco en repetir las hermosas palabras de Ortega y Gasset: "América representa el mayor deber y el mayor honor de España." Fuerza es que los pueblos tengan ideales o los inventen. Así como América no descubrirá plenamente el sentido de su vida en tanto que no rehaga, pieza a pieza, su "conciencia española", así España no tiene mejor empresa en el mundo que reasumir su papel de hermana mayor de las Américas. A manera de ejercicios espirituales, al americano debiera imponerse la meditación metódica de las cosas de España, y al español la de las cosas de América. En las escuelas y en los periódicos debiera recordarse constantemente a los americanos el deber de pensar en España; a los españoles, el de pensar en América. En las hojas diarias leeríamos cada semana estas palabras: "Americanos, ¿habéis pensado en España? Españoles, ¿habéis pensado en América?" Concibo la educación de un joven español que se acostumbrara a adquirir todos los meses algún conoci-

* Ver *supra*, "Sobre una epidemia retórica", págs. 348-351.—1956.

miento nuevo sobre América, por modesto que fuese. Hay que acostumbrar al español a que tenga siempre una ventana abierta hacia América.

Y, de paso, perseguir, aniquilar toda obra de discordia. Por ejemplo —pues la persuasión que entra por los ojos es la más profunda y pegadiza, y habla un lenguaje universal—, ¿por qué tolera el público, por qué consienten los directores de opinión esas inicuas propagandas cinematográficas (propagandas inconscientes a veces), en que se representa a los pueblos de Hispanoamérica como hordas insensatas? ¿Estamos acaso tan ricos de virtudes que podamos despilfarrar lo poco que nos queda? En las actuales circunstancias del mundo, es poco cuanto se haga para restaurar los fundamentos de la concordia y la fraternidad entre los pueblos.*

* **Encuestas de *El Tiempo*, Madrid, 8 de marzo de 1921.**

APÉNDICES

I

INGLATERRA Y LA CONCIENCIA INSULAR

EL SIMBOLISMO geográfico es una de las mayores fuerzas de la historia. En la literatura ha dado las narraciones de viajes, *la Odisea* y el libro de Simbad. Ignoro si habrá ejemplo moderno más seductor que el de Robert Louis Stevenson. Desde la intensa playa de Escocia, llena de terrores bíblicos, como aquellos marineros ebrios que nos describe, Stevenson padecía verdaderas pesadillas geográficas. A solas con su hijastro Lloyd Osbourne y en esos instantes de iluminación que suelen tener los hombres amigos de los niños, pintaba en los muros de una galería mapas irreales, vagos derroteros marinos. Cierta vez, dicen sus biógrafos, dibujó una isla en el estilo de las cartas imaginarias que ilustran las viejas ediciones del *Gulliver*. Le ocurrió llamarle: *La Isla del Tesoro*. Más tarde, a instancias de su hijastro y de acuerdo con las estrictas aficiones de éste, de aquella cartografía infantil surgió el libro que conocéis, donde la energía episódica pudiera ser tipo de un clasicismo en la ficción.

En la historia, a la imaginación geográfica debemos los descubrimientos de África y de América, y los crueles dramas polares. Los países de Marco Polo siguen dando nombre a los sueños de la humanidad. ¿Y no se experimenta toda la atracción de la idea geográfica, no se evoca todo el arrastre de tropeles humanos que ella ha producido o puede producir aún, cuando se dice: "Paraíso Terrenal", "Tierra Prometida"?

No sólo la fantasía, mas la realidad geográfica. Las luchas por la frontera natural son tradicionales. Los pueblos divididos por un río son —lo acusa la etimología— rivales. El Egipto es un don del Nilo —se viene diciendo desde los tiempos de Herodoto. Hay una cuestión discutida: la constante vecindad del mar ¿hace inmorales a los pueblos? Es sabido que la gente de costa posee civilización más rica,

espíritu más bien nutrido que la de tierra adentro, y es, en general, menos muelle que ésta. Mas eso no se debe en absoluto al mar, sino, en mucha parte, a los hombres que llegan por el mar con su experiencia exótica y la consiguiente voluntad de confrontación, de crítica. El mar mismo, si no hace inmorales a los pueblos, desarrolla sus cualidades hasta ciertos extremos que, momentáneamente y ante el atraso de la inteligencia general, parecen dañinos, desconcertantes. El pueblo de playa está menos sujeto al "filisteísmo" continental. Así, los griegos fueron hijos del mar. *La dama del mar*, de Ibsen, caso eminentemente inmoral para el filisteo, puede interpretarse como un caso de alucinación geográfica delante del mar: influencia de aquella grande alma en la otra.

Abierta por todas partes a la sugestión de las sirenas, a las influencias turbadoras del mar, la isla parece imagen del riesgo. Mas, por otra parte, parece figura del egoísmo; vive como concentrada en sí. Tal la Inglaterra. Durante los tiempos modernos, confiesa un historiador ecuánime, dondequiera se descubre una invencible creencia en el egoísmo y el cálculo comercial de Inglaterra. La frase hecha la declara pérfida. Los políticos imbuídos en lecturas como la *Psicología de los pueblos europeos* suelen contar, de antemano, con la perfidia de Inglaterra. ¡Candor e ignorancia!

Inglaterra ha creado un valor nuevo en la política: la conciencia insular. He aquí cómo se manifiesta, con las palabras del difunto Lord Grey:

—Aquel interés generoso y elevado que inmortaliza al héroe no podría justificar los motivos de la conducta política, porque las naciones no pueden ser caballerescas ni románticas.

Su destino geográfico hace disfrutar a Inglaterra (la primera en la historia moderna) las ventajas de una autonomía congruente y sólida. Cuando Europa se debate en oscuras reacciones, bajo el aliento de Metternich —no completamente extinguido—, el ministro inglés puede sonreír "insularmente".

La misión de la Gran Bretaña ante los problemas continentales parece, pues, definida por su conciencia insular.

Pero no hay que atribuir propósitos gratuitos. El editor literario del *Times* escribía a fines de agosto:

> Nuestros aliados combaten más de cerca que nosotros. Junto a los franceses o los belgas, casi somos no combatientes. Así, a la vez que les damos todo el auxilio que podemos, conservamos los deberes espirituales del no combatiente... Nuestro mayor poder consiste en ser desinteresados... Mientras velan por nosotros nuestros marinos, y nuestras tropas se unen a los aliados, queda aquí el gran cuerpo de la nación, en quien la conciencia nacional debe conservarse alta y pura, para que, después de la guerra, ella venga a ser la conciencia del mundo.

Amparada en su collar flotante de cañones, la isla escogida se reserva una misión terrible.

El inglés es raro de suyo, amigo de excentricidades. Como ha sabido ser un pos-griego, es un pre-asiático espontáneo. El inglés quiere recoger los últimos alientos de Europa, sobre la boca moribunda, y comunicar ese soplo al que ha de nacer.*

París, septiembre de 1914

* *El Gráfico*, La Habana, octubre de 1914.

II
APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO

PÁGINAS y trabajos correspondientes a la época del presente tomo, que no se incluyen aquí por su carácter transitorio:

1. Américo Castro y A. R., bajo el seudónimo "Hermosilla Commelerán", publican, en el semanario *España* (Madrid, enero o febrero de 1917), un artículo sobre la deficiencia de ciertos servicios culturales de España para Hispanoamérica, seguido de otro —humorístico— sobre la posibilidad de rehacer por plebiscito la Real Academia Española. El primero, provocado por el viaje de un catedrático o delegado universitario hispanoamericano que llevó a Madrid el encargo de contratar a un catedrático español; el segundo propone los nombres de varios escritores que, en efecto, llegarían después a ser académicos.

2. "Trozos selectos: para la historia de la opinión pública", *España,* Madrid, 20 de febrero de 1917. Sobre ciertas palabras despectivas e inoportunas sobre la República Dominicana que se le escaparon a un periodista madrileño. Fragmento transcrito en la "Historia documental de mis libros" de A. R., cap. VI *(Universidad de México,* vol. IX, nº 12, agosto de 1955, pág. 10 *b* y *c).*

3. A. R. y A. G. Solalinde, anónimamente, redactan un folleto: *Revista de Filología Española: Sección de Bibliografía,* Madrid, 1917, 8º, 22 págs., con un índice de las revistas consultadas, y las reglas y métodos de las noticias bibliográficas que se publicaban tres veces al año en dicha revista ("Historia documental de mis libros", cap. VI, en *Universidad de México, id.,* pág. 11 *c).*

4. "Carta abierta" sobre el libro español en América, Madrid, 30 de marzo de 1918, en la *Revista Comercial de la Exportación Española,* Barcelona, 1918.

5. Anónimo, "Al público". Palabras iniciales de la revista *Higiene,* Madrid, 20 de octubre de 1918.

6. A. R. y A. G. Solalinde confeccionan anónimamente, con prólogo anónimo de A. R., la *Guía del Estudiante,* Madrid, octubre de 1918, con referencias e informaciones sobre los centros de edu-

cación superior en España. La primera edición, a cargo de una empresa privada; de la segunda en adelante, a cargo de la Casa Calpe y con la intervención únicamente de A. G. Solalinde ("Historia documental de mis libros", cap. VIII, en *Universidad de México,* X, 6, febrero de 1956, pág. 15 *c)*.

7. Legación de México, *Lírica mexicana* publicada con motivo del Día de la Raza, Madrid, 12 de octubre de 1919, ornatos de R. Montenegro, selección de Luis G. Urbina —entonces Primer Secretario de aquella Legación—, con ayuda de A. R. ("Historia documental de mis libros", cap. IX, 2ª pte., en *Universidad de México,* X, 9, marzo de 1956, pág. 15 *a)*.

8. En las colecciones de Joaquín García Monge, San José de Costa Rica:

a) Eugenio d'Ors, *Aprendizaje y heroísmo.* Impr. Alsina, 1916, 8º, 56 págs. Preliminares: una página de José Ingenieros y otra de A. R., incorporada después bajo el título de "Estado de ánimo" en los *Cartones de Madrid.* Ver tomo II de estas *Obras Completas,* pág. 65.

b) Federico de Onís, *Disciplina y rebeldía.* El Convivio, Impr. Alsina, 1917, 8º, 48 págs. Preliminares: palabras de A. R., después absorbidas en "Del diario de un joven desconocido", *El cazador.* Ver tomo III de estas *Obras Completas,* págs. 207-215.

c) R. Arévalo Martínez, *El hombre que parecía un caballo.* Ediciones Sarmiento, Impr. Alsina, 1918, 8º, 58 págs. Preliminares: un artículo de R. Arenales y una mención de A. R., en *El suicida.* Ver tomo III de estas *Obras Completas,* pág. 241.

d) Julio Torri, *Ensayos y fantasías.* El Convivio, Impr. Alsina, 1918, 8º, 56 págs. Preliminares: renglones de una carta de A. R. a J. García Monge, y un párrafo de A. R. tomado del artículo "Nosotros" (*Revista de América,* París, 1913, págs. 103-112, y revista *Nosotros,* Escuela Normal Primaria para Maestros, México, marzo, 1914, nº 9, págs. 216-221), que después pasó al artículo "Rubén Darío en México" ("I. El ambiente literario", *Nuestro Tiempo,* Madrid, junio de 1916), y que, en nueva forma, fue recogido bajo el título "Rubén Darío en México", (págs. 301-315 de este tomo IV de *Obras Completas*), en *Los dos caminos,* 4ª serie de *Simpatías y diferencias,* y al fin fue absorbido en el ensayo inicial que da nombre al libro *Pasado inmediato,* México, 1941.

e) Pedro Henríquez Ureña, *Antología de la versificación rít-*

mica. El Convivio, Impr. Alsina, 1918, 8º, 52 págs. Preliminares: nota de A. R. sacada del artículo "Rubén Darío en México", lugar referido en la nota anterior, nº 8 *d.* (Este libro se reprodujo en México, Cvltvra, X, 2, 1919, Impr. Munguía, 8º, 91 págs.)

f) José María Chacón y Calvo, *Hermanito menor.* Dibujos de R. Estalella. El Convivio, Impr. Alsina, 1919, 8º, 66 págs. Preliminares: fragmento de una carta de A. R. a García Monge.

g) E. Díez-Canedo, *Sala de retratos.* El Convivio, Impr. Alsina, 1920, 8º, 80 págs. Preliminares: recado de A. R. a García Monge, y unas líneas de P. Henríquez Ureña.

h) José Vasconcelos, *Artículos.* El Convivio, Impr. Alsina, 1920, 8º, 56 págs. Preliminares: párrafo de A. R. sacado del artículo "Rubén Darío en México" mencionado en la nota 8 *d.*

9. "Esperanza Iris, Reina de la Opereta", en *La Unión Hispanoamericana,* Madrid, marzo de 1920, págs. 69-71.

10. Diógenes Ferrand, *Cartas de España,* diciembre de 1920. En *El Universal,* diario de México, 17 de enero de 1921. Transcribe las palabras con que A. R. presentó en el Ateneo de Madrid a María Luisa Ross, escritora mexicana, el 13 de diciembre de 1920.

ÍNDICE DE NOMBRES

CORRECCIONES

Pág.	*Línea*	*Dice*	*Diga*
		TOMO I	
345	2 de la nota	págs. 187-238	págs. 206-211
354		Cabrera, Cristóbal de, 197	Cabrera, Cristóbal de, 198
		TOMO III	
214	23	Nizard	Nisard
504		*Tachar:* Greco	

El índice de *El suicida,* en la pág. 517, debe complementarse así:

TOMO IV

Pág.	*Línea*	*Dice*	*Diga*
29 *n*		*A la*	*À la*
94	última	Elliot	Eliot
200	7	España	"España"
209	31	El Imparcial	"El Imparcial"
237			SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS *Cuarta Serie* LOS DOS CAMINOS I. ESPAÑA. II. AMÉRICA
316	Título	GLORIETA	LA GLORIETA
338	Subtítulo	1. La leyenda americana	LA LEYENDA AMERICANA 1
355			SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS *Quinta Serie* RELOJ DE SOL I. ANÉCDOTAS Y RECUERDOS. II. CASI CRÍTICA. III. CORREO DE AMÉRICA. IV. ARCHIVO. ADDENDA.
360	Título	"REVISTA NUEVA"	*REVISTA NUEVA*
388	*El título debe ir entre comillas, por ser un verso de Rubén Darío*		

ÍNDICE GENERAL

I

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

Primera Serie: Páginas del Jueves

II

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

Segunda Serie: I. Crítica. II. Historia Menor

I. CRÍTICA

II. HISTORIA MENOR

III

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

Tercera Serie: I. Simpatías. II. El Cine

I. SIMPATÍAS

II. EL CINE

I. "Fósforo" en España

II. "Fósforo" en "El Imparcial"

IV

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

Cuarta Serie: Los Dos Caminos. I. España. II. América

I. ESPAÑA

II. AMÉRICA

V

SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

Quinta Serie: Reloj de sol. I. Anécdotas y Recuerdos. II. Casi Crítica. III. Correo de América. IV. Archivo. Addenda: Carta a dos amigos

I. ANÉCDOTAS Y RECUERDOS

II. CASI CRÍTICA

III. CORREO DE AMÉRICA

IV. ARCHIVO

ADDENDA

VI

PÁGINAS ADICIONALES

A

B

Apéndices:

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de octubre de 1995 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 1 000 ejemplares.

La colección de artículos publicada en las cinco series de *Simpatías y diferencias* forma el contenido de este tomo IV de las *Obras completas* de Alfonso Reyes. En gran parte escritos durante la Guerra europea y los años inmediatamente posteriores, son artículos periodísticos de muy distinta procedencia, que van de la crónica al ensayo, de la anécdota al recuerdo, en ágiles comentarios de libros, comentarios de acontecimientos contemporáneos y libres ocurrencias. En su conjunto nos dan el ambiente mental del autor por aquella época, en que a la vez escribió varios trabajos especializados, de tipo didáctico o filológico, que habrán de recogerse en volúmenes posteriores. Se añaden algunas páginas adicionales que no constaban en la primera edición de las *Simpatías y diferencias*, aparecida en Madrid de 1921 a 1926, aunque se habían incluido ya en la segunda edición mexicana de 1945. Pero se ha procurado respetar la forma en que se imprimieron originalmente estos libros, relegando para la parte final todo lo que antes no se había recogido, y conservando, en consecuencia, el orden mismo y el contenido de dichos volúmenes, salvo las indicaciones que constan en las respectivas "noticias" que preceden a los textos.

Aunque muchas de estas páginas han sido provocadas por lo que se llama la "actualidad", la crítica unánimemente les reconoce un valor estable y permanente. La misma variedad de asuntos contribuye a la amenidad de la lectura. El autor ha procurado, en general, no extremar el estilo más allá de las necesidades de cada tema. Por lo tanto, hay un tono sencillo por toda la obra y, a menudo, casi el tono característico de la conversación. Por supuesto, no porque Alfonso Reyes siga la máxima que él ha considerado falsa y que consta en el *Diálogo de la Lengua*, de Juan de Valdés ("Escribo como hablo"), ya que el autor ha pensado siempre que se debe escribir un poco más cuidadosamente que como se habla.



00295
9 789681 605308